ELENA QUIROGA

ESCRIBO TU NOMBRE

NOVELA

Elena Quiroga ha acertado a reflejar en su relato la sutil trama de la existencia de las niñas sometidas a unos procedimientos educativos que, en vez de abrirles los ojos a la vida con todas sus grandezas y miserias, con todas sus alegrías y peligros, les crea una visión sórdida y, por supuesto, falsa del mundo.

Escribo tu nombre supone una rigurosa y valiente acusación contra la rutina, el formalismo, los falsos respetos, la hipocresía y la tiranía espiritual de que en tiempos no muy lejanos y aún, por desdicha, hoy mismo en determinados ambientes, se hace víctima a los niños confiados a unos educadores equivocados. Esta novela de Elena Quiroga es un canto a la libertad íntima del niño encerrado en el círculo de hierro de una familia indiferente y egoísta, así como de un profesorado que no tiene para nada en cuenta la personalidad individual de cada alumno. La protagonista es Tadea, una niña inteligente y sensible que, como sus compañeras, lucha por encontrar un mundo de verdad, de libertad y de justicia, que les niega el mezquino ambiente en que se ven obligadas a vivir.

OceanofPDF.com

Elena Quiroga

Escribo tu nombre

ePub r1.0
Titivillus 09.12.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Escribo tu nombre*
Elena Quiroga, 1965
Ilustración de cubierta: Jordi Sánchez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

OceanofPDF.com

QUE no lean este libro los muchachos o muchachas —¿por qué les llamo muchachas y muchachos, con este nombre en agraz, ilusionado y tierno?— que no se han formulado jamás ninguna pregunta interna, que se hallan instalados en la vida como si la vida fuese un lugar, y duermen y no sueñan, y pasean y no andan, y desconocen la inquietud.

QUE no lean este libro los hombres —o las mujeres— que hayan sido alguna vez muchachos como los aludidos, para quienes Dios es una fórmula aprendida y no una búsqueda y un hallazgo personal.

AQUELLOS que esperen de un libro anécdotas o diversión o tintas convencionales —lo rosa, lo verde, lo blanco— dejen este libro a un lado, respeten su soledad y su en-si-misma-miento.

PERO ¡ah!…, todos vosotros y vosotras: juventud-Tadea, muchachos y muchachas-Tadea, que pudisteis serlo —ahora adultos— o que lo sois, o que estáis en trance de serlo, o que lo seréis para siempre,

TODOS VOSOTROS que os habéis convertido en una viva y ardiente pregunta, que volvéis la vista al cielo y a los árboles y a las criaturas del mundo nuestro y del universo mundo (y todas son imágenes vuestras en cuanto se relacionan con vosotros u os prolongan),

TODOS VOSOTROS, mis amigos, los jóvenes universitarios inquietos y limpios, creadores de vuestro propio mundo y coautores del que viviréis mañana:

TOMAD estas palabras, entrad en este libro que es simplemente la enunciación de vuestra pregunta y mi pregunta, vuestra inquietud y mi inquietud, vuestra ansia y mi ansia, vuestro rigor y mi rigor, vuestra tristeza y mi tristeza.

Y, a través de este mundo creado, tan nuestro como el propio, nuestra insaciada pasión por la primera y última dignidad del hombre. Os estoy hablando de libertad.

OceanofPDF.com

A mi marido

OceanofPDF.com

Sobre mis cuadernos de escolar
sobre mi pupitre y los árboles
sobre la arena sobre la nieve
escribo tu nombre

Sobre todas las páginas leídas
sobre todas las páginas en blanco
piedra sangre papel o ceniza
escribo tu nombre

Sobre las imágenes doradas
sobre las armas de los guerreros
sobre la corona de los reyes
escribo tu nombre

Sobre la jungla y el desierto
sobre los nidos sobre las retamas
sobre el eco de mi infancia
escribo tu nombre

. . . . . .

Sobre el vitral de las sorpresas
sobre los labios atentos
muy por encima del silencio
escribo tu nombre

Libertad, PAUL ÉLUARD

OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

I

Algún día escribí «libertad». Mucho más tarde. No aquel invierno primero del colegio, ni el siguiente. Escribíamos en los cristales, sobre el cuajado del frío o el vaho de la lluvia, o nuestro aliento. Echábamos el aliento y escribíamos encima con el índice, abriendo aquel camino sinuoso y fuerte que formaban las letras. Escribíamos también en los bordes de las hojas de los libros de texto, durante el estudio, pero sobre todo durante la clase, mientras la monja explicaba la lección garabateábamos ya sin necesidad de mirar, acertando a tientas, como acertábamos a respirar.

—Tomen ustedes el bloc. Apunten.

Había tiempo para apuntar los deberes del día siguiente, y tiempo para saltear las hojas y buscar las finales, en donde, cerca de la matriz o ál borde mismo, sin apoyar mucho el lápiz, siempre en suspenso, nuestra mano trazaba rayas, círculos, letras.

Tendría trece años cuando escribí «libertad», quizá después de una lección de historia, o de un encierro en la sala de máquinas, o de toparme contra el muro del monte en el colegio, no recuerdo si tras haber porfiado por una verdad mía o, simplemente, como continuación de mi mano, lo mismo que había escrito antes y seguía escribiendo en los bordes de las hojas, en las guardas de los libros, en las páginas salteadas de los blocs: «Tadea Vázquez. Tadea… Tadea Vázquez».

Eran un mundo particular mis libros con mi nombre dentro, como si al abrirlos se me abriera una entrada, o me esperase algo. Sin embargo, en lo alto de la primera hoja, la mano de Madre Vicaria con letra fina, igual, redondilla, había marcado: «Número 40». Un número que encontré en todo a mi llegada al colegio, que no sé quién había cosido en rojo en mi ropa más íntima. Un número por el cual se nos llamaba en las camaretas, al baño, durante el recreo de los domingos si te reclamaban del recibidor, durante el estudio para ir al cuarto de la Prefecta. Cuatro timbrazos cortos, pausa, un timbre sostenido… Me ponía de pie. Costó muy poco aprenderlo,

como si todo me fuera impuesto desde fuera, como si fuera yo y no fuera yo la vestida de negro con la banda morada y la cinta blanca de seda al cuello. (Las mayores la llevaban ancha azul, con la medalla de la Virgen, o estrechas, las aspirantes).

Después de misa, nos poníamos unos blusones largos, negros, abrochados atrás, que dejábamos en los percheros por la noche, antes de entrar en las camaretas.

En el perchero había un letrerito blanco: 40. A la puerta de mi camareta —tenía una rejilla a media altura, con los barrotes en una sola dirección e inclinados, de forma que sólo quien pegase su cara allí pudiera ver lo que ocurría dentro—, un letrerito alargado, una tarjeta de visita con un cristalito encima y, en tinta china, en números muy claros: 40.

Llamábamos madres a las monjas de velo negro, hermanas a las legas de velo blanco. No se les daba el mismo trato. Madres eran como nuestra familia, Hermanas como nuestras criadas. Ni siquiera nos callábamos en presencia de las Hermanas; yo subía de dos en dos las escaleras, cuando iba al baño, acompañada hasta la puerta por la Hermana Aralar.

—Hermana, ¿usted de dónde es?

Seguía subiendo como si no me hubiese oído. Le tiraba de la manga. Se sacudía:

—No se toca a una esposa del Señor.

Se lo preguntaba siempre, no sé por qué.

—¿De dónde es?

Apretaba los labios.

—… las Hermanas lo pueden decir, y usted es navarra. Lo ha dicho Teresa Alzola. Es navarra.

No le veía la cara, inclinada hacia delante.

—¿Por qué no me lo quiere decir?

—Estaré en el pasillo mientras se baña.

Al principio charlaba más conmigo. Al principio me había dicho:

—Ya no me acuerdo.

Y también:

—Cuando entramos en religión, ya… dejamos de ser de ningún lado.

Se reía, como divertida, o como si fuera muy importante, eso de dejar de ser.

—Pero, ¿por qué no lo dice? ¿Es pecado?

Quizá no se acordara, de verdad. Quizás el mundo de la Hermana Aralar, o el sitio, empezase en la puerta de Huertas, 2, y se rematara en el muro del monte, de aquella palabra «monte» que me había dado curiosidad y ansia, y resultó un descampado en pendiente alta, dividido en jardín, explanada y campo de baloncesto.

Arrancaba del segundo piso del colegio, al final del pasillo de los percheros, traspasada la puerta, un puente de cinc sobre el jardín de las monjas, abajo, pegado a la fachada trasera del convento (clausura era aquella ala de atrás). Al final del puente, la calzada de cemento, aún cubierta por la marquesina, discurría torciendo a la derecha y desembocaba en una casa pequeñísima, la ermita. La vi abierta una sola vez, mientras pasábamos en fila hacia la explanada: oscuridad una escalera de caracol hacia abajo, a la izquierda, y en la oscuridad un enorme crucifijo. Me dio frío verlo. (Por aquella escalerilla se llevaban a las monjas muertas). Me lo habían dicho ya, como se decía todo, como se sabía todo, casi sin hablarnos.

En el jardín había una fuente con rocas, una cueva artificial con la blanca imagen de Lourdes; en la explanada de tierra y barro hacíamos gimnasia; en el campo de baloncesto, limitado por el muro, se jugaba. El suelo era de arena espesa, con rayas anchas de cal. El juego era organizado, en equipos. Había que jugar sin pararse. Madre Monleón o Madre Vergara nos vigilaban, pero cuando hacía mal tiempo Madre Vergara no salía al monte.

Madre Monleón era menuda y recia. No estaba nunca distraída, ni siquiera mientras le hablaban Begoña Mundaca o Luz.

—También Begoña está hablando.

—Son mayores.

No sé cómo Luz podía sonreír a Madre Monleón, que no le respondía. Debía de ser como cerrarle a uno la puerta en las narices. Pero Luz no parecía enterarse, y sonreía, ladeando la cabeza, mirando a Madre Monleón.

—Ahora que está ocupada…

Madre Monleón no estaba nunca ocupada y lo estaba siempre, no descansaba jamás de su ocupación que éramos nosotras. Se daba cuenta durante el estudio si habías escrito el deber u otra cosa, cualquier cosa. No sabíamos en qué lo adivinaba: eran el mismo lápiz, o la misma pluma, el mismo cuaderno o el mismo bloc, y, sin embargo, Madre Monleón daba unos golpes continuos, vivaces, con el puño cerrado sobre la madera de su pupitre para llamarte la atención. Las demás te avisaban. Tenías que acercarte y entregar lo que estabas haciendo. O, si estabas abstraída en tus rayas, tus círculos, tu nombre, bajaba sin ruido y se colocaba a tu lado, tan fija, que aun sin sentirla te faltaba el aire. No tocaba el cuaderno —con aquel gesto despectivo de los labios—, no ponía las manos encima de nada tuyo. Esperaba. Parecía todo mucho peor, malo, desleal, sucio, porque ella te miraba con aquel enorme desdén.

Recién llegada al colegio, antes que «libertad», antes que «Tadea», escribí en minúsculas: «mamá». A escape al principio, después interminablemente. Dejé de hacerlo; es más: taché aquel nombre encarnizadamente.

—¿Qué había escrito usted ahí?

Hablaba en voz baja, no levantaba la voz, no se acaloraba.

—¿Qué había debajo?

Estaba de pie a mi lado, mirando al trasluz los borrones negros en mis libros.

—Tengo que saber qué había escrito.

¿Podría librarme? ¿Resistiría hasta el final? Sentía a las demás tensas, pendientes de nosotras.

—Quédese durante el recreo.

No lo dije. Jamás. Ni a la Madre Prefecta que me llamó a su cuarto y que me habló de otras cosas, pero no de aquello. Únicamente, cuando me marchaba, se volvió desde su escritorio hacia mí, que me dirigía a la puerta:

—Ya sabe…

Sonreía.

—Tiene usted cero en orden.

La palabra «orden» entró en mi vida de una manera incesante referida a las cosas; poco a poco implicó a la conciencia. (Ascendimos de las cosas a nosotras mismas, a los demás y a Dios).

También yo era un número, apenas me llamaban por mi nombre. Llegó un momento en que oír «Tadea» me hacía estremecer, como si me cogieran el corazón con la mano. Dormía en una camareta en cuya puerta había aquel espacio con listones, por donde, acercándose, podían mirar a cualquier hora, vigilarme hasta el sueño. ¿Pero existía algo relacionado con la palabra sueño?

A los pocos días de tener conciencia de aquella puerta blanca tapé la mirilla desde dentro con la toalla. No oí los pasos, tan cautelosos, con sus zapatillas de fieltro… Apenas el ruidito de la llave en la cerradura. Quieta, tendida en la cama, fingí no ver. Madre Prefecta (pero su hora había pasado, ¿por qué había vuelto? ¿Quién había avisado a Madre Prefecta? ¿Qué hacía allí Madre Prefecta?) entorna la puerta, desprende la toalla, susurra:

—No tape usted la puerta.

Contesto por instinto:

—No, Madre.

Madre Prefecta se inclina sobre mi cama, echando el velo negro hacia atrás. Me hace tanto daño el corazón… ¿Lo oye?

Dice:

—Ahora va usted a dormir.

Me pone sobre los labios su crucifijo frío, frío. «Para librarnos de la noche eterna». Todo ha sido fugaz; se ha llevado la Cruz, el beso, la compañía. Sólo el clic de la llave, apenas perceptible, cerrando mi camareta de nuevo. La toalla plegada por sus dobleces sobre el brazo de madeja del lavabo se ve desde mi cama. Queda siempre encendida una luz al principio del pasillo central de las camaretas. No se oyen pasos. No se oyen ruidos. Digo:

—Sí, Madre.

Y no sé a qué lo digo (¿acepto la mirilla?), no sé a quién. Lo digo. Me ha quedado una breve alegría, una paz.

OceanofPDF.com

II

—Saquen, al empezar el estudio, cuanto necesiten. Pónganlo ordenado sobre la tapa del pupitre. No hagan ruidos que distraigan a las demás.

La Madre Prefecta, a principio de curso, daba las consignas de pie, al final de las escalerillas que llevaban a la tribuna de la Madre Monleón. Madre Monleón le ofrecía su sitio, pero la Prefecta decía que no, agitando su mano, con aquel aire de estar por encima de la Madre Monleón. Podía hablarnos en pie, allí, a nuestro nivel, pero nos dominaba por su altura, por su anchura, con su sonrisa intencionada.

—¿Ustedes se imaginan qué mitin si se ponen las sesenta niñas a la vez a levantar y a bajar las tapas de los pupitres?

Nos hacía reír y sonreía ella misma.

—Al entrar, tres minutos para sacar y ordenar las cosas.

Luz rezaba. Sostenía la medalla de congregante entre sus pulgares, mientras rezaba. Madre Monleón estaba también de pie, pequeña y estirada, en lo alto de los peldaños, bajos los ojos mientras hablaba la Prefecta. No se reía, o si se reía no lo sabíamos porque no nos dábamos entonces cuenta de ella.

Al marcharse la Madre Prefecta, Luz se adelantaba para acompañarla. Me asombraba que pudiera hacerlo. Pero a veces, Madre Prefecta decía:

—Margarita Altube.

y Margarita se ponía colorada porque todas la mirábamos, alta también y maciza, con el pelo moreno pegado a la cabeza como el casco de un gladiador. Daba el paso muy largo al andar, tenía la boca hendida, sumidos los ojos grises claros en las profundas cuencas, pronunciados los pómulos y el mentón.

Yo hubiese preferido que fuese Luz. La tenía justo delante de mí, un poco hacia la derecha. Veía terciada la mejilla redonda y plena, la aleta izquierda de la nariz, carnosa, la boca flexible. Cuando se reía arrugaba mucho los ojos, casi sin enseñar los dientes, una risa sin explicación, igual

que la risa de las monjas; en cambio, su sonrisa era ligera, fugaz, brillante, casi una expresión encendida, como unas escamas de luz, que le resbalaban por la cara. La sonrisa parecía responder a algo de ella, a una disposición íntima de ella. La tenía delante de mí, aunque era de las mayores —Luz Quintana, Margarita Altube, Begoña Mundaca—, pero en el estudio no estábamos por cursos sino salteadas, y en las filas primeras las internas. Por las mañanas, cuando levantaba la cabeza, veía su melena rubia y corta, ondeada hacia atrás, libres las sienes, como en las estatuas griegas victoriosas. Se volvía a veces hacia el ventanal esmerilado, apoyando el mango de la pluma en su barbilla puntiaguda, pensativa, con la mirada vacía; los ojos castaños, salpicados de puntitos dorados, alguna vez tropezaban con los míos y sonreía apenas, fugazmente. (Aún creo ver al sol, atravesando el cristal cerrado del estudio, descomponerse en miles de partículas irisadas sobre la cabeza inclinada de Luz. Parecía que había ido a buscarla a ella, que la cubría, que la ungía de oro. Luz estaba inmóvil, inclinada hacia el pupitre, debajo del sol, no pareció darse cuenta, o quizá le gustó el sol allí, cálido, deslumbrante, y su contacto).

Paz Echandonea nos dijo:

—Se lo cuenta todo a la Madre Prefecta.

Las tres mayores dirigían las oraciones en la capilla, o al empezar el estudio, y tocaban la campana para avisar el final de las clases. Luz la agitaba con claridad, Margarita a golpes secos, como si fuera a descoyuntarse el brazo; Begoña no debía de tener fuerzas y el badajo tintineaba confuso por las paredes de la campana.

La voz de Margarita Altube era hosca, profunda, hablaba como a hachazos. Begoña Mundaca bostezaba con frecuencia. A veces le acometía un bostezo a mitad de la oración. Teníamos que aguantar la risa.

—No lo puedo remediar. En cuanto me pongo a rezar en alto…

Luz tomaba rápidamente la oración interrumpida donde la había dejado Begoña, y la concluía con naturalidad. Tenía la voz pastosa y blanda, pero era primera en gimnasia y primera en baloncesto.

Podía ocurrir que durante la gimnasia o el baloncesto apareciese Madre Prefecta. La veíamos subir por la marquesina despacio, despacio, y Madre Azpiazu no se daba cuenta.

—Una, dos. Una, dos. Una…

Hacíamos flexiones con unos palos en la mano, rematados en dos bolas de madera hueca.

—Una, dos.

Me daban vergüenza el palo, las flexiones, mi torpeza.

—Una, dos. Usted, derecha, pásese el palo por detrás de la espalda, sujételo entre los brazos. Y usted. Y usted. Todas derechas.

A Luz no parecía importarle que la camiseta se le pegara al cuerpo, le brincaban unas medallas de oro.

—Una, dos, y una…

Media vuelta completa, sin mover los pies, las manos hincadas en la cintura. Se inclinaba, flexionaba el cuerpo hacia atrás, en arco tenso, luego hacia delante. Terminaba sofocada, con el pelo revuelto y rizoso. Margarita Altube se escondía detrás de ella.

—Usted, separe el palo del pecho. Más soltura. Las manos en la cintura, todas, bien firmes. Agáchense. Uuuna…

La Madre Azpiazu, que también nos daba Letras a las pequeñas, tenía la voz engolada, anchas las muñecas, la cara llena de granos. Se calaba mucho la toca sobre la frente, la hacía parecer ceñuda.

—Soltura, soltura, están todas ustedes como envaradas, como si les pesase el cuerpo.

Prendía el velo negro atrás con unos alfileres, y se inclinaba, bajaba, se alzaba.

—Una, dos, una.

Terminábamos con el recreo. Había poco que andar desde la explanada hasta el campo rectangular, no muy grande, rematado por las dos porterías con las cestas de red. Minutos antes de acabar la gimnasia veíamos subir por el camino de la marquesina, despacio y parándose para coger fuerzas, a la Madre Vergara. Se detenía detrás de la Madre Azpiazu, un poco apartada, con las manos dentro de las bocamangas. No parecía mirarnos. Pero Madre Vergara era como entrar en un camino suave. «Ya sube».

—Un, dos, un, dos… Despacio, sin aturullarse, aún tenemos cinco minutos…

Al acercarse la hora, Madre Azpiazu se estiraba el ceñidor sobre el hábito, se encajaba la cintura. Tenía el estómago muy hundido, las yemas de los dedos y las uñas cuadradas. Decía algo, con voz gruesa y baja, a la Madre Vergara que insensiblemente pasaba a ocupar su puesto, frente a nosotras.

Estábamos todas paradas. Madre Azpiazu daba una palmada, antes de marcharse, y nos acercábamos a un cubierto que había junto a la pared, al fondo, en donde dejábamos nuestros palos, perfectamente encajados en un atril de madera, a lo largo de las paredes. El palo ponía 40. Cada una el suyo.

*Madre Azpiazu se alejaba, ligera y sólida, soltándose los alfileres de atrás del velo. Madre Vergara daba una palmada que adivinábamos por el gesto de las manos. Nos colocábamos en fila y pasábamos delante de ella hacia el campo de baloncesto. Al llegar allí nos dispersábamos, empezábamos a hablar mientras nos dirigíamos a ocupar nuestros puestos en el equipo. Había algunas que alborotaban como a una voz de mando. Madre Vergara sonreía. Solía quedarse de pie, en el borde del campo, o daba cortos pasos en torno, acompañada por una de las mayores, o estaba sola, así, sobre un pie y sobre otro, mirándonos. Con las manos perdidas en sus mangas, a la altura del talle… Se estaría palpando la alianza, porque cuando se las sacaba de las mangas se tocaba el anillo continuamente. Le bailaba un poco en el anular, le había quedado grande. De pronto le tocaba como con susto de perderle. (Aquel anillo de oro de las madres que llevaba grabado por dentro «*Sponsa Cordis Jesu*», y la fecha de los votos).*

Madre Vergara producía una sensación de felicidad dolorosa y de cansancio. No sonreía, aunque siempre nos pareciese que estaba sonriendo, sin aquella alegría inexplicable de las otras Madres, una alegría uniformada, dentro del reglamento.

Tenía ojeras blandas y azuladas, la boca amoratada y redonda, le azuleaban las venas por las sienes, hinchados los párpados; era como transparente.

—Está muy delicada, pero nunca se queja.

—¿Tú qué sabes, Luz, quién te lo ha dicho?

—Se parece a Santa Teresita, chicas, ¿no os habéis fijado? Aquella foto de novicia, al pie de la Cruz, en el patio de Lisieux.

La Madre Vergara preguntó:

—¿Qué cuchichea usted, Begoña?

Se puso un poco roja —esas plaquetas sonrosadas en lo alto de las mejillas—, quizá lo hubiese oído.

—Hay que jugar. No se estén quietas.

Corrió apenas —la pelota llegaba por los aires, lanzada por Iciar— y alzó las manos para recogerla. Parecía, una muchacha atenta. Luego la tiró hacia la otra portería, corriendo brevemente, sofocada. Tosió, y se llevó la mano ál pechero blanco. Después se buscó el anillo con el pulgar, tocándoselo.

Si llovía mucho, o después de cenar, la media hora de recreo se celebraba en el ancho corredor, frente al cuarto de la Prefecta, flanqueado de cristaleras a la izquierda, sobre el patio cubierto junto a la capilla. En el fondo del corredor había un piano, y al lado una puerta igual que las otras puertas y diferente. Era la clausura. A las horas de clase, o en el relevo de camaretas y recreo, sentíamos el roce de la llave en la cerradura. Al lado estaban los lavabos, y después del cruce hacia el estudio, el cuarto de la Madre Prefecta, junto a la clase de Religión, pegada a la sala que llamábamos de máquinas —una clase pequeña, con dos máquinas de escribir y un piano—. Había un tercer piano en donde el corredor se unía con el pasillo de los percheros, frente a la puerta, ancha y blanca, de las camaretas. Los pianos eran verticales, negros. Durante el estudio a las clases se cruzaban continuamente las escalas, las notas machaconas. Dos años después de mi entrada en el colegio llegó Carola Higuer. Se oía su violín en la sala de máquinas, como si rascaran una cuerda tensa. Le daba clase de violín la Madre Vicaria. Al pasar en filas, nos agachábamos —las puertas de las clases tenían todas un rectángulo de cristal a la altura de la manija— y veíamos a Carola, delgada, con su uniforme flotante, curvada la cabeza sobre el violín. La Madre Vicaria se colocaba en forma de tapar el cristal.

En aquel ancho corredor, por la noche, antes de la cena, era el último recreo. Luz, Margarita, Begoña, nosotras mismas, acercábamos los bancos

de la clase de Religión y los poníamos formando escuadra frente a la silla de Madre Vergara. La silla quedaba a la misma altura que nuestros bancos.

Decía:

—Conversaciones en común.

si veía a alguna cuchicheando junto a la ventana, o si aprovechabas, al traer el banco, para hablar con la cabeza gacha.

Pálida, amarillenta, con los párpados caídos sobre el globo abultado de los ojos, cansada, dulce y sin alegría.

Repetía:

—Conversaciones en común.

su feble voz, parecía que no tuviese fuelle bastante en los pulmones.

Hablábamos de las lecciones, de la meditación, de la función que teníamos proyectada, del Padre de los Ejercicios, nada personal, nada de fuera de allí venía a rozarnos. Nada había detrás, ni nada delante: sólo aquello, estar. Orden. Compostura. Una, dos, una, dos. Number forty. Number sixteen. *El rumor de los pies sobre el linóleo del corredor, en filas.*

*—No arrastren los pies. **

No arrastrar los pies sobre el suelo. Tender hacia arriba. La voz de Luz, pastosa y clara, al principio de la oración, por la mañana en la capilla:

—… todas las obras del día; todos mis pensamientos, mis sentimientos. Pureza inmarcesible.

La Virgen era misteriosa, blanca, azul, con las manos recogidas sobre el pecho, y aquella indescifrable sonrisa. («Bajo tu manto quiero vivir y en un abrazo tuyo, Madre, morir», ponía en torno a la medalla de congregante de Luz).

Los sábados por la tarde, y los domingos durante la misa, el armonio de la Madre Vicaria. Ayudaba a flotar, entumecida. Los sábados cantábamos:

> El mundo vano con sus halagos
> me tentará.

Cumpliría diez años aquel primero de colegio. Preparaba ingreso y primero para junio.

> mas tu cariño

Estábamos solas y rodeadas. Había la compañía indescifrable que llegaba de allá, no se sentía una sola, sino bien, bien.

> Madre querida, me sostendrá.
> Antes yo muera

Se afirmaban las voces. No se podía salir de allí.

> que a mis promesas
> hacer traición.

Al terminar, tardaba unos momentos en darnos la señal para ponernos en pie y salir. Se sentía un rumor apagado, pasos alejándose. (Teresa me había dicho:

—Está la Superiora).

Llevábamos largos velos blancos, sujetos por una goma en lo alto de la frente.

Desde la capilla subíamos a los dormitorios, por la noche. A la puerta de cada cual, todas con nuestros números, nos deteníamos. Madre Vergara estaba esperando allí, daba una palmadita blanda. Empujábamos la puertecita y entrábamos. En el espacio reducido, con la cama de hierro blanco, el saco del camisón a los pies de la cama con el número 40 en rojo, un lavabo y un espejo situado en alto en que sólo alcanzabas a ver la cara, y, a la izquierda, sobre una silla, un comodín con dos cajones muy pequeños. Debajo de la cama estaban el balde y las zapatillas. Colgando del revés de la puerta la bata de paño gris. (Había, a los pies de la cama, media ventana, estrecha y alta, con el cristal esmerilado. Tenía un pasador de hierro blanco).

Nos daban cinco minutos para desnudarnos y meternos en la cama. Oímos el paso de la Madre Prefecta. Iba de camareta en camareta, abriendo con una llave maestra, sin llamar. Tenías que estar ya acostada.

—Las manos a los lados del cuerpo, separadas. La cabeza hacia arriba.

Sonreía, inclinada hacia ti. Flotaba sobre ti el velo negro.

—Decúbito supino…

Sonreía, buscando mi sonrisa. (Siempre aquel recóndito sudor cuando ella venía a la camareta o cuando iba a su despacho y estábamos solas. Me

gustaba estar entre todas, ser muchas, vida en comunidad, como decían las monjas).

Apoyaba su mano en la almohada.

—No dé vueltas en la cama. Duerma bien.

Los ojillos agudos, vivaces de la Madre Prefecta. Los dientes prietos y muy blancos. Se inclinaba y el velo negro parecía cobijarte, oprimirte, como si toda ella me aplastase; sentía deseos de que se fuera pronto y de retenerla más. No sabía qué decir. Las otras estaban en sus camas, aguardándola ya, pendientes de cuánto tardaba con cada una. Me hurgaban sus ojillos, con una sonrisa como si lo supiera todo.

Quedaba atenta, tensa, escuchando el ruido de la llave en las otras puertas. Iciar Lemona, Paz Echandonea, Elvira Piqueras, Teresa Alzola… entraba y salía, casi sin entrar y salir. No se le oía lo que hablaba con cada una y eso que el oído se tensaba, se perfeccionaba. La oíamos reír con las pequeñas Silvia o Geni. Les decía:

—Un pajarito… a dormir

y algo fresco nos rozaba al oírlo.

Mi camareta era la tercera de la izquierda; antes estaban Ina Salazar y Begoña Mundaca. (Si no empezaba por el final de repente, sin previo aviso). ¿De qué le hablaba Luz? Tan largo rato… Y también Margarita. Pero Margarita ¿hablaba? Se oía de cuando en cuando el:

—¿Eh? ¿Eh?

de la Prefecta, como si la convenciese de algo, o le extrajese las palabras del fondo.

La Madre Vergara apagaba la luz del centro del pasillo, nos entregaba a la oscuridad. Sentíamos el paso de la Prefecta por el pasillito entre las camaretas —para la visita de la noche calzaba zapatillas de fieltro— su voz, indiferente y tranquila, desde la puerta:

—Suba hasta Ti, Señor, la oración vespertina.

Como si no nos hubiese sonreído, como si no se hubiese inclinado sobre nosotras, como si el velo negro no hubiese rozado nuestra almohada.

Contestábamos:

—Y descienda sobre nosotras Tu misericordia.

Parecía que el sueño estuviese esperando aquella orden tácita. Me dormía de un golpe, boca arriba. No soñaba.

OceanofPDF.com

III

Los jueves repartían las cartas. Yo veía el sobre con su filete negro, y la letra redonda, muy abierta, de mi abuela. Iba llamándonos al cuarto la Madre Prefecta, con el timbre, y recogías tu carta. Estábamos sentadas en los bancos en escuadra, derechas, contando los timbres.

Entregaba las cartas abiertas, las tenía sobre el secante rosa, encima de su escritorio. Tenía un abrehojas de hueso blanco. Decía, sonriente:

—Carta de casa.

—Gracias, Madre.

Dábamos media vuelta, con la carta abierta en la mano. No decía ni decíamos: «carta de la abuela», o «de papá» o de nadie: «carta de casa».

Sacaba la carta y miraba la letra ancha, abierta, como la letra de un niño grande, que se iba hacia abajo en los finales de página. «No se tuerce una. Todas bien iguales. Una, dos, una, dos…». Pero era la abuela… Firmaba así: abuelita. Siempre se despedía igual: «Tu amantísima» y, más abajo: «abuelita». Era lo único que veta de la carta sólo de un pliego corto, mientras las otras daban también vueltas a las suyas. La guardaba en la faltriquera.

La primera vez me maravilló, la segunda lo esperaba; llegó un tiempo en que me estorbaron.

Las primeras veces me desnudaba a gran velocidad al llegar por la noche a la camareta, y leía, con el oído pendiente de la llegada de Madre Prefecta, mientras hablaba ella con Begoña e Ina. Apenas me daba tiempo, aunque con la letra tan grande ocupase tanto, dijera pocas cosas:

«Querida Tadea: Me dan buenas noticias del colegio. Veo que te portas bien. Que estás contenta».

Rápida, la carta debajo de la almohada. Madre Prefecta decía, inclinándose hacia mí:

—Hay que seguir los consejos de su abuela, darle esa satisfacción, ¿verdad?

La carta estaba debajo de la almohada.

—¿Qué pasa? ¿Pasa algo? ¿Eh? ¿Eh?

Aborrecía la carta de la abuela. La aborrecía. No quería ya ni tocarla. La Madre Prefecta apoyaba la mano sobre la almohada, justo encima. Sus dientes prietos, blancos; los ojillos recorriéndome, clavándome. «Sabe que la he escondido». En la mano izquierda el crucifijo. Lo apretó contra mis labios. Una vez, otra.

—Puede usted leerla cuanto quiera. Es su abuela. Nos gusta que la lea. ¿Eh? ¿Eh?

Era como si el crucifijo se me incrustase en los labios.

—¿Eh?

El ruidito de cerrar la camareta. Aquel olor acre, seco. Quieta, sintiendo aún el roce en los labios, sin deseo de la carta, de la estúpidamente guardada carta.

Por la mañana, al saltar de la cama —la hacíamos nosotras mismas—, terminaba de leerla a escape. La rompía con cuidado de que no oyesen el ruido, rasgándola despacio, despacio, levantaba la tapa del cubo debajo de la palangana y la echaba allí. Veía los papeles danzando sobre el agua sucia, jabonosa, la letra corriéndose, aguada (había partido en muchos pedazos «amantísima» y «abuelita»). Quedaba libre.

Elvira Piqueras leía sus cartas en filas, en la capilla, durante el estudio. En cuanto salía del cuarto de la Prefecta preguntaba:

—Madre, ¿puedo ir…?

Madre Vergara inclinaba la cabeza y Elvira se dirigía a los lavabos. Tardaba, pero Madre Vergara no la mandaba a buscar. Volvía con los ojos rojos, enrojecida la nariz, se sonaba, húmeda. Madre Vergara no miraba hacia ella que se sentaba en el banco, con la mano dentro de la faltriquera, fruncido el ceño moreno, fruncidos y apretados los labios, a punto de llorar. (Apartaba los ojos de ella, sentía vergüenza, como si fuese yo quien lo hiciera). Sabía que la mirábamos aunque no nos mirase, se le notaba en la manera de parpadear de prisa, con los ojos muy fijos. Paz Echandonea la miraba con guasa mordiéndose las uñas;

—¿Ha escrito papá?

Aflautaba la voz para preguntarlo.

—¡Paz! —corregía, rápida, Madre Vergara echándose un poco hacia delante y dando en el suelo con el pie.

Elvira se levantaba del banco e iba a apoyarse contra la ventana. Madre Vergara entonces forzaba la voz. Hablaba con súbita alegría, de prisa, con su voz ligera. Sonreía, y se le veían las encías pálidas.

—Ayer, en el recreo, la Madre Azpiazu nos dijo que adelantan muchísimo en las figuras, sobre todo las pequeñas. Que podrán hacer composición de figuras para la visita de la Madre Provincial.

El recreo de las monjas despertaba nuestra viva curiosidad, nos intrigaba, el que hablasen de nosotras durante el recreo nos daba gana de indagar más.

—¿De qué hablan en los recreos, Madre? —preguntaba Luz, riéndose, como si ya supiera que no le iban a contestar.

La Madre Vergara se inclinaba un poco hacia delante, llena de misterio. No llamaba a Elvira al banco, no le decía nada, y parecía que Elvira ya no supiese qué hacer allí pegada a la ventana, desgajada de nosotras, como si ella y nosotras hubiésemos olvidado a qué había ido.

En la capilla la Madre Prefecta se acercaba a su banco y la veíamos guardar la carta ostensiblemente. Pasaba en fila, a la salida, delante de ella, que apoyaba sus manos sobre el corazón dorado prendido al final de la toca. Elvira iba muy derecha, muy alta la cabeza, con las trenzas negras sobre el uniforme y un aire de bravata. La Prefecta nos miraba pasar a todas y a ninguna, sin moverse de su puesto.

Al día siguiente, Elvira no comulgaba.

Salía a la puerta de la camareta con las trenzas sin peinar, chorreándole el nacimiento del pelo, hinchados aún los párpados, apagada la piel, en torno a la boca, salpicada de pequeños lunares. Parpadeaba de prisa, de prisa —tenía pestañas largas, rectas, espesísimas—. La palmada. La fila. Entrar en fila con las demás. La capilla. No comulgar. Madre Prefecta parecía no darse cuenta, de pie, a la izquierda de los bancos, con su misal de tapas de hule negro en la mano, leía y miraba a un tiempo.

Apenas desayunaba. Estaba en la mesa entre Teresa y Paz. La empujaban con el codo para que comiese.

—Cada una ocúpese de si misma. Estén tranquilas.

En el estudio no le valía. En el salón de estudio rectangular, inmenso, aguardaba la Madre Monleón. Daba con el puño cerrado varias veces sobre la madera si tenía demasiado tiempo la tapa del pupitre levantada ocultándose detrás, o bajaba, rápida, y todas la veíamos sin mirar —«atentas a su lección», susurraba al paso— bajar los escalones y dirigirse a Elvira. Entonces se podía mirar porque Elvira estaba situada a mi izquierda, detrás, y la Madre me daba la espalda. Elvira se ponía de pie, con sus labios salientes. Madre Monleón decía:

—Démelo.

Elvira había puesto su mano sobre la carta abierta entre las hojas de un libro. Miraba a la cara a la Madre parpadeando de prisa, de prisa.

—Baje los ojos.

Hablaba bajo, rápido, pero en el tenso silencio absoluto oíamos todo. Elvira seguía parpadeando aprisa, mirándola a la cara.

—Deme eso.

Elvira una vez se metió la carta en la faltriquera.

—Deme, he dicho.

No lo tocaba, no la forzaba, no llamaba a nadie. Sólo aquella constancia, aquella perseverancia junto a ella.

—Deme.

Elvira no lo entregó. Madre Monleón con las manos en las mangas.

—Meta los libros dentro del pupitre. Todo. Salga al pasillo.

Elvira pasó delante de nosotras, sin mirarnos, con los ojos chispeantes y las trenzas gruesas sobre el pecho.

—Entre las dos puertas. Que no se la vea.

Madre Monleón regresó a su tribuna y nos miró, estirándose. Apenas nos movíamos.

Sólo Luz. Luz se puso de pie y pidió para los lavabos, alzando la mano izquierda. Hubo un segundo de duda en la Madre. Autorizó, inclinando la cabeza. Luz salió tranquilamente, sin acelerar el paso, sosteniendo con su mano derecha la medalla de congregante. Me dio alegría verla salir y miedo. No tardó entre una puerta y otra, en aquel espacio cegado por la pared tras la cual estaba Elvira. Cuando regresó —todas furtivamente la miramos pasar, con su claro perfil encendido, la cinta azul al cuello, la

mano sobre la medalla—, mientras cogía sus libros vi que tenía las manos recién lavadas. (Estaba segura de que habría hablado a Elvira, de que había sonreído a Elvira. Lo deseaba).

Madre Monleón miraba fijamente hacia la cabeza dorada de Luz. Observaba su mano escribiendo en el cuaderno con aquella tranquilidad atenta.

Elvira tardó un tiempo en entregar sus cartas. Llegó a metérselas por el escote rápidamente, delante de los ojos redondos, inexpresivos de la Madre Monleón, sus ojos desvelados a través de las gafas.

Llevaba con frecuencia el pasador del cuello blanco flojo y el primer automático del uniforme abierto. Pero con el blusón cerrado atrás y todo ahuecó rápidamente el pecho y se metió la carta por allí. Madre Monleón dijo:

—Sucia.

sin casi despegar los labios. Y Elvira se puso encarnada, encarnada, y los labios gordezuelos le temblaron. Se los mordió.

—Voy a contárselo a mi padre.

Le temblaban aún los labios cuando íbamos en fila por el camino de la marquesina hacia la gimnasia.

—Se lo pienso contar.

—La niña de papá —dijo Paz Echandonea.

Elvira se sorbió las lágrimas. Apretaba los ojos y pestañeaba para que el viento se las secase. No tenía madre —¿quién lo había contado?—, había muerto hacía un año. Veíamos a su padre en el recibidor, los domingos, y acudía todo el tiempo permitido, una hora por la mañana y dos por la tarde. Elvira resplandecía los domingos.

Paz dijo:

—Vaya, hoy te has lavado.

Elvira le sacó la lengua. Tenía una lengua extrañamente blanca y gorda en su cara morena.

—¿En tu casa no os laváis más que en las fiestas?

—Lo mismo que tú.

Madre Vergara se acercaba a ellas.

—Respétense las unas a las otras, siempre discutiendo.

Elvira le sonrió. La sonrisa de Elvira era como una fruta de granado, roja abierta. Le sonreían los ojos, húmedos también, dormilones, con sus pesados párpados. El pelo parecía azulado, recio y liso en las espesas trenzas que, en domingo, sujetaba con dos lazos negros. Se enroscaba el final de la trenza en el dedo y lo soltaba luego, un corto bucle. Le brillaban la piel, los ojos, el cabello tirante, la banda de glasé morado tiesa extendida sobre su falda tableada, el moaré de la cinta blanca con que colgaban al cuello su medalla ovalada de aspirante a ángel. (Pero le brillaban sobre lo oscuro, sobre lo moreno).

Subía del recibidor con aquellas latas brillantes de colores llenas de toffees mackintosh, *su padre regalaba tartas de chocolate los domingos para las compañeras de su hija —las llamaba «marquesinas»—, que Elvira paladeaba mirándote y sin verte.*

Descubrieron que cantaba la tarde en que nevó, durante el recreo. Entraba una luz plomiza por los ventanales, la Madre Vergara apretaba las manos dentro del hábito. Dijo:

—Ha bajado la temperatura, está nevando.

Mirábamos hacia la ventana y no se veía.

—Madre —preguntó Luz—, ¿podemos abrir?

La Madre Vergara, un poco sonrosada, miró a todos lados y hacia la puerta de la Prefecta.

—Sin alborotar…

Abrimos la ventana. Daba sobre el patio encristalado junto a la capilla; se veían también las ventanas al patio, todas cerradas. La nieve caía. Parecía sucia, pero al posarse sobre el reborde del cristal o en el poyo de la ventana era de una blancura sin igual. Nos apiñábamos para la novedad de mirar.

—Con orden.

Madre Vergara estaba detrás de nosotras, y al volverme para ceder el sitio, vi que miraba por encima del tejado a la nieve caer, con los ojos azules como líquidos, animado el rostro. Me pareció que no debía mirarla así.

—¿Quieres a la Madre Vergara?

Teresa Alzola, apoyándose en la ventana, cuchicheando. Dije:

—Claro.

Se volvió un poco.

—Está tísica.

La nieve caía sucia, sin peso, al patio.

—En casa van a protestar de que nos la pongan ¿y en la tuya?

¿Cómo podía ser tan blanca cuando se posaba?

—Ya pueden cerrar.

Madre Vergara decía, apurando:

—Ya pueden cerrar, ya la han visto.

Parecía que en sus ojos se le derritiese la nieve.

Elvira Piqueras y Begoña sacaron la cabeza para que les cayese encima. Se les convertía en gotas sucias escurriéndoseles por el cuello o por el caminito que las dos trenzas de Elvira abrían en su cabeza por detrás. Cogimos puñados de nieve del poyo de la ventana y nos frotamos las manos. Elvira se frotó la cara, de prisa. Paz dijo:

—Qué bien te va.

riéndose; Elvira nos mostró su cara enrojecida y brillante, y el aguanieve se le prendía en las cejas espesas y en las pestañas, en los ricillos del nacimiento del pelo. Sacaba la lengua para chupársela en la cara.

También se frotó la cara Margarita Altube, y también se le enrojeció la piel y pareció menos hosca, menos cerrada.

Al fondo, por encima, flotaban los harapitos blancos.

—Madre ¿si pudiéramos ir al monte?

—Basta ya. Cierren la ventana.

Margarita cerraba la ventana, con la cara charolada por la nieve. Nos sentamos en el banco y teníamos las manos enrojecidas.

Elvira dijo:

—¿Por qué no vamos al monte? Ande, Madre…

—Obedezcan.

—¡Si no hace frío ninguno! Y corremos, Madre, si vamos jugando todo el tiempo.

Las pequeñas chillaron de alegría.

—¿Pueden estarse quietas? Quietas y sentaditas.

Parecía desconcertada, y nosotras también. Aquella frialdad y aquella grandeza de la nieve nos había sacado de nuestra vida diaria. Verla, tocarla, ¿era mucho pedir?

—Ofrézcanselo a Dios.

Elvira tenía las manos hundidas en los bolsillos del blusón, y todas más o menos mirábamos hacia los cristales esmerilados, porque aunque no fuesen transparentes dejaban divisar una luz extraña, mineral. Apoyó la cabeza sobre Geni, de pie a espaldas suyas, y cantó a media voz:

Del azul del cielo,
vidalita,
y la nieve andina…

Madre Vergara dijo:

—Eso, ¿sabe cantar? Puede cantar, sin alboroto.

forma su bandera
vidalita…

Nos quedamos como entumecidas. Todo se hizo irreal: la luz cósmica, el pasillo y aquella voz que fue haciéndose poderosa y nos transportaba.

Me voy,
me voy a tierras lejanas.
Adiós, caminos que recorría
montes, valles y cañadas.

Oír «montes, valles y cañadas» daba aquella nostalgia imprecisa y vastísima, punzante, lacerante.

Si no volvemos a vernos…

—Cante otra cosa. ¿No sabe otra cosa?

Nos miramos todas como si hubiésemos estado fuera de allí y de pronto volviéramos.

—Cosas así. Las cantaba mamá.

Madre Vergara la miró, quietamente. Dijo, como si sólo entonces se diese cuenta de que Geni Alzola jugaba con las trenzas de Elvira, como si sólo entonces viese a Elvira:

—Siéntese en su sitio, Geni.

Y Geni fue a sentarse junto a su hermana Teresa, arrimándose contra ella. Teresa dijo:

—Esta niña.

y le puso bien la cinta de terciopelo negro.

Desde entonces, Elvira cantó en la capilla y en la iglesia. En nuestra capilla, al final de las escaleras, pasado el patio de cristales, frente a los recibidores, y en la iglesia grande, pública, en donde las monjas cantaban maitines y vísperas, oían misa, y hacían la Hora Santa. Allí estaba siempre el Santísimo expuesto. Había siempre junto al comulgatorio dos reclinatorios ocupados por dos monjas que daban adoración hasta la reserva de la caída de la tarde.

«A la caída de la tarde, los discípulos de Emaús…».

El altar era como una colina de peldaños blancos hacia el templete en que se exponía al Señor. Deslumbrante, rodeado de rayos de oro, con un cerco de piedras brillantes en torno al viril, salpicadas en los rayos. (Se veía casi cerca desde las tribunas en alto, en torno a la iglesia, partiendo del coro). En la tribuna entraban las religiosas entre hora y hora, presenciábamos las grandes ceremonias, seguíamos los oficios de Semana Santa. No había reclinatorios. Se arrodillaba una sobre el suelo, con aquellas ventanitas entornadas, de manera de no ver a la gente y ver sólo el altar, caminado de velas encendidas, muchísimas velas y flores. Todo brillaba como espejuelos de oro. Todas las sábanas del altar eran blanquísimas, tiesas, recamadas de encaje.

«… el cual compró una sábana, lo bajó, lo envolvió en la sábana, y lo depositó en el monumento».

El sacerdote oficiaba con ropas llenas de bordados de oro, de terciopelos negros en la Semana Santa. Los monaguillos iban de azul y blanco, o de rojo y blanco, o de negro y blanco. Subían las columnas de incienso.

«… ¿por qué la molestáis? en verdad os digo… en todo el mundo se hablará de lo que ésta ha hecho, para memoria de ella».

Había un espacio de bancos llenos de religiosas con sus blancos velos sobre las tocas, el blanco manto con que asistían a la iglesia. Llevaban al entrar el velo caído sobre la cara, se lo alzaban al ocupar su puesto.

—No mire hacia los bancos. Hacia el altar.

La mano de Madre Prefecta o de Madre Azpiazu entrecerrando más mi ventanita, orientándome hacia el altar.

Las monjas entraban cubiertas y todas parecían iguales, más bajas o más altas, pero iguales. No sé cómo Begoña las distinguía. Me daba con el codo:

—La Madre Vergara.

Yo miraba y sólo veía a las religiosas de dos en dos, hundiéndose en la reverencia al pie del altar. Fijaba bien los ojos: ¿cuál de las dos?

—Dómine, labia mea aperies…

Las voces nasales, entonadas, como un canto rezado.

Las separaba del público una reja. Al público no le veíamos jamás, habría que echar fuera la cabeza. Desde el coro, al fondo, podría verse la iglesia entera. Elvira la veía, porque en Semana Santa cantaba con las monjas. «Pero, ¿no es clausura? —La levantarán para que vaya Elvira». Madre Vicaria la precedía,

—No vuelvan la cabeza —susurrando.

y abría una puertecita, al fondo, muy estrecha. Le hacían señas a Elvira:

—Ssss… ssss

y con la mano, para que anduviese de puntillas, no se oyese el crujido de sus zapatos de charol. Pero Elvira no andaba silenciosa, no sabía hacerlo. Esperábamos, pendientes, la voz de nuestra compañera. En la iglesia grande, la voz de Elvira era una magnificencia que se desarrollaba, se extendía, llegaba y llenaba. Alguien me dijo que su padre iba a la iglesia a oírla. (Quizá por eso pisara tan fuerte). La voz de Elvira era tan hermosa y esplendente, que no parecía de una niña, de una como nosotras: era también como el pomo de la Magdalena que se quebró y caían perfumes y valían trescientos denarios.

En nuestra capilla la voz extrañaba, distraía. Después del evangelio, los domingos, o en la sabatina, por la tarde, Elvira se levantaba de su banco y se dirigía al fondo de la capillita, con su velo blanco hacia atrás. La ascendieron a Ángel. Tenía la medalla de plata, que yo llevaba de metal todavía —yo era postulante, recién entrada— y la cinta blanca más ancha, de cuatro dedos en vez de uno como la mía. En el fondo de la capilla estaba

el armonio que tocaba la Madre Vicaria. La voz de Elvira era un trino gutural que golpeaba dentro, como si cantase lo de la nieve andina allí, en aquel recinto cerrado de enrarecido silencio; su voz se estrellaba contra las paredes, contra el techo, revoloteaba ciega hasta pararse en la Virgen. La voz de Luz templada, suave, afinada, dejó de ser voz allí: todo absorbido, relegado por aquella deslumbrante y oscura voz. Había al oírla desasosiego, no se pensaba en rezar.

—No puedo cantar más bajo. No me sale.

—Canta usted con la garganta, ¿no podría…?

Madre Vicaria bajaba los ojos un poco al decir «garganta».

—Si no quieren, no canto.

Decía en filas cuando se enfadaba:

—Me van a estropear la voz.

o a la vuelta del recibidor los domingos:

—Me van a dejar sin voz.

Y cuando se enfadaba se negaba a cantar. Ya lo sabíamos.

Aparecía a la puerta de la camareta con un trapo negro al cuello pestañeando de prisa, de prisa. Madre Vergara se acercaba:

—¿Le duele algo? ¿Está enferma?

Elvira hablaba más bajo, no parecía salirle bien la voz.

—Estoy ronca.

A veces lo hacía en plena misa. Se levantaba como si fuera a cantar, se iba junto al armonio y oíamos sus carraspeos continuados. Después iniciaba unos sonidos y la voz caía como un pájaro que se desplomase.

—No tome usted tantos caramelos seguidos, le ensucian el estómago —le decían los domingos.

Elvira cuchicheaba, desafiantes los ojos:

—Me explotan. Tienen miedo a que me ensucien la voz.

(Pero en la iglesia grande no se negaba a cantar nunca).

Los caramelos de Elvira parecían inagotables. Tenía siempre ocultas provisiones.

—¿Quieres?

Te pasaba un toffee *pegajoso pegado a su mano de palma siempre húmeda. Tenía las palmas de las manos cenicientas, no sonrosadas.*

(—Tiene comprada a la Hermana Aralar.

—Ha pedido permiso su padre.

—No. Es que como canta…).

Teníamos los caramelos dosificados. Libres los domingos en las horas de recibidor, de cuatro a seis. Por la noche, antes de entrar en la camareta, había que dejar los paquetes sobre la mesa de la Madre Prefecta. Volvían a darlos los jueves por la tarde. Todas escamoteaban caramelos en la faltriquera. No sé si Luz. Me parece que los entregaba, pero aceptaba de buen grado si le ofrecías de los tuyos. Sonreía guiñando los ojos que, a la luz del corredor por ejemplo, parecían del color de su pelo.

—Tengo ojos de perro. Del color de los ojos de los perros, ¿no se ha fijado?

Pensé, ofuscada: «no». Madre Vergara dijo con suavidad:

—No diga extravagancias, usted tiene ojos de persona.

—Que sí. Que sí. Mi hermano Santi tiene un perro setter y tiene los ojos…

Parecía molesta por la observación de Luz.

—Pues yo he oído decir que algunas personas se parecen a los animales.

Begoña lo dijo con intención, con risa contenida.

—¡Hablen de otra cosa!

Daba golpecitos con el pie contra el suelo.

—Usted tiene ojos de paloma, Madre —dijo Luz.

Y Madre Vergara se puso de pie, como si la hubiesen ofendido.

—No es un tema de conversación. No se habla de las Madres. Ustedes las mayores deberían tener más juicio.

Begoña continuó en bajo, torciendo un poco la boca:

—La Madre Monleón parece una lechuza.

Y Elvira dijo:

—¿Y yo?

La Madre Vergara agitaba la mano derecha.

—Ale, ale, a jugar.

—¿Y yo? —volvió a preguntar Elvira, machacona, arrimándose a Begoña Mundaca.

—A jugar, niñas. Conversaciones en común.

Lo decía mirando a Elvira:

—Conversaciones en común…

Y Elvira frunció los labios, disgustada. Aprovechaba cualquier ocasión para apartarse del grupo de las demás, para hablar a solas.

—Elvira…

Se metía de un golpe varios caramelos juntos, de una vez.

La Madre Prefecta nos había dicho:

—No se toman así los caramelos, con avidez.

E inflaba las mejillas fingiendo masticar exageradamente.

Nos hacía reír.

—Ni se chupan tanto tiempo.

—Pues a mí —dijo Elvira— me gusta meter varios a un tiempo, no pierdes el sabor, cuando uno se te está acabando empieza a deshacerse el otro.

La Madre Prefecta hizo que no la oía. Al marcharse, cerca ya de la puerta de la clausura, se volvió:

—Un momento…

Y Elvira se acercó corriendo.

—Sin correr.

Yo estaba en los lavabos, que había pedido permiso, y salía en aquel momento. Vi a la Madre de espaldas junto a la puerta, el ruidito de las llaves en su mano. Elvira la miraba como si no comprendiera algo que le decía. Oí:

—… sensualidad.

Elvira bajó los ojos, rápida. Volví a meterme para que no me vieran. Me pareció, turbada, que había oído un secreto de confesión.

OceanofPDF.com

IV

El cuarto de la Madre Prefecta tenía una ventana de cristal transparente, aunque no te fijabas mucho, pendiente de lo que decía. Era muy pequeño, y el escritorio, con librería encima, en forma de armario, adosado a la pared de la derecha. Así la Prefecta resultaba estar de espaldas a la que entraba. Veías la masa negra de su cuerpo, leyendo en su breviario con guardas de hule negro, o anotando algo en una agenda grande que cerraba con una goma. Cuando oías tu timbre no necesitabas llamar a la puerta, simplemente entrar. El espacio era casi tan reducido como la sacristía en que nos confesábamos, una vez por semana, junto a la capilla. La ventana, muy grande, ocupaba el fondo. Pero al pie de la Madre Prefecta, sentada en silla alta, había un asiento bajo, pegado al escritorio, y así quedabas limitada por la Prefecta que se volvía de medio cuerpo hacia ti, para hablarte.

Luz o Begoña y hasta Paz o Elvira pedían en el estudio para ir a su cuarto: bastaba con ponerse de pie y levantar la mano derecha. Nadie se interponía entre el deseo de hablar con la Prefecta y tú.

Volvían con aire importante y reservado. Yo pensaba que alguna vez tendría que pedirlo también, pero no sabía para qué. Me sentía orgulloso y confusa cuando ella me llamaba. Las primeras veces ni me daba cuenta de que el timbre era para mí y avisaban las cabezas vueltas de las que estaban en la fila delantera de pupitres. La voz de Luz:

—Tadea… Tadea

apenas enunciándolo y, al alzar los ojos, sorprendida de que Luz hablase durante el estudio, el expresivo gesto de Madre Monleón para que fuese. Oía:

—La Madre Prefecta. Es para usted.

Me alborotaba tanto el corazón, tenía tanto miedo, prefería quedarme en el estudio como las demás. Que no me llamasen.

—¿Cómo estamos?

La sonrisa de la Madre Prefecta, su mano fina y larga señalándome la silla baja, me sentaba casi sin saber lo que hacía.

Las manos en los bolsillos del blusón. Las piernas juntas.

—Tengo aquí un librito… Vamos a ir leyéndole juntas.

Sonreía, cómplice:

—«La Historia de un alma».

Me sentía directamente aludida, quizá por la manera de sonreír. Cuando decía:

—Historia de un alma…

abriendo el libro sobre el escritorio, con varias señales entre las hojas, parecía dirigirse a algo mío, íntimo mío, y que lo conociera, aunque no lo rozábamos.

—«Había, sobre todo, un grupo de perlas de oro en el firmamento abisal…».

Levantaba los ojos del libro. Aclaraba:

—La constelación de Orion.

Volvía a leer:

—«… que yo señalaba con deleite, hallándole en forma de T.».

Yo miraba hacia delante, a la altura de su ceñidor de lana.

«—… Mira, papá, mi nombre está escrito en el cielo. Después, no queriendo ver nada de la tierra vil, le pedía que me llevara. Y, sin mirar dónde ponía los pies, fijaba bien mi cabecita en el espacio para no dejar la contemplación del estrellado azul».

Se detenía. Entornaba las tapas.

—¿Qué le parece? ¿Verdad que es hermoso? Podría servirle de punto de meditación, durante la semana. Cuando va en filas, mientras está en silencio.

Sonreía.

—¿Eh?

Era una sonrisa cordial y distante. Una sonrisa con el reloj delante, sobre la carpeta, como despegada de ella, casi un gesto.

El ambiente del cuarto pequeño me cercaba, estar a solas sin la presencia silenciosa de las otras que habían pasado a ser yo misma, me causaba un indefinible temor. La Madre Prefecta tenía delante una lámpara

de mesa con la tulipa de porcelana verde. Al atardecer, con la ventana cerrada y la luz recogida, medio penumbra, la confusión era mayor.

—Si tiene usted algo que confiar, ya sabe, yo estoy aquí para todas.

Estaba para todas.

Al regresar al corredor de siempre, al pasillo de siempre con el linóleo marrón, los ventanales esmerilados, las paredes con zócalo marrón, me parecía que había transcurrido mucho tiempo. Cuando entraba de nuevo en el estudio y veía las cabezas inclinadas o distraídas de mis compañeras, y el quieto brillo de las gafas de Madre Monleón, me sentía en casa. Guardaba la estampa, si me la había dado, en la faltriquera. O la miraba, como hacían las demás, aunque Madre Monleón la viera. Porque las estampas de la Prefecta sí las podías mirar. Escribió detrás de una estas palabras-laberinto:

> Nada sirve lo que vivo
> si no vivo para Dios.

Llamaba con frecuencia a Margarita Altube que se ponía de pie, encarnadísima. Solía ponerse colorada hasta la raíz de su pelo muy negro que peinaba pegado a la cabeza, con flequillo sobre la frente que se le abría al centro. Salía balanceando los brazos largos y pesados o con una mano dentro de un bolsillo del blusón y la otra colgando.

—Nada de llevar los brazos colgando
y la Madre Monleón remachó con un gesto de desdén inmenso:

—… como los hombres.

En cambio, la Madre Azpiazu solía bracear cuando subía o bajaba a la gimnasia. Begoña dijo:

—Es buena.

Begoña rezongó:

—Ay, chica, tanto grano. Le debíamos de regalar un sacamelodones.

Se apoyó en el palo de gimnasia e hizo que saltaba a trancos, apoyada en una pértiga. Daba risa mirarla.

—No sea usted payasa —dijo la Madre Azpiazu con su voz bronca, gruesa—, siempre ha de andar haciendo la payasa.

Begoña soltó el palo y pareció súbitamente desinflada. Se incorporó a filas con la cara amarilla y abatida, parecía.

Margarita Altube solía quedarse en el cuarto de la Madre Prefecta tiempo y tiempo. Terminábamos el estudio y su pupitre en la fila delantera, el último junto al pasillo, vacío, con los libros sobre la tapa. Madre Monleón hacía un gesto a Luz para que guardase los libros. Salíamos. Íbamos a las clases y, a veces en las filas o a veces saliendo, ya de su curso con las mayores —dábamos clase mediopensionistas e internas mezcladas, aunque a las internas nos ponían juntas y en las filas delanteras— veíamos de nuevo a Margarita Altube y yo me devanaba los sesos pensando qué podría decirle a la Prefecta para retenerla tanto tiempo.

Margarita parecía más oscura, una puerta cerrada, apretando los labios, con el rostro encendido.

Dejaba de comulgar una o dos veces por semana y, al entrar en el comedor, después de misa, instintivamente nos apartábamos un poco de ella. Una vez alcé los ojos al volver del comulgatorio, buscando mi sitio en el banco, y vi a Margarita con la boca apretada sobre sus manos juntas y coloradísima. Parecía tener hasta los ojos encarnados. Se tapó la cara con las manos lo mismo que si acabase de recibir al Señor.

Sabíamos ya que cuando no comulgaba oiríamos su timbre durante el estudio, y la veríamos levantarse roja hasta la raíz del pelo. No sé por qué me quedaba turbada viéndola salir. Y volvía mis ojos en torno, a los pupitres, a las compañeras, a los ventanales, a la tribuna, a Madre Monleón, para volver a encajarme. Me olvidaba de Margarita.

La luz en el salón de estudios nos llegaba desde la izquierda, a través de aquellos altos ventanales translúcidos que ocupaban el muro frente a las bocapuertas de entrada. Llegaba la luz del sol, pero no veíamos al sol, ni las cosas que iluminaba. Aquellos ventanales daban sobre la clausura, sobre el patio de clausura, y no se abrían jamás, o se abrirían a la hora en que estábamos en la capilla, porque una vez, al embocar el pasillo que llevaba al estudio, a la salida del comedor, vimos a la Hermana Aralar, precipitada, cerrando los ventanales. Madre Vergara dio una palmada y se mordió los labios. Dijo:

—Esperen —alzando la voz todo lo que ella podía alzarla.

Begoña estiró la cabeza. Teresa Alzola preguntó:

—¿Se ve algo?

Había unas persianas marrones arrolladas por dentro en lo alto de cada ventanal. Al llegar la primavera se desenrollaban y nos llegaba la luz a listas, pautada, como nuestros cuadernos.

Si entraba mucha claridad se atenuaba en seguida: Madre Monleón indicaba a Margarita y a Luz que se dirigiesen a los ventanales y soltaran las persianas. Golpeaba con el puño sobre el pupitre para que no mirásemos hacia allí, de donde venía aquella claridad pujante. Veíamos amortiguarse la luz sobre la página del cuaderno. (Aquella vez en que el sol se filtró entre las rendijas de la persiana y vino a buscar la cabeza de Luz, posado allí de una manera casi humana).

Colgaban del techo unas bombillas con pantallas de porcelana blanca en forma de plato. Estaban muy altas. Cuando llegaba la noche pronto, en invierno las encontrábamos encendidas al entrar al estudio por la tarde. Madre Monleón presidía aquel tiempo de nona, largo, pesado, ceniciento. Te olvidabas de todo, o quizás habías pasado a ser tú misma la presencia inmóvil de Madre Monleón, encaramada en su pupitre, y actuabas ya con la certeza de Madre Monleón allí —que nunca encendía la luz sobre su tarima, y así quedaba en una zona más oscura y alta—, con el rebrillar de sus gafas. Tenía una absoluta inmovilidad, ni se apoyaba en el respaldo de la silla. Sólo alguna vez, tras mirarnos fijamente, hacía apuntaciones en su cuaderno con tapas de hule que guardaba luego en la faltriquera, volviendo a mirarnos. (¿Iba mi nombre en el cuaderno?). Entraba un infinito desánimo. Parecía que el tiempo del estudio no iba a terminarse nunca. Casi inconscientemente te ponías de pie, pedías para los lavabos levantando la mano izquierda. Si habían salido ya dos negaba con la cabeza. Pasabas por delante de su tribuna, con las manos en los bolsillos, y parecía que se te hubiesen dormido las piernas. Ya en el pasillo andabas más ligera, te volvía la circulación.

El pasillo, ya he dicho, desembocaba en el corredor, se partía en dos. A la derecha terminaba en el salón de labores. A la izquierda, la puertecita de la clausura —antes de la puertecita, el piano negro vertical—, la

embocadura que daba a los lavabos y el espacio en que se hallaban éstos ante las puertas de los retretes: al lado, la clase de dibujo.

A la hora del estudio general no había clase, tras las puertas con su recuadro de cristal estaban las clases vacías; y la banqueta de piano, que subía o bajaba dando vueltas al pivote, metida en el hueco bajo el teclado con la tapa cerrada; solamente, a la derecha, Hermana Aralar en una silla baja frente a los lavabos, repasaba interminablemente. Tenía junto a las faldas de su hábito, en el suelo, una cesta con medias y pañuelos nuestros y el huevo de cristal que metía dentro de las medias negras para repasar. Le llegaba de espaldas la luz de la ventana. No parecía atender a cuando entrabas o salías del retrete o a los lavabos, pero estaba allí.

—No se mete en nada —me dijo Elvira Piqueras, abriendo el grifo.

Sonreía.

—Ya no soy amiga de Teresa Alzola.

Yo dejaba correr, confusa, el agua entre mis manos. Me pareció que había un enorme ruido de agua.

—Que se desborda, chica…

Cogí la toalla y la oía. Se daba agua en las trenzas, despacio, atusándoselas.

—Pide para salir cuando yo salga. Podemos hablar aquí. Es un asco, chica.

Seguía con la toalla dándole vueltas a las manos. La Hermana Aralar debía de vernos de medio cuerpo atrás.

—Tarda un poco más, no te vayas tan pronto. La fiera qué sabe.

Se reía sin ruido, con la cara animada.

—La Monleón, león, la fiera, ¿no lo sabías? No pongas esa cara, no es ningún insulto. Se llama así.

Entonces me di cuenta de que las otras pedían ir a los lavabos también para hablar, también para romper el sopor del estudio.

—Voy yo primero.

Dejó su toalla hecha un burruño en él toallero.

—Tarda un momento tú, que no se escame.

Cogió al pasar una media negra del cesto de la Hermana Aralar y la balanceó delante de su cara.

—Niña. Deje eso. ¡Niña!

Todo muy en bajo.

—Mire que se lo digo a la Madre Prefecta.

—Qué va a decir, Hermana…

Se agachó rápida, y cogió su rosario y lo besaba, restregándose sus labios tan gruesos.

—Quite, quite.

La Hermana aguantándose contra el pecho la mano enfundada en la media negra, con la otra la rechazó sin tocarla, tirando del rosario hacia sí.

—Si es al rosario —dijo Elvira con exagerado fervor—. Al santísimo rosario.

La Hermana Aralar, con los ojos bajos, lo frotaba contra su hábito, como puede una limpiarse la mejilla después de un beso.

OceanofPDF.com

V

Hermana Aralar nos avisaba con el timbre, durante el estudio, para el baño. Subía con nosotras las escaleritas que partían de los percheros y que se terminaban sobre aquella plataforma que daba al cuarto de baño, y pegado a él la enfermería.

—¿Cómo es la enfermería?

—Ya la verá cuando esté mala.

La enfermería tenía la puerta de dos hojas de cristales. Junto a la puerta del baño había otra de clausura. La Hermana Aralar cerraba la puerta.

—No corra el cerrojo.

La puerta quedaba cerrada, pero abierta: si te retrasabas o no oía ruido de agua, la Hermana daba con los nudillos en el cristal translúcido y preguntaba:

—¿Le ocurre a usted algo?

Veías la sombra de ella y de sus tocas a través del cristal.

Al lado de la bañera había una banqueta con una ancha camisa de algodón, doblada. Saltaba desde la esterilla de corchos al baño y cuando iba a salir metía la camisa dentro de la bañera y la empapaba. La camisa se hinchaba como un enorme vientre de tela y agua.

Hermana Aralar no preguntaba nada. Salías y te estaba esperando, junto a la barandilla. Se envolvía entonces con un delantalón blanco grande, con el que entraba también a arreglar nuestras camaretas.

—Hermana Aralar es un sol —me dijo Elvira—. Nunca te delata. Es de Navarra, ¿sabes? Del mismo pueblo de Teresa y Geni.

—¿Por qué su anillo es de plata? —pregunté a la Hermana Aralar.

Me contestó, simplemente:

—Porque somos Hermanas.

—¿Pone también Sponsa Cordis Jesu*?*

—¿Quién se lo ha dicho? Andan todas ustedes queriendo sacar cosas.

—¿Lo pone?

Me dijo:

—Ande. Ande. A estudiar.

Hermana Aralar tenía una cara imprecisa; tardé mucho tiempo en reconocerla. De una vez para otra la cara se me había olvidado.

Dijo, recia:

—Podía usted no hacer la cama a la francesa, por las mañanas, en vez de andar con tantas preguntas.

—Si no nos dan tiempo.

—Si no fuera por mí, que ando ahuecándoles los colchones, iban a dormir bien todas.

Yendo hacia el perchero la vi, de espaldas, en la camareta de Begoña, con la puerta entreabierta. Salió y entró en la de Iciar, y en la mía. (Tuve ganas de decir:

—No entre en la mía).

En el pasillo estaban la escoba, la bayeta y el recogedor. La Hermana Aralar tenía puesto su delantalón blanco, el velo blanco de la toca prendido atrás. Llevaba manguitos blancos que le tapaban el hábito desde los codos.

También la Hermana Mandoegui los llevaba en los días de labor, aunque no debía de mancharse por abrir y cerrar la puerta. Apenas se relacionaba con nosotras; la veíamos a la salida de la capilla, o del recibidor; cuando se marchaban los visitantes se adelantaba con la larga llave en la mano, pendiente de una cadena que le colgaba junto al rosario. Era encogida de hombros, como si no tuviese casi cuello, y la cara aplastada, achatada, dejaba ver muy poca frente bajo la toca. Decíamos adiós en la puerta del recibidor a quienes venían a vernos, y aquel trecho junto al recibidor grande —otra sala de visitas de la que salía alguna Madre con personas de fuera— nos separaba de la puerta de entrada. Hermana Mandoegui se adelantaba enarbolando la llave. La puerta se abría hacia dentro y frente a la pared del fondo, ocultando la salida.

Dabas media vuelta y te dirigías a las escaleras, separadas del pasillo de los recibidores y de la capilla por una vidriera. El teléfono estaba también en aquel otro lado, frente a la puerta de entrada. Era una cabina

amplia, sin ventanas, en donde cabían una mesa y una silla. Sobre la mesa solía estar el libro de rezos de la Hermana Mandoegui. El teléfono era de pared. Oía, con impaciencia, la voz de Patrocinio. La Hermana Mandoegui estaba de pie junto a la mesa.

—Bueno. Bueno.

Me llamaba en ocasiones contadísimas, para el médico, para el dentista, para decir que no vendría el domingo. Estaba deseando que terminara, y colgar, e irme. Volver, que no se ocuparan de mí, que me dejaran allí, al margen, en aquel tiempo pautado, sin intromisiones.

Hermana Mandoegui te veía marchar en silencio hacia la vidriera, o decía:

—¿Era de casa?

aunque era ella la que había cogido el recado.

—Qué sosa eres por teléfono. No preguntas por nadie —me decía después, en el recibidor, Patrocinio cuando venía a verme.

—¿Qué quieres que pregunte? —(cuando le contestaba).

Me irritaba su presencia allí, encogida en el sofá de rejilla, con el velo sobre el rizoso y hueco pelo blanco, mirando con respeto a la Madre Prefecta o a las familias de las otras niñas y hasta a las mismas niñas.

—¿Cuántas internas sois?

—No sé. No las he contado.

—¿No sabes cuántas sois?

Éramos once. Había sólo una camareta vacía frente a Geni.

—¿Son todas de aquí?

—No.

Apretaba el puño cerrado en la faltriquera. Se me quedaba pegajoso del sudor.

—¿No? —preguntó Patrocinio, extrañada.

—¿No son de aquí?

—No.

Me miraba como asustada y como pidiéndome perdón. Me daba una rabia horrible.

—Pues la de Fernández Ocón…

apuntó con timidez, mirándome.

—Tú qué sabes.

—Tienen una casa en Piquío.

Ni la miraba. Miraba hacia la silla, enfrente.

—… y Luz. Pero las otras son de por ahí, de fuera.

—Así tendrás amigas cuando salgas. ¿Te llevas bien con ellas?

¿De qué hablaba? ¿Qué tenía que ver lo que preguntaban ella o los demás con nosotras, con todos los días?

—Las Madres son muy buenas ¿verdad?

—Claro.

—¿Estás contenta?

Sí.

Patrocinio respiraba, descansada:

—Tu abuelita… se preocupa tanto por ti.

Aborrecía los domingos, los temía. Me despertaba pensando: «Hoy sin clases», y veía a la puerta de la camareta a Elvira rebrillando, con su uniforme impecable, sus zapatos de charol. También las demás nos poníamos los uniformes nuevos y los zapatos de charol, pero Elvira se los ponía por gusto, los domingos.

Había recreo toda la mañana, recreo interminable, y se alternaban en nuestra compañía Madre Hornedo, Madre Azpiazu o la Madre Clark. Por la tarde, después de comer —se podía hablar durante la comida— estaba presente la Prefecta, se quedaba con nosotras hasta las cuatro y la relevaba la Madre Vergara que ya no nos dejaría hasta las seis. A las seis la merienda, hora en que se daba por terminado el recibidor. Venía la Prefecta durante la media hora de merienda, y a las seis y media teníamos en la capilla rosario y bendición; a las ocho —antes, en el estudio casi solitario, escribir a nuestras casas o preparar los deberes del día siguiente—, la cena, ya en silencio; la oración de la noche en la capilla: sentíamos que algo había entrado, de fuera, algo impalpable que pesaba en el aire, distrayéndonos. Las monjas lo llamaban disipación. Subíamos a la cama. Esa noche la visita de la Madre Prefecta a las camaretas era más rápida, casi entrar y salir; sonriendo desde la puerta, preguntaba:

—¿Buenas noticias de su casa?

poniéndote ya el crucifijo en los labios, con la otra mano sacaba el reloj redondo y achatado de plata que llevaba dentro del ceñidor, pendiente de un cordoncillo.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Madre.

Ibas oyendo las distintas voces, un poco cansadas.

—Buenas noches, Madre.

—Buenas noches, Madre.

A Margarita Altube no se le oía. Ni a Elvira.

El cierre continuado de las puertas.

—Buenas noches, Madre.

La risa feliz, ligera, súbita de Geni.

(—Ayer Geni abrazó a la Madre Prefecta. ¡Es tan pequeña!).

—Buenas noches, Madre.

La voz infantil, aguda. Los pasos alejándose, rápidos. Se apagaba la luz.

OceanofPDF.com

VI

Los domingos, por la mañana, después del desayuno, íbamos directamente al monte si hacía bueno, y jugábamos al baloncesto. No decíamos: «Si hoy es domingo». Jugábamos. O nos sentábamos en el jardín junto a la fuente artificial con peces, alrededor de la Madre de tumo. A Madre Azpiazu le gustaba que jugáramos, que no estuviésemos quietas.

—A la edad de ustedes. Discurran algo.

Madre Azpiazu hablaba siempre en tono de bajo profundo. En el coro, en la iglesia grande, cantaba la cuarta voz. Olía fuertemente a menta.

La Madre Hornedo traía «Apostolado de la Oración» y «El Mensajero». Mirábamos con ella las revistas, nos hacía leer en alto algún párrafo, hablaba de las misiones, del apostolado. Hacíamos bolas de papel de plata para bautizar niños chinos, o la ayudábamos a despegar con agua los sellos de correo. Nos afanábamos. También se podían comprar niños herejes con los sellos. El papel de plata era una moneda para cristianar.

—Lea en alto, para todas, no lean para sí.

La respetábamos. Tenía la cara larga y la cabeza con la toca abultada en desproporción con su cuerpo. (—Doctora, fíjate). Nos tenía siempre entretenidas, Margarita Altube hablaba con ella sin esfuerzo.

—¿Se tuvo que examinar con los chicos?

Se reía, contestaba:

—No me rompan los sellos.

La clase con ella, decían las mayores, pasaba sin sentir; tocaba la campana siempre en lo mejor. Quería que resumieras la lección, no que repitieras.

—Bueno, vamos a ver qué le ha quedado.

También en el recreo de los domingos cambiábamos de Madre y nos parecía que nos cogían a la mitad. Faltaban sellos, estábamos a media narración de aquellos países lejanos, orientales, en donde vivían sin. Dios. Magia, hechiceros, frágiles canoas sobre torrentes, faldas de paja,

colmillos sobre el pecho. Madre Clark sonreía, apurada, con su aire de estorbar en todas partes. No disimulábamos nuestro fastidio.

—Madre, qué lata.

—Madre, por Dios.

Madre Hornedo se ponía en pie, rápida, saludaba a la Madre Clark y nos decía:

—Atención. Urbanidad. No hay que poner mala cara a nadie.

Pero parecía contenta.

—Si la Madre Clark no se entera de nada, no ve que es inglesa.

Había que hablarle en su idioma, forzoso. «Pero si es domingo». La Madre Clark tenía una cara desvaída, borrosos ojos claros, y se le ponían los ojos lacrimosos cuando Luz o Elvira le hablaban. Se secaba con el pañuelo.

—Tiene una rija —lo hablábamos delante de ella, con descaro, con impunidad.

—Podía tenerla a la hora de ponernos cero.

La boca muy redonda, con un gesto de roedor, parecía que mascaba hierbas. Lo acentuaba cuando Elvira o Luz la sonreían, se ocupaban de ella. Elvira dominaba el inglés. Inmediatamente tenía que llevarse el pañuelo a sus ojos.

—¿De qué sitio de Inglaterra será?

En cambio no nos preguntábamos:

—¿Tú de dónde eres?

Lo preguntaba la pesada de Patrocinio, que me decía que eran casi todas vascas porque la Fundadora era vasca también.

—Son como los jesuitas —decía—. Se lo han dicho a Francisca las Reparadoras.

No me importaba nada. Mis compañeras no me preguntaban «tú de dónde eres», y me parecía jugar sucio andar haciendo averiguaciones a espaldas de ellas.

Las tardes de los domingos con Madre Vergara y la espera del timbre.

—Número 40 —decía Geni Alzola—, te llaman.

—Estése quieta. Estése quieta.

Pero se lo decía como si sonriese.

Me alejaba segura de encontrar abajo a Patrocinio, aunque siempre con la esperanza de algo, no sabía el qué. Iba por el pasillo —a un lado el estudio—, torcía a la derecha, frente a las clases vacías, cerradas, al empezar las escaleras se terminaba la tira de linóleo marrón. Traspasar la vidriera. La última puerta del recibidor. Y en uno de los sitios, medio escondida, haciéndose perdonar el estar allí, Patrocinio con su abrigo negro y la mantilla de luto prendida por un alfiler en lo alto de la cabeza. Se ponía de pie al verme.

—Hola.

y me sentaba.

—… echando la lengua fuera, he cogido el tren corto, sólo se tarda una hora, hasta eché una cabezada —se reía, bisbiseante—. Me quedé dormida.

Se le notaba en la mejilla unas marcas sobre la piel, del lado en donde estuvo apoyada.

—Si me descuido, me paso. La hora de la digestión…

Dije, insultante:

—¿No tienes coche?

—Qué cosas tienes. Claro —me miraba con reproche—. ¿No te acuerdas?, pero no me lo van a poner a mí. ¡El coche a mí!

Sostenía sobre las rodillas el bolso negro con la horquilla acerada que había sido de mi abuela.

—¿No notas nada, Tadea?

Estiraba los labios abiertos, con la doble hilera de los dientes juntos, enseñándolos mucho.

—La dentadura nueva. Me ha convidado tu abuela, ¿ves?

Un asco horrible; su cara distendida con aquella dentadura falsa, tan igual.

—Cuesta muchísimo dinero, yo no hubiera podido.

Dijo:

—Tenía piorrea.

Yo miré a todos lados por si habían oído, deseaba que no la vieran enseñándome la dentadura.

—Me tuvieron que poner dos inyecciones de cada vez. Me sacaron toda la boca.

Nunca pensé que Patrocinio hablara tanto. Hablaba todo el tiempo de la visita, aunque yo apenas contestase, no parecía esperar que contestase. La visita era para ella.

—Francisca, como siempre, dándose importancia. Con su brazo… Como la señora no se vale sin ella.

Eso era al principio, las primeras veces; después dejó de hablarme de casa, sólo decía algo de la abuela o del tío Juan.

—De casa, no te cuento —yo callaba sin atenderla—. Las Madres no quieren que te disipes.

Sentí que se me saltaba el corazón. ¿Había hablado con la Prefecta?

—¿Quién te lo ha dicho?

Sonrió apurada, mirando hacia los otros grupos en donde estaba la Madre Prefecta. La cogí de un brazo y se lo retorcí.

—¿Quién te manda hablar a ti? ¿Qué tienes que decir tú a nadie?

—Tadea, me haces daño. ¡Tadea! Luego dirán que has cambiado… No me pellizques.

—No vengas. No quiero verte. ¡No vengas! A qué tienes que venir, ¡si yo no quiero veros!

No elevé la voz, pero vi acercarse a la Prefecta, avanzando hacia nosotras su hábito negro. Alta, ancha, con aquella soltura. Nos pusimos de pie. Colocó su mano sobre mi hombro y dijo:

—Un ratito con ustedes.

No solía sentarse con nosotras. Se acercaba cuando ya Patrocinio se iba a marchar y la despedía de pie —Patrocinio parecía achicarse— y le daba recuerdos para la abuela. Pero entonces se sentó, y su mirada me ignoraba.

—… no le gusta mucho la gimnasia ni jugar. Pero ya aprenderá a jugar, ¿verdad?

¿Cuándo había hablado yo de eso con ella? ¿Cómo lo sabía?

—… estamos contentas de ella. Y ella también, ¿verdad?

—La señora va a estar muy satisfecha.

Se me pasaba la ira, aquella lava ardiente.

—Cuando se lo diga. Ya sabe, quería tanto a su madre…

La Prefecta se puso de pie instantáneamente. Sacó del ceñidor su reloj de plata y lo consultó; Patrocinio se azaró. Dijo:

—Ya me marcho, ya será hora.

La acompañó hasta la puerta —me pareció que se la llevaba a sabiendas— mientras centraba con sus grandes manos blancas el corazón dorado sobre el pechero.

—Puede usted ir subiendo, ¿eh?

Me sonreía amable y firmemente.

Besé a Patrocinio con el borde de los labios en la mejilla —la Prefecta de pie, mirándome—, di media vuelta. Me volví para ver si hablaban; Madre Prefecta estaba mirándome y me dijo:

—Sin volver la cabeza

sonriente.

Metí la mano en la faltriquera y apreté la bolsa de caramelos que me había dado Patrocinio. Sentía los caramelos agudos en la palma. Subí la escalera.

(—De parte de la abuela.

La primera vez que vino a verme sacó el paquete de su bolso negro y me lo tendió. Lo guardé rápidamente, casi sin respirar. Lo apreté con fuerza mientras volvía al recreo. Empecé a chupar uno como hacían las demás, ofrecí a las que estaban. Me los tomaron. Pero los caramelos de ellas venían en paquetes brillantes de confiterías, o en latas de colores. Traían envolturas con letras doradas. Sembraban el suelo de papeles. Vi los ojos burlones de Paz:

—¿No lo entregas?

Dije:

—No

sintiendo que me ardía la cara. En la camareta, al desatarme la faltriquera, saqué mi cucurucho de papel barato, de tienda de ultramarinos. Eran caramelos a granel, de malvavisco. De seguro los había comprado Patrocinio, por encargo. Me daba rabia sentir tanta vergüenza, tanto dolor por aquello.

Lo metí debajo de la almohada.

La Madre Prefecta apenas inclinándose:

—Buenas noches.

—Buenas noches, Madre.

El roce del crucifijo. El ruido del picaporte al girar. Los pasos avanzando por el pasillo, rápidos, para alejarse.

—Suba hasta Ti, Señor, la oración vespertina…

Su voz tranquila, indiferente, desde el final del pasillo.

—… descienda sobre nosotras Tu misericordia.

No pude contestar.

Tenía una mano sobre el pecho. Decúbito supino. La boca ocupada por los caramelos baratos. Me corrían las lágrimas por la cara).

OceanofPDF.com

VII

A la Superiora casi no la veíamos. Estaba, pero no la veíamos. (Madre Prefecta era el enlace entre ella y nosotros. Madre Vicaria entre ella y la comunidad de religiosas). Alguna vez, desde la tribuna de la iglesia grande, mirábamos de refilón por la ventanita entreabierta sobre el altar, cuando entraban las monjas. La última, sola, era la Superiora. Lo sabíamos. Entraban en fila con sus velos y sus mantos blancos, se emparejaban al pie del presbiterio, genuflexas. La última, sola, lenta —quedaba el rastro de su manto atrás—, era la Superiora. Me parecía, desde arriba, absurdamente baja y rechoncha. En nuestra capilla sabíamos que estaba cuando cantaba Elvira —nos lo había dicho— arrodillada en el último banco. Ninguna volvía la cabeza.

Presidía las funciones de fin de curso y su presencia nos imponía. Se sentaba en un sillón de cresta dorada, tendido de carmesí, con la Prefecta y la Vicaria a derecha e izquierda, y entonces la Prefecta —mientras la Madre Ulía lo fue—, se inclinaba hacia ella, dándole explicaciones, muy pendiente. Madre Gaytán, nuestra segunda Prefecta —en el tiempo que permanecí en el colegio— nos miraba a nosotras sin sonreír, con sus ojos abrasados, enlazadas las manos como un haz de sarmientos. Vi a la Madre Superiora mirándola de reojo y tuve ganas de advertirle a la Madre Gaytán, absorta, con sus manos crispadas.

Esto fue más tarde, en los dos últimos años de colegio (mi vida allí podría dividirse en dos partes, bajo los dos mandos distintos, como una espada de fuego puede cortar en dos un mundo).

Durante los cuatro primeros gobernó la Madre Ulía, con sus aires sociales de vuelta de todo, como si fuera de mal tono profundizar y sólo debiera hablarse de las formas. El colegio era entonces un refugio contra el acoso y la intromisión de las personas mayores, un lugar de todas en donde no te hostigaban, en donde sólo contaban las cosas concretas en torno —las chicas tenían un número; tú, por dentro, podías bracear hacia

donde quisieras, naufragada en tu número— y dejarse estar. Llegó a ser un lugar y un tiempo suspendido donde lo único importante para nosotras fuimos nosotras mismas, un mundo secreto y sellado que hallábamos en los raros momentos de soledad, que nos seguía a clase para después, que iba desvelándonos cuanto oíamos. Pero que era también como una campana neumática, aislante, enrarecida, en donde dejábamos transcurrir un tiempo como si lo tuviéramos para siempre, como si no hubiésemos entrado ya en juego para la vida —vida, mundo, hombre, eran palabras prohibidas, el mane, thecel, phares *de nuestro horizonte de chicas—, que el tiempo medido a golpe de campana, o de palmadas, con su rumor de filas silenciosas, cuadriculado, sin escape, sin darte lugar a discurrir qué podrías hacer tú, ocupar tú que no fuera dispuesto de antemano;*

que la religión era un formulario de preguntas y respuestas, un tipo de fórmula social, acoplar nuestros días y nuestros rezos a un año litúrgico enseñado, meramente enseñado, a unas creencias aprendidas como texto,

que había nefandos pecados —pecados heladores que destrozaban el alma— y no sólo «un» pecado ardiente,

que el pecado también podía llevarte a Dios, ser vía para Dios; que Dios no era un Padre Superior omnipotente y severo, apuntando en una libreta de hule negro nuestros menores pensamientos;

que las cosas mismas podían vivirse de dos maneras: externamente o participando hasta la última fibra de tu esencia —y que aquella esencia era el alma tuya, tú misma, tu verdadero tú, y no la criatura que se movía por los pasillos agitando sus faldas tableadas y su ancha banda—,

que no importaban nada las bandas de honor o las de aprovechamiento, o los lacitos de premio coloridos salpicándote el pecho del uniforme, que no importaba la externidad, sino su motivación más íntima, que todas las horas del día podían ser oración, que todos los suspiros podían ser oración, y que oración y oración eran —podían ser— amor, y amor y amor… (palabra que había sido vedada implícitamente, junto a mundo, y vida, y carne, y junto a goce, o placer, o cuerpo), que el cuerpo no valía nada, pero que no había que despreciarle porque era en sí mismo levadura de pecado: que había que despreciarle porque mientras nos envolvía nos separaba de Él,

que «Él» podía ser Dios para ti…
pero que Dios había tenido, en verdad, figura de hombre, que había tenido manos y ojos y pies por los caminos, que había soltado al aire de los hombres aquellas palabras leves y hondas que hacían tanto daño, que te revelaban por vez primera la explosión del amor; todo esto sólo lo conocimos más tarde, sí, cuando subió al mando la Madre Gaytán con sus ojos febriles, sus labios secos, su palabra ardiente y consumida. Derecha, delgadísima, atravesando el colegio como una llama, arrastrándonos en su fuego.

La vida adquirió una dimensión altísima y profunda. La seguíamos, íbamos a Dios por ella. Deseábamos dejarlo todo e irnos detrás. Exigíamos ya verdad, justicia, seguridad, ideales grandiosos, y todos se resolvían en Él. Era maestra de almas, no diré de novicias, aunque lo resultábamos. Fuimos prendidas por su pasión. Nos enseñó a vivir plenamente, sin reservas. (Pero su pasión era Él, le amaba con tanta violencia que todas deseábamos algo igual, y despreciábamos de una vez para siempre cuanto nos retuviera de esta entrega).

Miramos desde el margen, implacablemente, a nuestras familias. Había sido antes la hora de la medición, cuando las personas mayores fueron acercándose o tú fuiste creciendo, cuando ellas se humanizaron, o te humanizaste tú. Y las viste a todas a todas a todas caídas, en falta, y tú, que te devorabas en ansias de perfección y pureza, sin atenuantes las despreciaste, las arrojaste de tu lado. (Tu lado era tu mente, tu boca, tu corazón). No se habló de ellos. Todo lo más les encomendabas ante el Ojo Blanco Inmenso del Señor.

Deseábamos la vida de colegio porque allí, al menos, se vivía de acuerdo con lo que se enseñaba, había relación entre palabras y hechos. Allí éramos (cuando en nuestras casas ocupábamos un estado intermedio entre los mayores y el servicio; parecían esperar a que nos creciese algo, como si no fuera la nuestra una edad completa en sí misma, totalmente realizada).

Allí se admitía que teníamos problemas, profundísimos problemas de vida adentro.

«En ansias de amor puro atravesadas…». Nada nos atraía, nada nos interesaba que no fuera aquello. Aquello en torno a Madre Gaytán —éramos, entonces, once internas.

(Pero a veces, debo decirlo, en primavera el aire tan espeso —¿o quizá la sangre nueva?— se te colaba de una manera tan traidora; aquel sopor…). Madre Gaytán cruzaba entre nosotras:

—«Sólo Dios es bastante grande para llenar la capacidad inmensa de sus deseos».

No había que contentarse con menos.

Me regaló una estampa de Santa Mónica y San Agustín. Por detrás, su letra alta, continuada, fluida, había escrito: «Hicístenos para Ti, y mi corazón está inquieto hasta que descanse en Ti». Era aquélla, sin duda, mi inquietud. Me sentí reconocida, engrandecida. (En la estampa había los dos, madre e hijo, la madre con la cabeza cubierta, y al fondo un horizonte de mar que ellos miraban. Unos horizontes… ¿Existían? «Mi corazón está inquieto», repetía por dentro. Me gustaba. Se me acoplaban las palabras. Me sentía importante porque estaba inquieta. Algo, dentro de mí, algo —en aquella dualidad que descubrí ensimismada en mi propia adolescencia— pequeño, tímido, tanteando, algo trémulo cuando horizontes, mapas o palabras me acercaban otra existencia cierta, cuando se hablaba de «hombres», de una manera genérica. Y lo rechazaba con tanta furia, con tanto horror, porque a veces me pareció que crecía, me invadía, como la primavera, de la misma manera inevitable y feliz).

Teníamos horror del cuerpo (horror, lo recuerdo perfectamente), nos negábamos al amor que a veces nos despertaba. Nunca jamás volví a vivir tan alto candente clima espiritual. Fue como una invasión, o como un contagio. (Me pareció ver en los ojos de la Madre Superiora y de la Madre Vergara: desorden). Nos sorprendieron las preguntas del Padre Santal. Fuimos llamadas al recibidor las mayores —entonces era yo mayor— y no sabíamos para qué, y las preguntas eran, tan inocentes… Las formulaba el Padre Espiritual.

De doce a una de la noche, si quedaba el Santísimo en vela, pedíamos Hora Santa. Nos apuntábamos en el encerado. Sólo autorizaban a dos. En el enorme silencio de la iglesia en noche, a medias vigilia, bajar la

escalerita de caracol, penetrar en la tribuna, el ruidito de la ventana al abrirse como si entornáramos el corazón, y Dios allí, Dios resplandeciente, bañándote en su gracia. Supe, sentí, lo que significaba «consolación espiritual». Extraíamos el más remoto jugo a las palabras como se despulpa al fruto buscándole la almendra. No se nos hablaba como a niñas, no se nos repetían jaculatorias confitadas, ni se nos incitaba a blanduras: Noche oscura del alma. Las moradas, salmos, antífonas… «Emitte lucem tuam, et veritatem tuam».

—«He amado el decoro de vuestra casa y el lugar donde reside vuestra gloria…».

—«… en cuya mano no hay más que el crimen, cuya diestra está cargada de presentes».

—«Pero yo procedo según mi inocencia
libradme…».

Y no se decía:

—Habrá cosas que usted no entienda.

Se nos hacía confianza. Y cada una hallaba su particular entendimiento.

—«El más alto y puro entender trae más alto y puro gozar, porque es de más adentro saber».

La voz pura, abrasada de la Madre Gaytán. Se podía decir (decíamos) gozar, saber. Y amor.

Lo mismo que nos enterábamos en nuestras vacaciones de verano —pero vacación era vagar el alma allí, de verdad, sobre el suelo de madera— que los jóvenes de nuestras familias, o los mayores, seguían deslumbrados por la personalidad de algún maestro, nosotras formamos en torno a la Madre Gaytán un bloque compacto, dinámico, propulsado hacia dentro, y hacia Dios. Todo tomó una gravedad, un peso, una emoción y una belleza superior a cuanto se podría explicar. Si los filósofos exponen a los estudiantes sus teorías sobre la vida y el hombre, a nosotras también se nos daban los principios de nuestra vida y su trayectoria, y se nos daban no discursivamente, sino de una manera viva, informando todos nuestros actos (pero de lo único que contaba allí como vida en aquel momento: la espiritual). Tratado de la vida y de la muerte, porque Madre Gaytán

hablaba de la muerte con tanta delicia, sujetándose el pecho con la mano, anhelaba, sin decirlo, de tal manera la hora.

—Vendrá como ladrón… —nos decía—. Hallará a la esposa preparada, y el corazón nos latía a romperse, y la sangre en las venas. (Yo procuraba aplastar, desoír aquel temblor recóndito que se negaba a la palabra muerte.

—¿Por qué lo llama usted muerte? Pierda la costumbre adquirida de llamar a eso muerte, si un nombre es capaz de asustarla. Llámelo vida, invierta los términos, aunque tampoco esto es muerte, sino preparación de vida.

Me daba vergüenza no tener valor, sentía antinatural el trueque.

—Es liberarse. Es romper las ataduras. Es vivirse, al fin. Vivirle… ¿Usted se contenta con las migajas del perro?

Yo no podía dejar de ver el esqueleto que había en la clase de dibujo, y pensar que aquella libertad me costaría eso.

—Cuando Él habló con el joven rico y se dolió de sus riquezas (¡cuánta nostalgia al contemplar que se alejaba!) no se refería sólo a riqueza-oro, riqueza-dinero, sino riquezas… No se trata de tener más o de tener menos, sino de estar apegado sensualmente a lo que se tiene. Ser rico, en este sentido, es también estar apegado a la propia carne.

Se miraba las muñecas flacas, puro hueso, el arranque del brazo bajo las amplias mangas. Tenía la piel del color de la cera virgen.

—Prescinda de la carne, ignórela (¿ama usted mucho a su uniforme?, ¿le importa?, ¿le preocupa?). Dé el salto mortal hacia Cristo: no caerá en el vacío.

Postrada ante el Inmenso Blanco Señor —pasaba con una túnica blanca por los caminos, todos corrían al saber que se acercaba, su voz goteándome dentro… «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber»— musitaba:

—Aquí, aquí. Así. Déjame poseerte aquí. Alguien tendrá que haber aquí.

—¿Poseer? —preguntaba Madre Gaytán—. Es tener algo, apegarse a algo. ¿Se considera usted digna?).

Un gran fuego abrasador soplaba sobre nosotras. Nos arrasó, nos elevó como a pavesas. La consumió.

Le costó el mando. Nos dejó —última lección de urgencia— el conocimiento de que bajo el orden y la aparente paz de un convento cabían también intrigas, y ambición de poder, y ambición de influencia. Que la ambición de mando podía ser hasta un vicio. Que Dios podía no dar la victoria al justo. Que arteramente se nos podía demostrar, y se la podía demostrar, que el catolicismo era una sociedad fundada por Pablo en cuanto a normas, obediente a un poder, que no cabía creerse dentro de él y no acatar a los superiores, y que las grandes individualidades, como en todo poder absoluto, no convenía aprovecharlas.

(La Madre Gaytán solía decirme:

—Tadea

como no hacían las otras Madres, que evitaban personalizar. Pero Madre Gaytán —espontáneamente no la llamamos Madre Gaytán, ni Madre Prefecta, sino: la Madre— te decía:

—Tadea…

separándote de las otras.

—¿Se acuerda? «Y tú Simón, hijo de Juan…» les llamaba por su nombre. Qué entrañable. «Marta, Marta».

Los ojos febriles, la nariz pinzada.

—Él busca la oveja, a una sola, desatendiendo la masa del rebaño.

No decía: «salvarse», sino: «perderse en Él»).

No nos plantearon el aceptar y obedecer a los superiores o marcharnos, pero la disyuntiva se creó en nosotras. Todo se hizo de una manera aceitada, natural, dentro de la vida del colegio, sin que la vencida pudiera dar ni un grito: «Padre, éstos que me has dado…».

¿La vencida? Quizá no le dolió tanto como a nosotras la injusticia, quizá la injusticia dolía más, y la falsedad dolía más en nuestra edad tan nueva. Quizás halló frenesí en ser despojada de aquello también, que nunca consideró mando, sino comunicación de Cristo.

Nos había encarado con un problema ardiente: la vocación. (Y, sin que nos diéramos cuenta, con dos maneras de ser cristianos). Nos decía:

—¡Ay del tibio!

Era un trasunto humano de Aquél a quien amaba: para ella la Iglesia empezaba en Belén y terminaba en el Cenáculo.

No se trataba, al enfrentarnos con la vocación, de varias soluciones o elección de caminos; al hablar de vocación se refería a entrar en religión, como si no, hubiese otra. De todas formas, aquélla fue su saeta, que nos dejó clavada, horadándanos el corazón. El más grave problema del ser humano nos fue planteado de una manera parcial, pero dio una dimensión nueva a nuestras vidas, nueva importancia.

Madre Gaytán fue relevada a últimos de curso —¡qué enorme, profunda sensación de culpabilidad en nosotras! ¿Habíamos dicho algo que la perjudicara?—. No se nos dio tampoco la razón de su ausencia.

Durante aquel último mes y medio no hubo Prefecta en el colegio. Madre Vicaria la sustituyó, pero sin conversaciones particulares. Me sabía la boca a ceniza, en desbandada mis anteriores pensamientos. Blanca Deva siguió entregada a Jesús como si ella estuviese, unas dudábamos, con «el corazón inquieto» que subía, subía, amenazando ahogarnos; otras se adaptaron, Elvira Piqueras desertó.

En conjunto estábamos como quien ha recibido un golpe y tarda en reaccionar. Una rebelión sorda al principio —y en el fondo no ya por Madre Gaytán, sino porque habíamos sido burladas— prendió en nuestras filas, propagándose.

Carola Higuer salió expulsada. Me hubiera gustado ser Carola Higuer, que parecía tan fría, con su cabello de lino y sus ojos claros, indefinidos, y había dicho en voz alta, frente a la Superiora, lo que había que decir, lo que todas pensábamos. Me miró con altivez al pasar junto a mí, porque yo me callaba. (¿Adónde podía ir yo si me marchaba? ¿Tenía libertad de elección?).

Antes de salir fue desposeída delante del colegio reunido de su medalla de Congregante. Se la quitó ella más bien. Se acercó al comulgatorio. Del otro lado el Padre Espiritual, aguardándola. Con suprema elegancia se soltó la cinta azul del cuello, y depositó la medalla sobre la bandeja de plata que sostenía el Padre. Había elegido el camino de la verdad. En medio de un mortal silencio.

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

OceanofPDF.com

I

Había llegado al colegio en octubre de 1930. Cumpliría diez años en enero. Recuerdo mi enorme indiferencia ante el caserón que ocupaba una manzana de casas, en el pueblo. Me había acompañado Patrocinio, en el tren corto. Se llegaba en seguida. No vi nada del pueblo, el pueblo no existió para mí —para nosotras—, era el lugar en donde estaba el colegio, era el colegio. Recuerdo las fachadas pardosucias, que luego pasaron a ser nuestras fachadas, no se detallaron más. Y que el portal era estrecho, un portal de casa de pisos, con peldaños de mármol. Había un Sagrado Corazón dorado sobre la puerta, y un letrero en letra redondilla, muy clara: «HORAS DE VISITA: DOMINGOS. Mañana: de 11 a 12. Tarde: de 4 a 6».

Pensé «Lo primero que vea…». Fue la Hermana Mandoegui. Sonrió, con su cara aplastada. Dijo:

—Un momento.

Cerró la puerta detrás nuestro —su ruido de cadena, llaves, rosario—, entornó una más pequeña allí al lado, a la derecha, que después conocí como la de la capilla. Salió la Madre Prefecta.

—La estábamos esperando.

Nada más. Y sonrió. Miraba a Patrocinio con ojos críticos. Dijo:

—Puede usted marcharse ya, ¿eh? Tadea se queda con nosotras.

Puso su mano sobre mi hombro.

—¿Vamos?

Un corte total entre lo demás y yo, entre lo de fuera y nosotras, como decía la Madre Prefecta. Subí, acompañada de ella, las escaleras.

—Como es primer día de curso están en recreo. Así conocerá a todas.

Me aterraban las caras nuevas. La sonrisa contenida de la Prefecta, llevándome al paso airoso de sus anchos vuelos hacia allí. Estaban al final del pasillo —«Ahí es el estudio», me dijo al cruzar—, en el corredor, frente a su despacho, en donde tanto estaríamos después. Todas se levantaron del banco. Me encontré mezclada con ellas. No recuerdo si la Prefecta explicó

algo sobre mi presencia o no, o si se lo dijo a la Madre Vergara. Tomó su puesto.

Sólo Paz Echandonea con sus ojos como cabezas de alfiler negro, repitió dos veces:

—¿Cómo te llamas?

Tenían que saberlo, me estaban esperando. Me di cuenta de que me equivocaba cuando llegaron, al siguiente año, Isabel Gauna, y al otro Carola Higuer y Blanca Deva. Nadie nos las anunció. Ni se había hablado de ello. Cayeron entre nosotras sin explicaciones, se las engranó a nuestra vida. Carola y Blanca se incorporaron a filas por la mañana, el primer día de curso, a la entrada de la capilla. No sabíamos si serían mediopensionistas nuevas. Pero cuando tocaron la campana para el coche del colegio, al segundo turno, y las internas formamos una fila corta, pegada a la pared del pasillo, sobre el estudio, cara al fondo —las mediopensionistas se ordenaban a esa hora en sentido contrario, cara al pasillo de la escalera—, Carola y Blanca se alinearon con nosotras. Blanca, seria y con el labio de abajo tembloroso —luego supimos que no era emoción, sino una característica de ella—, mirando hacia el suelo, y Carola con la frente alta, su lacio pelo casi albino, los ojos de un azul borroso, toda ella alargada, estrecha. Se movió entre nosotras como si fuera antigua, sin el mínimo embarazo. Su sonrisa le respingaba el labio a la derecha. Metía un poco, al andar, los pies hacia dentro —las piernas delgadísimas—; le daba dulzura aquella manera concentrada de mirar. Luego supimos que era miope. Isabel Gauna entró por la tarde, como yo —¿quién había de decirle, al entrar, que saldría discretamente, medrosamente, para morir?—. La acompañó al recreo, lo mismo que a mí, la Madre Prefecta. Nos pusimos de pie. A mi vez fingí no verla.

Madre Prefecta se quedó con nosotras durante el recreo, lo mismo que el día de mi llegada. Tan ancha de faldas, con la cara menuda, fina, mucho más ancha de base que en lo alto del cuerpo, rematada por el negro campanil de la toca. Pero había aquella sonrisa perenne, a la que más tarde no concedí importancia (igual que mirar el reloj sacándole del ceñidor, meterse la mano entre la toca y la mejilla para aflojársela, o apoyar las

manos a ambos lados del corazón dorado), aunque la sonrisa igual, inalterable, tan de piel afuera, creaba un clima.

La Madre Prefecta no me hizo preguntas, ni se dirigió a mí delante de todas. Yo estaba todavía de paisano, con un traje de lanilla *beige* y zapatos marrones con crepé. Llevaba altos calcetines blancos. Paz Echandonea me registró con los ojos, Elvira me observó de refilón, pestañeando. Sentí, sin que nadie me lo dijera, que mi traje era modesto, mal sentado. Ellas tenían puestos sus zapatos de charol negros, todos iguales. Doblé, por la noche, en la camareta, sobre la silla, el traje de casa. Colgado de una cruz de madera, pendiente de la percha, detrás de la puerta, el uniforme nuevo. Me puse a mirarle despacio, para ver si no le faltaba nada, si era igual que los demás. Me encontró así, en camisón, la Madre Prefecta. Dijo:

—Debe irse a la cama.

Y miró a otro lado mientras me acostaba.

—Mañana, levántese en cuanto oiga la campana —sonreía—. Vaya levantándose y quitando la ropa de la cama durante la oración, para ganar tiempo.

Sonreía, inclinada hacia mí.

—Todo es fácil. Ya verá.

A la mañana siguiente conocí a la Madre Vergara al salir de mi camareta. Había oído el rumor de agua, jarras, movimiento. Algunas voces —¿de quién? ¿de quiénes?— habían dicho en alto:

—*Mother, number sixteen*…

—*Mother, number thirty*…

Y ruido de picaporte al girar, y de pies por el pasillo. Dos golpecitos en mi puerta. (¿Era en mi puerta?). Me volví en enaguas.

—Cuando oiga usted una palmada, salga.

Una voz suave, indecisa, no segura y aplomada como la de la Madre Prefecta la víspera. Me acerqué a la puerta, atenta a la rejilla por donde llegaba la voz. La oí alejarse.

Surgimos ante nuestras puertas al oír la palmada, y la Madre Vergara estaba al fondo del pasillito. Caminamos hacia el corredor, en donde se ordenó la fila. La noche anterior, al acabarse el recreo y bajar a la capilla, la Madre Prefecta me había colocado delante de Elvira, entre ésta y Teresa

Alzola. Formábamos por estaturas. No sentía la incomodidad de la víspera en mis ropas distintas. Era igual que todas, una más, perdida en las filas del colegio. Me pareció que ni se daban cuenta de mí.

El tiempo, en el colegio, discurría con el año litúrgico. Empezábamos con Adviento, íbamos hacia Semana Santa —la larga e interminable Cuaresma—, y Pentecostés se diluía en el verano. Había —cierto— Epifanía, Septuagésima, Sexagésima, Quincuagésima, Pascua, pero no teñían el tiempo de nada. (Pascua era un salto hacia el Espíritu Santo).

Al llegar, en octubre, el tiempo entero, caminaba hacia la Navidad, porque el año entonces empezaba en octubre, y terminaba en junio.

Las monjas recitaban en las vísperas:

—Regocíjate, hija de Sión, y salta de gozo.

—He aquí que el Señor vendrá, y todos sus santos con él.

Una vez al mes tenían las Madres un día de retiro, y vigilaba estudios y recreos la Hermana Aralar. Una vez al mes, desde los diez años, también nosotras teníamos retiro, que daba el Padre Berástegui. Una hora de meditación después del desayuno; durante el recreo de mediodía, plática. Las clases continuaban lo mismo. Se suprimía el recreo de la noche. La que lo deseara podía ir a la tribuna esa media hora; estaba el Santísimo expuesto.

—He aquí que vendrá el Rey, el Señor de la tierra, y Él mismo quitará el yugo de nuestra cautividad.

Éramos gentes en cautividad. Nos hablaban de la llegada, del Ansiado, del Prometido. Caminábamos por el Adviento hacia la llegada del Niño.

Había una suerte de libertad en el colegio. No te obligaban a ir a la adoración, no te obligaban a la hora santa, no te obligaban a que quisieras a nadie, pero temías que aquella libertad pudiera encerrar una trampa. Yo sé que todas acudíamos a la adoración y nos apuntábamos a la hora santa aunque nos pesase el cuerpo al levantarnos, o no pensásemos en nada, de rodillas.

Aquellos dos primeros años tuve como profesora de matemáticas y francés a la Madre Salinas, y la Madre Azpiazu —que dirigía la gimnasia— nos daba literatura, historia y geografía. Inglés, la Madre Clark; religión, primera clase de la tarde, la Prefecta. Era difícil conseguir el lazo blanco de

religión, porque todas nos esforzábamos con ella. Abría el libro y preguntaba, atenta al texto: si alterabas la contestación te corregía. (Religión fue otra cosa con la Madre Gaytán).

Me quedé sorprendida al ver la facilidad con que obtuve, al principio, premios. Me tenía a mí misma por torpe y desdichada y me quedé confusa al oír:

—Tadea Vázquez.

—Tadea Vázquez.

Nos leían las notas en el estudio el primer sábado de mes. La Madre Prefecta subía entonces a la tribuna de la Madre Monleón —habíamos dejado los delantales en el perchero—, y abajo, al pie de las escaleritas, a derecha e izquierda, las profesoras de clase. No miraban a nadie en particular, sino de frente, con las manos en las bocamangas o tranquilas sobre el hábito, inmóviles, como si no hubiesen sido ellas las que puntuaron.

Estaba también la Madre Hornedo, que daba letras a las mayores —doctora por Salamanca, nos dijeron; lo repetían mucho a nuestras familias—; la Madre Vicaria, que enseñaba piano —más tarde, violín—; la Madre Vergara, labores; la Madre Hornedo, también dibujo y modelado. (Lo llamaban clases de adorno).

Leía nuestro nombre en alta voz, y al oírlo nos poníamos de pie con las manos enlazadas sobre el pupitre, mientras escuchábamos las notas. Los sábados por la noche, al entrar en la camareta, encontrabas todos los lacitos de premio para que te los prendieras en el uniforme —a las mediopensionistas se los dejaban en la balda, encima del perchero— para lucirlos en el recibidor o llegar con ellos a casa.

Los premios de conducta eran bandas estrechas colocadas en bandolera, rosa, azul y amarilla, según correspondiera a pequeñas, medianas o mayores. Había sólo dos de cada color: una para las internas y otra para las de mediapensión. Era un premio misterioso. Yo no lo obtenía. Pensaba: «No he hablado en filas, no he vuelto la cabeza, he hecho bien mis oraciones, no he alborotado durante el recreo, no…». En cambio, siempre me esperaban aquellos sorprendentes lacitos de aprovechamiento.

Entre las internas lucía habitualmente la banda rosa Ina Salazar —una vez se la concedieron a Geni, el mes de su Primera Comunión, y estaba tan formal, no se atrevía a correr con ella—. La azul era la menos fija, iba de Teresa Alzola —lo más frecuente— a Iciar y hasta a Paz. Blanca Deva la obtuvo en cuanto entró y sólo la cambió por la de mayores. Isabel Gauna la llevó una vez. Carola, Elvira o yo, nunca. Era la banda de las medianas y no tenía tan seguro destino como la amarilla: Luz Quintana. Dos o tres veces se la vimos a Margarita Altube y nos extrañó. No por nada, sino porque nos parecía imposible el uniforme negro de Luz sin aquel resplandor, los domingos, a la entrada de la capilla, o moviéndose por los pasillos. Luz llevaba su ancha banda amarilla cruzándole el pecho como si fuese nuestra abanderada. Pasó de ella a Blanca Deva, igual que se recoge una antorcha; sólo que la banda y Blanca… Tan sumisa, tan humilde, eclipsada. La reconocíamos con la azul pálida, desvaída, pero el día en que, a fin de curso, la vimos con la banda ancha en el escenario —la banda de honor— y agachaba la cabeza con una sonrisa temblorosa, nos pareció que se le despegaba. Luz se levantó tranquilamente al oír su nombre e inclinó la cabeza para que la Superiora, auxiliada por la Prefecta, le pasase la segunda banda. Le dijeron algo, sonrientes, y Luz sonrió también. Volvió a su sitio y miramos todas a Blanca, que tenía los ojos bajos, como de costumbre; los pies muy juntos; unidas las manos sobre el halda. La banda en Blanca dejó de ser la alegre, encendida banderola de Luz; en Luz todo tomaba aire de gallardete victorioso, y en Blanca de reconocimiento de méritos. Era otra cosa.

Sentí estupor cuando vi a Luz Quintana de paisano, fuera del colegio. El mismo estupor que cuando vi a las monjas sin sus hábitos, disfrazadas de seglares. Sólo que a éstas las encontré ridículas, me dio vergüenza por ellas y un desencanto irrazonado; y a Luz no la reconocí, un vago aire, algo conocido, «Luz», pero misteriosa, nueva, mujer…

No fue en Navidades, aquella primera Navidad, aunque las dos estuviésemos en la misma ciudad, aunque Francisca y Patrocinio me hablaban de su familia.

—No sé cómo pueden pagar ese colegio. Son de muy buena familia, pero sin un céntimo.

Francisca, todo el tiempo chinchando. No le hice caso. Nada tenía realidad ni relación con nuestra realidad de allí.

—Esa chica tan buena, Luz, la de Quintana, ¿no vive aquí? ¿Por qué no la llamas? —me preguntó Patrocinio.

—Si es mucho mayor que yo…

Quedaba todo explicado.

Difíciles las Navidades, al principio. Más que difíciles, átonas. Extraña, incómoda en casa, me pareció que tampoco los mayores sabían por dónde empezar. Cuando comenzábamos a acoplarnos era el 7 de enero, y había que volver.

OceanofPDF.com

II

Por tan pocos días no vale la pena.

—Por tan poco tiempo.

Había llegado a casa en el coche del colegio que hacía los servicios para las mediopensionistas, un enorme autobús panzudo, verdeoscuro, con una faja negra al pie de las ventanillas, a un lado y otro, que decía: «COLEGIO DE LAS MM. IGNACIANAS». En el asiento corrido del fondo, junto a la ventanilla, iba, con sus largos faldamentos grises, doña Asunción, que acompañaba siempre a las niñas en el coche y servía también de recadera para las monjas. Mi casa era la última del trayecto. Cuando embocamos la calle del Monte, ya desde la Alameda Primera, era de noche y empezaban a encenderse los faroles. El autobús, sin peso —sólo la señorita y yo—, parecía saltar sobre los baches de la calle del Monte, sobre el pedregoso camino del Alta. Estaba encendido el farol del portalón, y la bombilla sobre la puerta grande; las ventanas, cerradas; sólo abierta, con la luz encendida dentro, la cocina (Francisca y Tomasa se asomaron). Rodeé la casa y entré por la puerta de servicio, alzando el picaporte. Subí las escaleras del sótano hasta la puerta de vaivén.

—Hola —dijo Francisca. Me esperaba con un brazo en jarras—. Ven acá, que te veamos de uniforme.

Di un respingo, crucé el *office*, y seguí hasta el piso de arriba, en donde estaría la abuela. El pasillo encerado, con su tira de alfombra; el vestíbulo, ante el cuarto de estar. Desde la puerta ya, la abuela en su esquina, con su butaca morada, con la manta de piel sobre las piernas. Vagamente cambiada, no sabía en qué, pero cambiada. Quizá más flaca. Y sola. Tenía un libro sobre la manta.

—¿Estás bien? ¿Has tenido buenas notas?

Con aquella voz sin inflexiones. Qué rugosa la piel amarilla de la frente. Dije:

—Sí.

Y saqué el cuadernito.

Estuve de pie, a su lado, mientras lo leía. Me pareció que no sabía qué decirme, ni yo a ella.

—¿No subes a cambiarte?

Di media vuelta.

—Pon el cuaderno sobre la mesa.

Iba a emprender la escalera hacia el piso alto cuando bajaba Patrocinio.

—Hola, ¿adónde vas? Ahora estás aquí, abajo, lo dispuso la abuela.

Desandar el pasillo.

—… en el cuarto en donde dormía Ana cuando estuvo enferma

No dije: «¿Y Ana?». De repente me volvían todos, me encontraba entre las cosas, como si llegase de otro hemisferio y todo aquello esperándome.

Mi nuevo cuarto tenía una puerta pequeña, a la derecha, comunicando con el cuarto de la abuela.

—Era el vestidor del abuelo —me dijo Patrocinio, bisbiseando—. Tenía aquí esta cama para cuando no dormía con la señora.

Se cortó.

—… si estaba con fiebre o así. Ya ves, ahora tu cuarto.

Como si me ascendiesen.

La puerta de comunicación estaba cerrada. No recordaba haberla visto abierta nunca, tampoco del otro lado, desde el cuarto de la abuela. Pared por medio con la habitación de tío Juan.

—¿No preguntas por el tío Juan? —había dicho mientras me marchaba.

Me puse colorada hasta las sienes. «Que no me ponga colorada cuando vea al tío». Encontré en el armario el traje *beige* que había llevado en octubre, al salir de casa. Volví a vestirle. Me sentía desnuda al desprenderme del blusón negro, al desanudarme la banda, frío sobre los hombros, en enaguas. Con el traje de casa era como si me faltase ropa. Me sobraban las manos, sin bolsillos ni faltriquera.

—Tu tío te ha puesto un Nacimiento en el mirador del cuarto de Odón.

Súbito inesperado calor.

—Pero no quiere que lo veas hasta que él te lo enseñe.

Francisca tenía algo en los ojos que nunca había notado, no sabía qué. Con su bata morada, abotagada, ladeando la cabeza hacia la derecha, más

que antes, o se me había olvidado; el pelo apretado atrás en el moño bajo. Tía Concha solía decir: «El pelo, recogido». Pero no estaba tía Concha.

—… tienen una casa estupenda en Madrid —hablaba ordenando las cosas en el armario—. La tía quería que me fuese con ellos.

Llevaba las mangas hasta el codo, se le veía el principio del costurón, la cicatriz sedosa del sitio en donde se había clavado las agujas.

—¿Qué tal con las monjitas?

Me tiró del cinturón.

—¿Te quieres ir monja?

Riéndose con aquellos ojos turbios, la boca floja.

—Monjita, qué bien, así no complicas a nadie.

Volví a hallar la manera de hablar, aquella manera contenida y como llena de calladas cosas, que me desazonaba, que me hacía sentirme en guardia.

—La abuela preguntó dos veces el día de tu llegada.

¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago con mi tiempo libre, sin estudios, sin cosas, sin…?

—¿Por qué no vas con la abuela?

Bajé al jardín. Hacía viento y frío. Andando —no se corre— la explanada, ante el ancho césped, el camino frente al magnolio, la cuesta hasta los plátanos. Qué absurdo, casa. Todo era distinto. No hallaba a las cosas hostiles: simplemente, no me hallaba.

Y allí, sentada en el banco verde de listones de madera, con la cabeza echada hacia atrás, con los árboles pelados como gallinas desplumadas, me vino la imagen de mi padre. (Telegrama azul. Defenderse. Cerrar por dentro aquella compuerta que me aislaba a voluntad). Me alcé de hombros. Repetí tenazmente: «Madre Prefecta. Luz. Madre Vergara». Pero no me pegaba allí.

Fui a la huerta. Estuve de bruces sobre el muro, mirando en lontananza la bahía con su perenne barco carbonero y los tejados escalonados de la ciudad, a mis plantas.

—¡Que te están llamando!

Pura por el caminito de los frutales, con sus crenchas blancas sobre las sienes, y una toquilla de punto negro.

—¿Cuándo llegaste?

Me besó, apretujándome la cara.

—Te echábamos de menos.

Nos llegaba la voz de Obdulia:

—¡Tadea!

—¿Vendrás por casa? —preguntaba Pura—. A contarme cosas. Ya verás, los pollos nuevos.

—¿Y Venancio?

—Baldado de reúma, qué ha de hacerle; por ahí trabajando.

Dijo:

—Por eso vengo yo a la huerta. Con mis sabañones… —Me enseñó los dedos morcilludos—. ¿Qué vas a hacer estas Navidades, sin las primas?

Me alcé de hombros.

—Tu madre, en gloria esté…

Me habían puesto en la mesa, en el comedor grande.

—Que no tardes —me dijo Obdulia, entreabriendo la puerta ventana del comedor, sobre las escaleras al jardín, llenas de tiestos—. Que ahora comes aquí, con la abuela. No hagas esperar.

—¿Has saludado a don Luciano?

Estaba vacía la silla del tío Juan, su plato puesto.

—Siempre tan ocupado, hasta última hora.

Don Luciano se rió. Cuando comía se ponía muy colorado. Se metía un pico de la servilleta entre los botones altos de la sotana, la extendía.

—Ya se sabe, los hombres jóvenes.

Ojalá no llegase, ojalá no viniese. El corazón se puso a latir, desenfrenado, porque se oía el crujido de sus pasos firmes, sonoros.

—Se complican las cosas.

Se acercó a su madre y la besó en la frente, con su manera amable y distraída. Yo me había puesto de pie.

—Saluda al tío. ¿Has visto, la niña…?

Se me cayó la servilleta. Me acerqué a besarle. Dijo:

—Hola, pájaro

dándome una palmada.

OceanofPDF.com

III

Regresé al colegio después de Reyes, el 7 de enero. No puse ya el zapato. La abuela me dio dinero, recostada en su ancha cama dorada, con Francisca a vueltas por el cuarto.

—Para que te compres lo que quieras.

Estaba despeinada, muy hundida entre las apiladas almohadas, y aún tuve que empinarme para llegar a su frente, en el centro de la cama.

Habían pasado los días, iguales, como si no tuvieran más obligación que pasar. Largos ratos en el cuarto de estar, haciendo punto con la abuela, mirando revistas viejas, o sentada sobre la alfombra viendo desde allí, por las ventanas, el campo de Piano, el caminito al pueblo, la humilde gente que subía, que bajaba, las mujeres sentadas de medio lado sobre los burros, con verduras asomando por las albardas de esparto, o cántaros de leche. La abuela hacía lo mismo, mirar, quieta, perdida, como si contemplásemos un fuego inexistente, medio entumecidas las dos. Aquellos inmensos mares de silencio… No había que hacerle.

Patrocinio venía a veces con el dietario, y me parecía que la abuela no lo repasaba; Francisca, frecuentemente allí, detrás de su butaca. Le arreglaba la manta sobre las piernas, removía el carbón en la salamandra verde, le acercaba los libros o la labor.

—Se echa de menos a la señorita Concha, ¿verdad, señora?, y a las niñas.

La abuela no contestó. Tenía el don de no contestar, pero su silencio era como una mole.

—¿Echas de menos a las primas? —me había preguntado Tomasa—. ¿A Odón?

Y lo dijo riéndose, sacudiéndosele el enorme vientre hinchado, el pecho suelto. Dormía en casa de Venancio, con Millán, nada más cruzar el asfalto ante el garaje. Mientras estaba en casa, en la cocina, seguía hablando a su manera, pero me di cuenta que delante de su marido no era la misma.

Porque fui a casa de Venancio, como me había pedido Pura, por la mañana. Venancio dijo:

—¿Ya está aquí ésta?

—Ha venido para las Navidades —dijo Pura, restregándose las manos en el delantal. Le colgaban las crenchas blancas sobre las mejillas.

—Con lo bien que estábamos sin niños —dijo Venancio, con su risa entre dientes.

Pura pareció apurarse:

—Lo dice en broma. ¿Quieres ver mi cocina?

No sé por qué me enseñaba siempre su cocina. Me gustaba la mesa con su hule azul y blanco, y que era pequeña, y que el calor del fogón la calentaba toda. La ventana daba sobre la parte de atrás, donde terminaba aquello que llamábamos bosque, con cicuta y espino de bolitas anaranjadas, casi sobre la tapia de los salesianos. Ahumaba mucho dentro.

—No abra usted la ventana, madre, ¿qué quiere que entre, el aire? ¿Qué aire? El que nos dan los curas, del otro lado.

—Qué cosas tienes. Está de broma —decía Pura echándose las greñas hacia atrás y abriendo y cerrando el tiro.

—Estoy de broma… Los chicos de los frailes usan esa tapia para mear, del otro lado. Algo llegará, digo.

Los ojos de Pura suplicaban al hijo.

—Este Millán…

suplicándome a mí también.

—¿Ésta? Como nosotros…

Tiraba sobre la mesa su gorra gris de cobrador, con la badana sudada.

—Millán… ¿Te vas ya, niña?

—… con el padre liado y sin que le importe nada de ella.

Pura me apretó la cabeza entre sus manos. Me dijo, agachándome, contra el oído:

—Es así. Cuando viene cansado tiene que soltarle el veneno a alguien.

Le oí vociferar, mientras me alejaba:

—¡Que no me da la gana! ¡Que tengo la boca para hablar! ¡Que no me da la gana!

En el cuarto de estar a solas con la abuela y mi desesperado intento de expresarme. Me pasaba casi todo el rato pensando: «Podría decirle», o: «¿Y si le cuento?». La miraba, a escape, y veía moverse lentas entre sus manos —de un blanco sin sangre, con las venas azules abultadas, los dedos de yemas cuadradas, de uñas cortas—, las agujas de celuloide verde. Sus ojos fijos en el vaivén de las agujas, sumida en ello. Me acomodé de aquel silencio, al fin. Me hallé en él como protegida, como inexistente.

—¿Echarás de menos a tus primas?

Viniendo de ella la pregunta me sobrecogió. No podía responder. ¿Cómo decirle…? Volví los ojos a ella. «Voy a decir la verdad». Pero debía de haberlo preguntado por preguntar, porque estaba de nuevo en su labor, lo mismo que si no me hubiese interrogado, o no se diera cuenta de mí.

También Patrocinio me preguntó:

—¿Te aburrirás sin las primas?

Yo estaba en la galería del cuarto de la abuela, y ella en la alcoba, sacando dinero del secreter.

—¿Verdad?

Dije:

—Ni tampoco nada.

—Bueno. Con lo bien que te llevabas con Ana, siempre juntas.

Me quedé parada. Ahora que lo decía… A lo mejor…

Por Navidad escribieron desde Madrid. La abuela dijo:

—Toma, esta postal de Ana para ti.

Escribía al dorso: «Nos dicen que eres un ángel en el colegio. ¡Vivan los ángeles!».

Y tuve ganas de pegarle.

—Claro, para la niña es más aburrido sin las primas —observó don Luciano después de misa, durante el desayuno. Se tomaba un vaso de tinto después del chocolate. En la cocina se reían. Tomasa decía, riéndose, con su vientre pesante:

—El desayuno del páter. *Dominus vobiscum*.

—La tienes emprendida con don Luciano —corregía Francisca, estirando los labios—. Como se entere la señora…

—Como no se lo digas tú…

Siempre discutiendo.

Don Luciano apenas me miraba, sentada con ellos a la mesa grande. Tomaba su vino en varios tragos.

—Si no lo tomo no hago la digestión —decía—. Me da un calambre de estómago… El vino —me explicaba, como si yo hubiese preguntado algo— produce calor, el calor activa la digestión, ayuda. Me deshace el nudo del estómago.

Y después:

—Se le nota el colegio a la niña.

La abuela parecía complacida.

—Claro, para ella será más aburrido.

La abuela dijo:

—Te está hablando don Luciano, Tadea.

Dije:

—Sí.

—¿Has llevado los aguinaldos a casa de Venancio?

Me daba vergüenza.

—¿Dónde te has metido? La abuela te está esperando para que lleves…

Delante de ella, en el cuarto de estar, Patrocinio me entregó dos sobres. Ponía: «Para Venancio», «Para Tomasa». Los llevaría a media mañana, a la hora en que estaba sola Pura. Pero no conté con que era día de fiesta, ni con el reuma de Venancio. Llamé ya desde el asfalto de entrada:

—¡Pura!

Llevaba los sobres en el bolsillo. («No los arrugues», me habían dicho). Estaba el garaje sin nadie, la prensa de hierro negro a la derecha, el banco de madera, las escalerillas al fondo. Pura salió a la puerta de la cocina. Le tendí los sobres.

—Pasa, pasa.

Estaban todos: Venancio, Tomasa, Millán.

—¿Qué es eso? —preguntó Tomasa.

—Toma, para ti —le dijo Pura. Y le tendió uno de los sobres.

—Gracias, hija, dales las gracias.

Los ojos estrechos, tan juntos, de Millán. Venancio con la gorra puesta dentro de la cocina, sentado en su escabel, con el cigarrillo pegado al labio;

sobre la mesa, unas mantecadas.

—Toma una; las ha hecho Tomasa.

—Toma —dijo Tomasa—, que bien te gustan.

Me pareció que estaba triste, con su enorme vientre y las piernas esparrancadas.

—Toma, mujer, ¿o es que nosotros no podemos hacer caridades?

La voz hiriente de Millán, metiéndome el plato debajo de la cara. Cogí una mantecada y noté que se aflojaba una tensión, que las dos mujeres descansaban. Pura dijo:

—Pues contigo han sido bien generosos, no te puedes quejar. Hay que ver, mil pesetas, Tomasa.

Tomasa se echó a llorar.

—¡A callar todo Cristo! —Millán se había puesto de pie, llevaba la camisa entreabierta— ¡a callar! ¿Por qué lloras, idiota?

Le sacudió la cabeza.

—Millán, por Dios…

—¡Calle la boca, madre! ¿Por qué lloras? Anda a lamerles los pies porque te dan las sobras, que has nacido para burra de carga, ¿me entiendes? —la sacudía—, para lo que eres…

Tomasa, derrotada. Tenía la cabeza levantada, apoyada en la pared, y las lágrimas se le escurrían por la cara; tuve ganas de abrazarme a ella, como ella me había abrazado muchas veces.

—Así tendréis para el crío. Mil pesetas…

Venancio daba fuertes chupadas al cigarrillo, sin quitárselo de la boca, mirando vagamente no se sabía a dónde.

—¿El crío? ¡A la mierda, el crío! Mejor si no nace, el crío. La falta que nos hace.

Se volvió, duro y descamado, a su mujer.

—Para agarrarme ésta le sirvió, ya ha servido de algo.

Le dio un revés en el vientre, Tomasa se llevó las manos, casi boqueando, apenas se oyó el ¡ay! que dijo. Pura le apartó de un tirón.

—A estarte quieto, eso sí que no.

—… a medias con la señorita Concha. Podía formalizar los hijos del marido, ésta, que yo sepa, tiene una por lo menos con la querida. ¿Por qué

no se dedica a bautizar a ésos, en vez de venir a liarnos a los pobres?

—Bueno. ¡Se acabó!

Nunca creí que Venancio tuviera tanta fuerza. Dio con la mano abierta sobre el hule y hasta la mesa rebotó. Miró al hijo con sus ojos pequeños, taladrantes. Dijo:

—Ya hemos terminado, ¿no? Ya nos has dado la fiesta. Y tú —me hablaba a mí—, por la puerta a la calle, ¿estamos?

—No hay que decirlo —se apuró Pura, cogiéndome por un brazo—. Es bueno.

—¿A quién va a decirlo, a ver? ¿Qué tiene que decir? No seas tonta, que también me estás empezando a reventar. ¿A su tío? ¿Cuándo le ve? ¿A su abuela? ¿Se entera de algo su abuela…? ¿A doña Patrocinio? ¿Y qué? Si aunque lo diga no se enteran.

Se puso de pie, se ajustó el cinto como si no hubiese hablado todo lo de antes, y me dijo, tan tranquilo:

—Le das muchas gracias a la señora de nuestra parte.

Avergonzada, sí, profundamente humillada. No sabía por qué. Pero humillada y avergonzada iba a entrar en casa cuando Tomasa me llamó. Venía corriendo detrás de mí cuanto podía, sosteniéndose con una mano el vientre colgante, tan bajo; en chancletas, la cara sucia de churretes de lágrimas, sorbiendo.

—Niña…

Me aplastó contra la pared, a la izquierda de la escalera de servicio.

—Por favor, niña, por favor.

Se le saltaron las lágrimas de nuevo y no podía contenerlas. Me empujó hacia el planchero vacío.

—Por favor…

Se dejó caer de bruces sobre la mesa de plancha, con la gorda cabeza contra un brazo, hincándose los dientes para que no se la oyera llorar. La espalda se le sacudía.

Me encontré acariciándola el pelo, con el corazón apretado. Ella parecía calmarse. Se volvió, me cogió entre sus brazos y me besó con furia.

—Aquél es un loco. No sé por qué me he casado. Cuánto mejor no casarme. Me sobraban hombres. Ya ves. Ya está.

Hablaba entrecortadamente. Se secó los ojos con el revés de la mano.

—Ponme la mano aquí.

De nuevo aquella repugnancia profunda. Pero puse la mano. Sonrió con delicia.

—Está el niño mío ahí, ¿lo sabes? ¿Sabes que llevamos el hijo ahí, metido en el vientre?

Sentí una tristeza profundísima.

—No. No quites la mano. Es mi niño. No sé cómo se llamará… Hay que quererle mucho, mucho.

Se puso a hablar, muy excitada.

—Qué buena la señora, las mil pesetas. No se las ha dado a nadie más que a mí, que yo sepa. Verás las cosas que le voy a comprar. Un chal de lana blanco…

Se paró, y me dijo, con ojillos astutos:

—¿Tú qué me vas a regalar, Tadea? Tienes que darle algo a mi nene.

—Si no tengo dinero…

—Lo pides. Te lo dan. A ti te lo dan, si lo pides.

Tenía el primer dinero de Reyes, me acordé de repente.

Dije:

—Bueno.

Decidida a dar de lo mío, a no pedir.

—No se lo contarás a Francisca, que anda siempre perjudicando.

Hice con la cabeza que no.

Se echó a reír y de pronto fue la de siempre. Me dijo:

—Y lo de Millán, ¿sabes?; no hay que hacer mucho caso. Es mucho hombre…

Se quedó parada, y los ojos le brillaban bárbaramente y no de lágrimas, sino de un fuego interno que se las secó. Se acercó a la taza con agua que había encima de la mesa de plancha. Se mojó bien los ojos, y me dijo:

—¿Se me nota?

Y después:

—Es mucho hombre.

Vagaba por sus labios una sonrisa atroz.

OceanofPDF.com

IV

Nos encontramos en filas como si no nos hubiésemos movido, como si fuese nuestro elemento, y todo lo demás, al margen del tiempo y de nosotras. Ni nos hicieron recibimientos ni se inmutaron los rostros de las Madres al reencontrarnos. La sempiterna sonrisa. Todo parecía una continuidad.

Llegué en el autobús del colegio —lo preferí a mi solitaria llegada con Patrocinio—, y tampoco entró en el jardín, sino que esperó fuera, en el paseo del Alta. Teníamos que salir a las seis y media para llegar puntuales. La víspera, después de cenar, subí detrás de la abuela hasta la puerta de su cuarto, como había hecho las otras noches. Allí la besaba y me dirigía a mi habitación. Me dijo:

—No te acuestes todavía. Espera a tu tío para despedirte; mañana te vas tan temprano…

Dejé la puerta abierta para verle pasar. Estaba ya mi uniforme extendido sobre la silla. Procuré no dormirme, aunque me pesaban los párpados. Me esforzaba en mantenerlos abiertos, y de cuando en cuando algún sonido de la madera me sobresaltaba. «La abuela está ahí, del otro lado. Si pasara algo, abro la puerta de un salto». No me atrevía a cerrar mi puerta, para que no se me escapara el tío sin verle. ¿Se habrían acostado las muchachas? La luz lúgubre del pasillo…

Me despertó Francisca, sacudiéndome. Estaba en camisón, con el moño suelto, descalza. Parecía enfadada.

—¿Qué haces ahí, que no dejas dormir?

Di un respingo contra la cabecera. Me había quedado dormida apoyada contra la cabecera de la cama.

—Desnúdate de una vez y métete en la cama. No puede dormir la abuela, con la luz que pasa por debajo de la puerta.

La puerta de comunicación abierta, insólito. La había abierto sin que me despertara.

—Pero… el tío. Me dijo la abuela…

—¡A la cama! Con lo poco que duermo, y encima te tengo que despertar temprano.

Tenía una chaqueta gris de punto encima del camisón. Cerró la puerta que daba al pasillo.

—El señorito… Le importas mucho al tío. Si esperas a que vuelva, no te acuestas. Son cosas de la señora. El tío ni se entera si le despides o no.

Empecé a desnudarme, medio entumecida. Francisca cerró la puerta de nuevo.

Me pareció que acababa de dormirme cuando me despertó.

—Ale, ¡arriba! —me echó abajo las sábanas—. No hagas ruido.

Estábamos con luz eléctrica.

—Vamos.

Bajamos por la escalera grande. Francisca iba encendiendo las luces de pasillo, las de la entrada. Sacó unas llaves del bolsillo de su bata y descorrió el cerrojo de la puerta de entrada principal. Venía un soplete frío, helado. Dio a la llave de la luz, junto a la puerta, y se encendió el farol sobre el portalón.

—Súbete, si quieres.

—Dando que hacer… A ver cuánto tarda el coche. ¿Dónde vas? Esperamos aquí dentro, para no helarnos. Tú, con la capa…

Se arrebujaba en la chaqueta gris sobre la bata morada.

—No sé por qué no ibas a ir con doña Patrocinio en el tren; ganas de dar que hacer.

Se sentó en el banco.

—Cuanto antes te echan, antes descansan. No podían esperar. Todo sobre mí siempre.

Me guardé de decirle: «Si dices que no duermes».

—Menos mal que ahora tendremos seis meses de paz.

Sonó la bocina dos veces, acercándose.

—Vamos. Vamos.

—Mujer, sin tanta prisa, llegamos a tiempo.

Me acompañó aquel trozo de jardín hasta el portalón, que abrió. El autobús frenaba en aquel momento. Venía vacío, solamente en el último

asiento corrido, pegada a la ventanilla, la señorita. Francisca me acompañó hasta la portezuela. Dijo, muy amable:

—¿No me das un beso?

La besé en la mejilla.

—Buenos días, señorita. Aquí está la niña.

El autobús echó a andar mientras buscaba mi asiento. Me pareció un viaje de noche, otro camino. Volver. La oscuridad verde del Alta, la bajada por el alto de Miranda hacia el paseo de la Concepción —su oscuridad umbría—; la oscuridad grisazulada de Lope de Vega, el Muelle con su oscuridad perlina, difusa, salitrosa. Algún hombre por la calle, andando de prisa, con los hombros encogidos. El chuzo de los serenos, la bufanda con muchas vueltas. El maullido de la bocina del coche según se iba acercando a su destino. Todas las niñas esperando al autobús, en la ciudad aún dormida; unas, acompañadas por la muchacha; otras, mayores, solas. Recogimos a Luz. Vivía en una bocacalle del Muelle. No supe que íbamos a buscarla hasta que la vi, sola, en la calzada, con la boina puesta y la capa movida por el viento. Estaba al lado del macilento farol. Antes de frenar la vi. Íbamos en silencio. Luz levantó la cabeza hacia la casa, como si hubiese alguien asomado, y dijo adiós con la mano dos veces, sonriendo. La luz verdosa del farol le daba en la cara levantada. Me volví a mirar hacia el fondo del autobús.

—Buenos días, señorita —su voz comunicativa, pastosa.

Se sentó junto a ella, en el último asiento que quedaba. Dijo:

—Feliz año.

Nos emparejamos a la salida con el otro autobús, y llegamos a un tiempo al colegio. Estaba la puerta abierta y la Hermana Mandoegui al pie. La Madre Vergara en el pasillo. (El mismo gesto dulce, cansado). Nos dirigimos en fila hacia los percheros a recoger los velos y breviarios. Entramos en la capilla. En el último banco, rezando, la Madre Prefecta, que se alzó, grande y tranquila, para dirigirse a la izquierda, junto al muro, a su sitio habitual. Miraba hacia el altar.

—… mis pensamientos, mis sentimientos, todas mis obras. Pureza inmarcesible.

La voz de Luz más fresca, más llena. El desayuno. Filas. (¿Habíamos dejado de hacerlo?). Estudio: la Madre Monleón, inmóvil sobre su asiento. Letras, la Madre Azpiazu: voz gruesa, grave; manos estirándose el ceñidor, al empezar la clase, mientras se rezaba. Recreo: la Madre Vergara con las manos ocultas en las bocamangas. En el recreo de la noche Luz le preguntó:

—¿Qué tal las Navidades, Madre? ¿Hicieron muchas cosas?

—¡Ah! —sonrió, mostrando sus dientes espaciados—. Lo que se han perdido.

Juntó las manos y las elevó un poco, tirando de las mangas negras.

—¡Qué días…! La Madre Vicaria puso al Niño sobre el altar, en el templete del Santísimo —inclinó la cabeza—, con la cortinilla echada. A la elevación de la Misa del Gallo, se alzó la cortinilla…

Reía con tanto gozo.

—Cantaron la misa. Fue hermosísimo.

—¿Cantó la Madre Azpiazu?

—Sssss —mandó callar a Luz, sin severidad—. Cantaron. El Padre nos dio a besar al Niño.

Parecía transportada.

—El altar era una hermosura: tantas flores; habían colocado las velas formando JHS.

—La Madre Vicaria lo hace más bien.

—Todas, todas —dijo la Madre Vergara sonrojándose. Al terminar la misa entonaron desde el coro el Magníficat.

Elevó algo los ojos, mordisqueándose los labios.

—Porque te has acordado de la humildad de tu sierva…

Sonrió, azarada.

—Te llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Parecía confusa.

—¿Qué misa les gustó más? —preguntó Luz nuevamente.

—Las tres iguales.

Repitió de prisa:

—Las tres iguales. En la misa de aurora cantaron villancicos, con el Niño ya sobre el altar. Un Evangelio tan hermoso: «María empero conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón».

Se llevó la mano al suyo, con aquel gozo contenido, igual que si María fuese ella.

—¿A usted le gustó más?

—Todo igual. Cada cosa en lo suyo. Miren, vamos, la Madre Prefecta. Acérquense a saludarla.

Cerraba la puertecita de la clausura, con su alta estatura inclinada. Nos adelantamos a su encuentro.

—A su sitio. A su sitio —pero sonreía.

Geni andaba medio dormida, apoyándose en su hermana.

—Esa pequeña… Pican los ojos, ¿eh?

Teresa dijo:

—Tiene un sueño… Ha venido casi todo el viaje dormida.

—No tengo ningún sueño. Ninguno —porfió.

Se acurrucaba contra su hermana.

—Derecha, sin apoyarse. O váyase a la cama, ¿eh? —inclinando sólo la cabeza hacia la pequeña.

Geni dijo:

—No.

—Pues entonces derechita, escuchando lo que se habla.

—Nos estaba contando —dijo Luz— las fiestas…

—Las encomendé a todas la noche en que nació el Señor.

—¿Y el día de Reyes —preguntó Begoña— qué hicieron?

—Ofrecer al Señor incienso, oro y mirra —lo decía sonriéndose y como si nos gastara una broma.

—Oro, que significa caridad; incienso, oración, y mirra, mortificación. ¿Lo hicieron ustedes? Ya ven si teníamos qué ofrecerle.

—¿Más mortificación, todo el año con esos hábitos? —gesticuló Begoña.

Madre Prefecta sonrió con reserva.

—… mortificaciones, sacrificios.

Miró a Margarita Altube, callada, sumida en sí. Repitió:

—Mor-ti-fi-ca-ción —apoyando mucho en las sílabas.

Begoña aprovechó para susurrar:

—Disciplinas…

La Madre Prefecta se puso de pie.

—Vamos a la capilla y prontito a la cama. Geni, ¿eh, Geni?

Faltaba Elvira. La vimos a la mañana siguiente a la puerta de su camareta, con el puño del uniforme un poco remangado, luciendo un reloj de oro. Me sonrió. Nos habían despertado la campanilla y la voz de la Madre Vergara, más alta, forzada, entre el júbilo del campanilleo:

—*Verbum caro factum est.*

Calló la campana. Saltamos de la cama. Contestamos:

—*Et habitavit in nobis*.

En la fila, detrás de mí, Elvira me sopló un poco sobre el pelo. Noté el soplo caliente, pegajoso. Me eché la mano y me volví. Por la cara —pestañeaba, sin mirarme, con una lucecita divertida en los ojos— comprendí que lo había hecho intento.

Días más tarde, a la noche, en su visita a las camaretas, la Madre Prefecta, inopinadamente, me entregó una carta de la abuela —la letra grande, abierta, redonda, de niño—, y el telegrama azul.

—¿Así que cumple usted años hoy?

No me acordaba

—¿Eh? Y Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia…

Sonreía, espaciando las palabras, martilleándolas:

—Delante de Dios…

Me taladraba con sus ojos agudos. Sentí una nueva obligación.

—Y de los hombres.

El crucifijo sobre mis labios. Sonreía.

—Buenas noches.

Me apoyé sobre un codo para leer la carta. Saqué el pliego con cuidado, aunque podía hacer ruido, que me había sido entregada entonces.

«Querida Tadea: Has dejado de ser una niña. Dos cifras ya… Espero que ahora… Tu amantísima… abuelita». (Todos sentados esperando algo de mí: la abuela, Dios, los hombres).

El telegrama despegado, bastaba entornarle. «Felicidades abrazos papá». Le dejé caer al suelo. Ya lo recogería mañana. No tenía importancia. Dormir. Diez años. Podía hacer retiro yo también. Ya era mediana.

OceanofPDF.com

V

No se hablaba de Reyes, sino de Epifanía. A Elvira le quitaron el reloj.

—Las monjas no me pueden ver porque adoro a mi padre —me dijo, reconcentrada, con furor.

Sus manos morenas, ágiles sobre el teclado, recorriendo las teclas.

—No me pueden ver.

Estaba ejercitándose en la sala de máquinas, mientras las demás teníamos labores, en el piano negro vertical adosado a la pared, junto a la puerta. Me había dicho:

—Pide para ir a buscar un pañuelo a las camaretas. La Hermana no dice nada.

Dudaba aún al salir de la clase, al fondo del corredor.

La Hermana Aralar, inclinada hacia su cesta de costura. Pasé, sin apresurarme, procurando naturalidad, ante los lavabos, seguí adelante. Dudaba aún si iría realmente a la camareta cuando Elvira entreabrió la puerta de la sala de máquinas con sigilo. Cerró rápida detrás de mí.

—Aplástate contra la pared.

Se sentó en la banqueta redonda, e inició las escalas.

—Me tienen hincha.

La ventana era transparente, allí. Se veía el camino de asfalto bajo la marquesina que andábamos nosotras.

—¿Qué les importa? Es mi padre.

No miraba al cuaderno de música mientras tocaba. Hablaba sin dejar de tocar.

—¿Tú tampoco tienes más que padre, verdad?

¿A qué había ido allí?

—No te vayas aún, boba. Me han quitado el reloj de Reyes, fíjate.

Se le formaba un ceño en V entre los ojos tan negros.

—Me lo han guardado. Que no necesito saber la hora… Pues a mí me gusta prepararme, no la asquerosa campana, siempre desprevenida.

Las máquinas de escribir, tapadas con fundas de hule negro. El aire gris al otro lado de la ventana. Sola la marquesina. Solo el monte.

—Que si estoy mimada, que si tal… Sí, estoy mimada. ¿Quieren saberlo? ¡Estoy mimada! ¿Qué les importa?

Dijo:

—El pobre papá…

Y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Envidia que tienen.

Me agaché y miré por el cristal empotrado. No venía nadie.

—Me voy, tú.

Entreabrí con cuidado. La risa de Elvira sofocada por el machaqueo de las notas.

—Siempre en guardia. No hacemos nada malo, que yo sepa.

Fui a la camareta. Abrí el cajón del comodín y cogí el pañuelo, con aquella desazón, aquel peso. Engañar no me gustaba. Debería presentarme sin el pañuelo, decir: «No fui por el pañuelo. Estuve con Elvira». Vi desde lejos a la Hermana Aralar, inclinada sobre su labor. Pasé muy despacio delante de ella. «¿Es que no se entera de nada?». Estaba furiosa contra ella.

La Madre Vergara, al fondo del salón, presidiendo el corro de costura, en silencio. Estaba Paz enseñándola su trapo, cogí mi bastidor y empecé a bordar, sin levantar los ojos de aquella hojita sombreada en la tela que había que rellenar. Se oía el piano tocado por Luz frente a la puerta, más distantes los sonidos de los otros pianos. Alcé los ojos. La Madre Vergara con sus blandas ojeras, el gesto cansado de los labios. No desconfiaba, no se la podía engañar. La estúpida de Elvira…

Nos explicaron que Epifanía significaba manifestación. Sonaba a pífano, a música. Pero apenas sonaba. Breve y fugaz hacia la Cuaresma, un sonido metálico, de atención.

—¿Sabéis, chicas? A la Madre Vergara no la dejan mortificarse, por la salud —contó Begoña—. Toma a media mañana una yema de huevo.

—Por eso tiene los dientes amarillentos —dijo Paz.

—Pues en Cuaresma, los viernes, se le nota que se ha puesto cilicio, no digas.

—Hija, Teresa, los viernes en Cuaresma… Pero no le dejan las disciplinas.

En el cuarto de baño escuché, sin mover el agua, por si se oían las disciplinas. Elvira lo había contado;

—Se dan azotes con látigos de cuerdas, con nudos en la punta.

—No. De cuero.

—Con látigos. Lo oí perfecto desde el baño.

—¿A esas horas? —Luz sonrió, incrédula.

—Las que tienen libre. Pues sí, las oí.

Luz sacudía la cabeza.

—… la Hermana Aralar se puso colorada y todo. Se metió por la puertecita de clausura, me dejó sola, fijaros… —manoteaba—. Yo le dije: «Hermanita, ¿son las disciplinas?», y se le vio que lo eran.

—Yo creí que lo harían por la noche —dijo Begoña.

Luz preguntó:

—¿Por qué?

—No sé.

Ina dijo:

—¿Por qué se pegan?

—Por Dios, los azotes a la columna.

—Mojan las cuerdas en vinagre para que duelan más.

—No.

—¿Tú qué sabes?

Vi los ojos reprobadores de Luz. Begoña insistió:

—Pero si es verdad… Bueno, o para que cure. ¡Ay, qué chica! Lo sabes de sobra. En Cuaresma, los viernes, y hasta la Cuaresma entera, andan de medio lado, según lleven el cilicio.

Luz dijo, un poco roja:

—Qué bobada.

Y se miraron ella y Margarita Altube.

—Tú crees que lo sabes todo.

Luz, sin hacer caso a Elvira, se alzó de hombros y se fue hacia los bancos.

—A la Madre Vergara sólo se lo dejan poner en el brazo.

—Te lo ha contado a ti…

Begoña terqueó:

—Se mete las manos dentro de las mangas y se lo aprieta para que le haga más daño. A veces se muerde los labios, no tenéis más que fijaros.

—Es verdad —dijo Teresa Alzola.

—Y la Madre Monleón para mortificarse más se lo pone en la cintura y está que no se dobla.

—No…

Hubo risas.

—No me lo creo.

—¿Por qué no? —preguntó Elvira.

Luz se volvió a nosotras. Era domingo. Estábamos agrupadas en torno a la fuente, inclinadas como si mirásemos a los peces. La Madre Clark en la silla, y en los bancos, en cuadro frente a ella, Iciar Lemona, Geni Alzola, Ina Salazar, Silvia Fernández. Paz se había sentado también, y Luz.

—La Madre Clark pregunta de qué estáis hablando.

Nos advirtió:

—Se da cuenta.

—Dile que de la Cuaresma —contestó Begoña—. Es la pura verdad.

La Madre Clark, confusa, repetía:

—*Speak english. Speak english, please*.

Volvió a hablar de prisa a Luz, que nos insistió:

—Dice que os sentéis aquí, que os apartéis de la fuente.

Nos acercamos y fuimos sentándonos en los bancos. Pero continuaron hablando bajo, entre ellas.

—A mí no me parece que lo hagan todas, no me lo creo —dijo Teresa Alzola—. Me pone la carne de gallina.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Elvira—. No es ninguna cosa del otro jueves.

—Anda, rica…

—Pues yo —dijo Elvira— si quisiera mucho a Dios…

—¿No le quieres? —preguntó Luz—. Qué cosas dices.

—Quiero decir quererle así, como se quiere a alguien —parecía confusa.

—Qué cosas dices.

Lo dijo despacio, irguiendo su cuello suave y redondo, distanciándola, mirándola desde lejos.

Elvira empalideció, de aquella manera suya, se ponía verdosa y mate, desencajada.

—Tú lo sabes todo, ya…

—No lo sé todo, sólo sé que quiero a Dios, y haría por Él lo que no haría por nadie.

Elvira dijo, con los dientes muy prietos:

—Pues yo no.

La Madre Clark nos miró con desamparo.

—*You'd better come here and speak with me. No private talk, you know*.

Pero no podíamos hablar, veíamos a Elvira derecha, con los ojos chispeantes, y las trenzas disparadas sobre el pecho como dos lanzas.

Luz dijo:

—Me das lástima.

Me hacía daño Luz. No rematarla. Si me lo hubiera dicho a mí… Pensé: «Pobre Elvira». Pero no sé por qué me pareció apestada.

—Qué pesadas estáis. Ya está bien.

Margarita, con su anguloso rostro, y sus ojos hundidos, la voz ronca. Sin sacar la mano de la faltriquera, echándose hacia delante, con sus grandes pies juntos. Miró a Luz:

—Déjala.

—Haciéndoos las interesantes, las mayores. —Elvira podía escupir las palabras, con sus labios gordezuelos, despectivos. No parecía ceder—. Cuánto mejor Begoña, y tiene los mismos años que vosotras.

—Vaya, Begoña, ahora te toca a ti. —(¿Luz podía ser maligna?).

—Gastas un genio… —dijo Margarita.

—El genio es bueno para todo. Me lo ha dicho la Madre Prefecta.

—La habrás entendido mal.

Se rieron todas, menos Begoña y yo. Elvira se inclinó hacia la Madre Clark y se puso a hablar con ella en inglés, de corrido.

—Ahora se pone a lucir sus gracias: cantar, hablar inglés.

—Déjala, Paz.

—No necesito que me defiendas tú —se volvió a Luz, temblándole los labios—. Para que lo sepas. Ay, qué asco.

Nos quedamos calladas mientras Elvira lloraba con la cabeza contra la falda.

—*What is the matter?* —la Madre Clark nos miraba una a una, desconcertada.

Dijo, disgustada, a Luz:

—*You must set a good example. This way of chattering while I can't understand you is not fair*.

En ese momento vinieron a buscar a Elvira para el recibidor. La Hermana Aralar se acercó a la Madre Clark —yo había visto su toca blanca sobre el seto de aligustre, bajo la marquesina—, le habló en bajo, y la esperó, algo apartada. Elvira se levantó sin mirarnos, secándose los ojos apresuradamente con el pañuelo. Nos sentíamos incómodas. Luz dijo:

—*I beg your pardon, Mother*.

—Tenías la razón —dijo Paz.

—No importa.

Con la mano sobre la medalla, pesarosa.

—¿Por qué le habré dado tanta importancia?

—Y lo que dijo —insistió Paz—. Hay que ver lo que dijo…

—No se repite.

—No quería decir eso, chica —dijo Begoña, acalorada—. Quiso decir… Yo entendí muy bien lo que quería decir.

—¿Tú?

Luz la miró, con su sonrisa de nuevo. Como si la admirase.

—Claro, como te ha dado coba…

—Tienes mala idea, siempre estás chinchando, Paz —dijo Margarita.

—¿Yo? Tiene gracia. Pues mira que vosotras, lo que le habéis dicho. Sois vosotras las que os habéis metido con ella.

—Jesús, hoy hemos tomado todas pica-pica.

—*One should not take the name of Jesus in vain*.

Se puso de pie.

—*Let's go back, please* —decidió, aliviada.

Vimos a Luz en el cuarto de la Prefecta, ese mismo día, un rato más tarde. Había pedido permiso, y tardaba, y pasamos por delante del cuarto para bajar al comedor. No necesitamos agachamos para verla, porque estaba de rodillas, junto al secreter, y en esa postura se la veía por el cristal, a media puerta.

Entró en el comedor con la Prefecta, y después la Prefecta llamó a Begoña.

—Ha renunciado a la Banda —nos dijo Begoña en el recreo de la noche, en un aparte, mientras íbamos a coger los bancos.

—¿Luz?

—… pero la Madre Prefecta no la ha dejado. Se lo ha impuesto como obediencia.

Cuando salimos al corredor, mientras colocábamos los bancos, miré de reojo a Luz, ya como siempre, hablando con la Madre Vergara. La Banda le atravesaba el pecho. Comprendí que una banda podía pesar, y llevarla con alegría, aunque pesara.

OceanofPDF.com

VI

Aquella primera Cuaresma llena de sacrificios: no mirar a las otras en filas, no ir a hablar a los lavabos, no tomar postre, poner atención en la gimnasia, sujetar la imaginación.

—Actos de humildad, sobre todo —me decía la Madre Prefecta.

«Jesús me hizo comprender que la única gloria verdadera es la que ha de durar siempre; que para alcanzarla no es necesario llevar a cabo obras ostentosas, sino más bien esconderse a los ojos de los demás y a los de una misma».

Me leía la Historia de un alma.

—Esconderse a los ojos de los demás. Y a los propios ojos, ¿eh? No creer que se hace mejor que las demás, o que tiene algún mérito el cumplir, no recrearse en la propia obra bien hecha. No pensar en una misma, ahí, como el pelícano que se mete el pico en el pecho.

Me señalaba el centro de mi blusón negro.

—Aceptar las humillaciones. Devolver una sonrisa. No guardar rencor. No pensar que lo han hecho intencionadamente. No tener preferencias…

Me miró, sonriente.

—¿Eh?

Se aflojaba la toca.

—Preferencias… Decir siempre «no soy digna».

Hicimos Ejercicios. Nos los dio el Padre Berástegui. Pusieron en la capilla, en el presbiterio, una mesita con un tapete rojo, y un vaso de agua, y un crucifijo. Iniciamos los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Muchas horas de rodillas, o sentadas en los bancos, con la luz de las dos velas sobre el altar y aquella Cruz sobre la mesa. El Padre hablaba con las manos juntas, y cuando se acaloraba se las llevaba a la cara. (Yo, ¿para qué nací? El fin del hombre, indubitable). Se suprimieron los recreos. Podías estar a esas horas en el estudio o en la capilla, o paseando en silencio por el jardín. La Madre Prefecta nos fue dando un cuadernito con tapas de hule negro.

—Para que apunten ustedes sus resoluciones, sus propósitos.

Lo llevábamos en la faltriquera. Algunas se sentaban en el reborde de la fuente y escribían. ¿Habría que enseñarlo? ¿Y si te Jo miraban? La muerte, fin próximo del hombre. (La eternidad, fin remoto). Muchas niñas lloraban durante la meditación. Se sonaban con fuerza, se escondían la cabeza entre las manos. El Padre Berástegui contó algunos casos impresionantes, niños, jóvenes, muertos sin confesión. Cómo quedaba el cuerpo. Tardaban en llegarme las palabras, estaba como sumida en pereza mental. Elvira sacaba el pañuelo continuamente. Se estuvo todo el tiempo de rodillas. Margarita y Luz, serias; Margarita, turbada. Begoña, con la nariz enorme y los ojos pequeños, de llorar. ¿Quiénes más habían llorado? A Geni no se la dejó entrar, era demasiado pequeña, aún haría la Primera Comunión en mayo. Silencio. Absoluto silencio. No había clases. No cambiábamos palabra con nadie; la que lo deseara, con la Madre Prefecta o con el Padre. Las mayores se pasaban el día con la Madre, una u otra. El infierno. Llamas. Chirriar de dientes. Cuerpos abrasados. Aquella niña de quince años que se sentó en la caja y dijo: «Mamá. No recéis por mí, me he condenado porque morí en pecado mortal». Una mano de hielo apretándome el corazón. (Qué horror, la madre. Qué susto). Cerraba los ojos. Procuraba reconstruir la escena, la caja, la chica —rubia—, sudarios blancos, familia llorosa. Se incorpora. Dice: «Mamá». El Padre había aclarado: «Con una voz terrible». «Me he condenado». La cara de la madre. ¿Qué cara pondría? Qué horror. Cantábamos:

Perdón y clemencia,
Perdón y piedad.

Elvira y Begoña sollozaban.

Me parecía estar completamente sola, rodeada de abismos. Todo era peligro de morir, de muerte eterna. Estaba llena de culpas. —¿Qué se escapa a los ojos de Dios?—. «Mil veces me pesa de tanta maldad». Estábamos todas recogidas, serias. No había visitas de la Madre Prefecta a las camaretas. Pasaba la Madre Vergara cerrándolas en silencio. Mi cuadernito de hule sin ningún apunte. Tenía que poner algo. ¿Qué pondría? Algo que se pudiera ver. Entonces, nada.

La bendición papal. «Quedan ustedes como niños recién nacidos. Pero es muy difícil ganarla. De una reunión de quinientos fieles, un Padre tuvo la revelación que sólo una vieja, pobre, que había junto a la pila de agua bendita había ganado la indulgencia plenaria. Hay que estar libre hasta de asomo de pensamiento frívolo, o de tendencia. Basta una tendencia». Antes había sido la confesión general. Hubo niñas que tardaron una hora. Margarita Altube la que más. Salió con las mejillas abrasadas de rojas, echándose con la mano izquierda el velo blanco sobre la cara.

Hicimos los ejercicios la semana anterior a la de Pasión, así nos preparábamos para la Semana Santa. Elvira cantó desde el coro la Pasión, cantó durante las *Siete Palabras*. Su canto, apasionado y profundo:

Tengo sed de tus amores,
sed de estrecharte en mi pecho…

«Es a Dios», pensaba. Aquella voz turbadora, arrebatada (su padre estaría abajo, entre el público, en los bancos, oyendo la voz de Elvira).

Sed de clavos y de cruz,
sed de muerte más cruel…

El Padre Santal, arrodillado entre una y otra Palabra, con la cabeza inclinada contra el reborde del púlpito, mientras Elvira cantaba:

Sed de amor y sacrificio,
sed de amar y padecer.

Abajo, en los bancos de la iglesia, las monjas con las manos unidas, las frentes inclinadas. Jesús no estaba… Baja la cortinilla del templete, cubiertas de morado las figuras en los altares laterales (desde nuestra tribuna éstos no se veían). Iba a morir. Se acercaban las tres de la tarde. Estábamos traspasadas. Cuando dieran las tres, el armonio y la voz callarían, porque había muerto. No se diría el «Gloria», nos habíamos quedado sin Él, bajaba al sepulcro. Hasta el sábado a las once seríamos un inmenso monumento funerario, con piadosas mujeres. «Ellas le acompañaron a lo largo de la Vía Dolorosa, como vosotras. Mujeres al pie de la Cruz, mujeres temprano a su tumba». Una masa enorme de mujeres en la cual nos integrábamos.

—Las mujeres lloraron. Se atrevieron a llorar, las únicas. Llorad vosotras también, llorad con ellas, no tengáis vergüenza ni miedo por llorar por el Maestro que va a morir por vosotras. «No lloréis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos».

Por vosotras mismas… Se me saltaron las lágrimas. «Estoy aquí, aquí, viéndote pasar». Me parecía que caía al suelo a mi lado. ¿Le echaron una mano?

El Padre terminó a la hora calculada. El reloj de la iglesia dio las tres en medio de un silencio funeral. Los monaguillos apagaron las velas, dejaron sólo dos a los lados del Crucifijo sobre el altar, que había quedado destapado desde los oficios de la mañana. (*Ecce lignum Crucis. Venite, adoremus*. Nos habíamos acercado a besarle de dos en dos. «*Pueblo mío, qué he hecho o en qué te he contristado, Respóndeme*». Seguíamos los oficios con el misal).

El velo del templo no se rasgó, pero se hizo aquella oscuridad y aquel silencio. No nos atrevíamos a marcharnos dejándole allí. Las rodillas sobre el suelo de la tribuna molestaban; era peor aliviarlas un poco porque entonces las sentías anquilosadas. La puertecita del fondo se abrió y Elvira se unió a nosotras. La Madre Prefecta iba diciéndonos de una en una:

—Si desea retirarse, puede hacerlo.

Nadie se movía. No sé cuánto duró aquel tiempo así, cansada —nos cogía después de toda la semana de iglesia— con la cabeza vacía. «Peor para Él —pensaba—. No se le puede abandonar». Al ponernos de pie tiraban las rodillas, nos parecía mentira mover los brazos. (Remordimiento al ponerme de pie y marcharme, como si fuera una cobardía). Fuimos al estudio. Leíamos vidas de santos. Estábamos ojerosas. Las monjas también. Me dio vergüenza meterme en la cama, con el Muerto en la iglesia, e irme a dormir entre las sábanas.

Nos levantamos más temprano, no sonó la campana, un golpe discreto con los nudillos sobre cada puerta. Parecía que conspirábamos. En pie, en seguida. Nos habíamos dormido, en vez de velar el Cuerpo. Agua fría en la cara. Filas hasta la escalerita de la tribuna. Era de hierro, en espiral. Fui a mi ventanita entornada. Me puse de rodillas, con una sensación de deseo y de rechazo como si pudiera estar descompuesto. Habían despojado el altar,

recogido los manteles: Jesús no estaba allí… No había luz ninguna. En aquella sombra desolada —los bancos de las monjas repletos, como si no se hubiesen acostado— comenzaron a preparar los altares, y entró el Sacerdote, sin casulla, con sus ministros. No vimos la bendición del fuego, porque se hacía a la puerta de la iglesia. Trajeron el gran cirio con el agua bendita y los granos de incienso. Comenzaron las profecías. Acabaron antes de que las terminara yo. Estábamos en «Peccatores, te rogamos», cuando el Sacerdote y los ministros se levantaron de su postración y salieron. Los monaguillos comenzaron a encender las velas, se encendieron todas las luces de la iglesia. Una gran losa acababa de descorrerse. Entraron los Sacerdotes revestidos de blanco —Elvira se había marchado por la puertecita del fondo— y se oyó, al fin, cantar el *Kyrie* desde el coro. El Sacerdote llenaba el altar de incienso. Se puso en el centro después de callar el coro, y con mucha solemnidad entonó:

Gloria in excelsis Deo

Fue como una explosión. Las voces del coro estallaban de alegría, llenaban, exultaban. Tocaron la campana de la iglesia, y otras campanas respondían, lejos. Los monaguillos agitaban las campanillas. Mire hacia Begoña sonriendo, y ella también sonrió, como si por fin hubiésemos vuelto y nos reconociésemos en el mismo gozo.

Las Madres andaban con alegría, moviendo los vuelos de sus faldas; nos sonreían.

—El Señor ha resucitado.

(Ah, sí. Nos había sido devuelto). Fue la Madre Prefecta, el domingo por la mañana, quien tocó la campanilla. Lo supimos porque oímos su voz, después del repiqueteo sonoro:

—*Regina coeli laetare, alleluia*.

—*Quia quem meruiste portare, alleluia*.

—*Resurrexit sicut dixit*.

—*Alleluia*.

Era el 5 de abril. Todos éramos nuevos.

OceanofPDF.com

VII

Empezamos a apretar en los estudios. La última etapa para los exámenes. Se declaró la república. Nos enteramos por los ojos rojos de la Madre Prefecta. La vimos pasar, estando en recreo, hacia su cuarto, y nos pareció que algo le sucedía. La miramos con estupor. La Madre Vergara habló más alto, forzándose, para atraer nuestra atención. (¿Habríamos visto bien? ¿Había llorado?). Su visita esa noche a las camaretas con una sonrisa débil, forzada, más de dentro. «¿Habrá muerto su madre?». Un nuevo respeto. «Se está dominando». Lo supieron las mayores. Tardó mucho en las camaretas de Margarita y de Luz.

—Tiene un disgusto…, como es tan monárquica.

No sabía bien de qué hablaban.

—Tiene un hermano ministro, que es conde de no sé qué.

—A lo mejor hay persecuciones y martirios —dijo Begoña.

Nos reíamos.

También tú.

Sentí algo en relación con la Prefecta que se me tambaleaba dentro.

No había que atender a la luz más fuerte por el ventanal opaco, que vencía al translúcido cristal y llenaba de sol los pupitres (Luz y Margarita desenrollando las cuerdas de la persiana), ni al aire fino y el sol a la hora de la gimnasia.

—Una, dos, una…

Las monjas, ¿no olvidaban a sus familias al venir allí? ¿Seguían siendo quienes eran?

—Una, dos…

Además, debían desear el martirio.

—Uuuuuuuuna.

«No pensar en uno mismo, como el pelícano».

—Atención, sepárese el palo del pecho.

Señalaba a Margarita.

—Soltura. Así.

Madre Azpiazu, con el velo recogido atrás, acercándose y separando el palo, inclinándose de lado con él entre las manos, como si fuese una lanza.

—Una, dos…

Era un sol insinuante, dorado.

—A ver. A ver. Jugar al baloncesto —decía la Madre Vergara—. Las mayores. No se queden dormidas.

Las tardes, largas, sin encender la luz en el estudio, leyendo con la sostenida claridad del ventanal.

—Ha venido la familia de la Madre Prefecta a verla desde Madrid. Está todo el día en el recibidor.

Recobró su paz. Pero yo había perdido seguridad en ella. Sin embargo, pasaba de nuevo por las camaretas, caía el velo negro sobre tu almohada, te tendía el Crucifijo, sonreía. La sonrisa de siempre; los ojos secos, vivaces.

(Patrocinio me había dicho:

—Dicen que es una gran señora. Tiene de todo. Qué mérito.

Pero no lo había unido a ella).

El encarnado de Pentecostés. Toda la octava, ornamentos rojos. *La paz os dejo. La paz mía os doy. No os la doy como la da el mundo*…, Levanté los ojos del misal hacia la Prefecta leyendo en el suyo, serena. *No se turbe vuestro corazón ni se acobarde*.

Nos repartió, a la salida de misa, unas estampitas de papel en forma de lengua de fuego. Había escrito con redondilla un versículo en el centro:

> *Venid, oh Santo Espíritu,*
> *y enviad desde el cielo*
> *de la luz sacrosanta*
> *un puro rayo que penetre el pecho.*

Elvira me dijo, en filas hacia el comedor:

—A ver la tuya.

Se la pasé. En la suya leí:

> *Doblega lo inflexible*
> *y fomenta lo yerto*
> *de mi amor; y a Ti vuelva*
> *lo que en mí se desvía de tu centro.*

Durante el desayuno echó mano al misal de Margarita Altube, posado junto a su plato, enfrente.

—Deja. Estáte quieta —murmuró Margarita.

Elvira lo puso disimuladamente entre nuestros dos platos, como si fuese el suyo. Con la izquierda abrió la tapa, y allí estaba la lengua de fuego de Margarita. Leímos de reojo:

> *Lava lo que está inmundo;*
> *riega lo que está seco.*

Margarita adelantó la mano, rápida, y se lo volvió a quitar. La Madre Prefecta detrás de ella, mirándonos. Bebimos el café, con los ojos hacia la taza. Rodeó la mesa y se inclinó hacia Elvira, que se puso de pie. Algo le dijo que no oí; Elvira pestañeaba.

En cambio, Luz nos leyó el suyo en alta voz durante el recreo. Se lo enseñó a la Madre Vergara, y recitó de memoria:

—*Sin Ti sólo es el ser, la nada de que fue hecho. Todo sin Ti es la nada…, pues sin Ti nada hay santo, nada recto.*

Tenía las manos en los bolsillos del blusón y lo decía levemente, con sus ojos claros salpicados de luz.

—En el libro pone «el hombre», no el ser —dijo Begoña
se rió, como esperando a que la Madre Vergara dijese algo. La Madre Vergara, con las manos perdidas en las mangas y los ojos arrobados, continuó en latín:

—*Consolator optime, Dulcis hospes animae, Dulce refrigerium*…

Sonreía, pero no a nosotras; así, de aquel modo vago y delicioso, lleno de secreto.

La Madre Prefecta empezó a decirnos:

—Cuando vayan ustedes a sus casas…

Parecía que se desinteresaban de nosotras, como si fuésemos una barca que empezaba a despegar del muelle.

—¿Qué harán en vacaciones sin nosotras? —preguntó Begoña a la Madre Vergara.

La Madre Vergara la miró, con su cara dulce y cansada.

—Hacen Ejercicios. Van a otros conventos para cambiar.

La Madre Vergara reprobó:

—¡Luz! ¡Luz!

—¿No hacen Ejercicios?

—Sí, naturalmente.

—No pega, ejercicios en verano —dijo Begoña—. Uf, con el calor.

—Es cuando más falta hace que haya almas recogidas en el Señor. Rezaremos por ustedes, para que no se pierda la semilla del colegio.

—Fíjate, las playas —dijo Luz.

Parecían acecharnos grandes peligros. Y como si en este estado no pudiésemos formar parte de ellas.

—Para que vivan en el mundo sin estar en él —me había dicho la Madre Prefecta.

La víspera de la marcha me dio pena, pereza de cambiar. Luz dijo, en el recreo:

—Ay, Madre, no puedo pensar en mañana. Se me pone una cosa aquí.

—Necesitarás tres pañuelos, como el año pasado —dijo Begoña—. Ay qué chica. Lo que pudiste llorar.

—¿Viene tu madre a los premios?

Luz dijo:

—Pero mamá es antigua alumna. Lo comprende muy bien.

Vi a Luz en el escenario, con el uniforme blanco, como todas nosotras, que yo vestía por primera vez. Las medias negras, los zapatos negros. Subió y bajó muchas veces del escenario al patio de butacas, presidido por la Superiora en su sitial. Habían montado el escenario en los recibidores, suprimiendo las vidrieras. En la esquina del fondo, en la fila primera, en donde estaba la Superiora con las Madres, había una larga mesa adosada a la pared, cubierta por los libros de premios y las bandas. La Madre Monleón y la Madre Vergara se las acercaban a la Madre Prefecta y ésta se las pasaba a la Superiora, la ayudaba a ponerlas.

—Luz Quintana.

—Luz Quintana.

Señoras con sombrero, algún señor, niños y niñas en las sillas de atrás. Estaba el escenario más iluminado, así no se distinguía bien la masa del público. En semicírculo, en dos filas, nosotras sentadas, esperando nuestros

nombres, con los pies juntos, las manos recogidas sobre el halda blanca. Geni estiraba la cabeza y se ladeó en la silla; la Madre Azpiazu entre bastidores le llamó la atención.

Lo primero de todo fue el nombre de Luz. Bajó por la banda de honor y todas mirábamos, atentas, procurando ver cómo se la pasaban, lo mismo que si nos abanderasen en ella. Llegaron aplausos de las filas de atrás, en donde estaba el público. Volvió a subir con su rostro de siempre, tan sereno, y la banda enorme, muy nueva, de moaré, iluminándole el pecho. Me dejó sorprendida el premio de religión, me puse roja hasta las orejas; bajábamos por unos escalones y subíamos por otros, del otro lado; nos iban llamando de dos en dos: sólo la banda de honor se otorgaba la primera, con aquella solemnidad.

Elvira recogió los premios de inglés y de piano. Poníamos los libros sobre nuestras rodillas, deseando acabar. Todas de pie cantamos el adiós al colegio. Me daba vergüenza estar en primera fila, me encontraba ridícula con el uniforme blanco, se me veía más.

—Pueden bajar ya. Saluden a sus familias —dijo la Madre Azpiazu.

Bajamos a la sala ordenadamente. Luz, con el amplio vuelo dorado de su banda. Bandas azules, bandas rosas. Elvira empujó a Teresa Alzola para que la dejara pasar.

—No empujes —dijo Teresa Alzola de mal humor.

Llevaba la segunda banda azul; sólo había una Banda de Honor, las demás eran segundas bandas. Me preguntó:

—¿Tampoco ha venido nadie de tu casa?

Contesté:

—No creo. No avisé.

Geni se agarraba a su hermana.

—¿Cuándo nos vamos? ¿Por qué no han venido?

Salimos las tres entre bastidores, con la Madre Azpiazu.

—Vayan subiendo a cambiarse —me pareció que lo decía con una blandura nueva en su gruesa voz. Puso la mano sobre la cabecita de Geni.

—¿Podemos ir solas?

—Sí, hoy pueden. Está allí la Hermana.

Teresa se abrazó llorando a la Hermana Aralar. ¿Tanto la quería?

—Sin tocarme.

Apoyó la frente contra su velo.

—Ya verá cómo les están esperando —consoló la Hermana—. Ya lo verán.

—Teresa tiene la segunda banda, ¿ha visto?

Geni pasaba la mano con cuidado por las caídas de la banda.

—La segunda banda…

Sonó el timbre del 32, desde abajo, e inmediatamente el 16.

—¿Lo ve? Ya han venido a buscarlas.

Teresa corrió hacia el pasillito, deslizándose sobre la cera brillante.

Yo me peinaba despacíísíimo. Me iba en el autobús.

OceanofPDF.com

VIII

La casa estaba soleada, con las ventanas del segundo piso, que daban al cuarto de estar, alzadas. Paró el autobús en el camino, pero estaban las puertas abiertas de par en par. Se veía el guijo blanco espeso; huellas de neumáticos.

—Que pase usted un buen verano —dijo doña Asunción; curioseaba la casa.

Entré sin necesidad de llamar, sin que me vieran. Odón se deslizó por el pasamanos de la escalera y aterrizó en el comedor de Patrocinio.

—Hola, chica.

—Menudos faldamentos. Estás igual que Clota.

Clota bajaba por la escalera, escurriendo la mano derecha sobre el pasamanos con aquel chirrido.

—Estaba deseando que vinieras. Con este tonto no se puede jugar.

Dijo:

—Ana no ha venido.

Nos miramos las dos, un poco asombradas.

—Igual que el míío. La abuela está en la terraza.

Los muebles de mimbre negro, las butacas de alto recto respaldo en la terraza, atrás, sobre el jardín. La enredadera de parisardiendo con todas sus rosas oscuras florecidas.

—Vaya la colegiala —dijo tía Concha, con voz afable—. Ya la tenemos aquí.

La abuela preguntó:

—¿Qué tal las notas?

—Aprobó todas. Dos sobresalientes, fíjate —dijo Clota, alegre—. Yo también aprobé, pero sólo el ingreso.

—Tadea no está en tu caso —dijo en seguida tía Concha—. Tiene que ganar tiempo.

La abuela dijo:

—Pues ahora, a aprovechar el verano.

Al aire libre de la terraza la abuela tenía buena cara. Me pareció que tiraba de mí, sin decir una palabra, como si fuésemos aparte o estuviésemos unidas al margen de los demás, quizá porque habíamos pasado solas, juntas, aquellas Navidades. Llevaba una echarpe de punto de seda sobre su vestido, y una cinta de azabaches de la que colgaba un abanico negro, con varillas de concha negra también. El alto rizoso pelo blanco como un oleaje sobre la frente.

—De todos modos tenéis que repasar. Para no perder el hábito del estudio —dijo tía Concha—. Hacer algo útil.

—A ver si sois buenas.

Odón dijo:

—Ana está en El Escorial con la abuela Luisa.

—La señorita Regina sólo puede venir por las tardes, para que no estéis solas. A ver si sois formales por las mañanas y se os nota el colegio. Aprovecháis para estudiar, para tomar el aire, aquí, en la terraza o en el jardín, pero que os veamos desde aquí.

Señalaba el banco verde ante el ancho césped, a plomo bajo el sol.

—Vete a mudarte.

El cuarto junto al de la abuela. Clota me acompañó.

—Qué lata que no duermas arriba. Mamá no quería, se lo dijo a la abuela que era mejor como antes, las dos con Patrocinio. Huele más mal. Qué lata, chica.

Abrió la puerta de comunicación.

—¿La dejas abierta por la noche?

Dije:

—No.

—Tienes el mismo uniforme que yo. Voy externa, en Madrid. ¿Te gusta el colegio? Yo estoy siempre deseando llegar a casa.

—A las externas no os hacen caso —dije.

—Odón suspendió.

Casi no bajaba a los plátanos, con nosotras. Por las mañanas iba a dar clase a los salesianos, comía en la mesa grande; Clot y yo con Patrocinio en

el comedor que daba sobre el vestíbulo de entrada; nos reuníamos a la hora del café, en la terraza. Tío Juan estaba pocas veces.

—No le compensa subir a comer para tener que volver a bajar en seguida.

Cuando estaba se echaba en la tumbona y se quedaba traspuesto.

—¿Por qué te pones roja con el tío Juan? A mí no me importa nada.

Desde la ventana que, en nuestro comedor, daba sobre la entrada, le veía subir. Obdulia abría la puerta.

—Se te sube el pavo.

Él subía los escalones de dos en dos.

—¿Se dice azora o azara? —preguntó Clota en la terraza—. Tío mira Tadea, ya se pone roja…

La empujé, le di con el codo contra las costillas.

—¡Bruta!

—¿Ya estáis riñendo?

Tío Juan guiñó los ojos hacia nosotras. Dijo:

—Tadea y yo somos grandes amigos.

Aquel calor súbito. Volví los ojos hacia el jardín, no quería que me vieran.

—Está enamorada del tío.

Los ojos burlones de Odón; aquel ojo que se le iba.

—Los niños no digáis tonterías —observó tía Concha, mirándole muy fijo.

Las pantorrillas tan gordas de Odón, los muslos tirantes bajo el pantalón, hasta la rodilla. Andaba con sandalias. Tenía vello en las piernas.

—Dentro de poco habrá que ponerte de pantalón largo —sonrió, complacida—. Estás indecoroso.

La nariz se le había puesto muy gorda y con granos, como antes a Ana. Tenía la cara un poco embrutecida. Se le caía un párpado.

—¿Qué años tiene Odón ya?

—Trece, mamá.

—Cómo pasa el tiempo.

La abuela miraba a Odón.

—Este niño está cambiando.

A Odón le fastidiaban, se le veía bien.

—Suspendió en tres, abuela —dijo Clota.

—Deja en paz a tu hermano.

—Mira, una chica… Aprende —dijo la abuela, señalándome.

—Con las chicas son más flojos —explicó tía Concha, sin mirarme—. No se puede comparar. Y además, en Madrid exigen más. Ya veremos a Tadea en tercero.

—Y papá, que no me quiso recomendar.

—Ya conoces a tu padre. El trabajo es la mejor recomendación, te lo dice siempre.

A las tres llegaba la señorita Regina. Bajábamos a los plátanos. No me divertía ya jugar en los plátanos, ni ir al pozo o al estercolero, ni correr por la huerta. Lo hacía y me paraba en seguida, harta.

—Estas niñas no juegan.

Clota quería hablar del colegio.

—Déjame en paz.

Montábamos en bicicleta todo el tiempo. Fue un recurso. Formábamos aire al correr, me daba en la cara, frenábamos un poco en el recodo, frente a la terraza.

—Eso de que estéis pasando delante todo el tiempo…

La señorita Regina traía sus labores muy envueltas en servilletas blancas, hacía punto para fuera, nos explicó Patrocinio. Trabajaba sin cesar. Nos reíamos de lo mucho que merendaba.

—Termina con el jamón, qué bárbara.

—No sé dónde lo mete, está hecha un fideo.

Comía, sentada en el banco, apretándose el plato contra el pecho.

—Ésa luego no cena —dijo Francisca.

—Si la vieras comer —le contamos a Odón—, no sé en dónde le cabe.

No estorbaba. Habíamos llegado a un punto en que ella iba a lo suyo y nosotras a lo nuestro. Procuraba no quejarse de nosotras, y poner buena cara a tía Concha. Y nosotras la dejábamos sola en su banco, con sus chaquetitas, a cambio de que no se quejara, ni nos hiciera preguntas.

Extendía la labor, mirándola. Preguntaba a Clota:

—¿Te gusta, el pico? Es para…

—¡Al cuerno, el pico!

Replegaba la labor, rápida. Veíamos bajar a Obdulia con una fuente con los bocadillos y galletas y corríamos a dejarle sólo unas briznas de jamón entre el pan.

—Espera.

—Chiquillas, mira que sois malas.

La mirábamos coger su bocadillo, entreabrirlo, mirarnos decepcionada. Bebía su vaso de leche. Se guardaba galletas en los bolsillos.

—No toquéis el timbre.

Tía Concha asomaba a la terraza.

—No frenéis violento.

Nos gustaba frenar en seco, y ver la tierra hendida por la rueda.

—¿Has dado las gracias a la abuela por tu bicicleta?

Me sobraban las piernas un poco. Sobre todo, quería una bicicleta grande como la de los otros, en donde había que ir de pie si querías pedalear. El aire te daba en la cara, echaba el pelo atrás.

—¿Por qué coges todo el tiempo la de Ana? Se la vas a estropear para otro año. ¿No tienes la tuya?

—Para ti está de sobra bien, te alcanza perfectamente —dijo Francisca, delante de la tía. Y me di cuenta de que lo decía para agradarla.

—Acompañad a la señorita.

—Si está con sus chaquetas —dijo Clota—. Qué aburrido.

—Total —dijo Francisca—, para lo que hace… Buena gana tienen los señores de gastar dinero. Está siempre trabajando para ella.

—Pobre, necesita ese dinero. Así saca un sobresueldo —dijo la tía—. Hay que tener caridad.

Besó a Clota. Dijo:

—Corre a jugar. Da ejemplo.

Andaba con Francisca arriba y abajo, registrándolo todo.

—Qué desorden, cómo está esto. Cómo se nota que me marché. La pobre mamá…

—La señora no está acostumbrada, como siempre se lo ha hecho todo. Y doña Patrocinio ya… Parece otra cosa desde que la señorita está —la

sonrisa untuosa en la boca blanda, grande; la cara ancha y fofa, ladeada—. Hasta está más guapa.

—Tiene usted que ocuparse, Francisca, cuando no estoy.

—No se cuida, ya sabe. Tan abandonada. Para rizarle el pelo por las mañanas con la tenacilla. «Deje, así está bien». Se ponía cualquier cosa. «Pero a los señoritos les gusta que se arregle». Como si la llevase una al martirio.

—Y en las cuentas, las cuentas…

—No las repasa nunca. Se las lleva doña Patrocinio; yo creo que ni las ve.

—No puede ser, se lo he dicho al señorito, no puede ser. Francisca, cuando yo no estoy usted tiene que procurar…

Estaban revisando los armarios, en el piso de arriba. Clota y yo ayudábamos a doblar las sábanas.

—Tomasa se llevó sábanas de casa.

Tía Concha se volvió.

—Se lo dijo doña Patrocinio a la señora, y la señora dijo que bueno, que se las llevara.

Bajaba la voz acercando mucho la cabeza a la tía. Las encontraba siempre secreteando, se callaban al verme; tía Concha alzaba mucho las cejas, escrutándome, y Francisca con su mirada turbia.

—¿Y ésta, qué tal se portó en Navidades?

Francisca se alzó de hombros.

—No le hizo ninguna compañía a la señora. Todo el día por ahí.

—¿Por dónde, por ahí?

Suelta…

Tuve ganas de decir: «¡Mentira!». El corazón me latía en la garganta.

—Pobre mamá.

Me acordé de aquel silencio, confortador como una entraña, en donde habíamos dejado pasar quince interminables días, entendiéndonos. Me pareció que me dejaban sin nada, que me quitaban aquello.

—¿Esa manía de que Tadea duerma abajo, de quién salió?

Francisca tardó un momento en responder:

—Cosas de doña Patrocinio.

—Podía estar aquí perfectamente con su prima, con Patro. Además, que esta niña no dormía bien.

El cuarto, por la noche, era como volver a mí misma. El cuartito pequeño, la cama, el lavabo junto a la galería. A un lado, la abuela; al otro, tío Juan. A veces le sentía llegar, de noche. Pensaba: «¿Y si le llamara?». No me atrevía. Atenta, escuchando sus pasos cautelosos para no despertar a su madre. Dentro ya de su cuarto pisaba fuerte, oía su ajetreo, pared por medio. Pasaba la luz por debajo de la puerta, una raya de luz. Me dormía, con una sensación de compañía.

(—¿No puedes venir más temprano, Juan? No descansas bastante).

Me despertaba no sé qué. Quizás había sido el frenar del coche frente a la entrada. Entre sueños pensaba: «Tío Juan que vuelve». A poco, sus pasos sigilosos más fuertes al pasar ya delante de mi cuarto. Atendía. En el silencio de la noche se percibían clarísimos sus movimientos. Se desnudaba, dando vueltas por el cuarto, a veces se detenía a la mitad, distraído; «ahora se quita los zapatos, ahora en la cama». Su tos. «Está fumando». Tardaba en apagarse la raya de luz bajo la puerta.

OceanofPDF.com

IX

Tío Andrés llegó en la segunda mitad de agosto. No se dio cuenta cuando le besé. Estaba fuertemente tostado, calvo.

—Mira que sólo quince días… —dijo tía Concha.

—¿Solamente le dan a usted quince días? —preguntó don Luciano.

—He tenido que hacer un viaje de negocios a Alemania.

Tío Juan cortaba la punta de un puro. Le dio el anillo a Clota.

—Se me ha ido la mitad del tiempo.

—Y ahora sólo te quedan quince días para nosotros.

Tía Concha se apretó contra los hombros la chaqueta malva.

—A la vuelta me llevo a Odón. Para que estudie conmigo, hasta los exámenes.

—Ya para eso abrimos la casa.

—No es necesario.

Hablaba siempre tajante, y con una enorme indiferencia hacia los demás; su opinión ponía punto final a los comentarios. Trajo a Odón un faro para la bicicleta, se le podía poner luz verde, roja.

—¿Tomaba usted el sol allí? —preguntó don Luciano—. Está bien tostado.

—El sol de montaña tuesta más.

—Está usted hecho un pollo.

La abuela le miró:

—Tiene muy buena cara.

Nos llevó al mar. Había alquilado una gasolinera y bajamos los tres con él. Esperaba de pie, en el borde del muelle, un marinero con jersey azul oscuro y pantalón blanco, descalzo; llevaba un sombrero de tela blanca, con las alas caídas.

Tío Andrés parecía distinto. No se fijaba en ti, pero tenía un impulso secreto, algo en las puntas brillantes de los ojos, negras y agudas, no buscaba el horizonte con aquella mirada ancha, extendida, de Hilario, sino

que se dirigían certeramente al punto, allá adonde la proa tenía que enfilar. Y al mismo tiempo era como si fuese resolviendo cálculos. Allí, frente a la mar, en la mar, parecía distinto. Llevaba una camiseta de *sport,* azul oscuro, y una gorra con la insignia del club marítimo.

En el centro de la gasolinera estaba el motor, cubierto con una tapa. Hilario la levantaba y acercaba el dedo a los pistones; se secaba las manos, aceitosas y negras, con algodones sucios.

Dejamos atrás el muelle, atrás la ciudad, y enfilamos hacia Pedreña. (No nos acercamos al barco carbonero, pero allí estaba. No era un fantasma ni algo misterioso: estaba en la bahía como estaba la mar). Tío Andrés llevaba el timón, casi no hablaba; sólo explicaba a Odón algo del arte de gobernar una embarcación, o le daba los nombres de los sitios que veíamos frente a nosotros. Era como un paisaje desenrollado: cerca aquello que veías desde la huerta, a lo lejos.

Buscó una ensenada, un laguito entre peñas bajas, y paró la embarcación.

—Eche el ancla aquí.

Estaba el agua tan transparente que la vi bajar, morder la arena, enclavarse; tan transparente en aquella calma que veíamos en el fondo huir los cangrejos, espatarrados. Lanzamos el cordel lleno de anzuelos con carnada en cada uno, un pingajito rosado colgando. Solíamos pescar con muergas. Tío Andrés con su cordel a pulso, inclinado hacia el fondo, inmóvil, para que no recelaran. No quería que habláramos, y veías acudir a los cámbaros y engancharse en el cebo. Se escapaban torpes cuando Hilario los soltaba en los cubos. Tenían unas tenazas pequeñas que mordían, pinchaban.

—¿No pescas?

El agua transparente, maravillosa, las arenas del fondo, tan finas. Parecía tan cerca.

—Aquí no se hace pie. Si te caes, te ahogas.

Quince días extraordinarios, pendientes de la salida a la mar. Callada, sin molestar, para que me dejaran ir. Nos hicieron unos trajes de baño iguales a Clota y a mí, con el cuerpo rojo y la falda azul, y sobre el pecho la inicial de nuestro nombre en una banderita sobrepuesta. (¿Cómo se pondría

«Te quiero» con banderas?). Nos quitábamos los trajes de cretona floreada, abotonados delante, en cuanto nos hacíamos a la mar. Odón se dejaba caer el pantalón y se sacaba el jersey por la cabeza. Tío Andrés sólo se quedaba en traje de baño cuando varaba la embarcación en el Puntal.

—A darnos un cole.

Nosotros ya en la playa, y él desvistiéndose. No sabíamos nadar. Entraba en el agua porque me gustaba estar. El agua en torno mío, aquella frescura, aquel ancho espacio, la ciudad enfrente, enfrente la playa de la Magdalena, casi vacía, más alto el Hotel Real; a la derecha, Palacio, con sus múltiples techos picudos. Verlo desde allí era verlo de otra manera, lo mismo que si pudiera verme yo desde fuera también. Me gustaba la novedad de tumbarme sobre la arena, sentir el roce suave y tibio de la arena en las piernas, en los brazos. La arena caliente y seca que olía amarga. Apoyar la mejilla sobre los brazos cruzados y a lo lejos aquel vapor, aquella calina.

—Te quedas como atontada.

A Clota le gustaba hacer algo, jugar al clavo en la arena húmeda, túneles, juntar conchas. Odón se tumbaba boca arriba y tío Andrés con la gorra tapándole la cara, el vientre sobre las piernas cortas, esmirriadas, no eran las piernas rollizas de Odón; por el escote ovalado de la camiseta del traje de baño le asomaba un tufo de pelo negro y lacio.

Las piernas nos ardían, rojas de sol, cuando llegábamos a casa; escocían la espalda, la cara, tirantes del sol y del fuerte aire marinero.

Despegábamos de la playa. Nos sentábamos con las piernas colgantes hacia fuera. Los pelos de Odón con el sol parecían rubísimos. Nos salpicábamos con el agua.

—Estáte quieta.

Pasada la punta de la Magdalena, la gasolinera se balanceaba. La isla de Santa Marina, aquel faro pequeño, a merced del oleaje y de los vientos.

—Las piernas dentro. Vamos a pasar la barra.

Parecía hallar placer en aquella navegación, silencioso. Pasábamos y veíamos muy de lejos la primera y la segunda playa, Cabo Mayor avanzando en la mar. Íbamos hacia él, le rodeábamos. Hilario se ponía de pie, alerta, oscilaba su cuerpo con la embarcación. A veces, saltaba a proa.

—Peso delante.

—Delante todos.

—Os vais a poner buenos —decía Hilario, riéndose entre dientes.

Era una mar gruesa, de lomo levantado; dábamos la vuelta, y entonces se movía más, nos cogía la mar por banda, pasaba por encima de nosotros, a trallazos, se estrellaba contra nuestro costado. No podíamos hablar con el agua escurriéndonos por la cara, segándonos el aliento, azotándonos súbita, chorreándonos el pelo. Tío Andrés maniobraba con precisión. Otra vez la segunda playa, la primera.

—No. ¿Volvemos ya? —decía Clota.

La península de la Magdalena, la Horadada, nos acercaba hasta las escalerillas del muelle, siempre resbaladizas, chapoteando el agua contra ellas; a la altura de la Horadada nos habíamos vestido.

Tía Concha bajó con nosotros. Llevaba una blusa blanca con chorrera y la chaqueta azul marino sobre los hombros. Tío Andrés saltó el primero y le tendió la mano. Se sentó a su lado. El viento en la cara pareció molestarle, la desgrañaba. Se puso un sombrero de paja de anchos bordes.

—¿No te quieres tostar, mamá?

—No, hija mía. Tengo el cutis tan blanco…

Se quitó la chaqueta de los hombros y llevaba mangas hasta el codo; extendió los dos brazos sonriendo. Tío Andrés, absorto en su punto de mira.

—A ver yo.

Clota juntó su brazo al de su madre; mórbido y negrísimo, parecía sucio junto a la piel de tía Concha.

En la mar llegaban sus voces distintas, como si tuviesen otro tono o estuviesen hablando desde otro sitio, con una resonancia hueca. El ruido del motor, el silencioso avanzar de la quilla, abriéndonos camino en las aguas, aquel sol duro, la fuerte brisa al navegar —me sabía el brazo a sol y a un regusto de sal, me olía a calor del sol— y los arenales. Íbamos a proa, los tíos detrás, tío Andrés al timón. Tía Concha le hablaba animadamente, y él contestaba con monosílabos, sin mirarla. Desvié la vista. Sentada sobre la cubierta a proa, apoyándose sobre un rollo de cuerda.

—En los bancos, tranquilas —dijo tía Concha—. Eso no son posturas.

No era lo de todos los días.

Intentó pescar, y daba gritos y llamaba a los chicos. Tío Andrés inclinado sobre su cordel, con calma.

—No habléis. Se ahuyentan.

Tía Concha se rió, hizo un gesto de pillada en falta.

—Aquí, aquí, Odón, que se me escapan.

—¡Pero cállate de una vez! No hay forma.

—¡Andrés!

—No hay manera de pescar. ¿No ves que te oyen?

Al fondo del agua transparente la desbandada torpe y despatarrada de los cangrejos. Tía Concha dijo:

—No te preocupes

apretando los labios, y se vino a nuestra banda. Soltó el cordel con sus cebos al fondo, pero no miraba si picaban o no. Dejó el cordel quieto, con su plomada.

—Que han picado, señorita, cobre el aparejo.

Sacó el cordel repleto, con cara de asco, y miedo a que la pincharan e Hilario le desprendió los cangrejos y los echó en un cubo. Volvió a asegurar la carnada. Olía a podrido.

—Deje, no pesco más.

Se estuvo así debajo del sol, con su sombrero de alas que nunca le había visto y le hacía la cara más delgada. Se tapaba los brazos con la chaqueta. Con su blusa deslumbrante de blanca… Fuimos al arenal.

—¿Aquí os bañáis? ¿Los niños? ¿No es expuesto?

—Esto… No pasa nada —dijo Hilario—. Estoy siempre a la mira.

Varó la gasolinera en la playa. Apagó el motor, poco a poco, acercándola, y después corrió, ligero y hábil, por aquel estrecho pretil, con un remo en la mano, clavándolo hacia atrás a una banda y a otra; la gasolinera avanzaba; así hasta que sentimos entrar la quilla a la arena, con aquel raspón prolongado.

—Todos a una no. Uno por uno.

El agua nos cubría los pies, al saltar.

—A ti te ponen una tabla para que no te mojes.

Se quedaron en la gasolinera mientras el tío Andrés se desvestía y tía Concha se quitaba las medias. Bajó con playeras blancas por el tablón,

agarrada a la mano del tío Andrés, que, en la otra, llevaba un almohadón de lona para ella. No se echó, sino se estuvo sentada, con las piernas extendidas, rectas.

—Nada de tumbarse —advirtió—. Os bañáis o estáis sentadas.

Tenía las piernas muy blancas y le azuleaban venas por las pantorrillas. Nos fuimos al agua. Tío Andrés nadaba, alejándose. El día era tan puro.

—¿Va a venir siempre ahora? —preguntó Odón—. Menudo incordio.

Nos quedamos callados, mientras Hilario le gritaba, con el sombrero blanco terciado sobre un ojo:

—¡A ver si aprendes a nadar, chaval! Te estás ahí como una señorita.

Me volví a mirar hacia la playa.

—Mojarse —repetía tía Concha—, mojarse la cabeza.

Me agaché en el agua, con aquel frío súbito. Miré hacia ella y la vi sola, con su blusa flamante y su hermoso sombrero.

Al ir a embarcar se quitó las playeras; apoyándose en Clota, dijo sonriéndose:

—Me voy a mojar los pies.

Entró sólo hasta el borde.

—¡Qué fría! ¡Está helada!

Y se apretaba las faldas contra las piernas.

—Fuerte marinera —se reía Hilario.

Tío Andrés dijo, en bajo, frotándose un brazo con la mano:

—¿No ves que te estás poniendo en ridículo? Sube.

Ella se quedó un momento más, quieta, con el agua hasta los tobillos, mientras los demás subíamos haciendo palanca con la cintura sobre la borda. Tío Andrés esperó a que ella se decidiera. Hilario aguantaba el tablón con un pie y le tendía la mano, riéndose. Tía Concha la agarró y entró en la barca. No salimos a alta mar. A poco de arrancar, tía Concha se metió del todo la chaqueta.

—Hace frío

y tenía mala cara.

—Volvemos, si quieres —propuso tío Andrés.

No contestó, con la cabeza inclinada hacia el agua, protegida por las alas del sombrero. Pero tío Andrés viró y nos llevó al muelle.

Bajó dos veces más y ya sabíamos que no valía tumbarse sobre los cordeles, o en la proa, o sobre la arena, o estarse de pie en el agua. Dijo:

—No me gusta que los niños pasen delante de la playa.

Tío Andrés no debió de oírla; le habló alzando más la voz:

—Odón ya está en edad de fijarse.

Pasábamos a tanta distancia que la gente resultaba absurda y como vista desde los antípodas, nosotros en la mar, ellos en tierra. Hormigas monstruosas agitándose. Sí, eran buenas las dunas desiertas, no tener cerca a nadie, aquella sensación de arenal surgido de las aguas para nosotros.

—Por la tarde —dijo Odón— no se puede estar aquí. Cubre todo esto la mar.

Dije:

—No es posible.

—¿No ves la raya de la arena húmeda? Pues hasta ahi ha subido hace bien poco. Por las tardes, queda poquísimo.

Aquel insondable misterio de que sobre nuestra arena hubiese mar ayer, y quizá peces, todo el secreto de la mar. Por la noche… Por la noche la sombra y el agua cubriendo la arena que pisábamos, en que nos envolvíamos. Había huella de algo, de misterio, por aquello que había sucedido durante la noche, por aquella playa sumergida y vuelta a nacer de las aguas todas las mañanas para nosotros.

La gasolinera, que había quedado en seco, empezaba a flotar levemente, a enderezarse.

—Está subiendo la marea.

—No te quedes dormida, tú; recoge tus cosas, que sube la marea y se las lleva.

Mis cosas eran el gorro blanco para el sol y una toalla.

Qué susto, volverse y el agua tan cerca. Qué sopor levantarse.

Tío Andrés con la cabeza sobre el albornoz doblado, la gorra cubriéndole la frente, los ojos cerrados, las piernas en compás, tendido encima de la arena, con los brazos caídos a los costados, no daba la sensación de dormido, sino de concentrado.

Se ponía de pie, sacudiéndose la arena, y decía:

—Vamos.

Nos llevaba a la mar, al viento, a mojarnos. Soltó a Odón en la bahía para que aprendiese a nadar. Mandó parar el motor, y le dijo:

—Aquí mismo, vamos.

Y Odón dijo:

—Pero si no me importa…

Vi la mirada dura, firme del tío Andrés.

—Que no lo repita dos veces.

E hizo una seña a Hilario para que le empujara. Él no se había quedado en bañador, todavía. Vio caer al hijo haciendo ¡plaf!, yo miraba con horror, Clota se mordía las uñas; emergió su cabeza ciega —los pelos sobre la cara—, manoteando; tragaba agua.

—Quieto, tranquilo. Cierra la boca. Cierra la boca, respira por la nariz. No te hundes. Ya saldrás.

El chico vino a-agarrarse a la borda, y tío Andrés, con mano segura, le desprendió y le soltó de nuevo.

—Ale, eres un chico. Una brazada larga, primero un brazo, después otro, respira fuera del agua.

Odón moviendo los dos brazos a una, y las piernas, desesperadamente.

—Está bien por hoy.

Hilario le ayudó a subir. Nos puso perdidas, chorreando. Tenía la carne de gallina y castañeteaba los dientes.

—Mañana lo harás mejor —dijo tío Andrés—. Así empecé yo.

Odón, con los labios morados, se secaba la cabeza con la toalla.

—Ponte a proa, te secas en seguida.

Odón callado, con el rostro descompuesto y el sol encima, con la fuerte brisa. Cuando llegamos al Puntal, dijo:

—No me gusta nadar.

—Cállate, papá te está oyendo.

Nos echamos sobre la arena.

—¿No te bañas hoy?

—No.

De bruces, con la cabeza hundida entre los brazos, no se movía. Clota se puso a hacer la plancha. Se parecía a su padre. Le salía la tripa.

Volví junto a Odón que estaba boca abajo, inmóvil. Con el pie desnudo, muy abiertos los dedos, le dejé caer un reguero de agua sobre la espalda. Dijo:

—Idiota.

Me agarró por el tobillo y me hizo caer. Se me llenó la boca de arena. Me golpeó con el puño cerrado, como si me machacara. Clota estaba en la mar, y tío Andrés también. Fue tan fuerte que se me saltaron las lágrimas.

—Venga, ahora llora, para que se entere papá, quejicas.

Dije:

—No lo puedo remediar. Me has dado en la espinilla con la nariz.

Cogió su toalla y se fue más lejos.

OceanofPDF.com

X

Después de aquello el verano se hizo infinito. Nos quedamos solas Clota y yo.

(—No es propio de ti).

Las palabras de tío Andrés, calmosas. Estaba abierta la puerta de su cuarto, era el último día de mar, y mientras se mudaba, tía Concha había subido con él. Yo iba hacia mi habitación para quitarme el traje de baño. Por la puerta abierta vi a tío Andrés sin la camisa de *sport*, y en la espalda la señal ovalada de su bañador.

—… ni derecho a quejarme.

Dijo seguro, frío, como había tirado a su hijo en la bahía:

—No. No hay motivo.

—Ya se sabe, yo para ti… Andrés, te estoy hablando.

—Lo mismo de siempre. Ya estamos como siempre.

Dijo:

—Me hartas.

Entré en mi cuarto, sin cerrar la puerta. Quería oír más, pero no llegaban las voces, al propio tiempo deseaba no enterarme. Pensé: «También tía Concha». La miré rápidamente ese día, al entrar en la terraza, y al tío Andrés, pero nada denotaban: ella, con su labor, y él revolviendo el café con calma, sirviéndose el coñac con calma, bebiéndolo a sorbos, con el pulso temblón. Creí que no iban a dirigirse la palabra, pero tía Concha le dijo, sonriente:

—A ver cómo os arregláis los dos hombres solitos en Madrid.

—Nos vamos a asar —dijo Odón.

—No, hijo. Ya ha pasado lo peor; en septiembre ya el calor se tolera. Voy a llamar a Eugenia para que se entere bien de tus exámenes, no se te vayan a escapar.

Explicó a la abuela:

—Es tan eficaz. No sé qué haría Andrés sin ella.

—¿No te fastidia irte ahora? —preguntó Clota.

—Hay que trabajar —contestó su padre—. Odón es un hombre y no puede vivir sin trabajar.

—¿Y usted por qué no va con ellos, Concha? —dijo don Luciano.

—Concha se queda para acompañar a su madre.

La abuela le miró, con sus ojos inexpresivos, celestes.

—Pero si su madre está bien acompañada…

Se rió con la cara sofocada, se ponía así después de comer, tan arrebatado.

—La acompañamos todos. Más falta le hará usted al marido.

Tía Concha dijo, violenta:

—Ya dejé todo bien organizado. Está todo dispuesto.

Había tensión en el aire, lo notábamos.

—Los hombres pronto se acostumbran a estar solos —se reía don Luciano, paladeando el coñac. Estaba respaldado contra la butaca de mimbre, y se había abierto la tirilla de la sotana. Las venillas rojas de las mejillas se le ponían amoratadas.

—En la capital, en verano, ¿eh, Andrés?

—Por Dios, don Luciano…

Tía Concha hizo una seña a Clota para que se llevara el coñac.

—Llévate la bandeja, hija, ocupa tanto. Ya hemos tomados todos café.

—Está bebiendo don Luciano —advirtió la abuela.

—Pero se le deja aquí su copa —dijo, amable, tía Concha.

Y puso sobre un platillo la copa casi vacía de don Luciano encima de la mesa.

—Llevadlo entre las dos.

En la cocina, Tomasa se levantó de la mesa y nos la quitó de las manos. Se echó a reír.

—¿Qué? ¿Ya hemos empinado de más?

Obdulia comentó:

—La señorita Concha se lo tiene racionado, me mira a mí mientras le sirvo el vino en la mesa.

—Se va del seguro en cuanto la empina.

Odón venía por el pasillo a nuestro encuentro.

—¿Os habéis fijado en don Luciano, qué modo de meter la pata?

—¿Por qué? ¿Qué decía? —le preguntó Clota.

—Hasta el cuezo —Odón rió con los labios cerrados, con aquel ojo que se le desviaba—. Y encima se puso a hablar de años.

Clota rió también.

—¿Te acuerdas qué tapujos el día de su cumpleaños? Le supo a cuerno quemado que papá nos dijera que eran cuarenta.

Nos reímos. Odón dijo:

—Se plantó en treinta y nueve. Pero papá dice que no la va.

Clota sonrió, condescendiente:

—A la pobre no le gusta ser vieja.

—¿Se creerá que no lo sabíamos que eran cuarenta años? Se creen que somos tontos.

—Los niños no se enteran —remedó Clota.

Reíamos.

—… y Ana le había pasado la cuenta al día, buena es Ana.

Decíamos «cuarenta años» como algo despegado de nosotros, definitivo y sin realidad.

—Papá la toma el pelo.

También tía Concha era vulnerable, lo sentí. (Las palabras, la expresión con tío Andrés).

Vimos a Odón llorar, a la salida del cuarto de sus padres, y tenía las orejas encarnadas.

—¡Vago! Por ahí no paso. ¡Inútil!

Tío Andrés zarandeándole.

—¿Ahora nos sales con ésas? ¿Qué has hecho en todo el verano? No intervengas, Concha.

—¿Pero por qué no estudias? ¿Por qué no estudias?

Lo sacudía y Odón lloraba.

—Acaba. ¿Me has oído? No me gustan los blandos.

—No en la cabeza…

—¡Cállate!

Clota y yo mirábamos desde el vestíbulo que daba a mi cuarto. Clota se mordía las uñas.

Odón dijo, sorbiendo:

—Pero si no sirvo.

—¿Cómo?

—Andrés, por Dios…

—¿No sirves?

—Me lo dicen todos, no sirvo, no me entran los libros.

Le cruzó la cara de una bofetada. Otra. Otra. Se le iba la cabeza para los lados. Lo hacía tan medido, tan calmo, con una fuerza seca, daba frío. Nos metimos en mi cuarto. Nos sentamos sobre la cama. Clota dijo:

—Se la ha ganado

pero parecía temerosa. Sentimos al chico cruzar por delante de nuestro vestíbulo.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? Andad listas, tu padre ha reñido a Odón.

Tenía los ojos brillantes, parecía escalofriada. Dijo:

—Nadie le quiere más que él.

Besó a Clota, la estrechó contra ella. Dijo:

—Cada vez que tiene que castigarle, sufre. Es el primero en sentirlo. Algún día lo comprenderá. Algún día agradeceréis a vuestro padre…

Odón callado, con los labios prietos y la mirada huidiza.

—Te cayó buena —le dijo Clota.

—¡Mema!

—Si me pellizcas se lo digo a mamá.

—Se lo digo a mamá. Se lo digo a mamá… ¡Perderos de vista!

—¿Pero por qué no estudias? —le preguntó Patrocinio cuando estábamos en la mesa. (Le habían castigado sin comer en la mesa grande.)—. Tu padre, que vale tanto…

Francisca, cuando subíamos por las escaleras de servicio hacia nuestros cuartos, se metió con él.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?

Estaba con la cara roja, salía de la cocina; le hizo cosquillas y Odón se agitó, retorciéndose.

—Ya sé lo que te pasa, ¿eh?

Odón se reía a la fuerza, agudo, doblándose por las cosquillas.

—Suéltale, que le oyen en el comedor.

La cara trastornada de Francisca. Dijo:

—A éste no le gusta trabajar, le gusta tumbarse sobre la cama, al señorito. Horas y horas sobre la cama.

Obdulia dijo:

—No le hace falta, con el dinero que tienen.

Clota comentó, mientras subíamos:

—Qué pesada, Francisca, siempre haciendo cosquillas.

—Un día le sacudo una torta.

—¿A una mujer?

Odón sacó la lengua a su hermana. Se apretó el cinturón, remetiéndose la camisa.

—Qué bien, desde mañana sin chicas.

—Qué bien, desde mañana las clases —remedó Clota—. ¡Suspendido!

Vino a buscarme al día siguiente para despedirme de ellos.

—¿No vienes a despedirte de papá? Se van ya.

Estaban en el pasillo, y Rosendo bajaba las maletas al coche. Tía Concha les metía prisa.

—Hay tiempo de sobra —dijo tío Andrés con calma. (Tenía de nuevo aquel rostro que le había visto en la mar, relajado, absorto en un derrotero fuera de nosotros. Le besé, pendiente él de sus maletas, dando órdenes, y a Odón, que me hizo una mueca).

El infinito verano de septiembre. Las bicicletas, el estudio de la mañana sin retener la lección; solamente el libro abierto delante de mí.

—Estas niñas, no sé a qué viene la señorita, todo el día entre las personas mayores, enterándose de lo que no deben. ¿Pero es que no sabéis jugar?

No nos mirábamos después, como si cada una ahondase en sus propios descubrimientos.

—¿Por qué no les acompañó usted, Concha? Mire que se lo dije. Las niñas quedan bien aquí, con la abuelita —dijo don Luciano.

—Mi madre… tengo que acompañarla.

—Los hombres solos, en Madrid. Aunque el que la quiere hacer…

Se rió, con sus ojillos maliciosos, se le sacudía la tripa. Tía Concha nos miró, rápida.

Por Dios, don Luciano, qué cosas tiene.

Y nos señaló con la aguja de punto que tenía en la mano.

—Ya. Ya. Pero un hombre en buena edad nunca está solo.

—¿No vais a los plátanos, niñas?

Tía Concha se puso de pie, recogiendo las mangas de la chaqueta contra sí.

—Y con dinero, ya se sabe.

La abuela le dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que no tiene usted notiuas de su casa, don Luciano?

Tía Concha salió con nosotras, nos acompañó hasta la escalera del jardín, llena de tiestos con geranios rosas. Se quedó mirando cómo nos alejábamos. Se apretaba las mangas colgantes de la chaqueta contra el pecho.

OceanofPDF.com

XI

El final del verano, acortándose los días; lloviendo.

—¿Y qué madres tenéis en el colegio? —preguntó tía Concha.

—La Prefecta —me sacudí de hombros.

—Tanto como eso ya sé, como comprenderás. Tienes una manera de contestar… Vale muchísimo la Madre Ulía, una persona de mundo. Os enseñará a comportaros.

—Pues estás lo mismo que siempre —dijo Clota—. Al principio me pareciste cambiada, más seria, más mayor.

—Tiene un gran aire, vuestra Prefecta, ¿te acuerdas de que te lo dije, mamá? Es de una gran familia.

—Lo bueno de esa Orden es que son señoras —dijo la abuela.

—¿Qué niñas van?

—¿No te sabes los nombres?

Dije:

—Somos tantas.

—¿Tantas? Si sólo erais once internas, me dijo la Superiora… No te fijas en nada. Pasas por los sitios sin pena ni gloria.

Se volvió a la abuela.

—Tiempo perdido con ella, no aprovecha. Creo que va la de Piqueras, ¿te acuerdas, aquel indiano que se casó con una mejicana muy rica, que está con Andrés en un consejo? ¿No te acuerdas…? Vino en todos los periódicos.

Se inclinó hacia ella y cuchicheó. Después dijo:

—En Madrid pasa lo mismo, pero como son más se nota menos después. Aunque Tadea, no importa. ¿Te has hecho amiga de alguna, al menos?

Dije:

—No.

—No sé por qué lo pregunto. Eres incapaz de hacerte amiga de nadie. No quieres a nadie, no te importa nadie.

Veía el jardín, con el sol apagado sobre el césped. No me importaban nada las palabras de tía Concha, no tenían que ver conmigo.

—Ni nadie te quiere, por lo visto.

Me mordió el corazón; me dolió oír que nadie me quería.

—Ninguna te ha llamado, ni han venido a verte. No he visto a nadie igual.

Pensé: «Si son todas así. Si es sólo allí. Si es distinto». No se podía explicar. Pero me sentí fuerte porque creían que no quería a nadie, era casi como no querer. Pensé: «No quiero querer a nadie».

—… están siempre llamándose, saliendo juntas, ¿verdad, Clota?

Dije:

—Son externas.

—Nos ponemos de acuerdo en el coche.

—Y no te has acordado de escribir a ninguna, hija. No quiero que seas así, no copies lo malo. Quiero que seas sociable, cariñosa. El día de mañana te harán falta las amigas, te llevas tanta diferencia con Ana.

—Si soy amiga de todas.

—Pues escríbeles, anda, ponles dos letritas ahora que vas a volver Tú ni a Ana, ¿verdad?

—¿Estará ya Ana buena cuando volvamos?

Tía Concha saltó:

—Si no está mala, lo sabes de sobra. Te lo hemos dicho mil veces, es que se cuida. Además, como es la mayor, tiene que acompañarme.

Hice un esfuerzo para acordarme de Ana. En el pozo, sentada sobre los mirtos, columpiando las piernas, la cinta ancha del pelo que se echaba atrás con un gesto suyo propio, repetido, un traje especial, de cuadros amarillos y blancos, los granos de la barbilla y de la frente, que me había pegado allí, que me dolía, pero sus ojos o su boca no podía recordarlos, ni sus rasgos precisos. Sí, tenía unas cejas muy derechas, prolongadas. La hacían caso hasta las muchachas. Era todo más tranquilo con Clota, pero mejor con Ana. Se sentaba en la terraza con los mayores, o echada en la tumbona, me

decía cosas hirientes, siempre acertaba a hacer daño, pero a veces me participaba secretos, nos sentíamos cerca.

—Ya una mujercita de catorce años. Es como una persona mayor. Da gusto con ella.

—Tengo ganas de verla —dijo Clota—. ¿Estará muy mayor?

Tía Concha rió:

—En tres meses… ¿Tienes ganas de verla?

Y besó a Clota, que se apoyaba en el brazo de su butaca.

—Me gusta que estéis unidos los hermanos.

Yo me fui la primera, el uno de octubre; me despedí la víspera porque había que madrugar al día siguiente.

—Bueno, hasta el verano que viene. A ver si aprovechas bien la educación que se te da. Algún día agradecerás a la abuela…

La besé.

—¿No quieres nada para tu prima?

—Recuerdos.

La besé, y ya no la tenía miedo.

—¿Te vas mañana, chiquilla? —Tomasa salió a la puerta de la cocina cuando iba a subir por la escalera—. No te hemos visto nada. ¿Te has despedido de Pura?

—Dile adiós de mi parte.

Me dio dos besos sonoros.

—Hasta las Navidades, hija, que estaremos sólo los de casa; qué bien.

—A ser muy buena —masculló la abuela—. A aprovechar el tiempo.

La besé en la frente, cerca del pelo blanco rizado. Se apoyaba en el brazo de Francisca, a la puerta de su cuarto. Al andar se apoyaba siempre en tía Concha o en Francisca.

—Recuerdos a la Madre Superiora.

Sabía que era un decir, no la vería nunca. Pero la abuela no estaba enterada.

Clota me había dicho:

—Adiós, chica. A la cárcel…

Entré en mi cuarto. Me despediría de tío Juan. Le diría adiós. No tener apuro. «Quería decirte adiós». Esperarle. «Me voy mañana». No me voy:

«Me vuelvo». Me daba tiempo a dormir un poco, pero pendiente de alcanzarle antes de que traspusiera su puerta. Me desperté, salté rápida del lecho.

—Tío…

Se volvió al oírme, estaba a la altura de mi habitación y la luz de nuestro vestíbulo común encendida. Le eché los brazos al cuello, me empiné para besarle, su brazo derecho me rodeó. Fue él quien preguntó:

—Hola. ¿Qué haces tú aquí?

a media voz, venía un poco despeinado, más íntimo. La voz grave, algo ronca, sólo para mí.

—Quería decirte adiós.

Estaba frente a él, descalza. Pareció contento.

—Me voy mañana.

Me dio un golpecito en la cabeza y la acercó a sus labios tan calientes. Me besó en la frente. Dijo:

—Anda, a la cama.

OceanofPDF.com

XII

Me pareció, simplemente, al volver, que un paréntesis se cerraba. Me hallé, en mi uniforme, en filas, en los corredores y los largos pasillos y hasta el vago olor del colegio me resultaba familiar: me hallaba en él. No olía a nada. Era ese oler a nada lo que le daba su particularidad. Olía, quizás, a refregado, a limpio, a cera de velas y del suelo, en el piso bajo, donde los recibidores y la capilla.

El olor acre, a nada y a acre, de los velos y los hábitos. La Madre Azpiazu olía algunas veces a sudor; nos parecía inmunda porque olía. En el jardín no había flores ni árboles altos, ni arbustos, nada que fuera frondoso o exuberante; había setos de aligustre, tierra apelmazada cubierta por una arena sin brillo, sin chispas, suelo de cemento bajo la marquesina. Las rocas del estanque habían sido traídas, no nacidas allí. El agua no brotaba ni corría: salía a chorro amortiguado por una tubería de plomo, en el centro del estanque redondo, y se desparramaba a un ritmo igual; había rocas, piedras apiñadas junto a la tubería, fingiendo cuevas pequeñas en donde se guarecían los pocos peces; no eran unos peces vivos y escurridizos y brillantes, sino calmosos, bogando por el agua. De todas maneras, no les gustaba que mirásemos a los peces. Había plantas en el piso bajo, sobre las mesas del recibidor, y en el arranque de la escalera. Eran plantas estáticas, filodendros o palmeras. En los días de asueto, o cuando se enseñaba el colegio a las familias, las había también sobre las tapas de los pianos, y en la iglesia grande en el arranque de las escalinatas del comulgatorio, y adornaban el bajo del escenario, tapando el tablado, en la fiesta de fin de curso o cuando hacíamos teatro.

El teatro era más bien allí lo que llamábamos cuadros vivos, aunque mejor pudieran llamarse cuadros inmóviles. No había que moverse. Cuando se empezaban a proyectar las funciones yo deseaba con todas mis fuerzas que no se acordaran de mí, sobre todo que no tuviese que hacer papel sola, pero luego que, en efecto, no se acordaban de mí, quedaba defraudada y un

poco dolida. Las que iban a representar papeles principales adquirían a nuestros ojos una importancia nueva, especialmente si se trataba de María o de Jesús. El año anterior se había representado la Samaritana, y con asombro miré a Elvira, costándome trabajo reconocerla, aunque sabía de antemano que era ella; con su cabello esparcido, onduladísimo, bajo el manto de rayas de vivos colores, con el ánfora apoyada en la cadera, quieta (supongo que parpadeando bajo el fuerte foco, pero desde abajo no se notaba), para siempre fue la estampa de la Samaritana para mí. Representó a Jesús Margarita Altube, con barba negra. Estaba sentada a la orilla del pozo. Desde abajo mis compañeras cuchicheaban junto a mí. Éramos público las monjas, las antiguas alumnas y las que no trabajábamos.

—La tela del manto es una preciosidad.

—Pero la Samaritana, ¿era pobre?

Después la Prefecta la retrató en el monte, con su túnica y el ánfora, y nos enseñó las pruebas en el recreo del domingo. Pero la copia en negro no daba idea del vivo colorido —azul, carmesí, oro— del manto, ni del brillo mate de la morena piel de Elvira, ni de su boca oscura, ni de su jugosa sonrisa.

También había habido la declamación de Luz, el día de los premios, a fin de curso, sin que pasásemos mal rato por ella, porque a Luz le brotaban los gestos y las palabras de una manera natural, sin sensación de esfuerzo o de nerviosismo, y bajo todos los focos concentrados sobre ella Luz era Luz, por encima de su papel o del verso. (Durante mucho tiempo creí que eran versos suyos, y únicamente sentía un poco de vergüenza y malestar porque los exhibiera en público).

Habitualmente echaban mano de Teresa Alzola, pensábamos que porque era banda azul, pero a poco de llegar Isabel la desposeyó de ella y, sin embargo, Teresa siguió con sus papeles principales. Tenía la nariz larga, con caballete pronunciado, los ojos muy rasgados, la frente bombeada.

—Dijo Madre Hornedo que tenías cara de hebrea. Lo dijo esta tarde.

—¿Qué era la Virgen? —preguntó Teresa.

—Judía —dijo Luz.

—¡No! —Teresa se puso colorada.

—Era judía. Jesús también, ¿verdad, Madre Vergara?

La Madre Vergara no debió de oírla, porque se quedó un poco enajenada, con la boca entreabierta.

Isabel Gauna había llegado el día primero de curso, por la tarde, como yo, y como yo, vestida de paisano. Se hacía rara. Llevaba falda azul marino y blusa camisera blanca; parecía encogida, deseosa de que no nos fijáramos en ella. La Madre Prefecta se quedó en el recreo de esa noche y nadie habló a la recién llegada. Solamente Paz le preguntó:

—¿Vienes interna?

Por preguntar, supongo. Isabel Gauna dijo:

—Sí —muy bajo.

Llevaba medias. No era alta. La colocaron en filas delante de mí, aunque estaba en tercera, más bien delgada, trigueña de tez, trigueña toda. Después buscamos su fotografía para recordarla —se publicó en la revista del colegio el grupo que nos habían hecho a las internas en torno al estanque, y la cabeza de Isabel, señalada con una aspa blanca— y entonces nos pareció distinta a todas (¿cómo no habíamos comprendido?), aunque cuando anduvo entre nosotros era una del montón, no destacaba por nada. Quizá por su voluntad de ser servicial, de llevarse bien con monjas y con niñas, de su apuro precipitado en cumplir las órdenes o las insinuaciones de las Madres, pero al principio todas hacíamos igual. Le dieron la camareta vacía frente a la mía. Durante siete meses la vi por las mañanas a su puerta —no se retrasaba ni medio segundo al oír la palmada—, primero con su medalla de postulante prendida a diario con un imperdible sobre el pecho —en domingo, en lazo azul—, después agarrada a su medalla ovalada de aspirante. No llegaríamos a verla de congregante a Isabel Gauna. Te miraba y apartaba los ojos; daba la sensación de asustadiza siempre. No encajaba lo que nos contaron más tarde con lo que conocíamos de ella (o quizá sí; caímos en la cuenta que podía ser cierto), por eso nos admiró aún más. Anduvo siete meses delante de mí en filas, siete meses convertida para mí en hábito su melena lacia y corta, su cuello blanco, la espalda de su blusón. Fue en lo único en que oí llamar la atención a Isabel Gauna. La mano de la Madre Vergara, apenas una leve indicación:

—Ese pelo…

Porque el pelo sedoso se le escapaba del pasador, le resbalaba sobre la cara. La mano rápida y apurada de Isabel, recogiéndolo. Ya al final la Madre Vergara no decía:

—Ese pelo…

sino lo indicaba simplemente con una mirada, e Isabel se lo recogía. En la iglesia, a mi lado en el banco, me habitué a verla, continuamente remetiéndoselo bajo la goma del velo.

Ya el primer mes tuvo la banda azul, dejó sin ella a Teresa, no sé por qué; Teresa seguía siendo la misma, pero después nos alegramos de que la hubiera tenido todo el tiempo, de que se la hubieran concedido. Debía de tratarse de «espíritu de obediencia».

—Una cosa es obedecer porque no hay más remedio, o porque es más cómodo, o para que la dejen a una en paz, y otra cosa es espíritu de obediencia…

Me lo dijo la Madre Prefecta en su despacho, contemplando mi pecho limpio de bandas. Se sonreía, superior, como si conociese los móviles de mi obediencia, o supiera muchísimas cosas de mí. Pensé: «¿Cuándo desobedezco yo? ¿En qué se nota el espíritu o no?». Pero no le daba ninguna importancia.

—Espíritu de obediencia —su sonrisa irónica— es cuando obedecer es un goce. Sé lo que está pensando; entonces, si es un goce, ¿en dónde está el mérito? ¿Es así…? Es cuando se convierte la obligación en un goce voluntariamente.

Me parecía absurdo.

—Usted está siempre frenada, siempre dominada, pero no por convicción.

Su sonrisa superior, sus ojos taladrándome.

—Muy sobre sí siempre. Pero sólo en apariencia, por evitarse complicaciones. Si le dieran rienda suelta…

Me dijo:

—Puede usted llegar a ser una gran santa, o…

Dejó de mirarme. No pronunció la palabra «pecadora». Dijo:

—… lo contrario.

Me pareció importante aquello. Me puse colorada, pero no sentía que se hablaba de mí, sino de alguien que analizábamos desde fuera, con todos sus tiempos y derivados, tranquilamente.

Era aspirante a ángel desde mayo pasado, y me harían ángel en los días anteriores a la Navidad. Por esto la Prefecta me había llamado.

—No hay nada que decir de usted, sólo que hace las cosas de una manera automática, como sin alma. Y que no es usted clara.

La miré avergonzada. ¿Habría hablado con ella tía Concha? Pero también lo decía sin importarle nada, como podía decir de la mariposa pinchada en la vitrina de la clase de dibujo: Aleas ígnea.

—Digo siempre la verdad cuando me preguntan.

—Ya. No se trata de eso. No se puede leer a través de usted, ¿comprende? Es usted cerrada, tiene cuidado de no traslucir nada de lo que piensa. Porque algo piensa, ¿verdad? Pero buen cuidado de celarlo, de no clarearse… ¿Por qué?

Qué sonrisa irónica, aguda. Era como un estilete, su sonrisa.

—Pasa usted por el colegio, no está usted en el colegio…

Qué injusticia. Me pareció que me apartaban. Me picaban los ojos, pero no quería sacar las manos apretadas dentro de los bolsillos del blusón que sentía frías, pegajosas. Mi colegio… Estaba a gusto, estaba bien. Vivía. Vivir, para mí, era exactamente aquello. ¿Había otra manera? No quería salir de allí, ni ser diferenciada.

—La encomiendo siempre. Ante la Inmaculada.

Apoyó el lápiz «Fáber» negro, que tenía en la mano, contra mi frente; me dijo:

—¿Qué esconde aquí?

«¡Pero nada!» tenía gana de exclamar, «nada en absoluto, lo que ve». Pero sabía que si lo decía iba a pensar aún más que disimulaba, que ocultaba cosas. (¿Qué había que decir, qué había que contar?).

Fue un minuto enorme, tenso. Vertiginosamente procuré hallar las palabras que esperaban, pero no comprendía qué esperaban. La Madre Prefecta suspiró. Dijo:

—Vuelva al estudio.

Debí de salir con la cara hosca y sonrojada, como Margarita. Con un asco profundo de todo aquello.

«¿También por dentro se van a meter? ¿Por qué dentro? Si no pienso nada, si hago las cosas sin intención, sin más. Si soy como las otras, hago lo mismo que todas». Di un golpe con la tapa del pupitre al cerrarlo. La Madre Monleón me miraba fijamente. No me importó. «¿Con qué derecho? No hay derecho». Volví a abrir y a cerrar, y el golpe seco me tranquilizó. La Madre Monleón me hizo señas de que no metiese ruido. «Procuro siempre… No tengo suerte. Me paso la vida procurando hacerlo todo bien. Nadie me comprende». Con el libro delante no veía las letras; un fuego me cegaba, subido de dentro, una indignación sin escape. Me montaba contra la Prefecta.

Por la noche vino a mi camareta, en su visita diaria. No la miré. Tapada con la sábana hasta la barbilla, sentí el roce de su entrada sin volverme hacia ella. Estuvo un momento con la mano derecha apoyada sobre mi almohada, haciendo presión. Sacó el Crucifijo que asomaba por encima de su ceñidor. No me preguntó nada; me miraba. Estuvo mirándome un rato, supongo, porque me sentía mirada. No levanté los ojos, fijos en los pies de la cama. Pensé, ya sin rabia: «Qué tontería. ¿Por qué estoy haciendo esto?», pero ya no podía retroceder. «Si hubiese hecho como las otras noches ya estaba fuera». Fue un silencio interminable, con el vuelo negro de la toca sobre la cama, su mirada persistente. Después, casi sin moverse, acercó el Crucifijo a mis labios, le besé apenas. (No podía negarme al Crucifijo). Dijo con una voz especial, meditabunda:

—Ofreceré las penitencias por usted.

Sentí cerrarse la puerta. El corazón en tumulto. No me importaba nada. Había vencido, había llegado al final. Observé que iba muy ligera en su visita; desde el corredor llegó su voz y era la misma voz que había hablado para mí, alterada:

—Suba, Señor, hasta Ti mi oración vespertina…

No contesté en alto, con todas, pero dentro me brotó automáticamente: «… descienda sobre nosotras Tu misericordia».

Se apagó la luz. Me pareció que no se había ido, que estaba allí —todo, esta noche, sucedía entre ella y yo—, al principio de las camaretas, con la

luz apagada. «En paz. En paz. Que me dejen en paz».

No me di cuenta de cuándo me dormí, pero desperté sobresaltada. Unas palabras habían quedado allí, al calor de mi oído, las encontraba ahora, amplificadas: «Ofreceré las penitencias por usted». Sabíamos el significado secreto de «penitencias»: estaba, de seguro, disciplinándose por mí… Me pareció atroz. Me pareció que no había derecho a imponérmelo. Escuché, en el silencio tenso de la noche, creía oír ruidos, golpes secos, a compás, pero no estaba segura. No. No era nada, rumores de la noche. ¿En dónde dormiría? En el piso de arriba, se entraba por la puertecita junto al cuarto de baño, pero ¿encima de qué? ¿De nosotras? Los cristales estaban pintados de blanco para que no se trasluciera nada, lo habíamos visto por el patio del corredor. De rodillas, azotándose… Me la imaginaba con hábito y todo golpeándose la espalda. «Que me dejen en paz a mí». Pero sentí que aquella sangre en el silencio de la noche —pensé: salpicando la pared— nos unía de algún modo, y un dilatado y turbio consuelo porque sufría por mí, pese a mí misma, porque se desgarraba por mí, por ser yo algo.

Cuando me desperté, a la mañana siguiente, me sentía en culpa.

OceanofPDF.com

XIII

Llevábamos pocos días en el colegio cuando durante el estudio de la tarde comenzaron a sonar timbres seguidos. Al principio ni me di cuenta, pero empecé a notar las cabezas levantadas, y atendí. El timbre seguía desgranando números y números, insistente, fuerte. Delante de mí estaba vacío el pupitre de Luz. La Madre Monleón dio dos o tres palmadas sobre la tapa de su pupitre para que no cuchicheáramos, pero parecía también desconcertada, y algo, súbito, rapidísimo, se propagó en el ambiente del estudio, advirtiéndonos de que un hecho insólito sucedía y de que la falta de orden no iba a sernos tenida en cuenta.

Las niñas llamadas comenzaron a regresar, entre ellas Luz, y se dirigieron a sus pupitres, pero sin sentarse, recogiendo sus cosas. Margarita Altube debió de hacer una seña a Luz, porque se volvió hacia ella y le dijo a media voz:

—Nos vamos.

Y mientras la Madre Monleón golpeaba la tarima, insistió:

—Recoge.

Después se acercó al pupitre de la Madre Monleón, que la miraba con ceño severo y no parecía dispuesta a atender a explicaciones, pero Luz subió las escaleritas hasta la tarima y le dijo algo La Madre Monleón se olvidó de mirarnos mientras Luz le hablaba. Metió de nuevo las manos en las bocamangas y, sin descomponerse lo más mínimo, volvió a llamarnos la atención. Algunas chicas se habían sentado ladeadas en la silla y comentaban con sus compañeras. Nadie miraba el libro cuando apareció en la puerta del estudio la Madre Prefecta, y venía apresurada, tapándose el bajo de la cara con la amplia manga negra. Se dirigió rápida a las escalerillas, se volvió a nosotras, apoyando la mano sobre el pupitre de la Madre Monleón, que se había puesto automáticamente de pie, dando una palmada para que nos levantásemos.

—Las mediopensionistas recojan sus cosas y pónganse en fila. Van a salir.

Miré hacia la ventana. ¿Qué hora era?

—Ligeritas… En orden. Los dos coches juntos.

Se formaron y salieron mientras quedábamos las internas, medio vueltas hacia ellas y desconcertadas. No sé cómo llegó a mí el rumor, ni quién lo dijo. Sé solamente que me enteré, que alguien pasaba la noticia: «Están quemando conventos». Miré hacia las paredes repitiéndome a mí misma: «Están quemando conventos», pero no realizaba lo que repetía, como si fuera totalmente ajeno a nosotras. El estudio sin las mediopensionistas pareció de pronto desierto, brutalmente solitario y enorme. La Madre Prefecta esperó a que el rumor de las filas se apagara.

—Ahora ustedes, en perfecto orden: vayan a sus camaretas, dejen las capas, los cuellos y las bandas… Atiendan bien: pónganse las chaquetas de punto sobre las faldas. De prisa. ¡Todas a las camaretas! Vayan saliendo. Sin alborotar. Ya está todo dispuesto. No hagan perder tiempo.

Salió con nosotras, animándonos con la mano para que nos apresurásemos. Íbamos en tropel, sin guardar fila, desabrochándonos los cuellos y las bandas. Ina preguntó a Luz:

—¿Pero nos vamos para siempre?

—Están quemando conventos…

Miré a la Madre Prefecta y a la Madre Monleón. La Madre Monleón expuesta al fuego parecía más humana, o más bien más sobrehumana, casi mártir. Al pasar junto a la Madre Prefecta algunas niñas le agarraron el ceñidor y tiraban del fleco para llevarse una hilacha. Elvira, que había arrancado varias, se volvió a mí y dijo:

—Toma

metiéndome en la mano aquellas briznas de lana negra. Entramos en las camaretas como si aquello fuese lo último que teníamos que llevarnos de allí, la reliquia. Sobre la cama nos aguardaba la chaqueta de punto negro extendida, con los brazos en cruz. (¿Me esperaban en casa? ¿Qué dirían al verme llegar?). No alborotábamos. Había un afán de ser buenas, de compensar. Íbamos ya hacia las escaleras cuando Begoña se plantó. Dijo en alto, y mirándonos a todas:

—Yo me quedo.

La Madre Prefecta se adelantó:

—Ale, ale.

—Yo me quedo con ustedes, Madre.

Estaba pálida y crispada, y las pecas que le sembraban la cara se le dibujaban, nítidas. Sacaba hacia delante su alargado mentón.

—Ande, no diga bobadas, ande…

La Madre Prefecta le puso una mano en el brazo y la empujó suave y firmemente.

—Pero yo me quiero quedar con ustedes…

Estaba a punto de llorar. Las demás bajábamos rápidas las escaleras después de aquel segundo de indecisión. Oímos claramente la voz de la Prefecta:

—Sin dramas. ¡Rápido!

No parecía satisfecha, sino impaciente o exacerbada. Se puso a bajar las escaleras detrás de nosotras, y podía ser muy ágil y guardar su importancia. No me volví a mirar hacia Begoña porque sentí apuro por ella.

En el pasillo, frente a la puerta de entrada —la puertecita del cuarto del teléfono abierta de par en par— había dos señoras vestidas como doña Asunción, con trajes sastre gris, de largos faldamentos, y con boina. También había familiares de las niñas o muchachas. Luz dijo:

—¿Esperamos, Madre?

Y la Madre hizo que sí con la cabeza, apartándola con Margarita a un lado, mientras a las demás nos animaba:

—Vayan saliendo. No todas a la vez.

La Hermana Mandoegui tenía la puerta de la calle entreabierta. No pasaba un alma. Había coches junto a la acera del colegio, particulares y de alquiler. Estaba —y lo vi con sorpresa— el «Essex» de la abuela, y Rosendo mirándonos, me pareció que divertido. Todo pareció más real cuando vi el «Essex» y a Rosendo, y sentí calor en el corazón porque allí estaba. La Madre Prefecta hizo una seña a Rosendo, que se acercó a la portería.

—Usted lleva a las de Alzola con la Madre Vergara y la Hermana Aralar, ¿verdad?

Eran aquéllas. No tenía tiempo a mirarlas, tiempo a volver de mi aturdimiento, a reaccionar. Se metieron las primeras en el coche, con la cabeza gacha, de prisa. Rosendo sacó el estrapontín para Teresa y para mí, y a su lado subió la pequeña Geni; me miró como si estuviera de acuerdo conmigo en algo; dijo sonriente:

—Conque a casa, ¿eh?

y me pareció que aguantaba la risa. Me gustó su voz, me aferré a su voz.

—Dios se lo pague —dijo la Madre Prefecta.

Y Rosendo:

—A mandar.

La Madre Vergara no hablaba. (Era la Madre Vergara; qué extraña, con su cuello tan blanco al aire y las orejas). Llevaba gacha la cabeza, mirando al suelo del coche. Medio vuelta, para no darles la espalda, observé de refilón su boina calada casi hasta las cejas; parecía tiñosa.

La Hermana Aralar iba detrás de mí. Dijo, con tranquilidad:

—Qué bien que al menos nos sirvieran los zapatos.

Las manos de la Madre Vergara, una sobre otra, tapándose o tocando la alianza, a través de unos guantes de punto. El coche saltaba sobre los baches; no sabía cuáles ni de qué, pero algo chocaba fuertemente contra mi corazón, algo se hundía, se levantaba, se hundía, me baqueteaba.

—¿Nosotras adónde vamos, Hermana? —preguntó Teresa.

—No se preocupen —la voz recia y tranquila de la Madre Aralar—. Ya está todo dispuesto.

La Madre Vergara no se movía y, como fascinada, yo volvía y volvía mis ojos a ella, sin despegarlos, aunque sabía que no debía mirarla así: con los ojos bajos y las manos apretadas movía los labios como si fuera rezando.

Rosendo habría recibido órdenes, porque atravesó la ciudad por los jardines del Muelle —y había gente por la calle y andaban a un paso habitual, niños jugando con tierra en los jardines— y empezó a inclinarse para mirar los números de las casas de la calle de Castelar.

—Aquí estamos —dijo.

Nos bajamos para que pudieran salir las monjas, y la Hermana Aralar cogió a la pequeña Geni:

—Ustedes con nosotras, vamos.

Desaparecieron sin que pudiera decir ni adiós. La Madre Vergara dijo:

—Gracias —a Rosendo, con la voz ronca, sin mirarle.

Me quedé sola en el coche de casa, y olía a ropa guardada, marchita, y yo iba sin cuello y sin banda, se me veía el alto de la enagua por el pico de la chaqueta.

—¿No quieres venir delante?

Fui delante con Rosendo.

—Menudos mamarrachos —dijo, con risa—. Se les nota a la legua.

Se reía, se reía, daba suelta a la risa contenida, con las manos sobre el volante, y el coche rebotaba más.

Yo sentía un tumulto dentro, no sabía por qué, nada había pasado, sólo todo aquello precipitado, pero era como un terremoto que sacude una tierra con todo lo que tiene encima y que abre simas profundas y se traga lo que había: la mirada exaltada de Begoña, su inútil valor, las puertas de las camaretas abiertas, la impaciencia de la Madre Prefecta, y… y…

Yo notaba, sacudida, un sucederse de hechos que no me podía explicar, que no desentrañaba. Y sin razonarlo, aquella sima abierta se tragaba a la Madre Vergara, a la Hermana Aralar, a la Madre Prefecta, al colegio abandonado, desertado, rendido.

OceanofPDF.com

XIV

La abuela estaba asomada a la ventana del cuarto de estar, de pie, con Francisca al lado.

—Llegó —dijo Francisca, volviéndose hacia mí.

La abuela se inclinó para que la besara, y se dirigió, apoyándose en Francisca, hasta su butaca morada.

—¿Hicieron algo en vuestro colegio? —preguntó Francisca—. ¿Y las monjas?

Dije:

—Salieron.

La abuela dijo:

—¡Qué tarascas! —Por primera vez tenía los ojos brillantes, vivos, con la pupila dilatada. Hablaba con una violencia contenida—. Había hasta mujeres entre los incendiarios…

—Mamá, no se sabe nada.

Tío Juan entraba, molesto por las palabras de la abuela.

—Si no podía venir nada bueno…

—Hay que tener tolerancia, mamá. Mamá…

Francisca se eclipsó y tío Juan se inclinó hacia su madre, calmándola:

—Son cosas que pasan, ramalazos. No hay que darles importancia.

La abuela machacaba:

—Contra los Pasionistas —con un rencor insospechado en ella.

—Ya se han hecho cargo las autoridades. No pasa nada.

—No salgas.

La abuela levantando sus ojos brillantes al tío Juan:

—No pasa nada. ¿No ves?

—Pero no salgas…

Tío Juan se encogió de hombros, disgustado.

—¿Qué hicieron las monjas, tú?

«Tú» era yo.

—Salieron —volví a decir.

Añadí:

—Dos vinieron en el coche de casa.

Tío Juan dijo:

—¿Por Maliaño?

Y la abuela:

—Me alegro.

Tío Juan parpadeó de prisa y salió del cuarto.

—¿Visteis algo en Maliaño? —preguntó la abuela.

—No. ¿Qué había?

La abuela me miró y dijo, con aquel reconcentrado furor:

—¡Tarascas!

Fue al día siguiente cuando encontré a Luz por la calle. Bajé con Patrocinio a la ciudad, iba distraída mirando a los escaparates, a la gente con su aire de siempre —me gustaba muchísimo estar en la calle andando, con gente a mi lado que iba y venía, calmosa o apresurada; mujeres detenidas ante las lunas de los escaparates, o charlando a la salida de las tiendas, pero, sobre todo, la gente que caminaba de ida o de vuelta, que iba no sabía adónde, con su marcha habitual—. Pasábamos por delante de la iglesia de San Francisco cuando la vi venir, cruzando la calzada. Tardé un momento en saber que era Luz. Algo vago, familiar, una sensación de conocido que tiraba de mí. Dije:

—Luz…

pasmada ante aquella joven que venía hacia nosotras, distraída, sin habernos visto aún, acompañada por una señora que iba hablándole. Balanceaba en la mano un bolso pequeño, de asa; vestía un traje azul marino de lanilla, ceñido al cuerpo; flotaba hasta la cintura una corbata blanca, floja, casi de marinera. Vagamente me di cuenta de que era esbelta, de que era mujer. No era como yo Luz, con su pecho altivo, medias transparentes de seda y zapatos con algo de tacón que le daban una gracia nueva a su andar. Llevaba una boina oscura, con un escudo bordado en oro en el capirote, y el pelo corto recogido hacia atrás. Pero, sobre todo, aquella ropa escurrida sobre el cuerpo que la hacía aparecer cimbreante y distinta totalmente.

Volvió los ojos distraídos a mí como si me hubiese oído, aunque estábamos distantes. Me sentí azarada porque me viese con mis ropas de casa, pero ella sonrió, con aquella sonrisa que era como una palabra o como su expresión más íntima, y dijo algo a la señora que caminaba a su lado, más baja que ella y regordeta, y también la señora me sonrió vivamente, acercándose a nosotras.

—Tadea… —sonreía—. Mamá, es Tadea Vázquez.

La señora me dio un beso. Dijo:

—Conozco a tus tíos, sobre todo al tío Juan. ¿Por qué no vienes por casa alguna vez? Di, Luz, podría venir con vosotras.

Se volvió a su hija.

—¿Esta tarde?

Se parecía a Luz como puede parecerse a una criatura triunfante alguien vencido, pero tenía los ojos alegres, tranquilos, buenos.

—Está también Margarita en casa, os gustará reuniros, ¿verdad? —hablaba con mucha vivacidad—. Ya verás qué sorpresa…

Luz dijo también:

—Ya verás qué sorpresa. ¿Te espero, eh?

Le dijo a Patrocinio:

—¿La dejarán venir?

Me sentía desgraciada porque iba con Patrocinio. Cuando se alejaron quedé desalentada. (Un hombre, al pasar, había mirado a Luz con insistencia; ella no se inmutó. La miraban por la calle. Un hombre podía volver la cabeza y mirarla).

Me puse a andar más de prisa para evitar los comentarios de Patrocinio:

—Qué elegante, tu amiga. Y tú que llevabas el abrigo del colegio. ¿Cómo vas peinada? A la señora le gustará que trates a tus compañeras del colegio. Conocen a tus tíos, ¿has visto? Todo el mundo los conoce. Iba vestida con primor. Claro que es ya una señorita, una señorita completa. ¿Cuántos años tiene?

Dije:

—No sé —exasperada.

Pensé: «Quinto curso».

—La madre es muy joven todavía, de muy buen ver —(¿Joven, la madre?)—. Y tú te quedaste como idiotizada, parecía que te hubieses tragado la lengua, ¿qué pensará aquella señora? Iban las dos lo mismo que un figurín, ¿te fijaste?

Sí. Me fijé. Era como las siluetas que veía en las revistas, cuando estaba con la abuela en el cuarto de estar, pero nunca había pensado que aquello pudiera tener realidad, que una muchacha pudiera ser aquello animado, andando.

Decididamente, era mayor. En su casa estaba con una blusa camisera azul pálido y un cinturón de cuero muy ceñido, la falda gris se le amoldaba al cuerpo suavemente. Llevaba la medalla de Congregante por encima de la blusa, con su cadena de plata, y sus piernas parecían más delgadas, distintas, con el tacón.

Me había acompañado Patrocinio hasta el portal ante el que nos parábamos cuando íbamos a buscarla o a dejarla en el coche del colegio, y de cerca era oscuro y hondo, destartalado, con desconchados en la pared; había que subir unos escalones, a la derecha, para coger el ascensor, y los escalones no estaban encerados ni muy limpios.

—Patro, márchate. Anda, tú márchate. Yo subo, te lo prometo.

En la pared del descansillo, junto a la puerta, habían borrado cosas escritas con lápiz, y se notaba aún. Había, frente a la puerta de entrada, otra blanca, con cristales y visillos, por donde salió Luz a mi encuentro. Dijo:

—Hola

con acento risueño.

—Vamos al cuarto, ¿verdad? ¿Te quitas el abrigo?

Fue a dejar mi abrigo en la entrada y yo me quedé de pie, con mi traje de lanilla *beige*, en el centro de aquel cuarto tan pequeño. Limpio y acogedor, pero extraño: había un diván-cama lleno de almohadones en una esquina, y tela encima y una balda, y sobre la balda copas de plata de deporte y banderines. Al lado del diván-cama una mesa baja, y después un buró abierto con una silla delante, y encima una estantería suspendida a la pared, de dos baldas, con libros. Banderines a ambos lados de la ventana. No me atrevía a mirar las fotos sobre el buró.

—Es el cuarto de mi hermano Santi, ¿sabes? Duerme ahora Margarita aquí. ¿A que no sabes a quién tuve que dejar el mío?

Dijo:

—A la Madre Prefecta…

Y se echó a reír.

—¿A que no te lo figurabas? Ven. Siéntate aquí.

Nos sentamos sobre el diván, y ella se apoyó sobre los almohadones del fondo, con las piernas replegadas.

—Ponte cómoda.

Dijo, señalándome con la barbilla la foto sobre la mesa baja:

—Es papá.

Me di cuenta de que se refería a un muerto.

No sabíamos de qué hablar.

—Verás, ahora llegará Margarita y nos contará cosas.

Parecía aburrida, sin saber qué hacer.

—Ha acompañado un momento a la Madre Prefecta y a la Madre Azpiazu.

Se alojaban allí, y en casa de la familia de la Madre Hornedo, la Madre Superiora y la Vicaria.

—Margarita duerme aquí. Tuvimos que hablar con sus padres, no iban a venir sólo por esto. A lo mejor se va, si dura mucho.

Las monjas sólo podían andar por la calle o estar en las casas por parejas y ella dormía ahora con su madre —aplastó un almohadón con la mano— en la cama de matrimonio, para dejar sitio a las demás, y habían llevado una turca para la Madre Azpiazu al cuarto de estar y por eso ahora hacían la vida en el comedor. Menos mal que Santi estaba en Deusto.

—¿No conoces a Santi?

Bajó de la estantería la fotografía de un joven —parecía ya un hombre— con las defensas en las piernas para jugar al *hockey*. Se apoyaba en el palo.

—Juega bárbaro. Gana siempre su equipo.

No le miraba apenas.

—Y menos mal que no se le ha ocurrido venir, ¿dónde le íbamos a meter? Estamos al completo.

Luego sacudió la cabeza y dijo:

—Es en broma, claro. Siempre podía ir a dormir a casa de algún vecino. A mamá le gustaría tenerle siempre aquí. Es estupendo, Santi.

Botó sobre el diván con una elasticidad sorprendente.

—Ahí está Margarita

y salió a buscarla.

Me sentía torpe, idiota, desolada. Oí sus risas y exclamaciones, y después Luz bajó la voz; pensé: «Están hablando de mí», y me pareció que hubiera hecho mejor en no venir, pero Margarita entró y me dijo:

—Hola tú

y se dejó caer sobre la cama estirando las piernas.

Iba como habíamos salido del colegio, con la chaqueta sobre la falda. Se dio aire con la mano. Dijo:

—¡Huy, qué odisea!

Luz se sentó también en su postura de antes.

—No había uno que no se volviera —se reía— y unos chicos nos chistaron, fíjate. Bueno, me río ahora, que lo que es antes…

—¿Qué dijeron las Madres?

—Nada. Da apuro ir con ellas por la calle. Y van a una mecha, como si las persiguieran.

—Van a dejarse crecer el pelo, creo. Todas.

—La Madre Azpiazu como un queso de bola —se tapó la boca con la mano—. Todavía la Madre Prefecta tiene unas greñas grises, así escalonado. Supongo que se lo corta ella.

Me dijo:

—¿Tú no tienes a nadie?

Me miraban las dos.

—¿A ninguna monja?

Me acordé de que Francisca había ido a buscar a una Reparadora amiga suya y que estaría en casa cuando yo volviera. Lo dije. Se quedaron calladas de una manera poco natural. Margarita dijo, sin mirarme:

—Pues en tu casa… creo que es muy grande. Pero claro, con las ideas de tu tío…

Sentí un frío agudo por dentro, y al propio tiempo me dolió que hablara de mi tío en aquel tono.

—¿Mi tío?

—¡Margarita! —dijo Luz enderezándose.

—Todo el mundo lo sabe. La Madre Hornedo lo dijo en su casa: es de ideas avanzadas, votó a la república.

—Va a misa todos los domingos —me raspaba la voz.

—Pues chica… —dijo Margarita.

Y agitó su melena de gladiador.

Tenía ganas de irme, furiosas ganas. Me pareció que Luz estaba violenta porque Margarita hubiese dicho aquello.

—No hagas caso. Mamá le conoce y dice que es muy bueno, que es una pose de él.

Me miraba, suplicante.

—No digas eso —terqueó Margarita—, no lo piensas.

—Sí, mamá lo dice. Dice que es una postura de las intelectuales.

—Pues a mí me molestaría que un tío mío fuese un intelectual, ya ves. No me pongas esos ojos: es mejor que lo sepa, que rece por él, ella no tiene la culpa, la propia Madre Prefecta dice que ella les puede hacer mucho bien, en casa.

Qué dura Margarita, siempre callada en el colegio y era así, soltando las palabras como si no dolieran. Más que dolor era vergüenza, confusión, y una sensación profunda y amarga de deslealtad, de que no debía callarme, y sí enfrentarme por ellos. Pero parecía saberlo todo tan bien… ¿Qué sabía yo de tío Juan? Tío Juan era tío Juan, aquel hombre del espeso, áspero y corto bigote negro, que olía a loción, con los labios tan rojos, siempre mordiéndoselos, y las orejas un poco disparadas. Su sonrisa caliente y distraída. Su voz vibrante, tan densa. Si ellas le conocieran… Si le vieran, como yo, por los pasillos o inclinándose hacia su madre, o diciendo «Hola, pájaro», o rodeándome el cuello con su brazo, con aquella súbita ternura distraída.

Margarita dijo:

—Perdona, chica, si se molesta.

Entró la madre de Luz y notó la tensión.

—¿Qué os pasa? ¿Habéis discutido?

Yo me sentía apartada, postergada.

—¿Pasáis a merendar?

Luz salió en silencio. Al entrar en el comedor me pareció que alguien se había marchado al llegar nosotras.

—No comentes con nadie que tenemos monjas en casa, ¿verdad? —dijo la madre de Luz—. Aunque eres aún pequeña, sé que eres capaz de guardar un secreto.

Me acarició la cabeza.

—¿Todos bien en tu casa?

No me pasaban las pastas, lo mismo que si tragase arena, sin levantar la vista del plato. Margarita y Luz cuchicheaban cuando su madre se ausentó. Margarita dijo:

—Pues no veo que tenga ninguna importancia, también…

y Luz, muy bajo:

—Lo siento. Lo siento

y se pusieron a hablarme en alta voz, como si estuviesen allí para ocuparse de mí. Yo sentía sus voces darme vueltas, y la medalla de plata de Luz balaceándose con ella sobre la blusa azul, y Margarita tan seca, alzando la mano con la taza floreada, bajo la lámpara, con sombras en su cara angulosa, en sombra sus ojos hundidos, acerados, y una vergüenza abrasadora, y rabia por tener vergüenza de los míos. Me parecía una jugada que me habían hecho a mí, personalmente a mí. Luz dijo:

—¿Eres muy amiga de Elvira?

Y Margarita:

—Menuda tonta.

Y Luz:

—¡Pobre chica! ¡Da tanta lástima!

Y Margarita:

—Es horrible. Si me pasa a mí, me muero.

Y Luz:

—¿No lo sabes?

Y toda yo dispuesta a saltar como un resorte: «No. No. No quiero saber nada. No quiero saber nunca nunca nada más».

Y voces de misterio, y acercar la cara y decir, mirando a la puerta como si se tratase de algo prohibido:

—Su madre se mató.

—Elvira no lo sabe.

Tuve ganas de ponerme a gritar de una manera espantosa. Pero me importaba un bledo la madre de Elvira; eran las palabras las que me dolían, las que descorrían cosas.

Margarita dijo, bajo, con sus ojos profundos y su boca grande y estrecha:

—Creo que fue en el baño.

Y más abajo, casi silenciándolo:

—Se pegó un tiro en la boca, dentro del baño.

Vinieron a avisarme que estaba Patrocinio a buscarme; fue una liberación.

—¿Lo has pasado muy bien?

Dije:

—Sí.

Qué más daba.

—No corras tanto.

Y dije:

—¡Déjame en paz! ¡En paz! ¡En paz!

Andar era bueno: caía la noche mientras subíamos por la cuesta de la Atalaya, con un relente fresquito, acariciador.

Cuando llegué a la casa y levanté los ojos hacia la vidriera del cuarto de estar a oscuras, me pareció que yo era objeto de una monstruosa injusticia.

OceanofPDF.com

XV

Francisca había llegado tarde a buscar a su pariente. Estaba chasqueada. La abuela dijo:

—Para otra vez.

Fueron sólo cinco días, y por la tarde Francisca me anunció:

—Mañana vuelves al colegio.

Miré a tío Juan con prevención cuando entró al comedor a cenar. No nos hacía caso. Estaba con la mirada ausente, claramente ajeno a la abuela y a mí. Le besé en la frente al subir a mi cuarto, con íntimo rechazo. Dudosa entre él y mis compañeras.

Tomasa me preguntó:

—¿Qué? ¿De baile?

Y había siempre más de lo que decía, pero no sabía qué era.

—Está avinagrada desde que tuvo el hijo muerto.

Me daba asco el vientre que podía llevar cosas muertas. Tía Concha, en verano, cuando nos enteramos, había dicho:

—No tenéis nada que hacer allí. No son cosas de niñas.

Y después de unos días de cocinar una asistenta vimos otra vez a Tomasa y era la misma de siempre, sólo que sin aquel bulto bajo, pero igual de apaisada y de gorda. Me dijo:

—¿No preguntas lo que me pasó? También vosotras…

Y me eché atrás tan vivamente, con tanto asco, que debió de notarlo. Patrocinio entró en ese momento, le advirtió:

—Tomasa, no se habla de eso. Ya sabe.

Y no volví a acordarme más de aquello que esperaba Tomasa

Ahora parecía furiosa con mis monjas, aunque no las conocía.

—A ésas…

Blandía el puño.

—No les va mal un poco de jaleo, para que aprendan.

Francisca dijo:

—No sé cómo la señora te aguanta.

Y Tomasa se puso muy derecha, y se le caían más Jos pechos.

—Que pruebe a echarme.

—Pues lo que es yo que ella…

—Que pruebe. Ahora estamos defendidos, nosotros. Ahora…

—Bah, bah, bah. Déjame de cuentos. ¿Quién te da de comer? ¿Quién colocó a tu marido? ¿Quién mantiene a tus suegros?

—Que pruebe a echarnos —repitió Tomasa, terca.

—No estás tú poco crecida, con lo que debes a los señores.

—¿Qué debo yo a los señores, vamos a ver?, que se ponga en claro. Me pagan mi trabajo y no se arruinan, ¿me oyes? ¿O es que me pagan por estarme en casa rascándome la tripa?

Tenía en la mano el cuchillo de la cocina.

—¿Sabes qué dice Millán? Pues que a las monjas…

—Tu Millán dice muchas cosas y bien te callas las que te conviene.

—… habría que levantarles las sayas y hacerlas madres.

—¡Burra!

—¡Marrana! ¡Vendida! Vete con el cuento. Si te atreves.

Pero se calló porque Francisca se había sentado y se había puesto blanquísima, con los ojos vueltos.

—Oye, estás tonta… Oye, también ésta… Échame una mano, aguántala…

Daban grima los ojos y echaba como espumita por los labios. Tomasa empapó en agua un paño de cocina y se lo puso en la frente.

—La hemos hecho buena… ¡Francisca!

Parecía apurada. Y Francisca estaba con las piernas estiradas y muy tiesas.

—Pero, mujer, estás tonta… Mujer, ¿qué te importa a ti?

Levantaba la voz.

—¡Pero, Francisca…! —le sacudió en las mejillas con el paño mojado—. ¡Francisca!

Francisca parpadeó y la miró.

—También tú qué manera de tomarlo —Tomasa respiró hondo, aliviada. Se llevó una mano al pecho—. Nos has dado un susto, a ésta y a mí, no

podíamos contigo. ¿Te doy un poco de café?

Francisca dijo con una voz muy débil:

—Sí.

Y extendió hacia mí una mano blanda y sudorosa y cogió la mía:

—Ay, hija, qué malita me he puesto.

Tomasa preparaba el café, solícita:

—En un periquete… Tienes una manera de tomar las cosas, mira que darte por esto un patatús, ni que fueran tus madres… Además que a mí me tiene sin cuidado, no me importa, allá ellas. Pero son unas zánganas. Lo que digo es que podían trabajar como nosotras y no estar allí a la sopa boba, sin saber nada de nada de esta perra vida. Y encima con consejos, ¡no te digo…!

—¿Qué sabes tú? Ignorante. —Se apartó el trapo de la frente—. Duermen en un catre, se levantan a las seis…

—Mira ésta. También yo.

—Rezan por nosotras.

—Ya se nota.

Tomasa, riéndose, se acercó con el café y le llevó la taza hasta la boca con sus manazas corpulentas.

—Toma, mujer, ale, no se hable más. También somos bobas, po nemos así.

Se lo daba en la boca, y Francisca bebía a traguitos, todavía pálida.

—Podías rezar por Millán, en vez de andar repitiendo… A lo mejor cambia.

Apartó un poco la taza con la mano y dijo, mirándola:

—Es que tiene una lengua… Y de ti no me digas: si no es por la señorita Concha a buena hora le enganchas. Y te trata que ni a un pingo…

—No me vengas…

—Te pone como a un trapo. Lo que es yo, ni por todo el oro del mundo…

—Me pone como le da la gana. Otra ésta… Soy su mujer.

Tomasa, trémula y engallada. Se volvió a las potas, callada de repente.

Francisca se atusó el pelo y se recogía las greñas en el moño, con unas horquillas largas. Tomasa preguntó, abriendo y cerrando el tiro, igual que si

no le importara:

—¿Te ha dicho algo a ti de mí Millán?

Francisca se alzó de hombros.

—Bueno, mira con lo que me vienes. Lo dice a gritos, con la boca que tiene… Pues mira que se estorba para hablar.

—¿Qué te ha dicho de mí?

Francisca apretó los labios. Dijo, con cara de saber mucho:

—Nada.

Y salió por la puerta del *office*.

Me escapé porque sabía que Tomasa iba a consolarse conmigo, y no quería.

Volví al colegio en el autobús, de amanecida, como siempre. Paramos ante el portal de Luz, que ahora sabía que era destartalado y sucio. Estaba a la puerta con Margarita Altube. Luz era la única interna que llevaba puesto el cuello blanco y la banda. Las demás lo teníamos en el colegio.

Cuando entraron en el autobús no volví la cabeza. Íbamos sin hablar, ya como siempre. Sólo se oía el ruido del motor, o la bocina.

La puerta del colegio; la Hermana Mandoegui, con su cara achatada; la Madre Vergara allí, esperándonos para llevar la fila a los percheros, a recoger los velos. Dijo:

—Las internas, pasen a recoger sus cosas por las camaretas.

Me ceñí la banda morada. Me puse el cuello. Recogí el velo blanco. Una palmada: en filas.

Entramos en el oratorio. La Madre Prefecta, de rodillas en el último banco, alta, grande. Se levantó, pausada, y se dirigió hacia la izquierda. Estuvo de pie, con el breviario entre las manos, sobre el pecho, esperando a que ocupáramos nuestros puestos. La voz de Luz:

—… nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, las obras del día…

Las dos velas en el altar. La cara misteriosa de la Virgen. Nada parecía tener que ver con nada. Ni Luz con aquella Luz, ni Margarita, ni las Madres.

La Hermana Aralar en su silla, a la puerta de los lavabos, repasando nuestras medias. La Madre Monleón en el estudio, rígida, tras el grueso cristal de sus gafas; Margarita, con su blusón negro, hosca y cerrada,

acercándose a tocar la campana junto a la puerta. La Madre Prefecta en el comedor, esperando a las filas. No hizo la menor señal de reconocer a Margarita o a Luz, de haber estado en su casa. Con las manos apoyadas en su corazón dorado de metal nos observaba, para todas lo mismo.

OceanofPDF.com

XVI

—*Domine, labia mea aperies*.

Volvimos a bajar a la tribuna, a oír las voces en falsete:

—*Et os meum annuntiabit laudem tuam*.

Lo seguíamos con el misal.

—¿Hacen ustedes sacrificios para el Niño que viene?

Pusieron en el corredor una mesa con un tapete blanco bordado y encima una escueta cuna de leños, vacía. A su lado, un cestillo con paja. Cada sacrificio realizado, cada mortificación, podíamos coger una pajita de aquellas y ponerla en la cuna, para mullir el lugar a donde vendría el Niño. Pese a que eran finas y cortas, la cuna iba mulliéndose a gran velocidad.

En la clase de labores cosíamos camisitas, pañales, ropas que irían a formar las canastillas para recién nacidos pobres en los días de Navidad. Era como preparar vestidos a Jesús. Yo tardaba muchísimo en coserlo porque quería que las puntadas fuesen perfectas. Paz Echandonea me daba con el codo:

—¿Todavía con la camisa? Mira yo.

De reojo —no se podía hablar, pero era menos terminante la orden que en el estudio, quizá porque vigilaba la Madre Vergara— miraba la labor. La Madre Vergara aconsejaba o rectificaba. Begoña se echaba sobadas, con la vainica desigual, una vainica de niña de seis años. Le colgaba un poco la mandíbula, mientras cosía.

—Total —decía—, para niños pobres. Lo que importa es que tengan qué ponerse.

Yo no pensaba que el niño pobre que me tocara en suerte era Jesús; me bastaba con que fuera un niño, y sentía por dentro una delicia inexplicable ante la idea de que una criatura, al venir al mundo, iba a vestir la camisita aquella. Cosía como si hubiera de presentar la prenda al Juicio.

Las niñas se acercaban a la mesa de la Madre Vergara y le enseñaban la labor. La Madre Vergara aconsejaba o rectificaba. Begoña se echaba

materialmente sobre la mesa y la Madre Vergara se tapaba a veces la boca con la mano, pero por los ojos veíamos que le daba la risa. Decía:

—A su sitio. A su sitio. Póngase bien.

En el corro de costura Elvira, cuando acudía, estaba frente a mí. Cosía con gran aplicación, arrugando el ceño. La Madre Vergara, al observar su labor, hacía gestos de aprobación con la cabeza. Cosía y bordaba maravillosamente, pero le sudaban las manos y estaba todo el tiempo levantándose a lavárselas, porque la aguja sudada le manchaba la labor. No me miraba. No miraba a nadie. Andaba ojerosa, con los labios fruncidos. La sorprendí varias veces junto a la cuna del Niño, echando la mano a la cesta de pajas. A diario no venía a labores porque estudiaba piano. Y, sin embargo, eran siempre sus labores las que se exponían, a fin de curso, y la Madre Vergara nos daba sus trabajos como modelo. Cuando no estaba, la oíamos ensayar el acompañamiento de villancicos en el piano vertical del pasillo, frente a la puerta de la clase, junto a clausura. Nunca pensé que aquello fuera música, porque yo había oído música, desde el comedor de Patrocinio. No me acordaba entonces. Pero así como al llegar allí toda otra vida dejaba de existir, música y aquello eran dos cosas totalmente distintas. Jamás confundí música con instrumento, o música con notas musicales que podían ser música y podían no serlo. Allí no lo eran. Las interminables escalas de los diversos pianos en los pasillos o dentro de la clase de máquinas, cruzando sus sonidos, entreverándose unas en otras, constituían el sonido de fondo de nuestros días, como el ruido de los pies en las filas, con nuestros zapatos de crepé a diario, de suela los domingos; las toses en el estudio —había muchas toses, aunque no estuviésemos acatarradas; inconscientemente rompíamos la monotonía del silencio—. ¿Silencio? Nada era menos silencio que aquel estudio de muchachas, abriendo y cerrando tapas de pupitre, volviendo levemente la cabeza, rasgueando sobre el papel. Y no era el ruido que hacíamos, que apenas era, sino la sensación de fuerza contenida, pero hirviente.

Aunque quizás esté hablando desde nosotras mismas, y aquello fuera silencio para los mayores, satisfactorio silencio, y yo no juzgase que aquello fuera silencio, porque estaba oyéndome bullir por dentro rapidísimas preguntas como flechas, ramalazos de palabras que me volvían, o no

pensaba en nada —generalmente no pensábamos en nada, creo—, pero nos sentíamos vivir. Y sentirse vivir hacía mucho ruido, entonces. (Me parece recordar el ruido de los días de frío, crujiente y ceñido, y el viento, y la lluvia tras los ventanales esmerilados del estudio. Había que encender la luz a las cuatro de la tarde, y era más íntimo).

Tenía delante de mí, un poco a la derecha, a Luz, que a veces volvía su perfil hacia los ventanales y quedaba con la mirada perdida. Yo pensaba que miraba llover o que quería ver mejor aquella claridad vidriada, pero si al vagar de sus ojos pasaban sobre mí me daba cuenta que no miraba con fijeza a nada, que tenía la mirada perdida, siempre fuera de sí. Sus ojos melados me miraban sin verme, y de repente se hacía en ellos como un clic en el objetivo de una cámara y me daba cuenta que de pronto ella me veía, sonreía, leve. La Madre Monleón golpeaba el pupitre y ella sonreía a la Madre Monleón, que miraba a otro lado.

Margarita Altube, justo delante de mí, metía, en cuanto la Madre Monleón se descuidaba, los dedos entre el pelo, y le llamaban la atención:

—No se toca el pelo.

Apoyaba la mejilla en una mano.

—Baje esa mano.

Entonces posaba la mano sobre el cuaderno y bajaba mucho la barbilla, casi hasta descansar en la mano.

—No esté usted siempre tocándose.

Margarita se ponía roja a explotar, y los ojos hundidos le brillaban, azuloscuros, casi violados.

Si nos parábamos en filas, para unirnos con las mediopensionistas, por ejemplo, Margarita se apoyaba contra la pared (llevaba siempre el blusón negro manchado de cal en el hombro). Oíamos la palmada de la Madre Vergara. Decía, suave e impaciente:

—Derecha. ¿Pero es que no puede usted sostenerse? A su edad…

Y Margarita no se ponía roja ni se enfadaba, pero resoplaba un poco, como en broma, y los pelos del flequillo se le dispersaban, se le abrían en el centro de la frente.

—No vuelvan la cabeza

decían a las que mirábamos a las demás.

Y yo veía que Luz no se había vuelto a mirar a Margarita, inmediatamente detrás de ella, más alta que ella, y que seguía tranquila, con los libros en las manos, como si los llevase en bandeja —teníamos que llevarlos así—, o, si no era fila de clase a clase, descansando las manos en los bordes de la medalla.

Delante de mí marchaba ahora Isabel Gauna. Inmediatamente detrás, Elvira. Isabel tenía mi estatura, aunque era mayor que yo, lo sabía porque estaba en una clase superior a la mía; no hablábamos de años; nada concreto en relación con nosotras mismas se trataba allí. Creo que nadie prohibía hablar de ello; simplemente, no se hablaba.

Isabel Gauna, desde el primer trimestre, desposeyó a Teresa de la banda azul. Y no es que Teresa hubiese cambiado, o que Isabel hiciera algo distinto a ella; debía de tratarse de aquello que la Madre Prefecta me había hablado: el espíritu de obediencia. A mí me parecía más bien asustada, con miedo a que la riñeran, a no hacerlo todo bien, deseosa de desaparecer entre las demás, de no ser notada. Sabía qué era esto. La veía sufrir cuando Elvira me decía algo en filas, a media voz, si la monja se alejaba un poco; Isabel Gauna se quedaba con los ojos fijos, se abría y cerraba el pasador del pelo, sin saber qué hacer, como si el que otra faltase la comprometiera. No la vi acercarse a la cuna del niño, quizá lo hizo cuando no la veíamos; nos habían recomendado que lo hiciésemos con reserva, a poder ser sin que se enterasen las demás. Así crecía la cuna de una manera misteriosa.

—Isabel, hoy no le hemos oído el metal de voz —decía en el recreo de los domingos por la noche la Madre Prefecta.

E Isabel sonreía, asustada, y decía de prisa —le salía la voz con un gallo, al principio de hablar:

—Estaba escuchando.

O:

—¿Qué quiere que le diga, Madre?

Como si estuviera dispuesta a decir algo en cuanto se lo mandasen.

Pero en general la dejaban en paz (siempre procurando hacer sitio a las demás en el banco, siempre cogiendo en el monte la pelota que se salía de la pista, siempre junto a la Madre Clark, aunque no entendía inglés).

—Ese pelo —le decían las Madres, porque se le escurría del pasador de concha.

Isabel se apuraba. Era su única nota de desorden.

Inconscientemente empezamos a echar mano de ella para todo: «Tú, recoge la pelota», «Isabel, pásame ese libro», «Entretén a la Madre Clark».

Esto último la violentaba y lo veíamos; sonreía a la Madre Clark y la Madre Clark a ella, y nos miraba pidiendo ayuda.

—Discurre algo, chica, no seas lerda.

Elvira empezó a sentarse con Isabel junto a la Madre Clark y le traducía rápidamente lo que hablaban, y le decía:

—En seguida lo comprenderás, vas a ver.

Yo me inclinaba sobre la fuente, metía las manos en el agua, oía a Begoña y a Margarita y a Luz. Luz iba de Madre Clark a las chicas, tranquilamente.

—Que nada de conversaciones particulares.

Begoña recalcaba:

—Que *no speak english*.

—Que es domingo —decía Margarita Altube—. No estamos en clase.

Y Paz Echandonea:

—¿Os habéis fijado? Elvira se ha vuelto santa. Está haciendo méritos para quitarle la banda a Isabel.

No la hacíamos caso; Paz hablaba siempre con segundas y no le dábamos importancia. Yo tenía un poco de pena de ella porque a veces oía cosas que a mí me hubiera dolido oír.

—Ay, qué chica, qué mala idea tienes —le decía Begoña—. Siempre estás criticando.

—¿No tienes otra manera de llamar la atención? —le preguntaba Margarita, dura—. Tienes siempre ganas de que se te escuche.

Y Paz quedaba desarmada, con los ojos llenos de lágrimas, mordiéndose las uñas.

—Ya me puedes poner verde, si quieres —decía Margarita con desprecio—. A mí me tiene sin cuidado.

—No lo hace para molestar —explicó un día Luz—. Lo hace para tener ella también algo que contar, para que se fijen en ella.

—No vengas con monsergas, Luz. Pues que cuente hasta diez si quiere contar algo.

—Y fijarse en ella nos fijamos, chica, con su nariz llena de poros negros y sus enormes caderas.

Begoña añadió:

—Es una anormal.

En el momento en que lo dijo sentí su vergüenza porque se le había escapado, y todas nos quedamos cortadas. En el mismo momento también comprendí que era verdad y que hasta entonces no me había dado cuenta. Pregunté a Teresa Alzola:

—¿Qué tiene?

Teresa se alzó de hombros y se fue al banco, junto a Madre Clark. Margarita dijo:

—Eso es una maldad.

—No quería decirlo —respondió Begoña—. Chica, se me escapó.

Estaba azarada y fastidiada.

—Sí, todas lo sabíamos…

—¿Qué importa eso?

—No he descubierto nada.

Yo dije:

—Yo no lo sabía.

—¿Lo ves?

—Ésta es idiota —dijo Begoña, enfadada—. No es un crimen ser una anormal.

—¿Te gustaría a ti? —preguntó Margarita.

Y Luz dijo:

—Es una anormal para algunas cosas, no creas; para otras es muy lista. Tiene una memoria de pánico.

—De esas cosas no se habla.

Paz nos miraba desde lejos, recelosa; intuía que se hablaba de ella. Luz le sonrió.

—¿No quieres venir, Paz?

Y Paz hizo que no con la cabeza, y se mordió los pellejitos de las uñas.

OceanofPDF.com

XVII

Antes de las vacaciones de Navidad pusimos en escena el Nacimiento. Fue idea de la Madre Hornedo y se celebró el día antes de ir a nuestras casas. Los ensayos duraron poco, porque no había nada que hacer más que quedarse quietas. Sólo Geni, subida a un cajón, tenía que decir:

—Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra…

Se trabucaba un poco y se reía, llevándose la mano a la boca.

Al tropel que hacíamos de pastores nos dieron unos sayales marrones o amarillos, con un zurrón de piel de cordero atravesando el pecho, o colgando del hombro, y algunas con cayado. Sabíamos que Begoña llevaría un cordero de verdad, se lo habían prestado a las Madres y le veíamos suelto por el monte, mordisqueando los aligustres, donde la fuente. Todas le mirábamos.

A mí no me gustaba participar en la función, prefería ser espectadora.

—Sea sencilla —me había dicho la Madre Prefecta mientras nos colocaban en el escenario y yo procuraba taparme con Iciar.

Me fastidiaba estar allí aunque fuera en tropel, me fastidiaba disfrazarme, me parecía que todas me miraban. Nos dieron unas alpargatas de mucha cinta que anudábamos altas en la pierna. Elvira aprovechó su traje de samaritana, sólo que no llevaba ánfora, y le tocó estar medio en cuclillas muy cerca de donde estaría el Niño, ofrendándole un cesto con panes redondos. A su lado, Begoña, con peluca blanca, y el cordero. Yo estaba deseando ver al cordero allí, pero no ensayamos con él. Iciar, Ina, Isabel Gauna y yo formábamos un grupo de pastores. Iciar y yo con una rodilla en tierra, Ina totalmente arrodillada, Isabel Gauna en pie, con cayado en una mano y la otra sobre el pecho, inclinándose hacia el Misterio. El Niño era un muñeco grande, envuelto en pañales de verdad, y Margarita Altube, San José, con barba postiza negra, y la Virgen, Teresa Alzola. Fue una revelación. Nos había elegido Madre Hornedo. El día de la función, cuando nos mandaron que ocupáramos nuestros puestos, a telón bajado, ya estaba la

Sagrada Familia en el centro, y al dar un rodeo para ocupar mi sitio, vi a Teresa con su túnica brillante azul, a medias cubierta por el velo blanco que le caía sobre los hombros y que retenía en el pecho con una mano, la otra abierta hacia el Niño. El velo descubría su frente estrecha, el nacimiento del pelo oscuro, partido en medio, la nariz aguileña, la boca fina. Parecía, de verdad, una imagen de la Virgen, hasta en el gesto. No se movía, bajo los párpados sobre los ojos rasgados, infundía respeto. El cajón de Geni estaba ese día recubierto con tarlatanas blancas, azules, rosadas, y sobre aquellas nubes de tela, los pies con sandalias de la pequeña Geni, su túnica rosa suelta, las alas plateadas, brillando, y el galón de plata en torno a las sienes. Llevaba, en su mano alzada, una estrella grande, plateada. Geni se parecía a la Virgen, pensé. No me había dado cuenta antes, pero tenía aquella misma nariz larga, y los ojos alargados, y los labios estrechos.

Begoña apretaba el cordero por temor a que se le revolviera. Era lechal, blanco, parecía dormido. Sólo un momento, al abrirse las luces, rebulló, con sus ojos espantados como bolitas negras. Yo, rodilla en tierra, miraba al cordero de Begoña, tenía ganas de acariciarle. La Madre Hornedo dijo, apenas pronunciado:

—Muy quietas.

Y se retiró entre bastidores. Oímos la voz de Luz, del otro lado del telón:

—Había en la región unos pastores que moraban en el campo, y estaban velando las vigilias de la noche sobre su rebaño…

Recitaba el Evangelio de la Natividad según San Lucas. Sabíamos que iba vestida de evangelista, con túnica verde y manto de terciopelo rojo.

—… y la gloria del Señor los envolvió con su luz, y quedaron sobrecogidos de temor.

Estaba pasmada del cambio de Teresa, de su postura suave, virginal. Encendieron otro foco sobre ella, que pareció relumbrar, con sus ojos bajos, y cuando oímos:

—… y encontraron a María, a José y al Niño acostado en un pesebre…

sabíamos ya que Luz se retiraba y empezaba a levantarse el telón. Se oyeron las notas del «Ave María», de Schubert. Teresa pareció más irreal aún.

El cordero había hecho un extraño cuando el telón se alzó, pero volvió a quedar abotagado en los brazos de Begoña, con el calor de los focos encima.

En cuanto terminó extendí la mano y boqueó un poco, abriendo los ojos, asustado.

—Estáte quieto.

—Déjamelo un poco.

—No. No. Me ha dicho la Madre Hornedo que lo devuelva en seguida.

De repente cambió de parecer. Me miró y dijo:

—Toma.

Cogí al cordero, que era caliente y suave, olía un poco a bravío, aunque las monjas le habían refregado y frotado con alcohol, para que no oliera.

—¡Pobrecito! ¿Por qué se está tan quieto?

Elvira me rogó:

—Déjamelo un poco.

Pero yo lo apreté más contra mí, porque si lo soltaba no lo recuperaba ya.

—Déjamelo, no seas fresca.

—¿Por qué no se mueve? Estará atontado de las luces.

—El cordero —dijo la Madre Azpiazu, entrando—. Entréguelo.

—Debe de estar mareado, mire.

La Madre Azpiazu me miró a mí, no al cordero. Dijo:

—No es nada. Está muy bien.

Luz se acercaba, ya de uniforme, y le levantó un párpado.

—Le dieron luminal para que no se moviera durante la función. ¡Qué quieto estuvo!

—Pobre bicho —dijo Begoña—. Se quedó acurrucado, y me pesaba.

—Lo pasó bárbaro, ha salido en la función, fíjate —dijo Luz, riéndose—. Qué estupenda el Ave María, Madre Hornedo, fue una pena que no la cantaran. Desde abajo, Teresa Alzola parecía una figura de la Virgen, ¿verdad? Era asombroso.

La Madre Azpiazu me dijo a mí:

—Frótese bien las manos, huele al cordero.

Me lavé y no podía olvidarme de su calor.

Al día siguiente era domingo. Elvira subió pronto del recibidor y nos ofreció sus *toffees*. La Madre Vergara dijo:

—Voy a cogerle algunos para las niñas pobres de la catcquesis.

Y Elvira le volcó la lata sobre las faldas del hábito.

—Pero, ¡se queda sin ninguno! Qué extremosa. No tantos. No tantos. Es para premio, para la que sepa bien el catecismo.

Elvira dijo, suave:

—No importa. Ya pronto voy a casa.

Hablaba más bajo aquella temporada. Estaba doliente. Se quejaba de mareos. Se levantaba algo más tarde y se unía a nosotras en el comedor. Siempre pálida, pálida verdosa, se sofocaba de repente, sin motivo. En el estudio se llevaba la mano a la frente, como si le doliera. En filas decía:

—Madre, es que me mareo…

Y la sacaban de filas tambaleándose, e iba un rato a su camareta. Le daban a media mañana un caldo con yema. La Madre Prefecta la llamaba con frecuencia, y salía del estudio pestañeando rápido, afectando naturalidad. Pensé: «Si su padre se entera de que está enferma…». Pero los domingos venía su padre. Y Elvira volvía a subir con nosotras, y no salía al médico.

Yo no bajaba al recibidor. Había conseguido de Patrocinio que convenciese a la abuela de que no era necesario, estando tan cerca; cualquier cosa que sucediera llamaría por teléfono. Venía sólo el primer domingo de mes, y estaba en el borde de la silla, hablando como si hubiera ido allí sólo para hablar ella. Miraba disimuladamente a las familias de mis compañeras, y se llevaba la mano a los labios restregándoselos. Yo esperaba, simplemente, a que se fuese.

—¿Quién es ésa, la que está con la de Quintana?

Volví la cabeza y vi a Margarita, con la madre de Luz.

—Es una verdadera belleza.

¿Margarita? No lo había pensado jamás. Tuve ganas de reírme. Con aquellos modales de muchacho…

La madre de Luz me hizo un gesto amable, con la mano. De prisa me volví de espaldas como si estuviera escuchando a Patrocinio. Oía reírse a Margarita Altube.

OceanofPDF.com

XVIII

Ya sabía lo que era llegar a la casa a oscuras. Me parecía que acababa de marcharme. Era sólo media tarde y todo en sombra, las ventanas cerradas menos la de la cocina, que no tenía contras.

Entré por la puerta del sótano, crucé el *office* desierto y subí por la escalera que arrancaba del comedor de Patrocinio hasta el cuarto de estar, junto a la abuela. En el pasillo sentí recelo a todo lo que era la casa. Me pareció que hablaban palabras distintas, o que daban a las mías distinto significado, que no se daban cuenta de las cosas lo mismo que yo, que nunca me habían comprendido, que seguían diciendo «la niña» y estaba ya aburrida de oírlo, y que yo tenía que acoplarme todas las veces a aquello. Pero lo hacía sin esfuerzo. De una manera espontánea cuando me veía en casa hacía lo que esperaban de mí, ni un solo gesto delataba que intuía la intención de sus palabras, que me hacían daño, que me alcanzaban, que las comprendía. Pero había siempre como una tristeza al empezar.

La lámpara junto a la abuela, la manta de piel sobre las rodillas, el libro entre las manos. (Aquel rincón tibio, como si me fluyera algo a las venas desde él). Por primera vez la vi con gafas y ella no pareció darse cuenta de que no la había visto así nunca, de que le cambiaba la cara. ¿O no eran sólo las gafas? Había algo alterado, casi imperceptible. Se quedó un momento mirándome, olvidada de sus gafas con su montura de concha que le hacían redondos los alargados ojos celestes. Debió de ver algo en mí porque se las quitó con gesto lento:

—Ya ves, hecha una vieja, la abuela…

(¡No! ¡No!, tenía ganas de gritar, de defenderme de aquello, de defenderla).

—Si no me las pongo, no veo nada de cerca.

Era como si le hubiesen quitado una corona. La boca se le había hundido un poco más, la nariz larga marchaba hacia esa boca. La besé

hondamente, rápidamente. Y vi que lo notó, que me miró, ya sin las gafas, con aquellos ojos inválidos. Me di media vuelta y me fui a mi cuarto.

Las inmensas vacaciones —quince días—, aquel mar de silencio para nosotras, particular, aquella arena sin fin de las horas no muertas: pasadas entre nosotras como si una y otra formásemos las dos probetas de un reloj del tiempo, o como si le dejásemos escurrir entre los dedos y nos gustara así. No nos cansaba no hacer nada, no nos aburría, pero nos ocupábamos en algo. La abuela con su libro o con su labor. (Desde entonces supe que la intimidad había que defenderla de los otros, había un pudor de tu soledad, sólo la compartías con los elegidos. Y compartir el silencio aprendí que era algo inenarrable y suficiente para llenar unas vacaciones y muchas vacaciones de la vida). Yo abría una revista vieja, o hacía también labor de punto, ayudaba a la abuela.

—Esta chiquilla… Trae acá esas mangas. Si espera la señora a que haga las mangas ella, no entrega nunca el jersey —decía Francisca con malos modos.

Se presentaba sin que se la oyera, con sus playeras blancas —iba siempre de blanco, como una enfermera— silenciosas sobre la alfombra.

La abuela se callaba. Yo tampoco decía que en cuanto nos quedábamos solas no hacíamos nada sino mirar a los carbones encendidos de la salamandra, o hacia aquellas mujeres que veíamos a través de los cristales, subiendo y bajando por el caminito pedregoso que llevaba a la aldea, o al campo enfrente, el campo de Piano.

Por la mañana, a la hora del sol, bajaba a la huerta, aunque lloviera, aunque la escarcha dejase los frutos helados y acuosa y sucia la tierra. Solía encontrarme a Pura con sus crenchas blancas, sus tobillos hinchados, la mole de su cuerpo. Pura hablaba, contenta de hablar mientras recogía las manzanas de invierno o las peras de Navidad, decía:

—Ay, estas manos
cuando había escarcha sobre la fruta; y se las cogía yo.

—Estos sabañones…

Yo recogía la fruta caída y me comía alguna allí mismo, a dentelladas. Me reía. Con Pura en la huerta tenía ganas de correr, de reírme, de jugar con el aliento que salía espeso como humo. Contaba cosas de Millán, de cuando

Millán era pequeño, y de una niña que había tenido y que se le murió, y la llevaron con su traje mejor, de seda rosa, «parecía una estampa». Decía que Tomasa era buena, y que les hacía falta un crío. Oyéndola resultaba que Millán había sido un niño como yo, y le había gustado correr por la huerta con Pura, pero tuvo que empezar a trabajar desde pequeño.

—Huy, se conoce esta finca como nadie. No levantaba un palmo y ya estaba empujándole la carretilla a Venancio. No tiene maldad para nadie.

Oyéndola me daban ganas de volver a ver a Millán, pero tampoco Millán tenía que ver después, cuando le oía, con lo que Pura contaba de él.

—¿Estás segura, Pura? ¿Millán?

—Millán. Tú le ves así, y te parece de malas pulgas, pero es un bendito. Es que llega reventado de trabajar, tú no sabes lo que es eso, que no tiene rato bueno para estarse sentado, como todo el mundo. Bueno, los pobres poco tiempo tenemos para estar sentados. Yo, porque no puedo más con las piernas —y me señalaba los tobillos deformes— y Venancio anda bueno del reúma… Pero Millán no quiso aprender de jardinero, y eso que sabe más que Venancio si se pone a ello, pero que en la casa no, que quería en la fábrica, y dale, cosas de él… tiene que levantarse cuando apenas se ve para bajar, y se revienta subiendo pisos, pero dice que es un trabajo más libre. Lo que le pasa a Millán, sabes, es que no ha nacido para mandado.

Yo pensaba en Millán con su cartera de cobrador del gas.

—Los hijos son así —decía—. Son otros tiempos.

Yo pensaba también en las gatas y el pelo de la abuela. Porque al levantarse para bajar al comedor, la noche de mi llegada, iba apoyándose en Francisca y yo las seguía, llevando su echarpe, y al volverse de espaldas vi que se había cortado el pelo. Antes, respaldada contra su butaca, no se lo había notado, con el pelo blanco rizoso, chamuscado en lo alto por las tenacillas, sobre la frente, pero al darse la vuelta vi que llevaba el pelo por detrás cortado al ras, como si lo hubieran hecho con navaja. Se le veía la nuca huesuda, débil, en donde antes caían los ricillos del pelo levantado. Un cuello pelado de gallina. Apoyé la mano en la barandilla de la escalera para bajar tras ellas. Pensaba: «Ha sido Francisca. Ha sido Francisca. Por ahorrarse de peinarla». Sentí vivos deseos de llevar mi mano allí, donde la

nuca siempre cubierta parecía aterida de pronto, para taparla o para darla calor, ni yo lo sabía.

—Cuidado, otro escalón más. ¡Ajajá! —decía Francisca.

Y la abuela se dejaba. Yo las seguí arrastrando el echarpe por el suelo.

No me había importado la melena de Francisca, que le hacía la cara más grande, más cuadrada, era lo de menos; me había chocado solamente al verla entrar. Lacio y grasoso aquel pelo espeso que era su presunción, que extendía sobre una toalla cubriéndole la espalda hasta la cintura cuando se lavaba la cabeza y se asomaba a una ventana del piso alto al sol, para que secara.

—Si no está bien seco luego huele a humedad —decía.

Cosas de Francisca. Pensé que a lo mejor era un ofrecimiento a Dios, como las monjas, ya que no podía hacer votos, aunque no creía en los votos de Francisca. Pero la abuela… Francisca entró en mi cuarto a ordenarme la cómoda mientras yo me desnudaba. Me disgustó, acostumbrada a hacerlo en soledad. Cepilló mi uniforme, para colgarlo fuera, en el armario del pasillo. Después se acercó al espejo de aquella cómoda-lavabo, y se alisó el pelo con una peineta que llevaba a la derecha, reteniendo la melena.

—¿Qué te parece mi pelo cortado? No te fijas en nada.

Se remiraba delante del espejo.

—Así acabo en un periquete, fue la gran cosa.

—¿Qué hiciste con tu pelo?

Se rió, mirándome:

—¿Qué querías que hiciera, otra? A la basura… Así estoy tan fresca.

Se sobaba el pelo, se quedaba como dormida con los brazos en alto ante el espejo; me daba un asco irrazonado.

—También se lo corté a la abuela, ¿o no lo viste?

—¿Tú?

—El barbero del tío. Se le enredaba el pelo en la cama, da muchas vueltas; por las mañanas me veía y me deseaba para peinarla, y no tiene paciencia.

¿Hablábamos de la abuela?

—… el tío encontró que había hecho muy bien. Nadie lleva esos moños. Así está siempre peinadita y curiosa.

Dijo:

—Está encantada. Se le caía mucho, a mechones. Dejaba los peines…

Se acercó a la cama. Me preguntó:

—¿Tienes sueño? Claro, acostumbrada a aquellas horas. Qué niña más sosa. Nunca cuentas nada.

Me dijo, inclinándose sobre el borde de mi cama:

—Conque monjita, ¿eh? —y ladeaba la cabeza, fofa.

—¡No me toques!

—Jesús. ¿Te molestan las cosquillas?

—Déjame. ¡Que me dejes!

No podía aguantar la risa nerviosa. La di en la mano.

—Tendrás que cambiar de genio, si quieres irte monja.

Y con el punto de los ojos pequeño, pequeño, clavado en mí, añadió:

—A la tía le gustaría mucho… Dice que sería una solución.

Se acercó a la puerta de comunicación con el cuarto de la abuela y la entreabrió.

—Si tienes miedo, puedes dejar la puerta abierta.

—No tengo miedo.

Dijo:

—El tío no vendrá hasta la Nochebuena. Tiene que hacer en Madrid.

No sabía qué quería decir, pero había algo detrás de aquello. No quería saberlo.

—¿Viste a tu Tomasa?

—No es mi Tomasa.

Su risa maliciosa.

—Pues ella dice que sí, que la quieres a cegar.

—No es verdad.

Se rió con el punto de los ojos tan pequeño:

—Pues su Millán la muele a palizas cuando llega a casa. Se creyó que lo iba a meter en un puño. Toma puño. Se lo tiene ganado. Ella se lo buscó.

Reí, incómoda.

—Con lo gorda que es… Claro que no lo dice. Pero se sabe. Se sabe todo, para que te enteres…

Y él tan flaco, tan consumido… Pero yo sabía que era duro y sin contemplaciones. Aquella cocina sofocante…

Dijo:

—¿Qué te parece lo de Tomasa, eh, qué dices? Tantos humos…

Se rió, con la boca blanda.

—Para que se fíe una de los hombres. ¿Ves? En el convento te libras de eso.

OceanofPDF.com

XIX

Nochebuena se distinguió aquel año porque llegó tío Juan. Llegó en la mañana del 24 y vimos a Venancio abrir de par en par el portal del jardín para que entrara el coche. La abuela desde su butaca miraba al coche entrar, yo apoyada sobre los cristales.

—Baja a saludar a tu tío.

Bajé por la escalera grande y ya estaba él en el vestíbulo mientras Obdulia ayudaba a sacar el equipaje.

—Hola, la colegiala.

Me tendió la mejilla, agachándose un poco, con su sonrisa divertida.

—Qué bien se está sin las monjas, ¿eh?

No valía la pena de explicarse. Debí de sonreír también.

—Toma, llévame esto.

Y me dio su cartera.

En lo alto de la escalera, apoyada sobre la barandilla, con Francisca al lado, la abuela se inclinaba.

Estaba poco en casa, pero todo adquiría otra vibración desde que llegaba. El mismo silencio de la abuela y mío eran de otra manera, y sabíamos que él irrumpía a las horas de comer trayendo algo fuerte y vital que transmitía a la casa. Había días en que no hablaba apenas. Se sentaba a la mesa y empezaba a mirar por la puerta-ventana del jardín como si estuviera solo. Los domingos o fiestas venía a comer don Luciano —se quedaba después de la misa—, y la abuela, tan callada de suyo, le contestaba masticando despacio, con su voz opaca, uniforme, breves palabras que servían a don Luciano para seguir hablando.

—Juan… Juan, don Luciano te está hablando.

—Déjele usted, que está distraído.

—No, ¿qué decía? Estaba pensando…

Hacía un gesto vago con las manos, como si tuviese nubes en la cabeza. Parecía tomar tierra y contacto con nosotros, entonces. A veces me hablaba

a mí, raras veces, pero lo hacía. Yo me ponía roja y sentía el calor hasta en las orejas. Daba vueltas al pan, lo desmigaba, no oía bien lo que me decía en mi ansia de contestarle algo que le interesara, que le retuviera, y él miraba mi confusión y pasaba a otra cosa. Me hablaba, de pronto, como si los otros dos no existieran y él y yo tuviéramos una clave convenida, o sólo yo pudiera entender lo que quería decir. Eso me parecía entonces, con el corazón palpitante. Estaba sentada junto a él, y enfrente, en aquella mesa tan grande, la abuela con don Luciano. Decía, señalando con la mano una larga parábola en el aire:

—¿Has visto? Cómo se curva la palmera con el viento.

Sabía lo que quería decir. No lo había mirado, pero lo había percibido: aquella esbeltísima curva del árbol junto a la glorieta, rasgando el horizonte. Se secó los labios y se inclinó un poco hacia mí, y dijo más bajo, y sonriéndose, como si fuera una broma:

—Eso es música.

Sabía que era cierto, y se me quedaban los ojos fascinados de árboles curvándose y su silbido entre el viento.

Cuando él entraba —lo hacía siempre retrasado, llegaba tarde de la ciudad— yo me ponía de pie porque era una persona mayor. Estaba más tranquila cuando avisaba que no le esperásemos a comer, pero la abuela parecía decepcionada.

Algunas veces, sobre todo a la hora de cenar, llegaba transformado. Entraba como exaltado, se sentaba en su silla sin besar a su madre, haciéndole una carantoña desde lejos con la mano, y se ponía a sorber la sopa, hablando con gran volubilidad ante nosotras dos, pendientes de sus palabras. Entonces hablaba de política o de moral, las dos cosas confundidas, largas, inacabables parrafadas: así fui conociendo su manera de pensar. (En verano, tía Concha decía cuando tocaba el tema de política: «Juan, están las niñas»). Pero entonces hablaba: las dictaduras eran una disminución del hombre, un menosprecio del hombre y de su personalidad; las dictaduras traían un anhelo de mayor libertad. El hombre soberano… Era inevitable que el pueblo no pudiera reprimirse, después de tantos años de contenido —¡los conventos, los conventos!—, pero había que enseñar virtudes cívicas a todos, a hacer uso de su libertad, que no sabían, era como

si a Tadea, por ejemplo —me ponía colorada—, la soltásemos en el mundo sin traba de ninguna especie.

Bebía el tinto a tragos hondos.

—… El pueblo español estaba, sin embargo, maduro para la libertad. Había sido un cambio de forma de Gobierno sin que la vida de la nación se alterara. (Sí, mamá, los conventos. Un hecho incontrolable, fuerzas desmandadas, ¿ves?). Había que otorgarles un margen de confianza.

Le brillaban los ojos, sofocados; hacía gestos amplios con las manos, hablaba y hablaba con su voz pastosa, comunicativa, en términos elevados:

—Austeridad, austeridad ante todo. Libre pensamiento. Rectitud. Verdad. Respeto al prójimo, a las libertades y maneras del prójimo. En los países civilizados… La Iglesia y el Estado…

De repente pestañeaba y miraba fijo a su madre, tranquila, masticando despacio, frente a él, y mirándole, vaga; o me miraba a mí, tensa, sin comer, y volvía a pestañear y se quedaba en silencio. Su animación decaía de una manera súbita, de una vez, como desplomada, y contestaba a su madre con monosílabos. Con la mirada ausente, se mordía los labios de una manera golosa. La comida terminaba en silencio. Su madre no le decía nada si, a veces, distraído, tarareaba a media voz.

Antes de Reyes volvió a marcharse a Madrid. La abuela no le preguntó a qué iba; los hombres, como decía Pura, eran pájaros volanderos.

—Que preparen mis cosas. Tengo que marchar mañana…

Tenía una manera de mascullar el final de las frases que parecía que daba una explicación, aunque nunca se la entendí.

—¿Volverás pronto?

—Pronto, mamá. —Sonreía apoyando las manos en los brazos de la butaca de su madre, delante de ella—. La niña te acompaña ahora, ¿ves? Antes de que se marche ya estoy de vuelta.

Cuando marché al colegio aún no había vuelto.

Antes, el 6 de enero, fui a llevar los aguinaldos a Pura. Los tenía desde la víspera, que me los entregó la abuela en sus sobres correspondientes, pero no quería ir a la casa, a la cocina en donde estarían todos, porque era fiesta. Al día siguiente bajé con los sobres a la huerta y desde la cancilla los enarbolé, para que los viera Pura.

—Vaya, ya nos extrañaba ayer…

Recontó el dinero delante de mí.

—Qué bien, hija, qué bien vienen. Gracias. Se lo dices a la abuela. ¿Por qué no viniste ayer? Te habíamos preparado polvorones.

Me dio pena no haber ido. Me habían estado esperando…

—Millán es así, que chilla y no mata una mosca. Tomasa estuvo amasando los polvorones porque sabe que te gustan.

¿De dónde sacaban que me gustaban los polvorones a mí? Me molestaba comerlos, me sentía como la boca llena de arena.

Se metió los sobres en la bata y me dijo:

—Buena falta hacen.

Se fue a su casa en seguida.

Cuando entré por el *office* estaba Tomasa esperándome.

—Ya di tu sobre a Pura.

—¿Por qué?

Pareció dudosa, como si fuese a quitarse el delantal.

—No sé… bueno, es igual —se quedó un momento pensativa—. Gracias, chiquilla. Te había hecho unas cosas más ricas. Tendrás que venir a comerlas.

Me alcé de hombros.

—Gracias a la abuela.

—Bueno, mujer… Tú se las das. ¿A dónde escapas? Ahora nunca vienes por la cocina. Desde que vas a las monjitas…

Dije:

—Qué bobada.

Preguntó:

—¿Cuánto era? ¿Como el año pasado?

—Sí.

Dijo también:

—Qué bien vienen.

Y después:

—Estábamos ya haciendo cuentas con eso.

Cogió un pedazo de carne y lo puso sobre la tabla.

—¿Sabes? Millán me va a llevar a una función de teatro.

Me acordé de lo de los golpes, pero no se le notaba ninguno. Con el largo cuchillo afilado cortaba los filetes.

—Hace tiempo que tenemos ganas de juerguearnos un poco, a ver qué vida…

Dijo:

—Y eso que algunas veces, después de cenar, bajamos al cine, o los domingos, no creas. Qué asco de vida. Pero tú qué sabes.

Pero tú qué sabes…

—Así se le repudre la sangre, al hombre, qué vas a hacerle. Y descarga con la primera.

Se paró un poco. Me miró después de apartarse una greña negra de la cara.

—No es malo, el Millán, no creas. Si no fuera por la madre…

Sacudía la cabeza.

—Siempre cargo yo con las culpas. Siempre la buena es ella. Claro que cuando estamos solos…

Se rió. Aplastó la carne con el machete.

—La suegra… La suegra… Sabe muy bien que yo pude tener a quien me hubiera llevado en palmitas.

Se acercó al fogón.

—Bueno, a éste le tenía en casa, como quien dice, todo el día arrimado… Las mujeres somos así.

Y se rió.

—Sarna con gusto no pica.

OceanofPDF.com

XX

De tarde en tarde, llegaban tarjetas de mi padre, o un telegrama. El telegrama de mi cumpleaños, siempre el mismo. La letra de mi padre era menuda, nerviosa, desigual, como escrita a rasguños. La Madre Prefecta me la entregaba: estaba sobre su secante rosa, en su cuarto, y me la daba, y yo la guardaba rápidamente en el bolsillo del blusón.

La Madre Prefecta no me hablaba de mi familia jamás, no podría llamarse hablar a aquellas alusiones ligeras, de pasada. Nunca preguntó: «¿Se acuerda usted de alguien? ¿Echa de menos su casa?». Debía de saber que allí no se acordaba uno de nada, no se pensaba en salir a otra parte, era un corte total. Aquella vida ordenada, dispuesta, con sus conversaciones previstas, con todas las horas ocupadas, con consignas de fondo: «Obediencia. Orden. Hay que dominarse. El propio dominio», sin ninguna estridencia, amable y controlada sin usar la fuerza, usando el método, el sistema, el engranaje que te pillaba, del que formabas parte, las propias niñas que te arrastraban en su uniformidad.

Había palabras clave, oídas con frecuencia: Mundo (pero no carne, ni hombres), mundo era todo. Peligro (pero no pecado ni tentación). Decían: mortificación, y mortificación era una manera de autodominarse, contener, frenar el propio impulso, e incluso hacer exactamente lo contrario de lo que se deseaba, violentar la voluntad. Era un ejercicio de la voluntad… Examen de conciencia. Se apuntaba a nuestra frente como a un riesgo clave: la imaginación.

Oración, estudio. La Madre Ulía, mientras fue Prefecta, no dejaba —excepto en Ejercicios y en Semana Santa— tiempo para meditación.

—Se pasan ese tiempo distraídas.

Dominio y orden eran las orillas del cauce por donde discurríamos. Poco a poco todas hacíamos lo mismo, empleábamos las mismas palabras, nos movíamos de la misma manera, nos inclinábamos hacia las mismas cosas. Había que tener nuestro propio oído para distinguir nuestras risas.

Pureza sólo se escribía en las estampas o se decía durante la oración del mes de mayo, en alta voz, por Luz. Pureza y mes de mayo iban unidos. En las fiestas de la Virgen, o en mi cumpleaños o santo, por ejemplo, la Madre Prefecta me llamaba a su cuarto y me daba una estampita. Yo había hojeado el misal de Elvira, cuando bajábamos a la capilla, y había visto, escritas por la Madre Prefecta, jaculatorias implorando la pureza. Elvira me quitaba el libro, dándose importancia. A mí me escribía las cosas que a casi todas, me parecía anodino. Me humillaba ser poco importante y anodina para la Madre Prefecta. Ella seguía sonriéndome en su cuarto con aquella sonrisa sutil, afilada, superior, y yo retrocedía por dentro, defendía algo dentro de mí, no sabía el qué, probablemente nada, pero era aquella nada moviente y esencial lo que defendía de su sonrisa.

—No busques grandes virtudes. No sea desorbitada. La virtud agradable a Dios está al alcance de todos, ¿eh?, ¿eh…? Todos los días, a todas horas. Hacer bien lo que se hace, y ofrecérselo a Dios. ¿Se acuerda usted de San Pedro? «Te amo más que éstos». Pero había sido el único que le negó.

Dije, débilmente:

—Los demás huyeron

y en el momento mismo me di cuenta de que creyó que lo decía intencionadamente. Me miró a los ojos con expresión ofendida, casi incrédula. Con el corazón batiendo pensé lo que ella pensaba, comprendí… la desbandada del colegio, los incendios… (No había querido decir aquello. Yo…). Pero lo superó. Dijo con soma:

—No hay que soñar con heroicidades y posturas a ultranza cuando no son necesarias. Ya Dios pondrá la ocasión si lo desea. ¿Ha pensado usted alguna vez si incluso para algunas almas renunciar a la heroicidad no será más meritorio?

Daba golpecitos con la plegadera de marfil contra la palma de la mano:

—Propóngase usted a sí misma la humildad como ejercicio.

Salía siempre de su cuarto deseosa de que no me llamara en mucho tiempo. Y me llamaba poco, aunque había la visita de todas las noches, breve, pero inevitable. Y al propio tiempo, si acortaba los segundos que estaba en mi camareta me sentía ofendida. Desde la noche en que había ofrecido penitencia por mí, no me atrevía a mirarla cuando se inclinaba

sobre la almohada. Había algo entre las dos que pesaba. Yo estaba llena de preguntas, pero ella con su superioridad no me permitía formularlas; parecía prevenirlas, con sus amplios ademanes seguros, con su sonrisa maquinal, con su conversación como alborozada.

—Ahora a dormirse pronto, ¿eh?, ¿eh?

Y el crucifijo sellándome los labios. Y me dormía pronto, en cuanto se apagaba la luz y se alejaban sus pisadas.

Los sábados por la tarde nos tocaba confesión. Podíamos hacerlo con el Padre Berástegui o con el Padre Santal. El Padre Santal era el Director Espiritual del Colegio: muy alto, huesudo, con la ancha frente abombada, los aladares blancos, la nariz ganchuda, cruzaba el oratorio algo encorvado, con el breviario contra el pecho. Aunque rara vez le veíamos, porque cuando bajábamos a confesarnos solía estar ya dentro. El confesonario allí era una ventana pequeña sin cristal, practicada en un tabique medianero con la sacristía, con una cortinilla de satén negro, así que el Padre y nosotras entrábamos en distinta habitación, y por distinta puerta, una a cada lado del altar de la Virgen. Ni la sacristía ni el cuartito tenían ventana a la calle ni al patio. El Padre se dirigía a la sacristía y se sentaba junto a la ventanita de la pared. Nosotras entrábamos en el cuartito y nos arrodillábamos en el reclinatorio, del otro lado. La cortinilla, a veces, se movía con nuestro aliento, o la em pujábamos con la frente, sin querer. Había, además, una mesa, y encima una palomilla chisporroteando en el aceite dentro de un vaso de cristal rojo, y sobre ella, colgado en la pared, un crucifijo. La luz era, pues, tenue, oscilante y roja. El muro de cal blanca, la cortinilla negra. Deslumbrada, tardaba en habituarme a la penumbra. La voz muy grace del Padre Santal me llegaba desde el otro lado:

—¿Y qué más?

Yo me exprimía. No había nada más. Me daba la sensación de que le importunaba, de que le robaba su tiempo. La Madre Prefecta me había insinuado si no preferiría confesarme con el Padre Berástegui. Era el Padre de las pequeñas.

—No, Madre. Gracias.

Begoña era también muy ligera confesándose. Luz tomaba su tiempo, ni poco ni mucho; cuando empezabas a cansarte de esperar, salía, tranquila, y

se dirigía al banco. Margarita tardaba tanto que al verla entrar ya nos sentábamos con calma. Durante la confesión estaba en la capilla, en el banco detrás de nosotras, la Madre Azpiazu. Había veces que se quedaba una medio entumecida, a fuerza de esperar; Margarita salía al rojo vivo. Procurábamos cogerle la vez, entrar antes que ella. Elvira salía con los ojos bajos, a través del velo se transparentaban las gordas trenzas retiradas sobre la espalda, pestañeando al pasar delante de nosotras. La falda tableada se le desparramaba al hacer la genuflexión ante la barandilla del comulgatorio —nos quitábamos los blusones para bajar a la capilla—. Su falda se le agitaba, se le abría al andar, por más que hiciera, era, quizá, la manera suya de moverse, su vaivén.

—Compostura —solía susurrar la Madre Prefecta cuando pasaba la fila, mirando hacia ella.

Muchas veces no sabía de qué confesarme y esperaba a que el Padre me preguntara. Tenía una oscura habilidad para sondearte, para penetrar adentro y sacar tu imperfección. Me preguntaba:

—¿Tiene pensamientos sucios, torpes?

—Sí, Padre.

—¿Sobre alguien o sobre sí misma?

—Perdone, no he comprendido bien…

Se detenía un momento.

—¿Cuántos años tiene?

—He cumplido once

Volvía a callarse.

—¿Por qué ha contestado que sí?

—No sé, Padre. Pensamientos torpes sí que tengo, me parece…

—¿A qué llama pensamientos torpes?

Me sudaban las manos.

—¿Ha pensado sobre sí misma con complacencia… sobre alguna parte de su cuerpo?

Hablaba como pensándolo mucho, como con cuidado, como una voz ciega que tanteara la oscuridad de las palabras.

—No.

Yo misma percibía mi asombro. El Padre quedaba un segundo en silencio. Me absolvía.

—*Vade in pace. Dominus sit tecum*… —bajaba un poco la voz—. Y ruega por mí.

Me gustaba aquel ratito en penumbra. La voz grave desde el otro lado, sin cara, sin persona y que me preguntara cosas mías.

La Madre Prefecta me insistió:

—¿No le gustaría confesarse con el Padre Berástegui? Ya ve, Isabel Gauna que es mayor que usted… Es muy comprensivo el Padre Berástegui, entiende muy bien a las niñas.

Me callé, apretando las manos en los bolsillos del delantal. ¿Iba a obligarme? No me obligaba. Rectificó su corazón de latón dorado en el centro de la toca almidonada y habló de otra cosa.

El Padre Berástegui celebraba la misa a diario, nos daba la Comunión a diario, llevaba unas gafas de cristal muy grueso y se acercaba mucho con la Forma, pero un día se le cayó y nos quedamos todas alarmadas. La Madre Prefecta se acercó rápidamente con un purificador, y el Padre Berástegui detuvo la Comunión para colocarlo sobre la Forma caída. No nos tapamos la cara con las manos, y al acabar de darnos la Comunión le vimos acercarse al lugar donde estaba la Hostia bajo el blanco paño, y se puso de rodillas con gran dificultad y la volvió a la patena, mientras musitaba oraciones, y después mojó el purificador en el agua y frotó aquel lugar. Le vimos inclinarse sobre el ara, de espaldas, y comulgar aquella Forma. Durante muchos días mirábamos aquel pedazo de suelo de madera encerada, al otro lado del comulgatorio, como a una zona sagrada. Dios había estado allí.

Aquel año, en Quincuagésima, durante los Ejercicios Espirituales, me fue revelado el pecado de la carne. Vino a darnos los Ejercicios el Padre Verguer, precedido de una gran fama; nos habían hablado de él largamente en los recreos.

—Creo que es fuertísimo —dijo Luz.

—Tienen que ir preparándose para el mundo, para sus peligros —contestó la Madre Prefecta—. Los Padres Jesuitas son ahora partidarios de hablar claro, sin rodeos. No siempre van a estar entre estas paredes.

—Como está ahora el mundo, sabe Dios con lo que se van a enfrentar —explicó la Madre Hornedo en el recreo del domingo.

—Creo que ha convertido a no sé cuánta gente…

—Esperamos que se note en la vida espiritual del colegio.

Entramos en la capilla para oír su primera plática con gran curiosidad. Pero las monjas no debían de haber calculado su rotunda manera de exponer el mal, de advertir las tentaciones, porque en seguida, ya desde el día segundo, empezaron a hacer distinciones y a la plática de las doce bajaron sólo las mayores. Las mirábamos intrigadas y fastidiadas por haber sido eliminadas nosotras. Subían sin mirarse a la cara, trastornadas, y salían al monte, bajo la marquesina, con sus cuadernos de hule negro —nos daban uno a todas al empezar los Ejercicios para que apuntáramos el resumen de las meditaciones y nuestros propósitos—. Algunas pedían para ir a la tribuna, a la iglesia grande.

—No. Al monte. Les conviene tomar el aire, todo el día encerradas.

El Padre Verguer hablaba como si nos riñese, como si quisiera despertamos. Parecía decir: «¿Qué os habéis creído que es esto?». Y «esto» era la vida o el ser cristianos. Pero de la vida yo no le oí.

Se organizó la confesión general con tiempo, en etapas. Las mayores quedaron para lo último. Luz bajó a hablar con el Padre Verguer en el recibidor, cara a cara.

A mí me tocó confesarme al tercer día, después del Angelus.

—¿Has pecado alguna vez mortalmente?

—No, Padre. Bueno, creo que no.

Se paró medio segundo.

—Vamos a ver: ¿sí o no? ¿Tú sabes qué es necesario para que un pecado sea mortal?

—Conocimiento, consentimiento, voluntad.

—Contéstame ahora: ¿has pecado gravemente?

—Creo que no…

—¿Qué años tienes?

—Once.

—Vamos a ver, ¿te has mirado las partes de tu cuerpo cuando estás sola, en el baño, en la cama, al desnudarte?

Sentí que me asfixiaba. Oía los golpes de mi corazón.

—¿Has llevado la mano a las partes feas de tu cuerpo?

—¿Cómo?

No sabía. No sabía nada. Era como un vapor caliginoso y ardiente que amenazaba ahogarme.

—¿Has mirado a tus compañeras o a tus hermanitos, cuando se desnudan? ¿Has encontrado placer en ello?

Tenía ganas de llorar. Apoyar la cabeza sobre el brazo y ponerme a llorar. Me sentía inmunda, sucia de cabeza a pies. Eran sus palabras las que me manchaban, las que me perdían: había el mal donde antes no había nada.

Aquel día también yo salí sofocada, con los labios temblorosos, huyendo la mirada de las demás. También yo me desplomé sobre el banco con la cabeza entre las manos, sin poder pensar en aquello que me espantaba.

Por la noche, en la cama, puse las manos bien apartadas de mi cuerpo, de aquel sórdido peligro de mi cuerpo. Y, con la boca sofocada contra la almohada, lloré.

OceanofPDF.com

XXI

Puede decirse que el pecado y el castigo me fueron revelados a un tiempo. Pero entonces no uní la culpa con el exterminio. Aquellos Ejercicios Espirituales nos habían dejado a todas revueltas. Nos hacíamos preguntas a nosotras mismas con ansiedad, nos escudriñábamos. Se notaba fácilmente en nuestra manera de quedarnos en la iglesia, en nuestra abstracción durante el estudio, o en filas. Había desasosiego, y desazón. La Madre Prefecta marcó el ritmo de vida del colegio, acudía ella misma a nuestros recreos, pendiente de la conversación común. Los timbres de las mayores sonaban sin cesar.

El Padre Santal me preguntó:

—¿Hiciste confesión general?

—Sí, Padre.

—¿Has quedado tranquila?

—Sí, Padre.

En el preciso instante de decirlo, sentí que no era verdad. ¿Pero cómo podía explicarme?

—Bueno, Padre… La confesión general…

—No es necesario que la repitas ya. Un poco revuelta, ¿verdad, hija? Esas cosas revuelven. Es una limpieza general del alma. No vuelvas a pensar más en ello.

Inmediatamente se cubrieron con paños morados las figuras de los altares, las vestiduras de los sacerdotes fueron moradas también, los viernes guardábamos abstinencia (caminaba Pedro hacia su negación, Judas hacia su traición y Dios se cubría de tristeza. «Uno de vosotros me va a entregar.»). Pasaron lentos los días de la Pasión con sus ritos funerarios, ceniza, incienso, mortificación, penitencia… «Perdón, oh Dios mío…». Apagaron las velas. Asistimos al Oficio de Tinieblas. De nuevo la inmensa losa sepulcral. «¿Quién me correrá la piedra del sepulcro?». La gran desolación… Y el júbilo radiante del Domingo. «Al amanecer fueron las

mujeres…». Lo leíamos en el misal. Seguíamos desde la tribuna los Oficios en la iglesia grande, estaban los sacerdotes ya de blanco, ya los manteles limpísimos sobre el altar, ya las luces encendidas en el Gloria. La voz de Elvira había dado calor estremecido al coro, la habíamos distinguido entre todas. Salimos de la tribuna con la expresión de quien ha terminado una larga vigilia, de quien se ha vuelto a encontrar. La Madre Prefecta nos esperaba en lo alto de la escalerilla de caracol. Sonreía, con la mano sobre su corazón dorado, resplandeciente. Decía:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

casi sin levantar la voz, con júbilo contenido, y dio una palmada para que dispersásemos la fila.

—Pueden bajar hablando al comedor.

Todo parecía bueno otra vez, todo limpio y brillante. Sobre nosotras, entre tierra y cielo, flotaba el Cuerpo de Dios, con su blancura de Hostia, sin corrupción alguna, con vestiduras como la nieve. Se habían desmayado hasta los guardias puestos por los judíos, «quedaron como muertos». Dios había triunfado, y su triunfo resultaba nuestro triunfo.

El colegio se equilibró. Volvió a ser el colegio de siempre, sin miradas reconcentradas ni turbación. Regresaron las mediopensionistas y se reanudaron las clases.

El Padre Verguer quedaba relegado, a distancia, como una pesadilla.

Fue entonces, por Pascua florida, cuando Isabel se fue de una manera inesperada y fulminante. Decíamos con el As tete: «Ciertas señales que Dios da como accidentes, muertes repentinas…». Ni nos dimos cuenta de que se había puesto enferma.

Dos días antes, durante la misa —tenía su puesto a mi lado—, estaba yo siguiéndola con el libro cuando me sobresaltó el ruido que hizo al caerse. Me incliné rápidamente hacia ella. La Madre Prefecta se acercó. Estaba encogida debajo del banco como un pelele.

—Miren al altar. No se distraigan. Van a comulgar…

Margarita, tan fuerte, la ayudó a sacarla, y tuvieron que separar un poco el banco para cogerla. La llevaron al patio junto al comedor, mientras nosotras continuábamos.

A veces, las chicas se mareaban en la capilla o en la tribuna, una debilidad con el estómago vacío —decían las monjas—; algunas se sentaban un rato en el banco, a otras les daba tiempo a levantarse y salir.

Durante los largos oficios Teresa Alzola se había mareado. Primero estaba muy pálida, y a la media hora se incorporaba a filas, como siempre.

No vimos a Isabel durante la mañana, pero ni nos dimos cuenta. A la hora de comer entró al comedor con nosotras, un poco ojerosa, sonriendo con esfuerzo, cuando Elvira le dio con el pie por debajo de la mesa para preguntarle con la mirada: «¿Qué hay?».

Pasó esa tarde y el día siguiente entero, y al otro, después de la oración de la mañana, antes de misa, la Madre Prefecta se adelantó hasta la barandilla del altar y se volvió al colegio reunido:

—Ofrezcan la Comunión por una de sus compañeras que está enferma. La estarán operando ahora.

Fue como un golpe brutal en el pecho. ¡Una de nosotras! Su puesto a mi lado vacío, no dudé un momento. Hubo en la capilla un recogimiento especial, la sonrisa encogida de Isabel planeaba sobre nosotras.

En filas, a la salida del comedor, mientras subíamos la escalera, corrió la noticia de unas a otras. Las mediopensionistas estaban al corriente por doña Asunción.

—Le dio un ataque de apendicitis ayer por la tarde.

¿Por la tarde? ¿No había estado en el estudio? Ni lo había notado…

—El médico dijo que operar en caliente.

—La Madre Prefecta se pasó media noche poniéndole bolsas de hielo, al lado de ella todo el tiempo.

—Vino una ambulancia desde Santander.

—A mamá también la operaron de apendicitis, y ya ves…

—Dice doña Asunción que en la camilla le castañeteaban los dientes.

—¿Por qué?

Luz dijo:

—Santi está operado y a los ocho días estaba en el colegio otra vez.

Marchamos a clase más tranquilas.

Me chocó la Madre Azpiazu. Nos dejó hablar de Isabel en clase, nos habló ella misma.

—Es una operación que se hace todos los días. Todo el mundo se opera de apéndice. Por lo visto le dolía, pero se aguantó. Es tan tímida. Tienen que acostumbrarse a decirlo todo, todo, sin falsas vergüenzas, desde el primer momento. En el colegio reemplazamos a sus familias.

La Madre Azpiazu así… Con su toca hundida hasta las cejas, su voz gruesa y aquellos granos por la cara.

A ninguna se nos ocurrió que pudiera pasarle nada a Isabel, nada definitivo.

Siguieron las clases, la comida, los recreos. En el de la noche Luz preguntó a la Madre Vergara:

—¿Qué tal Isabel?

—Un poco mejor. Las primeras cuarenta y ocho horas…

—¿Por qué no se quejaría?

Eran las once de la mañana siguiente, estaba en el estudio, cuando oí un fuerte carraspeo del lado de Elvira. Miré. Elvira no estaba, pero Begoña mirándome con una cara extraña, dejó caer un papel en dirección a mi pupitre. Me levanté y pedí permiso para recogerlo. La Madre Monleón me autorizó con un movimiento de cabeza, y recogí el papel. Lo puse sobre el pupitre, sin leerlo en el acto, para que la Madre Monleón no desconfiara. «Isabel se ha muerto». Recuerdo perfectamente que vi más oscuro durante una fracción de segundo, como si del golpe interno me quedara sin luz. Volví a acercarme el papel sin acordarme de la monja. «Isabel se ha muerto». Miré hacia Begoña, que se sonaba con la cara hundida en el pañuelo. Sentía seca la garganta. No sabía lo que era aquello. «Isabel se ha muerto». Me di cuenta entonces de que faltaban Margarita y Luz. Delante de mí, junto al pupitre de Luz, el pupitre cerrado de Isabel Gauna. Se ha muerto. Qué difícil de comprender. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Pero no decían que…? La Madre Vergara entró en el estudio. Se formaron las filas y bajamos a la capilla. No se nos dijo que había muerto. (A lo mejor. A lo mejor…). Salió el Padre Berástegui revestido de blanco y oro, y ofició una misa de gloria. Oí a media misa y al final de ella, entre unas oraciones que rezó, rodeado de latines, el nombre de Isabel. Se oía llorar a alguna niña. «Tu sierva Isabel…». Así, de repente. Sin apelación. Yo tenía la cabeza entre las manos (¡Isabel! ¡Isabel!); procuraba acordarme bien de ella, y por

un extraño juego de la imaginación se me había borrado por completo. Me pesaba, me dolía (¡ay, cómo me dolía!) no haberme dado cuenta, no haberla hecho caso, haberla dicho —no había sido yo, pero habíamos sido todas— «Tú entretén a la Madre Clark» como si fuese nuestra sierva. Y su sonrisa desconcertada porque no entendía el inglés. Isabel que caminaba delante de mí en filas —¿desde cuándo?— me parecía que desde siempre. Desde siempre —y me daba frío—, había caminado aquella joven muerte delante de mí, el borde de nuestras faldas se habían rozado; «una señal o un signo para alguien»… ¿Para mí? Dios mío… Se le escurría un mechón de pelo de su pasador de concha. Se apuraba si hablaba Elvira conmigo. Elvira la quería. (Qué bien, haberla querido como Elvira. Qué tranquilidad). Había estado aquellos meses tan cerca de mí, pegada a mi lado, en la capilla, en filas; delante de mí en el estudio, al lado de Margarita; frente a mí en las camaretas —los domingos con su banda azul; qué gusto la banda azul para ella, se la había llevado— y no me había dado cuenta… Una señal, un signo… No tenía nada. Nada de particular. Nada. Era una niña del montón, como tantas. (No como tantas. ¿Por qué le habían dado tan pronto la banda? Las Madres no podían prever «esto», algo habrían visto en ella que se me escapó…).

Isabel corriendo con compostura porque la pelota se había salido de la pista, agachándose (dolor, vergüenza por mí misma). «Espíritu de obediencia. Ya ve usted, Isabel Gauna… Cuando obedecer es un goce». ¿Se había confesado? ¿Cómo, cómo estaba ahora? ¿Qué era la muerte? ¿Qué se sentía? ¿Cómo se ponía?

No había oído ningún ruido en las camaretas la víspera. La habían trasladado a la enfermería, al lado del baño, arriba, junto la clausura. Toda la noche la Madre Prefecta cambiándole las bolsas de hielo. Se la llevaron de madrugada, sin ruido, sin despertarnos.

OceanofPDF.com

XXII

Después descubrimos a Isabel Gauna. Cuando ya no estaba se habló de sus virtudes, de su importancia. Me sentí confundida por no haberme dado cuenta a tiempo. En los recreos, se nos contaron detalles de su muerte y, lo que resultaba más asombroso, detalles de su vida. Porque aquellos detalles a veces no concordaban con mi recuerdo de Isabel. Pero el recuerdo acabó siendo aquello que contaban, y su verdadera imagen borrosa, gris, como pidiendo perdón por existir y estar entre nosotras, desapareció para el colegio. Fue sustituida por la imagen de una criatura ideal, de otra suerte conmovedora.

—El Padre Berástegui le impuso, en sus últimos momentos, la medalla de Hija de María.

—Qué júbilo al verse con su Madre en el cielo.

Yo pregunté:

—¿Qué dijo?

La Madre Prefecta no debió de oírme porque siguió explicando otras cosas.

—Era una virtud perfecta de lo humilde, de lo cotidiano. Había recorrido en tan poco tiempo tan gran camino, que había llegado a la meta cuando otras empiezan.

Fuimos llamadas las internas una a una al recibidor de las monjas para hablar con el Padre Berástegui.

—Va usted a decir la verdad, como si estuviera ante Dios.

Hablaban de ella ya como de una bienaventurada.

—Cuénteme todo lo que pueda recordar de Isabel Gauna.

—…

—Si alguna vez la vio usted en falta.

—No, Padre.

—Si observó algún acto en ella distinto de los demás, algo sobresaliente.

—Se apuraba si hablábamos en fila.

—¿Hablaba ella?

—No. Pero se le notaba que estaba sobre ascuas. Al principio nos reíamos…

Lo dije con profundísimo dolor.

—¿Se dio ella cuenta de que se reían?

—Supongo que sí. Como todas las nuevas. Mientras cogen las costumbres.

—¿Y se enfadaba porque se reían?

—No nos reíamos mucho, era así… Un poco de risa por los apuros que pasaba.

—Usted estaba a su lado en la capilla.

Levanté la cabeza como si me hubiese tocado el puesto de los elegidos. ¡Pero qué indigna de él!

—Sí, Padre. También en filas. Iba justo delante de mí —se me llenó la garganta de lágrimas—, porque éramos casi igual de altas.

—No hay que llorar. Es un ángel en el cielo.

—¿Qué hacía durante la misa, durante las oraciones? ¿Puede recordar?

—Cada una miramos a nuestro misal o al altar. Sin mirar veía un poco el velo que se ponía muy echado sobre la cara, pero así… mirarla… La veía más en filas. ¡Ah!

—¿Se acuerda de algo nuevo? Procure recordar.

—Hizo la función de Navidad con nosotras. Estaba en mi grupo.

—¿Y…?

—Nada. Estaba así, de pie, yo tenía una rodilla en tierra, y estaba muy echada encima de mí…

Me atragantaba.

—… con la mano en el cayado, la otra así, inclinándose hacia el Niño. No se movía nada. A las demás nos tenía que decir la Madre Hornedo: «Vuelva a ponerse bien. Ha cambiado de postura». Le decíamos: «Madre, es que me canso».

—¿Y ella no?

—Ella no.

—¿No puede acordarse de alguna otra cosa? Las Madres van a escribir un folleto con su vida para que les sirva de ejemplo; conviene recoger en él todo lo que hizo. O lo que dijo. ¿Se acuerda de palabras suyas?

—Sí. Claro.

—A ver…

—No sé —decía desesperanzada.

Confusamente me parecía recordar que había dicho —¿o lo había dicho otra?— que tenía un hermano. No sabía si debía repetirlo. Además no estaba muy segura de que hubiera sido ella o de que se hubieran enterado las demás.

—Era una colegiala modelo. En estos últimos Ejercicios el propio Padre Verguer quedó asombrado de su inocencia total. Pasaba por las cosas sin ver más que lo puro de ellas.

Isabel Gauna… Yo veía su mano delgada recogiéndose el mechón trigueño, abriendo y cerrando el pasador de concha. «Isabel, hoy no le hemos oído el metal de voz». El débil gallo al empezar a hablar. «¿Qué quiere que le diga, Madre?». No decía nada y nos sonreía siempre como agradecida. Ésa era la sensación: agradecida de estar entre nosotras, hacia los demás.

—Es una pena que no se haya usted fijado más.

¿Qué diría Elvira? Tenía los párpados rojos, hinchadísimos, la boca y la cara tumefactas de tanto llorar al atardecer de aquel día, cuando volvieron al colegio. Porque Margarita, Luz y Elvira habían ido, en representación de las internas, a rezar ante ella. Las tres tenían cara de haber llorado, la que menos Luz y fue la única que contó algo, durante el recreo de la noche, con la Madre Prefecta presente.

—La cinta azul sobre el uniforme blanco de gala, con la medalla sobre el pecho. Sus padres estaban como atontados, y su madre decía al hermano: «Mete a tu padre en aquel cuarto, que no desbarre».

La Madre Prefecta rápidamente cambiaba la conversación.

—De ella, háblenos de ella. Todas quieren saber… Ustedes fueron en nombre de todas y desde el cielo le habrá gustado ver a sus compañeras allí.

—Sonreiría —dijo Begoña. Y se echó a llorar ahogando los sollozos en el pañuelo.

Elvira se tapó la cara con las manos.

—Qué paz estar a bien con Dios. ¿Ven? Su compañera se ha ido, dulcemente, al encuentro de Dios, sin temor ninguno.

—¿Se dio cuenta, Madre?

—Le llevaron la Comunión a la cama, una partícula, no podía pasar más. El Padre Berástegui quedó edificado.

—¿Cómo estaba? —preguntó Tere Alzola a Luz.

Y Luz titubeó. Dijo:

—No se puede explicar. De blanco, con el uniforme de gala…

—¿Pero ella? ¿Ella?

—Tan blanca, más blanca que el uniforme.

—¿Le cambió mucho la cara?

La Madre Prefecta dijo:

—¿Qué importa eso? No anden detrás de esos detalles, cuando lo que se le transfiguró fue el alma. La cara se queda aquí.

Me miró. Dijo:

—Pasto de gusanos.

Oírlo me hizo una impresión brutal. Aunque lo sabíamos. Pero me había dado tiempo a oír a Luz como contestación a Teresa:

—Sí.

Nos enteramos de que había tenido dolores horrorosos cuando el pus le invadió el vientre y que no se había quejado.

—Las Hermanitas estaban asombradas. No pidió ni que le ahuecaran una almohada, no pidió ni una gota de agua, aunque tenía que estar, como todos los operados, abrasada de sed.

Todo aquello fue publicado en el folleto. Y la Madre Prefecta repartió a las internas unas hojitas de papel crema con un mechoncito de pelo trigueño cosido a la hoja con seda azul. Debajo la letra floreada de la Madre Hornedo había escrito: «Cabellos de Isabel Gauna que subió al Cielo en los brazos de la Santísima Virgen…». Y después: *El justo, aunque muera antes de tiempo, tendrá descanso, pues la edad no es madura por los muchos días; ni se mide por la cifra de los años: para los hombres, la inteligencia es como las canas, y una vida sin mancha es edad venerable… Agradó a Dios y Él la quiso, y se la llevó, porque vivía entre pecadores… Fue*

arrebatada para que la malicia no cambiara su mente, ni el engaño sedujera su alma, pues el hechizo del mal oscurece el bien, y la agitación de la codicia daña el ánimo puro. Llegada pronto a plenitud, ha cumplido largos años; su alma era grata al Señor: por eso salió de prisa de en medio de la maldad.

Sentí como si me atravesaran cuando fui llamada al cuarto de la Madre Prefecta, y estaba la hoja con su cabello allí, y al principio no me di cuenta de lo que era hasta que me dijo:

—Tome. Este recuerdo de nuestra santita.

Lo cogí temblándome la mano. Vi aquel pelo, que así, tan corto y tan poco, parecía más rubio de lo que recordaba. No pregunté: «¿Quién se lo cortó?». Me parecía mal que se lo hubiesen cortado. (Ella, de estar viva, hubiese sonreído).

Agradó a Dios y É l la quiso y se la llevó, porque vivía entre pecadores… Llegada pronto a plenitud, ha cumplido largos años…

Con el tiempo se me olvidó que era el pelo de una niña de verdad que había vivido junto a mí, y lo tenía entre las estampas como una estampa más, como una cosa figurada, muerta.

OceanofPDF.com

XXIII

Sentí salir del colegio aquel verano, como si me dejara algo detrás. El reparto de premios transcurrió igual que siempre. Luz bajó por su Banda de honor y subió tremolando sus flecos al aire. La segunda Banda fue declarada desierta: para conseguirla a fin de curso había que haber tenido sin interrupción la Banda azul. Saltaron a la Banda rosa de las pequeñas y se acercó por ella Ina Salazar. Estábamos en el escenario iluminado, con nuestros uniformes blancos de gala, las piernas juntas, los libros de premio sobre las rodillas. Tuve sólo dos premios: Religión y Orden. El de Orden me fastidiaba, porque, pese a su importancia, Orden y Gimnasia eran dos premios de consolación.

Cuando oí:

—Religión: Tadea Vázquez

me levanté maquinalmente. No lo había esperado aquel año. La Madre Prefecta sonreía con serenidad y dijo algo a la Madre Superiora sobre mí, que no oí enteramente. Me zumbaban los oídos. Escuché:

—… Nuevo Testamento.

—Muy bien. Muy bien —decía la Madre Superiora.

Cuando me senté de nuevo procuré reconstruir qué habría podido decir de mí. «Nuevo Testamento». Volví la cabeza hacia ella que no me miraba, atenta a la Superiora, diciéndole una palabra sobre cada niña. ¿Cuándo había hablado yo con ella del Nuevo…? «Los demás huyeron». Aquellas palabras que durante unos días temí que se volvieran contra mí. «Yo que temía que… Y mientras tanto…».

Sentada a mi lado, cada vez que Elvira se levantaba había un remolino de vuelos plisados. Su padre estaba abajo, en las sillas del salón de actos. Los zapatos de charol de Elvira crujían. Labores, piano, inglés… Pestañeaba de prisa y pasaba delante de mí, quitándome un momento la vista con el revuelo de su blanca falda. Fue durante todo este acto cuando sentí como un pellizco dentro del pecho, una ansiedad triste. No quería

quedarme, pero me gustaría que faltase todavía un mes del curso. Alcé los ojos y vi entre bastidores a la Madre Azpiazu, observándonos. Instintivamente, puse los pies bien juntos. No tenía ganas de mirar a la gente del salón. Luz se acercó a la imagen de la Virgen, y dijo su poesía. La recitaba de memoria, con las manos descansando en su medalla ancha de congregante. Habían apagado las luces del salón y sólo quedábamos nosotras iluminadas. Luz tenía una voz templada y recitaba con serenidad. Al terminar avanzaba hacia su puesto junto a Margarita, pero ya no se sentaba, sino que nos levantábamos las demás y cantábamos juntas el Adiós. «Adiós, Madre querida, Adiós, Adiós». No sé por qué sentía la garganta tan apretada, tan estrecha, como si fuera un adiós irremediable. Dentro de tres meses volvería.

Las niñas empezaron a bajar en orden hacia el salón y me fui entre bastidores hacia las escaleras.

—¿No se encuentra bien? —preguntó la Hermana Aralar, que estaba en el pasillo de las camaretas mirándome a la cara.

—Sí, Hermana.

—¿Un poco de pena por marcharse? Todas lo mismo… Tres meses pasan volando.

No sé por qué hice aquello, no había pensado nunca en hacerlo. Bajé ya con la cartera de los libros y la boina en la mano hacia los recibidores, convertidos en salón de actos —se unían los tres recibidores quitándoles aquellas mamparas de madera y cristal que normalmente los dividían—. Había gente de paisano, runrún de conversaciones, niñas enseñándose los premios, despidiéndose de la Madre Vergara, de la Madre Prefecta, de la Madre Hornedo, como si no supieran despegarse de allí. Recomendaciones. Las pequeñas corrían junto a la Madre Azpiazu; la Madre Monleón, cerca de la puerta, despedía a las visitas: era el día en que todas nuestras profesoras se mezclaban con nosotras para saludar a nuestras familias. Vi a la Madre Clark sola, junto a la escalera, con su aire de pájaro arrugado y perdido, como si no supiese qué hacer, como si estuviese allí por obligación, aunque nadie la esperaba. Rápidamente me acerqué a ella, cogí su ceñidor y lo besé. Se sobresaltó y se hizo atrás, instintivamente retiró el ceñidor.

—*Oh you*…

Me miró, le temblaron un poco los labios, dijo:

—*How a nice girl*.

Se le había puesto la nariz roja. Entre labios añadió, muy bajo:

—*God bless you*…

Me fui de prisa porque no quería echarme a llorar.

Aunque otras lo hacían. Lo hacían para que las vieran y las Madres parecían satisfechas delante de las familias porque las niñas llorasen.

—¿Han venido a buscarla? —me preguntó la Madre Prefecta al verme—. ¿O se va en el coche del colegio?

Sonrió.

—Que sea usted muy buena. Que no olvide sus propósitos —sonreía con complicidad, como si los conociera.

Me tendió su crucifijo a besar.

—No olvide el examen de conciencia.

Me miraba fijamente.

—Hasta la vuelta, Madre.

Me pareció que iba a venir tras de mí, pero Begoña la llamó:

—Madre, dice mamá…

Estaba la puerta de la capilla abierta. Asomé la cabeza. La capilla tranquila, a oscuras, sólo encendida la coronita en torno a la cabeza de la Virgen. Me di media vuelta y me marché.

OceanofPDF.com

XXIV

Los primos no habían llegado aún. Ana no vendría. No le sentaba bien el clima del norte. Sus hermanos tardarían quince días en llegar: «por dejar menos a Andrés solo», explicaba la abuela a don Luciano.

—Hace bien. Hace bien —replicaba don Luciano, abotagado.

Yo estaba dispuesta a seguir los propósitos que había hecho en el colegio: «Bendición todos los días. Vida de piedad. Algún deber. Examen. Manga hasta el codo». Qué difícil, si bajábamos a la gasolinera, si nos bañábamos. Volvía a decirme firme: «Manga hasta el codo. Aunque se rían los demás». Y me parecía que había vencido a alguien.

Antes de llegar los primos ordené mi vida. Acudía a misa de ocho en los Salesianos, leía en casa *Historia de un alma*… me sobraba tiempo. Iba al jardín, pero no corría con los brazos abiertos, impulsivamente, avenidas abajo hasta los plátanos, frenando con los pies poco a poco antes de llegar, no me tumbaba sobre la hierba delante de los macizos de dalias, en donde nadie podía verme desde la casa por la altura del macizo. Ni siquiera se me ocurrió entrar en el pozo. Bajaba a la huerta, miraba a la ciudad desde el muro, acodada en él veía la bahía; no tenía nada que hacer. Comía en el comedor grande con la abuela, después subía con ella al cuarto de estar. Todavía no se habían sacado los muebles de mimbre negro a la terraza: los vi abajo, en la arcada que llevaba al sótano, y a Venancio dándoles una nueva capa de pintura. A las cinco, bendición del Santísimo. Iba de nuevo a los Salesianos. Había muchísimos chicos en la iglesia, porque aún no les habían dado vacaciones. Algunos se volvían desde su banco para mirar hacia atrás a las personas que acudíamos de fuera. (Por la mañana, al acercarme a comulgar por el pasillito entre los bancos, con las manos enlazadas sobre el pecho, miraba fija delante de mí, pensando que todos aquellos chicos me miraban. Era como un vaivén interior que terminaba al llegar al comulgatorio, pero era sólo una tregua brevísima, para reanudarse en el camino de vuelta. No podía pensar en nada, ni en Dios ni en nada, tal

era mi zozobra. Al llegar al banco, como quien grita: «Puerto», me tapaba de prisa la cara entre las manos y tardaba un momento en aquietarme). A la salida esperaba a no oír ya el rumor de las filas por el claustro para salir a mi vez, cruzar el patio velozmente; la puerta que daba al paseo del Alta era como el balancín de mi tranquilidad. Alguna vez quedaba por el claustro algún chico rezagado o que iba a cualquiera cosa, y ya no podía esconderme. Sentía arderme el calor en las mejillas y me dirigía rápidamente a cruzar el patio. «No correr. No correr. Que no lo note». Si eran dos se reían, les oía claramente cuchichear y reírse. ¿No podía ir a otro sitio a la bendición, donde no hubiera hombres? Pero a otro sitio tendría que ir acompañada, aquí estaba al lado de casa.

Patrocinio me decía al verme entrar con la mantilla puesta:

—Qué bien. Da gusto verte.

La abuela me preguntaba:

—¿Vas a la bendición?

pendiente del reloj, de que no se me pasase la hora. Empezó a fastidiarme la intromisión de los demás. Era una cosa mía, y no tenían por qué meterse. Mientras lo hice porque salió de mí, me apetecía, en cuanto los demás consideraban aquello una norma, una obligación, no sabía cómo zafarme.

Desde el muro de la huerta vi en la bahía un crucero empavesado, rodeado de otros navíos, también con banderolas. Me recordó la feria en la alameda, sólo que allí, en la mar. Pura estaba acodada mirándolo y Venancio a su lado.

—¿Verdad que está bonito? —me preguntó Pura—. Si le llegas a ver entrar…

—¿Qué es?

—El *Miguel de Cervantes*. Ha traído a Alcalá Zamora. ¡Al Presidente de la República!

—Cuando lo vea Millán… —dijo Venancio. Y escupió a la tierra. Siempre rascaba la garganta y después escupía. Pero parecía contento. Era un día placidísimo.

Pura dijo:

—Cuando lo vea Millán…

acodada sobre el muro, con los ojos pendientes de aquel barco empavesado como si trajese algo para ellos.

Hasta nuestra casa llegó el eco del barco. Tomasa andaba soliviantada, chillando en la cocina, y Patrocinio y Francisca discutían con ella. Obdulia, como siempre, no se metía en nada:

—Bueno, mujer, qué ganas tenéis de bronca. Dejadla.

Y a Patrocinio:

—Habla por boca del marido. ¿Qué quieres que diga?

Hasta el cuarto de estar llegaron las voces. La abuela me miró, dijo:

—Discuten.

Vimos desde allí salir a Millán, sin uniforme. No era domingo.

—¿Quién era, tú?

—Millán.

Patrocinio entró más tarde con cara compungida y preguntó:

—¿Qué le parece, señora, se ha enterado? ¡Dios mío…!

Y la abuela se quedó mirándola sin decir sí ni no, impávida.

—Creo que lo saquearon todo, robaron hasta las cortinas, iban todos con las botellas que se llevaron de allí… Menos mal que no está el señorito. Prendieron fuego…

Me vio mirándola.

—Al Club Marítimo, hija. ¿Qué daño les hacía? Pues lo deshicieron ayer. ¡Jesús! ¡Jesús!

Se restregaba los labios.

—Y sólo porque las casas del Muelle tenían los balcones cerrados cuando llegó el barco ese —dijo con desprecio— y no los abrieron.

La abuela comentó:

—Éstas son cosas para los hombres, Patrocinio.

Oí chillar en la cocina a Tomasa con Francisca, pero no entré.

Llegaron los primos y Odón venía con una graciosísima voz destemplada, a ratos de bajo profundo, a ratos pituda: a veces yo me volvía por si había entrado algún hombre en la terraza sin darnos cuenta. Era él. Nos reíamos, Clota y yo, le decíamos:

—Hijo, Jesús, qué susto, tienes una voz…

—¿Qué queréis, que hable como vosotras? Estúpidas.

Nos divertía Odón, que seguía con su pantalón corto de anchas perneras, y unas piernas membrudas llenas de vello, que se le salía la nuez por encima de las camisas «Lacoste» amarillas o azulonas, entreabiertas, que parecía siempre sucio con aquellos pelos a lo largo de las mejillas, con el bozo oscuro sobre los labios abultados. Porque tenía la boca abultada, la nariz más hinchada, crecida, todo él como embrutecido. Se lo noté al llegar, tan distinto; luego me habitué a verle y ya no pensé en cómo era antes.

Tía Concha, con canas entre el pelo. Le brillaban al sol, en la terraza. Se vestía con telas vaporosas, de colores claros. Dijo:

—Esta niña no ha crecido.

No me gustaba que me mirasen.

—Pero está más delgada. Andan haciendo dengues con la comida y a estas edades no se puede hacer tonterías. Hay que comer de todo. ¿O han sido los atracones de última hora?

Parecía contenta porque Clota había aprobado el curso. Odón traía dos asignaturas suspensas.

—Estudia, hijo.

—Hombre, mamá…

Se ablandaba. Le miraba y se ablandaba.

—Bueno, te dejo ocho días de descanso completo. Pero que no se entere tu padre. Después no me pidas que te deje, que no te dejaré.

Odón la besuqueaba.

—Hace lo que quiere con mamá —me decía Clota—. Como es chico.

Montaba en bicicleta dándole a los pedales velozmente, dejándose ir por las avenidas abajo; frenaba con los pies. No tocaba el timbre. Hacía con la garganta:

—¡Uha! ¡Uha! ¡Uha!

Y te apartabas porque, si no, te pillaba, que iba en serio. Las primeras veces nos tumbó con la bicicleta, y llevábamos las piernas y los brazos llenos de raspaduras.

—Me has roto el esternón —decía Clota. Y tosía.

A mí me había hecho daño en el pecho, pero no dije nada.

Empezó también a parar poco en casa. Se ataba el jersey por las mangas sobre los hombros:

—Me voy a estudiar con Olivera.

Daba un beso a su madre. La besuqueaba paseándole los labios cerrados por la mejilla.

—¿Me das…?

—¿Otra vez? De ninguna manera. ¿En qué gastas tú el dinero?

—Hombre, venga, mamá, no voy a llevar la merienda envuelta… Y a la salida algunas veces vamos al cine.

Pero yo sabía que llevaba un bocadillo en el bolsillo del pantalón.

—Que sea la última vez.

La propia tía Concha se reía:

—Bueno, que te dure lo más posible. Y me haces cuentas, ¿entiendes? Me haces cuentas.

Volvía a decir:

—Sí, mamá.

Y la besaba con fuerza. O le decía:

—Gracias, guapa.

Y tía Concha quedaba un rato con la cara risueña.

Habían venido a veranear compañeros suyos del colegio, y algunas veces, muy pocas, vinieron hasta casa a buscarle.

—Vosotras no salgáis —nos decía terminantemente—. No tenéis que salir.

—¿Por qué? —decía Clota.

—No tenéis nada que hacer con mis amigos, sois unas bobas.

Otra vez dijo:

—No quiero bromitas luego.

Clota y yo atisbábamos desde la ventana del cuarto de estar a los amigos de Odón. Parecían serios y envarados al entrar en el jardín, iban muy pegados unos a otros, y acercaban mucho la cabeza para hablar.

Odón subía con ellos a recoger su jersey en el cuarto del piso alto; dormía ahora solo en el enorme cuarto que había sido el nuestro de pequeñas.

Subían por la escalera grande e iban encogidos hasta que llegaban al cuarto de Odón. Ya al cruzar el patio de cristales del piso de arriba se veían las suelas de los pies veloces. Desde abajo, oíamos las risas de repente, el

ruido como si se tirasen encima de las camas, alguna voz destemplada canturreando.

—Qué tontos —Clota se reía—. ¡Qué tontos son los chicos!

Ponían el gramófono, que era de tía Concha. Cantaban destempladamente:

—*Night and day*

you are the one…

Abajo, Clota y yo lo tarareábamos también.

La abuela estaba en la terraza —desde que llegó tía Concha se colocaron los muebles de mimbre con sus almohadones de lona—, y todo tomó su aire de verano. Tía Concha me preguntó:

—¿Pero tú no ibas a la bendición todos los días? Que no digan luego que por estar con tu prima…

Bajaba los ojos, fastidiada.

—¿Pero tú no ibas a la bendición todos los días? —me preguntó Odón atiplando la voz, imitando a su madre—. ¿Ibas?

—Si crees que tienes gracia…

—Iba a ver a los niños de los Salesianos —dijo Clota sofocándose de risa.

(A veces, como en una ráfaga, me parecía ver la inmensa Hostia en el viril, cuando desde el jardín nos llegaba el canto del *Tantum Ergo* a través de las ventanas abiertas de la iglesia. Me paraba un momento. Y seguía corriendo).

Tío Juan estaba haciendo un viaje de negocios. «A Alemania» —decía la abuela.

—Pero si su tarjeta es de Lisboa, mamá.

Un largo viaje.

—Estoy deseando que llegue papá para bajar al mar —me dijo Clota.

—Yo también.

Mirábamos aquellos días soleados, tranquilos, en que desde la huerta la mar era como una explanada tersa.

—Mira que tiene gracia. Desaprovechar estos días. Seguro que cuando venga papá lloverá. Fíjate qué día para ir a Las Quebrantas.

Veíamos pasar a los vaporcitos de pasajeros hacia Pedreña; el sol fingía espejos en los cristales. Y aquel arenal allí al fondo, medio desierto, medio isla, batido por las gaviotas, inútil.

OceanofPDF.com

XXV

Me bañé con el traje del año anterior, deslucido. Cuando le yi en el cuarto de costura y me lo probé, delante del espejo, dijo Patrocinio:

—Pero la niña decía que quería manga.

Tía Concha me miró. Me puse colorada. La estúpida Patrocinio…

—No le hace falta ninguna.

Llevó la mano a la ancha hombrera caída que tapaba el hombro.

—¿Hay más tela? Está muy decente así.

También Clota aprovechó el bañador del verano pasado.

—Para cuatro días que vais a bajar. Y además, estáis solas.

Todo se me olvidó cuando despegó la gasolinera con su runrún aceitoso que me adormecía, con el sol ventero encima, y aquella paz especial, una paz sobrehumana, una paz de pájaros marinos y de cosas sin fin. Iba materialmente inclinada sobre el agua, o metiendo en ella la mano.

Tío Andrés, se quitó la chaqueta y se quedó con el pantalón y la camiseta de baño, sentado sobre la tarima de popa, manejando el timón. Miraba siempre afilado, conciso, recto, a donde el punto de la proa se levantaba.

—Ven aquí. Aprende —le decía a Odón.

Y Odón se acercaba a regañadientes.

Pescábamos los cámbaros junto a Pedreña —otra vez la huida espatarrada bajo las aguas transparentes—. Odón nos daba un manotazo o nos empujaba si espantábamos a los suyos. Tío Andrés pescaba con plomada y muergo. Tenía los brazos y las manos gordezuelos como Clota, era muy blanco y se ponía rojo y se despellejaba en seguida. Odón, en cambio, más que moreno, se ponía renegrido del sol, y no vi enrojecérsele la piel nunca. El sol ardía en la espalda inclinada cuando llevábamos un rato, era bueno allí.

Se llenaban los cubos, e Hilario decía:

—Recoger los aparejos

riéndose; y enfilábamos hacia el arenal.

Más que estar en el agua me gustaba tirarme sobre la arena, boca abajo, y a Odón también, pero Clota revolvía, corría de la orilla a nosotros, sacudía la toalla, nos echaba arena.

—Venga, idiota. ¡Idiota!

—Está de un genio… Qué raro está —decía Clota—. No se puede hablar con él. Cómo se pone.

Con la cabeza ladeada, apoyada sobre el brazo, yo veía nadar a tío Andrés y alejarse. A veces levantaba el brazo:

—¡Odón!

Y Odón no se movía, aplastado sobre la arena. Otros días se levantaba con desgana, rebozado de arena, y se iba a la mar.

Si llovía o hacía gris no varábamos en el arenal y salíamos directamente hacia Cabo Mayor, pendientes de pasar la barra, con su vaivén; nos sentíamos importantes porque allí empezaba lo que Hilario llamaba la alta mar. Íbamos en silencio o canturreando, con una alegría explosiva cada vez que las olas saltaban sobre nosotros o sacudían la embarcación. Hilario anunciaba desde proa:

—Vamos a bailar un poco.

Mirábamos a tío Andrés que no enmendaba el derrotero. Sabíamos que le gustaba que no tuviésemos miedo, y no lo teníamos con él: seguro, tenaz, preciso en su puesto.

En cuanto nos alejábamos de las playas había como un compañerismo entre todos, como si aquello nos uniera: el mar era enorme, con su movimiento solapado, con su densa profundidad que la barca parecía adivinar, con su extensión sin orillas; la costa estaba lejos, sabíamos que estaba aún más lejos de lo que nos parecía desde allí; el cielo hosco y solitario, y nuestra gasolinera se encabritaba sobre las olas grandes; a veces había un fallo momentáneo del motor, un brevísimo silencio o regurgiteo que hacía acudir a Hilario, descalzo, y levantar la tapa al motor, con cuidado, para que el agua, al romperse contra nosotros, no entrase dentro.

—Cómo salís tan lejos —decía después tía Concha—. Tan lejos… Siempre me quedo asustada.

Y eso que sin ponernos de acuerdo jamás le decíamos hasta dónde habíamos ido ni que la mar estaba levantada.

—¿Hasta dónde fuisteis, Andrés?

—Dimos una vuelta.

Se marchaba a mudarse.

—Ven acá, Clota: ¿hasta dónde salisteis?

—No sé, mamá. No sé cómo se llama.

Abría las manos:

—La península de la Magdalena, un poco más por allá…

—¿No perdisteis de vista las playas? ¿Seguro?

—Pero si se iba muy bien… Nos mojamos un poco.

Odón se callaba. O le decía, besuqueándola:

—Venga, madre, ¿por qué preguntas?

Y parecía mayor que ella.

—A tu padre le gusta el peligro. Claro —corrigió de prisa—, porque sabe que lo puede vencer, porque tiene conocimiento.

—No había ningún peligro, eso te aseguro que no.

Cogió la mano del hijo, que se sacudió.

—Deja.

Había días grises y lluviosos y salíamos igualmente, pero dábamos la vuelta antes, a la altura de la primera playa. Ver llover en la mar era un espectáculo extraordinario. El agua en el agua, sin ruido alguno, punteando como agujas de agua la mar, y disolviéndose, fundiéndose en ella. Sin frío ninguno, si no hacía viento. Todo era gris en torno. Las Quebrantas se cubrían de una niebla espesa, una faja blanca que empezaba a ras de arena, desde la mar, y subía, subía, las devoraba: ya no las veíamos. El patrón Hilario volvía la cabeza desde proa, en donde iba medio sentado, y miraba a tío Andrés:

—Ya. Viramos.

Y dábamos la vuelta. Dar la vuelta nos divertía, era el momento en que la lancha bailaba.

—No moverse —decía el tío Andrés.

Tomaba muy bien las olas de costado, y nos chorreaba el agua por la cara.

—Mira yo qué pelos —decía Clota.

Se lo decía a su madre, con risa.

—Mira cómo vengo…

—¿Dónde sacaste a los niños, con el día que hace? Vienen calados.

—Buenos marineros —contestó tío Andrés, risueño. Yo iba hacia mi cuarto y me sentí orgullosa.

Tía Concha le dijo algo, y oí:

—… te gusta el riesgo.

Y tío Andrés:

—Pues si ya lo sabes…

Temblé por nuestras salidas a la mar. Pero siempre que tío Andrés lo dispuso salimos con él. Aunque aquel año bajamos menos o se nos pasó el tiempo antes.

Tío Juan llegó de su viaje un día a media mañana. Estaba tostadísimo, con los ojos más claros.

—Qué bien te ha probado el viaje —dijo tía Concha—. Mírale qué rejuvenecido.

—¿Lo has pasado bien, Juan?

—Muy bien. Ya os contaré.

Se volvió al tío Andrés y le dio una palmada en el hombro.

—¿Qué hay, pollo? —preguntó el tío Andrés.

—Bien. Muy útiles estos viajes, de cuando en cuando; he resuelto varias cosas de interés. ¿Y aquí? Ya leí en los periódicos la intentona del día diez.

—Nada. Una militarada.

—¿Estabas ya aquí?

—Sí. Ni nos dimos cuenta. Se sofocó en seguida. Falló, como no podía menos.

—Pero, por Dios, ¿nada más llegar ya estamos con la política?

—La represión…

—Juan, ¿no cuentas nada? —preguntó la abuela.

Yo esperaba que me viese, que me dijera… Y al mismo tiempo, no delante de Clota y de Odón. Por la noche pensé: «Ya tío Juan duerme al lado». Llegaba compañía de la puerta abierta de aquel cuarto, de su olor

fresco y fuerte, a loción, a tabaco, a cuero; de la seguridad que él vendría a acostarse.

Odón no nos hablaba apenas. Diría que nos huía, que le aburríamos y, a veces, que le exasperábamos. Clota no podía decir nada sin que él contestase destempladamente.

—Me pega unos bufidos… —se quejaba Clota.

Venía a casa, besaba a su madre y subía con la chaqueta al hombro a su cuarto y oíamos cómo daba vuelta a la llave, o se iba a los plátanos en la bicicleta advirtiéndonos:

—Voy a los plátanos. No bajéis allí.

—¿Por qué no? —decía Clota.

Me dijo:

—Fuma a escondidas.

Cuando volvía, al anochecer, de estudiar en casa de Olivera, entraba por la puerta de atrás, subía directamente a su habitación.

—¿Pero, no ha venido el chico? —preguntaba tía Concha.

—El tiempo que hace —decía Clota—. Está arriba.

—¿Con quién anda?

—Va a estudiar todas las tardes a casa de Olivera, que lleva también algunas para septiembre. Así uno con otro se estimulan.

Tío Andrés la miró con una sonrisa irónica y nos miró a nosotras. Dijo:

—Ya.

—Hemos llamado a la casa por teléfono, algunas tardes, y allí está, Andrés. Olivera viene a veces por aquí también…

—Ya, ya.

Apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca de mimbre.

—¿De dónde vienes?

La voz destemplada de Odón:

—Del cuarto.

—¿Antes del cuarto?

—De la casa de Olivera.

Inclinándose hacia su madre.

—Márchate a tu cuarto.

—Pero, papá…

—¡A tu cuarto!

Luego preguntó:

—¿Quién le da dinero para comprar tabaco? ¿Le das dinero al chico?

Tía Concha se azaró:

—Le doy así, poco, de cuando en cuando, como habíamos convenido.

Le molestaba que estuviéramos delante.

—Vosotras, niñas…

Tío Andrés dijo:

—Eres una inconsciente.

—¿Cómo?

Detuvo la labor y le miró.

—Nada. Que muy bien. Que sigas por ese camino.

Se levantó de la terraza y salió. ¿Habría subido al cuarto de Odón? Tía Concha se puso a calcetar con furia, y al rato soltó la labor y se fue también. Clota me dijo:

—¿Quieres que vayamos a escuchar?

Dije:

—No vale la pena.

No trajo a sus amigos a casa mientras estuvo su padre. Tío Juan le dijo también, riéndose:

—Chico, qué voz.

Y Odón contestó:

—Bueno con la voz. Ya estamos.

—Odón, no se contesta al tío. ¿Cómo contestas al tío?

Una noche entró en la terraza repeinado; venía de su cuarto.

—Hola. —Besó a su madre—. He visto a Eugenia…

Tío Andrés echó la cabeza sobre el respaldo y entornó los ojos.

—¿A Eugenia? ¿Aquí? ¿Estás seguro? —preguntó tía Concha—. Te habrás equivocado.

—No. Era ella.

Se había apoyado contra la barandilla de la terraza y quedaba en la sombra, sólo clareaba su pantalón blanco, y todos los demás bajo la luz del globo que colgaba sobre la mesa de mimbre.

—Qué raro. No ha venido a saludarnos, no ha dicho nada. Qué raro, ¿verdad, Andrés?

—Yo qué sé —masculló tío Andrés, sin abrir del todo los ojos.

—Es rarísimo que no nos haya avisado.

—Está de vacaciones —dijo tío Andrés volviéndose hacia Clota; y cogiéndola, la apoyó sobre sus rodillas—. No se habrá creído obligada…

—¿La hablaste?

Tía Concha miraba hacia la sombra en donde estaba Odón.

—Ella me vio —se calló un momento. Sentí que tiraba de una hoja de buganvilla porque la enredadera se sacudió—. Estaba paseándose con unos.

—¿Y tú que hacías en Piquío? —dijo tío Andrés, súbitamente enderezado, apoyándose en Clota—. ¿Se puede saber?

Me extrañó la calma de Odón.

—Nos dábamos una vuelta. Habíamos terminado de estudiar.

—El chico tiene que tomar el aire… ¿Con quién iba? —volvió a preguntar tía Concha—. Pobre Eugenia…

—Con unos. Otras y otros. De mucha conversación.

Después nos esperó en el pasillo, al pie de la escalera. Dijo, con malignidad:

—¡Toma, cómo le sentó lo de Eugenia! Si cree que él solo puede meterse con los demás…

—Pobre Eugenia —dijo Clota, igual que su madre.

—Tú eres tonta…

Subía ya cuando volvió la cara y nos dijo, mordiendo las palabras:

—Pobre mamá.

OceanofPDF.com

XXVI

¿Cuántos días me faltaban hasta octubre? Me encontré consultando el calendario del cuarto de estar. Tía Concha decía:

—No se puede estar hasta tan tarde en la terraza, que hay relente. Acortan los días.

—Uf, qué lata —comentaba Clota.

A mí me daba igual. Desde que se marcharon tío Andrés y Odón, y sacaron mis uniformes para limpiarlos, vivía ya fuera de allí porque iba a marcharme. Me fastidiaban los días intermedios, siempre me pasaba igual.

Clota andaba detrás de mí a todas horas, sin hacer nada, con su cabeza ladeada un poco sobre el hombro, lo mismo que su padre.

—¿Qué hacemos? —me decía.

—¿Qué quieres que hagamos? —alzándome de hombros.

Me desentendía de lo que contaba a mi lado, con su voz pituda y calmosa, riéndose ella misma a mitad de lo que contaba, daban ganas de empujarla para que acabase de una vez.

—… dicen que es para tener niños, que todas las señoras lo tienen. Fíjate qué lata. Todos los meses. Ana se desespera.

—¿Eh?

—¿Y tú lo crees? ¿Qué tendrán que ver los niños con eso?

Durante varios días estuve asustada, vigilándome, por si se me presentaba. Se me olvidó y perdí el miedo; pero ni un instante dudé de que aquello no era un invento de Clota, porque entonces muchas pequeñas cosas, infinidad de detalles se rasgaron, me iluminaron por dentro. «En la edad en que estáis…». El: «Ya te puedes casar», que le dijo Francisca a Ana, sobándola, cuando Ana dejó de jugar aquellos días con nosotras y se iba con los mayores, y estaba en la terraza de la tumbona con la cara llena de granos.

Volví a la bendición, y casi no me atrevía a mirar a la Hostia como si estuviese contaminada de algo. El enorme desprecio de Odón: «Las

chicas…».

Busqué en el fondo del cajón de la cómoda la Historia de un alma. Lo leí, tumbada sobre la cama, boca abajo, con el libro abierto sobre la almohada, y tenía que releerlo: no encontraba lo que buscaba, una sensación perdida. Eran las mismas palabras y no me decían nada. (El oscuro pasaje en que soñó a su padre encorvado, con la cabeza cubierta por un velo negro. Su pugna en sueños por levantar el velo aquel). Se me escapaba…

—Oye, ¿te enteraste? La abuela y mamá hablaban de la novia del tío…

Ahogando la risa en la palma.

—¿Oyes, Tadea? El tío…

—Bueno, ¿y qué? El tío, sí, ya te he oído, no soy sorda, ¿qué pasa? ¿Qué nos importa a nosotras?

Le dije:

—Son cosas de él.

Me miró, tirándose con los dientes de los pellejitos de las uñas.

—Cómo te pones. No se puede hablar nada. Qué aburrimiento.

Me remordió su cara.

—Vaya, cuenta, ¿qué han dicho?

—Nada. Que a lo mejor se casaba.

Volví a mi libro. Se apoyaba en los barrotes.

—Oye —decía—, ¿cómo será?

De verdad, no me importaba; nada sin rostro, sin forma, tenía realidad para irrumpir en aquello que era la casa. Pero esa misma noche, cuando entre sueños sentí los pasos de tío Juan subiendo la escalera y por delante de mi puerta hacia su cuarto, pensé: «De su novia. Viene de estar con su novia», y me pareció velado y misterioso. Hice un esfuerzo para despejarme del todo, tan fuerte, que el corazón me palpitó en la garganta. A veces, entre sueños, quería despertarme y no podía. Juntaba por dentro todas mis fuerzas: «Ahora. Ahora». Por fin abría aquellos párpados de hierro y tardaba un momento en reponerme, en perder el horror.

—¿De qué habláis?

Tía Concha levantando la cabeza hacia el rincón de la terraza en donde nos hablábamos a media voz; en cuanto susurrábamos, alzaba rápida la cabeza:

—Venid aquí; voy a empezaros una labor, haced algo. La ociosidad…

Ya lo sabíamos. No la escuchábamos la mitad de lo que hablaba.

—Tenemos que contárselo a Odón. En cuanto yo llegue.

Vimos al tío hablando por teléfono con ella —se llamaba Rosario—, respaldado contra la pared del pasillo, y no nos vio, aunque pasábamos delante de él, casi rozándole: hablaba con una voz diferente, más de dentro y como jugando, la sensación de un juego, a medias palabras. Mientras hablaba miraba hacia el auricular con una mirada desconocida, brillante y burlona.

Francisca parecía excitada con la noticia.

—¿Has visto al tío, con novia?

Sofocada, con un brazo en jarras. Pensé en decirle: «La tía no quiere que entre nadie en el cuarto de otro mientras se desviste».

—¿Quién lo iba a decir, después del viajecito?

Siempre había algo en el retintín de las palabras.

—La tía Concha está encantada. ¿Y tú? Una nueva tía en casa, la tía Rosario, te hará andar derecha.

Se apoyó en mi almohada.

—Lo que vosotras no sepáis… Andáis siempre de secreto, Clota y tú. ¿Y Odón?

Me miraba, con las orejas tan encarnadas.

—Me parece a mí que Odón os ha puesto a todas al cabo de la calle. Y a la tía nadie le saca de tratarle como a un niño, pero métele el dedo en la boca, al niño…

Se rió y se pasó la mano sobre la bata blanca, por el pecho, despacio.

—Tiene unas pantorrillas de futbolista, ¿te has fijado? No sé cómo no le tapan las piernas.

—Ay, qué pelma. Qué pesada estás.

Se rió. Se apartó un poco de mí.

—Ahora te vendrá esta tía, para enseñarte modos. Y eso que creo que es muy moderna, eso dicen. Fuma, conduce un automóvil. Le gusta la música como a él. Se conocieron en un concierto.

—¿Me vas a dejar dormir?

—Jesús, qué fina. Todo la molesta. ¿Sabes que te has vuelto muy fina, y que no hay quien te hable? Ya lo dice Tomasa: lo que has cambiado, te das unos aires, pareces otra. Andas siempre como escapada de nosotras…

Me fastidió que dijera aquello. Me lo había dicho Tomasa también a mí:

—Pero ven acá, chiquilla, que no le miras a una a la cara…

—Tengo que ir a la terraza.

—Tengo que ir a la terraza, tengo que ir a la terraza. ¡Lorito! ¿No tienes ni un momento para mirarla a una? ¿O es que no te dejan? ¿O es que la señorita Concha…? Claro, una criada… Si ya sabía que te volverían igual que todas. Igual que todas.

Dije:

—Eres tonta.

Ya lo sé, mira tú ésta. No he tenido quien me enseñe, como a ti. Jolines, ahora soy tonta. Todas sois iguales. Pronto se os borra que os ha tenido una en brazos y os ha aguantado las meadas. ¿O es que tienes miedo de la tía Concha?

—¿Yo?

No, de verdad. No tenía miedo alguno. Cuando reñía dejábamos pasar, calladas, hasta que se cansaba o surgía otra cosa. Hablaba y sus palabras apenas hacían mella; y no es que hubiese perdido su costumbre de hablar con intención, dura, acerada, estirando el cuello y apretando los labios como la hoja de un cuchillo, que sabías que iba a soltarte algo, a buscar dónde herirte y a clavártelo allí: es que no me importaba más que en el momento, lo olvidaba en seguida.

Algunas veces, Odón nos advertía:

—Hoy andamos de Levante.

Y procuraba escabullirme, no presentarme en la terraza. Pero me hacía llamar, venía Clota a buscarme.

—Dice mamá que bajes.

—¿Qué haces? ¿En dónde te metes? ¿Por qué no estás aquí, como todos? Siempre queriendo ser distinta a todos, queriéndote señalar.

Ya estaba. Ahora iba a buscar dónde darme. Me aislaba por dentro, había aprendido a aislarme.

—Y su padre como si se hubiese muerto, como si no tuviese hija. Así cualquiera.

La abuela me señalaba con la vista, sin departirse de su calma.

—Si ella no es tonta. Se hace la tonta, no es lo mismo. Tiene que darse cuenta.

Ahora iba a empezar: «Abandono. Mal ejemplo. Sus obligaciones. Aquella vida que hace. Aquella vida. Mi pobre hermana se murió a tiempo». Caía lejos, en un mundo ya separado de mí en el que había padre. Aunque siempre escocía un poco el alma por cómo lo decía, y por los otros oyendo igual que tú. (Aquello era lo único que me cegaba en deseos de herir a mi vez, pero había aprendido la fuerza que tenía contra ella al estarme quieta, una fuerza descomunal que me convertía en intocable. Quizá por eso se cansó de zaherirme y tenía que estar muy desesperada para hacerlo).

—Descarga contigo —me había dicho Odón, sin mirarme.

Y, alzándose de hombros:

—Déjala. Es buena. Se le pasa.

Me parecía un problema de lealtad el aguantarme.

—Esta niña no irá al mar mañana —decía.

Había tensión en el aire, nos dábamos cuenta de que tío Andrés y ella no se hablaban directamente, sino que usaban a Clota para hablarse. Entonces se volvía hacia mí. No era como los gritos de Tomasa o las voces de Millán o los chillidos de Francisca: era algo sinuoso, ciego, sin alzar la voz, ni casi un gesto, como si estuviera haciéndose fuerza para contenerse, crecía, sin crecer la voz, llegaba a su punto alto, descargaba en seco, sin piedad, remachaba, arrastrándose dentro de ti, buscando el sitio.

—Demasiado blandos con ella. Para que salga a quien sale. Veremos los disgustos que nos va a dar.

Tío Andrés fumaba tranquilamente, a salvo y por encima de todo aquello. La abuela, como sorda. Pero quizá se había habituado a oírla, y nada le sacaba de su estupor. Clota a mi lado, agazapada.

—Una niña a quien ni su padre quiere…

Odón se marchó, sin ruido.

—Ven acá, hija, dame un beso.

Clota se acercó a besarla, y yo aproveché para escabullirme hacia la puerta.

Me miró de reojo, con una mirada heladora de desprecio. Dijo:

—No sé qué vamos a hacer con ella.

Me encontré en el pasillo con Odón. Mascaba chicle, con las manos prietas en los bolsillos. Me dijo:

—Ahora querrás decirme algo malo de mi madre, ¿verdad?

Contesté:

—No pienso.

Pasó el chicle escupido, disparado por delante de mí, a estrellarse contra la pared. Me dijo, con el aliento en la cara:

—Tú también, ¿por qué no contestas? Sangre de chufas…

Le empujé y me fui hacia la escalera. Pero me agarró por los brazos y me sacudió contra la pared:

—¿Por qué no contestas, me has oído? Si me hablaran de mi padre a mí… ¡Cobarde asquerosa! ¡Cobarde!

Me sacudía como un saco vacío contra la pared. Los dientes prietos, desiguales, los labios entreabiertos.

—Chico, ¿pero estás loco?

Obdulia, Patrocinio.

—¿Pero estás loco?

—Pegar a una niña —dijo Patrocinio.

Y Tomasa:

—¿No te da vergüenza? ¿Un mozarrón como tú?

—Os metéis la lengua…

—¿Qué es esto?

Todas callaron y desaparecieron en la cocina, menos Patrocinio que se retiró un poco, al aparecer por el pasillo tío Andrés y la tía Concha. Vi a tía Concha descompuesta, asustada. Odón respiró hondo dos o tres veces, para calmarse.

—Nada.

—¿Cómo nada? Pegabas a tu prima.

—No le pegaba —dijo—, la sacudía.

Yo comprendí lo que quería decir. Pero todo iba a volverse contra mí, porque estaba tía Concha. (Él comprendió también, porque me miró como acorralado).

—Tadea —dijo tío Andrés—, ven aquí. ¿Te ha hecho daño tu primo?

—No.

—¿Te ha pegado?

—No.

Me sacudió por el brazo.

—¿Entonces qué hacíais aquí, contra la pared?

Patrocinio intervino:

—Señorito, le pegaba, que yo lo vi. Sólo que ella no lo dice. Es así.

—Ven aquí. Dime ahora la verdad. Un chico que se ampara en el silencio de una chica…

—No.

—¡Márchate! —Me señalaba, furioso, la escalera—. ¡Mentirosos! Sois unos mentirosos —escupía la palabra—. No hay nada que me dé más asco.

Me volví para subirla, me acerqué al pasamanos. Oí su voz:

—Y ahora, valiente…

—¡No me toques!

—¿Cómo? ¿Qué es eso?

—Como te atrevas a…

Oí la bofetada brutal. Me paré, agarrada a la barandilla.

—¿Qué es eso? ¿Amenazas a mí? Tu padre… ¿Qué te has creído? El mocoso este…

Oía los bofetones. Me apoyé contra la barandilla, apretando la boca contra las manos.

—¡Mentirosos vosotros! —chilló Odón. Se echó a llorar—. ¡Tú! ¡Todos!

—Andrés, que le vas a romper el tímpano…

—¡Tú te callas!

—¡Mentirosos! ¡Mentirosos! —con su voz de altibajos, aguda, atragantándose a sollozos—. ¡Mentira todo! ¡Todo!

Gritaba como un poseído, fuera de sí, llorando, abriendo los brazos, sin defenderse de los bofetones. «Se va a morir —pensé—, se va a morir».

—¡Que te calles! ¡Que te calles!

—Déjale, Andrés —la voz de tío Juan—. No se domina. Está histérico.

Tío Andrés, tan pálido, con la respiración entrecortada.

—Si cree que va a poder más que yo. ¡Ale, a tu cuarto!

—Andrés…

—Tú tienes la culpa.

Odón lloraba, de espaldas a ellos, apoyado contra la pared, pero no parecían los sollozos de un muchacho, sino el lamento agudo y desesperado de un niño.

—¡A tu cuarto!

Le empujaba delante de él. Odón no se defendía. Se tapaba la cara con el brazo, hipando, y subió velozmente las escaleras.

—¿Estarás contenta? —masculló tía Concha al llegar a mi altura—. ¿Qué haces ahí, pegada a la escalera?

—Bueno, Concha, está bien —la voz cálida de tío Juan.

Pasaron delante de mí. Dijo:

—No hay que darle importancia. No hay que desorbitarlo. Los chicos son más difíciles que las chicas.

Desde arriba me llegaba el llanto de Odón, con un inmenso desconsuelo. Como si se hubiera quedado solo en el mundo y llorara.

OceanofPDF.com

XXVII

Las monjas no cambiaban. Eran siempre las mismas. No me refiero a ellas en sí, sino a lo que veíamos en ellas, aunque también la manera de ser parecía inmutable.

El caserón del colegio, pardoscuro. La puerta. La placa brillante del Sagrado Corazón. El cartel limpísimo con las letras en tinta china: «Visitas». La Hermana Mandoegui en la puerta, con su cara achatada. El coche del colegio al pie de la entrada, arrojándonos dentro. Entrábamos una a una.

—Buenos días, Hermana

en voz baja.

Veíamos ya a la Madre Vergara de pie, a la puerta de la capilla. Tomábamos el agua bendita. De nuevo allí.

Silenciosamente la Madre Prefecta ocupó su puesto, a un lado de los bancos. No supe cómo y cuándo entraron Blanca Deva y Carola Higuer. No las vi hasta salir de misa, porque las colocaron con las mayores, en el banco detrás de mí. Ocuparon puestos en el principio de la mesa del fondo, con el grupo de las internas. En el recreo de la mañana acudieron al campo de baloncesto.

—¿Venís internas? —preguntó Paz Echandonea.

Carola dijo:

—Sí —sonriente.

Blanca Deva bajó los ojos, temblándole levemente el labio de abajo.

Tenían nuevas, sin lavar, un poco tiesas, las camisetas de juego. Las rayas azules de las nuestras desteñían sobre lo blanco. Blanca no se atrevía a mirarse ni a mirarnos. Carola desde el principio corrió velozmente, alcanzaba la pelota estirándose, sin esfuerzo. Era alargada, estrecha, con el pelo casi albino por encima de las orejas, y unas piernas delgadísimas. Jugaba en serio, aunque aquel día no se apuntaban tantos, ni ganaba nadie.

(A diario tampoco importaba el marcador —apuntaba la Madre Vergara o la Madre Monleón en un cuaderno—. Era cuestión de jugar, simplemente).

Pensamos que ya se le pasaría, que era nueva.

Cuando, al terminar el estudio de la tarde, tocó Margarita Altube la campana y se formó la fila de mediopensionistas para el primer tumo del coche, cuando entró la Madre Vergara con sus manos ocultas en las bocamangas, y la Madre Monleón dio una palmada y nos pusimos de pie las que quedábamos, y las internas salimos primero formando una doble fila muy corta en dirección al pasillo en donde estaba el cuarto de la Madre Prefecta y nuestras camaretas y la sala de máquinas y el ancho corredor del recreo; y las restantes mediopensionistas que se iban en el segundo turno, salieron también y formaron doble fila en sentido contrario, hacia las escaleras, Carola Higuer y Blanca Deva se alinearon con nosotras.

Detrás de mí —no había llegado Elvira aún—, Teresa Alzola. Detrás de Teresa, Blanca Deva, seria, con su labio temblándole perceptiblemente (luego supimos que no era por la llegada o la partida, sino característica suya: el labio le temblaba cuando no estaba abstraída en algo, o cuando creía que se fijaban en ella. Durante el estudio nunca le vi temblar).

Y, en el otro lado, delante de Luz —las veía ladeando apenas un poco la cabeza—, Carola Higuer, con su frente despejada, el pelo casi albino, el largo y flaco cuello. Se movió entre nosotras sin el mínimo embarazo, como si fuera antigua. Metía levemente al andar un pie hacia dentro.

Iban las dos uniformadas, y desde el primer día Carola lo llevó distinta a las demás: más profundos los pliegues de la falda, la banda morada de la cintura, en lugar de ser en glasé, tiesa y bien extendida, en punto de seda, escurrida, brillante, algo drapeada, con las caídas lacias perdiéndose entre los pliegues. La Madre Prefecta la miró, apoyando su mano en el corazón dorado prendido en su toca, pasando con la boca cerrada la punta de la lengua por las encías. No le dijo nada.

Tampoco le dijo nada durante el recreo de la noche, al que siempre acudía un momento al primer día de curso. Anunció que habría cambios en los pupitres, que los puestos eran provisionales. En el colegio no solía haber nada ni provisional ni improvisado. Se preparaba todo con mucho tiempo, hasta en detalles mínimos.

—Después veremos dónde las ponemos a ustedes —dijo sonriendo a las dos nuevas.

Pero no se las cambió. Blanca Deva ocupó el pupitre a mi lado, a la izquierda. En cambio, a las demás se nos cambiaba de un curso a otro, no de una manera sistemática, pero sucedía. Yo pensaba ya «mi pupitre» de uno determinado, cuando al llegar veía un papel con otro número sobre el que había sido mío. Era apenas bascularte un poco, pero era.

Carola ocupó la camareta que había sido de Isabel. Más alta que ella, su cabeza tapaba la mirilla de su puerta, y la tarjeta con su número: el 10.

La Madre Vergara indicó a Blanca Deva la de Geni Alzola. (Elvira no había llegado aún; siempre hacía lo mismo, más o menos, apuraba la vacación hasta lo último. Quizá para que nos preguntáramos: «Qué bien se lo pasa», eso decía Begoña. Pero ninguna nos preguntábamos nada, y a mí me hubiera molestado entrar separada de las demás).

Cuando llegara, íbamos a ser trece internas. Tuvieron que meter en la camareta de Teresa la cama de su hermana. Oímos a la Madre Prefecta:

—Buenas noches, hermanitas.

Y las risas agudas de Geni.

—No cabe, Madre; no entra.

—Ssss —decía, con tono risueño, la Madre Prefecta.

Su velo negro sobre mi cama:

—¿Eh? ¿Todo bien?

Sonreía.

—¿Todo bien?

—Sí, Madre.

El roce frío del Crucifijo. La puerta cerrada.

La primera noche apenas se atardaba en las camaretas. Se oía, una tras otra, el ruido de la llave.

Me pareció que un sueño había terminado y que la realidad empezaba de nuevo cuando subió su voz, ligera por el pasillo:

—Suba, Señor, mi oración vespertina…

Adiviné que iba mirando el reloj que solía llevar dentro del ceñidor.

—Y descienda sobre nosotras Tu misericordia.

Fue un murmullo desigual; Carola y Blanca todavía no contestaron, pero al decirlo me sentí tranquila, invadida de paz.

OceanofPDF.com

XXVIII

A Carola no venían a verla al recibidor. Sus padres estaban fuera. La Madre Prefecta le entregaba todos los domingos en el comedor unas bolsas grandes de *toffees*. Llevaba postales asomándole por los bolsillos del blusón. La Madre Vergara le llamó la atención varias veces, al principio, y Carola se las guardaba, con una sonrisa de excusa, en la faltriquera. Los domingos entregaba los sellos a la Madre Hornedo:

—Qué adquisición —decía la Madre Hornedo, acercándose mucho el sello.

—Es de Egipto. Mis padres están en El Cairo.

Había un silencio educado e incómodo.

—Si sirvieran las postales…

No parecía darse por enterada del silencio. Ni tampoco hablaba mucho de sus cosas, simplemente, cuando tenía gana de referirse a algo lo hacía de pasada, sin insistir, como una ligera ráfaga. Conversaba en inglés de corrido con la Madre Clark; un inglés nasal y cerrado, fluido y saltarín.

—Es irlandesa —nos dijo.

—¿Cómo?

—No es inglesa la Madre Clark, ¿no lo habéis notado? El acento…

—¿Tú qué sabes? —dijo Begoña Mundaca.

—Vivía en Inglaterra.

—¿En el colegio?

—No. Estábamos en la Embajada.

Largos vientos lejanos. Nos quedábamos algunas pensativas.

—*Ireland is so beautiful! I was there with my jather during the holidays*.

—*Oh God!* —dijo la Madre Clark.

Carola se acercaba a la fuente y escuchaba las conversaciones de las demás, rara vez intervenía en ellas. Tenía un aire levemente aburrido siempre.

—¡Si la Madre Clark no entiende —decía Paz—, no entiende ni jota!

—*Fair-play* —contestó Carola sonriendo y frotando una mano contra la otra, como si no pretendiera decir nada con aquello.

Varias veces había pensado que la Madre Clark nos comprendía, que no era posible, que hablaba sólo inglés para obligarnos a hablar, o porque se lo habían ordenado. Pero inmediatamente desechaba la sospecha pensando: «Bueno, entonces estaría enterada de todo, lo sabría la Madre Prefecta, nos llamaría la atención, con lo que nos hemos metido con ella…». Cuando dijo Carola:

—*Fair-play*

y vi fugazmente una sonrisa de reconocimiento en los pobres ojos enrojecidos de la Madre Clark; pensé: «Quizás ella también juega limpio». Me quedó la duda.

—Yo creo que entiende —dije apuradamente a Luz, inclinándome sobre el agua.

—Chica, qué va a entender —dijo Begoña Mundaca—; no ha entendido nunca. Los ingleses no hablan más que su inglés. No hay quien les meta otra cosa en la mollera.

—A veces yo también lo pienso, no creas —me dijo Luz—. Pero entonces…

«Será santidad», pensé. Pero la santidad no parecía compatible con aquella cara compungida y su rija perpetua.

Blanca Deva estuvo desde el principio sentada junto a ella. Preguntaba:

—*How do you say?*

y señalaba el objeto, y la Madre Clark se lo decía, despacio, nasal, lo repetía dos o tres veces. Blanca carraspeaba siempre un poco antes de hablar, se aclaraba la garganta, porque tenía una voz de tono muy tenue. Estaba en mi clase, aunque debía de ser algo mayor que yo, y, desde luego, más alta. Iba en filas detrás de Elvira. Carola cursaba un grado superior y tenía pocos lacitos de aprovechamiento, con frecuencia uno solo: deportes —rojo vivo—, parecía habérselo prendido como adorno de su uniforme. Después le concedieron el de música, verde brillante, pero era la única que estudiaba violín. La Madre Vicaria le daba las clases, en la sala de máquinas. En los corredores se cruzaban las escalas y los estudios machacones del piano. En

fila hacia el monte nos agachábamos al pasar ante el cuadro de cristal de su puerta —subía un sonido agudo, débil y raspante del violín— y entreveíamos fugazmente su cara estrecha inclinada hacia el instrumento, su mentón apoyado en la madera como una criatura en la madre, con su íntima y densa mirada de miope, su estrechísima mano manejando el arco del violín, el uniforme flotante. Era como ver a alguien a solas mirándose en un espejo. La Madre Vergara nos llamaba la atención. Se acercaba:

—En orden. Sin agacharse. No miren ustedes.

Daba también modelado, con la Madre Hornedo, en la sala de dibujo, mientras pintaba Margarita Altube y algunas mediopensionistas, reproduciendo las escayolas en torno. Se ponían batones blancos. Carola, a veces, llevaba en el bolsillo del blusón, y adivinábamos su mano moldeándolo, un pedazo de arcilla. Mientras comíamos lo hacía con la miga de su trozo de pan.

—Las manos, quietas. No jueguen con el pan.

Estas clases de adorno se daban al tiempo que la de labores, así que Carola Higuer sólo acudía a labores un día a la semana. Su trapito de punto de cruz, vainica y festón se eternizaba. No parecía importarle, como si le fuese perfectamente indiferente la opinión de las demás, la aprobación de las Madres, obtener premios o no.

En cambio, Blanca se los llevaba todos. Con su voz queda se ponía de pie y daba la lección —parecía que no iba a alcanzarle la respiración hasta el final— palabra por palabra.

La Madre Azpiazu le ponía diez. Pero en clase le dijo:

—No hay que aprenderse las cosas sólo de memoria, hay que procurar saber lo que se dice.

A Blanca, de pie tras su pupitre, con los ojos bajos, le tembló el labio casi perléticamente.

—¿Me ha oído? Puede usted sentarse.

Iba a hacerlo, cuando la Madre Azpiazu la detuvo con la mano.

—Espere, voy a preguntarle.

Y empezó a preguntarle de nuevo de otra forma. No «lección diez» o «lección trece», sino:

—Dígame lo que sabe de la época mozárabe.

Ahora los ojos de Blanca estaban posados, discretamente, en la profesora, quizá para leer si iba por buen camino o no. En lo alto de las mejillas tenía unas plaquetas sonrosadas. Estábamos pasando mal rato por ella, pero contestó, con su voz apenas audible, e hizo una síntesis como no lo hubiéramos hecho ninguna.

—Qué empollona —dijo detrás de mí una mediopensionista, Carmen Valle.

En clase estábamos por cursos, fundidas, hasta cierto punto. Como en el estudio, las filas de delante se ocupaban por las internas, no cambiábamos impresiones con las que venían «de fuera».

La Madre Azpiazu escuchaba, hurgándose sus granos junto a la toca.

—Puede usted sentarse.

Blanca se quedó un rato rígida en la silla —nunca se apoyaba en el respaldo— con los párpados bajos, mirando hacia la tapa del pupitre. Vi cómo se retorcía las manos. (Metía siempre los dedos hacia dentro). ¡Pero si se lo había sabido todo…!

En literatura daba también la lección sin olvidar nunca nada.

—*Salicio juntamente y Nemoroso…*

—Más alto.

A mí me gustaba decir «Salicio juntamente y Nemoroso», sin saber por qué. (¿Aquello era música como la curva del árbol, o aquella sensación dormida, a veces, dentro?). Aunque tan bajo, daba a lo que decía su acento, su sentido.

—*Sueña el rey que es rey*
y vive
con este engaño mandando
disponiendo y gobernando
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe…

Cuando hablaba Blanca se oía el menor roce del papel, el menor codazo, casi se oían los gestos de unas a otras.

—*Sueña el rico en su riqueza*
que más cuidados le ofrece;
sueña el pebre que padece

su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende…

(¿Qué era sueño? Ficción. «Todos sueñan lo que son…». El sueño de José y el Angel, había muchos sueños en la Historia Sagrada, se enteraban de todo a través de los sueños. Pero eran otros sueños. Éstos —rey, rico, pobre, frenesí, ilusión— debían de ser vida, mundo, «eso»… Yo estaba fuera de este soñar, no me tocaba a mí; además, lo que se daba en clase estaba al margen de la realidad, era lección. Yo no era sueño, era bien cierta. Y cierta la clase, y los pupitres. Y el colegio. Las cosas, sobre todo).

—A ver, usted.

La Madre Azpiazu parecía espiar que me quedara distraída para decir:

—Usted.

—*Ay, mísero de mí. Ay, infelice.*

Una chica de atrás me soplaba, con el libro abierto a mis espaldas:

—*Apurar cielos pretendo, ya que me tratáis así…*

—¡Calladas!

Me fastidiaba porque me lo sabía.

—*… qué delito cometí contra vosotros naciendo.*

Estaba con la mirada un poco perdida hacia la ventana. Veía a Blanca de refilón con sus manos quietas, recogidas. ¿Por qué me acordé de Isabel Gauna? ¿Por qué, de repente, a través del cristal esmerilado, se oscureció profundamente el cielo?

—Adelante. Adelante —decía la Madre Azpiazu.

Me encontré diciendo, con un extraño frío de dentro:

—*… Pues la edad no es madura por los muchos días, ni se mide por la cifra de los años. Fue arrebatada para que la malicia no cambiara su mente, ni el engaño sedujera su alma.*

«¿Qué estoy diciendo?». Miré a la Madre Azpiazu y me hacía daño el corazón.

—*Llegada pronto a plenitud, ha cumplido largos años… Su alma era grata al Señor, por eso salió de prisa…*

No me había percatado del silencio. Desde atrás alguien me tiró de la espalda del blusón.

La Madre Azpiazu no me corrigió, no me detuvo. Me miraba y sus ojos eran como dos pozos negros, negros, negros. Inclinó la cabeza sobre las manos. Me había callado, cortada. La Madre Azpiazu estuvo un momento largo así, de codos en la mesa, con la toca inclinada. Se sonó ruidosamente, mucho tiempo, con su inmenso pañuelo, sin levantar la cabeza. Yo estaba de pie, y me parecía que iba a desplomarme. (¿Qué había pasado? ¿Qué me había pasado?).

Blanca me miraba, más blanca que su nombre, y apurada por mí. Cosa increíble, abrió un poco el libro de preceptiva y lo volvió hacia mí, para que pudiese leer.

—Siéntese.

Tenía la voz empañada. Dijo:

—Vamos a descansar un poco. Están ustedes cansadas. Tres horas seguidas de lección…

Íbamos de una clase a otra sin descanso intermedio. No me miraba.

Salimos en silencio, una fila tan corta. Nos llevó por el pasillo a lo largo de las clases —sin pasar ante el estudio—, que salía a los percheros. ¡Qué buen aire! Fresco, reposante. Desapareció aquella opresión de la garganta. Subíamos bajo la marquesina. Él cielo, como plomo.

—A paso de marcha: un, dos, un, dos… antes de que llueva.

Pegamos los codos a los costados. Un, dos, un, dos, corríamos acompasadamente dando una vuelta a la explanada de gimnasia y al campo de baloncesto. Nos entraba la risa. Se puso a llover, a gotear al principio. La Madre Azpiazu corría a un lado, a la misma marcha. Íbamos sofocadas por la carrerita, el movimiento, la sangre circulaba de prisa, me sentía ligera, bien.

—Adentro. Al estudio.

El viento le echaba el velo de la toca atrás.

Olíamos fresco. Nadie nos preguntó de dónde veníamos.

OceanofPDF.com

XXIX

Nos daba matemáticas la Madre Salinas, que era la Ecónoma del convento. Venía al colegio sólo a dar las lecciones, y la oíamos en cuanto terminaba —usaba suelas muy gordas de crepé, que se adherían, crujientes, al suelo de linóleo, y a la cera del corredor— dirigirse al fondo del pasillo, sacar su llave de la faltriquera —la llevaba sujeta por un cordón negro retorcido y fino— y abrir y cerrar la puerta de la clausura. Allá, junto al piano que tocaba Elvira.

Blanca tenía facilidad para los números, también. Salía al tablero e iba escribiendo el problema dictado con su letra picuda y recta; después, casi sin considerarlo (qué tímida era su mano y qué seguros los trazos de ella), con tiza blanca llenaba el tablero de operaciones, de números, de raíces cuadradas. Nos acostumbramos a no mirarla; sabíamos que no iba a fallar.

—Pero cómo va usted a entender, si no atiende —me decía la Madre Salinas.

Aquel muro negro del encerado, con logogrifos blancos.

—Usted y los números…

Con un suspenso en matemáticas te pasaban de curso lo mismo; con un suspenso en religión, en historia o en letras, no pasabas. No nos parecía una ciencia necesaria. Era mejor saberlo porque era la lección, pero aunque no lo supieras, qué más daba.

—Bueno, en fin, que pasen —decía la Madre Salinas—. No van a ser ustedes ingenieros de caminos.

Nos daba risa. El color del lazo de matemáticas era el morado.

—Qué feo —le dijo Paz a Blanca, tocándole el lazo—. Ya no te caben.

Y Begoña:

—Chica, vas a necesitar otro pecho.

—Sssss. No digan tonterías. Y deje ese lazo sin tocar.

A Paz se le notaba la boca algo torcida, casi la cara, de aquel lado. Quedaba un momento con la mandíbula colgante, tardaba en encajarla. No

dábamos importancia a que siendo mayor que yo estuviese en la clase de Ina. Ni nos fijábamos.

—La voy a mandar a usted en matemáticas con las pequeñas —me dijo la Madre Salinas—. Todo tiene un límite.

Hojeaba mi cuaderno de deberes.

—Al menos, cumpla.

Empujó hacia mí el cuaderno en donde existía sólo el enunciado de los problemas.

—Hoy, durante el recreo, y el jueves por la tarde, irá usted resolviendo esos problemas que tiene en blanco. Hasta que alcance a las otras.

—¿Pero qué voy a cumplir si no sé nada de nada? —le dije a Elvira, que con la disculpa de los lavabos se escapó del recreo para hacerme una visita en la sala de clase.

—Quiere decir cubrir las apariencias, poner algo, algo. También tú, chica, dejarlo en blanco…

Elvira empezó a leer por encima y estaba igual que yo.

—Si la tonta de Blanca Deva nos dejase las soluciones.

—¡A buena hora esa hace algo prohibido…!

Elvira se dirigió a la mesa de la Madre.

—A ver si hay algo por aquí.

—No abras los cajones. ¡No!

—Miro en el estudio el cuaderno de Blanca y te lo digo. En un periquete.

—No. No. Sin que ella lo sepa, no. Es igual. Si se dan cuenta que estás, Elvira…

Se agachó y miró por el cuadrado de cristal de la puerta.

—Tengo de vigía a la Hermana Aralar. Sabe que me duele el estómago…

Me miró pestañeando. Yo sabía ya lo que era «doler el estómago»; comprendí lo que significaba desde la explicación de Clota. Sabía por fin qué había querido decirme el Padre Verguer cuando me preguntó:

—¿Estás desarrollada?

Y yo había creído que se refería a la estatura, al crecimiento, y no a la madurez.

—Me dan siempre una copita de anís a media mañana. Me entran unos retortijones…

(En el armario del pasillo de los percheros, que se abría como un secreter, había medicinas, algodón, vino de misa y de Oporto, zumo de uvas, esparadrapo, copas y galletas).

Elvira era la única chica que hablaba de aquello y no se ponía colorada, como si fuesen las muelas o el estómago de verdad. (Y en eso la Hermana Aralar era igual que Elvira. Le decía:

—No debía usted ir al monte ni hacer la gimnasia hoy.

—Mi sol —decía Elvira besándole el rosario y riéndose, con su boca carnosa—. Es usted un sol.

La Hermana Aralar la rechaza reciamente.

—Ande, ande, revoltosa. No hay más sol que Dios).

Elvira me dijo:

—Dile la verdad, chica. Que no entiende ni torta.

—Si lo sabe…

—Bueno, a lo mejor se conforma con que te fastidies sin recreo.

La Madre Prefecta en persona vino a buscarme a la clase, el jueves por la tarde.

—¿Cómo va eso?

Enseñé el cuaderno.

—Recójalo. Déjelo todo en el pupitre. Ya hablaré con la Madre Ecónoma. Vaya usted ahora al monte, a jugar, ¿eh?, ¿eh? A su edad hay que hacer ejercicio.

Me acompañó hasta donde el pasillo desembocaba en las dos alas anchas del corredor.

—Vaya.

No volví la cabeza. Oí el ruidito especial de la llave en la puerta de clausura. No tenía ganas de correr, no tenía ganas de llegar tarde al recreo, tenía ganas de quedarme quieta. Subí despacio bajo la marquesina, con la mano en la faltriquera. Estaban jugando en el campo de *basketball*. Oía: *How do you say. How do you say*. Carola se estiraba en vertical para coger la pelota, la alcanzaba con una mano y la lanzaba en seguida, segura; corría sorteando a las demás, con una rapidez en sus regates que no daba tiempo a

cortarla el paso; no parecía costarle esfuerzo alguno colocar la pelota en la red. Brincaba un poco con ella. Luz y Carola acudían al centro del campo, al empezar, y la Madre decidía quién sacaba. Pero no jugábamos adscritas a una de ellas, sino que al comenzar el recreo eran la Madre Vergara o la Madre Monleón quienes decidían.

—Usted, allí. Usted, allí. Usted, allí.

Carola dijo:

—Madre, ¿no sería mejor formar dos equipos fuertes? Tendría mayor interés.

—Se trata de que jueguen —contestó evasivamente la Madre Vergara.

Volvieron a poner la cuna en el corredor, sobre la mesa vacía, con la cesta de pajas al lado. El día antes de ir a nuestras casas colocaron al Niño. Y al salir de las camaretas le vimos con su manita levantada, su camisa de seda bordada por Elvira, con el pie gordezuelo al aire. Pasamos delante de la cuna con una sonrisa, mirándole, como si fuese un hermanillo nuestro. (Elvira había bordado en la camisita: JHS, igual que nos ponían el número en el colegio). Y las Madres nos dejaban sonreír y mirar a aquel Niño que descansaba sobre un lecho de paja que le habíamos ido haciendo día a día, hora a hora, minuto a minuto, con nuestro personal esfuerzo, de una manera rápida y secreta. La paja, de la noche a la mañana, se había reducido a una proporción normal. La Madre Prefecta nos explicó:

—Por cada cien de las otras vale una de éstas. Dios lo sabe.

A la tarde, antes de salir para nuestras casas, bajaron el Niño a la capilla y la cuna estaba en el centro del altar, delante del Sagrario. Nos inclinamos, genuflexas, de dos en dos.

Mientras el Padre Berástegui, revestido con capa pluvial, le desplazaba un poco para sacar el Copón, tapado por unas faldillas de raso pintadas, mientras cantábamos el *Pange Lingua* y subía, se esparcía el incienso oloroso, espeso, el Niño pasó a ser más nuestro, menos importante y más que el misterioso Copón recubierto.

El Padre Berástegui se arrodilló, con la puertecita del Sagrario abierta. Dio una vuelta a la llave, que guardó en una caja redonda. Nos acercamos al comulgatorio de dos en dos. Nos tendió el Niño a besar. Al lado, el

monaguillo con un corporal fino para secarle el pie. Besamos aquel dedo al aire con infinita ternura.

OceanofPDF.com

XXX

Aquellas Navidades bajé al cine varias veces con Patrocinio. Era el cine de las Obras Pías de don Luciano.

—En vez de estar esa chiquillería por ahí, o viendo sabe Dios qué cosas, se les tiene así recogidos —le decía en la mesa a la abuela—. Andan todos revueltos.

—Qué buena obra hace usted.

—Yo no. Yo no. Es cosa de doña Celita. Ella lo ha puesto todo.

Hablaba mucho de doña Celita y de su caridad. La abuela le preguntaba:

—¿Cómo van sus obras?

Y don Luciano se repantigaba para hablar. Cuando iba a marcharse, alguna vez, la abuela le tendía un sobre que sacaba de debajo de la echarpe.

—Dios se lo pagará. Lo que se haga por uno de esos pequeñuelos…

Se abría la sotana y metía por ella el sobre.

—La niña le acompaña.

Me fastidiaba levantarme, pero bajaba las escaleras a su lado.

—Eh, ¿quién te enseñó a ti el catecismo? ¿Te acuerdas? No te entra el «Yo pecador».

Me preguntó, ya al lado de la puerta:

—¿Quieres una entrada?

La primera vez no sabía si podía aceptar. Me dijo, rebuscándose por dentro, en donde había metido el sobre:

—Espera, te doy dos. Una para ti, otra para la persona que te acompañe.

Las sacaba de un sobre arrugado, en donde llevaba varias.

—¿Te gusta el cine?

Fui con Patrocinio. Aquellos niños chillaban, se hablaban de fila a fila, pasaban como una exhalación pisando, molestándote, levantaban y bajaban los asientos de madera, comían cacahuetes, llenaban el suelo de cáscaras, aplaudían durante la representación, abucheaban, saltaban en sus sillas. Olían a sucio, a humedad de los zapatos y las botas, se llamaban a silbidos.

Doña Celita se paseaba durante el entreacto con la mantilla puesta, como si estuviera en la iglesia. Se paraba para hablar con algunos, les ponía la mano sobre las cabezas rapadas, se quedaban seriecitos mientras estaba cerca, pero en cuanto se alejaba se reían de ella, hacían muecas a sus espaldas. Yo prefería cuando no había entreacto, y a oscuras pasaba la película. Eran películas del oeste. Silbaban, pateaban, cabalgaban en sus sillas. Era ensordecedor.

—Es natural. Los chiquillos… —decía Patrocinio.

Agarrada al bolso, echaba la cabeza hacia delante para ver mejor, pendiente de la pantalla.

—¿Quién es ése que entra ahora, tú?

Yo ni le contestaba.

—Tengo este ojo… cada vez veo menos —se quejaba—. Veo borroso, como si tuviera una mosquita delante.

Volvimos al cine con su sobrina Clementina y la hija de ésta. Clemen. Patrocinio había pedido dos entradas más a don Luciano. Me enteré cuando bajábamos ya por la cuesta de la Atalaya.

—Estarán esperándonos a la puerta, verás. Así estás con otra niña.

Fui por la calle anhelando que no estuvieran, que no hubieran llegado, pero estaban y se adelantaron a besarnos. Clementina agitaba el bolso para que la viéramos. Clemen nada cohibida, espigada y fofa, con cara de pepona rubia, con su pelo ensortijado, igual que de pequeña, llevaba los dedos tiesos en los guantes. Me pareció ridícula. Antes de sentarse se los quitó con cuidado y se los dio a su madre para sacarse el abrigo. Puso las manos abiertas sobre las rodillas, llevaba una sortija de sello, y la miré agudamente a ver si se le notaría en caso de que la vieran los demás que era una niña pobre. Deseaba que se apagara la luz.

—¿No habláis? —preguntó Patrocinio.

Pedía a Clementina que le explicara todo, que le leyera los letreros. Era una lata.

—¿Por qué no te operas? —le preguntaba su sobrina.

—Son muchos cuartos, hija.

—Pero la señora.

—La señora me mandó al médico ya, pero dijo que hay que esperar a que me quede ciega del todo, mira tú qué cosa. Que antes no pueden. Así voy tirando.

Me sentía incómoda. Pregunté de prisa en la oscuridad a Clemen:

—¿Vas a la escuela?

Contestó en tono ofendido:

—Voy al colegio. A la Compañía de María.

No sé por qué me había parecido que la sobrina de Patro tenía que ir a la escuela gratuita.

—Estudio segundo.

Me quedé confundida. Aunque para mí no había más colegio al que se pudiera ir que el mío.

—Mi mamá no me manda a ese colegio porque cae lejos. Y como no quiere mandarme interna…

—¿Qué, ya habéis hecho migas? —preguntó Patrocinio en bajo, inclinándose a mí.

La odié. Fui a la salida por las calles como huida, sin mirar a un lado ni a otro, temerosa de encontrarme con Luz o con alguna mediopensionista que me reconociera. Sólo quedé tranquila cuando se despidieron frente a San Nicolás y subimos la cuesta de la Atalaya. Íbamos apartadas una de otra, en silencio. Hacía totalmente noche. Yo sabía que quería que la llevara del brazo, pero íbamos separadas, ella agarrada a su bolso, muy despacio, aunque conocía el camino de sobra. No hablábamos.

—¿Estás enfadada? —me preguntó en un recodo de la Atalaya.

Se paró un poco para respirar.

—¿Te has enfadado conmigo por llevar a mis sobrinas?

—No, fíjate.

—Cógete de mi brazo.

La cogí y miraba hacia el suelo.

—No estoy para bajar de noche. Ya no estoy para bajar de noche.

La tapia de los Salesianos, el paseo del Alta…

—Aquí ya, como si estuviera en casa.

Entramos por la puertecita de atrás. Iba a subir a mi cuarto cuando me dijo:

—Ven acá.

Se quitaba el abrigo en la antecocina, con el bolso sobre la mesa.

—¿Qué vas a decirle a la abuela?

—¿Yo?

Dijo, restregándose los labios:

—Ya sé que no debí llevarlas.

Y me sentí deshecha. Lo dijo con una tristeza resignada, ella que era una persona anciana, con todo el pelo blanco hueco, delante de una niña como yo. Apoyé la cara entre mis manos, allí, sobre la mesa.

—Tú no tienes la culpa —dijo—. Las cosas son así…

Se sentó y miró hacia la bombilla arrugando los párpados.

—Se lo digo a su madre muchas veces: «Que la vas a estropear, que luego os va a hacer de menos…». Pero ya ves, es única hija, y su padre trabaja como un negro en las oficinas y cuando sale todavía le lleva las cuentas a un comercio para ganar más, para que la hija suba…

Hacía con la mano hacia arriba.

—Que luego no se avergüence de ellos. Ya le digo: que luego…

—¿Por qué se va a avergonzar? Qué tontería.

Tragué saliva:

—Clemen es buena.

Se puso contenta. Repitió:

—Clemen es buena, y sabrá agradecerles, digo yo… ¿Te fijaste en el abrigo? Iba como una señorita.

Me miró a ver si me reía.

—¿Quién se lo hizo, el abrigo?

—En casa. Su madre, que sabe muy bien corte. De soltera trabajó para fuera. La sortija era regalo mío, iba a ponérsela por Reyes, pero como hoy venía con nosotras…

Le dije, sin mirarla:

—¿Por qué no viene aquí a verte, de vez en cuando?

Deseaba con todo mi corazón que no viniera.

—Ya viene, algunas veces. Se están arriba conmigo, en mi cuarto. Pero Clemen se aburre porque no hay niñas. Y yo le digo que en la casa hay

niñas, pero que están en el colegio, y le enseño cosas vuestras. Es mi ahijada, ¿sabes?

La vida de Patrocinio dentro de casa… ¿Lo sabía la abuela?

—A ti debían vestirte mejor; si me atrevo, se lo digo un día a la señora. Vas de cualquier manera. Y la gente se fija. Si vieras tu madre…

Sentí una enorme angustia. Y vergüenza. Que no se ocuparan de mí.

—Tu madre sí que iba bien arreglada —sonreía, con sus ojos cegatos—. Era tan alegre.

Mi madre desconocida. Aquella imagen repetida hasta la saciedad, remachada: era tan alegre, tocaba la guitarra, no era como tú, cuando se llenó de hijos…

—… hasta que empezaron los hijos y andaba siempre más descuidada con sus batas flojas y el pelo recogido de cualquier forma.

Ésta era la madre que me llegaba a mí, la que me dolía. Madre era aquello que me quedaba dentro en mis momentos de desamparo, cuando me sentía incomprendida y sola, aquella vastedad por dentro, inhabitada. Aquello era madre, aquello que me faltaba, aquel pequeño lamento sordo —la voz de mi madre por su hija—, aquella inquietud.

Devanaba despacio el pelotón de lana que había encima de la mesa.

—Mujer, no me lo deshagas.

Tiraba y tiraba de la lana con aquella pequeña angustia. (Clic. Cerrarme. No existe nada). Sonreí.

—Otra vez, traes a Clemen a jugar…

—Sí, hija, tienes un corazón…

Le temblequeaba la voz.

—Lo que te sobra a ti de corazón…

Sabía que no, sabía que era mala conciencia, me daba rabia que hablara de corazón.

Subí con la abuela. «La abuela y tú, como dos moles», había dicho Odón.

El tío no vendría a cenar como sucedía casi todas las noches. No se volvió a hablar de su novia.

—La que le pesque… Tiene más conchas que un galápago.

Francisca ordenándome los cajones:

—Cuanto menos bulto, más claridad.

No había visto casi a Pura. Venancio andaba por la huerta y ella metida dentro de casa. Él me miró cuando me llegué la primera mañana, con sus ojillos agudos. No pregunté por Pura. Cogí una pera y me acerqué al muro, a comerla. Se me quedaban las manos rojas de frío.

Vimos a Pura desde la ventana del cuarto de estar.

La encontré como fláccida dentro de su gordura, con los carrillos colgándole.

—Ésa tiene dentro algo que la come —dijo Francisca.

—¿Qué le pasa?

Se encorvaba al andar, igual que si no pudiera arrastrar las piernas, aunque las tenía más deshinchadas.

—Algo que la come.

Le entregué los sobres a Tomasa en la cocina.

—¿Los llevas tú?

—Bueno —dijo riéndose, contenta al verlos.

Se los metió por el peto del delantal.

—Iré yo de mandadera.

—¿Está mala Pura?

Se alzó de hombros.

—No tiene nada.

Se secó las manos en el delantal.

—¿Qué? ¿Otra vez de dueña y señora? Me alegro por ti, hija, que meterte a estas alturas una madrastra en casa…

Se sentó en la banqueta delante de la mesa de la cocina. Llevaba las alpargatas en chancletas. Se echó hacia delante para hablarme, accionaba con sus manazas.

—La otra se le puso de patas. Debió de armarle una escandalera.

Dio con la mano abierta contra el mármol, se rió.

—¿No lo sabes? Tiene una hace la mar de tiempo, y creo que le amenazó con quemarle la cara, como una fiera. Millán lo sabe. Le tiene bien agarrado ésa, le tiene, al señorito… No me mires con esa cara, lo sabe hasta el cura.

Se puso las dos manos sobre el vientre, muy abiertas.

—Ése está casado —se rió, guiñándome un ojo—, pero por detrás de la Iglesia.

—¡Qué cosas dices!

—Qué cosas dices, ¡qué cosas dice Tomasa! Lo que tengo son ojos en la cara.

Bajó la voz:

—Le tiene puesto un piso aquí mismo, por todo lo alto y cuando se va a Madrid se va con ella, ¿qué te crees? Viajan juntos en el coche-cama, que este guardia lo sabe —se señalaba el pecho— pero muy requetebién. Y el verano pasado, cuando el viaje aquel de marras, no se fue con ella, se largó con otra, que a ésta la tenía ya muy vista —eran dos y dos para que lo sepas— una «miss» de esas de los concursos, y se largó con ella. ¡De negocios!

Se reía. Se secó las lágrimas de risa con el revés de la mano.

—Tampoco es mal negocio, mira tú, negocio es. Para ellas. Yo que esas fulanas le sacaba bien los cuartos, pero bien. Se iban en coche, por las playas, de hotel… Y mientras tanto, la señora en la higuera. Creo que era peluquera o algo así, la tipa esa.

Yo trazaba con el dedo sobre el mármol rayas y círculos.

—Ése sí que se puede confesar, y no los pobres. Menudo pecado el de los pobres, ajuntarse porque no se puede más. Pero ir tirando así el dinero con unas tías… ¿Por qué te vas? ¿No se te puede decir nada de tus tíos? ¡Jolín! Pues hija, no te va mal que se te abran los ojos, que si no ése os va a dejar sin un real…

Siempre Tomasa había hablado de tío Juan con aquel palpitante rencor. Francisca también se metía con él, de otra manera, con excitación y cominería, pero defendiéndole. Tenía una satisfacción malsana husmeando detalles, chinchando, dando vueltas en torno a mí, diciéndome: «No te quieren». Y no lo decía así, directamente, sino: «Si te fueras monjita, sería una solución para todos. Dice tía Concha… La abuela se quedaría tranquila. Cuando no estás, tan ricamente. ¿Qué le importas tú a nadie…? Parece que están deseando que te marches».

En aquellos momentos subía aquella soledad aguda, aquel horror del mundo, aquel defenderme de dejar de ser niña, de enterarme, agarrarme a

algo, no sabía qué, como el cabo de un cordón salvador que me emergiera.

OceanofPDF.com

XXXI

Siempre como un calderón las vacaciones aquellas, cortas, puente. Ya las habíamos salvado. Ya caminábamos por septuagésima hacia la Cuaresma. Era el momento de mayor equilibrio. El colegio daba la sensación de estable.

El tiempo era largo, lento. Íbamos por él sin prisa, se nos hacían interminables los estudios, con la luz encendida desde temprano, más cortas las clases, las continuas filas nos desentumecían un poco, la oración era un mundo especial, a medias estupor, a medias vigilia.

A mi izquierda, en el estudio, Blanca Deva —su perfil hacia los libros—, sin dar la sensación de apresurarse, ni de cansarse, como si estuviese siempre igual dispuesta. Qué limpios y ordenados sus cuadernos. Del otro lado, Paz pintarrajeando con lápices de colores, iluminando mapas, juntando mucho la cabeza a la lámina para hacerlo.

Blanca se había llevado la banda de conducta del trimestre y se la ponía los domingos, con los ojos bajos, y a Luz no había parecido importarle, o si le importó nada dijo. Era la primera vez que veíamos su uniforme dominguero con los lazos, pero sin banda cruzándolos. Parecía absurdo. No sé por qué, a mi edad; Blanca se llevó la banda de mayores, quizá porque la azul irremediablemente paraba en Teresa.

—Porque su padre tiene título —dijo Elvira. Y nos reímos.

—Chica, pues por eso les ponen siempre a las hermanas en el cuadro de honor, qué te crees, para que lo vean las familias.

No hacíamos caso. Aunque fuera así, no nos importaba nada. A tía Concha también se lo habían dicho, había repetido a la abuela:

—Están las chicas de Santa María de Alzola.

Como si fuese importante. Pero se me había olvidado hasta que Elvira lo habló.

Teresa llevaba su banda azul y hacía de Virgen, pero de verdad lo parecía, y Geni representaba al Ángel y se parecía a la Virgen, y tenía

gracia. La pequeña Geni, nuestra benjamina, como decía la Madre Prefecta, seguía siéndolo aunque hubieran pasado dos cursos; no había otra menor. Quizá por aquella condición de benjamina se conservaba tan infantil y alegre y las Madres le pasaban cosas, risas en filas, gestos de cansancio y aburrimiento en el estudio, que en el recreo se apoyase sobre alguien un momento. Antes, durante los cursos pasados, la Hermana Aralar la peinaba, por las mañanas. Aquel año había llegado en octubre con el pelo corto, y se peinaba sola. (Sus tirabuzones de niña rizosos, enroscados como el final de las trenzas de Elvira. Saltaba a la cuerda con las pequeñas mediopensionistas y veíamos al pasar en filas sus tirabuzones saltando). Porque ésa fue la única diferencia por la edad: los dos primeros años no compartió nuestro recreo por la mañana, sino el de todas las párvulas. En el recreo de la noche o los domingos se le caía la cinta de terciopelo que le sujetaba el pelo. Se la iba echando hacia atrás más y más y se le escapaba por la coronilla.

—Teresa, péiname.

—Ay, ven acá, pesada.

—Trátense con respeto las unas a las otras.

—Es mi hermana.

—Con educación y respeto.

Le colocaba la cinta; Geni se quedaba muy quieta.

—Me entran unas cosquillas cuando me andan en el pelo…

—No sea usted niña.

—Es verdad, Madre, me entran unas cosquillas…

Nos reíamos porque lo decía todo con aspavientos, con sus manos enormemente expresivas y pequeñas.

—Qué les va a importar a las monjas eso —dijo Margarita a Elvira cuando comentó lo del título de las Alzola—. Eres boba. Qué les importa a ellas esas vanidades. ¿La oyes, Luz?

Pero Luz volvió la cabeza suavemente y no contestó. Begoña dijo:

—Chica, les luce.

—¿Pero por qué? —preguntó Margarita, terca.

—Ay qué chica. Porque sí, porque es conde, porque les gusta que vean nuestras familias en el recibidor… porque… porque…

Margarita dijo con altanería, mirando a Elvira:

—No creo que les importe nada. Son cosas de nuevas ricas.

—Gracias por las Madres, hija. Les gustará mucho saberlo y para que te enteres: les importa porque les viste.

Los ojos oscurecidos de Elvira. Begoña dijo con guasa:

—Vestir al desnudo.

—¡Qué tontería! —insistió Margarita, roja, obstinada—. La Madre Prefecta es hija de título también y era ministro. No necesitan plumas ajenas. ¡Qué va a importarle!

Carola escuchaba con su aire desprendido y se acercó al banco. La Madre Clark deletreaba inglés a Blanca Deva.

—*How do yon say* —decía Blanca, señalando el aligustre con la barbilla.

—*Bush… Bush*.

Le habíamos encargado:

—Anda, Blanca, entretén a la Madre Clark.

Casi sin darnos cuenta. Casi sin darnos cuenta le decíamos:

—Pásame la pelota

o:

—Recógela.

Y Blanca Deva con su largo cuerpo corría moviendo apenas las rodillas, con una compostura especial. Llevaba sobre el blusón negro la medalla de postulante.

Elvira llegó a decirle (iba tras ella en filas):

—Llévame los libros. Me pesan.

Y Blanca se los dejó apilar sobre los suyos, con aquel temblor persistente del labio.

Elvira fue erguida, desafiante, metidas las manos en los bolsillos del blusón.

—¿Y sus libros, Elvira?

—Me pesan, Madre. Me los lleva Blanca. Me duele la muñeca.

—Cada una los suyos —dijo la Madre Vergara, pero no comprobó si se cumplía.

Las mismas Madres —incluso la Madre Vergara en la clase de labor le encargaba que nos repartiera los bastidores— encomendaban a Blanca pequeños servicios. Acompañaba a las de primaria cuando estaban en el monte y se les ocurría ir a los lavabos. En el estudio, la Madre Monleón la llamaba, con un gesto, y Blanca acudía entre nuestros pupitres a donde le había ordenado, tímidamente, con aquel labio pendiente y trémulo. Decía muy bajo:

—Perdona.

Y esperaba. Sabías que había que entregarle el papel, el cuaderno, la estampa con la que te distraías.

—Soplona —de alguna mediopensionista.

—Enchufada.

Ya no bajaba entre nosotras la Madre Monleón: la usaba a ella.

A veces, tan cerca de mí, me parecía percibir la duda de Blanca entre hacerse la sorda o acudir, por su temblor, por aquel leve desánimo en los hombros, en las manos un instante relajadas.

En los recreos de la noche —sobre todo los domingos— ayudaba a traer los bancos para formar aquel rectángulo ante la monja, más bien diré que los acercaba ella sola, un poco sonrojadas las mejillas.

—Sin arrastrar —decía la Madre Prefecta—. A ver. Ayuden.

Llegábamos tarde. Blanca Deva decía:

—Ya está.

O adivinábamos que lo decía.

—Lléveme los libros al cuarto, por favor —le indicaba la Madre Prefecta al acabarse el recreo—. Me los deja sobre la mesa.

No sé si era un privilegio o no. ¿Era un privilegio?

Ni nos dimos cuenta de cómo fuimos adquiriendo la costumbre de encargarla de todo lo pesado, de todo lo molesto.

—Recoja los palos —decía la Madre Azpiazu en la gimnasia.

Se quedaba la última ordenando, recogiendo.

Paz la empujó en el banco con su fuerza terrible. El banco basculó; casi las tira a todas.

—Déjame sitio, chica —la empujaba—, que para eso pago.

Lo dijo en recreo delante de la Madre Hornedo, ante la fuente, cuando Blanca se movía hacia un lado para dejar sitio a Iciar.

Blanca se puso colorada, colorada, y luego tan pálida como si la sangre se le hubiese retirado toda de golpe.

—No paga el colegio. Yo lo sé… Está gratuita —farfullaba Paz.

La Madre Hornedo dijo, sin descomponerse:

—Levántese y vaya a un lado. De pie. Nuestras colegialas son iguales todas.

Paz marchó con sus desproporcionadas caderas a la esquina del aligustre.

Los párpados bajos de Blanca Deva en su cara sin sangre, el labio quieto por una vez, sin vida.

—No tienen ustedes caridad.

Blanca con los párpados tan pálidos encubriéndole la mirada, removiendo automáticamente entre sus manos, para alisarla bien, la bola de papel de plata para comprar niños chinos.

—¿Ha terminado usted su bola? —sonrió la Madre Hornedo—. ¡Qué bonita!

La entregó, sin levantar los ojos. Tenía las manos pegajosas. Se aclaró la garganta.

—¿Puedo…?

—Sí. Vaya.

Nos mojábamos las manos pegoteadas de los papeles en el agua de la fuente, nos las secábamos con el pañuelo.

Se inclinó hacia la Madre Hornedo y dijo algo, casi murmurando. La Madre se volvió a Paz:

—Puede usted volver al banco —dijo—. Blanca Deva ha pedido perdón para usted.

Atardó sus manos en el agua. Le había vuelto el color. Las miró un momento como si no fueran suyas. Yo mojaba las mías también. Me reí, agitando el agua con ellas. (Aquella insoportable tensión. Aquella vergüenza común… Sin embargo, Jo sabíamos. De aquella manera misteriosa con que todo se propagaba, sabíamos con certeza que Blanca Deva estaba allí con beca).

—Que te mojas los puños —me advirtió.

Me los remangó un poco con cuidado, aún inclinada. Nos miramos, sonriendo.

—Gracias —dije—. Luego, en orden…

Le volvió el ligero temblor del labio. Se bajó sus propios puños. Las manos recién lavadas se le quedaban blanquísimas, con los dedos largos que doblaba por los nudillos hacia dentro, sin enseñar las uñas. Los encogió más aún. Volvió pausadamente al banco.

OceanofPDF.com

XXXII

—El año que viene —me dijo la Madre Hornedo— la tendré a usted en clase.

—Ya verás lo que es bueno —dijo Luz, sonriéndose—. Es una clase sensacional. Se pasa sin sentir.

—Como todas. Lo mismo que todas —repetía la Madre Hornedo, sonriente—. Qué cosas tiene.

—Ay, Madre, como todas no. Madre Salinas…

—Sssss. Sin nombrar. No nombren a las Madres. Sin personalizar. Todas, como superiores, para ustedes representamos a Dios.

—Pero, Madre, ¿usted hizo la carrera o no? ¿Se examinó en la Universidad?

—Las niñas no se meten en eso.

Hacía que daba un manotazo con la manga.

—Pues la Madre Prefecta lo dice en el recibidor. Dijo que era licenciada en Filosofía y Letras.

—Por Salamanca.

La Madre Hornedo no parecía descontenta de que se supiera.

—Nosotras cumplimos órdenes de nuestros superiores. Nuestra Madre dispone.

Nuestra Madre era la Madre General.

—¿Desde Roma?

—Tenemos la Madre Provincial.

La vida de las monjas nos intrigaba; andábamos queriendo sonsacar.

Luz se acercó, riendo, con la Madre Vergara hasta la puerta misma de clausura.

—Déjeme. ¡Un poquito!

—Formalidad —decía la Madre Vergara, turbada.

Y defendía la puerta poniéndose delante, aunque sabía muy bien que Luz bromeaba, que no franquearía aquella puerta jamás.

La clase de religión la daba la Madre Prefecta. Preparaba a todo el colegio en diferentes días, en diversas tandas. A partir de los catorce años daban Apologética. Era un estudio graduado: catecismo, Historia Sagrada, algunos Evangelios, ritos de la Iglesia, Apologética. Y siempre catecismo. De pronto preguntaba cualquier cosa del catecismo.

—Tienen que tenerlo siempre fresco.

La Madre Prefecta explicaba la religión del decálogo, a tono con el segundo y los últimos mandamientos: No. No usarás el nombre de Dios en vano. No faltarás a tus deberes religiosos en día festivo. No descuidarás los actos de piedad. No levantarás falsos testimonios. No mentirás: Era muy importante y largo, con muchos recovecos.

Ni un día sin examen de conciencia, ni una noche sin una oración fervorosa, ni una hora sin un acto de agradecimiento a Dios. Ni una conversación sin el recuerdo de la presencia de Dios (esto lo aplicaba el sexto).

—Ni una ofensa recibida sin un perdón indulgente. Ni una culpa sin arrepentimiento. Ninguna buena acción sin humildad.

Me preguntaba pocas veces. Me disgustaba porque yo llevaba todo bien aprendido para ella, era un propósito firmísimo de no perder aquel premio que se me había concedido, creía yo, por nobleza. Pero apenas me preguntaba. Adivinaba que lo iba a hacer cuando metiendo su dedo entre la toca y la barbilla la separaba un poco y se volvía hacia mí:

—Usted.

Lo sabía. Explicaba el cíngulo, el amito, los corporales. Explicaba la bendición de los cirios, el cirio pascual.

Decía siempre, a todas igual:

—Siéntese.

Y apuntaba en la libreta que luego cerraba con su goma. No nos daba mucha importancia por separado, nos consideraba en conjunto.

—Vamos a ver esta clase. Si este curso rinde más que el pasado.

Este curso éramos nosotras. Usaba palabras despersonalizadas para dirigirse a nosotras.

Habíamos llegado en su cuarto a no saber qué decimos. Me llamaba, como hacía con todas, ni más ni menos. Pero me llamaba. Cuando

transcurría mucho tiempo y no oía mi timbre me sentía no sé si alarmada u ofendida. Cuando sonaba, al fin, desde el estudio hasta su cuarto era una confusión sin límites.

—¿Qué le voy a decir? ¿De qué vamos a hablar?

Porque sabía ya que no íbamos a decirnos nada. «¿Cómo hacen las demás?». Aquella incapacidad de comunicación me agarrotaba. Pero las fórmulas me salían al paso, nos ayudaban, lo resolvían todo, casi sin darnos cuenta se iba desarrollando la entrevista hacia el final.

Solía encontrarla inclinada, escribiendo en su cuaderno de hule, o leyendo. Cerraba libro o cuaderno con calma. (El tiempo corría). Se volvía levemente:

—¿Cómo vamos?

Sus ojos pequeños me taladraban. Me parecía que le bastaba aquello para saber mi estado de ánimo. Decía, afable:

—Siéntese.

Con el lápiz en las manos, y alguna vez la plegadera de hueso.

—Muy bien, Madre.

Yo estaba ya sentada, con los pies juntos, las manos en los bolsillos del blusón.

Tenía siempre un libro al lado para hablar de él. No sé cómo encontraba tema de conversación conmigo, pero lo encontraba. Amablemente me hablaba sonriendo, me contaba cosas; no me miraba, sin duda para que tomara confianza. El Santo Padre, las niñas pobres de la Catequesis… En Cuaresma la veíamos en su cuarto con delantalón y manguitos de percal negro, pintando cáscaras de huevo a las que tapaba el roto de arriba con un sombrero de cartón como el de los chinos. Ella misma sonreía.

—Para los huevos de Pascua de las niñas pobres. ¡Disfrutan tanto con estas cosas!

Iba pintándolos —ojos oblicuos, nariz, boca— mientras hablaba contigo. Era difícil retener la atención porque te parecía que hablabas a alguien que no te iba a oír.

O también sacaba un pincel muy fino y un frasquito de purpurina e iba haciendo recuadros y florituras a las estampas.

—¿Qué le parece, eh? —preguntaba en broma, mostrándotela, sin esperar tu opinión.

Yo había observado que decía ¿eh? ¿eh? cuando hablaba de algo intrascendente, cuando estaba por encima de lo que hablaba. Pero el estribillo desaparecía las pocas veces en que me habló a fondo.

Había de pronto un silencio. Manejaba los silencios en el momento preciso. (Decir algo que interese, decir algo…). Un silencio embarazoso para mí.

—Ahora puede volver, ¿eh? —decía—. Vuelva al estudio.

Me tendía su crucifijo. Le besaba en medio de aquella enorme confusión.

Algunas veces no te habías marchado y ya estaba oprimiendo el timbre, llamando a otra. Te cortaba.

Su sonrisa cordial.

—Vuelva al estudio.

Un día me habló de Elvira no sé a propósito de qué. De nada, manejaba la conversación exactamente como el silencio.

—La pobre Elvira…, ¿sabe usted? —suspiró. Se secó en el manguito el pincel de purpurina—. Se le puede hacer tanto bien. Está muy cambiada. ¿Verdad que se le nota el colegio? Lo que se habla en este cuarto no se repite fuera. Circunstancias particulares… Dios es todo misericordioso.

Elvira, deleznable…

—Todas las almas son llamadas. Pero con cuidado.

Hablaba intercalando breves frases o rápidas ojeadas: «¿Eh, qué le parece…? Un toquecito aquí». Concluyó:

—No es compañía para usted.

La miré con asombro.

—¿Para mí?

¿Sabía que se escapaba para hablarme, que me daba estampas? Pero, ¿qué importaba? ¿Era malo aquello? Siempre la obediencia…

Me dijo:

—En fin.

Dejó a un lado la purpurina. Se quitó los manguitos. Cruzó las manos sobre el despacho. En medio de aquellas palabras medidas, controladas,

dichas sin mirarme, saqué en claro de una manera rotunda: puede haber niñas que no son finas, que son resueltamente ordinarias. La vulgaridad, la ordinariez, da origen a excesivas confianzas; se explayan, se expansionan… —hacía gestos amplios con las manos, como vertiendo algo afuera, o derramando.

—Me gustaría para usted otro estilo más recogido, más fino. Más nuestro. Ya sé que usted no es de aquéllas. Pero el contagio… Con las compañías hay que tener cuidado con el contagio.

No la había vuelto a nombrar, pero, naturalmente, se estaba refiriendo a Elvira.

—¿Está usted exasperada porque le digo esto? No quiere usted que la dirijan.

Me dijo seriamente, profundamente:

—No se deja aconsejar. Se defiende, ¿cree que no lo veo? No me parece usted fácil de contagiar, no es usted influenciable, por eso no he intervenido antes. Pero sí es usted fácil de emocionar, excesivamente.

Se inclinó sobre mí. Y esta vez sí me pareció que me ponía sobre aviso:

—Es el peor de los peligros, rendirse a la emoción. Endurézcase por dentro, defiéndase. Hágase fuerte. Niéguese a sí misma. Aprenda a decir: «No» con la frente alta. No a todo. Sin desmayo: «Mujer, ¿qué nos va a Ti ni a Mí?». ¿Se acuerda —usted que una vez hizo gala aquí, en este mismo cuarto, de conocerse al dedillo los Evangelios—, se acuerda usted de aquel pasaje? «Mujer» era a su Madre. «¿Qué nos va a Ti ni a Mí?…». Desentiéndase de la emoción. No la busque. Diga: «¿Qué me va a mí?».

Apartó de mí su mirada penetrante. Me dijo, ya con frialdad:

—No hay que creerse el centro del mundo. Nadie es el centro del mundo. Sólo Dios.

Me pareció oír el canto que cantábamos en la capilla a la Virgen: «Más que Tú, sólo Dios, sólo Dios».

—Y dígase a sí misma que nada de lo que cree usted saber mejor que nadie lo sabe mejor que nadie. Que todo se sabe ya. Que todo se ha descubierto antes. Que usted ni yo ni aquélla ni ésta somos importantes: sólo Dios es importante. Y que creerse importante, o darse a sí misma una excesiva importancia, aunque sólo sea para nuestro interior, es —sonrió,

excusándose— hasta de mal tono… Qué pensará usted que no hayamos pensado los demás, cien veces.

Metió dos dedos entre la toca y la barbilla:

—Qué no descubrirá usted en su insignificancia que no se haya descubierto antes por todos. Dios tiene la clave de la sabiduría… No es ningún proceso raro, por otra parte, el que usted ahora se encuentre con que entiende ciertas cosas —me miró—; es un proceso normal, de crecimiento, un proceso fisiológico…

Deletreó la fría palabra.

—Que sea, al propio tiempo, un proceso de crecimiento moral es lo que importa. Eso sí que cuenta para la salvación… Hay almas en quienes el Mal puede hacer presa por el cerebro, otras no son corruptibles por la inteligencia, pero tienen débil el corazón. Y hay que irle cercando como de alambrada espinosa —hizo un gesto con las manos como si rodeara algo redondo—, o de una coraza de hierro. *Crecía en edad, sabiduría y gracia*. Que sea su tema de meditación. (Naturalmente, gracia santificante, gracia divina. Naturalmente, sabiduría superior, de toda orden, extensísima). Edad, sabiduría y gracia, es el crecimiento que quiero para todas mis colegialas. Tenía doce años, ¿se acuerda…? Se arrancó de sus Padres, no anduvo con sentimentalismos. Se fue al Templo. Rebatió a los doctores de la Ley, explicó las Escrituras. Dijo: «¿Por qué me buscáis?». Aprenda a contestar: «¿Por qué me buscáis? ¿No sabéis que me debo al servicio de mi Padre?».

Yo era menos que nada, qué cansancio, menos que una arenilla en la inmensa llanura de un desierto, menos que una aguja perdida en un pajar colmado, que los camellos pisan, que levanta el viento.

—Pero no olvidemos aquello de: *Y les estaba sumiso*. Todo eso sobrenatural, pero sumiso.

Me pareció que me ofrecía la sumisión como un arma. Me levanté extrañamente fortalecida. Siempre decíamos al salir de su cuarto: «Gracias, Madre». Esta vez dije:

—Gracias.

No sé si supo que se lo decía de verdad, no por fórmula.

OceanofPDF.com

XXXIII

Era el ambiente de las cosas. Al principio las cosas concretas, sin misterio. Poco a poco las cosas iluminadas por dentro, desde dentro, por secreta vida. Cosa era lo cercado, y lo que te cercaba. Cosa el pupitre, el tablero, el cuaderno, el misal. Había ido ampliándose la expresión, y cosa eran también el monte, la camareta, el recreo, el recibidor. Cosa los hechos: filas, arrodillarse, recitar la lección, escribir, responder. Pero dentro de todo esto empezaron las cosas a ser traslúcidas, y después transparentes, y al final irradiantes.

Cosas las palabras, naturalmente, fuera del área de tu mundo, como pedrezuelas. Unas quedaban quietas fuera, otras quedaban quietas dentro. La luz de las cosas a veces iluminaba su sentido, y cegaba un momento. Había la cosa que volvía al objeto: la fila, el estudio, la oración, recreo. (Ah, hablemos de la oración. La oración era cosa, sí: sólida, sí, un enorme pedrusco de seguridad, un mar de calma, pero también confortaba, aquietaba, podía adormecer. A veces era dolor en las rodillas; otra, deseo de estar sola; otra, descanso en la comunidad. La oración era hacer cosa lo que te vagaba detrás de los ojos, y de la piel adentro.

—Encomiéndense a Dios. La oración ahuyenta los malos pensamientos.

La oración gradualmente fue tomándose, como el Copón tallado por faldillas, misterioso).

La confesión era algo bienhechor que inquietaba, que confundía.

La comunión era tender la lengua y pasar a Dios.

Las compañeras entraron en el mundo de las cosas: el pelo dorado, ondeado, de Luz, su manera de andar, la boca carnosa de Elvira, su jugosa sonrisa, los ojos pestañeantes, ojerosos; los profundos ojos hundidos de Margarita Altube, su alta estatura, los salientes pómulos; largo cuello flaco de Carola, pecas a los lados de la nariz, pie metido hacia dentro, al andar, su mirada de un azul borroso, que acercaba tanto, sus particulares ademanes. Y los saltos de Geni, y la nariz con caballete, la frente estrecha, rasgados ojos

garzos de Teresa Alzola; largo mentón de Begoña, echada hacia delante, aquel labio trémulo de Blanca y el desgarbado cuerpo sobrándole, su blanquísima piel. Eran como cajas, sus cuerpos, concretas cajas sin transparencia, sin motor. Y las Madres. Sus hábitos, sus tocas, sus corazones de metal brillante, los rosarios pendientes. (El crucifijo en el ceñidor de la Prefecta, el reloj). Y de ahí, cosas sus gestos, su manera de hablar, la voz gruesa de la Madre Azpiazu, las frases dogmáticas de la Madre Hornedo, el ceño y las gruesas gafas, las palmadas de la Madre Monleón, la suavidad enajenada de la Madre Vergara —el anillo que se tocaba disimuladamente— y el delantalón blanco de la Hermana Aralar o las llaves de la Hermana Mandoegui y su rostro, la imponente pequeñez de la Madre Superiora hundida en su sillón, la Madre Salinas, la Madre Vicaria. La Madre Vicaria y el armonio, en la iglesia grande.

Las demás colegialas eran aquello, el hecho del colegio, no eran «ellas».

Entró la sensación en nuestro mundo en pasajeras ráfagas, sonidos que venían de algún lado, aquella impresión como de despertar, de entrever o de dormirnos, de caminar en sueños, de haber oído antes exactas las palabras, de llegarnos aquellos desde algún sitio vivido ya, ¿cuándo?, ¿dónde? El aburrimiento. Aburrimiento fue llegar a un grado. Aburrimiento —lo llamábamos «hastío»— llegó a ser la oración, y el recreo, y el estudio. Hasta que el propio aburrimiento generaba un vacío completo de la mente. Caminábamos interminablemente por las mismas cosas. Las palabras eran como el yeso del albañil, construían la obra, te aislaban del contorno, te edificaban por dentro en el aire enrarecido. Las palabras, casi siempre las mismas, un mundo enormemente ceñido, simple y concreto, de palabras repetidas, repetidas, repetidas, en tono suave, medio tono bajo, siempre a ti, a ti, a ti. Parecías moverte en la penumbra. Todo había sido hecho para ti: el colegio, las otras, el reglamento, el estudio y hasta el monte.

Siempre una voz dirigiéndote.

Te fastidiaba crecer, como un anillo que te oprimiera el cuerpo. Advertencias difusas, o difusas vergüenzas por ser grande. (¿Vergüenza? ¿De qué parte oculta, de qué parte física, nacía la vergüenza?).

Sentías vergüenza también por los demás si infringían el mundo previsto, si rompían las formas; y, a veces, una confusa tristeza por crecer.

¿A qué nos asíamos, de qué nos defendíamos? Era a ciegas, como lo primario, imposible comunicarte. No salir de aquel cerco. No arriesgarse. No salirse afuera. Quien salía de aquel mundo no volvía a él.

Usábamos las cosas para nuestra seguridad, ocupábamos el tiempo. Ibas llenándote por dentro de pedrezuelas que podrían disolverse, podrían perforarte o fosforecer.

Lo primero que sentimos fue el dolor, el daño. Cuántas cosas podían dañar. «Hágase fuerte». «Ejercite la voluntad». Y aquellas palabras heladoras: «Dígase que usted ni yo ni ésa somos importantes». (Entonces, ¿qué hacíamos allí?). «Sólo Dios». Estábamos allí meramente para patentizar la importancia de Dios; Éramos, en nosotras mismas, testimonio.

No había escapatoria. Aquello era la vida humana: allá tú si elegías colgarte al cuello una rueda de molino y arrojarte… (No. Aquello no se podía ni pensar. Podías usar la vida para un fin, pero no podías disponer de ella).

La relación de las cosas entre sí. Su afinidad. Su correlación. Su dependencia. Su ley de gravedad. Lo pensabas sin querer. No habías decidido pensarlo, ni siquiera se te había ocurrido a ti, ni sabías que lo pensabas. (Ah, sí, el colegio. A salvo de desmoronamientos. Había cerrado los ojos para no ver caer a tío Juan, ni a tía Concha, ni a tío Andrés, ni a Tomasa, ni a Millán, ni a Venancio, ni a Francisca, ni a Patrocinio, ni a don Luciano. Me había defendido ignorándolo. Ignorándolo a conciencia, queriéndolo ignorar. Pero sabía que estaba allí, el desmoronamiento, como una bestia inmunda, acorralada. Y que las pedrezuelas que, a veces, se desplazaban dentro de mí procedían de edificios en ruina cuyos cascotes me habían alcanzado. «No se deje llevar por sentimentalismos. ¿Por qué me buscáis?»).

Aquel gesto de Odón con los brazos abiertos, sin defenderse, desplomándose, en la escalera, ¿dónde lo había visto antes? ¿Por qué, por qué, por qué pensaba que él tuvo la razón? ¿Por qué sus palabras incomprensibles me hicieron tanto daño como cuando explicaban en la semana santa: *Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz*?

¿Quién mentía? Los mayores, no. Debía de ser yo, sin darme cuenta. Tantas veces repetido: «Di la verdad». Y la decía como si me convocasen a

juicio: la decía. Y no me entendían bien. O yo no sabía las palabras que había que emplear para decirla, o era yo quien mentía.

Aquello era Babel, castigados a hablar idiomas distintos y sin que pudiéramos comprendernos. (¿Castigada? ¿Por qué…?).

Se lo dije al Padre Santal.

—No sé cómo hago.

—No piense en ello.

—Pero, Padre, creen que miento. Y a veces…

—¿Qué? Continúe.

—Me parece que los que mienten son ellos.

—No piense en los pecados de los demás. Piense en sus propias culpas.

Al lado de la mentira como si no la vieras. Al lado de la injusticia, rozándola, sin que se te moviera un músculo del rostro. Ah, sí: el colegio. A salvo de todo… A veces el vértigo del vacío. Pero no: allí había algo que importaba de una manera absoluta: el respeto. Nos respetábamos unas a las otras, nos respetaban las Madres y las respetábamos. Y no se trataba sólo de un respeto externo, sino de algo espiritual que nos confería nuestra primera dignidad.

Por eso estaba a gusto en el colegio. Sin aquella inseguridad, sin aquellos choques continuos y bárbaros como si preparasen a un púgil para la pelea.

El colegio me recogía. El orden, la disciplina, la calma, ser un número, desaparecer, seguir las filas, a cubierto. Ejercicios de voluntad. *¿Por qué me buscáis?*, o: *¿Qué nos va a Ti ni a Mí?*

Primero habían sido de humildad: reconocer mi insignificancia, después ejercitaba la voluntad: aceptar mi insignificancia.

Durante los Ejercicios Espirituales la capilla en penumbra, la lamparilla junto al Sagrario, la luz de la confesión, la luz rojiza y vacilante. Los dio el Padre Berástegui. Habló del fin del hombre, la salvación, la muerte, el infierno. No nos pareció importante. Estábamos pendientes de algo que se nos podía revelar.

En las pláticas de última hora de la mañana habló de las playas, de los trajes de baño, del cine, de las conversaciones de las amigas, la comunión diaria.

Por la tarde, en la meditación, y después de misa —dos meditaciones para cada tema—, de la rigidez cadavérica, el estertor de la agonía, el fuego inextinguible y Dios para toda la eternidad. También el infierno. Para toda la eternidad. Lo repetía, impotente, desarmado. La luz de la lamparilla hacía enormes sombras sobre el mantel del altar.

OceanofPDF.com

XXXIV

Y vimos a Blanca Deva, el día último de curso, quitar la banda a Luz. Se la había llevado los dos trimestres consecutivos, era lógico que se la iban a otorgar, pero antes de decretar las bandas y los premios había Junta general de nuestras Profesoras con la Madre Prefecta, por última vez se sopesaban los méritos. Nos inquietaba saber que estaban reunidas hablando sobre nosotras. En aquella reunión se decidía la concesión final. Hasta ahora no había habido nunca discrepancia, pero se nos había dicho que podía haberla, que entraba dentro de las reglas el que a última hora pudiera pesar más el último trimestre y superar la deficiencia.

En el fondo, estábamos tan habituadas a aquel nombre de:

—Luz Quintana

rompiendo filas, abriendo el espectáculo de los premios, tan habituadas a su bajada serena, a su rubia cabellera ondeando, su perfecta seguridad, que esperábamos que lo insólito se produjese y que su nombre como un clarín resonase el primero.

—Blanca Deva.

El telón alzado del todo, las luces encendidas en el escenario, en la sala, la butaca de alto respaldo con cresta dorada en que se sentaba la Madre Superiora; a su derecha, la Madre Vicaria; a su izquierda, la Madre Prefecta; a un lado y otro de ellas las monjas restantes, menos la Madre Azpiazu, de pie al lado de la mesa con los premios, leyendo los nombres con su voz sonora:

—Blanca Deva.

Todas miramos a Luz que sonreía, que miró con nosotras a Blanca bajar, pálida, por la escalerilla hacia el salón. Bajó a pasos recogidos, cortos. Vimos a la Madre Prefecta ayudar a la Madre Superiora a pasarla la ancha banda de moaré amarillo. Le decían algo, sonreían. El aplauso sonoro de las familias, y Blanca volviendo entre palmas, todavía sonrosada por la sonrisa en lo alto de las mejillas, como agobiada por su banda. Bajó Teresa Alzola a

que le impusieran la suya y, por fin, el nombre de Luz en los accésits de conducta. El día en que se iba… El día en que se iba de verdad, porque habíamos sabido que se marchaba definitivamente.

Bajó al accésit con su mismo aire victorioso y vimos que no dependía del premio o no, que era suyo propio.

No volvería al colegio. Nos habíamos enterado pasado Pentecostés. Margarita le dijo en el recreo:

—Como tú no vuelves…

pero las palabras no tenían realidad. Poco a poco. «Usted nos deja», de las Madres, y cierta desconexión, algo, no sabíamos qué, hizo que pasado Pentecostés viéramos a Luz en filas casi fantasmal. La Madre Prefecta la llamaba a su habitación con más frecuencia, la veíamos a través del cristalito arrodillada junto a su mesa. Las últimas noches, al ir a cerrar nuestras camaretas, casi se nos cerraban los ojos antes de que la Madre Prefecta se marchara.

—Suba, Señor…

Seguía rezando ella las oraciones de la mañana, leyó en alta voz las flores del mes de mayo. Decía: «Pureza inmarcesible», y entonces ya sabíamos que se iba. Las Madres podían parecer como siempre con ella, pero nosotras notábamos la desconexión. Luz irremediablemente se marchaba, dejaba de pertenecer a lo que llamábamos «el colegio», lo que contaba era permanecer allí, en aquel ambiente. Ella fue la misma hasta el último día.

—¿No se te va a hacer raro? —le preguntó Margarita.

Luz se llevó la mano a la medalla.

—No me hables de ello, no lo quiero pensar.

No se hablaba de ello. La vida que empezaba fuera era mirada desde la altura, con conmiseración e indiferencia. No existía allí, como si se cambiase lo trascendente por lo fútil, lo saludable por lo perdido, la verdad por la vanidad.

Luz, con su reflejo de mundo en torno, podía ser causa de disipación. Estuvo en cuarentena, ya algo alejada de la vida de las demás. ¿Para qué iba a acudir a clase, si se le acababan las clases para siempre dentro de unos días? ¿Para qué iba a escuchar explicaciones que no iban a servir de

iniciación a nada? Dividió su último tiempo entre la tribuna, el cuarto de la Madre Prefecta y el piano. Durante los recreos de la semana final no compareció. Estuvo, sí, en el del último día, con la Madre Prefecta presente. No aludió para nada a su marcha. Las Madres se habían distanciado ligeramente de ella porque iba a ser expuesta a los hombres. (Pero esto, la palabra «hombres» no se pronunció; se decía: el mundo, los peligros, las criaturas, apetitos, el mal). Luz nos daba indefinible pena, inconcreta, vaga, y no tanto por perderla, sino por perderla perdiéndose.

Después de tantos años de colegio —había entrado como Geni, a los seis años— la desposeyeron de su banda, se la pasaron a otra en su presencia, supo que el año siguiente iría la banda que ella tanto había llevado, cruzando el recatado pecho de Blanca. Y la Madre Prefecta no pareció dolerse por ella, ni alterarse su amable sonrisa. Luz se iba y ella seguiría riendo y tocando el timbre para otras niñas. (Habían estado estos últimos tiempos tan unidas, Luz siempre en el cuarto de ella).

No me di cuenta de cuándo volvió a subir porque teníamos que estar atentas a los propios nombres. Sólo Blanca Deva —como ella antes— había bajado en medio de aquella expectación y aquel silencio.

Sin embargo, fue Luz quien recitó el poema. Volvió a su sitio, y nos pusimos todas en pie para cantar la despedida:

—Adiós. Adiós. Adiós.

Luz mirando de frente, hacia la sala a oscuras, sólo nosotras iluminadas ya.

Me fui entre bastidores y allí, arrebujada contra una bambalina pintada de azul, vi a Luz tapándose la cara con el pañuelo, mientras la Madre Vergara le hablaba.

—¿Te vas, Luz? —le dijo Elvira.

Ya se podía hablar de la marcha. Ya no importaba. Estaba la puerta de fuera abierta. Estaba ya fuera.

—Suba usted arriba. Séquese esos ojos.

Subí las escaleras sin mirarla.

La Madre Azpiazu, adelantándose:

—¿A dónde van ustedes?

—Voy por mis cosas —dije.

No preguntó:

—¿Y usted, Luz?

—Madre, está papá —decía Geni Alzola, y le cogió a la Madre por la manga.

—No se toca…

Eran las voces de siempre, las palabras de siempre; creo que era aquello lo que le destrozaba a Luz el corazón.

La antevíspera, el Padre Berástegui nos había dado meditación sobre la tempestad en el mar y la aparición del Señor. «Sálvanos, que perecemos». El mundo, la tormenta, los rayos, acordarse de implorarle, de llamarle: «Sáfvanos».

—Alguna de vosotras deja la vida del colegio para siempre…

Estaban en el pasillo de las camaretas las maletas de Luz, el bulto de la ropa de cama.

—¿Las va a llevar ahora? —preguntó la Hermana Aralar—. ¿Han traído coche?

Luz dijo:

—Sí

y miró el bulto de su ropa.

—Va usted con su mamá, que está muy sola —dijo la Hermana Aralar a media voz.

Pero en aquel silencio oí sin escuchar, como si hablaran junto a mi oído. Luz entornó la puerta de su camareta.

Estaba de nuevo abajo diciendo adiós a las Madres («Aquí va esta despistada» —dijo Begoña al verme—) cuando la vi, a su vez, bajar con los ojos enrojecidos y una sonrisa forzada. Bajaba la escalera lentamente, con su uniforme blanco y la boina negra en la mano, con las medias blancas, como si contara los escalones por dentro. La Madre Prefecta estaba con su madre. Sonreían, hablándose, la esperaban con calma.

—Aquí se la entrego.

La Madre Prefecta puso sus manos sobre los hombros de Luz, empujándola un poco hacia su madre.

—A esta grandullona…

Se volvió a nosotras.

—¿Le han dicho ustedes adiós? El año que viene no vuelve.

Luz dejó caer los brazos mientras la besaban: Geni, tirándole de la manga para alcanzarla; Teresa Alzola, Iciar, Ina, Paz Echandonea, besuqueándola. Begoña lloraba a sollozos cuando la besó. Margarita dijo:

—Hasta luego —con los ojos brillantes.

Y su madre, con dulzura impaciente:

—Luz, hija, te espero fuera.

Luz hizo que sí con la cabeza. Le corrían las lágrimas por la cara.

—¿No dice adiós a Luz?

Me acerqué entre las otras. Le di un beso en la mejilla. Me quiso decir algo y no pudo, temblándole la barbilla. Intentó sonreírme entre sus lágrimas.

OceanofPDF.com

XXXV

Aquel verano salieron las monjas para votar. Me enteré por tía Concha.

—Les mandamos el coche de casa y lo que haga falta, pero que voten.

Llevó a votar a la abuela.

—Pero, Concha, deja a mamá en paz —dijo tío Juan—. Un voto más…

—¡Un voto más! Importa. Salen a votar hasta las monjas.

Llevó en el coche a Obdulia, a Patrocinio, a Francisca. Tomasa dijo:

—Yo iré después, con Millán y los padres.

—Como quiera —dijo tía Concha—. Así se queda alguna mientras las otras salen.

Desde muy temprano se puso en movimiento. Acompañó primero a la tanda de muchachas, y después le dijo a Patrocinio:

—Vamos, Patro, acompáñeme con la señora.

Fue un acontecimiento ver salir a la abuela. (Tomasa se asomó por la puerta de la cocina y la miró con compasión. Dijo:

—La pobre).

Estuvo sentada, esperando en el cuarto de estar a que su hija volviera; quieta, con la mantilla puesta, y un abrigo que solía llevar a los salesianos; sus manos de venas tan azules, abultadas, cubiertas con los guantes de piel. Llevaba un bolso con boquilla negra.

—Ale, mamá, ahora nosotras. Cuanto antes, mejor. Hay menos gente.

Iba risueña, y la abuela se apoyaba en ella y en Francisca para bajar. Tía Concha dijo entre dientes, mirando hacia la puerta que llevaba al cuarto del tío:

—A buena hora nos hubiera dejado Andrés solas.

—¿Tú no vienes? —le había preguntado a tío Juan, todavía en bata.

Tío Juan hizo un gesto evasivo. Clota le preguntó:

—¿Va a votar la abuela?

Parpadeó, sin contestar.

Sabía que a la abuela no le gustaba salir. ¿Cuántos años llevaría sin salir apenas de su casa, de lo suyo?

Cuando regresó dijo:

—Vaya, ya estoy aquí.

Y se quedó un rato en el cuarto de estar con la mantilla puesta, quieta. Tía Concha la besó.

—Mamina, qué bien, dando ejemplo. ¿Ves? Has cumplido con tu deber.

Los ojos inexpresivos de la abuela. Tardó un rato en quitarse el abrigo.

Tía Concha se pasó la mañana entre idas y vueltas.

—Hemos votado hasta por las muertas —decía, triunfante.

—Voto a voto —dijo por la tarde—, se lo hemos quitado voto a voto.

Besó a Clota con alegría restallante.

—Hemos triunfado.

Tío Juan comentó:

—Si eso ya se sabía.

Había dicho al besar a su madre:

—Os dejé, naturalmente, porque sabía que no iba a pasaros nada.

—Pues ha habido jaleo en algunos sitios, no creas —replicó tía Concha—. Pero nosotras como si nada. Estábamos en nuestro perfecto derecho, estábamos dispuestas a defenderlo.

—Se sabía de sobra que ganaban las derechas. Los cálculos…

—¡Las mujeres! Porque votamos las mujeres. Por eso no hubo nada.

Se reía, contenta.

—Qué combativa nos ha salido, mira tú por dónde.

—Y los conventos, enteros. ¿Qué se creían? ¿Hay que decir lo que se piensa? Pues a decirlo todos… A primera hora fueron las monjas de ésta. No quieras saber qué de vueltas.

Respiró.

—Vaya, ya hemos terminado.

Tío Juan parecía ausente.

Odón no había venido. Estaba interno.

—Eso ya se veía venir —me dijo Clota—. Se pasaron todo el invierno diciéndoselo, pero no hizo ningún caso.

El curso había sido un desastre.

—No dio una. Ni una. Todo el invierno sin estudiar, y mamá, todo el día encima. «Que tu padre te va a meter interno». Como si nada. El Padre Director llamó a mamá que quería hablarles, y mamá no se lo dijo a papá, por miedo a la torta. ¿Sabes? Sin querer un día le dio una tan fuerte que se puso a sangrar por las narices y mamá casi se desmaya al verle con toda la cara chorreando sangre. Le decía: «Le has roto el tabique de la nariz. Le has estropeado el físico». Papá, el pobre, se quedó helado, había sido sin querer… Le ayudó a lavarse. Le pusieron una esponja con agua fría en la nuca, y agua oxigenada, pero tuvo que venir el médico. Papá le decía a mamá: «Me saca de mí. Se me fue la mano». Y después, a Odón: «Vaya, chico, se me fue la mano». Odón le dijo con la nariz inflada de algodón, lleno de tiras de esparadrapo: «No ha sido nada». Por eso mamá no le dijo lo del Director, y volvió que casi le agarra por los pelos. «Que me matas a disgustos, que acabas conmigo. ¡Mal hijo!». Le faltaba la voz y todo. Creí que se iba a desmayar, pero de verdad, y que cogería rabia a Odón. Pues Odón encima estaba sentado a su lado en el diván y balanceaba las piernas. «¿No te puedes estar quieto? Encima». Se fue a su cuarto con la cabeza gacha. Y Ana vino al cabo de un rato —Ana y Odón es que se adoran— y dijo: «Está llorando», como si fuese un secreto. Mamá abrió la puerta de su cuarto y estaba llorando de verdad, tumbado sobre la mesa, tirándose del pelo. Mamá empezó a darle besos y Odón decía: «Es que no sirvo. Que no sirvo. ¿Por qué no os queréis convencer de que no sirvo?».

Me acordé de la manera de llorar de Odón, a trompicones, como si le saliera el sollozo entre rotos de dentro. Le pregunté a Clota en qué había acabado.

—Que le pidió al Director que por Dios no le dijera a papá nada, que se iba a enmendar. Pero cate va, cate viene, llegó fin de curso y ni palabra. Ahora que mamá le defendió de papá, que el Director le tenía manía, que lo sabía y que lo sabía. Que un profesor, no sé cuál, le había dicho que no estaba tan mal. Y como le decía: «Es lo único que te pido. Es lo único que te pido: no le pegues», no le dijo ni una palabra. Fue una comida de juerga, jugando al muerto, porque Ana, que disimula tan bien, no tenía ganas de disimular. También le había dicho Ana a papá, arrimándole la cara: «Perdónale», y ya sabes que Ana es el chichi de papá.

—¿Y ahora qué hace? ¿Siempre en el colegio?

—Sale los sábados al Escorial con Ana y la abuela Luisa. Me dijo Ana que iban a pasárselo bárbaro porque antes tenía que volver pronto a casa por las tardes, porque iba sola, pero que con Odón…

Dijo:

—Odón estará encantado, porque aquí se aburría de muerte, según él.

Aquel año, como estábamos solas —tío Andrés vino únicamente ocho días—, tía Concha alquiló la gasolinera para nosotras. Venían ella o Patrocinio, aunque ella lo hizo pocas veces.

Sí, estaba la mar. Pero era otra cosa. Aunque cuando arrancábamos me daba aquella sensación de despegarnos, de bienestar, de que se alejaba, no sólo la ciudad, sino nosotras.

Nos bañamos en Las Quebrantas y a veces en un arenal que se formaba en medio de la bahía, a mareas bajas. Pescábamos muergas con unos pinchos. Sólo fuimos a los cámaros, a Pedreña, cuando estuvo tío Andrés. Pero tía Concha bajó también, porque dijo:

—Estás tan poco tiempo que si no voy con vosotros no te veo.

Y más que nada se estaban de conversación. Tía Concha allí, en la gasolinera, le pasó la mano por la cara y le dijo:

—Tienes cara de cansado.

Y yo pensé: «Está triste». No sé en qué, pero se le notaba.

—Trabajas demasiado, todo el día sin moverte de tu despacho, casi hasta la noche. ¿Tú crees que las minas y los Consejos no funcionan sin ti?

Lo dijo sonriente, como en broma. Tío Andrés volvió los ojos desde la línea de proa hacia el mar con una mirada intensa de amargura.

Por las mañanas cuando volvíamos de misa nos cruzábamos con él que iba, con su devocionario en la mano.

No hablaron nada de Odón delante de nosotras.

—Tienes que descansar más. No puede ser. Las minas siguen igual sin ti soltando carbón aunque estés aquí.

—Eso no lo logras de Andrés —dijo riente tío Juan—. ¿Eh, Andrés?

—No comprendo el retiro —dijo tío Andrés—. En cuanto dejas de ocuparte en lo que te has ocupado siempre, estás para el arrastre.

—¡Qué descanso! —dijo tía Concha.

Tío Andrés no contestó. Inclinó la cabeza en el respaldo de la butaca de mimbre. Tía Concha le señaló sonriente la calva y el pelo, con su aguja de punto.

—Que vas a cumplir sesenta años.

Tío Andrés entornó los ojos al sol. Dijo:

—Ya.

OceanofPDF.com

XXXVI

Cuando íbamos con Patrocinio, bajábamos a pie por la cuesta de la Atalaya. Era hermoso bajar la Atalaya hacia el Puente. Después, en vez de continuar por el muelle, cruzábamos a la acera de enfrente, y al llegar al edificio de Correos cruzábamos hacia los jardines. Íbamos atravesando los jardines hasta el embarcadero. El olor fresco nos alcanzaba, sobre todo al salir de los jardines al camino empedrado que llevaba a la dársena. Brea. Vapor de pasaje a Pedreña, cordeles. E Hilario con su pantalón blanco y el jersey azul y el sombrero de tela blanco, de alas flojas, caídas, y el bichero en la mano, aguantando la gasolinera.

—Venga. La tripulación a bordo —decía.

Se rió muchísimo al ver a Patrocinio.

—Tenemos pasaje nuevo —dijo—. Aumenta la tripulación.

Y Patrocinio, casi crispada, se agarró a su mano, sin saber bien en dónde poner el pie, entre nuestras risas.

—Estas dichosas cataratas… No sé muy bien dónde le pongo.

Le compraron unas gafas oscuras porque dijo tía Concha que no resistía el sol. Y siguió bajando. Se sentaba en el fondo, cerca del timón que manejaba Hilario, medio en cuclillas a popa; saltaba rápidamente de cuando en cuando para revisar el motor.

—Aguanta aquí tú —nos decía a Clota o a mí.

Nos disputábamos por coger la barra.

—Mira aquella boya, siempre de frente, así —decía con la colilla pegada al labio.

Yo miraba la boya tan fijamente que se me olvidaba la mar. Había una delicia en conducir aquello por su derrotero, en el puesto del tío Andrés. Hilario se volvía a medias y me hacía con la mano «para acá», o «más para allá» y yo me apuraba. La barra se resistía, era fuerte y tenía poder sobre ti.

—Ahora, déjame un poco —decía Clota— que ya llegamos. Anda. Anda.

—Calma. Tú a la vuelta —decía Hilario.

Porque, cuando nos acercábamos:

—Vamos a encallar —decía Hilario.

Venía rápido por aquella estrecha tarima del borde, como un equilibrista, y me cogía el timón con su fuerte y áspera mano a manchas pardas.

Si no estaba tía Concha se quitaba el sombrero.

—Es bueno para guardar muergas —decía, volviéndolo al revés.

Encallábamos en Las Quebrantas. Pero nos dimos cuenta de que en aquel lado nuestro, en donde siempre estuvimos solitarios, ahora venían algunas personas más. La vez primera las miramos con estupor.

—Habráse visto —dijo Clota—. En nuestra playa…

—Qué lata.

Nos bañamos, mirando de reojo a aquellos intrusos que habían hollado nuestra propiedad.

Patrocinio, mientras tanto, no se bajaba de la gasolinera. Se quedaba con un pañuelo blanco con cuatro nudos sobre la cabeza, sin hacer nada, dentro. Hilario se tumbaba en la proa, con el sombrero o la boina sobre la cara, los pies al aire, tiesos y negros, con dedos que parecían percebes.

Entonces no encallaba la embarcación, sino que la dejaba meciéndose donde el agua se hacía delgada, delgada, transparente, y se veía que se podía saltar.

—Marineros al agua.

Nos bajábamos saltando por la borda. Echaba el ancla. ¿Habría fondo? El pie tocaba arena, el agua llegaba por encima de las pantorrillas. Nos chapuzábamos. O corríamos a la playa para coger calor antes de mojarnos.

Clota se mordía las uñas:

—¡Qué lata! Aquellos intrusos…

Era una pandilla de hombres jóvenes. Llevaban en la mano una jabalina. También a ellos debimos de estorbarles.

—Había gente en la playa, mamá —dijo Clota.

—¿Quiénes eran?

—Unos chicos mayores. No hay derecho. Fíjate qué frescos.

Tía Concha siguió calceteando y al día siguiente bajó con nosotras. Estaba de nuevo el grupo allí.

—Vaya, se acabó. Ya han descubierto nuestra playa —dijo.

Estuvo sentada en la arena, sobre el almohadón, con un sombrero de paja de anchos bordes, haciendo punto, con las piernas al aire, descalza. Los chicos se marcharon más lejos, y llegaban sus voces como fantasmas en aquel espacio marino, sus risas como un eco. Medio entumecida de sol entraba en el agua.

—Mójate la cabeza. Lo primero, mójate…

Hilario nos llevó a aquel arenal surgido en el centro de la bahía, al fondo, antes de Pedreña. Era una playa estrecha, apenas un lomo de arena sobre el agua, la sensación de una cubierta de submarino emergiendo, una arena mojada, más dura, más salvaje. Los pies se hundían demasiado. Quedaba la huella con la forma de un pie como un vaso, como mares pequeños que podían llenarse de agua. No era cómodo tenderse allí.

—No os estiréis en la arena húmeda. Es muy malo. Pon la toalla.

Pero la toalla también se empapaba. Era desagradable y fuerte. Una vez salí del agua corriendo, y a impulso me eché sobre la arena, como hacía en Las Quebrantas, y sentí el rasponazo en el vientre, por debajo del bañador. Fue como si el arenal amenazara.

—Recoger los bártulos —decía Hilario.

O nos hacía con la mano, incorporado sobre la proa encallada, señas de regresar.

—¡Que sube la marea!

Subía el mar, sin olas, poderoso. Nuestras huellas profundas habían desaparecido. Patrocinio se aguantaba con los dos brazos en la gasolinera, mientras trepábamos por la borda, porque la tabla allí no podía colocarse, se hundía. Parecía, asustada, querer mantener el equilibrio.

Llevaba la gasolinera a donde hubiera sol, un rato quietos, para que los trajes de baño se nos secaran y pudiéramos vestirnos por encima. A veces no había sol bastante —era un sol fresco, agrio—, y al avistar el embarcadero ños vestíamos sobre la ropa calada. Nuestras batas de cretona se colaban al bañador. Entrábamos de prisa por la puerta de atrás, subíamos a mudarnos para que no nos riñera tía Concha.

—¿Habéis venido así por la calle?

Habíamos subido así, con apuro de encontrarnos a alguien. Al principio, cuando empezamos a ir andando, yo iba recelosa, mirando, para no encontrarme niñas de mi colegio. Después me habitué a verlas, al pasar por los jardines, o en aquel trozo de calle hasta Correos. Más que nada, las mediopensionistas. Casi no nos decíamos adiós. Le decía a Clota:

—Esa niña era de mi colegio.

—Te está mirando.

—Mejor.

OceanofPDF.com

XXXVII

En el colegio imbuían como principio quietud y orden. El orden era esencial. La quietud en momentos determinados daba a las cosas un extraordinario relieve, lo percibías todo en detalles que jamás hubieras podido apreciar de otra manera. No sucedía nada, y sucedía todo. Sucedía nosotras mismas. Más tarde. Dios.

Cuando salíamos del colegio, aquella vida quedaba atrás, zanjada. A veces permanecía en mí unos días. Por lo general, colegio y casa eran dos mundos distintos, diferenciados, que no mezclábamos dentro. El colegio y la casa, o el colegio y las vacaciones. Entrábamos y salíamos de uno a otro sin mirar atrás. Cuando la puerta, al regreso, se cerraba tras de mí, exactamente se cerraba.

«La tierra no está toda iluminada, sino que presenta sólo media cara al sol». Girábamos sobre nosotras mismas, con la tierra. Sólo que era el nuestro un hemisferio boreal, largo invierno, verano breve. Quizá la interinidad de la vacación privaba a las cosas de consistencia. El sol no era frecuente, ni en el colegio ni en la ciudad. Eran más los días de lluvia, y se presentaban de improviso, ululantes, rastreadores, los días de viento sur. Desde el muro vi la mar negra y punteada de los días de sur, plomiza, amarillenta, sombría. Pero los pueblos del fondo, al otro lado de la bahía, se acercaban con el sur, de una nitidez sorprendente. Los tejados a nuestras plantas, las calles de la ciudad —vericuetos entre aquellos tejados—, desde allá arriba eran tan claras, tan dibujadas, tan allí mismo que siempre era una experiencia, el sur.

Con el sur tía Concha se embravecía.

—Un dolor de cabeza… Con este viento…

Se le hacían los ojos más pequeños, con el dolor de cabeza. Había que escapar.

—¿Dónde están las niñas metidas?

Siempre había algo que no marchaba, o el delantal, o el peinado, o la manera de contestar. Daba vueltas sobre sí misma, y por la casa, le entraba un frenesí de actividad.

—Tú con tu madre. Ven conmigo —le decía a Clota, mirándome con sus ojos hurones.

Un día, me dijo:

—Quítate de delante. No puedo aguantar esa cara.

—¡Jesús! ¡Jesús! —decía Patrocinio bajando la voz—. Hija, cómo está tu tía Concha.

Tomasa le contestó en la cocina. No supe qué, pero le contestó y bastaba. Subió como una exhalación al cuarto de estar, no le salían las palabras.

—No sé cómo la tienes. Me pregunto cómo la tienes.

Tío Juan, según su costumbre, se paseaba en bata, fumando o con las manos atrás, de su cuarto hasta el cuarto de estar, del cuarto de estar a su cuarto.

—Y la culpa es tuya —se volvió a tío Juan—. Tuya, nada más. Tanto respetarles, tanto «son muy dueños, las libertades». Tanta consideración y gaitas… Hasta que se te vuelvan. El día menos pensado se vuelven contra ti y entonces veremos.

Tío Juan se alzó de hombros.

—¡Contestarme! ¡Y delante de Obdulia! Espero que la pongas ahora mismo en la calle.

Tío Juan miró a su madre. Vi, fijos en él, los cristalinos ojos de la abuela.

—Tú dirás a quién das preferencia, mamá. Aunque ya lo sabemos, claro, ya lo sabemos… ¿Para qué lo pregunto?

Se le llenó la voz de lágrimas y cogió a Clota:

—Ven, hija, dame un beso.

Clota se prestaba con facilidad.

—Llevaros bien los hermanos —dijo la abuela—. Los hermanos…

Parecía suplicar con sus ojos. O repetir un estribillo.

—Los hermanos…

—Sí, mamuca. Sabes que nos llevamos bien. Estáte tranquila.

Su hijo la besó en la frente.

—Ven, hija, con tu madre. A mi cuarto.

Salió llevando tras sí a Clota. Tío Juan daba vueltas por el cuarto, fumando.

—No se puede, mamá. —Hablaba bajo, con sus gestos vagos. Su madre pendiente de él. ¿Le oía?—. Así, sin más, no se puede. No son máquinas. Son seres humanos, tienen sus derechos, como es lógico. Tienen derecho a tener opiniones, como todo el mundo. Concha quiere meterse en todo. Y no se puede… Las normas esenciales de la convivencia… No podemos hacernos la vida imposible los unos a los otros. ¿Es buena cocinera? Pues nos basta.

La abuela dijo:

—No va a misa.

—¿A ti qué te importa?

La abuela le miró, y después a mí, sobresaltada. Tío Juan se corrigió de prisa, nos sonrió a las dos. Volvió a hacer su vago gesto.

—La libertad humana. Libertad de conciencia… No podemos meternos en eso.

Zanjó, diciendo:

—Pregúntaselo a don Luciano; ya verás.

Se iba ya cuando la abuela le llamó:

—Juan…

Se volvió.

—¿Lo de Tomasa? Ni hablar. Vamos, a mí me parece… Tantos años de servicio en casa, Venancio de jardinero, el marido colocado. Pero ¿no ves que no se puede, mamá? Así, de repente, ¿tú lo ves…? Déjale el tiempo suficiente para ir a misa. Si no va es cosa suya, tú has cumplido. Es perfectamente libre; don Luciano te dirá lo mismo que yo. Yo hablaré con Concha —le dio una palmadita en la mejilla.

—Llevaros bien los hermanos…

—Pero si nos llevamos. —Se inclinó sobre su butaca.

—Está delicada.

Todos decían: «Concha está delicada». Comía distinto que los demás, tenía delante de su plato un ringlero de frasquitos con píldoras y gotas. Las

alternaba. Tenía escrito a lápiz sobre los frasquitos las que le tocaban.

—¿Pero ya anda usted con potingues, Concha? —decía don Luciano—. Es usted todavía joven para eso.

Tía Concha apretaba los labios. Cogía el cuentagotas de cristal y contaba Clota con ella.

—Esas molestias se curan mejor solas, sin hacerlas caso. Esperando —decía don Luciano.

Tía Concha, tajantemente, se volvía a nosotras, cortándole la palabra. Hacía un gesto a Obdulia para que no le sirviera más vino. Después de comer Clota la traía una manta a cuadros y le tapaba las piernas, aunque hiciese calor. De repente se sacudía la manta:

—¡Qué calor! ¡Estoy sudando! ¿Vosotras no os ahogáis de calor?

La mirábamos estupefactas, las primeras veces. Ella volvía los ojos al jardín en gris, al tiempo incierto. No se le notaba la sofocación. Cuando le daba aquel calor se arrancaba la manta, estiraba las piernas, se daba aire con la mano, se despechugaba. Don Luciano seguía removiendo el café con calma, o dormitaba en la butaca, después del coñac, con el periódico sobre la cabeza, cubriéndole los ojos.

Decía a Clota:

—Tápame, hija. ¿Se me ve algo?

Aunque ella esparrancaba las piernas y separaba los brazos del cuerpo.

—¡Qué calor! Es que no se aguanta. Es como fuego. Tócame.

Llevaba la mano de Clota a su mejilla.

—No te noto nada.

—Lo noto dentro. Me sube de repente.

Aquel calor se le presentaba a cualquier hora.

—No he pegado los ojos en toda la noche. No aguantaba ni la sábana. No sé lo que me pasa.

Hundida en la cama, hablando con sopor, como con la lengua trabada, con la ropa sudorosa, revuelta, y aquella dejadez.

—No metáis ruido. ¿Qué hace aquí ésa?

Aquellos ojos de ahogada, entreabiertos apenas. El cuarto olía a cerrado, a denso y agrio.

—Voy a intentar dormir. No. ¡No me tapes!

Pasaba muchas horas tirada sobre la cama, con el cuarto en penumbra; después se levantaba y no había quien parase.

Si estaba tío Juan echando la siesta en la tumbona, se comedía, hacía gestos a Clota para que se pusiera delante de ella y la tapara.

Tomaba langostinos antes de comer.

—¿Qué, caprichitos? —decía don Luciano entrando en la terraza con aquella risa que le sacudía la papada.

Y tía Concha, sin mirarle, seguía pelándolos o cascando las patas, y se lavaba las puntas de los dedos en el lavafrutas, con limón. Sacudía un poco las gotas.

—Está a régimen —decía Clota—. Tiene que hacer varias comidas al día, comer menos y más a menudo. Desayuna con jamón.

—¡Caramba qué régimen! Me apunto yo —decía don Luciano—. Qué cosas discurren.

A veces tía Concha parecía esperarle con buen humor.

—Empiezan los achaques, don Luciano. Eso es. Empiezan a salirle a una…

Don Luciano se reía.

—Que no tiene nada que hacer. Si tuviese diez hijos…

—¿Nada que hacer? Bien se ve que usted no sabe lo que tengo encima.

—Nada. Unas buenas preocupaciones, y todos andando.

Tía Concha se mordía los labios. Decía, ausente:

—Ya, ya.

Don Luciano preguntaba:

—¿Tiene noticias del marido?

Tía Concha se rehacía:

—Están muy bien. Mucho trabajo, como siempre.

En los últimos días de septiembre vino a despedirse don Magín, el salesiano. Se le había puesto todo el pelo blanco. Lo llevaba corto y duro sobre la frente. Y aquel párpado tirante de su ojo tuerto, subido, le daba severidad. Tenía la cara arrugadísima y curtida.

—¿Otra vez a su tierra? Lleva usted años sin ir, ¿verdad?

—Llevo. Pero, vaya, ahora me he dicho: voy a darme una vuelta por allá.

Se quedó quieto, con aquel ojo inmóvil.

—Vaya usted a saber cuándo podré volver.

Me preguntó:

—¿Quieres algo para tu padre, para los de allá?

—Está muy bien, muy fuerte, gracias a Dios, ya ve. Está contenta, es feliz. Usted se lo explica.

—¿No quieres venir allá, conmigo?

—Ay, no —saltó tía Concha posando un momento la labor—. Eso sí que no. O allá, o aquí. Ya se lo dijimos a Gabriel cuando se trató de esto: o nos la dejas totalmente y la educamos a nuestro modo, pero sin injerencias, o te la llevas. Luego desautorizarnos, no.

Don Luciano dijo:

—No trataba de eso. Decía así, unos días…

—Ni unos días. ¿Usted sabe lo que es aquello? Sin nadie que gobierne. Para que luego venga repitiendo cosas, y en dos días que vaya le echen a perder. Además, que a él le estorba; si lo sabré yo.

Le dijo:

—¿Quiere usted venir un momento?

Le llevó aparte, y estuvo hablándole en una esquina de la terraza durante un buen rato. Don Magín inclinaba la cabeza. ¿Se trataba de mí? ¿Y qué?

Al final elevaron la voz. Disimulaban. Oímos:

—… las reivindicaciones obreras. Nuestro Instituto, tan cerca del artesano…

Se acercaban de nuevo a la mesa. (¿Me miraba fijamente o era su ojo inmóvil de cristal?). Dijo:

—… jugando sobre un volcán.

OceanofPDF.com

XXXVIII

Clota me acompañó hasta el cuarto. Miró mi ropa de uniforme sobre la silla.

—Otra vez a Sing-Sing. ¿No estás harta? —Cogió la banda morada del colegio y la echó al aire, dejándola caer.

—Yo he sacado a mamá que en vez de ir mediopensionista me deje salir a comer a casa.

Se estiró. Se estuvo mirando en el espejo su cara mientras se estiraba.

—Me caigo de sueño… Con esto de que mamá no pega ojo por las noches y no para… Cree que no me despierta porque anda descalza —se rió— y se levanta y bebe agua y enciende la luz. Anda en camisón por el cuarto ¿te imaginas? Y hace ruido echándose abajo las sábanas. Respira tan fuerte, no hay quien duerma. Desde mi cama le veo la planta de los pies. Pero sé que si hablo estoy perdida, que a lo mejor empieza a achucharme o se queja de la abuela. «En esta casa no tienen atenciones conmigo». Qué lata.

Abrió la boca exageradamente y bostezó, con el brazo derecho estirado hacia arriba y el otro hombro bajo, retorciéndose un poco.

—Bueno, niña.

Me miró y se echó a reír.

—¿No te desnudas porque estoy yo delante? En casa nos desnudamos las dos juntas, nos volvemos cada una para un lado. Ana dice: «Ahora no mires», cuando se desabrocha por detrás. Porque lleva sostén. Y se mete el camisón por la cabeza. Buena gana de esperar.

Me besó.

—Escríbeme. Adiós, guapa. Que te diviertas.

Siempre decíamos «escríbeme», pero nunca escribíamos después.

Tía Concha me había dicho:

—A aprovechar bien el curso, lo que se hace por ti. Todo se hace por tu bien. ¿Lo tienes todo?

La abuela se agachó un poco, camino de su cuarto, para que la besara. Iba del brazo de Francisca.

—La colegiala, señora, que le dice adiós.

Dormí dentro de la casa como fuera de ella, desconectada de los que estaban dentro porque me había despedido.

—Buenas noches, tío.

Estaba sentado ante la mesa del comedor. Insistí:

—Adiós, tío, buenas noches.

Clota ahogó la risa detrás de mí:

—No nos ha oído ni jota.

Me dijo en el pasillo cuando vino hasta mi cuarto:

—Está siempre en la estratosfera. Mamá dice que se anda por las ramas.

El suave olor, ácido y fresco, de su cuarto.

Dejé la contraventana entornada para que me despertara la luz.

Me gustaba estar ya despierta cuando Francisca entraba, ya vestida; me fastidiaba que metiera la mano entre las ropas de mi cama para despertarme, que me hiciera cosquillas, o que dijera:

—Anda, vístete, chiquilla.

Plantada delante de mí, sin moverse.

Ni a Clota le había explicado que nos habían enseñado a dormir bien. En vacaciones, a veces se me olvidaba.

(—Boca arriba —los primeros días de colegio, el hábito negro cerniéndose sobre mi cara—. Derecha. Respira usted mejor. No hay pesadillas. Los brazos bien separados, así, la cabeza derecha, en el centro de la almohada, así descansará mejor.

Dijo:

—Hay que tener compostura aun cuando creamos que estamos solas.

Me había encontrado cuando entró acurrucada hacia la pared, con las rodillas dobladas, el brazo debajo de la almohada atraída hacia mí, la boca en la almohada. Era el segundo día. Nadie me había dicho que volvería la monja a mi camareta.

—Así.

Estiró la almohada, alisando lo arrugado por mi mano.

—¿Eh?

Al pie de mi cama aquella ventanita estrecha, alargada, con cristal opaco, con un pasador de hierro, que no se abría jamás mientras estábamos en el cuarto.

—Y ahora a dormir).

Nunca tenía miedo en el colegio, nunca tenía sueños, no recordaba. A la entrada de las camaretas dejaban la bombilla encendida, estaba siempre una Hermana de guardia. Algunas ni las conocíamos, eran de clausura. En cambio, en casa solía despertarme a medianoche, creía yo, no sabía la hora, tensa, esperando oír las campanadas del reloj de encima, en el patio de cristales. Me parecía que llevaba mucho tiempo despierta, pero no oía campanada alguna, como si el reloj se detuviese por las noches, o el tiempo, los innumerables crujidos de la casa, el ruido amortiguado de las playeras de Francisca en el cuarto de la abuela (lo hace intento, lo hace intento para asustarme. Pues no me asustas), oía los pasos por el cuarto de al lado. (¿Está ya la abuela en cama? ¿Hay alguien al lado?). Aquella tensión insoportable. «Yo pecador me confieso a Dios…». De la ventana que daba sobre el amplio mirador, de allí, de aquel mirador, venían ruidos. (Seguro. Los estoy oyendo. Son ruidos. No es idea). El mirador no tenía contraventanas, tenía estores. (Cualquiera rompe un cristal). El bosque. Enfrente, el bosque y detrás la tapia de los Salesianos. (Serán los árboles). Aguzaba el oído. (Mejor no escuchar. Que pase lo que pase). Los pasos del tío por la escalera, qué tranquilidad, un hombre en la casa. Ahora ya no puede suceder nada. Me dormía. Veía la raya de luz por debajo de mi puerta, provenía del cuarto de él. «Le gusta que le dejemos la luz de la mesilla encendida cuando sale, para no andar como los topos a la vuelta», decía Francisca.

La puertecita de comunicación con el cuarto de la abuela. «Si entra alguien, salto y abro la puerta. Me da tiempo». La puertecita. La puertecita. Con los ojos cerrados, fijos dentro de mi sombra, con la exacta forma de la puertecita dentro, toda ya lanzada hacia ella. «Cualquier cosa, y salto».

No sabía cuándo me dormía. Francisca me decía:

—Qué manera de chillar ayer, ni que te estuvieran degollando. Vamos. Menudo susto nos diste. Y tú tan fresca.

—¿Cuándo?

—Ayer. ¿No te acuerdas? Si fui a tu cuarto… Si estuvimos hablando.

No me acordaba de nada.

En el colegio no gritaba. Nadie lo había oído. Ni tampoco las demás, supongo, porque nadie se despertaba. Te despertaba exactamente la campana al principio del pasillo.

—El Ángel del Señor anunció a María.

La blanca cama en orden, la blanca ventana estrecha, el exiguo lavabo.

—Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

El ruido del agua de las jarras en los lavabos.

OceanofPDF.com

XXXIX

—*Regocíjate, hija de Sión, y salta de gozo*.

—*Porque el Señor vendrá*…

—¿Cómo se encuentra?

Me sobresaltó la cara de la Madre Azpiazu.

—¿Se encuentra mal?

—Bien. Madre.

Estábamos en la tribuna de la iglesia grande, tan juntas, de rodillas en el suelo, que Elvira me tiró del velo y me dijo:

—¿No estás bien?

Dije, sorprendida:

—Sí —y cansada, aburrida de que me lo preguntara.

No tenía más que aquel sopor, aquella sangre lenta, ganas de no hacer nada, nada, nada. Y todas aquellas velas encendidas, todas aquellas velas encendidas bailándome en los ojos.

—Salga un momento. Se despejará.

¿Yo? Miré a la cara de la Madre Azpiazu.

—Si estoy bien, Madre…

—Salga un momento.

Salió detrás de mí. Me dijo:

—Suba la escalerilla y estése arriba un rato. Si acaso, entre en la clase y siéntese.

Cuando subí la escalera de caracol de hierro, y me senté en el último peldaño, sentí que la sangre me latía más de prisa. Apoyé la cabeza en la barandilla. ¡Ay, qué bien!

Desde la barandilla vi abajo, en el fondo de la espiral, a la Madre Azpiazu con la cara levantada hacia mí. Sonreí. Dije bajo:

—Ya estoy bien.

Me hizo señas con la mano de que me quedara quieta.

Me incorporé a la fila cuando salió de la tribuna.

—¿Te mareaste?

—No. Qué va.

—Sin hablar —advirtió la Madre Azpiazu.

Hacia el comedor. La Madre Azpiazu entregó la fila a la Madre Prefecta. Se volvió un poco hacia ella antes de desaparecer tras la tribuna del centro. La Madre Prefecta ocupó, como siempre; su puesto, de frente a todas las mesas; daba una vuelta alguna vez. Aprovechábamos para hablar.

—No hablen a espaldas mías —se acercaba. Decía, más bajo—: Es una cosa muy fea.

Estaba bebiendo el café cuando encontré sus ojos fijos en mí. Volví a hundir mi mirada en la taza.

Carola repetía curso, estábamos en la misma clase:

—No se echen sobre los pupitres. ¿Qué es eso?

La Madre Hornedo daba golpes sobre la mesa.

—Derechas. Atendiendo.

Teníamos un libro de textos de lectura. Había algunas páginas más gordas que otras: eran dos pegadas. Carola las miró al trasluz.

—Dejen el libro. Hagan el favor de estarse quietas.

Con la Madre Hornedo había ejercicios de redacción.

—Escriban lo que se les ocurra; por ejemplo, de las vacaciones.

Era dificilísimo, unas vacaciones como redacción. Había que decir algo.

—Pero, Madre, ¿cómo hacemos? Yo no sé qué poner —dijo Carmen Valle.

—Lo que se les ocurra. Todo lo que se les ocurra. Ustedes han estado de vacaciones, ¿verdad? Pues cuenten algo de ellas, alguna excursión.

Me quedé pasmada de lo poco que daban de sí unas vacaciones. Tuve en el estudio que concentrarme a pensar en ellas. Pero yo no había ido de excursión, yo no sabía lo que entendía la Madre por vacaciones, yo… ¿Podía ser excursión la ida a Las Quebrantas? Pero aquello era verdad, no era la redacción. ¿Era la verdad? Algo había que poner… Cuanto más acercaba la memoria a Las Quebrantas más se me escapaban, se alejaban, se me iban en una neblina especial, salobre y áspera, me encontraba sin nada entre el recuerdo, el polvillo de una niebla dorada, al sol. ¿Pero qué cuento? Vi a Blanca casi sin inclinarse escribiendo de corrido, como si lo hiciese al

dictado. Y también a Carola. Bueno… Me salían todo el tiempo los chicos de la jabalina. Tachaba. No se podía poner. Además, que cualquiera diría que los chicos de la jabalina… Pero como empezara a escribir arena, playa, mar, me parecía verlos —¿les había mirado?— a contraluz, con el cuerpo en tensión y la jabalina en la mano. Rodeados de luz. Mi redacción se redujo a unas líneas.

La Madre Hornedo dijo a Blanca Deva:

—Lea en alto su redacción.

Y le tendía el cuaderno.

—Se leerá siempre en alto la mejor redacción.

Qué bien podía inventar cosas Blanca, qué manera tan viva, clara y sencilla para decirlo. Si nos lo hubieran leído sin decir que era de ella no lo hubiéramos adivinado jamás, no por lo que contaba, sino por la fuerza con que lo contaba, por aquella calidez de la expresión. Parecían palabras increíbles para Blanca. «Una excursión al país de una niña», lo llamaron las monjas al publicarlo en la revista del colegio. Una niña con unas conchas en la mano. Las conchas tomaban vida en su mano, le decían en qué país del mar habían nacido, cómo habían llegado hasta ella, en sus deseos de tener corazón. No supimos bien cómo habían llegado, era confuso, de corrientes marinas, pero la niña con sus conchas y las conchas tomando palabra humana en su mano, me pareció cuando miraba a través de la transparencia del agua a los cámbaros y pensábamos: «Es uno. No lo es», porque tenía color de roca musgosa, y, de repente, sacaba las patas vivas, sus gordas y patosas pinzas, y se ponía a correr de costadillo. Desde entonces —qué bobada, era una redacción— las manos pálidas de Blanca las vi como nacaradas, con sus dedos hacia dentro.

—Qué fenómeno —dijo Carola—. Es un fenómeno.

No se me ocurría pensar aquello de Blanca.

—¿Has leído *Voyage autour de ma chambre*?

—¿Qué están hablando? —preguntó la Madre Hornedo.

—Preguntaba si había leído *Voyage autour de ma chambre*.

—Usted pudo sacar más partido de su redacción. Podía haber contado cosas nuevas.

Carola estaba de pie, con su aire indiferente.

—Todo tan soso, tan sin interés alguno; parece una redacción tirada a línea, sin chispa de originalidad.

Recogió su cuaderno.

—Y usted —comentaba delante de todas, con el cuaderno abierto. Se dirigía a mí—. No tiene ni la más mínima idea. ¿Esto es una redacción? ¡Atención todas! La redacción de una colegiala de tercera. Escuchen: «Las vacaciones son el tiempo que se pasa fuera del colegio. O si no se está en un colegio, el tiempo en que no hay lección. Puede no hacerse excursiones, y ser vacación lo mismo».

Las oía reírse.

—Lo siento, pero quiero que usted misma compruebe por sus compañeras el efecto. ¿O es que no sabe lo que quiere decir vacaciones? Lo que son vacaciones… Si es un tema socorridísimo.

Recogí mi cuaderno.

—A mí me parece que estaba bien —dijo Carola.

Hice un enrejado con la pluma sobre la redacción.

—No borren. Tengo que puntuar para final de curso. ¿Qué estaba usted diciendo?

Carola se puso de pie.

—Que así no se pueden hacer, porque si las leen pues ya no es lo mismo.

—A ver, explíquese.

La Madre Hornedo, con la cara suficiente, mirando hacia Carola.

—Explíquese.

Se guardó las manos en las amplias mangas. Carola no se inmutó.

—No creo que haya una niña que se respete y que escriba lo que piensa.

Pensé que me estaba defendiendo y estaba volada por ella. Y me dio pena de Blanca.

La mirada seria de la Madre Hornedo.

—¿Por qué?

(Cuidado, Carola, cuidado). Se quedó un momento pensando, como si no se diera cuenta de los ojos de la Madre Hornedo y de su pie impaciente, por debajo de la mesa.

—No se hace con libertad —dijo—. Está una pensando en que se va a leer en alto, después, con cien ojos…

—¿Es una excusa? —La mirada de la Madre Hornedo—. Porque si es una excusa no justifica la poca calidad de su redacción. Eso no tiene nada que ver con la libertad, ni con autocensurarse *a priori*. Basta unas gotas para probar un agua.

Carola sostuvo su mirada. Dijo:

—No estaba hablando por mí, Madre.

—Siéntese. No apruebo su postura.

Sí. Iba a cumplir trece años cuando escribí: «Libertad» en la esquina de mi cuaderno.

OceanofPDF.com

XL

En los primeros días de diciembre hubo confusión en el colegio. Volvieron a salir todas las mediopensionistas a media mañana, resonaron los timbres sin interrupción, se nos llevó a las camaretas para prepararnos. Pero ya sin explicaciones previas de la Madre Prefecta. Sabíamos lo que significaba: desórdenes fuera. La chaqueta sobre la cama, extendida.

—Con orden. Aprisa. Todas con orden.

Nos reunieron en el corredor, en donde el recreo de la noche y cuando llovía.

—Quédense aquí con la Hermana —dijo la Madre Prefecta—. Ya se les avisará.

Hasta después de comer no vimos a ninguna monja. Hubo que consolar a Paz.

—Yo no quiero ir a mi casa. Yo no quiero ir. Mis hermanas me pegan.

La Hermana Aralar le decía:

—Que no la vea la Madre Prefecta así. Ya sabe lo que ha dicho.

—Mis hermanas me pegan —decía Paz, con su mirada huidiza y terca—. No quiero ir a mi casa.

Carola la consolaba.

—Ya verás cómo no. Cómo te quieren todos. Son cosas tuyas.

—Ay, qué chica —decía Begoña—. Qué rollo. Qué nos importa a nosotros.

Paz se escondió detrás de la Hermana Aralar y chupaba la punta del pañuelo.

—Quédese ahí, ande, tranquilita.

Oímos el ruidito de la llave en la puerta de la clausura, y vimos la alta y ancha figura de la Madre Prefecta volviéndose para cerrar.

—Vayan a saludarla —dijo la Hermana Aralar.

—Silencio. Silencio. Sin alborotar.

Se quedaba un poco pensativa.

—¿Qué le pasa? —preguntó a Paz.

—No quiere ir a su casa, fíjese qué chica —contestó Begoña.

La Madre Prefecta sonrió a Paz con su maquinal sonrisa. Paz se puso junto a ella y la agarró el ceñidor; la apartó con la mano.

—Tranquila. En su sitio. Sin tocar.

Se sentó con nosotras. Parecía cansada. Luz preguntó:

—Madre, ¿tendremos que salir?

—Ya se les dirá.

—Pero, Madre…

—Lo que Dios quiera, ¿no es así?

Se colocó el corazón de metal bien derecho.

—Se hará lo que dispongan nuestros superiores.

Geni, sobre el linóleo del pasillo ante el estudio, saltaba al truquemé.

—Ina, ¿juegas conmigo? ¿Y tú? —preguntaba a Iciar, a Silvia. Pero preferían estar en los bancos, apiñadas todas.

—Qué chicas más aburridas, Madre. ¿Por qué no las manda que jueguen? —preguntó Geni.

—Juegue usted, tiene todo el pasillo para jugar. Pero no se aleje.

Resonaban nuestras voces. El colegio parecía vacío.

—Blanca, ¿quiere ir al cuarto y coger el misal? ¿Quieren que leamos?

No esperó contestación. Abrió su misal, con la funda de hule, y empezó a leer (a ratos se llevaba la mano al costado izquierdo).

—No os inquietéis por vuestras vidas… Guardaos de los hombres porque os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas os azotarán… Cuando os entreguen no os preocupe cómo o qué hablaréis.

Le pasó el libro a Margarita.

—Siga usted.

—¿Aquí?

—No. Salte eso.

Le señaló con el dedo en dónde tenía que leer.

—No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre.

Geni se acercó.

—El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí. Y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.

Parecía pendiente de la puerta de clausura. Miró dos o tres veces el reloj.

—¿No vamos a salir, Madre? —preguntó Begoña.

—¡Ay, chica, qué afán por salir!

—A mí me divierte.

La Madre Prefecta la miró tan fija.

—Perdón, Madre. Quería decir…

Margarita Altube:

—Eres lerda.

—No discutan. En un momento así… todas unidas. Dando ejemplo.

Elvira preguntó a la Hermana Aralar, más tarde:

—¿Han salido las otras Madres?

—Quite. Quite. Siempre preguntando.

La Hermana Aralar delante de las demás era seca con Elvira.

—¿Están en la iglesia grande, verdad, Hermana?

La Hermana bajó un poco la cabeza.

—Ofreciendo desagravios —dijo Begoña.

—¿Han cerrado la puerta de la iglesia, como la otra vez?

—¿Están de seglar?

—Pero, niñas…

—¿Por qué no vamos nosotras a la tribuna?

—Ustedes aquí, preparadas por si las llaman.

—¡Qué tostón!

Se retrasó la cena. Geni apoyó el brazo en el hombro de su hermana y dijo que se iba a dormir allí, que ya no quería cenar.

—Vamos, bajen. Ligeritas.

Nos esperaba la Madre Prefecta. Desde la escalera vimos del otro lado de la mampara de cristales las luces encendidas. A la salida del comedor fuimos como todas las noches un momento a la capilla. Estaba encendido el recibidor de las Madres, frente al oratorio, y había gente dentro. Metimos la cabeza: un grupo de hombres jóvenes tomaba café en torno a la mesa

dorada de las monjas, servía la Hermana Mandoegui. Se volvieron al ruido de nuestros pasos. Bajamos rápidamente los ojos.

La Madre Prefecta se adelantó y se puso delante de nosotras, tapando aquella puerta. Oímos una voz alegre:

—Mira quién está aquí.

Supimos que era por Margarita, porque se sonrojó, sonriéndose. La Madre Prefecta la observaba. A la salida, antes de abrir la puerta, se volvió a nosotras:

—Sin mirar. Derechas y sin mirar.

Al día siguiente no vinieron las mediopensionistas y hubo aquel aburrido recreo de todo el día. Fueron reapareciendo las Madres.

—¿Qué hizo ayer usted, Madre, salió?

La Madre Vergara tiraba a sí la manga para defenderse.

—A las Madres no se les pregunta.

Elvira preguntó a Margarita Altube:

—Son los de los jesuitas.

—Son los de Acción Católica.

Begoña dijo:

—Han venido a guardarnos.

—¿Hablaste con ellos?

Margarita se puso colorada.

—Qué voy a hablar, qué cosas tienes. Me lo dijo la Madre Prefecta. Siempre buscando cola. Son amigos de Santi, el hermano de Luz. Los he visto en su casa.

—¿Están aquí? ¿Todo el tiempo?

—Yo qué sé.

Hasta las vacaciones de Navidad acudió al anochecer aquel grupo de muchachos, pero les cambiaron del recibidor de las Madres al de la Superiora, al pie de la escalera, con puerta de madera.

—Para que no les veamos, chica; qué pelmas.

—Que te van a mirar a ti…

—No, te van a mirar a ti…

Bajábamos la escalera pendientes de la puerta, sabíamos que entreabrían una rendija cuando escuchaban el rumor de la fila hacia el comedor. El lado

derecho de la fila pasaba pegado a aquella puerta; la última de aquel lado era Margarita Altube. Begoña carraspeaba.

—Formalidad. Orden —repetía la Madre Prefecta arriba, antes de que empezáramos a bajar la escalera.

—Al rubio le gusta Margarita Altube.

Margarita colorada, con los ojos brillantes, sonriéndose sin motivo. La Madre Prefecta se atardaba en su camareta.

—Pues hoy miraba a Elvira, no digas.

—¿Cómo se llama el de la chaqueta azul marino?

—Braulio Lárraga. Es primo de una medio.

Elvira me dijo, en el momento de emprender la fila la bajada:

—Fíjate en Rafael.

—¿Quién está hablando?

Pararon la fila.

—¿Quién hablaba? —preguntó la Madre Prefecta, poniéndose delante de nosotras—. Que las que hayan hablado den un paso al frente.

Salimos Carola, Elvira y yo.

—Vengan aquí, al final de la fila, de este lado.

Bajó rápida y silenciosamente la escalera, cruzó de lado y empujó un poco la puerta entreabierta. La oímos decir con suavidad:

—¿Necesitaban algo? Tienen el timbre aquí, al lado de la llave de la luz.

Cerró la puerta. Dio una palmada. Seguimos bajando.

—¿Hace usted algún sacrificio, eh? En vísperas del Nacimiento del Señor. Esas palabras, en filas… —inclinada sobre mi cama—, en estos momentos en que se ofende tanto a Dios, mis colegialas… ¿Y esa penitencia, eh? ¿Eh?

Clavó sus ojos en mí. Dijo:

—¿O no había usted hablado?

Aquel año no habían colocado la cuna en el pasillo. Nos había repartido a cada una un rosario pequeño, de sólo un misterio, que prendíamos a la faltriquera con un imperdible. Se llamaba «conciencia». Bajabas una cuenta por cada sacrificio o mortificación. Era una cuenta secreta. Elvira las bajaba todas de un golpe, cuando la llamaba la Madre Prefecta a su cuarto, o dejaba sólo una por bajar, sonriéndose, pestañeando.

—¿Pero es que no podemos mirar o qué? Para algo nos ha puesto Dios ojos en la cara —decía Elvira en los lavabos—. Hija, qué asco, ni que fuéramos monjas.

Se deshacía muchas veces al día las trenzas y se las volvía a hacer, bien espesas, bien brillantes. Se las dejaba caer sobre el pecho y bajaba así la escalera.

—Ay, qué chica. Todo el día dándole a las trenzas.

—Mejor. Envidia que tienes.

—¿Qué es eso?

La voz turbada de la Madre Vergara.

—Póngase ahí.

Elvira apartada del recreo, apoyándose en el alféizar de la ventana, con un cristal que no dejaba traslucir nada.

Una mañana salió de las camaretas con las trenzas recogidas sobre la cabeza. Con la piel brillante y el profundo cerco de sus ojeras bajo sus ojos adormecidos.

—¿Dónde va usted así? —preguntó la Madre Prefecta en filas.

Me volví. La mirábamos todas. ¿Dónde ba? ¿Qué tenía? Las trenzas… Si tenía calor, se las ponía muchas veces así en primavera, para la gimnasia o el baloncesto. La Madre Prefecta le dijo en el mismo tono de voz de siempre:

—Vuelva a la camareta. Y espere allí hasta que le diga.

—Madre, la misa…

—Vaya a su camareta.

Seguimos, en silencio, sin Elvira, hacia la capilla, sin mirar a la puerta. Aunque sabíamos ya que los chicos desayunaban allí; sólo que iban después de oír la misa en la iglesia grande.

OceanofPDF.com

XLI

Adelantaron las vacaciones de Navidad, sin que lo supiéramos hasta la víspera.

—Aún faltan cuatro días.

—Que no. Que me parece que nos vamos antes.

Pensamos en Elvira, confinada en la sala de máquinas.

—¿Y dónde estudia el violín Carola?

—Allí, naturalmente.

—¿Y Elvira?

—Sale a dar una vuelta por el monte con la Hermana Aralar.

—Qué chica, se las carga todas.

Iciar dijo:

—Qué gracia. Nadie la defiende.

—Las pequeñas, a callar, chicas.

Y Carola:

—A mí me parece que no había hecho nada.

—¿Qué sabes tú? —le preguntó Margarita.

—Por eso digo: me parece.

—Con los chicos…

—Le dais una importancia; no hizo nada de particular.

—Les pasó una carta.

Me enteraba en el momento aquel.

—Se la pasaron a ella, no es lo mismo —dijo Teresa Alzola.

—¿Cómo se arreglaron?

—¡Anda ésta, qué chica! ¿De dónde sales? —Begoña se rió—. Se la dieron a Geni, como es la primera de la fila y la Madre va a lo último…

—Ella anda siempre revolviendo —dijo Margarita Altube.

Y Begoña:

—También tú la tienes tomada con ella.

—No la tengo tomada. Sólo que siempre está queriendo hacerse la interesante.

—Chica, te pisó el plan.

—¿A mí? Pues mira qué me importa a mí. Ni sé quién es.

—Pues yo sí —se rió—, y tú también. ¿Por qué te pones roja?

Blanca se acercó a nosotras, nos dijo:

—Que dice la Madre Clark que vengáis al banco. Que habléis inglés.

—Qué lata.

—Que no quiere que estéis aquí, por favor…

—Se dice: *please*…

—A Elvira el que le gustaba era Rafael.

—¿Quién, Rafael?

—El alto de la chaqueta azul marino.

—Dice la Madre Clark que o venís al banco o se acabó el recreo.

Begoña dijo:

—Ay, chica, anda ésta. Qué fuerte le da.

Preguntó mientras íbamos hacia el banco:

—*What is the matter?*

Canturreó:

—*You say potato*

I say potatoes.

La Madre Clark la miraba, dudosa.

—¿No se puede cantar? —preguntó con ojillos burlones—. ¿Ni en inglés?

La Madre Clark se puso de pie, dio una palmada.

—*Let us go in* —dijo.

Bajamos todas.

Al terminar el camino bajo la marquesina, antes del puente, vimos a Elvira de bruces en la ventana abierta. Se reía, mirándonos, retadora.

—Ay, qué chica…

—Ésa se la va a cargar.

Nos quedamos calladas. Nos parecía imposible que estuviese con la ventana abierta, desde allí podría verse el patio de recreo de las monjas. ¿Quién le había abierto la ventana? ¿Ella misma?

Nos agachamos a mirarla por el cristalito de la puerta. Nos decía adiós con la mano y nos hacía muecas. Geni se reía.

—*Go on, don't stop* —dijo la Madre Clark.

Pedí permiso para ir a la camareta a buscar el pañuelo, crucé hasta la puerta de las camaretas, y ya en aquel pasillo me agaché. Elvira no sabía que la estaba viendo. Estaba con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados, con gesto de asco y aburrimiento. Sonrió toda. Me hizo señas para que fuese allí. Dije, gesticulando para que me leyese las palabras: Imposible. Y volví a salir.

Supe que hablaba con Carola.

—¿Estuviste?

—Pobre Elvira. Es que no dejan hacer nada.

Entrábamos juntas en clase, hacia nuestros sitios.

—Ella no hizo nada. Él le escribió.

—¿Qué?

Carola escribió en su cuaderno con letras descomunales: «No sé».

La Hermana Aralar volvía con Elvira de su vuelta al monte justo antes de que Carola se fuese, y hablaban un momento. Carola, para que no les oyeran, seguía tocando el violín mientras Elvira se desahogaba.

Comparecía a la misa y a las horas de comedor. En la capilla, a mi lado, con la Madre Prefecta de pie, observándonos continuamente. Una estampa cayó al suelo, revoloteando, fui a cogerla cuando se adelantó ella y me la tendió casi sin mirarme, como si se me hubiera caído a mí. La puse en el misal. Leí: «Si por ventura vieres a aquel que yo más quiero decidle que adolezco, peno y muero». Lo releí dos veces. Elvira se echó hacia delante, tapándose la cara con las manos, los hombros se la sacudían, movía nuestro banco; vi a alguna niña mirarla de reojo con piedad, y comprendí que pensaban que estaba llorando. Yo sabía que le había entrado un ataque de risa y que no lo podía dominar. Vi acercarse a la Madre Prefecta. (Que pare. Que pare). La tocó en el hombro, que agitaba convulsivamente. Levantó la cara mordiéndose los labios, y de risa tenía los ojos húmedos, la cara mojada. Vio a la Madre Prefecta y volvió a taparse a toda velocidad. La Madre Prefecta, desde su puesto, no dejó de mirarla hasta el final.

Cuando dejó de reírse separó las manos de la cara, suspirando, se sonó, y se echó el velo hacia delante para que no la mirásemos.

Begoña dijo en el recreo:

—Chicas, debíamos pedir perdón por Elvira.

—Es cosa de las Madres —dijo Margarita.

—Sí, vamos —apoyó Blanca Deva—: No puede estar tanto tiempo sin hablar.

La miramos.

—¿Tú también?

—Pues claro. Se va a poner enferma.

—¿Quiénes vamos?

Margarita dijo:

—Todas.

—¿Tú también?

—Pues claro, ¿qué te has creído?

—No nos dejarán ir…

Blanca Deva se acercó a la Madre Vergara y le habló con su suavidad de siempre, con la mano apoyada en la medalla.

—Pero todas no, irán dos en nombre de las otras.

Eligió:

—Margarita Altube y Blanca Deva.

Carola, Begoña y yo nos quedamos chafadas.

Se incorporó a nosotras en el estudio, sin mirarnos. Pasó ante la puerta de madera como si no existiera, con los ojos exageradamente bajos. Carola me dijo:

—Es un chantaje.

—¿Cómo?

—Le han dicho que hemos dado la palabra de honor por ella. Que si no la cumple nos expulsan a todas.

Esa noche, de camareta en camareta, la Madre Prefecta nos avisó:

—Mañana irán a sus casas.

—¿Mañana?

—Circunstancias especiales aconsejan tomar esta medida.

Me miraba como si yo entrase dentro de las circunstancias.

OceanofPDF.com

XLII

En nuestras casas creyeron que volvíamos por las bombas.

—¿Se asustaron las monjitas? —me preguntó Francisca.

La abuela me había dicho:

—¿Visteis algo desde allí?

—Si me entero ahora.

—No. Estas santas Madres, siempre fuera del mundo. Hasta que les explotan en las narices —dijo don Luciano durante el desayuno, después de misa, el día de Navidad—. ¿Así, que ni se enteraron?

—Bueno. Se enteraron, seguro. Estuvimos concentradas en el corredor para salir si hacía falta. Pero no hizo falta.

Don Luciano se rió.

—Son unas inconscientes. Se libraron de buena los Pasionistas. Gracias a la ocurrencia de la puerta blindada; nadie sabía que era blindada.

—Fue un verdadero milagro —dijo la abuela.

Don Luciano dijo:

—Sería mejor no tener que echar mano de milagros.

También Francisca me repitió:

—Un verdadero milagro, todo el mundo lo dice; pusieron una bomba en la iglesia de la Consolación y ni explotó. La chusma… Quisieron incendiar las Reparadoras; ¿te acuerdas de las Reparadoras?

Me acordaba: la capillita, unos mantos blancos y azules, las voces en falsete, el Santísimo expuesto.

—¿No es un crimen? ¿Qué daño les hacen?

(¿Qué daño les hacen?).

—Tu abuela me dejó traer a Sor Dolores; si la hubieras visto en casa, no parecía ella. Se pasaba las horas muertas en la capilla. Daba gusto.

Había vuelto a cantar por los pasillos, a media voz:

—Oh Divino Corazón, llagado por mi amor.

Subía el trémolo cuando empujaba la puerta de la cocina.

—Que yo viva, que yo vivaaaa…

—¿Quieres cerrar la puerta de mi cocina? —gritaba Tomasa—. No quiero radios.

Francisca no le hizo caso. Se acercó ella y la cerró con el trasero. Dijo:

—Que vosotras viváis y que los demás nos pudramos.

—Está que echa humo —se reía Francisca—. Tuvo que tragarse a Sor Dolores quieras que no. Quien manda manda.

—No es mala, Tomasa —decía Patrocinio—. Es muy borrica, eso sí.

—¿No es mala? —Francisca puso su brazo derecho en jarra—. ¿Usted sabe lo que dijo el otro día y dice que no es mala? No sé cómo no se lo casco al señorito.

—Ya. Ya, mujer. Fue una broma. Me dijo que era una broma.

—Bueno, tú estabas delante, Obdulia. ¿Era broma lo que dijo? —se santiguó—. Venga Dios y lo vea.

Obdulia se rió.

—¿Sabes lo que se le ocurrió decir cuando terminamos de comer en la cocina?, y se persignó, riéndose, así, para hacer rabiar a ésta, va y dice riéndose: «Gracias a Dios que hemos comido, y a nuestros amos que nos lo han dado. Quiera Dios que un día…

—… seamos nosotros los amos y ellos los criados». ¿Qué te parece? Así. Así.

Obdulia apilaba los platos, riéndose.

—No sería una mala combinación.

—Es una burra, nada más.

—Que ese horno en su bollo no se coció —dijo Francisca, alejándose.

—Es una burra, nada más.

Me levantaba para ir a misa a los salesianos. Al regresar veía, antes de entrar en casa, al final del asfalto, donde el garaje, en la ventanita de su cocina, a Pura. El primer día se secó las manos y me miró desde detrás del cristal. Le sonreí. Después me decía adiós con la mano, o me hacía señas para que me acercara; yo hacía que no con la mía y cogía la carrerilla hasta la puerta de atrás.

Me acerqué a la caseta de la *Diana*, entrando, a la derecha, en donde los tamarindos. No podían verme desde la cocina. Me agaché. La *Diana* se

puso de pie y se estiró, con las patas hincadas en la tierra. Me empujó con el morro.

—Quieta. Quieta, tonta. Que se enteran.

La solté la cadena y eché a correr para que se viniera detrás de mí, pero estaba vieja y no sabía correr, movía pesadamente las ancas. Me la llevé a los plátanos, no por el camino del magnolio, ni por el que pasaba delante del abeto, sino por el senderillo pegado a la otra tapia en donde se alzaba el recinto de boj del pozo.

—Vieja *Diana*… Viejales. Que no sabes correr.

Le abracé el cuello, con tanta papada.

—Y hace frío para estarse quietas, tonta.

Le goteaban dos hilos de baba por los belfos colgantes. Me agaché. La miré a los ojos. Me reía.

—No toquéis a la *Diana*. No miréis a la *Diana,* ¿te acuerdas?

Se volvió y me dio un lametazo. Me sobresalté.

—Sucia. ¡Quieta! Si nos ven…

Me pasé un gran rato rascándole la cabeza y el cuello y ella entornando los ojos bobalicones.

—Ya estás vieja. Ya no puedes correr…

Centré mis vacaciones en la *Diana*. Me gustaba su duro pelo raso, su tibieza, me gustaba que en cuanto me veía en la puerta trasera salía ya de la caseta en donde solía estar tumbada y agitaba su cola, cuyos pelos rubios se habían vuelto rojizos y temes.

—Estáte quieta. No me lamas o no te podré soltar.

Debió de darse cuenta de que había que disimular, porque se aguantaba cuando me veía aparecer y venía detrás de mí, pegadita al muro hasta los plátanos.

Volvía a casa y subía derecha a lavarme las manos, que olían a animal.

Venancio le silbó. La quise aguantar por el collar, pero se volvió como un remolino y se fue a la huerta. Sabía correr la *Diana*.

Venancio le hacía:

—Ven aquí. Aquí, tocha.

Y se daba golpes en la pernera del pantalón para que acudiera. Ella se acercó y le puso las patas en los hombros.

—¿Qué te creías? —me dijo—. Ésta se viene conmigo esté yo donde esté.

Así que sabía que yo la soltaba…

La rascó, como yo, en lo alto de la cabeza. La *Diana* contraía las pupilas.

—Te gusta, ¿eh? Le gusta que la rasquen —dijo—. Es el hueso de los vientos.

La apartó de un manotazo.

—¿Y qué, no vas a ver a Pura? —Con sus ojillos agudos mientras continuaba en su trabajo y la *Diana* se echaba a su lado.

Me estaba esperando. Salió a la puerta de la cocina. Dentro de casa tenía mejor cara.

—Creí que no ibas a venir tampoco, que ibas a hacer como cuando están los primos, que te olvidas de nosotros. Que no me parece mal, hija. Pero te he visto crecer. Qué guapa estabas el día de la Comunión. Entonces te gustaba escaparte al gallinero.

—¿Tienes reúma? —dije.

—No. ¿Por qué? ¿Por las piernas? Es cosa de ellas que se ponen así. ¿Me encuentras acabada, eh?

Sonreía con sus guedejas blancas tirantes a los lados de la cara.

—Como la *Diana*. La *Diana* y yo, lo mismo. Son muchos años ya. Ya hemos cumplido.

Lo decía sonriendo, ligera.

—Me lo contó Venancio, que soltabas a la *Diana*. Si te ve la abuela… Ya le dije que anduviera con cuidado, no les gusta la perra suelta.

—¿Por qué? No hace nada.

—Destroza los macizos. Ahora poco hay que destrozar, pero si llega a ser más adelante —sonrió—, con el genio que se gasta Venancio. Le basta enseñarle una piedra de lejos para que escape. Cuando la pesca metida en un macizo o en los cuadrados de la huerta, la desloma.

—Pues se fue con él.

—Porque le quiere, tonta. ¿Eso qué tiene que ver? Le pone la comida todos los días del año. ¿A quién va a querer más que a él? Y él también a su manera. Ya sabes cómo es.

Se había sentado en el banco de madera pegado a la pared de la cocina.

—Son muy amigos.

Me dijo:

—Tú, pobre, detrás de la perra. Mira que andas sola, ¿por qué no vienes aquí? Se lo digo siempre a Millán, si me llegas a dar una nieta… Ya sabes cómo es Tomasa. No tienes con quién jugar.

Dije:

—Qué tontería. Pero si yo no tengo gana de jugar.

Quería marcharme y no sabía cómo hacer, porque la veía animada.

—Si tuvieran hijos se les pasaba todo, pero ni hablarles de tenerlos. Si aquí los mantendríamos con casi nada… Tomasa echa leña al fuego.

—Me tengo que marchar.

—¿Vendrás a verme? Que yo estoy siempre aquí.

—A lo mejor.

—Dame un beso, chiquilla. Yo ya ni me puedo doblar.

A la mañana siguiente no solté a la *Diana*. Me quedé en el cuarto de estar mirando por los cristales. Oí su ladrido. Miré. Estaba suelta. Bajé rápidamente la escalerilla, abrí la puerta y estaba allí, esperándome, agitando su cola. Dije:

—Viejales…

Me daba vergüenza preguntarle: «¿Me quieres?». La besé en lo alto de la cabeza —el hueso de los vientos— y nos fuimos corriendo junto a la tapia. Me paré a la altura del pozo. La *Diana* tiraba hacia los plátanos, hacia la huerta.

—Ven acá.

Se detuvo, sin moverse.

—Ven, tonta. Ven.

Me miraba, sin arrancar.

—Aquí, anda. ¡Ven! ¡Ven!

Le enseñé un pedazo de queso que traía para ella. Lo comió, y se fue a la huerta.

OceanofPDF.com

XLIII

Tío Juan puso en la gramola, para que yo lo oyera, el *Concierto número tres*.

—¿Te acuerdas, Beethoven? De pequeñita te gustaba ya. Vamos a ponerle.

Fui a la sala de música con él. Se sentó en el diván, junto a una mesita con pipas y un retrato del abuelo.

—Tú das cuerda. Al terminar la cara, vas dándoles vuelta, así.

Era una lata tener que levantarse. Me había sentado en la silla junto a la gramola, y él, medio tumbado, oía. Echaba la cabeza morena, con el pelo planchado y brillante, hacia atrás, y diría que seguía el *Concierto* entre labios, como si rezara o tararease, con la mirada totalmente perdida. Me daba apuro mirarle. De repente decía:

—Da la vuelta. Ahora es *Andante*.

Con la mano iniciaba un amplio cadencioso compás.

—¿Te gusta? Majestuoso…

No lo sabía. No había tenido tiempo de darme cuenta, pendiente de él y de las vueltas del disco. No se podía escuchar así. De pequeña lo oía desde lejos, sola, tumbada de bruces sobre la mesa de la antecocina, castigada. A lo mejor me gustaba porque no era el castigo.

—Mañana pondremos a Mozart. Verás cómo te gusta.

Ni se enteraba de que estaba yo, no era posible. No era posible aquella cara ida, «colgado de las ramas», diría Clota; aquellos labios gruesos, oscuros, entregados, susurrando la partitura. O, a ratos, aquel abotagamiento. Una de las veces me volvió en mí su voz:

—¿Dónde estabas? Que se raya —sonreía, parpadeando—. Dale la vuelta.

Me levanté con un vuelco.

—¿Te habías dormido? ¿Dormías? Es mucho para ti.

No me había dormido. No sabía dónde estaba. Estaba fuera de allí, fuera de mí, pero no me había dado cuenta de qué forma ni dónde. Había sido un instante de nadie, ni de mí misma. Pero estaba segura de no haber dormido.

—Te caes de sueño. Bach es Bach. Vamos a cenar.

Comí en silencio, fastidiada. No era mucho para mí. Tío Juan estuvo todo el rato abstraído, como si siguiera en la música. Salió después de cenar.

—¿Pero a dónde vas ahora, Juan? Hace tan mala noche…

—Al Círculo. A dar una vuelta.

La besó en la frente.

—Hace tan mala noche… Vuelve pronto.

Francisca acompañó a la abuela al cuarto y abrió la puertecita de comunicación.

—Ése ya no viene. Te abro la puerta.

Reía entre dientes.

—Cuando sale a esta hora no viene hasta mañana.

—¿Hasta mañana?

—Hasta mañana, hija. Somos así.

Miré hacia la puerta abierta. Dijo, siguiendo mi mirada:

—No oye, no se entera de nada. Ni aunque se lo grites en la oreja se entera de nada. ¿No te desnudas?

—Tengo que hacer la oración.

Me pareció que se iba a reír, pero dijo de prisa:

—Ay, eso sí que haces bien, la oración de la noche. ¿No la haces de rodillas?

Me empujó con la mano.

—¿También te estorbo para rezar? Pues hija, Sor Dolores rezaba delante de todo el mundo, no le importaba. Eres muy rara tú.

Se volvió desde la puerta de comunicación. Me dijo, metiéndose la mano por el cuello desabrochado de la bata:

—¿Y qué es eso del tío, que ahora le ha dado por ponerte música? ¿O es que te quiere para darle la vuelta a los discos? A tía Concha no va a gustarle nada la novedad.

Cerré la luz, a la cabecera de la cama.

—¿Te desvistes a oscuras? Estás chalada.

La oí en el cuarto de la abuela:

—Ahora a dormir. A ser buena —le decía.

La voz átona de la abuela:

—Con este vendaval, el señorito…

El viento, fuertísimo, empujaba los cristales del mirador. Se notaba la resistencia de la casa.

—El señorito donde está no siente el viento… No se preocupe. A dormir.

Cerró también la luz aquella. La voz de la abuela:

—¿No habrá tormenta, usted?

—No, señora.

Aquel ruido poderoso del viento contra el cristal, la inmensa música sacudida de los árboles.

—Francisca…

Esperé un momento. De nuevo, la voz de la abuela…

—Francisca…

Me levanté con cuidado y me asomé a la puerta de comunicación. Tenía ya los ojos habituados a la oscuridad y vi el bulto de su cabeza sobre la pila de almohadas, en la cama dorada.

—¿Querías algo? Soy yo.

Descalza, al lado de su mesilla. En la turca, del otro lado, se oía el ronquido angustioso de Francisca.

—La pastilla —dijo.

Encendí la lamparita de la mesilla. Estaba el tubo encima.

—¿Una?

La abuela con el pelo desgreñado sobre la almohada, con el cuello flaco y aquellos ojos de terror.

Se la acerqué en la palma de mi mano, y luego el vaso de agua. Bebió, inclinando un poco la cabeza.

—¿Estás despierta?

Me reí un poco. Me miró.

—No hay que tener miedo —me dijo—. Dios está arriba.

Sonreí. Apagué la luz. Besé a oscuras su brazo flaco sobre la cama.

—Buenas noches, abuela.

OceanofPDF.com

XLIV

Elvira tardó una semana en reintegrarse al colegio. Estaba su pupitre vacío, con la silla remetida, y la camareta cerrada, con su número. En la capilla, Iciar ocupó su puesto junto a mí.

La vi de nuevo cuando entraba en filas con la cuarta división en el estudio, al cabo de unos días. Traía el pelo recogido en abultadas cocas tapándole las orejas. Parecía que tuviese la cara más llena, más redonda. Fue derecha a su pupitre sin mirar a ninguna.

—¿Tengo monos en la cara? —me preguntó en filas entrecerrando los ojos con aquel mohín de los labios fruncidos.

En el recreo se iba con las pequeñas. Siempre le había gustado bromear con las pequeñas, y tirarles del pelo cuando pasaba cerca de ellas, o abrazarlas contra sí, de prisa, al paso, mientras estábamos jugando. Y la reprendían. Pero entonces no era al paso; se iba con ellas y les tiraba todo el tiempo la pelota. Iciar, Ina, Silvia y Geni se daban importancia. Cuando Paz preguntó:

—¿Ya estás de vuelta?

Dijo:

—Por lo visto —dándose media vuelta.

Jugó al *basket* en serio, deseosa de ganar o de derrotarnos; nos empujaba para quitarnos la pelota.

—Sin jugar sucio —le advirtió Carola.

Y Elvira le respondió con soma:

—¿Qué me dices?

(Solía tener truquitos para hablar. Decía habitualmente: «¿Qué me di, Catalí?»). Se fue al borde del campo y cuchicheó intencionadamente con las pequeñas, que se reían.

—Iciar, guapa, tú ahí.

—Déjense de guapas y de feas.

Elvira sonrió a la Madre Vergara con su más tranquilizadora sonrisa.

—¡Ay, qué chica! De protectora de la Santa Infancia.

—Protégete a ti misma —comentó Margarita Altube, apretando sus labios planos.

—Ya se le pasará. Ventoleras que le entran.

—Jueguen. Jueguen. Sin pararse. ¿Por qué se interrumpen? ¿Qué es eso?

Elvira amagó su tiro en dos direcciones, y por fin con una fuerza enorme, cerca, rápido, tiró a dar a Blanca Deva. Fue un golpe tan directo que yo, al lado de Blanca, oí el rebote seco contra las costillas, y ella se llevó las dos manos al pecho echándose hacia delante.

—¡Le has tirado aposta!

—¿Te ha hecho daño?

—Madre, le ha tirado aposta.

—Qué le voy a tirar, se cruzó en medio, se plantó ahí.

Blanca estaba con sus plaquetas sonrosadas en las mejillas y parecía que no podía enderezarse, aunque se esforzaba, temblándole la sonrisa. Durante una fracción de segundo, cuando recibió el pelotazo, vi sus ojos brillantes con tal expresión de reto que me pareció que iba a revolverse contra Elvira, pero inmediatamente se dobló un poco, y bajó los párpados y se rehízo. Dijo:

—Ha sido sin querer.

—Pero jueguen con modos. ¿Cómo ha podido darle un golpe así?

Veíamos el centro de la camiseta, a rayas blancas y azul marino, sucio del pelotazo.

—Ya no se sabe ni cómo hay que jugar, qué asco —Elvira manoteaba—. No hay más manera de tirar la pelota que una.

—¿Qué son esos modales? ¿Esa manera de hablar?

Empujó a Ina.

—También tú, ¿no pudiste correr? Yo te tiraba a ti.

—No se toquen.

—Chica, vaya manera de tirarla —dijo Begoña—. No la tiraste hacia arriba o así, le tiraste un golpe bajo a Blanca, ¿o te crees que somos tontas?

—Chica, ¡qué me voy a creer! Sois de un listo que asusta.

Lo dijo con marcada intención.

—¡Modales! Modales… Póngase a mi lado. ¿Puede seguir jugando?

—Sí, Madre.

—Deja de jugar, no seas lerda —le dijo Margarita—, que se enteren.

—No ha sido nada, de veras.

—Qué chica, cuidado que eres mema. Se cree que te puede tratar a patadas. ¿A que a mí no me lo hace?

Teresa Alzola dijo:

—¡Cómo está! ¿Pero qué le pasa con nosotras?

—Chica, yo qué sé. ¿Lo sabes tú? Pues yo tampoco. Está como una cabra.

La Madre Vergara dijo a Begoña:

—Va a venir usted también aquí, si no juegan como es debido.

Begoña susurró, riéndose:

—*How do you say? How do you say?*

Yo sabía que Elvira estaba a punto de llorar cuando se unió a nuestra fila, y que tragaba saliva y se esforzaba en dar la cara. En el estudio se puso de pie y pidió ir a los lavabos.

En clase de latín Carola preguntó a Blanca Deva:

—¿Te has mirado si tienes algo?

Blanca, rápida, se cubrió el pecho con los brazos cruzados. Dijo, apurándose:

—No.

Carola frotó sus manos delgadas una contra otra, como tenía por costumbre.

—Tienes sangre de pez, qué chica, siempre con las manos frías —le había dicho Begoña.

Y Carola se echó, sonriente, el aliento en ellas. Siguió frotándoselas.

—Deje esas manos. No anden sobándose.

La Madre Hornedo la emprendía con Carola. No sé qué tenía Carola que la Madre Hornedo no le pasaba una. Quizás el que Carola tampoco las pasaba, y encima lo hacía desganadamente. Decía las cosas como si le tuvieran perfectamente sin cuidado, pero las soltaba. La Madre Hornedo la miraba agudamente, me parecía —qué absurdo— que se defendía de ella, de su manera especial de hablar con el labio levemente respingado hacia la

derecha, de su desgana, de su gesto de estar siempre un poco aburrida y de atender por cortesía. O porque daba su opinión, cosa inaudita, y encima no le concedía importancia. No se acaloraba, Carola, como podría hacerlo Elvira, siempre búhente, tan vital. Y Carola era vital, pero de una vitalidad de distinta especie, aunque igualmente vibrante, o más tensa. Era distante, como Margarita Altube, pero no hermética, y Margarita Altube lo era, siempre cercada por oscuras cosas (sus interminables confesiones, su turbación cuando no comulgaba —el círculo negro finísimo en torno al iris azul oscuro de sus ojos—, hermética y brusca); tenía una ironía delicada y leve —oh, apenas—, aunque no era graciosa como Begoña, que nos hacía reír; no llevaba la voz cantante como la había llevado Luz, pero tampoco era sosa y deslavazada como Teresa Alzola. Cierto, no podría confundírsela nunca con la masa de las pequeñas, Iciar, Ina y Silvia, que andaban siempre haciendo lo que las mayores hacían, y Carola era ella misma, sus peculiares modos, su distinta expresión. En Carola el uniforme había pasado a ser un traje, su traje; llevaba la banda caída, floja, sobre las caderas. Begoña había dicho:

—Que se te escurre, chica —indicándole la banda.

Ella había sonreído.

—Deja.

—Que se te cae.

—No se cae.

Y sin darnos cuenta le copiamos la manera de colocar la banda, no de pronto, sino poco a poco nos encontramos con las bandas más flojas, más caídas.

—Ahí va Iciar, de imitamonas —decía Paz, farfullando—. Imitamonas…

Porque Iciar, al andar, metía un poco el pie hacia dentro, y se inclinaba, copiando a Carola, que andaba con los hombros encogidos y hacia delante, tan delgada.

Carola no fue humilde como Blanca Deva. (¿Era humilde Blanca Deva? ¿Era débil Blanca Deva?). No tenía aquel recatamiento de Blanca. Y, sin embargo, era limpia y clara. Había en ella tina elegancia superior, no solamente de formas, sino de raíz, esencial a ella. Era justa —éramos justas

todas, hasta las injustas eran justas desde ellas mismas, y lo reconocíamos así—, pero no tomaba las causas perdidas, como yo (ah, ¿como yo?). Eso nos parecía.

Begoña dijo de Carola:

—Tiene mucha categoría.

Era la novedad. Habíamos empezado a decir «no tiene categoría, tiene categoría» y nos parecía lo más importante.

—Las aguas mansas… —dijo la Madre Hornedo.

Pero no era cierto. Agua mansa podía serlo Margarita, pero no Carola. No ocultaba mar de fondo su indiferente calma que a la Madre Hornedo disgustaba tanto. Porque creo que lo mismo, dicho con interés o con calor, no le hubiera importado: eran aquellas palabras displicentes y como de pasada, como si no le fuese nada en decirlas o callarlas.

—Tiene usted el espíritu de la contradicción —le dijo.

—¿Yo?

—Usted. O el de la discusión.

Carola sonrió afablemente como si le tuviese perfectamente sin cuidado. Y me pareció que la Madre Hornedo se hincaba las manos en los brazos por debajo de las mangas.

No fue con ninguna en particular, como Elvira, ni siquiera se le veían preferencias, como Margarita por Luz. Tenía afinidad con todas, y con ninguna intimaba. Después dijeron: «tu amiga», cuando se marchó (porque en rigor puede decirse que ella provocó su marcha). ¿Lo fuimos? Todo lo que podían serlo dos criaturas con prohibición de hablar, que encontraban el modo de decirse algo en clase —ella siempre empezaba, pero sólo diría: apuntaba algo, me orientaba—, porque Carola jamás hubiera buscado subterfugios para hablarnos fuera. No me imagino a Carola hablando en un lavabo, sino lo natural, una palabra de compañerismo para la que se encontrara con ella, tampoco le preocupaba parecer perfecta, pero sin salir a buscar a nadie. Todo lo que pudieran serlo dos criaturas dotadas de un inmenso pudor del propio espíritu, incomunicables… Que habíamos descubierto en las largas filas, en el estudio lento, en la oración sin fin, una ocupación fascinante: mirar hacia dentro. (Al menos yo miraba hacia dentro). Y porque la sonrisa nos brotaba a un tiempo, o porque nos

mirábamos en medio de una explicación en señal de inteligencia, comprendíamos que pensábamos lo mismo, y aquello nos fortalecía. Fue mi amiga sin palabras, si cabe decirlo así. Hasta que me quedó aquella íntima mirada fría, de menosprecio. (Pero para entonces yo, como Blanca, había aprendido a hacerme fuerte contra todo, contra el menosprecio también).

Carola había repetido curso por culpa de la Madre Hornedo; se refería con frecuencia delante de todas a que era repetidora quizá para domeñar aquella indiferencia juzgando que era orgullo.

Se equivocaba. Todo lo que fuera vago le convenía a Carola y repetir le resultaba cómodo.

Debía de fastidiarle hasta el límite su mirada distante, sin azararse lo más mínimo. (Llegó a decirle: «Baje los ojos»).

—No nos interesan sus lecturas. No está usted en estado de asimilarlas. Se comenta lo que se lee aquí.

—¿Usted ha estudiado Filosofía y Letras? ¿En la Universidad? —le preguntó en recreo Carola, junto a la fuente, como hacíamos las demás con frecuencia. Pero a la Madre Hornedo no le gustó que precisamente Carola lo preguntara, o fue el tono. Dijo:

—¿Cuántas veces he de decir que a las Madres no se les pregunta?

—Perdone, Madre.

Carola sonriente.

—¿O es que quiere usted hacer Filosofía? —la pregunta de la Madre Hornedo, no sé por qué, parecía hiriente.

—Uf, no, Madre, qué rollo —sonrió Carola.

La Madre Hornedo se puso colorada:

—¿Qué sabe usted, si no la ha estudiado? ¿Sabe lo que es Filosofía?

Carola, con la mano metida en la faltriquera y la otra posada sobre su falda, dijo, sin levantar la voz:

—Hay dos mujeres que van con dos cabezas cada una: la suya y la cortada.

La Madre Hornedo miró hacia la fuente. Me pareció que no sabía qué decir.

—¿Qué es eso? Eso no es una definición de la Filosofía.

—No, claro —Carola rió—. Es de Ortega.

—¿Ortega? —preguntó la Madre Hornedo.

Y Carola contestó, sonriente:

—Sí, ya ve.

—Eso no dice nada. ¿Le gusta a usted eso?

—Es Judith —dijo con los ojos soñadores, juntándolos mucho, con aquella densidad de expresión que a veces alcanzaba.

Al cabo de dos días Carola fue llamada al cuarto de la Prefecta. Volvió y se sentó ante su pupitre y estuvo mucho tiempo con el libro abierto por la misma página. Estuvo silenciosa en clase. Le pregunté con la mirada: «¿Qué tienes?». No me contestó, aunque sonrió un poco. Al salir en filas —aquel momento exacto en que doblábamos hacia la puerta siempre— me susurró:

—Lo de Ortega. Menudo lío.

Ocupamos nuestros puestos.

—¿No te acuerdas? —dijo entre labios—. Resulta que es ateo.

Cuando echamos a andar dijo:

—No me lo creo.

Sin embargo, la Madre Hornedo trajo a clase: *Viaje alrededor de mi cuarto*, al que Carola se había referido. Nos lo hizo leer en alta voz durante los últimos cuartos de hora de clase. Me aburría profundamente. Nada me interesaba que no tuviera conexión conmigo.

—Alrededor de su cuarto ¿ven? No necesitaba salir de él. Bastaba, simplemente, ir buscando el espíritu de las cosas. Vamos a hacer así una redacción.

Nos hizo redactar un viaje en torno a nuestro cuarto. «¿Qué cuarto?» tuve ganas de preguntar. Pensé: «Haré la camareta». Uno por uno fui detallando los pocos muebles, la puerta, la ventana estrecha, la puerta con su mirilla y su número. (La bolsa del camisón abultada a los pies de la cama la suprimí).

—Puede usted recoger su inventario —la Madre Hornedo tendiéndome el cuaderno—. Apunta hasta la jarra.

Blanca había hecho un viaje en torno a la capilla.

—Lástima —dijo la Madre Hornedo—, porque no está mal. Pero el tema era «en torno a mi cuarto». Lástima.

Salió a recoger su cuaderno:

—De todas maneras lo leerá en alto, aunque no se puntúe.

Me pareció discreto. El de Carola, revelador. Al menos para mí. No lo leyó en voz alta. Le dijo:

—Su cuaderno.

Y Carola se levantó a recogerlo. Le tendió el cuaderno cerrado y vi la cara de sorpresa de Carola cuando lo abrió en el pupitre, buscando la nota, en lápiz azul oscuro, como puntuaba las notas superiores. Le dije:

—¿Me lo dejas?

Me señaló a la Madre con la cabeza. Cuando salíamos de clase —en el recodo de la puerta— le tendí el mío. Cambiamos de cuaderno, simplemente.

«La ventana estrecha, blanca, con un cristal lechoso, esmerilado. Es lo último que veo al acostarme, es lo primero que veo al abrir los ojos. La ventana. No una ventana como otra cualquiera, con su cristal, sino la ventana de mi colegio, que no da a ninguna parte».

Leía aquel cuaderno, abierto sobre mi pupitre. Su letra suelta, alta, desgarbada: «Todas las camaretas tienen los mismos muebles, pero yo sabría cuál es la mía aunque me vendasen los ojos. No por el sitio donde está. Son muchas mañanas abriendo los ojos frente a ese rectángulo de cristal. Es mi cristal. No el de ninguna otra». ¿Cómo le había puesto tan alta nota? No contaba nada de su camareta, como si todo se redujese a la ventana. Era «viaje a mi ventana», más bien. Volvimos a intercambiar, en silencio, los cuadernos.

Blanca siguió teniendo diez en redacción. Volvió a ser leído su cuaderno en alto. Carola susurró:

—Confitura de fresa.

Y Blanca la oyó, pero creo que Carola no había procurado que no la oyese. Volvió a decir:

—Escribe al dictado.

Vi aquellos párpados palidísimos encubriendo los ojos.

—Déjala.

La Madre Hornedo levantó la cabeza. Estaba comentando un cuaderno con una mediopensionista ante su mesa; la chica se inclinaba tapándonos,

porque se había dado cuenta de que estábamos hablando.

—Apártese. ¿No pueden estar calladas ni un momento? Usted —dijo a Carola—, que apenas habla en los recreos, le entra la comezón en clase. Las voy a separar. Haga el favor de salir.

Salió dando un regate ante mi pupitre.

—Usted —me preguntó—, ¿qué estaban hablando?

—Hablábamos de las redacciones.

—Cada una su cuaderno.

Vi las manos de Blanca retorciéndose por debajo del pupitre.

Era muy frecuente ver a Carola a la puerta de clase.

—¿Pero ya estamos otra vez? —Vimos a través del cristalito la sombra de la Madre Prefecta.

Habló con ella y se alejó.

—Va usted a ir a segunda división —le decía la Madre Hornedo.

—Es una cargante. Nos ha pegado La vida es sueño.

—¿Cómo?

Yo había leído *La vida es sueño* con la Madre Azpiazu.

—Será por lo de frenesí.

No me acordaba de nada que hubiera en *La vida es sueño*.

—¿Qué te crees que tienen las hojas pegadas?

Me dijo:

—En las hojas pegadas…

Sin curiosidad. Yo no tenía ni curiosidad.

—¿No ves que yo repito? Me llevé el libro a casa.

Hizo el gesto de despegar.

—Algunas, perfecto.

Sonrió, inclinando la cabeza hacia el cuaderno. Dijo:

—Una *La vida es sueño*. Dos, el *Nocturno*…

—¿Qué?

Escribió grande en el cuaderno: «Una noche. Una noche toda llena…».

—Pásamelo.

Me enseñó las hojas pegadas. Le indiqué con la mano que me lo escribiese.

Al día siguiente me pasó la hoja en el recreo, me la metió en el bolsillo del blusón, corriendo en el campo del baloncesto.

Una noche. Una noche toda llena de amargura, de murmullos y de música de alas —lo estaba leyendo en el retrete, apoyándome en la puerta cerrada— *en que ardían en la sombra nupcial y húmedas las luciérnagas fantásticas*… No encontraba nada. Pero sí, de pronto, *contra mí ceñida toda, muda y pálida. Como si un presentimiento*… Se me subió el corazón a la garganta. Era un hombre quien lo había escrito… *Como si un presentimiento… Contra mí ceñida toda, muda y pálida*. Rompí el papel en pequeñísimos pedazos antes de echarle el agua. ¿Me acordaría? Clavármelo en la memoria. *Eran una sola sombra larga. Una sola sombra*. Presentimiento…

Carola ni se volvió al entrar yo en el estudio. En clase me dijo:

—¿Te gustó?

Dije que sí con la cabeza.

Qué ganas de dormirme, de acabar, qué aburrimiento. Me pesaba la Madre Hornedo y su manera de llevar la clase, con una falsa libertad mayor. Algo me advertía: «Con eso no se juega». Y me parecía que ella hacía, como en juego, pretendía darnos la sensación de que teníamos libertad de expresión y de conocimiento. «Ya ven —parecía decir—, me hago cargo. Van siendo ustedes mayores. Ésta es una clase superior. Yo también he estudiado. Ésta no es la clase de las pequeñas».

No me atrevía a decir que prefería la clase de la Madre Azpiazu, que lo mismo enseñaba literatura que historia que francés, pero que no nos preguntaba nuestra opinión cuando sabía que no era posible darla o podría no resistirlo, que no nos obligaba a esfuerzo.

Elvira me preguntó en los lavabos:

—¿Ya se te ha pasado? ¿O sigues enfadada conmigo?

—¿Yo?

—Estabais todas contra mí, no digas.

—¿Nosotras?

Dije:

—Tú eres tonta.

—No te enfades, chica.

La miré, con sus trenzas de nuevo sobre el pecho, con su cara risueña, los labios gruesos. Le dije:

—Eres una mimada.

—¿También tú? —Se puso de morros—. ¿Qué os ha hecho mi padre? ¿Qué os importa?

—¿Y a mí qué? No hablo de él.

—Has dicho…

Dije, riendo:

—Que eres una mimada, y una mimada. Una hija de papá. Pero lo eres hasta en el colegio.

Se rió y me salpicó la cara de agua.

Me dijo:

—Eres fenómeno.

OceanofPDF.com

XLV

En religión nos tocaba aquel año el Nuevo Testamento y comentarios. En cuarta división daría Historia de la Iglesia. En quinta, Apologética del cristianismo, y en sexta, Apologética segundo.

La clase de religión se daba a media tarde, inmediatamente después del primer estudio, tras el recreo. Hasta la primavera, siempre con luz eléctrica. Acudíamos al cuarto que había entre el de la Madre Prefecta y la sala de máquinas; no tenía más finalidad que ésa: clase de religión. A partir de primera preparaba la Madre Prefecta; a las párvulas y primarias (A, B y C), la Madre Vergara. Pero la Madre Vergara enseñaba en la clase de labores. Religión, y la Madre Prefecta, eran aquella clase que, a espaldas de la monja, tenía una ventana pintada sólo de blanco hasta el tercio de su altura. A través de ella no podíamos ver de frente ni hacia abajo, pero en lo alto del cristal a veces sí veíamos moverse, a lo lejos, por encima de la marquesina, la rama de algún árbol; veíamos siempre en primavera y en los primeros días de curso el gris azulado del cielo, y nubes. Mirábamos poco, con la Madre Prefecta estábamos toda la clase en tensión.

—Ésta es la asignatura más importante del colegio —decía.

Se nos enseñaba como un texto, sin más comentarios que los que ella hacía, desde su particular enfoque.

—*¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*

Repetía el Evangelio al pie de la letra.

—No es necesario que se lo aprendan de memoria, sino que me repitan lo que se acuerden de él.

Pero la realidad era que si te apartabas del texto, ni siquiera una coma, la Madre Prefecta ladeaba la cabeza:

—Ceñirse al Evangelio —decía—. Son palabras de Dios. Inmutables. No caben interpretaciones ni vaguedades.

Carola preguntó:

—Madre, ¿por qué unas veces habla en sentido figurado y otras no? ¿Dónde se avisa?

La Madre Prefecta dijo:

—No es necesario. Hasta un ciego lo entiende. Además, que era la costumbre de hablar así, en Oriente, en aquel tiempo.

—Pero, ¿por qué unas veces se toma al pie de la letra y otras veces se interpreta? Eso es lo que…

—Siempre se toma al pie de la letra.

La Madre Prefecta sonreía.

—Siempre.

—Cuando dice: «Tus hermanos…».

La detuvo con la mano, amablemente y distante:

—¿Ha terminado usted?

Cuando Carola preguntaba algo, solía dejar que lo hiciera e incluso contestarla afablemente, como una cortesía. Cuando menos lo pensaba, la Madre Prefecta preguntaba:

—¿Ha terminado usted?

Y Carola quedaba cortada. También contestaba con frecuencia:

—Ya hablaremos más adelante de eso.

No estudiábamos todos los Evangelios; había muchos que seguíamos en misa, cotidianamente, y que no se daban en clase.

—Todos los concernientes a las verdades principales, los que atañen a la fe, la caridad, contra la soberbia —esto lo recalcaba mucho—, el deseo de perfección. Y, sobre todo, el desasimiento del mundo, de las criaturas: *Mi reino no es de este mundo*.

La sensación de estar en un mundo intermedio entre el fin y la nada de que habíamos sido creados, de estar en marcha hacia algo, de eterno éxodo.

—*¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*

La Madre Prefecta me detuvo, levantando la mano un poco:

—No siga el texto. Vamos a ver, ¿usted quién cree que son?

—El que cumple la voluntad de su Padre que está en los cielos.

Cruzó sus manos sobre la mesa.

—No responda como un lorito. Ahí quería que llegáramos a parar: ¿quiénes son los padres y los hermanos, quiere decir: nuestros allegados…?

Aquellos que participan en nuestra Comunión, aquellos que están ligados a nosotros por vínculos espirituales, mucho más importantes que los carnales; naturalmente somos criaturas superiores, no somos perritos… —decía «perritos» sonriéndose, excusándose un poco—. Para la vida espiritual, la única eterna, la única imperecedera, la única incorruptible, un vínculo de hermandad: los demás que participan de las verdades de nuestra Iglesia; uno de paternidad, Dios padre todopoderoso; uno de autoridad: el Sumo Pontífice. Cierto, hay nuestra familia de la tierra: padres, hermanos…

Hacía un gesto de continuidad con la mano, con la misma sonrisa de excusa de cuando había nombrado a los perritos, como si se tratara de una especie.

—Pero, ¿qué nos dice el Señor en relación con ellos? ¿Quiénes son mi padre y mis hermanos? *El que no deja padre, madre, hermana o hermano, o campo o heredad, por amar de Mí, no es digno de Mí. A todo aquel que dejare padre, madre o hermano, se le dará el céntuplo y el cielo en heredad*. Ésta es, naturalmente, ya la vida de perfección. Pero en la vida moliente del cristiano, ahí están sus cortas contestaciones como Hombre: *¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?* El: *¿Por qué me buscáis?* del Niño a sus padres, cuando tenía doce años, y van a sacarle del templo. Que nadie pueda apartamos del Templo: esto es: de la práctica estricta de la religión, de cumplir los preceptos, de sostener «fuera» lo que se les ha enseñado en el colegio… *Si tu brazo te estorba, corta tu brazo*.

—Madre, ¿y cómo manda: «Honrar padre y madre»? Si luego dice tantas veces…

—Una cosa es honrarlos, y otra deberles obediencia. En lo externo, naturalmente. Ningún padre ni madre puede obligar a obediencia contra sus conciencias.

Carola insistió:

—Todo es conciencia.

—¿Cómo?

—Todo es conciencia. Desde el momento en que te planteas si lo haces o no, ya es un problema de conciencia. ¿En qué hay que obedecerles? En qué…

—*Y les estaba sumiso*. ¿Se acuerdan? Les estuvo sumiso, ciertamente. Esas mil pequeñas cosas de la vida diaria —sonreía, de nuevo, con su aire de excusa por hablar de pequeñeces—, llevar o no los útiles de su padre al trabajo, hacer los recados que se le mandaran, ese tipo de obediencia. Pero, por dentro, en comunicación con su verdadero Padre de los cielos. ¿Creen que no les es tenida en cuenta esa obediencia? Cuando se les dice: «Hagan esto o aquello» que se les ve que lo hacen con cara de aburridas —algunas se rieron—, háganlo con alegría, ofreciéndoselo a Dios, porque así se les tendrá en cuenta. Obedecer en todo eso, temporal, porque es mando temporal, pero con el espíritu tendido hacia nuestro Padre de los cielos. «Honrar padre y madre» —lo hemos estudiado, niñas, desde primero—, porque son la representación en esta tierra de nuestro Padre celestial. Hay una representación divina en la familia, lo saben, ¿no es así? Pero sin que influyan en sus conciencias ni en sus actos superiores —su relación con Dios, sus oraciones, por ejemplo; su vocación, por ejemplo, lo que pueden hacer en el mundo o no puedan hacer, de acuerdo con sus deseos de perfección—. Por ejemplo, una niña desea ofrecerle a Dios no ir a la playa: los padres no pueden obligarla a ir. *¿No sabéis que tengo que ocuparme en el servicio de mi Padre?* Quieren hacerle vestir un traje, no diré escandaloso —sus familias son todas piadosas—, pero sí ligero. No están obligadas a hacerlo, sino a defenderse: «¿No sabéis que me debo al servicio de mi Padre, el que está en los cielos?». Cuántas veces pueden ustedes ser causa de edificación en sus familias… Quieren ir a un cine, a ver una película, no diré mala, naturalmente, pero sí mundana…: «¿Pero no sabéis que debo ocuparme en el servicio…?».

—Madre, ¿cómo dice…?

Miró a Carola, sonriendo, pero como si no fuera cuestión y sí una inconveniencia interrumpir continuamente (ella decía a principio de curso: «Pregunten todo lo que no entiendan»).

—Basta, ¿eh?, ¿eh? A Dios no se le puede discutir. Son verdades irrefutables… Ya hablaremos más adelante de eso.

Se volvió a mí:

—Continúe —dijo.

No sabía en dónde iba.

—Están ustedes distraídas. No ponen atención a la clase. ¿Qué pasa? ¿No pueden ustedes con el programa? Se le cae de las manos…

Y al decirlo me di cuenta de que era verdad: me pesaban los brazos, no tenía gana ninguna de estar allí de pie, levantarme me costaba, empezar a hablar me daba una pereza invencible. Sentía como en los días de sur, aquel bochorno, solamente que dentro. Una sensación de sopor, de amodorramiento.

—Siéntese.

No sabía qué me pasaba, porque oía las voces y no retenía lo que decían ni a veces lo comprendía, como si estuvieran hablando lejos. Era una total incapacidad. «Me estoy volviendo tonta». Miraba a Paz en filas, con su boca entreabierta, pero siempre diligente y torpe, si cabe decirlo, hacía las cosas todas y diré que las hacía con alegría como aconsejaba la Madre Prefecta, encantada de que la mandasen algo, pero era tal su fuerza que resultaba torpe.

—Hay que andar más ligera, más derecha —me dijo la Madre Prefecta en su cuarto—. Hace muy mal efecto ver a las niñas derrengadas. No responde a la idea de orden que quiero en mis colegialas…

Sonreía.

—¿Qué le pasa? Todo la hiere.

Los ojillos taladrándome, afilados.

—Ay, qué niñas éstas. Creándome problemas…

Sonreía, con su aire superior. Separó la toca de la barbilla, metiéndose los dos dedos.

—¿Habla usted mucho con Carola?

(Atención).

—Hay que dar buen ejemplo, ¿eh?, ¿eh? Las internas… Es un poco nuestro colegio apostólico —sonreía—. No ponerse a hablar durante las lecciones. Si tiene todo el recreo… todo el curso por delante.

Hacía con la mano un gesto larguísimo.

—Espíritu crítico. No es conveniente… Ahondar en las cosas. No ahonda en nada.

La apartó con la mano, la echó a un lado.

—Cuatro cosas superficiales —sonrió.

Dijo:

—*Pour épater* —en francés.

Y en seguida:

—Oh, no, no creo que se haga intencionadamente. Sin darse cuenta. Una mayor libertad de ambiente… La frivolidad en las cosas serias no es soportable.

Dije:

—No es frívola.

Había apretado los puños dentro del blusón para decirlo. Callar me hubiera parecido indigno.

—¿Qué dice usted? —Se inclinó hacia delante, mirándome—. ¿Qué dice?

Sonreía finamente; su sonrisa podía ser una mosca zumbona.

—No está usted lo suficientemente formada para tener criterio. Juzgan ustedes por simpatías o antipatías.

Me amenazó en broma con un dedo:

—Las simpatías… *¿Qué nos va a Ti ni a Mí? ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*

Me aguanté el decirle: «Tuvo el discípulo amado» por no eternizar las cosas.

—*Quien ama a algo más que a Mí, no es digno de Mí*.

¿A qué fin terquear? Si era lo mismo, si era infranqueable.

—… Yo no creo haber dicho que Carola Higuer era frívola, he dicho que la frivolidad en las cosas serias… ¿Por qué lo unió usted a Carola Higuer? ¿Era usted quien pensaba, sin darse cuenta que Carola era frívola?

¿Frívola? ¿Carola?

—… De una cosa a otra, sin fervor, sin auténtico interés. Voy a dejarle a usted algo para que lo vaya leyendo a ratos sueltos, en el estudio, si termina pronto, o los domingos. Sabe que los domingos puede leer en el estudio; cuando está autorizada, naturalmente.

Sacó una revista que se llamaba *El Mensajero*. Había páginas y párrafos señalados con lápiz rojo. Me marcó dos, con unas tiritas de papel: «Jesucristo ¿es Dios?». Y: «Del desprendimiento de las criaturas». Me dijo:

—Lea usted solamente estos dos, ¿eh? Tengo confianza.

Me incorporé a la fila que salía del estudio hacia la clase de latín. Entré previamente, un instante, a dejar la revista en mi pupitre. Carola no me hizo ningún comentario.

Al entrar en clase, la Madre Hornedo me indicó:

—Usted, a ese pupitre. Y usted —le dijo a Blanca Deva— a ése.

Así quedaba Blanca entre las dos.

—Máximo común divisor —dijo Carola.

Lo sentí por Blanca.

—No necesita cambiar las cosas.

Ya estaba. Todo dispuesto de antemano. Sentada ante mi nuevo pupitre miré a Carola, y ella también me miró, con aquella sutil ironía de sus ojos. A la salida, al acercarme para ponerme delante de ella en filas, se apartó exageradamente y simuló, con la mano a la altura del pecho, que agitaba una campanilla. Imbuidas de textos sagrados, supe que quería decirme: «Leprosa, intocable». Y me pareció mal que lo hiciera, porque yo no tenía culpa alguna.

OceanofPDF.com

XLVI

Un tiempo sin figuras, un tiempo morado, el tiempo de Oficios. Un túnel que se comenzaba a andar. Monótono. Sabíamos dónde, en qué desembocaba. Por vez primera pensé si toda la vida iba a sucederse así, en ciclos repetidos, para siempre jamás. Me pareció que había sido atrapada, que nada habría capaz de romper la rutina, de aportar algo nuevo, algo vivo, ningún cambio en los días, dispuestos de antemano hasta en el santoral. A veces andaba triste porque me parecía estar dando vueltas alrededor de mí misma, sin encontrar la salida o el escape. Al margen de la verdadera vida, al margen de algo que forzosamente tenía que existir —¿por qué, si no, aquella inquietud, aquella premonición?—. Por vez primera me dije que tras el radiante domingo de Resurrección, que el primer curso me había deslumbrado y al que luego me había adaptado sin esfuerzo, como algo dentro de un plan establecido y en el que entonces pensé como artificioso impuesto a fecha fija (la alegría y el dolor, ¿cabía distribuirlos, asignarles fechas? ¿Y si coincidía el dolor de precepto con una alegría menuda, irrazonada, porque sí, porque los días eran misteriosamente más largos, o porque eran largos razonadamente en relación con el sol, porque se descubría una el corazón saltando hacia delante, y nadie veía a través del blusón negro al corazón saltar? ¿Y si al decirnos: «¡Aleluya, aleluya!» coincidía con aquel esparcido quebranto porque las cosas eran de distinto modo a lo imaginado hasta ahora, porque las personas no respondían a lo que creíamos o esperábamos de ellas? ¿Y si al decirnos: «¡Aleluya!», no respondíamos porque Cristo hubiera resucitado, sino, casi inconscientemente, grave y profundo aleluya porque empezábamos a resucitarnos, a vivirnos?) por vez primera pensé que tras Pascua de Resurrección llegaría Pentecostés. Y las vacaciones. (No pensé: «Vacaciones». Pensé: «Salir»).

Pero había que dejar pasar la Cuaresma con sus hábitos especiales, con su dolor especial, con las caras ajadas, macilentas de las Madres, con los

esfuerzos de todas para mortificarse. (¿Teníamos todas ganas de mortificarnos? Empecé a dudarlo).

La Madre Prefecta me leyó en su cuarto, muy despacio, la parte del Evangelio de la Oración del Huerto. Leía deteniéndose para dar más énfasis a las palabras, intencionadamente:

—*… y los halló dormidos. Y dijo a Pedro: «Simón, ¿duermes?»*.

Sí. Era conmovedor. Tan simple y tan grandioso. Su abandono… Qué solo le dejaron, y en su soledad, ¡qué cerca de mí estaba! Sentí un confuso remordimiento por los pensamientos en que me había entretenido, con que me había recreado. ¿No lo había podido evitar, o había podido evitarlo? ¿Me había entregado voluntariamente a pensarlo, o se había impuesto el pensamiento a mí? Qué difícil calibrar la exacta voluntad, que en la tentación se hallaba en un estado de excepción, singular, existente, pero eximente.

—*… El espíritu está pronto, mas la carne es flaca.*

Se quedó un momento meditando, sin mirarme, con las tapas del libro entornadas y un dedo entre las páginas.

—Ha dejado de ser usted una niña. Es usted ya en todo una mujer.

¿Cómo se había enterado? Tenía lanto cuidado de que no se me notara… Me azaré.

—La carne hay que mortificarla, ¿sabe?, como a un potro. ¿Usted no ha visto domar a los caballos? Hay que darles castigo: un bocado que les rasga, les duele, y les clavan las espuelas en los ijares hasta hacerles sangrar.

La palabra «sangrar» me sonrojaba.

—… ¿Y usted cree que su amo no busca lo mejor para su caballo? Pero tiene que ponerle en condiciones de ser montado, de servir, de mejorarle, diré más: perfeccionarle.

Me miró, al fin.

—Jesús ofreció su sangre por nosotros, la dio toda, no la escatimó: ofrézcale algo a cambio.

Me pareció que se turbaba, y yo me turbé también.

—Muchas de sus compañeras, las mayores, al llegar la Cuaresma participan de la mortificación de la Iglesia de una manera especial. Se acuerdan de Getsemaní…

Se llevó una mano al costado como si le doliera y contuvo un poco la respiración.

—A veces, nuestra imaginación desbocada, igual que el potro, si no se la castiga, si no se la refrena, ¿a qué puede llevarnos?

Estaba macilenta, tenía mala cara, hablaba como costándole hablar.

—Todo lo que sea molicie, blandura hasta del pensamiento, todo conduce a lo mismo… pérdida de voluntad, créame.

¡Qué gravemente me había dicho: «Créame»! Y la creí. Abrió un cajón, el segundo de su mesa de despacho, lo dejó un minuto boqueando a intento, para que yo viera su interior.

—¿Me ha comprendido usted, verdad?

Había comprendido.

—¿Quiere usted, en su semana de pasión y muerte…? Puedo decirle que el mortificar la carne le ayudará a sentirse más serena, más despreocupada.

Sonrió, con su cara cansada.

—Puedo decirle, de verdad, que se sentirá más alegre castigándose, como el potrito, ¿sabe? para alcanzar la perfección.

Mientras hablaba había sacado del cajón un grupito de cintas y las había depositado sobre la carpeta. Las desenrollaba con naturalidad y vi los pinchos del revés de la cinta. Sentí sudor en las palmas y una inmensa curiosidad y una repugnancia inmensa, casi de piel.

Sonrió forzadamente, levantando uno un poco, como en broma. Me fijé en que aquél era de una sola fila de puntas y había otros más anchos.

—Otras niñas me lo piden espontáneamente.

Hablaba con un tono falso de intimidad.

—En la parte alta de la pierna —señaló con su mano la parte alta de su propio muslo (entre los dedos le colgaba aquel pingajo de pinchos, hacia abajo, claro), sonrió sin naturalidad—, con la lazada o el nudo hacia arriba.

Comprendí: así, al sentarse, las puntas se clavaban. ¿Lo llevaba ella? ¿Se lo daba a Margarita Altube? ¿Entraba en ser mayor?

Lo envolvió en papel y me lo tendió.

—Que no se lo vea nadie. No se habla de esto con nadie, menos aún con las pequeñas. A ver si es usted capaz, durante la Cuaresma…

Lo guardé en la faltriquera.

En el retrete miré cómo era. Me había parecido hasta entonces que un cilicio sería un objeto casi sagrado, y ahora veía que era algo doméstico, una cinta de algodón blanco, oxidada por el hierro de las puntas. Me lo puse y acudí al estudio. Procuré no sentarme a fondo, pero era peor en el borde de la silla. No estaba dispuesta a hacerme sangrar. Mantuve la pierna un poco en alto, incómoda, para dejar pasar tiempo y volver a salir.

Elvira estaba en el lavabo. Se rió un poco.

—¿Te ha dado…?

Y de una manera inesperada se levantó las faldas y vi una ancha cinta en donde terminaba la media de algodón negro.

—Yo lo llevo siempre, toda la Cuaresma.

Se había dejado caer la falda de nuevo. Y me dijo algo sorprendente:

—Me gusta llevarlo. ¿Y a ti?

No sabía lo que pensaba, si me parecía bien o si me parecía mal. Pero sí de una manera rotunda que me lo iba a quitar y que no lo usaría jamás.

La Madre Prefecta aquellas noches, al venir a mi camareta, molesta o incómoda, casi no me miraba. Me daba el crucifijo a besar, rápidamente, y rápidamente se marchaba. A veces veía pasar la fila desde la puerta abierta de su cuarto, con las manos descansando sobre el corazón de latón dorado, y yo pensaba: «¿Me notará que no llevo nada?».

Me llamó a su cuarto. Sin volverse a mí, me dijo:

—¿Trae usted ahí…?

Le tendí el cilicio envuelto en su papel. Lo cogió. Lo guardó pausadamente en el cajón de su mesa, sin decir nada.

Continuamos en silencio un rato. Parecía haberse olvidado de que yo estaba allí, de que me había llamado, pues cogió la aguja y el dedal, y empezó a enhebrar cuentas negras de un rosario, muy atenta a su trabajo. Yo no me atrevía a levantarme y a salir. ¿Esperaba que dijera algo? Pero parecía muy tranquila, y como si todo dependiese de enfilar bien las cuentas o no. Cuando terminó una decena, apartó un poco la labor para mirarla de lejos.

—Queda bien, ¿eh? ¿Un poco desiguales?

Me sonrió, abiertamente. Era otra vez la de siempre.

—Vuelva al estudio, ¿eh?, ¿eh?
Y mientras me ponía de pie pulsó el timbre para llamar a Blanca.

OceanofPDF.com

XLVII

Vino mi padre a verme. Aquello con lo que no contaba, que no había esperado, que ni siquiera deseaba ya, sucedió. Quizá sin saberlo lo anhelara al principio, cuando vi en el recibidor al padre de Elvira o a la madre de Luz; cuando pensaba: «Mejor que no venga nadie», y rechazaba a Patrocinio. Pero después me acomodé sin ellos, y me alegré de defender algo tan mío —mi padre, mi familia— de la inspección ajena. La Madre Prefecta en el recibidor pasaba entre los grupos de visita con sus aires condescendientes que me hubiesen vejado si se tratara de mi padre, como Elvira. (Luego decía: «La pobre Elvira…»). Sonreía maquinalmente a su padre, que se inclinaba para hablarla con aquella sonrisa presurosa, que cogía las manos a su chica delante de ella, y a Elvira le brillaban los ojos de seguridad y orgullo porque la acariciase así en presencia de todas, como si aquel cariño desbordante la fortaleciese, la creciese.

La Madre Prefecta se sentaba un rato con la madre de Luz y la hablaba igual que a una colegiala mayor, como si, antigua alumna, compartiera un lenguaje cifrado. Con los padres de las Alzola —los Santa María de Alzola—, afable, era ella quien posaba su mano en el hombro de la pequeña Geni. Geni rodeaba con los brazos el cuello de su madre, elegante, distante, esbelta, que la rechazaba con firme suavidad, lo mismo que si fuese una niñería más, una travesura. Yo lo había visto. Me había dolido por Geni, pero Geni no se dolió.

—Mamá, mamá… —repetía.

Y porfiaba por besuquearla mientras su madre la retenía, la apartaba. Y Teresa Alzola, derecha en su silla, con una sonrisa como la de su madre, como la de la Madre Prefecta. A veces me pareció con una sonrisa fingida, tirante, y los ojos llenos de melancolía.

El raro día que venían sus padres a verlas desde San Sebastián, al subir al recreo, instintivamente, Teresa Alzola se sentaba junto a mí o yó buscaba

sentarme junto a ella. No nos decíamos nada; sentíamos que estábamos cerca, solamente.

Cuando Geni saltaba en torno nuestro, o pegaba su mejilla contra nuestro hombro, la Madre Prefecta la corregía:

—¿Qué le dicen sus papás, eh?

—«No seas sobona» —repetía Geni riéndose.

—No hay que hacer exhibición de los propios sentimientos.

—¿Por qué, Madre? —preguntaba la pequeña, descarada y viva, con sus ojos rasgados, alegres.

—Porque es una vulgaridad.

Teresa tenía aquella sonrisa tensa y los ojos bajos, sin mirar a su hermana. Sufría por lo que Geni no sufría. Begoña Mundaca preguntó:

—Entonces, ¿es que hay que fingir? ¿Hay que hacer que a una no le importa?

—No diga inconveniencias. —La Madre Prefecta rectificó los alfileres que sostenían sobre el hábito negro el pechero blanco de la toca—. Pero esas personas que andan con tantas demostraciones, así… —comprendimos perfectamente que quería decir «besándose»— no son distinguidas, es propio de la gente baja…

A Elvira se le había puesto la piel verdosa, que era su manera de empalidecer. Atajó con muchísima altivez:

—¿Qué me dice?

Y la Madre Prefecta se volvió a ella, consternada. Me di cuenta de que se había olvidado de Elvira y de su padre.

—No hacen falta esas demostraciones para quererse, hay que tener una cierta reserva, no se quiere uno menos por eso… ¿Estará usted de acuerdo, eh, eh?

Nos miró a todas y debió de adivinar que estábamos a la defensiva, porque lo apartó sonriente, haciendo un gesto con la mano hacia atrás, como si fuese algo pasado, sin importancia.

—Bueno, no son cosas de aquí. Aunque no haya que olvidar que sus familias nos las han confiado para que las eduquemos.

Elvira, engallada, tiesa, con aquellas trenzas que cuando se enfadaba eran dos flechas negras-azuladas sobre su pecho erguido. Me pareció que

Paz se apartaba de ella en el banco, que quedaba algo aislada, como siempre.

Al día siguiente, Elvira se negó a cantar. Apareció con su pañuelo de raso negro en torno a la garganta, y hablaba con una gran afonía. Sabíamos todas que no era verdad —incluso las Madres tenían que saberlo—, pero no se le dijo nada.

No se le dijo nada. Era la manera de crear aquella zona de separación, de corte entre nuestras familias —el mundo— y nosotras. No se decía nada… Poco a poco la vida diaria te prendía, te envolvía, te arrastraba, aquello quedaba del otro lado, de un lado clausurado con la puerta del colegio al entrar.

Yo no esperaba a mi padre. Su telegrama del día de mi cumpleaños, en enero, llegaba puntualmente azul, y sus breves y espaciadas postales, y era tan impersonal recibirlos como contestarle. Recogíamos la correspondencia, ya abierta, en el cuarto de la Madre Prefecta, leían nuestras contestaciones. El telegrama decía siempre lo mismo: «Felicidades. Abrazos. Papá». Era tan poco. No era nada, pero así estaba bien. Al menos nos escribía: «Espero que seas una mujer, espero que dejes el pabellón bien puesto, espero que estudies, espero… espero…». Me parecía exigir nada de mí, ni siquiera el recuerdo. Había quedado reducido a algo lejano, que existía casi solamente por las alusiones de tía Concha, servía a tía Concha para herirme, o para pretenderlo. «¿Tienes sangre de chufas?» me había preguntado Odón con desesperación aquel día, en la escalera. No; simplemente había aprendido la inmensa fuerza del silencio. Podía conservar aquello, mi padre —un aire vivido, un frescor de árboles— como un pequeño mundo aparte, a salvo de los comentarios en vacaciones, a salvo de las observaciones de las monjas, de las miradas inquisitivas de mis compañeras; a salvo, sobre todo, de mi propio pensamiento, de mi propio juicio, de mi propio desencanto. Mi padre y la abuela eran zonas intocables, apartados de todos por mi propia voluntad defensiva de apartarlos, de salvarlos de aquella derrota en que comenzaba a convertirse el mundo en torno.

La Madre Vergara vino a buscarme al estudio.

—Quítese el blusón —cuchicheó—. Vaya a la camareta y cámbiese de uniforme. Tiene visita.

—¿Quién? —pregunté.

—Ya lo verá.

Bajábamos las escaleras y volví a preguntarle:

—¿Quién es, Madre? ¿La abuela?

—Ya lo va a ver.

Fuimos al recibidor de las Madres, a la salita de los muebles dorados. Cuando la Madre Vergara abrió la puerta tardé un minuto en reconocerle, sobre todo en admitir que era él. Le miraba a la cara y veía sus rasgos y no me parecía exacto a como le recordaba, aunque sí algo familiar que me aturdió. Aquellos golpes ensordecedores dentro…

—¿A que no esperaba esta buena sorpresa, eh?

La Madre Prefecta se adelantó hacia mí.

—Si ya no me conoce, ya…

Ah, sí, la voz… La voz vibrante, un poco burlona, tan sonora. Pero estaba delante la Madre Prefecta. Le besé en la mejilla.

—¿No me dices nada?

También a mí la Madre Prefecta me puso la mano en el hombro. También de mí dijo, afable, dirigiéndose a mi padre:

—Está contenta en el colegio, ¿verdad? Se ha adaptado muy bien a la vida del colegio.

Y después, sonriendo:

—¿Qué buena sorpresa, eh? Es la única visita que se permite en Cuaresma, por tratarse de algo tan especial.

De algo tan especial… Su mano sobre mi hombro, firme.

—Siéntense. Yo les dejo. Tendrán tanto que hablar, ¿verdad?; contarse tantas cosas…

Mi padre acompañó a la Madre Prefecta hasta la puerta de la salita, y yo fui con ellos.

—No se puede cerrar.

—¿Cómo?

Hizo caso omiso de mis palabras y cerró. Estaba incómoda: ¿por qué había que hacer lo que no dejaban? Para que hablaran, para que dijeran…

—Ven aquí.

Se sentó y me miró, derecha delante de él. Me cogió por los brazos. Sonreía, burlón y con reproche.

—Ya no me reconoces. La memoria de los hijos…

Le miré. Le miré intensamente, a este padre nuevo, con otra cara, pero a quien iban brotando viejos gestos conocidos.

—¿O es que me encuentras viejo?

—No —dije.

Y mentí. Mi padre tan alto, esbelto, muy moreno, con la frente estrecha y las cejas tupidas… (adiós, padre ideado e ido). Era éste: con canas en los aladares y en las cejas foscas, la frente más desguarnecida, que al volverse para acompañar a la Madre me había enseñado una extensa calva en la parte posterior de la cabeza, clareándose entre el pelo. Tenía una estatura regular.

—¿No me das un beso?

Volví a besarle en la mejilla y dijo:

—Por eso no quería yo dejarte.

Y comprendí lo que quería decirme, pero no contesté y tiré un poco de los brazos para que me soltara y poder sentarme. (Por dentro, salvajemente, había pensado: «Pues no haberme dejado»).

Estuve así, con una mano en la faltriquera y la otra sobre la falda escuchando las cosas que contaba y nuestros silencios… Sobre la mesa había posado una inmensa caja de bombones.

—¿No tomas uno? Anda… ¿Te dicen algo por tomar bombones?

—Es que en Cuaresma…

—¡Qué Cuaresma ni qué niño muerto! Toma, no seas cursi.

Con la puerta cerrada nadie podría oírle.

—No estás muy alta que digamos, pero en una chica importa menos. ¡Si vieras a tus hermanos! Bueno, Gabriel es ya un hombre, diecinueve años. Y los gemelos, casi, casi. ¿Te acuerdas de ellos?

Se inclinó hacia mí.

—¿Te acuerdas de tus hermanos?

—Sí.

Me acordaba; en el momento mismo me acordé. Dije:

—¿Qué tal Leontina?

Rió, como si empezáramos a entendernos.

—La de siempre, amenazando con que se va, y siempre se queda. Mangonea, manda más que yo. Tus hermanos abusan de ella, la vuelven loca cuando vienen en vacaciones, pero ella los adora, los ha criado, y cuando se marchan se queda preparándoles jerseys y mermeladas. Te traje unas guindas en dulce que preparó para ti, pero estaba el tarro tan pegajoso que lo dejé en casa de la abuela.

Me miró.

—¿Lo quieres? ¿Te lo traigo?

Dije:

—No, gracias.

—¡Qué gracias ni qué cuentos!

De repente se enfadó, parecía que iba a explotar, muy rojo y hablaba fuerte y me sacudió por un brazo.

—¡Eres una cursi! Ésta es la educación que te dan. «No, gracias». ¡A tu padre, que llevas cuatro años sin verle! Y un besito en la mejilla por miedo a que te raspe, y «no, gracias», como si fuera una visita. ¿Qué ajo te enseñan? ¿Me lo quieres decir? ¿O es que crees que he hecho todo este viaje para que me recites el Astete?

Acercó su cara airada a la mía.

—¡Cursi! ¡Estúpida! Eso es lo que eres.

Se levantó y sacó un cigarro. Yo sentía las lágrimas en la garganta. Las contuve.

—Claro que no es culpa tuya. No es tu culpa…

Dio dos o tres vueltas por la salita, dando chuparías al cigarro. Crujían sus zapatos sobre la cera. Volvió hacia mí.

—¿Qué te pasa? ¿Estás de morros? —Se echó a reír—. ¿O es que no puedo ya ni enfadarme un poco, hija? Ven acá.

Me cogió por un brazo. Me sentó sobre una de sus rodillas. Yo, instintivamente, me resistía un poco.

—Ven acá, mujer. Así.

Sentí su pierna huesuda y dura. Miré hacia la puerta de cristales.

—Si no te ve nadie, mujer. Y si te ven, ¿qué? Vamos a ver: ¿eres mi hija o no lo eres? ¿Tú qué crees?

—Sí —dije, alzándome de hombros.

Se echó a reír. Recitó, con tonillo:

—… Y ésta es la educación que habemos recibido…

Qué cerca su mejilla rasurada, su ancha nariz, su risa sonora.

—¿Quieres venir este verano a casa? No vas a conocer a tus hermanos. ¿Quieres venir?

Lo decía como quien propone una broma. Me acarició el brazo en donde me había apretado antes al sacudirme.

—¿A que no te hice daño?

Y de pronto dijo:

—No te pareces nada a tu madre.

Lo dijo con una voz profunda que yo había oído muchas veces:

—No te pareces nada a tu madre…

Me levantó la barbilla.

—¿Te acuerdas de ella? Hay que acordarse de ella, chiquitína. Era tu madre. Una mujer como no ha habido otra, te lo digo yo. Murió al darte la vida.

(Ah, todo lo estropeaba yo, todo lo estropeaba. Aquella desesperación sin medida).

—Acordarse siempre, hija, Tadea… ¿Te hablan de ella en casa de la abuelita? ¿Te hablan, verdad…? Deseaba tanto una niña… No tenía más defecto que todo lo veía a través de su madre y de su hermano Juan.

Pregunté:

—¿Estás en casa de la abuela?

—Sí, sólo unos días. Cuando llegó don Magín en otoño pasado creí que vendrías, se lo había escrito, que te trajera. Pero como no viniste, decidí: «Hay que ir a ver a aquella hija, se está haciendo una descastada». Cuando tienes las vacaciones, en verano, con todo el quehacer del campo no hay forma de escapar, y con los chicos en casa… Y en invierno, en el colegio, ya ves…

¿De qué se defendía?

—Los engorros de tus tíos y de la abuela. Fue el deseo de tu madre. Fue su capricho que te criaras con ella. Por mí…

Nos miramos los dos.

—Esa Prefecta tuya me ha estado diciendo que si en Cuaresma, que si una excepción en mi honor, ya la has oído. Son unas absurdas. Un padre ve a su hija cuando quiere, ¿qué sistema es éste? Estas buenas señoras se creen que el mundo va al son que ellas tocan. Me han tenido una hora esperando —se rió—. Si no es por ti, les suelto una fresca… ¿Por qué miras todo el tiempo a la puerta? ¿O es que te quieres ir?

No me entendía; era mi padre, y no me entendía.

—Parece que fue ayer cuando te llevé a la estación y tú asomabas medio cuerpo por la ventanilla para decirme adiós.

¿Qué idea tenía mi padre del tiempo?

—¿Vas a volver mañana?

—¿Tú que quieres?

Dije:

—Que sí.

Me soltó y volví a sentarme en el sofá. Sacó el encendedor y prendió de nuevo el cigarro que se le apagaba. Estuvimos callados un rato. A poco se puso a hablar como si estuviera de mal humor:

—Tu abuela, que no hace nada en todo el día, bien podía ocuparse de tu educación. No veo yo por qué no te podían tener en casa. En los colegios os separan de vuestras familias.

Dije:

—No.

—Si lo sabré yo… Y con tal de que no quieran captarte para el convento.

No pude contenerme, solté una carcajada.

—Vaya, menos mal que te oigo reír. Así que de eso nada, ¿eh? Pues estas dichosas monjitas en cuanto pueden echar el gancho… Perdéis el cariño. Tus hermanos es diferente, los chicos tienen que acostumbrarse a estar fuera de casa, a vivir por su cuenta y riesgo, pero una niña… En fin, en casa siempre han mandado las mujeres.

Recordé vagamente su voz sonora por la casa, las prisas de todos por acudir a sus órdenes. ¡Qué extrañas cosas decía! Pero me hablaba como si pudiese comprenderle.

Volví a decirle:

—¿Vendrás mañana?

—¿Qué te parece, salimos mañana? Hija, aquí se ahoga uno.

—¿Me dejarán?

—¿Pues no van a dejarte? Soy tu padre.

Lo repitió impaciente, casi enfadado:

—Sales mañana por encima de todo, pues no faltaba más… Te vengo a buscar por la mañana.

—Por las mañanas tengo clases.

—No pongas pegas, «por las mañanas tengo clases». Claro que si por eso te van a suspender, no quiero que luego diga la abuela… Bueno. Vendré por la tarde. ¿Así está bien?

Sonreí:

—Sí.

Me dijo de pronto, muy bajo y con una voz que me dio un calor súbito:

—Sonríe otra vez, Tadea…

Se quedó mirándome y me pareció que el momento se quebraba entre los dos, algo finísimo que se nos deshacía fugazmente.

—Vendré a buscarte mañana por la tarde, y nos iremos por ahí fuera, tú y yo.

De repente me hablaba como a una niña pequeña.

—¿Quieres ir a algún sitio especial?

Me alcé de hombros.

—Bueno, ya veremos… ¿Por qué no levantan del todo estas persianas? Estamos medio a oscuras. Estas monjas…

Mi padre saludó amablemente a la Hermana Mandoegui junto a la puerta de la calle, como si fuese una Madre. No sabía distinguir…

Pasé el resto del día revuelta y exaltada. Por la noche, en la camareta, la Madre Prefecta me preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí, Madre.

Besé el crucifijo con alegría.

—Dele las gracias por esta sorpresa que le ha proporcionado en tiempo de penitencia. Una gracia especial.

Cerré los ojos. Quería dormirme pronto, profundamente dormirme para que pasase el tiempo sin sentirlo hasta mañana. Nada me había parecido hasta entonces tan lleno de luz y de alegría como aquel mañana. Y además, fuera de allí… Tanto mejor fuera, porque sentía que mi padre desentonaba en aquel ambiente comedido, me hacía sentirme apurada por él, casi diré un poco avergonzada, un poco confusa. Y una nueva vergüenza por tener vergüenza.

Volví a ponerme el uniforme nuevo y los zapatos de charol, contando con la visita. En clase Carola me sonrió, con aquella sonrisa suya, acercando mucho los ojos, y yo le sonreí también con toda mi alma. (¿Lo sabían? Todo se sabía. Carola no me preguntaba por mi padre, pero me sonreía así, con aquella incisiva dulzura, y yo sabía que era por mi padre).

Las tres. Las tres y media. Las cuatro… Elvira me miró, interrogante. No podía ya ni leer, pendiente de la puerta. Las cuatro y media. Empecé a sentir una inmensa zozobra. ¿Se habría retrasado? ¿No le habrían dejado? Pensé, rápida: «La Madre Prefecta». Me puse de pie y la Madre Monleón me autorizó con una señal de cabeza. Antes de llamar a la puerta de la Madre Prefecta me agaché para mirar por el cristalito, para ver si había otra chica dentro. Nadie. El cuarto solitario, la mesa con su carpeta encima, la silla arrimada. A lo mejor estaba con él, abajo. (A lo mejor por eso…). Esperé de nuevo conteniendo la ansiedad y después la ira. No podía salir a los lavabos para contárselo a Elvira porque quizás entonces precisamente me llamaran. Se encendieron las luces del estudio. («Mañana te llevaré por ahí»). Sentí los labios rígidos, prietos en el esfuerzo por no llorar. Mi «mañana» se había esfumado, se había deshecho, no existía. No se me había dado explicación alguna. (Cuando llamaron para clase de francés yo no me moví y la Madre Monleón me indicó que fuera con las otras. Sonriendo denegué con la cabeza: temía que si me iba a clase no la interrumpirían por mi padre y le hiciera esperar. Había dicho: «Estas buenas señoras se creen que el mundo va al son que ellas tocan. Van a su aire. Me han tenido una hora…». Sonó mi timbre: el número 40, y cuando me precipité, esperanzada, al pasillo, donde esperaba la corta fila para clase, la Madre Vergara me indicó mi sitio.

—Pero es que a lo mejor… —intenté explicar.

—A clase. Obedezca).

Sentí la garganta seca, tanta ansiedad y rebeldía que deseé ferozmente enfrentarme con la Madre Prefecta. Pero no acudió. No vino al comedor ni a la capilla. Fueron pasando las horas desgastando mi cólera y mi protesta, sólo quedaban chasco y amargura. No vendría tampoco a las camaretas. Ni gana tenía de verla delante. Pero me equivoqué. Oí el ruido de su llave en las cerraduras e iba muy ligera de una a otra. El corazón se me desbocaba; había acumulado tantas cosas para decirle durante la tarde, y en el momento que se acercaba no sabía por dónde empezar, dudaba de si serviría para algo.

El ruido en mi propia puerta.

—Buenas noches.

Me tendía el crucifijo con su inalterable sonrisa, casi un gesto inevitable. No lo besé. Dejé los labios quietos mientras ella presionaba levemente la cruz. Se inclinó más sobre mí y me pareció que me escrutaba, que dudaba si preguntarme algo. Pero se enderezó vivamente y repitió:

—Buenas noches.

Se iba ya cuando retrocedió y me dijo con rapidez:

—Voy a la adoración: pediré al Señor por usted.

Contesté:

—No —apretando los labios.

—¿Qué dice? ¿Qué murmura? ¿Eh? ¿Eh?

Me desperté a medianoche sin duda por el ruido de la llave en la cerradura, y encontré su sombra más negra en la penumbra, junto a mi cama.

—¿Está despierta?

Se inclinó. Hablaba bajísimo para no despertar a las demás:

—Estaba ante el Señor, pensé que quizá no dormía, que quizá si yo le explicaba, usted misma comprendería la razón… No podemos hacer excepciones. Si fuese el caso de otra, ni usted lo consideraría justo. Por consideración a su padre, ayer habíamos hecho una.

Su mano se hincaba en mi almohada.

—La buena marcha del colegio… ¿Verdad que lo comprende? Si nos lo hubiera anunciado antes de emprender el viaje, en esta época, ya le

hubiéramos explicado a tiempo… Según eso, mañana, el padre de Elvira Piqueras o de Geni Alzola, ¿no comprende? —quería darle un tono de chanza—. Durante toda la Cuaresma sus compañeras no ven a sus familias. Ayer fue una excepción, repítaselo a sí misma. La Madre Superiora habló con él por teléfono y le autorizó… Debía dar gracias a Dios por ello.

«Mañana te llevaré por ahí. Nos iremos por ahí fuera tú y yo». ¿Había venido? ¿Le habían llamado para advertirle?

—¿Ve cómo le ha hecho daño, cómo la ha revuelto? Qué bien la conozco cuando le digo que a usted, por la emoción…

¿Por qué no se iba? (De una vez. Que se vaya… Dejadme sola ¡De una vez!). Esta explicación por la tarde, no ahora: no todas aquellas horas interminables de espera, aquellas imperdonables horas aguardando lo que no iba a llegar, lo que sabía ella que no llegaría para mí, y que yo esperaba. No era ya una niña para engañarme de aquel modo.

—Sea sincera consigo misma. Tiene ya edad para afrontar la verdad. Enjuicie la realidad, usted que se excede en el sentido crítico…

Se inclinó aún más, sentía sobre mí su aliento, cerca el olor de sus hábitos. (Márchese. Va a hacerme daño). Supe que iba a hacerme daño.

—¿Quién es su verdadera familia, en su caso particular…? ¿Se acordaba usted mucho de su padre? Lo mismo que han podido pasar tantos años sin verse…

Cerré los ojos.

—Hija de Dios y de su Madre Santísima… Bien puede decir que Ellos son los únicos que no le fallan… Y ahora, ¿le va a besar?

Acercó el crucifijo a mis labios inmóviles. (Si era en verdad mi Padre también podía no besarle, como no había besado al otro). La Madre Prefecta se arrodilló junto a mi cama. (No llorar hasta que se marche. Cuánto teatro… No había besado al otro… Todos los besos que habría esperado, que yo no le di. Todos los besos encogidos, sofocados entre los muros de un colegio, en la penumbra de la sala dorada, con la caja de bombones abierta sobre la mesa. Mi envaramiento sentada sobre su rodilla. «Mañana». Quería aquel «mañana» transcurrido ya; había querido «mañana» para arreglarlo todo. Quería… Pero no lo pienso para no llorar. Cuando se marche. Para no llorar. Las monjas son absurdas. Son absurdas.

«Qué ajo…»). Me reí. Entre dientes me reí. La Madre Prefecta se puso de pie inmediatamente. No sé qué expresión tendría porque ni podía verla bien ni la miré. Había aquella risa estremecida de amor sobre mis labios. «Qué ajo…».

—¿Le hace reír el verme de rodillas?

Que se fuera a la tribuna; que me dejara con aquello leve: aquel calor, aquel dolor.

Volvió a inclinarse sobre mi almohada.

—¿Tanto le cuesta renunciar a un padre al que ya había renunciado usted?

Empezaron a desbordárseme las lágrimas por la cara; aguanté los sollozos que subían y se rompían contra mi pecho para que no adivinara, por las sacudidas de mi cuerpo en la cama, que lloraba.

—Creo que debo decirle que lo desorbita usted. Su padre lo comprendió perfectamente. Ya ve, no insistió. La Hermana Mandoegui nos había comunicado que se despidieron hasta hoy y la Madre Superiora hizo que le transmitieran el recado. Es una persona sensata y se conformó al instante. Ésta es la verdad.

Él no había podido conformarse, no era su manera…

—¿Me ha oído?

Más bajo:

—¿O es que se ha dormido?

Pero de pronto sentí sus dedos en mis mejillas, rastreando mis lágrimas. Se enderezó, y sin decir una palabra más se fue, tras cerrar mi puerta.

Dormí boca abajo, apretando mi cara contra la almohada, sin importarme la compostura.

OceanofPDF.com

XLVIII

En Pascua dábamos la merienda a los pobres. Nuestros pobres eran las niñas de la escuela gratuita, de quienes a veces oíamos hablar a las Madres, aunque nunca las veíamos. Ni sé de qué les daban lección. Rara vez se oía un runruneo en el patio con techo de cristal que separaba el oratorio del comedor, y aparecía, presurosa, la Hermana Mandoegui y cerraba las ventanas entornadas. Esto solía suceder cuando empezaba el calor. De tarde en tarde, al entrar en el oratorio, estaban las ventanas abiertas, ventilándose la capilla, porque las niñas pobres habían pasado por allí. Diré que dejaban un olor especial, y empecé a distinguir a la raza de los pobres por el olor. (Un olor hermano de aquel que dejaron más tarde los soldados, cuando pasaban, o que hallabas en los vagones de un tren que hubiera transportado tropas).

Y digo raza, aunque su piel fuese como la nuestra y sus rasgos etnológicos, porque, en verdad, no recuerdo que formaran parte en forma alguna de la vida de los demás, no existía la mínima relación, como si viviendo en un mismo pueblo hubiera zonas delimitadas para pobres o para ricos; ignorábamos a la clase media, aunque muchas de nosotras debían de provenir de ella, pero en nuestro simplista concepto de la sociedad había ricos o pobres como había buenos o malos. (Sólo que admitimos mucho antes el matiz en la maldad que en la bondad, y menos en lo que pudiéramos llamar «clases»). «No son de su clase», se oía decir con frecuencia. «No son compañeras para usted» —había dicho con desdén la Madre Prefecta refiriéndose en forma indirecta a Elvira, arrugando la nariz como si ella percibiese el olor de la pobreza —o su pariente afortunado: el nuevo rico— con un delicadísimo olfato ya adiestrado… Esto no lo entendíamos. Dentro del colegio éramos todas compañeras y nos ofendía el que se aislase a alguna. Solamente nos parecía justificado en Blanca, porque no pagaba… Y he usado el «nos» con espíritu de grupo porque personalmente me dolía cómo se usaba a Blanca, cómo se la ponía en

evidencia, y resultaba peor en mí porque, pese a dolerme, actuaba igual que las demás, o al menos no lo enmendaba. No recuerdo haberle ordenado nunca nada, como hacían Elvira o Margarita Altube o cualquiera de las otras, o las mismas monjas. A veces me parecía una novicia, un estado intermedio entre las Hermanas y nosotras. Cuando representábamos alguna función, Blanca peinaba a las pequeñas, recogía los palos y las pesas por orden de la Madre Azpiazu en la gimnasia; al principio de la clase de costura distribuía las labores. Cuando decían:

—Niñas, traigan ese banco

ninguna se movía porque nos parecía natural que quien lo trajera fuese Blanca.

Debo decir que si la veía sonrojarse por el esfuerzo o jadear un poco, me levantaba instintivamente y la ayudaba en silencio y fastidiada de que me vieran las demás hacerlo.

—Haciéndose la buena —farfullaba Paz remordiendo su gorda lengua.

—Calla, lerda —decía Elvira dándole un empujón.

Y yo sentía rabia hacia Blanca que indirectamente provocaba aquello. (Pero mi vergüenza era inmensa: una vergüenza de grupo por lo que hacíamos, que a veces me perseguía hasta en la cama, cuando me iba a dormir. Sentía una sensación incómoda y dolorosa, pensaba: «¿Qué estará haciendo ahora?». Y me la imaginaba en su cama, sola por fin, tranquila por fin, a salvo de humillaciones, con sus blanquísimos párpados cerrados). Carola también solía ayudarla espontáneamente, como jugando.

—Son de una familia estupenda —me dijo Elvira—, sólo que el padre se lo ha gastado todo. Creo que es un bala. Le robó el collar a la madre, fíjate, estando Blanca en el cuarto.

—¿Cómo?

—Dormía en el cuarto con su madre y se despertaron de noche sintiendo que alguien andaba en los cajones, y su madre gritó y las muchachas vinieron y encendieron la luz, y era su padre.

Me eché a reír.

—Qué absurdo. ¿Quién te lo ha dicho?

—Nada de absurdo. Papá. Lo sabe todo el mundo. Él no vive en la casa con ellas, así que por eso su madre se asustó al ver a un hombre en el cuarto

y con linterna.

Se rió y dijo:

—Hija, a lo mejor por eso Blanca se quedó sin voz, que no se la oye.

—A lo mejor anda siempre azarada porque cree que lo sabemos.

Me dijo:

—Sus padres están separados, fíjate qué horror, ¿no lo sabías…? Y ella vive con la madre, que no tiene dónde caerse muerta.

La había visto cuando la imposición de la medalla de Hija de María a Blanca. Pero no era una pobre en el sentido que ser pobre tenía para nosotras, pobre como clase, pobre como raza, vuelvo a decir. Me había parecido una señora con eso que llamábamos categoría. La vi también en el recibidor a fin de curso, cuando su hija Blanca bajaba con el peso de sus condecoraciones y medallas, y entonces Blanca no era pálida, sino sonrojada, y se reía nerviosamente enseñando sus dientes muy grandes y blancos y no paraba de hablar con ella y la Madre Prefecta con vivacidad. Su madre iba siempre finamente vestida, aquello era lo que la distinguía: su finura, y había adoración en los ojos comúnmente asustados de Blanca. Adoración u orgullo, algo que la exaltaba, y si los volvía a mí para que la viera con su madre, yo rápidamente volvía la cabeza, incómoda. Luz Quintana y su madre habían estado unidas a mis ojos como dos compañeras de distinta edad; Blanca y su madre como dos seres ligados por un mismo fuertísimo vínculo: la dignidad y la desgracia.

—Son gente conocida —había recalcado Elvira.

Y yo había visto a su padre saludando a la madre de Blanca, inclinándose exageradamente sobre su mano, de una manera que me pareció ridícula, pero Elvira no se daba cuenta de nada y seguía tan contenta, agarrada al brazo de su padre, y sonriendo con su boca glotona a aquella señora que a su vez les sonreía, pero distante y que les observaba como a dos seres verdaderamente extraños a ella. Y de alguna manera parecían Elvira y su padre los postergados, como si todavía en manos de aquella mujer hubiese la virtud de otorgar algo, o de conceder.

Blanca, después, miraba a su madre en silencio, un poco azarada, y hablaba de otra cosa, pero yo había visto su mirada de súplica o de disculpa. ¿De disculpa de qué? ¿De súplica de qué? ¿Por Elvira? Me indignaba;

entonces era Blanca quien me indignaba. Tenía gana de decir: «Semejante rata muerta», porque era cierto que Elvira mangoneaba a Blanca, cierto que se vengaba en ella —Elvira era rencorosa— de otras chicas o de las monjas y no tenía por qué ir a dar en Blanca. (Cierto asimismo que después la regalaba todos sus *toffees* y se sentaba a su lado…). Pero Elvira era nuestra compañera totalmente, su padre pagaba el colegio, Blanca estaba allí por caridad… (¡Ah! También yo… También yo pensaba lo instituido, lo llevaba adherido ya al cerebro como si fuese un pensamiento que me perteneciera. También yo…).

De todas maneras, pese a que fuese el comodín de monjas y niñas, debo decir que era nuestra —había dos maneras de pertenecer a aquello que no llamaré nuestra sociedad, sino el colegio: dinero o nombre (familia)—. Blanca tenía nombre, y por ello, pese a todo, la sentíamos nuestra, y creo que en última instancia cualquier ofensa o ataque a Blanca venido de fuera nos hubiese hallado a su lado, solidarias.

—Anda dando coba a las Madres —decía Begoña.

Yo no lo creía así. Era enormemente servicial y atenta con ellas, y cumplía las órdenes a rajatabla. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si les debía todo, las lecciones, la comida y hasta el sueño… Paz desahogaba su brutalidad con ella, Begoña sus burlas, a Margarita Altube la exasperaba, Carola rara vez le dirigía la palabra, pero quizá fuera porque de antemano sabíamos que iba a contestar como en un formulario, y las respuestas aquellas —las que se debían dar— las conocíamos de memoría y no nos interesaban en absoluto.

—Sus redacciones —le dijo la Madre Hornedo en clase— se distinguen por su vitalidad, por su fuerza expresiva, por la riqueza de su fantasía.

En la vida diaria Blanca no era vital, ni expresiva, ni fuerte, ni fantástica. Y si lo era —y quizás allí radicaba mi dolor por ella, porque yo sabía lo que era constreñirse— lo había matado ya.

Blanca era eso que los mayores llamaban venida a menos, y Elvira lo que podría definirse como venida a más, pero comunes a nuestra raza. El ser pobre de Blanca no tenía nada en común con el ser pobre de los pobres. Estos últimos existían en nuestras ciudades, en nuestros pueblos, en nuestras mismas casas, y allí, por lo oído, en el colegio, pero con una tan

profunda y total separación como si entre los cristianos existiese también una secta de los intocables: los pobres, precisamente.

¿Qué podía aprenderse bueno de ellos? Nada, sin duda, porque nos apartaban como si pudieran contaminarnos. Y creo que más que a las enfermedades, derivadas de su miseria, temían a las palabras, derivadas de su miseria. O, más que a las palabras, a la forma de hablar. La forma en todo preocupaba desde que nacíamos, al menos desde que nacíamos al entendimiento. (En casa era el «las niñas no tienen que hacer nada en la cocina, las niñas no tienen nada que hablar con el servicio». La mirada desdeñosa y llena de sospechas de tía Concha cuando yo iba a casa de Pura y de Venancia —y lo peor era que me sentía en culpa cuando iba, porque, en efecto, algo había en las reticentes palabras, como chispitas rapidísimas que encendían el aire aquel, o en las brutales palabras de Millán como bombas de mano en la paz de una primavera incipiente—. El trato a Patrocinio o a su sobrina Clemen, una niña de nuestra misma edad, que venía a ver a su madrina a escondidas, y se mantenía en el cuarto del piso alto casi sin atreverse a levantarse de la silla, y que si bajaba a jugar con nosotras en los plátanos, Ana la miraba desdeñosamente y nos dedicábamos a epatarla, a burlarnos de ella, cuando estaba Ana; y cuando más tarde bajó al cine conmigo me avergoncé de que me vieran con ella por la calle como si su cercanía pudiese marcarme de algún modo, silenciosa, y furiosa al propio tiempo por aquella vergüenza innoble. Y Patrocinio la había invitado sin que lo supieran en casa, sin que se enteraran de que traía a su sobrina conmigo; y después me había pedido perdón por traerla…).

Y en el colegio recolectábamos en recreo sellos o papel de plata para rescatar y bautizar niños chinos; en mi incipiente afán por no morir transmití mi propio nombre a muchísimos niños chinos sin distinción de sexo, aunque dudaba seriamente de que aquello pudiera ser verdad y de que, por lo tanto, en Taipeh o en Hong-Kong una criaturita andrajosa recibiera mi nombre con las aguas del bautismo. Me llenaba de una inmensa satisfacción la idea, era como afirmarme. Y quizás afán de empezar a no morir, o afán principiante de maternidad, que es también manera de aprender a no morirse del todo.

Y en el colegio se pedía a nuestras familias, a través de nosotras, para las niñas pobres, las misteriosas y apestadas niñas pobres que casi jamás veíamos, que eran apenas una entelequia. Pero para que no lo fueran del todo, o quizá para practicar aquello que llamaban y llamábamos caridad, una vez al año repartíamos la merienda a las niñas pobres.

En el patio encristalado, con el suelo de cemento, entre el comedor y el oratorio, colocaban las mesas formando un cuadro, y abiertas las ventanas a nuestro comedor, en donde se veían, sobre las mesas adosadas a aquéllas, bollos de leche, galletas y rosquillas. Las Hermanas pasaban sirviendo el chocolate.

Entrábamos primero nosotras con el uniforme de los domingos, zapatos de charol y guantes blancos puestos. Nos alineábamos de espaldas a las mesas con los dulces. Se oía el arrastrar de pies y entraban las niñas pobres, de dos en dos, en fila de menor a mayor, con jerseys o chaquetas de estambre, o unos trajecitos de una lanilla que raspaba. Todo era recién estrenado: a través de nuestras familias habíamos contribuido a aquel equipo nuevo. Venían repeinadas, mirando hacia el suelo, o a nosotras furtivamente, o furtivamente hacia la mesa. Sus ropas olían distinto, eran nuevas y ya olían de otro modo, y el olor de ellas, con sus medias de algodón y sus zapatos nuevos, iba extendiéndose espeso y bravío sobre las mesas, entre nosotras. La Madre Prefecta se adelantaba y se ponía en el centro del espacio que dejaban libre las mesas. (Ellas estaban aún de pie, detrás de su silla cada una, esperando. Nosotras, apartadas). La Madre Prefecta decía siempre más o menos lo mismo: «Debéis estar agradecidas a las señoritas que, dando muestras de acendrada caridad, una vez más se han preocupado por vosotras y os han dado las ropas que vestís, que de tanta ayuda serán para vuestras familias, que bien sabéis no os las pueden pagar, pero con caridad cristiana nuestras colegialas han remediado esta necesidad. ¿Verdad que se lo agradecéis?». A una coreaban:

—Sí, Madre.

—Acordaos del Evangelio: Sólo uno volvió a dar las gracias. Dad gracias vosotras en primer término a Dios, tan misericordioso con vosotras, y en segundo lugar a nuestras colegialas.

Durante aquel exordio yo no levantaba los ojos, y aunque la Madre Prefecta decía: «tan modestas en su caridad», en mi caso no era por modestia. Elvira a veces me daba un codazo, cuchicheaba:

—Mira aquella pequeña, qué sol. La de los tirabuzones…

Yo no comprendía cómo Elvira podía mirarlas por separado.

A una señal de la Madre Prefecta nos acercábamos, y sin quitarnos los guantes íbamos cogiendo de las bandejas que la Hermana Mandoegui o la Hermana Aralar nos presentaban, un bollo o una rosquilla y lo dejábamos sobre el plato de la niña pobre. La Madre Prefecta pasaba entre nosotras. Preguntaba:

—¿Qué se dice?

La niña pobre, con su bollo agarrado en la mano, respondía:

—Muchas gracias

escabullendo los ojos, o riéndose con inocencia.

Era como el rumor de una letanía con la boca llena.

—Muchas gracias.

En aquello consistía nuestra caridad. Nuestras manos enguantadas rozaban apenas sus platos, y después nos alineábamos de nuevo contra la pared que daba a nuestro comedor. La Hermana Mandoegui y la Madre Vergara empezaban a cerrar los ventanales y al momento la Madre Prefecta nos daba la señal y salíamos en orden, pero sin filas, por la puerta que daba al pasillo, mientras las niñas pobres no apartaban la vista de nosotras. En el pasillo formábamos de nuevo. Había como un momento en suspenso. Y de repente surgían tímidas voces o cuchicheos que degeneraban en gritería.

—Para dejarlas un poco en libertad, las pobres —decía con condescendencia la Madre Prefecta a media voz, como participándonos un secreto común—. Para que se queden a sus anchas.

Y el que aquellas niñas no tuvieran libertad ante nosotros nos parecía perfectamente natural y motivo de una importancia nueva. Antes de ponerse en movimiento la fila, nos quitábamos los guantes.

OceanofPDF.com

XLIX

Me pareció que estábamos cambiando. De repente me di cuenta, aunque debía de haber sido una evolución gradual. Pensaba: «¿Cuándo empezó?», y no hallaba respuesta; llevaba mucho tiempo fraguándose. ¿Mucho tiempo? Si todavía ayer… Todavía ayer pensaba lo que estaba preceptuado que pensase, pero lo pensaba como una orden que se me hubiese pegado a los sesos, no como esta manera de pensar con que me hallaba ahora, suelta de mí, más fuerte que yo, surgida silenciosamente, implacablemente. Había tabús, zonas que un instinto de conservación o de defensa me impedían abordar: era como si me asustase y retrocediese, temblorosa, al terreno conocido, a la tierra firme de todos los días. Me sentí sofocada por aquel gran clamor de protesta a mi entorno, y más allá de mi entorno y por la incomodidad conmigo misma; sofocada frente a las demás, en filas, presurosas, con sus libros en las manos. Pero pronto me di cuenta de que las demás también habían cambiado, que no era yo sola, que era un movimiento compartido. ¿Cuándo había empezado para ellas? ¿Al mismo tiempo, o estaban cambiando ya, y yo, absorta en mí misma, no lo había percibido? «¡Ay qué chica! Siempre en la luna», decía de mí Begoña. Siempre en la luna, si la luna era un espejo para mirar cómo iba conformándose cuanto me rodeaba, mi paisaje humano; un agua bruñida en donde sumergirse en denodada búsqueda. Pero ahora comprendía la indiferencia (¿era realmente indiferencia o todo lo contrario?) de Carola, las protestas de Elvira y las ansias por el cariño de su padre, la comedida sonrisa melancólica de Teresa Alzola cuando miraba a su madre, y los angustiosos azaramientos de Blanca Deva. Las Madres no se daban cuenta, me hacía feliz el pensar que algo sucedía en el internado que escapaba a sus toques de campana, a su orden demoledor, a las consignas tácitas. Allí estábamos, como una mezcla suelta por los pasillos del colegio, contenidas, incómodas, inquietas, asfixiadas. Esta mudanza no alcanzaba a las pequeñas Ina y Geni, aunque Silvia e Iciar empezaron a quedarse sentadas junto a

nosotras en recreo. Margarita Altube apenas hablaba, tan mayor, siempre irritada, contestaba como si todo la hartase. Yo pensaba «diecisiete años», y me parecía un mundo. ¿Iba a quedarse siempre allí? No se lo preguntábamos, pero se la notaba incómoda y desplazada.

Quizás era sólo yo la que advertía el cambio de aquella primavera o simplemente tenía conciencia de cosas en las que antes ni pensaba. Pero no: la brusca impaciencia de Margarita, las bromas pesadas y los súbitos decaimientos de Begoña que se quedaba de pronto abatida en el recreo, inmediatamente después de haber alborotado; Paz con su expresión huidiza, la boca decididamente torcida y entreabierta siempre, como deglutiendo una lengua muy gorda sin parar, y tardando en romper a hablar tanto que le gritábamos sin piedad: «¡Vete a la porra!», o enfureciéndose y empujándote, sin previo aviso, como si la brutalidad la desfogara… Y las Madres apenas la reñían, sino que procuraban razonarla, calmarla.

Elvira me dijo que su familia pagaba las funciones religiosas del colegio, la exposición del Santísimo y hasta alguna dote para novicias pobres.

—Apegadas al vil metal —dijo con énfasis. Y nos reímos las dos.

Teresa Alzola llevaba un espejito en la faltriquera, y se miraba continuamente sin que las Madres la viesen; yo sí la veía desde mi pupitre, en el estudio, ponerlo sobre la tapa del suyo, e inclinarse hacia él como si se inclinara hacia el libro; absorta se escrutaba los ojos, los labios, los dientes.

—Presumida —farfullaba Paz.

Pero me parecía que no se miraba con complacencia, sino con curiosidad. ¿Qué miraba o por qué se miraba?

Se colocaba el velo con muchísimo cuidado, muy lisas y ordenadas las caídas a ambos lados de la cara; si Elvira le daba un tironcillo y el velo basculaba, se mordía los labios y volvía a arreglarlo, a parecer recién planchada. También Elvira apareció con un espejito, al poco tiempo, pero se miraba de otra manera —diré que Teresa se buscaba y Elvira se contemplaba— sólo la vi mirarse en los lavabos, y sonreía con los ojos brillantes mientras se miraba. También a veces parecía irritada sin motivo, o harta.

—De aburrimiento —me dijo un día.

Yo nunca había pensado si me aburría o no.

—No puedes ni levantar la cabeza del cuaderno sin que estén ya encima, te quedas distraída y ya está esa posma…

Me enseñó un cuadernito en donde iba borrando los días que faltaban para vacaciones.

—¡Qué lata, qué lata!

Lo repetía exasperada. Aquella primavera tocaba el piano a golpes, como si quisiera taladrar el oído a alguien, vengarse de alguien, muchísimas escalas con un ruido atronador.

—No nos dejan hacer nada.

—¿Nada de qué?

—¡De nada! —me chilló—. ¿De qué va a ser? Dan importancia a unas cosas…

Dijo:

—La Madre Vergara es medio tonta.

—¿La Madre…?

—Sí. La Madre Vergara. Es medio boba.

(La pureza de la Madre Vergara, el arrobo de la Madre Vergara…).

—Tiene muy mala intención.

—No digas…

—Fue su voto el que hizo que no le dieran la banda a Luz Quintana el último año, ¿no lo sabías? Y ahora, cuando me baño, aparece siempre por las escaleras y si tardo o no hago ruido con el agua, ya está golpeándome en la puerta.

Se rió, apretando la toalla mojada contra el pecho.

—Así que me estoy tumbada, tan bien, y con la mano hago olitas para que no me dé la lata… La Hermana Aralar la tiene miedo.

¿Miedo? Me volví un poco para mirar a la Hermana sentada bajo la ventana del pasillo inclinada hacia el cesto de costura.

—No repitas como una tonta, también tú. Me da una copa de vino de misa a mediodía porque lo ha mandado papá, y la Madre Vergara anda por allí arrastrando la pierna para que nos enteremos de que lleva cilicio…

—¿Y tú? ¿También tú?

—Quiá, hija, ya se me pasó —se rió—. Fue un fervorín.

Se levantó las faldas y me enseñó el final de las medias, arrolladas en las ligas.

—A otro perro con ese hueso.

Sacó su espejito y se quedó mirándose.

—¿Tú crees que Teresa Alzola es guapa?

No lo había pensado.

—Tiene una sosera…

Se echó a reír, una risa a borbotones, rápida. Era como un agua despeñada, la risa de Elvira.

—Yo a la Madre Vergara la tengo aquí —se apretó con los dedos la garganta—. No la trago.

—A mí no me parece mala.

Me miró, con los ojos oscurecidos:

—Se cargó a Isabel Gauna, ¿te parece poco? Con sus aires de mosca muerta.

Me reí.

—¿Isabel Gauna? Era su favorita.

—Se la cargó, te lo digo. Me enteré en vacaciones, papá lo sabía, quería sacarme a toda costa del colegio, pero yo no quise, me daba rabia volver a empezar en otro sitio —se alzó de hombros—. Aquí estabais todas, conocidas.

—Si fuese apendicitis…

—Claro que fue apendicitis, también tú. Pero cuando se quejó de dolor de vientre, que creo que se retorcía en la cama, ¿sabes lo que hizo? Pues hizo que la Hermana Aralar la diera una purga o un irrigador, eso no lo sé bien, ya sabes que no hay quien les saque esas cosas, como si fuera pecado… Y es malísimo para el apéndice, el médico lo dijo, ¿no lo sabías?

—¿Te lo ha dicho la Hermana?

Guardó el espejo. Me dijo, lentamente:

—Lo sabe todo el colegio menos tú… Yo desde entonces a la Madre Vergara no la trago.

Pensé: «No lo sabría. No se dio cuenta. ¿Quién sabe eso?».

—No le busques disculpas, que se las estás buscando. Es una mema. ¿Isabel Gauna era tu compañera, sí o no?

No quise más disculpas, pero no acababa de creérmelo. Isabel Gauna era mi compañera, aunque me pareció que de aquello hacía muchísimo tiempo.

—Su padre se puso como una fiera y vino y armó una buena a la Madre Prefecta. Fue un escándalo. Porque a Isabel le preguntó el médico y dijo la verdad, sin saber lo que decía, pobre, que si no a lo mejor no lo dice, ya sabes cómo era.

Cuántas cosas conocía siempre Elvira, cómo podía moverse dentro del colegio y establecer aquellos misteriosos contactos.

—El padre de Begoña Mundaca, como es médico también, vino a hablar con las monjas y las puso de vuelta y media. Desde entonces andan con cien ojos y por eso no se atreven a negarme la copita de vino y aprovecho muchos días para levantarme tarde. Digo que no me encuentro bien, y no se atreven. ¡Qué asco, chica! ¡Toda la vida aquí!

Yo empezaba a preguntarme: «¿Toda la vida aquí?», porque me parecía que llevaba tiempo y tiempo, que nada ni nadie sería capaz de cortar aquella manera de vivir, y al propio tiempo no concebía otra.

—¿Sabes lo que me ha dicho la Hermana Aralar? Que andemos con cuidado, que le han dicho que nos vigile especialmente.

Se rió, medio volviéndose hacia la Hermana.

—Quieren que nos pudramos de asco. ¿Qué hay de Carola?

¿Qué hay de Carola? Pasaba junto a nosotras cuando estábamos hablando, a veces, con una sonrisa distante.

—¿No es tu amiga?

Me alcé de hombros.

—Tiene sangre de chufas. No. No te enfades, no te enfades.

—Qué tonta eres. Tonta de remate.

—Ella es tan lista que repite curso…

Pero Elvira decía a veces cosas que yo había escuchado a Carola.

—No tenemos libertad para…

—¿Qué dice usted?

—No tenemos libertad para no hacer nada.

—No necesitan ustedes la libertad para nada. ¿Qué falta les hace la libertad? Esto no es una cárcel para ustedes, supongo.

La Madre Hornedo preguntó:

—¿Qué quiere usted decir con libertad?

—Poder escoger entre dos cosas o más. Poder decidir.

—¿No querrá usted decir «voluntad»?

La sonrisa suficiente de la Madre Hornedo.

—No, Madre. Quiero decir libertad.

Begoña Mundaca abrió los brazos exageradamente. Declamó:

—¡Libertad! ¡Libertad! ¡Cuántos crímenes…!

—¿Quieren estarse quietas?

Elvira me contó:

—La Madre Prefecta le ha dicho a Carola que es un elemento que perturba el buen orden del colegio… No sé si ha dicho elemento o fermento. Se la va a cargar.

—¿Pero por qué? Si no hace nada.

—A lo mejor porque no hace nada, son así, hijo. —Se alzó de hombros—. La Madre Hornedo le ha cogido hincha.

Yo sabía más que Elvira de aquello, estábamos en la misma clase. La Madre Hornedo había optado por no preguntar nunca la lección a Carola, por no hacerle leer nunca su cuaderno. Lo guardaba y se lo llevaba para corregir fuera de las horas de clase. Era el único que se llevaba, y luego se lo encontraba Carola sobre el pupitre, ya puntuado, siempre bajísimo. ¿Cómo podía ponerse nota semanal si no le preguntaba? Pensaba: «Va a repetir curso otra vez». Sentía que era injusto, que Carola debería estar en un curso superior, que cuanto decía era certero, que cristalizaba en alta voz algo disperso. A veces, en clase de religión parecía ausente o como si hubiese resuelto desentenderse; otras, interrumpía —estábamos autorizadas a interrumpir y ella hacía uso de su derecho—. No le desorientaba la sonrisa impaciente de la Madre Prefecta ni su condescendencia cortés, con tenacidad mantenía su duda hasta el fin.

—¿Lo de Adán y Eva hay que tenerlo como artículo de fe?

—¿Qué de Adán y Eva?

—Lo de la manzana. Lo de que comer una manzana fuera pecado.

—Es simbólico. No era tanto por la manzana, cuanto por la desobediencia, y la soberbia de querer ser como Dios.

—¿Pero se trataba de una manzana?

La Madre Prefecta la miró fijamente.

—¿Y la serpiente?

—¿Qué quiere usted saber de la serpiente?

—A mí me parece…

—Veamos qué le parece. —Se volvió sonriente, como queriendo que lo tomáramos a broma también…, siempre le parece algo…

—Pues no muy normal que en un paraíso, creado por Dios, estuviera la serpiente. Si estaba la serpiente no era ya el paraíso.

—¿Dónde ha leído usted eso?

—¿Cuál? No lo he leído. Digo que… Dicen que la serpiente era el demonio, ¿cómo podía el demonio, antes del pecado, meterse en el Paraíso? O si Dios quería al hombre y lo podía todo, ¿cómo dejó que entrara la serpiente, el demonio, cómo dejó que con ella entrara la tentación, la ocasión de pecar, cómo dejó…?

—¡Cállese!

Empezó a dar golpecitos en la mesa, imponiendo silencio. Pero Carola seguía embalada:

—… al que había creado a su imagen, que había hecho el mundo entero para su servicio, que corriera el riesgo.

—¡Salga de esta clase!

Carola, en medio de aquel silencio helador, fue a salir del banco, cuando la Madre Prefecta, que se había llevado la mano a la cara, volvió a alzar los ojos y rectificó, rápida:

—No. Quédese. No intervenga en clase. Luego hablaré con usted.

Empezó a explicarnos la obra del universo. Cómo Dios, puesto a rodear de maravillas al mundo, regaló al hombre con la capacidad más excelsa: el libre albedrío, la libertad de elegir entre el bien y el mal. Era la mayor dignidad que podía otorgar a los seres humanos. No ser perfectos porque sí, por disposición divina, sin intervención propia, sino darle esa cualidad suprema de poder determinar, de hacerse a sí mismo, de cooperar a su destino.

Había en clase mientras hablaba una gran atención. La atmósfera se calmaba.

—¿Lo han comprendido bien, verdad? Fue el hombre, libremente, el que eligió pecar.

Alguien dijo:

—Sí, Madre.

Entonces la Madre Prefecta sonrió hacia Carola.

—¿Ve —le dijo— cómo no hay que buscar tres pies al gato? Esa cabecita…

Carola sostuvo su mirada.

—No me irá a decir que no lo ha entendido todavía.

Hubo un silencio.

—¿No lo ha entendido?

—Lo de la libertad entre el bien y el mal, estupendamente. No es eso. Pero si luego, Dios que lo sabe todo desde la eternidad, sabía que tenía que mandar a su Hijo a redimir por aquel pecado, a morir en la Cruz justo por aquello…

—¡Qué simplista es usted! Sólo por eso, no. La Humanidad pecó tanto después del Paraíso. Se apartaron de Dios.

—Pero no había cielo cuando se morían entonces, después del Paraíso, ¿no es así? ¿No había presencia de Dios?

La Madre Prefecta se quedó callada. Después dijo, quitándole importancia:

—¿Qué más? —con una sonrisa hiriente.

—Que hubiera sido más fácil para Dios suprimir el árbol o suprimir la serpiente.

—Y entonces, ¿qué habría preguntado usted?

Carola se sonrojó. Era tan rubia que se le puso la cara entera rosada hasta el nacimiento del pelo. Blanca, a mi lado, respiraba de prisa, entrecortada, mordiéndose un poco el labio. La Madre Prefecta dijo:

—Siéntese

a Carola. Y:

—Usted

apuntó a Blanca Deva.

—¿Quiere buscar y leer en alta voz el Evangelio sobre quién es causa de escándalo?

La voz suave de Blanca, su corta respiración que la hacía detenerse de cuando en cuando:

—*Más le valiera…*

—No se vuelvan a mirarse unas a otras.

—*… colgarle una piedra al cuello y ser arrojado al mar.*

Había bajado tanto la voz que apenas la oíamos. La Madre Prefecta tenía la barbilla apoyada sobre los nudillos de sus dedos entrelazados, miraba fijamente a Blanca mientras leía. De las filas de atrás tiraron a Blanca bolitas de papel. Al sentarse, una voz susurró:

—Judas.

Blanca también lo oyó. Parpadeaba como si fuese a llorar.

Al salir a la puerta de clase, para formar la fila, vi que dos o tres se echaban atrás ostensiblemente al paso de Blanca. Dije:

—La mandó la Madre.

Carola no formaba con nosotras. Estaba apoyada contra la pared, esperando a que nos alejásemos.

—¿Tú hubieras obedecido? —me preguntó Carmen Valle.

¿Yo hubiera obedecido? No quería preguntármelo a mí misma, porque temía haber obedecido también.

OceanofPDF.com

L

¡Cómo pesaba el aire de aquel mes de mayo! Un aire fresco, nuevo, cargado de olores, con una lluvia persistente, gruesa y templada. Después del chaparrón, el colegio se llenaba del fuerte olor a tierra removida ácido y penetrante por el renuevo de los aligustres, de los brotes de los árboles, aquellos insólitos capullos de las viejas cortezas de las ramas, aquel tierno impetuoso viento —no había muros para el viento, ni clausuras, ni setos— que arrastraba hasta nuestro monte y nuestro campo de juegos, o infiltraba en los cerrados corredores el olor de otros árboles que en algún sitio eran, de otros campos, de otras libraciones tempranas. Un olor profundo, pungente y agrio, que ni sabíamos por qué rendija se colaba hasta nuestro estudio y dentro de nosotras. Incluso Blanca se detenía de escribir en el cuaderno, volvía despacio sus ojos ligeramente oblicuos, casi sin pestañas, del color de los granos de café tostado —nunca parecían del todo abiertos—, hacia las persianas rayadas del ventanal, para inclinarse de nuevo sobre el cuaderno, con esfuerzo. Elvira se pasaba el tiempo distraída, absorta, y sonreía sin motivo, y de repente echaba a correr por el campo de baloncesto, alborotando, lanzando con fuerza la pelota contra ti —no a la cesta—, riéndose y tirándote del blusón. La Madre Vergara la llamaba al orden porque en la loca carrera las trenzas se le desparramaban.

—Ese pelo.

Y tenía que recogerlas, jadeante, anillando con una gomita el final, con varias vueltas.

—¿Qué le pasa a ésta? Qué chica —murmuraba Begoña.

Begoña y Margarita Altube parecían aplastadas por la primavera, sin gana de nada, como si no pudieran con el propio cuerpo. Elvira cogió las florecillas blancas, tan menudas, del aligustre, y se las prendió sobre el blusón. Me miró con aquella sonrisa que le estallaba.

—¿No quieres unas?

Y ya echaba la mano al aligustre para arrancarlas.

—No corten nada. No se estropean.

La Madre Vergara miró las florecillas fragantes sobre el pecho de Elvira y dijo:

—Se las quita para bajar a clase.

Las pequeñas parecían un enjambre zumbón en torno a Elvira.

—*How do you say?* Elvira, ¡juega con nosotras!

—*How de you say?* Niñas, ¿qué os habéis creído…? Venga.

—*How do you say?*

El estribillo obligado de nuestras frases, durante el recreo. Era como una fórmula: bastaba empezar con «*How do you say?*», aunque luego terminaras la frase en castellano. De cuando en cuando nos decíamos unas a otras:

—*How do you say?*

—*How do you say?*

—*How do you say?*

Y nos ahogábamos de risa.

Elvira obraba por sorpresa, corriendo se agachaba, cogía al vuelo la fina cara de Geni entre las palmas de sus manos y la achuchaba:

—Huyyyyyyy —decía con los dientes apretados.

O daba a Ina un beso restallante. Y seguía corriendo, sin dar tiempo a la Madre a intervenir, empujándonos a unas y a otras.

—Venga, niñas, venga.

—Se juega con seriedad —decía la Madre Vergara cuando Elvira entre sus risas nos lanzaba un pelotazo—. Esos modos…

—Ay, qué chica. ¿Tiene azogue en el cuerpo o qué?

—Es lerda —decía Margarita Altube.

Y Elvira les hacía una mueca.

—Me encantan los niños —me dijo—. ¿A ti no?

Yo andaba remoloneando por el campo de baloncesto, cerca de Blanca y de Begoña, me tocaba jugar ese día en su equipo.

—A mí me cargan —dijo Margarita.

Elvira al pasar se acercó a mi cara y me dijo, con ojos maliciosos:

—Menudo marimacho.

Blanca se asustó y nos señaló con los ojos a la Madre Vergara.

—Ay qué niña, Jesús. Con ésta no se puede hablar.

Y se paró delante de ella y le preguntó, con aire de reto:

—¿Te gustan o no? *How do you say?* Los niños…

Decir «los niños» no sé por qué era turbador. Blanca bajó los ojos, apretando la pelota contra el pecho. Elvira se rió y la tiró de la melena.

—Se escandaliza por todo.

La Madre Vergara se acercaba y dijo, mirándola severa:

—¿Puede usted estarse quieta?

Elvira contestó con descaro:

—No.

—Quédese fuera hasta el final del recreo.

Y se estuvo de pie, junto a la Madre Vergara, con las manos en los bolsillos del blusón, hasta el final del recreo.

Caminábamos en filas con desgana, arrastrando los pies, y al subir al monte me fastidiaba hacer gimnasia y correr. ¡Ah, cuando saliera…! La felicidad del aire libre en el jardín de casa —otro aire, otros árboles; ¿cómo podía haberme dado pereza pensar en ir a casa?—, poder bajar por el camino del pozo, caminos solitarios, caminos tupidos, aquellos caminos que no podían verse, lejos de la terraza, con el sol escurriéndose entre las hojas transparentes de los árboles. Escaparme con *Diana* —correr con *Diana* era otro correr—, poder acariciarla, abrazarme a su papada colgante, sentir su calor en mi palma, andar por la huerta fragante de frutales, con las fresas escondidas entre las hojas, acodarme sobre el muro y mirar desde allí a la ciudad, a sus tejados escalonados, al misterio de sus chimeneas y sus ropas tendidas, las calles entreverándose, ramificándose, como los vasos sanguíneos en el cuerpo, y, al fondo, la lámina gris de la bahía, el barco carbonero, y a la izquierda Somo y sus arenales, Las Quebrantas. Sentí una punzante melancolía por todo aquello que había tenido sin apreciarlo, sin darme cuenta de hasta qué punto me hallaba en ello. «Sólo —pensé— que será en verano». Y verano no era estar únicamente con la abuela y tío Juan que no se metían en nada, a quienes no tenías que rendir cuentas de las horas… Tan difícil de explicar… Tía Concha no me creía nunca cuando me preguntaba: «¿Qué estabas haciendo?». Y yo contestaba: «Nada». Y entonces tenía que inventar algo, mentir para que me creyera. Decir: «He ido a buscar tal», o: «He hecho cual», aunque fuera cosa prohibida: toleraba

mejor la infracción que esa vaguedad —la única cierta— de decir: «Nada». Como si «nada» ocultase algo siempre, como si «nada» fuese totalmente imposible. Clota no sabía estar inactiva, se aburría én seguida si no se ocupaba, a lo mejor por eso su madre no podía comprenderme.

Pero Odón, sí, podía no hacer nada horas y horas y le sacaba de quicio que le preguntasen: «¿Qué haces?».

—¿Es que no puede uno ni estar quieto?

Decía mucho: «¡Que me dejen en paz!», y yo sabía lo que deseaba: aquella casi inconsciencia, aquel embotamiento, aquel terminar pensando en todo de una manera vaga, medio dormida, medio despierta, aquella melancolía y aquella ansiedad, la sensación de espera y la poquísima esperanza…

Durante aquellos dos meses de primavera en el colegio, larguísimos, pesantes, pensar en el paisaje aquel fue como un resplandor en la memoria. Fingía estudiar con la cabeza inclinada hacia el libro. Me llamaban la atención porque no pasaba las páginas; nada escapaba a los ojos acerados de la Madre Monleón. Me gustaba ir a la tribuna de la iglesia grande. La Madre Azpiazu quedaba detrás de nosotras, no nos veía la cara; sola cada una junto a su ventanita entornada, con la blancura impar del Santísimo y el brillo de los rayos de la Custodia, cuajada de pedrería. Me entraba un sopor gustoso, entorpecido el pensamiento, estaba bien allí. Miraba tan fijamente al Viril que poco a poco todo dejaba de existir en torno, aquella Blancura parecía inmensa y yo en ella inmersa, una sensación de ingravidez, de ausentarme de mí misma, y sólo me daba cuenta de que me dolían las rodillas al levantarme.

—¿No se apunta usted a la Hora Santa? —me preguntó la Madre Prefecta.

Bajé los ojos y ella tomó por rebeldía lo que era sueño. Porque sentía sueño, ganas de dormir durante el día, en las largas horas del estudio; e incluso en la clase donde la luz llegaba de la derecha, más intensa, me sentía desasosegada y con sueño. Durante la misa continuaba mal despierta, me desentumecía para levantarme a comulgar. A veces me sobresaltaba la campanilla, pensaba: «No puedo ir así. No me he preparado». Y me quedaba en el banco con enorme vergüenza porque la Madre Prefecta se

fijaba en las que no nos acercábamos a comulgar. Sentía sus ojillos penetrantes, inquisidores. A veces, me acercaba a comulgar sabiendo que no debía ir. Decía precipitadamente: «Perdóname. Perdóname» cuando veía ante mí la Sagrada Forma. Y después, durante un rato, sentía miedo a que me sucediera algo, a que la Forma hablase. ¿No habían dicho que una vez salió la Voz de allí, que otras veces había sangrado? Cuando acercaban la Sagrada Forma no quería mirar por horror a que empezase a brotar sangre.

No me tiraba ya de la cama al oír la campanilla y el *Ángelus*. Me daba media vuelta, escondía la cabeza en la almohada. «Un poco más». Calculaba el tiempo exacto de vestirme y pasarme apenas agua por la cara. La Madre Vergara dio, algunas mañanas, con los nudillos en la puerta:

—Levántese.

—Sí, Madre.

Era inútil, inútil. (Oía:

—*Mother, number fifthy*.

—*Mother, number seven*).

Miraba con desolación mi rostro en el espejo, paseaba la esponja por las mejillas, por el cuello.

—¿Por qué no juegan ustedes? —nos preguntaban en el recreo—. Salten. Corran.

Allí, con la Madre Vergara dando vueltas en torno al campo, sintiendo mi cuerpo torpe y desgarbado. «Corra, salte…». Los saltos me sacudían las nuevas formas del pecho, me parecía que todas tenían que notarlo, sentía una inmensa vergüenza por mi cuerpo que empezaba a dejar de ser mi conocida e ignorada piel, que se transformaba lenta y seguramente, día a día; extraño a mi vida anterior.

—Anden derechas. ¡Derechas! —nos decían en filas.

Me inclinaba hacia delante, deseosa de ocultar aquel abultamiento.

—Derechas…

Y al obedecer, casi de una manera maquinal, sentía el roce de la carne contra la tela.

Oía, entre sueños, levantarse a las doce menos cuarto de la noche a Margarita Altube, a Begoña Mundaca, a Blanca Deva.

—Usted también debía ir a la Hora Santa. ¿Qué le cuesta sacudirse el sueño? Mortifíquese un poco, le hará bien.

Era más fuerte que yo, no podía.

—No se deje usted dominar por la pereza, es una forma de sensualidad.

Me proponía levantarme. La Madre Prefecta llamó a mi puerta alguna noche, fingí la respiración profunda del sueño, no contesté. Oí salir cuchicheando a mis compañeras, y en el instante mismo el pesar por no ir me desveló por completo. Pero en cuanto se alejaron y volvió el silencio, di media vuelta en la cama con un ancho bienestar, una inenarrable sensación de bienestar por poder quedarme tranquila y entregarme al sueño de una manera consciente.

Mi confesión empezó a ser hosca, defensiva. El Padre Santal me preguntó:

—¿Comulga todos los días?

¿Habría hablado con la Madre Prefecta?

—No, Padre.

—¿Por qué? Recibir a Dios ayuda a mantenerse limpio.

—No estaba preparada.

—¿Por qué?

—Tenía sueño.

Un breve silencio.

—¿Ningún pensamiento le perturba?

Me removí en el reclinatorio.

—No, Padre.

Salía con la impresión de que no me había confesado bien. ¿Cómo podría explicarle a un Padre aquellas confusas, lentas y turbadoras sensaciones del sueño, aquella inquietud, aquella inconformidad con todo? ¿Cómo sabría decirle que las monjas me parecían tontas o exasperantes, que no se daban cuenta de nada, que no nos comprendían y pretendían comprendernos? ¿Cómo le diría que no perdonaba la purga de Isabel Gauna, y no por Isabel Gauna —debía confesármelo al menos a mí misma— que había pasado a ser en mi memoria su propia muerte y la primera impresión terrible de lucidez y hielo, de pensar en el fin como en algo posible que por sucederle a una compañera podía sucederme a mí, a

mí… (y eso me había dado una avidez, un ansia y un horror sin medida)? No perdonaba todo aquello portentoso de que se rodeó su muerte, el relato edificante de la Madre Prefecta en vigilia cambiándole las bolsas de hielo y que nos hubiera ocultado su responsabilidad… No perdonaba que se nos dijeran las cosas a medias, que se nos presentase siempre una cara, la misma, ordenada, tranquila, correcta, cuando ya presentía el otro perfil; que se abusase de mi credulidad. Pero ahora esperaba: oía y esperaba para saber la verdad.

Era entonces el Padre Santal quien deseaba prolongar la confesión, quien indagaba en mí, tanteaba en aquello que percibía de mí, separados por el grueso muro de cal blanca, hablándonos a través de la tupida cortinilla negra de una manera incorporal, casi como si hablase al cielo y el cielo respondiera. Pero respondía con cautela, mediatizado, y yo me daba cuenta. Me parecía que aquel Padre y una chica… ¿Qué sabría de las chicas él? Le había visto dirigiéndose a la sacristía, por el pasillito entre los bancos del oratorio, alto, anguloso, recogido. (Cuando pasaba, Margarita se ponía tan colorada). Y yo, que antes procuraba retenerle, preguntarle algo que alargase el diálogo, no pensaba ya en las demás, sino en mí misma, sólo en mí misma, y cortaba rápida sus preguntas, me impacientaba, me defendía sin saber de qué, le rechazaba. (¿Cómo iba yo a decirle que encontraba injusto todo y a todos, menos a las chicas de mi edad? ¿Y decirle, sin riesgo de que me negara el perdón, que me había atrevido a pensar en la injusticia de Dios?).

OceanofPDF.com

LI

Aprobé el curso, pero no tuve ningún premio. Blanca Deva hizo acopio de los más, Carola lo obtuvo de gimnasia, de violín y de modelado; Elvira, de piano y de inglés; Paz Echandonea, de costura… El premio de religión se lo llevó una medio.

Estaba contenta de no tener que levantarme y bajar al estrado de las Madres, pero violenta de ser Ja única no llamada, de quedarme en mi silla. No miraba a las Madres: me entretuve en mirar, detrás de ellas, a la gente en penumbra sacando la cabeza murmurando cada vez que se oía el nombre de alguna niña. Aguantar. Unos momentos más y todo habría terminado, estaría en el autobús, nadie sabría nada. En casa contaba el aprobado, no repetir curso.

Blanca recitó el poema con su voz deslizante, ligeramente ansiosa —atravesada por la banda amarilla, acribillada a lacitos de aprovechamiento—. Cantamos, como siempre. La mano de Elvira, entre los pliegues de nuestras faldas blancas, rozó la mía intencionadamente. Estábamos cantando *Adiós, adiós, adiós*.

Cuando iba hacia la escalera, la Madre Azpiazu se acercó y me dijo a media voz:

—Tiene usted que hacer un esfuerzo. —Me miraba—. ¿Para el año que viene un esfuerzo, para subir de nota?

Pensé con rabia: «El año que viene, otra vez…». Contesté:

—No doy más de mí

como desafiándola.

Me encontré con Carola en las camaretas. No aludió a los premios. Dijo:

—Que te diviertas.

Yo me marchaba y ella entraba. A un tiempo dijimos:

—Adiós.

—Adiós.

Y nos echamos a reír.

—Anden, no se entretengan —intervino la Hermana Aralar—. No hagan esperar al coche.

Llegaba Elvira con sus libros en la mano.

—¡Qué faena! ¿Te dirán algo en tu casa?

Dije:

—Quiá —sacudí los hombros—. Qué les importa…

—Vamos, vamos, no anden ahora con despedidas.

—Te escribiré. Contéstame.

—Adiós. —Agité la boina.

¿Cómo haría para eludir a la Madre Prefecta? Estaba en el corredor, frente a la sala de visitas, no se le escapaba una. El coche del colegio, esperando… La Madre Vergara me hizo señas para que anduviera de prisa. La puertecita entreabierta de la capilla, al pasar. La Madre Prefecta, con Begoña y sus padres. Metí la cabeza en el oratorio, y me santigüé. Dije: «Adiós, Madre», desde mi propio corazón, mirando hacia la Imagen con su aureola de luz.

—Aprisa. Están esperando por usted.

Pasé delante de la Madre Prefecta, inclinando un poco la cabeza.

—Adiós, Madre.

—Un momento —dijo a la madre de Begoña. Y se adelantó hacia mí.

—¿Se marcha usted así?

La miré.

—¿No entra usted en la capilla?

—Ya he entrado.

La Madre Prefecta dijo, sonriente:

—¿Cuándo?

Entró conmigo. Se arrodilló, por vez primera, en el mismo banco que yo, a mi lado. Estaba deseando escapar. Oíamos la bocina, repetidas veces, del autobús. Se volvió levemente a mí:

—Vamos.

Me ofreció el agua bendita.

—Corra, la están esperando.

Me fastidió pensar que me estaba viendo correr hacia la puerta.

El autobús viró pesadamente en aquella curva tan próxima que ocultaba el colegio; me gustaba el traqueteo en la mañana gris, sin lluvia. Unos raqueros nos hicieron muecas al pasar. Se reían, gritaron algo que no comprendimos. Doña Asunción, sentada en el asiento corrido del final, dijo:

—No les hagan caso.

La alameda segunda, la alameda primera, aquella pendiente, cerca de las Reparadoras; subíamos por la Vía Cordelia al Alta, pasábamos ante la plazuela de la Media Luna, y en seguida la tapia del jardín. En el momento de frenar el coche, deseaba seguir en el colegio…

Me abrieron desde la cocina, tirando del agarrador, y vi la cabeza de Tomasa en la ventana inclinándose hacia el jardín, mirando a ver quién era. Levanté mi mano con la cartera de los libros. Me pareció escuchar su risa.

—Hola, chiquilla. Qué pronto os han soltado.

Me esperaba en la puerta de vaivén, riéndose, como siempre.

—Hola.

Ya no nos besábamos, ya no cruzaba la cocina. Entré por el *office* hacia el vestíbulo.

—Ay, cómo vamos creciendo…

Volví a decir;

—Hola

a Obdulia, que avanzaba por el pasillo, de uniforme.

La abuela estaba leyendo, con las gafas puestas. Siempre al reencontrarla me parecía distinta, algo en ella no concordaba con mi recuerdo. Se cubría con una echarpe de glasé negro que hacía aguas. Se quitó las gafas y las dejó sobre el libro abierto. ¡Qué flacas sus piernas en las medias de seda negra!

—¿Qué? ¿Qué tal las notas?

—Pasé —dije.

—¿Y las Madres?

—Bien, abuela. Que te diera recuerdos.

Las gafas le dejaban durante un rato señal en las ojeras y junto al lagrimal; sin ellas le quedaban los ojos forzados, cambiados.

Dije:

—Voy al cuarto.

Al empujar la puerta me encontré infinitamente a gusto: mi cuarto, algo mío, profundamente mío, mi cama estrecha, mi cómoda, mi lavabo, y la puerta-ventana que daba al mirador de la abuela. Una cama sobre la que me podía tumbar, una puerta que podía cerrar, un mundo propio, íntimo, una entraña cálida. Abrí la puerta-ventana, vi a través del ventanal los altos árboles ante la tapia; había dos estanterías con libros y aquella mesa de despacho, misteriosa. Una mesa que nadie usaba. Iba a ser feliz allí, entre aquellas paredes. Al menos en mi cuarto iba a ser feliz. Con tal que me dejaran sola.

OceanofPDF.com

LII

Y estuve sola durante quince días con la abuela. Comía a su lado en el comedor grande, solas las dos, excepto los domingos, que después de misa se quedaba don Luciano a almorzar, y a la hora de cenar, cuando, algunas veces, acudía tío Juan. Ya no me apuraba al verle entrar o si se dirigía a mí: me forzaba para permanecer indiferente y lo lograba. Pero después, cuando se iba o al despedirnos, me llevaba a mi cuarto sus palabras, sus gestos, los desmenuzaba; volvían a mi memoria los comentarios de Tomasa, las insinuaciones de Francisca, la debilidad de su madre, el ataque de Margarita Altube. No quería ser engañada más, y no por él. Mentía. Le sorprendí en varias mentiras evidentes, y me destrozó, o se destrozó a sí mismo, o le destrocé. «Hay que vivir de una manera austera. El pueblo está harto de engaños, vale más una verdad dura, pero constructiva, que un eterno embaucamiento». (¿Y yo? ¿Y yo?). «Hay que partir de la verdad». (¿Y tú?).

Hubiera querido defenderle de mí misma, pero para ello hubiera tenido que empezar por mentirme a mí misma. Entre vacilaciones, retrocesos, y apasionadas defensas llegué a la conclusión de que mentía, de que nos engañaba de una manera sutil y dificilísima: con la verdad a medias. ¿Nadie más que yo lo veía? Sabía que no sólo las casas tienen fachada, y que la vida transcurre detrás de la fachada, en el interior; quería sacar a la luz ese interior: saber. No había voluntad de destrucción en mi severo y apasionado análisis —quizá me desgarraba y me encarnizaba en sus fallos porque le admiraba tanto—, pero braceaba en mi entorno dispuesta a hallar mi sitio y a colocar a cada uno en el exacto suyo. (Las palabras hirientes de Francisca: «Te quiere para cambiar los discos, es más cómodo»; la ironía de: «Le importas tú mucho al señorito; ni se entera que estás»; la preocupación de su madre: «¿Te vas ahora? ¿Con esta noche?»). ¿Egoísta? (¡Ah! Pero también su voz defendiéndome desde pequeña, su voz varonil, tan caliente: «¿Qué hace esta niña aquí a estas horas? Se está durmiendo…». «Adiós, pájaro»; su interés por mí, cuando escuchábamos música). «Ése no vuelve

ya hasta mañana. Cuando se va a estas horas, ya se sabe, pasa la noche fuera». ¿Dónde estaba «hasta mañana»? Me respondí a mí misma fulminantemente: «Con una mujer». (La risa de Tomasa: «De juerga, el señorito. Eso es vida». Pero «juerga» me parecía que se le despegaba…). Con una mujer mientras su madre no conciliaba el sueño, y yo, tensa, esperaba el rumor de sus pasos y el resplandor de la luz pasando por debajo de la puerta. Pensaba encarnizadamente: «Con una mujer» de una manera confusa, sin concreción alguna; algo caliente y espeso me enturbiaba al pensarlo. Me reía, desesperada: «Siempre conque austeridad, vivir de acuerdo con sus ideales, y mira… ¿Por qué mientes?». Sacudía mi almohada. «¿Por qué mientes?».

Daba vueltas en la cama, pero no había raya de luz filtrándose por debajo de la puerta, y su tibia compañía. Me daba rabia haberle abrazado de niña con aquel ansia, haberme echado a sus brazos —el nudo caliente de sus brazos en torno a mis hombros, su mirada sonriente, brillante, confortadora—, haber mantenido pura su imagen, al margen de los demás. No. También él. Me obstinaba en derrocarle; también él. No me importaba nada que fuera intelectual, ni la soma y el desprecio con que Margarita Altube lo dijera igual que si se tratase de algo infamante; sabía también que ése era el motivo de la condescendencia de tía Concha, un cierto tonillo como si le supusieran irresponsabilidad, pero había algo en aquello que llamaban ser «intelectual» que le hacía más joven, más vibrante, más cercano a nosotras, y el que fuera discutido lo acercaba aún más. En cambio, me importaba el que fuese cobarde: ser cobarde era buscar fórmulas intermedias conciliatorias, escurrirse: yo no estaba dispuesta a admitir conciliaciones ni mediaciones. Las cosas, para mí entonces, eran o no eran. No conocía matices, sino grandes contornos.

Después llegaba él, sin previo aviso. Estábamos en el comedor, y se oía cerrarse la puerta de entrada, y los pasos, y la abuela se revolvía apenas en su asiento. Ya no me decía: «Ponte de pie», porque yo seguía poniéndome de pie cuando entraba, de • una manera maquinal. Hacía su distraída y cordial carantoña con la mano.

—Hola.

Y ocupaba su puesto frente a la abuela. Detrás de él, el reloj, con su nítido cuadrante y las horas en negros números romanos. Empecé a darme cuenta de cuándo había bebido antes.

—Acaba de desayunar y ya está pidiendo *whisky* —refunfuñaba Francisca.

Lo había oído y las palabras no habían significado nada; entonces comprendí que su exaltación o su euforia no provenían de él mismo. No se embriagaba, pero le delataba el brillo y la fijeza de los ojos, su volubilidad, los amplios gestos, las largas peroratas que caían en silencios como pozos, o sus frases quebradas, soñadoras. Entonces quería hacerme intervenir, súbitamente interesado por conocer mi pensamiento. Y me embalaba. Sí: me embalaba, tiraba de mí, me interesaba, podía en una fracción de segundo anular mi rechazo y darme aquella ansiedad por seguir lo que pensaba él —aquel brillante y hondo juego— y hacerle comprender que le entendía. Y entendía. Lo que decía en alta voz entonces, con aquel extraño fulgor en los ojos, mojándose los labios, era exactamente como si me hubiese abierto por dentro y me leyera. ¡Si pensaba aquello, exactamente aquello! ¿Cómo lo sabía? Pendiente de él, no bajaba los ojos, contestaba de cuando en cuando procurando decir algo importante, algo que le retuviera. Tardaba tanto en decidirme que habitualmente todo se reducía a su largo monólogo que iba decayendo, decayendo, apagándose, apagándose, hasta quedar en silencio.

Aprendí que cuando se ponía así después pasaba la noche fuera.

—¿Te marchas ahora? —preguntaba su madre.

Me quedaba chasqueada, como si me hubiesen burlado.

Comprendí por qué Tomasa decía:

—Hoy venía alegre, el señorito… —Guiñando los ojos.

Y a solas sentía vergüenza por aquella alegría que no le nacía de dentro, que no le subía del corazón a la boca, y al propio tiempo deseaba verle así porque vibrábamos todos con su euforia, porque era infinitamente más verdadero cuando dejaba de ser comedido.

Francisca empezó a hablar delante de mí sin reservas, o antes hablaba igual y yo no lo comprendía.

—Bueno está ése. —Se reía, mirándose al espejo morosamente, como tenía por costumbre—. Ahora con la querida…

Se volvió a mirarme fijamente:

—¿Lo sabes? Tiene una querida.

No hice ni un gesto.

—En cuanto viene con dos copas ya se sabe dónde acaba. Y luego se viene a la mañana a que yo le lave las babas de ella.

—¿Me puedes dejar dormir?

Se me quedó mirando.

—¿No se te puede tocar al tío, otra?

Me dijo:

—¿Lo sabías? ¿Quién te lo contó?

—¡Qué pesada eres!

Se apartó de mi cama.

—Estás muy cambiada tú, muy cambiada —hablaba con sospecha—. No sé lo que te han dado.

Me quedaba en mi cuarto, con mi llanto sin lágrimas. Y sin contemplaciones. Porque me estaba endureciendo a conciencia, quería barrer cuanto me retenía para liberarme de los demás. Nada de mentiras, nada de atenuantes ni de simulaciones, ¡fuera! El tío Juan es así: peca… Para mí, aquello, la noche fuera, la querida —como decía Francisca— (y no podía negarme que las palabras «su querida» me turbaban y me parecían extrañamente hermosas) se reducía a eso: peca. (Sí —decía algo dentro de mí, algo débil y esperanzado—. Pero es como tú, piensa lo que a ti te gustaría pensar y te gustaría que fuese, no es estrecho de miras, le atraen las cosas que tienen grandeza, es puro. Me detenía: ¿es puro y peca? ¿Cómo es posible? ¿Cómo se concilia? No encontraba solución). Cierto: él respetaba a los demás, hasta a los niños, hasta al servicio, daba importancia a todos, era liberal. Ser liberal, para mí, era gustarle la libertad, defenderla. Y la libertad, al menos la palabra, era el viento que insuflaba mis pulmones de chica.

Todo aquello, intrincado, complejo y brusco, configuraba a un hombre que por una parte me atraía con fuerza, y por otra con fuerza despreciaba, porque tío Juan pensaba bien y no obraba de acuerdo, y se destruía y le destruía, arrastrándome en su destrucción.

Durante el día iba a la huerta si no andaba Venancio por allí; no tenía gana de tropezar con él y que me preguntara: «¿No vas a ver a Pura?» con sus ojillos penetrantes. No quería ver a Pura, volver a las mismas conversaciones —la había adivinado tras los cristales de su cocina— a aquel aire falsamente tranquilo de su casa que podía convertirse en un aire explosivo con la sola presencia enjuta y requemada de Millán.

—Ése está siempre descontento —decía Tomasa mientras meneaba la cacerola sobre el fuego.

Y me aclaró:

—Los hombres nunca se contentan con nada. Y ése está tan consentido… Que la madre le ha tenido muy consentido y ahora pago yo el pato.

Se rió, mirándome.

—No te cases, chiquilla. Así estás tan bien.

Dije, furiosa:

—Qué tontería.

Se reía, con aquel sacudimiento de sus carnes.

—¿Para qué te crees que están los hombres, jolín? Para las mujeres.

Le dejé con la palabra en la boca y oía su risa mientras me alejaba.

Esperé al atardecer para acercarme a *Diana*, así no me verían desde la casa de Venancio. La perra me brincó encima creyendo que iba a soltarla. «Pero estáte quieta, mujer». Me daba miedo hacerlo y que se me escapase a la huerta ya anochecido.

El animal se sentaba sobre las patas traseras, mirándome, y yo no me atrevía a darle su libertad.

—¿No vas a misa? —me preguntó Patrocinio. Volvía de los salesianos con su mantilla arrebujada, andando a pasos muy cortitos.

—Se le pegan las sábanas a la colegiala, ¿eso te enseñan las monjas? Ya verás si se entera la abuela —comentó Francisca.

Los primeros días entraba a despertarme. Me sacudía por un hombro y yo daba media vuelta y seguía durmiendo, aunque el sueño a partir de entonces era a medias vigilia, una tierra de nadie en que flotaba deliciosamente.

—¡Zángana! —me sacudía Francisca—. A levantarte. Que ya han dado el segundo toque.

Oía la campana, metálica, rápida. (A veces el viento sur acercaba el hondo zumbido de la campana de la Catedral). Dudaba sólo un segundo, después me abandonaba a aquel estado de semisopor en que las cosas no tenían realidad ni las personas eran contradictorias.

—¿No vas a misa a los salesianos? —me preguntó una noche tío Juan al levantarnos de la mesa.

«¿Y a ti qué te importa? Es el colmo», pensé rápida, sintiendo que me ardían las mejillas. «A ti…». Me había mirado, honda y brevemente, como si le violentara preguntármelo. «Te lo ha dicho Francisca. No. Francisca no. A lo mejor sí…». Tenía gracia, encima preocupándose de la misa. ¿Y él? Yo no tenía por qué hacer lo que no hacían los demás. Yo no era Patrocinio. ¿Es que iba él a misa diaria? No le valdría la misa porque estaba en pecado. ¿Podría recibir la gracia estando en pecado?

—¿Qué? ¿No va a misa? —preguntó la abuela con estupor.

Tío Juan encendía un cigarro con calma.

—¿Te duele algo? ¿Estás mala?

—Tiene gana de dormir —dijo tío Juan como en broma—. Como se levanta todo el año tan temprano…

No le agradecí su defensa. Sentí que era decir una mentira sin mentir, me involucraba. ¿Pero acaso no era por sueño, por sopor? ¿O era falta de voluntad? (Odón gritando en la escalera desaforadamente: «¡Mentira todo! ¡Mentira! ¡Mentirosos!». Odón había llegado al conocimiento antes que yo. Le había parecido yo tonta, y era esto. Tío Juan había dicho entonces: «Los chicos son más difíciles que las chicas». Te equivocabas, tío Juan, también las chicas…). Hubiera dado cuanto poseía —¿qué poseía? Y, sin embargo, sentía que era mucho— hasta el tener la razón, por volver a creer en él como antes.

OceanofPDF.com

LIII

Me parecía que mientras no llegaran los primos no estaba allí el verano. Y era un verano tímido, tanteante, que avanzaba poco a poco, creciendo hacia agosto, con algo irremediablemente indeciso en el aire, no era aquella luz deslumbrante que me parecía recordar de otros años sobre la arena, ni aquel calor que quemaba y picaba sobre la espalda y la piel de mis brazos olía y sabía a socarrada. Era un verano lentísimo, gradual, e iba por él con ansia e impaciencia y aquella irrazonada inquietud, como si quisiera empujar al tiempo con las manos, ver qué había tras él, lanzarme, fundirme en él —abrazo o muerte.

No estaba conforme con lo que hacían o decían los demás, pero tampoco con lo que hacía o pensaba yo misma; varias veces me sorprendí cumpliendo una orden opuesta a mi manera de pensar, y el «también yo» me abrumaba, me deshacía.

A ratos, cuando la abuela alzaba la vista de su labor y me miraba con sus ojos sin nubes, de una limpieza y una ausencia totales, yo bajaba los míos porque había estado pensando aquellas cosas sobre tío Juan, y era su hijo, o porque me parecía mal lo que en la casa sucedía, y era su casa. No diré que me sintiera culpable por criticar a tía Concha, porque ni siquiera la discutí: tía Concha, a bandazos de sus intemperancias o de sus extraños malestares, no me parecía importante, y notábamos agudamente que tampoco se lo parecía a los demás, sobre todo a su marido o a su hermano; creí notar que hasta la abuela la trataba con paciencia: y nosotras mismas nos alzábamos de hombros cuando hablábamos de ella.

—De parte de mamá —decía Clota—, que subamos a la terraza.

Y se tumbaba boca arriba sobre el banco de la avenida de los plátanos, como si repetir la orden fuese un formulismo en el que ninguna de las dos creíamos. Sin ponernos de acuerdo inventábamos más o menos lo mismo para justificar nuestro retraso. Entramos en el mundo de la mentira casi sin darnos cuenta, y ni siquiera me detuve a pensar en que yo también estaba

mintiendo, sino que hábilmente, negándome a admitirlo, lo llamaba disimular. La tratábamos como a una niña, como si hubiese que andar con rodeos y consideraciones, porque no comprendía, no valía la pena de desencadenar una de sus escenas o de sus enfados: era mejor tranquilizarla y hacer lo que deseábamos, que ya no fue no hacer nada, sino hacer lo prohibido.

Me encontré, y me causó una sensación exaltante, bajando sola con Clota la cuesta de la Atalaya, aunque bifurcábamos por la calle de Quevedo, evitando la gente. Habíamos tenido buen cuidado de aprovechar la hora en que se hallaban en la terraza y no podían vigilar el portón; pero me deprimió el que Clota tuviese que contar con Tomasa para escapar. Escapar fue nuestra diversión continua —y la diversión era, realizada, mucho menor que la imaginada—, y escapábamos a no hacer nada, pero a transgredir la orden de no salir solas. Encontré al principio el paseo del Alta más ancho, más hondo, interminable, y estremecedor. Pronto nos habituamos a la escapada y ya el paseo decreció, perdió riesgo y misterio, aunque seguía siendo distinto que cuando lo andábamos con los mayores, e incluso nos resultaba intolerable pensar en salir acompañadas. ¿Qué pasaba en un camino? Nada. ¿Qué sucedía porque dos chicas bajaran solas la Atalaya o la calle del Monte? Las primeras veces, una difusa ansiedad pensando que iban a fijarse en nosotras, cada persona que cruzábamos era un peligro concreto, pero pronto nos dimos cuenta de que aquellas dos muchachas nerviosas, riéndose por todo y precavidas, no atraían la atención de nadie; nos percatamos de algo que comenzó a descostrarnos de aquel caparazón defensivo de nuestra casa: no éramos las únicas, no significábamos nada especial, había muchísimas chicas, muchísimos mayores, cada uno iba a lo suyo y tú formabas parte de ellos.

Tomasa estaba contenta de ayudarnos, de encubrirnos. Nos esperaba en la puerta de vaivén, tras habernos abierto el portón desde la cocina, indicándonos con la cabeza el *office*, con cara de secreto.

—¿Dónde andaban éstas? Anda buscándoos la señorita Concha —decía Francisca.

Clota la respondía:

—¡Soplona!

Y ella:

—¿Dónde os habíais metido?

Ni le contestábamos. Oíamos a Tomasa:

—Andan dando vueltas por ahí.

Era la verdad, y descubrimos que la verdad podía encubrir incluso mejor que la mentira.

—Llevo llamándoos toda la tarde, Obdulia bajó a buscaros al jardín y no os encontró. Ven acá, Clota, ¿dónde estabais?

La cogía por un brazo. Clota, sonriente, se dejaba coger y miraba a su madre con inocencia.

—Que dónde estabais… Dime la verdad.

—A lo mejor fue a la huerta cuando estábamos en el gallinero.

—Os llamó.

Se echaba a reír.

—No vamos a estar presas en un sitio, mamá. Dábamos vueltas. Obdulia es tonta.

Tía Concha la soltaba.

Hablábamos cuando estábamos en el jardín o en nuestros cuartos, pero en la calle, salvo nuestras súbitas risas, íbamos en silencio. Mirábamos escaparates sin verlos, al menos yo apenas me fijaba, sucedían quizás en torno nuestro cosas que ni siquiera me retenían: pero iba sola, al fin, en aquel mundo de los demás y sin que lo supiesen. Me exasperaba la pregunta:

—¿Qué habéis hecho? ¿Qué vais a hacer? ¿De qué hablabais? ¿En qué pensabas? —Si me quedaba distraída en presencia de ellos. Me parecía matar mi libertad el tener que rendir cuenta de ella.

Clota había llegado a conclusiones aproximadas a las mías, pero a mi entender con menos rodeos y demasiado elementales. Decía:

—Tío Juan es un cara

y me parecía demasiado tajante y simple para explicar a tío Juan. O:

—Mamá está tan pesada.

Llegó a decirme:

—Se queja de que la abuela no le hace caso, de que tú no la haces caso, de que nadie le hace caso, qué lata.

Sacudía los hombros.

Cuando nos llamaban a la terraza, si tía Concha se metía conmigo, intervenía:

—Pero mamá, déjala.

—¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer? ¿Habráse visto? ¿Quiénes sois vosotras para opinar? Contéstame.

Clota apretaba los labios.

—Déjala —le dije cuando estuvimos solas—. Que diga lo que quiera. Si no, es peor.

A veces me llamaba a su cuarto. Me llamaba sólo para acosarme a preguntas, con la habitación en penumbra y aquel olor denso, apelmazado. Se levantaba tarde.

—Yo, que casi no descanso por las noches —decía.

Entonces me producía lástima y remordimiento. Estaba en su cama revuelta, con sus camisones de seda color crema, con el pelo suelto se le veían más las canas, abatidos los párpados.

—Y estoy dispuesta a enterarme de lo que hablas con tu prima, ¿me oyes? ¿De qué habláis cuando estáis solas?

Algo turbio se colaba en aquel cuarto en sombras, mientras, fuera, la luz del sol lo clareaba todo.

—Ven aquí, acércate.

Me acercaba a su cama, a la altura de su almohada. Con su mano ardiente y sudada agarraba mi brazo.

—¿Qué andas contándole a tu prima? Cambia en cuanto está contigo. Te tendrás que confesar. Porque mi hija, gracias a Dios, no tiene ninguna malicia, lo que tú le digas; ella, gracias a Dios, es tan inocente como cuando tenía siete años.

(Un día tuve ganas de gritarle:

—¿Qué hicimos ayer? Pues fuimos a la calle, ¿comprendes? ¡Nos fuimos a la calle! Lejos de ti, lejos de la casa, lejos de todos. ¡Eso hicimos!).

—Haces el favor de contestarme y no quedarte ahí como un pasmaron.

Se trataba de dejarla desfogarse: me había costado toda una infancia aprenderlo, pero lo sabía al fin. Y también que yo era la más fuerte. Y que

luego, cuando ya levantada, ya peinada, me encontraba en la terraza o en el pasillo, si desviaba los ojos no era que no quisiera ni mirarme, como creía antes, sino que no quería, al mirarme, verse a sí misma.

Clota no hablaba de su padre, y respeté su silencio. A cambio, ella tampoco decía nada de la abuela y dejó de decirlo de tío Juan, aunque a veces sorprendí su risita o su mirada.

Cuando llegó tío Andrés, la tía Concha no volvió a llamarme a su cuarto, ni se ocupó de mí. Estuvo impacientísima desde unos días antes, repetía:

—Niña, llegan tu padre y tu hermano.

Y llenaba de besos a Clota, que se dejaba hacer, cerrando los ojos con paciencia.

Me pareció que también la abuela la escuchaba con paciencia.

—Mañana llegan…

Me preguntó:

—Vino tu padre a verte este invierno, ¿no vino?

Miré a la abuela: nuestros ojos se encontraron.

—¿No vino? Me habían dicho que…

Pensé: «Francisca». Contesté, inclinándome sobre la barandilla de la terraza:

—Sí.

—¿Y qué tal?

Me volví:

—¿Qué tal qué?

—¿Qué es eso? ¿Qué manera de contestar es ésa?

Balanceaba yo un pie, apoyada contra la baranda, mirándola.

—No me mires así, baja esos ojos.

Me volví de nuevo hacia el jardín.

—No me des la espalda, ¿qué es eso?

—Bueno, acaba de una vez —dije.

—¡Tadea! —la voz de reproche de la abuela.

—Si no tiene corazón… Me intereso por la venida de su padre, y ya ves. No tiene corazón, lo he dicho mil veces. No le importa nadie, ni su padre ni nadie. Sólo ella.

Me marché dando un portazo. Sentí el temblor de los cristales.

—Que vuelvas. Dice mamá que vuelvas.

Era inútil, había que volver y escuchar sus gritos ascender en la mañana, romperse y declinar.

—Ahora puedes irte a tu cuarto.

Precisamente a mi cuarto… Me eché sobre la cama. Clota vino a verme y se sentó en el borde.

—También tú. Diste un portazo a mi madre, chica. Poco más y le saltas los cristales.

No le contesté, no quería gritarle todo lo que pensaba de su madre en aquel momento.

—Si no dices nada, se le pasa.

Yo estaba con los brazos detrás de la cabeza, cruzadas las manos bajo la nuca, mirando al techo.

—Que si no, nos va a dar el verano, tú…

Me volví a mirarla. Dije, fríamente:

—A tu madre no la aguanta ni tu padre, lo sabes de sobra.

Se puso de pie al instante, enrojeció y se trabucó al protestar:

—No te metas con mi madre, ¿oyes?

—¿Quién se mete? Digo la verdad, lo sabes de sobra.

—No es verdad —casi lloraba.

Me alcé de hombros. Volví a mirar al techo, dije:

—Ahora con lagrimitas…

Y se las tragó. Pasó la saliva con dificultad dos o tres veces, ladeando la cabeza. Apretó los labios y se fue.

Yo me di media vuelta en la cama y me quedé profundamente dormida.

OceanofPDF.com

LIV

La mar de nuevo. La mar que para mí no existía mientras no íbamos a ella, que veía desde el muro de la huerta como una imagen lejana, pero que de cerca se hinchaba y se estiraba para nosotras, se llenaba de profundidad, de claridad o de aguas densas. Aquella mar que se deshacía en Las Quebrantas, que cubría de conchillas blancas y de caparazones vacíos de cangrejos la arena, una arena áspera, salvaje, que según iba calentándola el sol se hacía fina y templada y daba gusto llenar la mano de arena.

Tío Andrés era la ida hacia la mar y aquellas travesías exaltadas hasta Cabo Mayor, y aquella sensación de riesgo y amplitud por aquello que llamábamos alta mar. Desde que pasábamos la barra y sabíamos que estábamos en alta mar había aquel indefinido sobresalto, o creía que lo había, y me gustaba. Era apenas una probabilidad de alarma por tío Andrés, tan seguro, como si del peligro de todos respondiese él, lo hubiera recogido él en la mano regordeta con que manejaba el timón, en su mirada perforada fija en el horizonte. ¿Existíamos para tío Andrés? Daba la sensación de no contar nunca con los demás, ni percatarse de su presencia, lo mismo que si estuviésemos allí sólo en función de él. Me parecía un hombre duro y justiciero. No le veía nunca acariciar a sus hijos y le había visto, en cambio, pegar a Odón y lanzarle al agua como se lanza una piedra; pero le consideraba incapaz de las arbitrariedades de tía Concha o de sus caprichos. Le respetaba. Odón estaba siempre con él a la defensiva, y más bien diré: a la ofensiva, si se le presentaba la ocasión; también su padre adoptaba igual postura, así que había tensión en el aire con los dos en la barca. No parecían de acuerdo, y, al propio tiempo, no sé en qué comprendía que mutuamente se importaban por encima de todo, quizá demasiado, aunque ninguno de los dos lo reconociera ni se reconociera en el otro. No podría decirse que no pudieran entenderse, sino que no hacían nada para ello.

Odón seguía pareciéndome un chico de nuestra edad, aunque tuviese dieciséis años y se afeitase la barba que le hacía aparecer sucias las mejillas,

a veces; no le encontraba cambiado en absoluto; Clota continuaba riéndose de él y contándome sus cosas: que le gustaban las chicas, pero no las señoritas, y que era un protesten, y abúlico.

—Para lo que le conviene, claro… Fíjate, a nuestras amigas las pone verdes, que son unas cursis, que no se puede hablar de nada con ellas, y sale con esos amigos que tiene, más raros que otro poco; mamá dice que no sabe de dónde los saca, y que en un colegio tan caro podían mirar un poco más a quien admiten, pero los frailes lo que quieren es sacar dinero, naturalmente, y prefiere salir con esos chicos que con otros, y se van a los bailes de modistillas o a bailar con las *taxi-girls*, fíjate. Mucho mayores que ellos, no sé cómo los aguantan, ¿tú lo crees? ¿Cómo va una chica mayor a estar con Odón?

Tía Concha decía a don Luciano y a la abuela:

—Es un chico tan bien formado moralmente, no tengo queja de él. Es un niño todavía, gracias a Dios.

Odón hablaba poco en presencia de su padre, y en su ausencia protestaba de todo para acabar haciendo siempre su propia voluntad, con la tácita conformidad de tía Concha, en el fondo contenta de que su hijo la venciese.

—Haces de mí lo que quieres. Te sales siempre con la tuya. Que no se entere papá.

—No se lo digas tú —contestaba el hijo, besuqueándola.

Le cogía la barbilla con la mano, la miraba un momento y se inclinaba para besarla; tía Concha entrecerraba los ojos.

—Guapa —le decía Odón con su voz burlona.

Y ella le besaba y le llenaba de recomendaciones.

—Sé bueno. Ven temprano. No fumes… o, al menos, fuma poco. ¿No beberás, verdad, Odón?

Odón contestaba a voleo y guasón:

—Sí. Sí. Sí. Sí

y se marchaba.

No venían sus amigos a casa ni los veíamos. Él llegaba poco antes de cenar, esquivo, hermético. Entonces le fastidiaba la intromisión de su madre.

—Pero déjame, mamá. No voy a andar diciéndote todo lo que hago.

—¿Por qué no?

Odón contestaba firme como su padre:

—Porque no.

Una vez dijo (y oyó nuestra risa):

—Los hombres no tienen por qué dar explicaciones. Eso está bien para las chicas.

—Oye, tú —protestó Clota.

Yo me eché a reír y se volvió rápido:

—¿De qué te ríes tú?

Le contesté:

—De ti, ¿no lo ves?

—Déjala, es imposible —intervino tía Concha—. No la hagas caso.

—Te voy a enseñar a ti a reírte —dijo entre dientes.

—Somos dos, te podemos —contestó Clota.

Pero yo oscuramente deseé que Odón me hablara así, como acababa de hablar, con furia reconcentrada.

Cuando nos encontrábamos a solas, aquel verano, al principio nos quedábamos de repente sin saber de qué hablar y atentos, al menos yo, y entonces él me parecía más niño. Sacaba un pitillo y lo encendía.

—¿Tu padre te deja?

Y él sonreía con verdadera inocencia.

—Claro que no.

Yo le contemplaba fumar y cómo subía el humo.

—¡Quieres uno?

Dije:

—¡No! —con mucha fuerza.

Y él entonces me sonreía con una sonrisa tan clara, la sonrisa de cuando corríamos juntos por las avenidas del jardín y él llevaba pantalón corto. El cambio se había operado casi sin advertirlo. Había faltado el verano anterior y un año me parecía tanto tiempo que pensé que le hallaría cambiadísimo, pero era el mismo, sólo que con pantalón largo y apenas la sombra de la barba y sobre los labios. Patrocinio dijo, admirada:

—Un hombre ya. ¿Quién lo iba a decir?

«Un hombre», pensé, acobardada. Pero cuando, vi su mirada, un poco estrábica, y su sonrisa, era el chico de siempre, y lo olvidé. El primer día en que bajamos a la mar y que en la gasolinera él se dejó caer el pantalón como su padre —llevaban el bañador debajo—, al ver sus piernas desnudas —que antes veía a diario— aparté los ojos instintivamente. Después me habitué también, pero aquella vez primera me turbó como si se hubiera puesto desnudo.

Su padre le seguía tratando igual que siempre, no le concedía lo más mínimo, aunque Odón se las arreglaba para escabullirse en su presencia, pero en la gasolinera no podía. Seguía siendo perezoso, le gustaba revolcarse en la arena, tardaba en entrar en el agua.

—Me gusta ir cuando he entrado en calor.

No entraba en reacción con facilidad y salía del baño con la piel erizada y frotándose vigorosamente.

—Es que no me gusta porque no entro en calor. Estoy helado.

Le castañeteaban los dientes, con los labios morados.

—Esta juventud de ahora… —decía Hilario.

Tío Andrés ni le miraba.

Tomó la costumbre de acudir cuando yo estaba con Clota en el mirador de la abuela, porque habíamos descubierto que aquél era un sitio en donde no venía a molestarnos. Y se sentaba detrás de la mesa de despacho como si fuese el sitio de él, y nosotras en aquellas butacas bajas de peluche, pero los tres muy juntos, muy apiñados alrededor de la mesa, y hablando a media voz, aunque el mirador era lo suficientemente grande y nadie podía oímos. Decía:

—Sois idiotas

continuamente. Y yo, cuando él estaba, encontraba a Clota reiterativa y latosa.

—Cuidado que sois idiotas.

Una tarde, al subir a mi cuarto, me di cuenta de que había alguien en el mirador, y le vi, sentado ante la mesa, inclinado sobre un libro.

—¿Qué haces?

—¿No lo ves? Leyendo.

Me contestó impacientado, pero en seguida se levantó y se acercó a las estanterías.

—Tío Juan tiene unos libros estupendos. ¿No los has leído?

—¿Dónde?

—¿No has tenido curiosidad? No me digas que no te los has leído todos.

Pregunté de nuevo:

—¿Dónde?

—En el despacho. Los buenos están allí, en la biblioteca de detrás. Pero aquí también hay alguno potable.

Y así comencé aquella formidable aventura de leer. Al principio los libros me aburrían, y no comprendía qué había en ellos capaz de interesar a Odón, pero seguí leyendo como si atravesase un túnel presintiendo que por algún lado saldría a la luz.

Busqué el libro que Odón había dejado, y era un diccionario grueso, de tapas marrones; supe que había buscado el significado de alguna palabra oscura. ¿Cuál? No se lo quería preguntar. Leí los otros títulos. Vi uno y me detuve en el *Diario de un poeta recién casado*. Lo cogí y lo llevé a mi cuarto. Cerré la puerta-ventana y corrí el pasador. Me parecía que iba a enterarme de algo por el libro, y «algo» era la vida. Me fastidió que fueran poesías.

> *Eres tú y no lo sabes.*
> *Tu corazón te late y no lo sientes.*

Buscaba algo que a mi entender justificara el título del libro, y no lo hallé; terminé el libro decepcionada. Volví a colocarlo en su lugar, ajena a que las palabras iban penetrándome, cumplían precisamente lo que esperaba sin saberlo yo: de una manera irremediable la poesía me acercaba al mundo.

A los pocos días, estaba tumbada sobre la arena de Las Quebrantas y el sol descansaba sobre nosotros. Odón boca abajo, quieto sobre su toalla de baño; tío Andrés y Clota, en la mar. Pasaron unas gaviotas chillando sobre nuestras cabezas y vi a unas alejarse, y otras fueron a posarse al borde del agua, donde la arena húmeda, y dejaban una huella triangular. Había algo cándido, paro, fabuloso, que me apretaba el corazón. Miré a la mar, y me pareció más vasta, innavegable, desierta para siempre… Me incorporé,

apoyada en el antebrazo. Aquel corazón que me apretaba me llenaba de un gozo sobrehumano, un gozo que rompía mi corazón de chica (algo más grande que yo, más vasto que yo y, al propio tiempo, yo misma). *Eres tú y no lo sabes. | Tu corazón te late y no lo sientes*. (¿Se refería a mí, o a la mar?). Sentirse expresada, qué felicidad. Me dejé caer boca arriba, mirando aquel cielo sin una arruga, sin una veladura, de intensísimo azul, desierto. *Qué plenitud de soledad, mar solo*. Se me iba el corazón… Extendí los brazos y palpé la arena caliente bajo las manos; repetí, primero para mí, después sentí la necesidad de decirlo en alta voz al aire solo, al cielo solo, al mar solo, a mi propia soledad que me embriagaba:

—*Eres tú y no lo sabes. Tu corazón te late y no lo sientes. ¡Qué plenitud de soledad, mar solo!*

Oí la voz de Odón:

—¿Qué dices?

Volví la cabeza a él y volví a repetirlo, riéndome, como si lo tomara a broma —y no era broma:

—¡Qué plenitud de soledad, mar solo!

Me dijo:

—¿Qué te pasa?

Y tenía los ojos llenos del resplandor del sol y de la fuerza del cielo azul y de una esperanza sin límites como la mar. Y antes de que pudiera contestar, se volvió del otro lado.

—Las chicas… Estás chalada.

No me importaba. Había descubierto mi corazón en soledad, y me embriaga de ella, y sentía un formidable orgullo de ella. Y desde entonces decía al ver la mar: «mar solo». Y era como decir: Tadea sola.

OceanofPDF.com

LV

—¿Qué hacéis todo el día cuchicheando? —preguntaba tía Concha—. Y, en cambio, con nosotros a boca cerrada… ¿Por qué no nos habláis a nosotros de esas cosas que habláis entre vosotras?

—Pero si no hablamos de nada, mamá.

—Si os veo a todas horas.

—Pues no es verdad.

—¿Cómo? ¿Cómo se entiende?

No se podía decir nada neto, concreto, total, era como si lanzásemos piedras y se revolvía en el acto. Las medias verdades se toleraban mejor. Pero Clota no escarmentaba, por más que yo la dijera después:

—Pero déjala, ¿a qué tienes que darla explicaciones?

—Es una mema —decía Odón.

—Pero si me pregunta… ¿Qué voy a hacer?

—Te sales por la tangente —contestó Odón
y me miró con malicia.

—¿Por qué no nos dejarán en paz? ¿No tienen sus cosas ellos?

—¿Cuáles son las tuyas? —le preguntó Odón con burla.

Clota empezó a manotear.

—¿Tú qué te has creído? Que sólo tú… Que sólo tú…

La risita de Odón, tan suficiente. Me preguntó:

—¿Cuáles son vuestras cosas, a ver?
y me fastidió que me involucrara con Clota. Me alcé de hombros.

—Nada —dije
y a mí no me creyó.

Curioso que Odón cuando estábamos en el mirador delante de Clota se burlaba de mí y me hablaba con aquel tonillo protector y suficiente, y las raras veces en que nos hallábamos a solas era serio y como tímido, o como yo. Sin embargo, lo cierto era que Clota y yo hablábamos poco y que bastaba una mirada o una palabra suelta para que la entendiera, aunque ella

se quedaba frecuentemente en la superficie de las cosas. Clota, cuando estaba Odón, me aburría. «Mono de repetición», la llamó su hermano.

—¿De quién, si puede saberse? No será de ti —dijo Clota.

—De ti —dijo Odón, volviéndose a mí.

—¿De mí? ¿En qué nos parecemos? No nos parecemos en nada —me defendí.

—Anda detrás de ti como un borrego.

Me indignaba. La idea de las escapadas, por ejemplo, había sido de ella, pero no pensábamos decírselo a Odón.

—Tú te crees que soy tonta —dijo Clota—. Te crees que sólo tú…

—¿Pero te has creído que yo me paro a pensar en ti? Pues no tengo yo cosas.

—¿Irte por ahí, a bailar con las modis?

Odón se estiró, mirándonos con desdén.

—¿Qué sabéis vosotras de esas cosas? Sois un par de mocosas.

—Pues lo sé, para que lo sepas, que me lo dijo Ana, y lo sabemos todos. Y vas también a los bailes de ésas de los *tickets*…

—¿Y a mí qué, que lo sepan?

—Pues si te has creído que nosotras también no tenemos…

—¿Qué? —se rió Odón con guasa—. ¿Qué tenéis vosotras?

—No te lo digo —Clota se mordía los pellejitos de las uñas, muy excitada—. No pensamos decirte ni una palabra.

Odón se volvió y me miró rápidamente.

—¿Qué memez habréis discurrido vosotras?

Porque Odón no sabía de nuestras cautelosas escapadas. Teníamos más cuidado desde que él llegó, esperábamos a que se marchara con los amigos y entonces nos escurríamos hacia el portón. Si veíamos a alguien tras los cristales del cuarto de estar nos entreteníamos junto a la puerta o en donde las hortensias, como si nos hubiéramos acercado por casualidad.

Mirábamos las carteleras de los cines, las fotografías de las películas que exhibían a los lados de la entrada.

—¿Cómo vas a ir al cine con el buen tiempo que hace? Aprovechad el aire. Ya iréis al cine cuando los días sean más cortos —decía tía Concha.

—He visto hoy una película bárbara —nos dijo Odón.

—¿Cómo se llama?

—*Cristina de Suecia*.

—A ésa podemos ir, nos dejará mamá. Es histórica.

—Quiá —se rió Odón—. No es para niñas.

Explicó:

—Greta Garbo.

Habló de ella en la mesa con tío Juan, que también dijo:

—Extraordinaria, una sensibilidad… Una mujer tan interesante.

—¿Pero no es muy verde? —preguntó tía Concha—. Greta Garbo, siempre…

—¡Mamá! —se rió Odón, abriendo las manos.

Y tío Juan se rió con él, como si se entendieran.

La escapada tuvo una finalidad concreta y aquello le confirió una tensión especial: fuimos a ver *Cristina de Suecia*. Sacamos las entradas la víspera, para la primera sesión, y entramos cuando había empezado para que nadie nos reconociera. Entramos en el cine a oscuras, guiadas por la linterna del acomodador. Estaba incómoda, temerosa de que las luces se encendieran, no me dejaba concentrarme el temor a ser sorprendida. Por otra parte, no me parecía que sucediese nada especial en la pantalla, no sé por qué había creído que algo iba a serme revelado. Pero aquella mujer enigmática, hermética, escurriéndose por la pantalla, me desconcertó. No hablábamos, por si alguien pudiera reconocer nuestras voces; durante el descanso ni volvimos la cabeza, quietas, hasta que la luz volvió a apagarse. ¿Por qué decían «Greta Garbo, siempre…»? No había nada de particular, no se veía nada. Tomaba unos racimos enormes de uvas oscuros e iluminados. Hubo un raro momento en que sentí algo parecido a cuando en la playa recordé: *Qué plenitud de soledad*, y fue cuando Greta, a solas, recorría con sus manos las maderas y los objetos del cuarto, los palpaba con una lenta, profunda caricia. Pero había algo en su expresión que no acababa de entender del todo.

—Pero si no tenía nada… ¿Tú has visto algo? —me preguntó Clota mientras volvíamos a casa—. Si no pasa nada…

No contesté. Seguía pensando en aquella escena maravillosa, en las delgadísimas manos táctiles… Se despedía del cuarto. Yo sabía lo que era,

despedirse de las cosas, de algo tuyo. Quería llevarse en la piel el recuerdo de aquel cuarto en donde había estado como mujer, no como reina, con el hombre que amaba, pero no veía en ello ningún mal. Aunque me esforzaba en pensar en dónde residiría el mal, la escena me causaba una inconcreta angustia.

Nadie lo adivinó. El aire del camino disipó nuestras mejillas encendidas y llegamos a casa, y como siempre estaba Tomasa asomada sobre el gallinero para vernos venir y abrir la puerta en el momento oportuno.

—¿Y si no os abro? —bromeó con su gruesa risa—. ¿Qué hacéis, chiquillas?

—No seas tonta —se apuró Clota.

Yo, instintivamente, sonreí a Tomasa.

—Voy —dijo

y nos abrió sin hacer ruido.

Bajábamos en el coche hasta el muelle con tío Andrés y Odón. Eran pocos los días que pasaba tío Andrés en casa, pero llenaban todo el verano. Éramos cuatro seres libres en una motora, hacia un arenal desierto. ¿Libres? Cada uno se aislaba en la barca, sobre la mar calmada, y en la playa. No había que rendir cuentas de nada; una invisible mano me acariciaba la frente. Sólo Clota interrumpía la paz con sus preguntas, con sus risas agudas, con sus comentarios, yendo y viniendo e inclinando la gasolinera a su paso, pero creo que a todos nos acomodaba que su extemporánea voz chillona encubriese nuestra abstracción.

Tío Andrés se dirigía a veces a su hijo de una manera calmosa, sin acalorarse. Odón le escuchaba con la cabeza gacha o dirigiendo aquella mirada suya que se le desviaba a otro lado, hacia la mar, o al fondo. Procuraba siempre instruirle y a Odón le irritaba. Contestaba por monosílabos o con movimientos de cabeza.

—Te estoy hablando.

Odón contestaba:

—Ya. Si te escucho.

—No te enteras de lo que te estoy diciendo, cualquiera diría que lo sabes todo, y después, el eterno suspenso…

Lo decía para herirle, con despego, y Odón no contestaba. Me daba pena que se lo dijera delante de todos y la risa contenida de Hilario, y el «Chico, si ya eres un hombre» lleno de sobrentendidos. Sabía que aquello le exacerbaba. Que le dejen en paz. Se dejaba caer sobre la arena de espaldas al sol, y escondía la cabeza entre los brazos.

—¿No te bañas?

—Iré luego.

Tío Andrés parecía dudar si decirle algo o no; dio media vuelta y se dirigió al agua, en donde le esperaba Clota.

—Fuimos a ver *Cristina de Suecia* —dije.

Sentía el deseo de confesarme culpable de algo que le hiciera sentirse menos solo en su confusa culpa. Ni se movió, boca abajo, incrustado en la arena.

—No se lo digas a nadie —supliqué.

No contestó, hundido en su silencio. Al cabo de un rato se levantó, y se fue a la mar.

Estuvo poco tiempo y me dijo mientras se secaba la cabeza con la toalla:

—¿Con quién fuisteis?

Me arrepentí de haber hablado. Le dije, impertinente:

—Con nadie, ¿o es que necesitamos andadores?

Acabó de secarse y se tumbó allí cerca, boca abajo, como siempre, con la espalda requemada al sol.

—¿Qué te pareció la película?

—Pues bien.

—¿Pero qué te pareció?

Volví a decir, desorientada:

—Pues muy bien.

No sabía qué había que decir para no parecerle tonta.

—No digas que te lo he dicho.

Se incorporó a medias:

—¿Quién te has creído que soy? ¿Un cerdo?

Rectifiqué, apurada:

—A Clota, he querido decir.

Se puso a jugar con la arena, apoyado sobre los codos.

—¿Te pareció bien que pasara la noche con él, en la fonda? ¿En el mismo cuarto?

—¿En el mismo cuarto?

Estaba asombrada.

—No había otro libre, dijeron.

Se echó a reír; se echó a reír y apoyó la boca contra las manos cruzadas.

—¿Lo ves? ¿De qué os sirve?

Cogió arena en la mano y la dejó escurrirse entre los dedos.

—Por un lado parece que te lo sabes todo, y por otro estás *in albis*.

Se rió.

—Nada de nada.

Le contesté:

—Pues entonces estoy igual que tú.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Lo que ha dicho tu padre.

Se volvió hacia mí:

—Mi padre es mi padre. Tiene derecho a decirme lo que le dé la gana. Pero tú te la vas a ganar…

Volví la cabeza: Clota nos llamaba a gritos para que volviéramos a la gasolinera, agitándose a lo lejos. Gritaba:

—¡Uh! ¡Uh!

¿Por qué había compadecido a Odón? Si no le hacía ninguna falta. Avanzamos juntos hacia la mar.

—Por favor, no lo digas.

Pensaba en Clota.

—¿Qué le importa a nadie? No seas cargante.

OceanofPDF.com

LVI

Cuando tío Andrés y Odón se marcharon decidí contestar a Elvira. Había recibido dos cartas suyas, una muy al principio del verano, metiéndose con las monjas, como siempre: era su peculiar manera de expresarse, pueril y atrevida, llena de alusiones y desenfadada. La segunda había llegado unos días atrás. Me decía: «Me lo paso muy bien. ¿No te dejarían venir en tu casa a pasar unos días? Si te parece que sí, papá escribiría a tu abuela. Lo pasaríamos fenómeno. Salgo con chicos. Papá no dice nada. Jugamos al tenis, soy amiga de sus hermanas, y luego nos vamos por ahí. Tengo que contarte. Sácale a tu abuela que te deje venir». Decía también: «Qué pereza, pensar en volver al colegio, pensar en las filas». Yo me negaba a pensarlo; tenía tiempo por delante y era arremeter contra una pared. Nadie nos preguntaba si estábamos bien así, o si aquel tipo de vida nos violentaba: creo que se trataba precisamente de violentarnos, de contrariar nuestra voluntad. ¿Levantarme a las siete? ¿Por qué, si el resto de mi vida no había de levantarme a esa hora? ¿En dónde residía la virtud por hacer lo contrario de lo que me pedía el cuerpo? Caminar en filas y en silencio… ¿Cuándo íbamos a ir en filas y en silencio al salir de allí? Inútil ejercicio. Comer sin hablar, no discutir jamás la pertinencia de una orden —me parecía humillante, de seres inferiores—, aceptar el que nuestra vida estuviese programada de antemano. (Un plan de vida que servía para vivir en el Colegio, pero que no se adaptaba a la vida en lo que las monjas llamaban «el mundo». Un plan de vida negativo, y con una voluntad adiestradísima, pero negativa, sofocado todo espíritu de iniciativa, o cualquier afán de descollar. Iniciativa allí era estridente y desmesurado, era desorden. Descollar era soberbia: los impulsos recibían nombres capitales, y llegabas a sentir vergüenza de ellos. No necesitabas discurrir, era inútil, te lo iban a dar todo perfectamente planeado hasta en el detalle. Pensé: «No voy a poder tolerar más a la Madre Prefecta», y me sentí cansada antes de empezar, exactamente como si hubiese luchado contra un muro sin fisuras).

«No seas fresca y contéstame». ¿Desde qué mundo me escribía? ¿Por qué las personas y cosas de que me hablaba en su carta me llegaban lejanas, sin realidad?

Quise contestarla y me encontré con una carta llena de mentiras: «Frente al mirador está el colegio de los Salesianos, y hay siempre chicos en las ventanas. Hay uno, con chaqueta azul, rubio, que está siempre ahí a las cinco, y me hace señas. Y si no vengo al mirador, silba y le oigo. Desde lejos me enseña sus cuadernos, en donde me escribe cosas, pero no se ve bien desde aquí».

Me salió de un tirón y lo releí con estupor. Lo rompí en pedazos pequeñísimos. Elvira diría: «No te marques faroles». Enrojecí, aunque estaba sola. Miré hacia las ventanas desiertas de los Salesianos, y el sol se quebraba en los cristales. Rompí los pedazos en pedacitos más menudos. Miraba y miraba las ventanas desiertas, el jardín desierto, al pie del muro. Yo sola allí… Pero me pareció que una secreta presencia entraba en mí o estaba en mí, como la poesía de Juan Ramón, de la misma manera inmaterial y presente. Algo había sucedido sólo por escribir aquello que basculaba levemente en mi vida interior. Pensé: «Me divierto pensándolo». Y me di a pensarlo a solas, cuando estaba en la terraza y me quedaba abstraída, o por la noche en la cama. Cuando hacíamos algo en que tenía que fijarme desaparecía aquella realidad soñada que volvía a encontrar en soledad, más bien diré que corría a encontrar en soledad. Iba junto a Clota por la calle con la sensación vivísima de que él me estaba esperando, como si de verdad hablásemos o nos hiciésemos señas y él pudiese coger en su mano de muchacho mi mano morenísima del sol de Las Quebrantas, con las uñas rapadas. A veces sentía la tentación de contárselo a Clota, pero no podía hacerlo, tenía que quedar dentro de mí y solamente así no se desharía, se mantendría incólume. Temblaba por su cercanía, no sabría expresarlo, pero cuando íbamos a comulgar a los Salesianos y pasaba entre los bancos repletos de chicos, que estudiaban durante el verano para septiembre, no podía pensar en la comunión, con aquel temblor recóndito, como si en verdad pudiera rozarme su presencia al pasar, como si estuviera allí, difuso, entre ellos. Comulgaba, deslumbrada, porque en algún lado estaba en torno mío aquella sensible presencia. Decía: «Perdón, Dios mío»; no me sentía en

culpa, me dejaba el ánimo ligero y limpio. (Él no tenía nunca la tristeza culpable de Odón, pero él no era un ser solitario como yo, sino que tiraba de mi soledad, me inducía a compañía, me poblaba). Sentía un temblor y un calor nuevos, una indefinida angustia y como una palidez del alma. Había perdido mi soledad de fondo, o buscaba perderla. Había puesto nombre a mi soledad. Se llamaba Él.

—¿Qué haces que no te encuentro? —me preguntaba Clota—. ¿En dónde te metes?

Decía:

—Es un aburrimiento. Odón dice lo mismo, no le gusta nada venir, se lo dijo a mamá que otro verano no venía, que lo pasaba mejor en El Escorial.

—¿No es muy pequeño, El Escorial?

—Dice que se pasa mejor en los sitios pequeños. Debe de ser porque no está mamá, para que no le fiscalicen.

—Total para lo que viene…

Me dijo:

—No le gusta el tío Juan; se aburre con la abuela.

—¿Y a él qué? Si ni los ve, ni que él fuera perfecto.

—Anda siempre escapando; en Madrid sale casi sin hacer ruido para no tener que explicar a dónde va, y a lo mejor va solo de paseo. Es así. Mamá dice que es muy independiente.

Dije:

—Qué va a ser.

Clota se rió un poco.

—También lo dice de ti.

—¿Qué? —me revolví, asustada.

No quería que se ocuparan de mí.

—Que eres muy independiente y que te callas, pero haces lo que te da la gana.

—¡Pero no es verdad!

Clota se reía.

—Ana no comprende que nos podamos llevar bien.

Francisca también me decía:

—Eres muy tuya, tú, no te confías a nadie, no sé lo que te pasa.

—Déjame en paz.

(La Madre Prefecta solía decirme:

—No es usted abierta. No se puede saber nunca lo que piensa).

Volví a ir a misa diaria con Clota. Iba medio dormida y solo a la vuelta me espabilaba, la penumbra y el olor a cerrado de la iglesia contribuían a mi sopor. A la vuelta subíamos a saludar a la abuela, en cama, a tía Concha en cama y semiperdida en la penumbra del cuarto. Tío Juan se levantaba el último y se marchaba a su despacho.

—No le mata el trabajo —decía Francisca—. Para lo que tiene que hacer… echar la firma.

No sabía en qué consistía el trabajo de tío Juan. El coche le esperaba en la puerta y no volvíamos a verle hasta la hora de la cena.

—Me cae tan lejos para subir a comer —solía explicar cuando la abuela le insistía.

—No quieres nada con nosotras —recalcaba tía Concha con intención.

—Así gano tiempo.

Tomaba café en el Círculo; si había algún recado para él le llamaban allí.

—No me gusta que se vaya Andrés solo a Madrid. Como están las cosas… Otro año tenemos que organizamos para estar en verano juntos.

Se volvió a su hija y a su madre con aquella extraña satisfacción:

—Papá se va haciendo viejo.

Clota dijo:

—No es verdad. Papá no es viejo.

Y su madre se rió:

—Hija. Si lo sabré yo…

—¡No es verdad!

A punto de llanto, como si la hubiese herido en su raíz.

OceanofPDF.com

LVII

Tía Concha se marchó con Clota antes de lo proyectado. No sabíamos nunca las motivaciones de las cosas, aunque más o menos las adivinábamos.

Antes de marcharse desplegaba una actividad inusitada, revisaba armarios, acompañada por Francisca; las encontrabas en el pasillo que conducía a su cuarto absortas en largas parrafadas a media voz. Incluso la vi en el cuarto de la abuela, delante del armario abierto. Estaban las dos tan enfrascadas en su ocupación que no me vieron dirigirme a la mesa del despacho, y solamente el rumor de alguna palabra me hizo volver la cabeza y mirar. No llegué a sentarme. No deseaba que tía Concha supiese que aquél era mi rincón de soledad. Sin hacer ruido me desplacé hacia la puerta-ventana de mi cuarto, y oí la voz de tía Concha:

—¿Quién anda ahí?

—¡Tadea! —llamó Francisca.

Aparecí en el umbral de la puerta del cuarto de la abuela que daba al mirador común.

Tía Concha parecía sumamente excitada.

—¿Qué has venido a hacer?

—Nada.

Francisca se rió, con la risa turbia e intencionada que solía.

—Anda cogiéndole los libros al tío —dijo.

Me quedé fría.

—¿Los libros al tío? Pero, ¿qué libros?

Me miraba pasmada, sin avanzar ni retroceder, con la puerta-espejo del armario abierta y se veía la ropa blanca finísima de la abuela, y un estante con muchos estuches de raso usado blanco-hueso, y de damasco rojo.

—Los del mirador, y los del despacho.

Dije:

—No es verdad.

La risa ahogada de Francisca. Yo no había leído los del despacho.

—Se le cae a uno el alma a los pies.

Parecía decirlo en verdad con muchísimo desánimo.

—Es lo último que nos faltaba.

Del armario de la abuela llegaba un perfume dulzón a esencia de rosas; solía traérselas tía Concha de regalo desde Madrid, pero no me parece que lo usaba, solamente le perfumaba el armario.

—Hablaré contigo más tarde.

Me fui al piso de arriba en busca de Clota. ¿Cómo sabía Francisca…?

—Ésa lo sabe todo. Parece un fantasma, deslizándose en zapatillas. No sé cómo se entera de todo, es una lumia. Porque no creo que Odón…

—Qué va… —dije.

—No creas. Le gusta mucho jeringar.

—No —dije.

—Que sí. Y además se da aires de mayor, y a lo mejor lo ha dicho intento para que te pesquen.

No quise decirle que Odón me había llevado a ello.

—Es muy capaz; si le conoceré yo…

Se reía, como si fuese una broma última de Odón.

Cuando nos levantamos esa noche de la mesa, tía Concha me retuvo.

—Tú puedes salir, Clota.

Y a mí me dijo:

—Espera. Di lo que querías decirle, Juan.

Tío Juan miró detenidamente la punta de su cigarro, y después preguntó:

—¿Eres tú quien ha cogido libros del mirador?

—Sí.

Podía decir: también Odón, pero no lo dije.

—No debes coger los libros sin preguntar.

—No se tocan las cosas de las personas mayores —terció tía Concha—. ¿No lo sabes? ¿No me lo has oído mil veces? Las cosas de las personas mayores son sagradas. En esta casa nunca ha habido que guardar un libro hasta que has venido tú.

Levanté los ojos hacia tío Juan, que parecía fastidiado o dudoso.

—Tu tío, como es natural, está indignado.

Tío Juan hizo un leve gesto de protesta, y frunció los labios.

—¿No se lo dices, Juan?

—Más tarde. Ya hablaremos.

Tía Concha pasó ante mí moviendo la cabeza, desconfiada, arropándose en su echarpe.

Iba a entrar en mi habitación cuando tío Juan me alcanzó subiendo la escalera grande de dos en dos, lo mismo que si fuese un muchacho de nuestra edad.

—Espera —dijo a media voz, guiñando los ojos.

Y yo entreabrí solamente mi puerta, aguardándole. Me latía desaforadamente el corazón. El ancho y corto pasillo que unía nuestras dos habitaciones, con su fondo lleno de armarios hasta el techo, me pareció en penumbra y cálido. Pasó su mano bajo mi melena, y me cogió por la nuca.

—Ten cuidado —dijo—. Siempre andas buscándotela.

Y parecía divertido y atento.

—¿Qué has leído, vamos a ver? ¿Qué libro cogiste?

—Varios.

Riéndose entre dientes, me pellizcó levemente el cuello.

—¿Y por qué no pediste permiso?

Me alcé de hombros.

—No sé.

Y de pronto dije de una tirada:

—Si tengo que pedir permiso, si tengo que decir a tía Concha todo lo que voy a leer, si tengo que tener a alguien delante mientras leo, prefiero dejarlo.

Con qué atención profunda me observaba. Dijo:

—Está bien.

Y hubo de él a mí una sonrisa de comprensiva ternura.

—¿Quieres que yo te diga lo que debes leer? ¿Lo quieres de verdad? ¿Te interesa? De los del mirador puedes coger los que quieras; de mi despacho, dímelo antes.

Contesté, sin moverme:

—Los leeré todos.

Me oprimió más la nuca.

—Eso no me parece bien. Debes ser razonable.

No me atrevía a preguntarle: «Y tú, ¿eres razonable?». Pero deseaba aclararlo de una vez.

—¿Por qué no?

—Porque una chica, vamos…, ¿no comprendes? Una muchacha, una señorita, hay cosas que… Más adelante…, dosificar…

¿Dosificar qué? clamaba mi corazón. ¿Habéis dosificado algo, o habéis sido una avalancha sobre mí? ¿Qué es lo que hay que dosificar…? ¿U os creéis que todavía no comprendo, que todavía estoy en etapa de desarrollo, que no tengo conocimiento?

—¿Qué libros te gustan más?

Volví a alzarme de hombros. Pero quería deslumbrarle. Dije, y me salió ronca la voz:

—*Sé que cuando no te miren túneles ni luceros, cuando se crea el mundo | que ya sabes quién eres | y diga: «Sí, ya sé», | tú te desatarás | con los brazos en alto, por detrás de tu pelo, la lazada, mirándome | Sin ruido de cristal | se caerá por el suelo | ingrávida careta | inútil ya, la risa.*

Había soltado mi cuello. Unió su voz a la mía, sin sorpresa, igual que si cantáramos unidos una misma canción (pero él sonreía levemente y yo temblaba).

—*Y al verte en el amor*
que yo te tiendo siempre
como un espejo ardiendo, tú reconocerás
un rostro serio, grave,
una desconocida…

Él completó:

—*alta, pálida y triste*
que es mi amada. Y me quiere
por detrás de la risa.

Me dio un golpecito en la mejilla. Me dijo:

—Puedes leer.

Se iba ya, dejándome trastornada, cuando se volvió y me dijo:

—«No hay libros buenos o malos. Están bien o mal escritos, eso es todo».

Le alcancé junto a su puerta y me empiné para besarle. Me dijo a media voz:

—Hay que ser considerado con los demás —sabía que se refería a tía Concha. (¿Y me pedía mi comprensión?)—. No hay que excederse en el juicio crítico… si no quieres que los demás se excedan.

Creí que había leído en mí y me lo reprochaba.

—Hay que ser tolerante, Tadea. No hay por qué esperar que todo el mundo sea como uno.

Se ponía por encima de mis críticas; pensé que las conocía y las ignoraba, de una manera consciente.

—Hay que procurar siempre disculpar, ponerse en el lugar del otro, ¿comprendes? Ser generoso de fondo…, aunque el otro no lo sepa, ¿qué importa? La generosidad sólo es generosidad pura cuando ni siquiera la percibe quien se beneficia de ella, ¿comprendes?

Estábamos casi a oscuras, ante la puerta de su cuarto. Yo levantaba mi cara hasta él y él me miraba con una seriedad ligera, si cabe decirlo, como si la seriedad entera uno de los dos no pudiera soportarla. Pero me estaba hablando como yo deseaba que me hablaran.

—Es muy difícil juzgar algo exactamente. No. No es cuestión de edad solamente; a la mía aún, ya ves… Pero ya te irás dando cuenta de que ahora, más que nunca, te faltan elementos de juicio, y enjuiciar de una manera primaria es impropio de una persona inteligente. Sólo conoces lo que se ve, no lo que es, ni por dónde se ha llegado a aquello.

¿Sabía que le juzgaba? ¿Sabía que le censuraba secretamente? ¿Cómo había podido censurarle?

—Busca siempre lo bueno de las personas. Todos lo tienen: búscalo. Lo más grosero está al alcance y a la vista de cualquiera; no hay que ser muy lista para darse cuenta…

Sacudió la ceniza de su cigarro. Rió un poco.

—… pero sí se necesita una sensibilidad despierta para equilibrarla con lo positivo, Tadea; y descubrir lo bueno de lo malo es propio de

temperamentos sensibles, más finos. No me mires con ese estupor, ni creas que… Yo también he sido chico.

Sonreía de nuevo con ligereza, pero tenía los ojos tristes como si hablásemos de alguien desaparecido totalmente.

—También he tenido tu edad…, también me he preguntado…

Me dio un cariñoso cachete en la mejilla.

—Qué niños, descubriendo mediterráneos…

Acababa de anular toda mi larga fase crítica del verano. Me sentía confusa, avergonzada y con ganas de paz.

—Ale, a la cama.

OceanofPDF.com

LVIII

La entrada al colegio se retrasó. Ya tía Concha, antes de marcharse, hablaba alarmada de «cómo estaban los ánimos». Me pareció que era la música de fondo de mi vida, de mi porción de vida, solamente que antes no me daba cuenta.

—Cómo está la gente… Hay que ver qué tiempos. ¿Qué se han creído…?

Y a tío Andrés o a tío Juan, como si siempre acechara un gran peligro físico:

—Tened cuidado. Andad con cuidado.

También don Luciano decía: «las reivindicaciones obreras», «el sector obrero», «les han envenenado», «les hacen creer que los perros se atan con longanizas», y «esos intelectuales…». Pero esto lo decía cuando tío Juan no se hallaba en casa, porque si este tipo de comentarios surgían en su presencia, tío Juan admitía aquellos ánimos, aquella gente, aquellas reivindicaciones. No los defendía: simplemente, los razonaba, los encontraba lógicos. Y no creo que fuera por intelectualismo, sino por humanidad (más tarde descubrí que había mucho de superior dandismo en aquella postura suya).

Tía Concha repetía, ciñéndose el chal en torno a sus hombros y apretando los labios:

—Esos intelectuales…

y se marchaba de prisa para que su hermano no le replicara, para tener la última palabra. Tío Andrés callaba. No podría decirse que no se daba cuenta de la conversación; callaba de una manera calculadora y consciente.

—No sé a dónde vamos a llegar…, ínfulas del…

Y los chicos —Odón, Clota y yo misma— crecíamos con aquella música de fondo, y se había incorporado a nuestras vidas como otras tantas palabras, como aquel tipo de religión, como aquella educación formularia.

Pero quizá la música había ido subiendo de tono al compás de nuestros años, y empezábamos a distinguir los solos de aquel retumbar.

Sin hablarlo, me había dado cuenta de que —Odón y yo, al menos— quizá por acentuar nuestra separación de los mayores, escuchábamos aquello de una manera especial, inclinándonos hacia los que llamaban «los de abajo» y no hacia los nuestros, nos lo parecía entonces. Cualquier cosa encendía nuestro deseo de «La Heroica», vibraba nuestro sentido de lo justiciero; y cualquier cosa era sobre todo estar al lado de los oprimidos, de los menos fuertes, quizá porque opresión y debilidad les nivelaran con nosotros, también débiles y en cierta forma oprimidos. En mí sabía que era ésta la tendencia, y en Odón me figuraba que sería por llevar la contraria a su padre, por militar frente a su padre. Nuestra adolescencia había sido marcada sin que lo supiéramos por aquella continua sensación de imprevisto y riesgo, de amenaza latente, pero quizá pensábamos que era así para todas las adolescencias, sin captar la singularidad: sin más ni más salíamos del colegio, se iniciaba la desbandada, se hablaba de bombas y de quema de conventos, y los curas se escondían. No nos importaban los hechos. (Diré más: diré que últimamente en el colegio era una manera mejor que las otras, más excitante, de romper la monotonía del curso, y que nos mirábamos unas a otras divertidas, recogiendo apresuradamente los libros, suponiendo: «Ya está, bombas», como si aquello que estaba sucediendo extramuros del colegio hubiera sido planeado para nosotras y nos ayudaran de tan misteriosa manera. Ni se nos ocurría tomar partido: aceptábamos las consecuencias con una inconsciencia total). El 6 de octubre de 1934 no comenzó el curso porque «los ánimos andaban soliviantados». Patrocinio traía noticias, meneando la cabeza y diciendo:

—Jesús, Jesús…

Francisca cantaba como un reto: «Oh, divino Corazón, llagado por mi amor…»; Tomasa golpeaba con el machete la carne sobre el mármol de la mesa de la cocina, con los ojos chispeantes como pedernales. Me pareció que en aquellos días había antagonismo entre Tomasa y yo; pero si le hablaba desaparecía, o se le olvidaba. La abuela no se enteraba de nada, o parecía no enterarse. Decía:

—Son cosas de los hombres, Patrocinio.

Y se recluía en su inmovilidad como en un inmenso invernadero. Tío Juan subía a comer todos los días, siempre distraído, siempre ausente, mordiéndose continuamente los labios.

—¡La que se va a armar! —decía Tomasa en la cocina con una alegría brutal.

—Eso quisieras tú y tu Millán —saltaba Francisca—. Ya lo veremos.

—Ya lo veremos —gritaba Tomasa, enardecida.

—Jesús, Jesús… —suspiraba Patrocinio.

No recuerdo que a Obdulia le importara nada todo aquello: se dejaba llevar por Francisca, pero en presencia de Tomasa tampoco la contrariaba.

—Que Tomasa no puede cocinar hoy, que está mala —dijo Obdulia a Patrocinio.

—¿Qué le pasa?

—A ésa le han cerrado el pico —dijo Francisca—. No le arriendo la ganancia.

Y Patro subió al cuarto de estar y se lo dijo a la abuela, sin comentarios.

—Que venga a verla el médico.

—Dice que no le hace falta.

—Llame a la asistenta.

—Sí, señora.

La abuela se volvió a mí:

—Vete a interesarte por Tomasa.

Me fastidiaba; sabía que había algo de que debía abstenerme, precisamente de ir.

—Pero si está en la cama…

—Vete a preguntarle si necesita al médico.

Crucé el asfalto y me dirigí a la casita del fondo. No estaba Venancio, andaría trabajando en la huerta, y desde la ventana Pura me vio y dijo algo hacia el interior de la cocina, y salió a la puerta:

—¿Quieres algo?

como impidiéndome la entrada. Era la misma de siempre, más gorda, con sus crenchas blancas, pero sin blandura. Vi a Tomasa tras ella, estaba delante del fogón con una bata de flores y en chancletas. Le pregunté:

—¿Estás mala?

Y ella soltó la sartén que agarraba por el mango.

—¿Venías por mí?

—La abuela quiere saber cómo estás, que si necesitas al médico.

—¿No puedo dejar un día de trabajar, jolín? ¿Soy una burra?

Manoteó, ante el silencio impenetrable de Pura, con las manos cruzadas sobre el delantal.

—¿A qué venís? ¿A espiarnos?

Di media vuelta dispuesta a marcharme. No estaba enfadada, ni asustada, sino a la expectativa de aquella Tomasa nueva, rencorosa. Me gritó, sin moverse de junto al fogón:

—¡Ahora vete a contarles que no estoy enferma, que es que no me da la gana!

Gritó:

—¡Que no me da la gana!

como si toda la furia seca de Millán se le hubiese trasvasado a Tomasa. Pura le advirtió:

—Calla la boca, mujer.

—¡Que no me da la gana! Y usted no me manda.

Las dejé peleándose. Al día siguiente se reincorporó a su servicio, sin explicaciones.

—¿Ya está buena? —preguntó Patrocinio.

Tomasa no contestó.

—¿Ya estás buena? —le preguntó Obdulia—. ¿Qué tenías?

—Si una revienta… —murmuraba sin furia—. Qué les importa, si una revienta o no.

—Pues la señora preguntó por ti.

—La señora… —me miró y se calló.

Obdulia se acercó a Tomasa y le preguntó, bajando la voz:

—¿Es verdad lo que dicen por ahí, que vienen cinco mil mineros asturianos sobre Santander?

Se quedó quieta, con los ojos bajos. Dijo, volviéndose de espaldas hacia el fogón:

—Y yo qué sé.

—Mujer, te podía haber dicho algo Millán.

Se enfadó.

—Al Millán le dejáis en paz. Él no se mete en nada. No tenéis por qué ocuparos de él.

—Jesús, mujer, qué humos, ni que no hubiera más hombres.

—No te pones tú poco tiesa. El que se pica —dijo con intención Francisca—, ajos come.

Desde el cuarto de estar había yo visto salir a Millán aquellas tardes sin su chaqueta de cobrador del gas: iba con una camisa blanca, y las mangas remangadas, aunque empezaba a lloviznar. Llevaba la muñeca derecha vendada. Quizá se habría hecho daño, y estaría de baja. Andaba muy derecho y no levantaba la cabeza hacia donde estábamos la abuela y yo.

Me daba una pereza inmensa, inmenso rechazo la idea de volver al colegio, no tanto por el colegio en sí —pensaba en la vida tranquila del colegio casi como una liberación y en las chicas con solidaridad—, sino por la Madre Prefecta. ¿Volver a empezar? ¿Volver a sus ojos inquisitivos, su acoso espiritual, su absurdo orden? Porque lo encontraba definitivamente absurdo. Había algo que no concordaba entre el fondo de las cosas y las forma de interpretarlas. Desde el principio había sido con la Madre Prefecta igual que si topara contra una pared sin fisuras: se había formado una opinión sobre mí y no rectificaría jamás. ¿Valía la pena rectificar, debía rectificar? Que me dejara en paz, a solas con mis pensamientos libres. De eso se trataba.

Tomasa me dijo:

—Oye tú, chiquilla…

La miré.

—El día que viniste a casa, ¿te mandó la abuela?

—Sí.

Se quedó callada. Después volvió a preguntar:

—¿No se creyó que estaba enferma?

—Eres tonta. No era eso. A buena hora la abuela… Sólo saber de ti, que te preguntara si necesitabas algo, por si acaso.

Sin moverse empezaron a correrle unos lagrimones por la cara y me impresionó porque no eran los sollozos brutales de otras veces. Dijo:

—Qué cosas. ¡Qué cosas! ¿Yo qué culpa tengo?

—Siempre andas montándote la cabeza.

Me miró con recelo:

—¿Por qué dices eso?

—¿Cuál? No se te puede hablar.

Y en seguida empezó a confiarse:

—Millán tiene razón. Tiene la razón todita, y yo soy su mujer, ¿verdad? Tengo que darle la razón a él.

—Si la tiene… —le dije.

—Pues claro que la tiene —pero lo dijo ya sin convicción—. Él está muy enterado de todo, lo sabe todo muy bien.

No sé de dónde me nació aquel inmenso desprecio defensivo, que subió cortante como una punta de navaja.

—¿Millán? —sacudí los hombros—. Un ignorante.

Tomasa se desconcertó.

—¿Un ignorante?

Pero saltó en seguida:

—No ha tenido quien le enseñe, mira tú, jolín con ésta… No ha tenido quien le mandara a un colegio como a ti. ¿Qué ha podido aprender él, siempre trabajando? Empezó trabajando en el jardín y en la huerta de esta casa cuando no levantaba los pies del suelo, hasta que se colocó en el gas. A ver, ¿cuándo ha tenido él tiempo para aprender?

Yo la miraba con una altivez que me subía no sé de dónde.

—A ver con qué dinero… Con el padre siempre agachado…

—Le mandaron a los Salesianos —dije—. ¿No lo sabías?

—¿Le mandaron…?

Debió de acordarse porque quedó callada.

—Sólo —remaché— que él no servía.

(¿A qué edad había ido a los Salesianos Millán? ¿Estaba maduro para saber si estaba o no capacitado para el estudio? Había chicas en el colegio que arrastraban los cursos casi inhibidas, y de repente era lo mismo que si les abriesen la inteligencia, y comenzaban a asimilar lo que aprendían: todo se les hacía más fácil. ¿Había podido esperarse con Millán?).

Tomasa dijo:

—Bueno, qué importa. Para eso, hubiera sido mejor que no le enseñaran nada. Hay cosas que vale más no saberlas, no se pierde nada. Sabe lo que tiene que saber —se rió—. Te lo digo yo.

De repente pareció acordarse de algo que volvió a dejarla reconcentrada. Se sentó sobre el taburete, con las manos muy abiertas sobre las piernas esparrancadas. Dijo:

—Los hombres son así.

Quiso reírse. Me preguntó:

—¿Me das un beso? —apuntándose la mejilla con la mano.

Me daba asco besarla, pero no quise decirle que no, que tenía otra vez los ojos húmedos.

Y en el momento de sentir en mis labios su áspera piel me dio pena por ella y un sentido de culpabilidad inexplicable.

OceanofPDF.com

LIX

Qué bien se estaba en casa, sin nadie más que la abuela en su eterna butaca, y yo libre de salir o de entrar, de ir al muro que amaba, rematando la huerta, desde el que se veía la ciudad que no sé por qué se me antojó aquellos días amenazadora. Veía subir el humo grisáceo de las chimeneas como un aliento ceniciento amargo de tantas vidas, como el vaho gris de tantas almas. Estaban los hogares encendidos, y con ellos, personas invisibles. Qué hondas desde allí las calles altas, qué sinuosas serpenteando, buscando el ancho campo de la mar. Se me limpiaban los ojos en la pátina bruñida de la bahía, o me traía a casa en ellos la algodonosa bruma que se elevaba al fondo. La mar, con su barco carbonero, desde lejos, no era mi mar de verano como una vela hinchada, como una dilatada alegría, como un descubrimiento cegador, como una libertad sin barra, sino una superficie hermética, calma e inquietante. Había muchos amarillos en el aire, un gris amarillento y agrio, y si volvía los ojos a la huerta veía al pie de los manzanos los frutos espachurrados, mazados, y otros madurando en el árbol. Se levantaba con frecuencia viento del sur y todos se quejaban del viento. Francisca andaba con una chaqueta blanca sobre sus batas con sus gestos habituales: se rascaba la cabeza con la peineta con la que luego se sostenía el pelo que le caía a la derecha; metía la mano, blanca y blanda, entre los automáticos de la bata y se sobaba la piel o jugaba con los tirantes interiores. No variaba en su físico: sólo aquel cambio total sucedido antes de cortarse su larguísimo pelo espeso, cuando volvió del sanatorio con la cara abotagada, espesa la cintura, andando con los muslos separados y torpe, pero escurridiza, silenciosa.

Continué yendo a misa a los Salesianos, a medias por la abulia, por evitarme preguntas, a medias porque no pensaran que lo había hecho por tía Concha. Intenté salir sola una tarde, y, aunque no me gustaba pedir este tipo de cosas, dije a Tomasa:

—Oye, a las ocho me abres. Estaré de vuelta, ya sabes.

Me miró sobresaltada.

—¡Ay, no! ¡Ay, no! —dijo—. No te enfades, chiquilla, pero no cuentes con esta menda. Tú no sales.

Parecía asustada y dispuesta a impedirme salir. Le pregunté:

—¿Te ha dicho algo?

Estaba de codos sobre el alféizar de la ventana de la cocina y me acerqué para no levantar la voz. Desde allí se veía la puerta.

—No están las cosas para salir, ¿oyes? No te parezca mal, contra, pero en casita estás tan ricamente. Corre por la huerta. ¿Y *Diana*? Tienes a *Diana*. ¿Para qué quieres salir?

Me enlazó por un hombro.

—La calle es para los hombres, chiquilla. Tú estás aquí en la gloria.

Me quedé callada, porque notaba a Tomasa tensa. Habló casi sin mover los labios:

—No digas a la vieja que te lo dije.

Llamaba «la vieja» a Pura. Me zafé de su brazo.

—También estás buena, tú, saliendo sin permiso. ¿Qué hay en la calle que no tengas aquí, también tú?

Se plantó delante de mí, con los brazos en jarras.

—Como le digas a Obdulia que te abra la puerta, te cruzo la cara. Oye…

Me acordé de cuando me había hecho bajar de niña a cantar en la carbonera: «De noche no puede ser | que me rinde el amor». Se inclinó un poco hacia delante, tan enorme, con su seno colgante.

—Te cruzo la cara como digas palabra a nadie.

Me despertaba con la esperanza de que «los ánimos estuvieran soliviantados» para retrasar la entrada en el colegio. Esto es lo que debía de sucederle a Elvira todos los años: pereza, horror de entrar, apurar las fechas. «Ella por su padre», pensé. Y no comprendía que un padre como aquél pudiera suponer tanto; pero también Elvira era vulgar y se satisfacía con cosas corrientes, y hablaba de sus sentimientos y hacía alarde de ellos. «No es para usted», había dicho la Madre Prefecta, aunque también había intentado decir: «No es para usted», por Carola, que abría tantos caminos a la inteligencia, que había viajado y conocido muchas cosas, pero que jamás

pronunciaba la palabra corazón, o cariño, o amor, creía que por reserva, quizá porque en ella fueran aún más importantes. Y no la veías llorar o besar a nadie en el recibidor —no la había visto nunca con sus padres, aunque sabía que no haría aspavientos—, pero te miraba con la dulzura próxima de sus ojos miopes, y una sonrisa fina y distante que no era rictus de los labios, sino como una esencia que le trasciende. ¿Por dónde andaba? No me había escrito ni una letra, ni yo a ella. No necesitaba escribirle, ni casi hablarle, no necesitaba demostraciones, ni ella lo hacía. Y la pobre Blanca… Recibí una carta de cuatro pliegos, con letras como pequeñas columnas muy iguales, y con muchos puntos suspensivos —Elvira subrayaba—; me hablaba de su casa, del amanecer en el campo, de su perro, como si se hubiese puesto a escribir y no supiera detenerse. Me pareció una carta ampulosa, exuberante, qué raro lo que pasaba con Blanca que no parecía en la realidad la misma de sus cartas o redacciones. Escribía siempre en serio, sin sombra de ironía, una carta un poco cargante —¿la Madre Hornedo diría que estaba bien escrita?— y como no sabía ponerme a tono no contesté. Me divertía recibirlas y me aburría contestarlas. Había en mí un secreto horror a abrir mi armario y confiarme. ¿Era eso una carta? ¿O era el inventario —tiempo, salud, hechos— que, según la Madre Hornedo, era mi estilo? Sospeché que Blanca debía de haber escrito dejándose llevar ante la cuartilla, como me pasaba a mí con los pensamientos en la iglesia, y sin caer en cuenta de que una carta tiene un destino. «Tengo ganas de volver al colegio, de no suponer un problema para nadie, de que cada cual oriente su vida sin que yo suponga un estorbo. Ya sabes lo que pasa. En el colegio es diferente: las Madres entienden, no sirvo de pretexto para nadie, no se disputan por otras cosas tomándome a mí como motivo. No tengo que dar la razón a uno y quitársela a otro. Pienso que debo de ser al contrario que las demás: voy borrando en la agenda las fechas que me faltaban para volver…».

¿Por qué me contaba aquello? ¿Pensaba que yo también era un estorbo, que también a mí me constreñían a intervenir en problemas ajenos? Me irrité contra Blanca. Sin embargo, en un pasaje de su carta en que me describía el camino al pie de la casa, sombreado de pinos, escribía: «La escalera de la terraza desemboca allí. No dejo de mirar, porque por allí baja

a buscarme, cuando viene, mi madre extraordinaria». Me parecía como un trozo de libro, no una carta. La guardé entre mi ropa.

Aquella anómala situación se prolongaba, no sabía cuándo volvería al colegio, a ratos lo prefería así, y otros me impacientaba el que no se resolviera en algo, cuando se precipitó el final de una forma inesperada. No vi llevar detenida a Tomasa, porque aún estaba yo en la cama, y a Millán fueron a buscarle a la entrada del trabajo en las oficinas. Oía los comentarios acalorados de Francisca (me había despertado, exultante, abriéndome las contras de par en par y sacudiéndome: «¿Sabes lo que ha pasado? A tu Tomasa la han llevado presa…»), escandalizados de Patrocinio, o conciliadores de Obdulia. La abuela creció infinitamente a mis ojos porque dijo:

—No se hable más de ello.

—Pero no volverá aquí, señora —protestó Francisca.

La abuela la miró con su inescrutable calma.

—¿A dónde quiere usted que vaya?

—Pero…

La abuela dijo:

—Silencio. Ya está bien

y salieron todas del cuarto de estar.

Yo miraba por el ventanal hacia el paseo del Alta, me parecía inconcebible que se hubiesen llevado a nuestra Tomasa por allí, buscaba las huellas de lo sucedido. ¿Qué cara pondría cuando se presentaron? La levantaron de la cama…

—Ésa ya se lo olía. No la cogió de nuevas —rezongaba Francisca.

Me dio todos los detalles en mi cuarto, por la noche. La Policía había descubierto una extensa trama: obreros de Santander tenían que tomar contacto con mineros asturianos y para dar señales los enlaces llevaban todos la muñeca vendada, los brazos descubiertos y camisa blanca. Así se reconocerían.

—Ese bandido, desde esta casa misma como quien dice, salir así.

Pura lloraba en la salita, abajo, con tío Juan, y también había acudido Venancio.

—Y ahora a que el señorito les saque del lío. Tonto será. Debieron trincarlos también, pero como están viejos…

—¿Pura? ¿Pero qué ha hecho Pura?

—Es su madre, ¿no? —dijo con odio.

Temblaba de odio, Francisca. ¿A ella qué le importaba? Pero siempre aborreció a Tomasa.

Me daba pena la madre, abajo, tan vieja, tan cansada, llorando en la salita. Pero me sentía totalmente tranquila en cuanto a tío Juan, porque podría asegurar que iba a ser con ellos humano y generoso. Sentí un impulso tiernísimo hacia él, que no iba a defraudarme, de seguro.

—Usaban a las mujeres y a los niños para pasar en cestas las pistolas y las bombas, y el bandido ese quería que Tomasa lo hiciera, y por lo visto hubo gresca entre ellos, o lo dice ahora él para librarla, vete a saber, es capaz de todo, aunque lo que a éste se le da de la Tomasa… Que Tomasa no estaba con él, que no quiso ayudarle, que lo único que hizo es callar. Y Pura dice que desde que tuvo que enterarle a ella no quería que se moviera de casa para que no se fuera de la lengua, que no se fiaba de ella. Que no es culpa de él, que es que le sorbieron los sesos en la Casa del Pueblo, ahora viene con ésas. Pues que no hubiera ido…, y Tomasa, ¿sabes lo que te digo?, debió venirse derechita a esta casa a contárselo a tu abuela, y no comprometer. Poco más y guardan las bombas en casa, esa basura…

—¿Cómo estará en la cárcel? —dijo Obdulia.

Había entrado también en mi cuarto, pero esa noche no me importaba que hicieran tertulia allí.

—De perlas, para lo que es. Con todas las tías guarras metidas allí, que es lo suyo. Que a mí nadie me quita que Tomasa ha hecho todas las guarrerías que ha podido, no me digas, mira cómo iba cuando se casó. Y que esa basura la vuelva a traer la señora a esta casa…

—¿A ti qué te importa? —dije.

—Tú siempre diste la cara por ella, siempre anduviste con ella, que no sé cómo no te daba para atrás, con lo que huele a vino. También tienes callo…

—Bueno, la cría… La conoce desde que era niña, mujer.

Francisca se quitó la peineta, se rascó delante del espejo y volvió a colocársela con cuidado, mirándose de una manera lenta y complacida.

—Bueno, la agacharán la cabeza.

—Les falló —dijo Obdulia.

Al día siguiente supe que Tomasa no había tenido participación en nada. Callar había sido su delito.

—Y ahora a lo mejor se queda sin el empleo —Pura ya no lloraba; con las manos enlazadas sobre su delantal—. Es la fatalidad.

—¿Por qué se mete en esas cosas, Pura?

Me miró de cabeza a pies. Bajó los ojos. Dijo:

—Es la fatalidad.

Venancio me urgió:

—Con lo que es la Tomasa para ti, háblale a tu tío. Ella pena por ti, lo sabe todo el mundo, le tiene afeado el Millán hasta que te quiera. Ella no quiso…

—Quería y no quería —enmendó Pura—. No todo fue él.

—¡Tadea! ¡Que vengas! —me gritó Francisca desde la ventana de la cocina.

Nos había visto, sin duda, hablando; se me habían acercado Venancio y Pura cuando regresaba de los Salesianos.

—Háblale a tu tío —suplicó Pura
y me cogió la cabeza entre las manos y me besó en la frente con los labios duros.

—Que él no tuvo la culpa. Fue lo que le metieron. Y como él es un ignorante… —dijo Venancio.

—¿Le hablarás?

Dije:

No hizo falta que le hablara yo, pues la abuela abordó el tema en cuanto subió tío Juan a comer. Se sentó a la mesa y la abuela le preguntó:

—¿Sabes algo?

Torció el gesto.

—Nada —dijo—. Todo está arreglado. No pasará nada. No te preocupes.

Le miré con estupor. La abuela insistió:

—¿Y los chicos?

y sabíamos que hablaba de Tomasa y de Millán. Hizo un amplio gesto con la mano.

—Contra ella no hay nada, la soltarán; es cuestión de días. Todo se arreglará, ya verás.

—¿Harás algo? —preguntó la abuela—. Lleva quince años en casa.

—Pues claro, mamá, claro.

No parecía darle mucha importancia.

—Los padres están deshechos.

—Es natural. Ya se arreglará todo, no te preocupes.

Oyéndole, pensé que exageraban en la cocina.

Al atardecer me encontré en la huerta a Pura mirando por encima del muro. Venancio recogía manzanas en un cestón. No se movió al verme. Me miró, y como no supe qué hacer me quedé a su lado, mirando también. Dijo:

—Está ahí el *Alfonso Pérez*, ¿no lo ves? Lo han fondeado en la bahía, con ellos dentro.

La miré sin contestar. Hablaba con una voz cansadísima.

—Dicen que están las cárceles llenas, y han tenido que usar el barco. El nuestro…

Miraba hacia la bahía.

—… el nuestro está en el barco, según dicen.

Qué difícil ya besar a Pura, meter la cabeza en el delantal de Pura, reírme con Pura. Ella sonrió, forzada.

—¿Te dijo algo el tío?

—Dijo que todo se arreglará.

Quedamos calladas mirando hacia el mar.

—Con lo que te quiere Tomasa —volvió a decir.

Y me fastidió porque parecía que estaban calculando con aquel cariño, sacando partido de él.

—¿Qué querían hacer?

Se miraron. Venancio dijo:

—Nada. Cosas de juventud. Y que han venido de Madrid a meterles ideas en la cabeza. No tiene la culpa.

Era el estribillo: «No tiene la culpa. No tiene la culpa».

Me acordé de verle salir, seguro y derecho, sin vacilar, tan delgado, con la camisa blanca remangada y la venda en la muñeca. «No están las cosas para salir», me había contestado Tomasa cuando le pedí que me abriera a las ocho. «Como le pidas a Obdulia que te abra la puerta, te cruzo la cara». ¿Me estaba fastidiando? «No digas a la vieja que te lo dije». Pero, ¿qué me había dicho? Entonces me había parecido absurdo tanto misterio para nada, y pensé que Tomasa era así. Aquel triste y asustado: «La calle es para los hombres», como si la calle fuese un campo de batalla. Aquel resignado: «Los hombres son así…». Y todo aquel rompecabezas de: «Le doy la razón porque tiene la razón y si tiene la razón…».

—Dicen que pudo tener ahí bombas algunos días, metidas en las cocheras. ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Te entra en la cabeza? —decía Patrocinio. Y nosotras aquí, tan frescas. Pero qué hombres…

Me dio miedo aquella casita del fondo del asfalto, de aspecto insignificante.

—Podíamos haber volado todos.

Me intrigaba lo de las cestas, y los niños y las mujeres pasándose de unos a otros aquella carga terrible y mortal. Niños que no tenían miedo, mujeres que arrostraban el miedo… ¿Por qué? ¿Por qué?

OceanofPDF.com

LX

Avisaron por teléfono que se reanudaban las clases, y pasé aquella tarde última en el cuarto de estar con la abuela. No quería volver a la huerta, encontrarme a Pura allí, sentada sobre el muro bajo, vuelta hacia la bahía, con las manos caídas sobre el halda, con obstinada paciencia. No quería ver sus ojos mendicantes —«Háblale a tu tío»—, ni la manera de decirlo Venancio, como si les fuera debida mi intervención. No quería servir de nada a nadie. Y, al propio tiempo, aquel barco en la bahía resultaba siniestro, me figuraba que el puente debía de estar lleno de hombres taciturnos, enjutos, amargos como Millán, todos con la muñeca vendada, lo mismo que si llevasen heridos para siempre los pulsos y no quisieran curarlos, sino vendarlos. ¿Preferían ser vendados que curados, si la curación venía de «ésos»? «Ésos», ¿podía ser tío Juan o lo que tío Juan representaba?

—Están cantando la gallina —decía Francisca con sorna y guasa—. Tanta bomba y ahora todos diciendo: «Yo no fui», y: «A mí me dijeron…». Tienen miedo a que no les admitan los patronos, ¿eh?

—¿Y con qué comen si quedan parados, mujer? —contestó Obdulia—. ¿Qué quieres que hagan?

—Pues dar la cara —dijo Francisca muy tiesa.

Patrocinio susurró:

—Hay mucha hambre —como si les disculpara.

Me agaché hasta ella, inclinada sobre la mesa de la antecocina con su tapete de hule, levantaba poco la voz para que sólo yo la oyera:

—Dice el marido de Clemen, que trabaja en un periódico, que hay mucho descontento.

Me escudriñó con sus ojos ciegos.

—Todo podía arreglarse como Dios manda. Con malos modos no conseguirán nada.

A aquello llamaba Patro «malos modos»… Casi sin querer rocé con mis dedos el cabello blanco, hueco y esponjoso sobre su frente, sonriéndome

como si fuera mucho mayor que ella que se curvaba de manera tan visible hacia el suelo. Me dijo:

—Si todos fueran como tú…

Y no pude menos de contestarle, defendiéndome hasta del bien cuando se dirigían a mí de una manera directa:

—Aviados estábamos

y me eché a reír.

—Vamos a notar tu falta. Se queda la casa tan sola…

—Pues mira que yo hago mucho.

—No alborotas, pero estás, ya ves, te echamos de menos. La pobre Tomasa decía siempre: «Se echa de menos a la chiquilla. No mete ruido, pero se la siente».

Me dolió muchísimo el corazón porque Tomasa se acordara de mí, me nombrara cuando me había ido. Era como quedarme un poco.

—Pero tú tan contenta al colegio. Estás a gusto con las monjitas, ¿verdad? Mejor allí, con otras niñas de tu edad.

Pequeñas mentiras, enormes verdades… Me puse derecha. No quería pensar en el colegio, no quería pensar en la Prefecta; cuando no hubiera más remedio la tendría delante, pero antes no; me aislaba por dentro a voluntad, adiestrada desde niña a ponerme así al abrigo de los demás había adquirido tal perfección que de verdad no me alteraba lo que sucediese fuera del voluntario aislamiento.

Francisca no parecía vivir más que al acecho de la vuelta de Tomasa.

—La habrán agachado la cabeza —decía—. La habrán enseñado de una vez.

Tenía ganas de dormir de un tirón hasta la mañana siguiente. (Estaba cerrada la puerta del mirador, y dije mentalmente a los libros: hasta la vuelta).

—Mataron a esa pobre chica inocente, de un tiro, en un balcón de la calle de la Blanca.

—Pero, ¿no ves que quiero dormir, que tengo que madrugar mañana?

Me había despedido simplemente de la abuela, igual que siempre, a la puerta de su cuarto, cuando iba a acostarse; no había acudido a cenar tío

Juan; desde que se restableció el orden dejó de subir a comer a casa, y faltaba por las noches.

Cerré los ojos. Dormir.

Nostalgia de los arcángeles. Yo era… Miradme.

Estaba con aquélla seguramente, pero al fin yo sabía. *Vestido como en el mundo ya no se me ven las alas. Nadie sabe cómo fui. No me conocen. ¿Por las calles, quién se acuerda?* Lo repetía moviendo los labios, con los ojos cerrados, llenos los párpados de estrellitas azules. Me pesaba enormemente el corazón porque de pronto se me iluminaba el sentido de esas palabras desesperanzadas, y detrás de aquel sentido nuevo estaba tío Juan. *Por las calles, ¿quién se acuerda?* Él mismo, alguna vez. Me había dicho: «También yo fui un chico como tú» con aquella esbozada melancolía, o con aquella «nostalgia de los arcángeles»… Pero yo, que no podía acordarme de sus alas, me dolía por él. Pensé: «Los que entráis, dejad a la puerta toda esperanza», como si le hubiesen desterrado del Paraíso al este del Edén, donde se hallaban los hijos de los hombres.

Zapatos son mis sandalias —moví los dedos de mis pies entre las sábanas casi instintivamente—, *mi túnica, pantalones y chaqueta inglesa. Dime quién soy*. Un soplo leve, ligero —su sonrisa en el pasillo— me insinuaba: *Y sin embargo, yo era*… No podía dormir, algo tiraba de mí con irrevertible, desesperada tristeza: *Miradme*.

Sofoqué mis sollozos contra la almohada.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

OceanofPDF.com

LXI

Ni nos dimos cuenta del cambio. Abrió la puerta la Hermana Mandoegui, y se oyó nuestro:

—Buenos días, Hermana.

—Buenos días, Hermana

conforme íbamos pasando ante ella de dos en dos. Nos miró y diría que se alegraba de vernos. Me había creado fantasmas. Lo mismo había pensado cuando el autobús se acercaba al colegio y vi de lejos, en el amanecer, aquel sólido bloque de cemento con su pardo color, y empezó a desvanecerse mi recelo. Venían algunas niñas nuevas en el autobús, habíamos hablado poco, como si hubiésemos perdido la costumbre o los puntos de referencia comunes. En el último banco junto a la portezuela se arrebujaba doña Asunción.

Detrás de la Hermana Mandoegui aguardaba Madre Vergara. No estaba Madre Prefecta a la puerta de la capilla. (Pero en adelante le daré su nombre, Madre Ulía, no el de su cargo). Me alivió no ver allí su pesada silueta y supuse que estaría dentro del oratorio. No estaba. Había, en uno de los últimos bancos, arrodillada y como si no nos sintiera entrar, sumida en recogimiento, una monja que no reconocí. La miré de soslayo al pasar por el pasillo central entre los bancos, y todas hicieron lo mismo, porque menos la Superiora —y entraba rara vez y cuando ya estábamos dentro— ninguna Madre rezaba delante de nosotras, o se arrodillaba en nuestros mismos bancos. No vi más que unas manos enlazadas a la altura de la frente inclinada, con los párpados cerrados. La Madre Ulía no estaba de pie, a la izquierda de los bancos, en su puesto-vigía. Me hallaba desconcertada de que todo fuera distinto de lo habitual y lo figurado, y lo achaqué a que era el día primero de curso, y a todos aquellos desórdenes de fuera.

Al terminar la misa hubo un momento de indecisión porque no llegaba la señal para levantarnos y salir, y acudió Madre Vergara, presurosa, a

remediar el olvido. La monja nueva continuaba arrodillada en el banco, abstraída en la lectura de su breviario.

Mientras desayunábamos entró en el comedor, con los brazos cruzados a la altura del talle, ocultas las manos en las amplias bocamangas negras. Era extremadamente delgada, andaba con los hombros encogidos —sus estrechos hombros la hacían parecer más larga— balanceándose un poco, con el paso rápido, y la caperuza de su toca era más baja que en las demás, pero ya sabíamos que ésta era costumbre entre las profesas de la casa general de Roma. Se acercó a Madre Vergara y habló con ella un momento; era más alta que ella, quizá no lo fuera tanto como Madre Ulía, pero su delgadez extrema y sus estrechos hombros la hacían parecer más alta. Me pareció renegrida de rostro, muy calada la toca sobre la frente, con unos labios largos y estrechos, resecos y amoratados. Todas la observábamos y nos mirábamos. Pensamos que nos habían añadido una nueva Profesora, pero ninguna supuso que se trataba de una nueva Prefecta. Nos lo comunicó Madre Vergara en el recreo del mediodía:

—¿Qué les ha parecido su nueva Prefecta?

—¿Qué Prefecta?

—¿Pero es ésa?

No preguntamos: «¿Dónde está la Madre Prefecta?», refiriéndonos a la anterior, porque sabíamos que eludiría la respuesta, y tampoco nos importaba, en general.

Begoña me dijo que estaba delicada del estómago, que si no había notado nada, cómo le olía el aliento y chupaba caramelos de brea. Pero yo no había notado nada, y me daba pereza el cambio, gente nueva, a mí, a quien sólo la idea de volver a encontrarme con Madre Ulía había resultado intolerable.

—Ya verán qué bien van a entenderse, vale muchísimo. La Madre General misma la ha designado. Está muy preparada.

—¿En qué colegio estaba? —preguntó Teresa Alzola.

—No viene de ningún colegio. Ha estado un año de maestra de novicias en Roma.

Carola dijo:

—Menos mal.

Nos pareció importante que nos enviaran una maestra de novicias.

—Es jovencísima, ¿verdad, Madre? —preguntó Begoña—. Me ha parecido una cría.

—No se habla así de las Madres —corrigió Madre Vergara.

Y añadió con su pacífica sonrisa:

—Las Madres no tienen edad.

Begoña volvió a preguntar:

—¿Se conservan en alcohol? Qué más quisieran.

Era el primer día y había una tolerancia mayor. No había internas nuevas. Estábamos al completo. Faltaban por llegar Elvira e Iciar. Me sorprendió por la tarde ver a Margarita Altube incorporarse al estudio. Creí que no volvería más. Ella misma entró con la cabeza baja, esquivando nuestras miradas, y ocupó su puesto apretando los labios. «Va a cumplir dieciocho años», pensé. Y me pareció que no era una edad para estar entre nosotras. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Si yo tuviese dieciocho años, ¿qué harían conmigo? Era una monstruosidad que su familia… Estaba Blanca a mi derecha lo mismo que si nos hubiésemos despedido ayer —sólo que su color pálido había sido sustituido por aquel tostado del sol—, parpadeando de prisa, con su timidez insuperable, sin siquiera mirarme, como si no me hubiera escrito durante el verano aquella carta con tanta confidencia y tan retórica, o quizás apurada por haberla escrito, aunque bien sabía que ninguna de las dos aludiríamos a ella.

Estaba Paz, con sus ojos maliciosos y el maxilar colgante; estaban las dos Alzola tostadísimas también. En el recreo, Geni se había remangado el puño del uniforme acercando su antebrazo a mi muñeca:

—A ver cuál de las dos está más morena.

Le habían cortado el pelo como a un chico y se echaba las mechas cortas hacia la cara, y Teresa traía zapatos de medio tacón y hubiera asegurado que se había pintado un poco los labios; me pareció más segura de sí misma, como si le hubiesen sucedido cosas.

El pupitre de Elvira estaba desierto. Carola llegó después de comer y entró en la clase de física, con la Madre Vicaria. No se había puesto aún el blusón negro, traía su banda de punto de seda morada muy floja sobre las caderas, con el tono rojizo de su piel el pelo parecía casi albino, clarísimos

los ojos, con la nariz despellejándosele, y la cara salpicada de pequitas del sol. Saludó a Madre Vicaria con desenvoltura, dijo volviéndose hacia nosotras:

—Hola.

—Ocupe su puesto.

Vi que con los ojos buscaba sitio a mi lado, pero estaban ocupados ya.

—Por hoy póngase en cualquier lado.

Se fue hacia el fondo de la clase.

Habían llegado Ina Salazar y Silvia Martínez conmigo en el autobús de la mañana. Por lo que contaron, Ina había pasado los quince días últimos del verano en casa de Silvia, esperando la retrasada vuelta. Iciar llegaba siempre tarde al curso. Iban habitualmente las tres juntas, y Geni volandera de una a otras, y aunque habían transcurrido cuatro cursos seguíamos llamándolas «las pequeñas» y las manteníamos al margen. Sólo Blanca Deva tenía mi edad: acababa de cumplir catorce años y a mí me faltaban apenas tres meses; Carola haría los quince en Navidades, Teresa y Elvira los habían cumplido ya, y entonces me parecía mucho, aquel año de diferencia. Exceptuando a Margarita, Begoña y Paz eran las mayores, aunque Paz, a sus dieciséis años continuase en segundo, y aun supongo que por darle ilusión de superarse.

La nueva Prefecta acudió con las internas al recreo de la noche. La habíamos visto en el de mediodía subir por el caminito asfaltado bajo la marquesina y dirigirse a los varios grupos de recreo de las mediopensionistas: mayores, medianas, pequeñas. Más o menos estábamos pendientes pensando que vendría al nuestro, reunidas en el campo de baloncesto. Pero la Madre Vergara, tras mirar su reloj, dio la señal para bajar al estudio. «Nos deja para el final», pensé, porque me daba cuenta de que para las mediopensionistas sólo tenía aquella hora y el brevísimo recreo de la tarde, y nosotras permanecíamos allí.

Entró cuando estábamos cenando y remplazó a Madre Vergara. Llevó nuestra exigua fila hasta la capilla y fuimos colocándonos en nuestros puestos y, como por la mañana, ella se arrodilló también detrás de nuestros bancos. Ocupó esta vez el tercer banco, ya que apenas llenábamos dos nosotras. Esperamos la señal para que Teresa Alzola iniciara la oración de

la noche, a la que todas nos incorporaríamos, pero no sonó, y Teresa se volvió, preguntando con los ojos, y debió de recibir señal afirmativa, porque empezó a rezar. Al terminar ninguna nos movíamos, aunque Paz Echandonea empujaba para que nos levantásemos. Llegó desde el tercer banco una voz que nos dijo (sin hablar bajo, como si no estuviéramos en la casa del Señor en donde la Madre Ulía solía decir que deberíamos «hasta pisar más débil»):

—Cuando hayan terminado sus oraciones, se levantan y salen. Las empiezan cuando estén recogidas, nunca antes. No esperen señal.

Y acompañó a la fila hasta el recreo. Blanca Deva corrió a buscar el banco de la clase de religión mientras la Madre la miraba en silencio, con el rostro levemente inclinado y la mirada concentrada en ella. No dijo nada (pero yo sentí aquella punzada de vergüenza, aunque como me hallaba alejada no quería intervenir y oír a Paz: «Haciéndose la buena. Haciendo méritos»).

Nos sentamos como siempre, formando escuadra frente a su silla. Dijo:

—Ésta es Geni, la benjamina. Siéntese aquí, a mi lado.

Geni corrió, deslizándose sobre el linóleo, con la cara resplandeciente.

—Sé que está usted entre nosotras desde que era chiquitina. Cuanto más niñas —sonrió y su sonrisa no era un gesto, sino una expresión íntima, profunda, que le ascendía hasta los ojos—, más amadas.

Aquélla fue una de las primeras cosas que señaló su prefectura: no era importante ser de las mayores, no era importante ser muy aplicadas, no era importante ser modosas: era importante ser naturales, sencillas, verdaderas. Todo lo demás era artificio, y no lo despreciaba como nosotras, sino que pacientemente procuraba desentrañar qué ocultaba el artificio, si era un hábito creado que había que desarticular, si era defensivo, o si era constitución del alma.

Nos fue reconociendo amistosamente. Dijo:

—No me digan nada, vamos a ver si acierto quiénes son. La pequeña, Geni… —dijo apartándola con una mano—, Margarita, Paz.

Dudó entre Teresa y Blanca. Blanca se adelantó, parpadeando de prisa:

—Blanca Deva.

Dijo:

—Blanca. Y, entonces, Teresa.

Se inclinó hacia ella.

—Si se parece a su hermana, se parecen. Y… ¿Begoña? —preguntó mirando incierta a la propia Begoña.

—Sí, Madre, soy yo.

Quedó dudosa entre Silvia e Ina que dijeron sus propios nombres.

Se volvió a mí, y afirmó:

—Usted es Tadea.

Súbito calor en el corazón. Pero en seguida la duda: ¿qué le han dicho de mí para reconocerme tan pronto? ¿Por qué no ha dudado como con Begoña? ¿Qué sabe de mí? Y deseé que se hubiera equivocado con mi nombre.

No nos nombró a ninguna por el apellido. Para ella fuimos Geni, Margarita y Paz, Begoña, Blanca, Teresa, Ina, Silvia y Tadea.

—Y usted, Carola; no me diga que no.

Begoña dijo:

—Es la única que queda.

—Ya nos conocemos todas.

—Faltan Iciar y Elvira.

Sonrió.

—Lo sé.

La nueva Prefecta se reía de una manera espontánea, aunque era más bien seria; solamente habíamos visto reír a Madre Azpiazu y para eso se tapaba la boca con la mano cuando le brotaba la carcajada. La nueva Prefecta se reía echando un poco atrás la cabeza, diré que con toda su alma, con las manos cruzadas bajo las amplias mangas, levantaba y encogía aún más los hombros cuando se reía, y todo podía hacerla reír: la infantilidad de Geni, mantenida por seguir siendo la más pequeña del grupo, las bromas de Begoña Mundaca o, simplemente, un pelotazo que en el baloncesto cayera cerca de ella, o sobre una de nosotras. ¿Era joven? Supimos que sí, aunque también Madre Vergara había dicho una real verdad con el «las Madres no tienen edad», porque Madre Gaytán —éste era su nombre— nunca me pareció ni joven ni vieja, pero sí la sensación de que atravesaba el tiempo, que lo consumía. (O quizá lo que aquí llamo tiempo fuera Dios).

—No me llamen Madre Prefecta. Llámenme Madre Gaytán, como a las otras Madres.

Y nos aclaró:

—Ser Prefecta del colegio es un cargo, no es un nombre.

Levantó la mano derecha.

—Y no renuncio a ese cargo. Creo —dijo con la mirada a lo lejos— que siempre había soñado con llevar almas jóvenes a Cristo, fue uno de los motivos de mi vocación, transmitir su amor. Pero el cargo no soy yo: soy la Madre Gaytán, y cuando dejo de ser maestra de novicias, o Prefecta o lo que Dios quiera, sigo siendo la Madre Gaytán. Lo otro —sonrió— es pegadizo. No se es más ni menos por algo que se puede tener y dejar. Sólo queda la verdad de esta religiosa, una criatura humana como ustedes que se ha entregado a Dios… Ni depende de la voluntad…, aunque —comentó como interrogándose a sí misma— quizá mi voluntad fuera ésta…, ni imprime carácter. Es algo que se quita y se pone como un vestido. No diré como un hábito —se llevó las manos al ceñidor—, el hábito llega a ser la piel del alma, el único vestido del alma, la túnica de Él, ¿lo saben?

Estábamos absortas, algo incómodas, o a la expectativa ante aquella monja que nos hablaba en aquel tono desusado, que se hablaba a sí misma en presencia nuestra; parecía ignorar las consignas tácitas de reserva e indiferencia, y, sin extremismos ni grandes gestos, tiraba por la borda cuanto hasta entonces eran principios intangibles.

—Llámenme, pues, Madre Gaytán.

No lo hicimos. Espontáneamente suprimimos el nombre de persona o cargo y la llamamos Madre, y no nos dijo «No me llamen ustedes así», sino debió de parecerle natural y que la habíamos comprendido.

Se acabó la conversación anodina y hasta pueril como base de nuestra relación con las monjas, al menos con ella; y sin querer empezamos a dejar de admitirlo en las demás. Y no es que no continuáramos siendo, a veces, pueriles, y ella misma, pero no como ambiente, no como sistema, sino como remanso del alma, como hallazgo gustoso de lo que había en nosotras de simple, de cándido. Y esta risa y esta expresión pueril nos dejaba la conciencia limpia por unos días, relajada la tensión anímica de aquellos tiempos, era como una brisa.

Vino a las camaretas, más bien pasó —se mantenía un segundo derecha junto a la cama—. No me dijo ni una palabra personal: me tendió el crucifijo a besar, dijo:

—Su paz contigo.

Y me lo dijo siempre desde aquella noche primera, y supongo que a las demás también, y decía sólo entonces «contigo», y no «con usted», y era como un levísimo regalo de ternura.

Y nada más. Durante mucho tiempo no dijo nada más, y solamente lo hizo cuando creyó que lo necesitábamos, no imponía su presencia. No era amiga de blanduras como pudimos comprobar a lo largo de su mandato —si aquello era mandato y no comunicación, como gustaba de llamarlo—, y si tenía que hablar con nosotras prefería que fuese de día en su cuarto, o si nos encontraba en un pasillo, o en los recreos, o en el monte, pero cuando venía a nuestras camaretas sólo nos traía «Su paz». Era enjuta de carnes y de corazón. Muy seria. Las cosas que decía eran siempre primordiales y hondas, nos alegraban. ¿Quizá porque nos llegaba desde las novicias? ¿O porque presentía su corto paso y quería colmamos en tan breve espacio de tiempo, comunicamos Su conocimiento y Su amor, podamos aquella proliferación de fórmulas externas, todo cuanto había convertido la religión en costumbre, el trato humano en defensa, la devoción particular en fetichismo, la idea de la sociedad en estratos establecidos e inamovibles? Y esto último porque veía a Cristo en todos, y le dolía el injusto trato como si fuese obligada a presenciar Sus carnes azotadas. «Éste ha sido uno de los motivos de mi vocación», dijo sin rodeos la primera noche, en el primer recreo. Su vocación éramos, pues, nosotras, y Dios.

Bullía el silencio de aquella primera noche en las camaretas. Habíamos vuelto al colegio a regañadientes y nos habíamos hallado con algo nuevo que iba a roer nuestra indiferencia, nuestro conformismo o nuestra abulia, que iba a sacar al aire la soterrada rebeldía, que soltaba ataduras y nos dejaba libres de manifestarnos. No «nuestras colegialas», sino Geni y Paz y Elvira y Silvia e Iciar e Ina y Teresa y Margarita, Begoña, Blanca, Carola, Tadea. Y hallábamos esto al embocar la edad en que comenzábamos a diferenciarnos, y en que, al propio tiempo, éramos sólo una interrogación ardida, inmensa, que había venido a sustituir nuestra credulidad primera; en

que nos habíamos dado cuenta de golpe —fue un conocimiento brutal, sin graduaciones— de que vivíamos en un mundo mal hecho, con absurdas diferencias sin sentido que nacían de motivos ajenos a la voluntad y en el que nadie —salvo esta Madre Gaytán— nos hacía sitio.

OceanofPDF.com

LXII

Creímos que iba a comenzar una vida distinta y nos llamó la atención que las cosas se estancaran. La nueva Prefecta estaba en su cuarto, con la luz de la pantalla verde, con el recuadro de cristal en la puerta, pero no llamaba a nadie. Nos habíamos mirado unas a otras para saber quién sería la primera, aunque nos figurábamos que sería Geni, pero el timbre no sonó. La veíamos los domingos en el recreo, después de comer, y así fue tomando contacto con nosotras, y diferenciándonos. Acudía con Su paz por las noches, y al marcharse, andando por el pasillito estrecho, rápida, no rezaba en alta voz, como la Madre Ulía. Se oía el clic de la llave de la luz, y no quedaba encendida la del principio del pasillo, sino oscuridad completa.

¿Qué hacía todo aquel tiempo en su cuarto, sola? Nos parecía que tenía que acabar por llamarnos, pero no lo hizo. ¿Quizás estaba esperando una orientación de nosotras mismas, o tener algo directo que decirnos, o conocernos mejor y saber cómo actuábamos para deducir cómo pensábamos? Geni se agachaba hasta el recuadro del cristal, al pasar en filas, y nos decía:

—Está leyendo.

O:

—Está escribiendo.

O:

—No hace nada.

—¿Nada…?

—… con las manos juntas así, y con los labios apoyados sobre ellas.

—Chica, estará rezando.

—Estará en meditación.

Un día nos avisó:

—Está en la ventana.

Y pudimos comprobarlo mientras la fila pasaba, camino del monte, bajo la marquesina.

Estaba, en efecto, ante su ventana abierta, de pie, derecha, y no nos miraba, pero al oír nuestro rumor volvió la cabeza hacia nosotras y nos miró con fijeza y vaguedad. Nos miró como mira uno a otro desde las ventanillas de dos trenes que se cruzan.

Elvira comentó en los lavabos:

—Estamos en grande. No se mete en nada.

Sacó un espejito de la faltriquera y se miró, se atusó con saliva las cejas espesas.

—Desde el principio que se dé cuenta de que no nos va a mangonear, no somos peques.

Guardó el espejito.

—¿Has visto a Teresa Alzola? Se pinta los labios. Ha traído un tubo de cera roja y dice que es que se le abren con el frío y se embadurna que da gusto.

Se reía:

—Y con esta Prefecta que no se mete en nada, va a ser la monda, vas a ver.

Me salpicó la cara con agua.

—*Evviva la rivoluzione sociale!*

Me volví hacia el pasillo, donde estaba la Hermana.

—Te está oyendo todo.

—Que me oiga, pues mira que me importa.

Me había preguntado:

—¿Recibiste mi carta, fresca? Mira que eres, hija, ni contestar… Lo hubiéramos pasado de maravilla.

Oímos el carraspeo de la Hermana.

—Va, Hermana, sin apurar, déjenos un poco.

Y sin esperar mi respuesta:

—Te digo una cosa si no se lo dices a nadie, ¿te lo imaginas? No digas ni una palabra. Dame tu palabra…

—Palabra.

—Tengo novio.

Sonreía y le temblaban los labios. Había sido como un torbellino caliente sus palabras «Tengo novio», aunque no me sorprendieron en ella,

ni se me ocurrió que podían ser mentira: sabía que en ella era cierto.

—Jugábamos al tenis y él no me tocaba de pareja, pero se cambió. Es estupendo. No se lo he dicho a nadie, ni él tampoco; me has dado tu palabra, no seas fresca.

Tenía las gruesas trenzas recogidas encima de la cabeza.

—Le gusto con el pelo recogido. Es un sol. Si le vieras… Tienes que conocerle, ¿sabes?, le hablé muchísimo de ti y que eras mi más amiga.

No esperaba comentario alguno, continuaba:

—Estábamos en el campo, y tenía una pandilla, una juerga, chicos y chicas, y tenía más de uno por mí. Chica, bárbaro —sonrió, entornando los ojos, con su pestañeo rápido—. Al principio papá no estaba muy conforme porque eran casi todas de la institución libre de enseñanza, te tengo que contar, estudian chicos y chicas juntos. Pero papá dice que una señorita, con las monjas, y lo mismo dice Antonio, fíjate, que es de ellos, pero dice que…

Se rió.

—Y no aquí, que es como nombrar al coco. ¿Y tú? Me tienes que contar, ¿eh? Otro día. Adiós, guapa.

Se fue con el remolino de su falda tableada bajo el blusón negro. Me pareció mayor y un poco lejana porque tenía novio, porque hablaba con hombres. Había entrado cuando llevábamos ocho días de curso. Llegó después del recreo de la noche y se incorporó a la fila hacia las camaretas. Traía los párpados hinchados y enrojecidos y un mohín terco en los labios. Le soplamos la novedad de la Prefecta y se alzó de hombros. Nos dimos cuenta de que estaba furiosa y exasperada. A mí me había dicho al acercarse:

—Hola, chica

con una sonrisa apagada, impropia de Elvira. Pero diré que su sonrisa cambió aquella temporada, y fue una sonrisa lenta, perezosa, como si se le recreara la sonrisa en la carne, como si fuera gradualmente propagándosele a toda ella, no la rápida y jugosa sonrisa de antes; alguna vez volvía a hallársela cuando jugaba con las pequeñas en el monte, pero en líneas generales fue sustituida por aquella sonrisa especial, no luminosa sino oscura e indescifrable, como si llegara desde una región vecina al sueño.

Al día siguiente de llegar me había soplado el pelo cuando íbamos en fila, y Madre Vergara la había colocado más atrás: la sacó de filas, la midió con Teresa Alzola y con Carola, y puso a Blanca inmediatamente detrás de mí, porque las otras habían crecido, alterando el orden de la fila. Elvira comentó:

—Ni que fuéramos reclutas.

Madre Vergara le hizo un gesto para que se callara. Contestó sin bajar la voz:

—Yo he ido toda la vida allí, ése era mi puesto. Pero si ahora hay modas nuevas…

Madre Vergara la sacó de filas y la hizo marchar la última, detrás de Margarita Altube.

—¿Qué tal ésa? —me preguntó en el recreo, al día siguiente, indicando con la cabeza hacia el recuadro de cristal—. ¿Es potable?

Dije:

—Bien.

Se rió.

—No sé para qué te pregunto, nunca sueltas prenda. Conmigo que no se meta.

Se volvió a Teresa Alzola.

—¿Tú qué opinas?

Teresa dijo:

—Bien. Qué sé yo.

Geni:

—Es estupenda.

—Al principio todas son buenas. Veremos. Margarita echa de menos a la Madre Ulía.

—Eres lerda.

—Como eras su preferida… Ésta tiene de preferidas a las pequeñas, lo dijo ella misma, qué cómodo.

—Pues entonces me es simpática —dijo Elvira—, me cae bien.

—No dijo eso exactamente —protesté.

Paz dijo:

—A mí me gustaba la de antes. A mí…

Y Elvira le habló como si fuera una niña pequeña.

—Tú no cuentas, a ti no te gustan los cambios, ¿eh? Tú dale y dale, lo malo conocido, por no cambiar.

Paz farfulló:

—No me gustan los cambios.

—Pues a mí sí. Estaba de la Madre Ulía hasta aquí. —Y se señaló lo alto de las trenzas.

—¿Te hizo algún daño? —preguntó Margarita Altube con gesto desdeñoso.

—¿Me hizo algún bien? —le contestó rápida.

—Más del que crees. Cuando entraste eras una ordinaria.

Elvira se sonrojó y le temblaron los labios.

—Pues mira que tú eres fina, pareces un chicote, con esos modales. Todos lo dicen.

Se acercó Madre Vergara.

—*What is the matter?*

Y nos disolvimos, dispersándonos por el campo de juego.

How do you say? Niñas, a jugar, que está mosca.

—Madre Vergara está tomando prerrogativas, como la otra no se mueve. *How do you say?*

Carola dijo, sin intentar camuflarse con el estribillo en inglés:

—Ya se moverá. Lo que hizo en la capilla está bien.

Ya no nos importaba entrar en el oratorio, diré que lo apetecíamos, porque era, al fin, un rato para nosotras sin nadie mirándonos. Sabíamos que estaba detrás, arrodillada como nosotras, y todo se desenvolvía igual que si hubiera señales, pero, por ejemplo, yo podía no estar leyendo en el libro todo el tiempo —o haciendo que leía, con las hojas abiertas y el corazón a mil leguas—. Sentía dentro de mí que no era pecado distraerme de aquel modo, que incluso a Dios podía gustarle que estuviera, simplemente, en presencia Suya, y pensase lo que me viniera en gana; creía que si yo fuese Él iba a causarme pena el que una criatura mía estuviese cohibida ante mí. Por eso me gustó lo que dijo la nueva Prefecta cuando Begoña en broma contestó a no sé qué en el recreo del domingo:

—Santo temor de Dios.

—¿Temor por qué? —había preguntado rápidamente, como si le hiriese la palabra.

Begoña se desconcertó.

—No sé. Se dice así. Lo decimos así, ¿verdad, chicas? Porque todo lo puede.

—¿Y creen de verdad que abusará de Su poder? ¿Es ésa la idea que tienen de Él?

—Eso es lo establecido —dijo Carola, levantando la frente.

—¿Y se conforman con lo establecido? —preguntó. Hablaba siempre de una manera grave y vehemente—. Él quiere otra manera de amar, otra manera de vida.

—Hay también el dolor de atrición —dijo Begoña.

Madre Prefecta la miró fijamente. Dijo:

—Para mí no sirve. Me parece impuro.

Sentí en la iglesia una mayor confianza. Si Él buscaba mi amor, pero un amor elegido en libertad, no constreñido por el temor, si me quería, y quería que Le quisiese, que no intentara retenerme, sino, al contrario, que me expresase.

A veces pensaba: «Al cuerno la oración, no tengo ganas», o: «Estoy aquí en mi banco, y pienso estas cosas y aunque no sean Tú, mírame pensar y es como si te lo dedicara». Y me di cuenta de que aquélla era también una manera de orar, una manera honda, seria, vital, que le hacía partícipe de mi intimidad, que se la daba.

OceanofPDF.com

LXIII

—*He aquí que el Señor vendrá* —cantaban en vísperas las monjas en la iglesia grande.

—*Y todo su pueblo espera en Él.*

Nos llevaba a las tribunas Madre Azpiazu, y buscábamos la silueta de la nueva Prefecta entre las monjas que se arrodillaban, recubiertas con su velo blanco que les caía por delante, velándoles el rostro, y el largo manto atrás. No la reconocíamos. A Madre Vergara sí, porque cojeaba un poco. Nadie nos decía: «No vuelvan la cabeza. Miren al altar». Quizá porque también Madre Azpiazu había recibido órdenes en tal sentido, y diríamos que esas órdenes la complacían, aunque no así a Madre Vergara. Hacíamos honor habitualmente a esa confianza y creo que había una más consciente compostura, aunque aún no hubiéramos llegado a interno recogimiento.

—Qué hermosa voz, Elvira —dijo la Madre en el recreo la vez primera que la oyó cantar, el día de la Inmaculada—. Es una pena que no dé usted canto.

Elvira se irguió derecha, con la pesada corona de sus trenzas. Sonreía a la Madre.

—¿Quién me lo va a dar, Madre? Cantan como grillos.

La Madre repitió:

—Cantan como grillos, es verdad. Pero es una pena que no eduque usted su voz. Una voz tan rica.

—La Madre Ulía decía que no tenía voz devota.

—Puede ser —dijo—. No lo que entienden por voz devota.

Sonrió a Elvira.

—Usted tiene una voz conmovedora.

Fue la primera en acudir junto a la Madre voluntariamente. Al día siguiente, durante el estudio, se puso de pie y levantó la mano derecha. Madre Monleón inclinó la cabeza, asintiendo, y la vimos salir sin mirarnos, aunque todas nos quedamos con enorme curiosidad. Fue sin ser llamada, de

una manera espontánea, y cuando regresó, al cabo de unos veinte minutos, me hizo una seña para que acudiera a los lavabos. Se reunió conmigo.

—Es bárbara —me dijo—. Me encanta. ¿A ti no?

—¿Qué habéis hablado?

—Le he dicho que tenía ganas de hablar con ella, y me ha preguntado si me gustaba mucho hablar, pero como no parecía tener importancia para ella le dije la verdad: que a veces, sí. No se dio, ¿y sabes qué me dijo? «Pues este plan de vida debe de ser para usted una tortura. Habrá que preverlo». Como oyes. «Habrá que preverlo». ¿Nos dejarán hablar en filas? Chica, qué Madre. Viene llena de ideas nuevas.

—No —dije.

—¿Cómo no?

—No me parecen ideas nuevas. Son las ideas.

—¡Que te zurzan! Estuve a punto de soltarle lo de Antonio, no sé cómo me pasó, si me descuido se lo suelto. Inspira confianza.

—Ándate con ojo.

—¡Si no se lo dije! Llamé al cristalito, me agaché y ella se volvió y me hizo con la mano señal para que entrara. Chica, qué apuro. Le dije: «Madre, ¿la molesto?». Me contestó: «La estaba esperando, ya ve». No se sonreía como la otra, pero era igual, porque me escuchaba con tanta atención, daba gusto. ¿Cómo sabía que iría? ¿O es que quería que fuésemos? A lo mejor por eso no llama, espera que vayamos nosotras.

—¿Tú crees?

—Debías ir, hija.

No me sentía con fuerzas, recelaba.

Se lo dijo también a Teresa Alzola, porque quién más quién menos todas indagaron sobre su visita.

El domingo en el recibidor no circulaban ya las Madres, estaban las niñas solas con sus familias. Pregunté:

—¿Y la Madre tampoco?

—Tampoco. No baja. Únicamente que alguna familia la haga llamar, y entonces va. Estamos solas, y hasta nuestras familias están más cómodas.

—Pues en casa no —dijo Margarita Altube—. Les parece que es excesiva libertad.

—La libertad nunca es excesiva —dijo Carola.

—¿Qué sabes tú?

—Es o no es. Es como si dijeras que la fe es excesiva. Son cosas que son o no.

—Qué pedante, es insufrible —Margarita parecía haber heredado la hostilidad de la Madre Ulía hacia Carola.

Era durante el recreo de la noche, el único en que se nos permitía hablar en nuestro idioma.

—Nos han mandado para que nos vigilen y no para que campemos por nuestros respetos.

—Será a ti.

—¿Y a ti, para qué te han mandado? —los ojos hundidos, llameantes de Margarita Altube—. A todas nos han mandado a lo mismo. Si te quisieran dejar en paz, estarías con tus padres.

—Quieren que me eduque en España. Aunque no te debo ninguna explicación.

—Y si estuvieran en España discurrirían otra cosa. Igual que todas.

Hubo un silencio triste, durante el cual creo que todas nos interrogábamos.

—A mamá le ha parecido demasiado joven —comentó Begoña—. Dice que no sabe si va a poder hacerse con nosotras.

—Pues papá la encontró muy simpática —insistió Elvira—. A la otra no la podía ver, con aquellos aires… Pero ésta, es tan sencilla.

—De sencilla, nada —volvió a decir Margarita Altube—. ¿Qué dijo tu madre?

—No dijo nada —contestó Blanca Deva—. No se mete en esas cosas, son cosas de las Madres.

—Pues para eso paga —dijo Margarita Altube. Y se calló, cortada. Blanca enrojeció, palideció, y bajó los ojos.

—Bueno, chica, lo siento.

Paz se echó a reír, con ojos chispeantes de malicia insana.

—Blanca está de gratis.

Y Elvira le dio un empujón.

—Tú te callas la boca, mona. Te estás calladita que te irá mejor.

Paz tenía una admiración inmensa por Elvira, que le había enseñado una foto de carnet de Antonio. «Ésta no dice nada, y si lo dice, no la creen». Elvira no podía callarse las cosas, se le escapaban, se le desbordaban. A Paz la deslumbró el que Elvira le confiara un secreto y le enseñara la foto. Se pegaba a ella en el recreo, le repetía machaconamente al oído:

—No se lo dije a nadie. Yo no lo dije.

Y Elvira la empujaba.

—Ya está bien. Pues no me vuelvas a hablar de ello. Si no, no te cuento más.

Y como era desbordante y veía la cara abobada de Paz, la atraía con la mano y le plantaba un beso que dejaba a la pobre Paz tras ella, con una fidelidad animal.

—No anden tocándose —advertía Madre Vergara.

—Si es a Paz —contestaba Elvira, inconsciente de su crueldad.

Después de Elvira, fue Teresa Alzola al cuarto de la Madre, y empezaron a desfilar Iciar, Ina, Silvia, Paz Echandonea, y hasta Geni que rara vez había acudido más de cinco minutos —con motivo de su santo u otra fecha— con la Madre Ulía.

(Dedujimos, por lo que Paz contó a Elvira, que le había dicho:

—¿Sabe? Cuando Jesucristo dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí», estaba usted ya en Su Pensamiento.

Pensé: «¿Y si estaba, por qué no lo evitó, ya que podía? Si la amaba…»).

Iban a llegar las Navidades y ni Margarita Altube, ni Carola, ni Blanca se decidían. Yo había determinado no ir, defender mi intimidad, no dejar que me la asaltaran. Pensé que Margarita y Begoña no acudían por fidelidad a Madre Ulía. Blanca por timidez, por deferencia —esperaría a ser llamada—. ¿Y Carola por qué, si estaba de acuerdo con las nuevas normas? Me dije a mí misma que era por respeto, y por dignidad.

—¿No han saludado ustedes todavía a la Madre Prefecta? —indagó Madre Hornedo en el recreo. Y yo sabía que iba por Carola.

Nos callamos las que no habíamos acudido, dejando hablar a las otras.

—Tiene estudios especiales de Teología —miraba a Carola—. No dirán que no les han buscado Prefecta apropiada. Y además —hizo una parábola

con la mano— un espíritu amplio, en ciertas cosas, según habrán podido apreciar. Pero creo que deben acudir todas a saludarla, es casi una cortesía. Desea ser para todas directora espiritual, amiga.

—¿Por qué directora? —preguntó Carola, siempre en guardia con Madre Hornedo—. No queremos que nos dirijan, queremos que nos enseñen. Y hablar, si fuéramos amigas…

—¿Amigas? ¿De la Madre Prefecta?

—¿Por qué no? ¿No tuvo amigos el Maestro? Pero no se puede improvisar, no se puede decidir: ahora vamos a ser amigas.

—¿Qué es entonces ser amigas, según usted, puede saberse?

—No se puede definir, ahí está. Nada importante se puede definir. ¿Qué es la fe? Contestar: creer lo que no vimos me parece una tontería.

—No sabe lo que dice. Creer lo que no vimos es la respuesta ortodoxa, y no permitiré semejantes comentarios delante de las demás.

Carola dijo, violenta:

—Pues no he dicho nada. Lo retiro.

—Como siempre además se ha evadido usted de la respuesta. No sabe concretar. No sabe razonar. Pregunté qué idea tenía usted de la amistad, escuetamente.

—Algo indefinible, ahí está, ¿cómo voy a razonarlo? Indecible, indivisible y superior. Creo que un amigo es algo casi sagrado, puro, voluntariamente elegido, casi milagrosamente hallado. Y en esta cualidad de elegido está su fuerza, y lo hace propio. Por eso no se puede forzar a nadie a ser amigos. Jesús fue amigo de Lázaro, de Marta, de María, y amó a Juan.

—¿Por qué distingue entre las dos cosas?

—Porque las distingue San Juan en su Evangelio, me parece. Lloró por Lázaro e hizo algo por él: resucitarle. Por Juan no hizo nada tangible: le dejó que se apoyara sobre Su Pecho, y confió el nombre del traidor, se expansionó con él. El amor me parece que tiene siempre algo egoísta. Bueno, egoísta no, que espera algo, y la amistad es más desinteresada, y comunicación, además.

—Luego, ¿admite que la amistad es comunicación, y desinteresada?

—Naturalmente.

—Entonces, ¿por qué no pueden ser, en ese sentido, amigas de la Madre Prefecta o es que creen que espera algo que no sea ayudarles?

—Tiene que ser voluntario.

—Entonces —cómo había retorcido el argumento—, usted no tiene amigas, porque no la veo que se expansione jamás, que…

Carola no se inmutó. Con las manos dentro de los bolsillos, tuvo aquella sonrisa fina que le remangaba un poco el labio a la derecha.

—No las tengo.

Me dolió porque era negamos.

—Lo siento por usted. La sequedad del alma…

Al día siguiente de esta conversación con Madre Hornedo, cambió mi cuaderno por el suyo en filas. Lo hacíamos con toda naturalidad y era la mejor manera de pasarnos las cosas. No lo abrí hasta llegar al estudio.

Yo no soy yo. Soy éste
que va a mi lado sin yo verlo;
que a veces voy a ver,
y que, a veces, olvido.
El que calla, sereno, cuando hablo,
el que perdona, dulce, cuando odio,
el que pasea por donde no estoy,
el que quedará en pie cuando yo muera.

Era su manera de hablarme. La víspera había dicho toda la verdad, y entonces lo comprendí. Me acordé de Juan en el pecho de Jesús, pero pensé que no, que ella había dicho muy bien: que la amistad era la grave y enteriza relación con Lázaro.

OceanofPDF.com

LXIV

Cuando llegué a casa me pareció que acababa de salir de ella. Había empezado tan tarde el curso, y las normas del colegio removidas como si se estuviera desbrozando un camino nuevo para que lo anduviésemos habían llenado aquel tiempo de curiosidad y atención. La nueva Prefecta no nos despidió. A la salida del oratorio, en silencio, nos vio pasar hacia la puerta, y nos observaba abstraída.

Al llegar a casa vi a Tomasa inclinada en la ventana, y se metió hacia dentro al divisarme. No había vuelto a acordarme de ella. ¿Ya la habían soltado? Me apuraba iniciar de nuevo trato con ella cuando me la encontré en la puerta de vaivén, lo mismo que hizo siempre, solamente que no sonreía.

—¿Ya de vuelta, chavala? Pronto os sueltan, ésas.

Le dije:

—Hola

intentando sonreír con naturalidad.

—Lo único que quieren ésas es sacar cuartos

y se metió en la cocina empujando la puerta con fuerza.

—Hola —le dije a Patro que estaba ante su mesa, leyendo un libro de oraciones, con una lupa.

—¿Quién? —preguntó, arrugando mucho los ojos.

Movió una mano en el aire con el gesto de palpar.

—Soy yo, mujer. ¿O no me ves?

y me agaché hasta sus ojos.

—¿No me ves?

Sonrió, con la mirada vidriada y empañada, llena de niebla.

—Ahora sí, tocha. Estabas a contraluz —dijo.

Francisca estaba junto a la abuela; comentó al verme:

—La verdad que esas Madres están siempre dando vacaciones.

No sabía decir si la abuela se alegró o no de mi presencia. Preguntó:

—¿Te dieron las notas?

Dije:

—Sí.

Tendió la mano y le di el cuadernillo.

—¿Qué tal?

—Bajé unos puestos.

—Hay que apretar —dijo.

Me fui a mi cuarto. No hallé la sensación de intimidad, de yo misma, que esperaba. En el mirador hacía frío y tenían cerrada la puertaventana. Más allá, los árboles descarnados no encubrían ni llenaban de sombra el muro del colegio de chicos. Salía por la chimenea de la casa de Venancio una columna de humo. Qué pereza volver a hallarse con los problemas de los demás, que no eran mis problemas… En la caseta no hallé a la *Diana*. Estaba llena de hojas caídas, arrastradas hasta allí, como si nadie la habitase, y, a un lado, arrollada, la cadena. Subí, cabizbaja, la escalerilla hacia el *office*, y Tomasa me espetó:

—La cascó, la perra. ¿La buscabas?

Como si estuviese encantada de darme una mala noticia.

—¿Qué te pasa, otra? Más importante es que se muera un hombre, otra ésta.

Me fui, porque me ahogaba el llanto. Empecé a montarme por dentro, a exagerarme mi propio amor a la *Diana*: «Mi única amiga. La única que tenía. Y va y se muere». Tenía gana de volverme contra Quien lo decretó.

Que no me explicaran nada. Aquella terrible sensación de la caseta vacía, llena de hojas, y la cadena inservible arrollada… (La había soltado siempre que pude). Aquella cadena se amontonaba sobre mí, pesaba terriblemente.

Esquivé a Tomasa porque me había parecido mal su manera de decírmelo. Pensé: «Es una bruta». Y también pensé: «Se venga en mí. ¿No decía que me quería tanto y cuanto? ¿Creerá que no medié por ella?».

¿Le habría hecho algo a la perra? No la consideraba capaz.

—Está que muerde —me contestó Francisca por la noche, cuando fue a ordenar mi ropa en la cómoda—. ¿Creerás que vino humildita y agradecida a la señora? Quiá, hija. Entró sacudiendo las puertas y como si le debieran y

no le pagaran. Así es la burra esa; no sé cómo la señora la aguanta. Será tu abuela, pero tiene al enemigo en casa, te lo digo yo, que la conozco.

—Me dijo que la *Diana* había muerto.

—¿Quién?

—Ah, ya. Mira qué cosa. Claro, estiró la pata, estaba más vieja que carracuca; no servía para nada.

—¿Pero se murió?

—Sí, se murió, por las buenas. Se la encontró Venancio muerta; empezó por reúma o algo así, estaba baldada. Y Venancio y Tomasa venga a taparla con sacos y a ponerle calor. La llevaron a su casa y la cuidaron como si fuera uno de ellos, mira qué chifladura.

¿Por qué, entonces, había dicho aquella dureza: «la cascó»?

—Y luego Venancio la llevó en la carretilla a enterrarla en la huerta.

Sentí un escalofrío. En la huerta… ¿En qué sitio? No quería saberlo y quería saberlo. La muerte me atraía y me aterraba.

—Millán está en Santoña, en el penal. Y va para largo. Aquí están a todas horas dándole la lata al tío. Y el tío no puede hacer nada. Le pescaron bombas en la cartera de cobrador; la compañía del Gas no quiere saber de él. Mira qué chistoso. Tantos humos, y ahora a vivir de lo que le gana la mujer. Ella va a verle una vez al mes y desde unos días antes anda apañando todo lo que encuentra: el queso, el jamón, las galletas, van a voleo. Se lo dije a la abuela, pero está en otro mundo, ni se entera.

Pensé que Tomasa no robaba. Era de la abuela lo que se llevaba, pero me parecía que en cierto modo no era robar; la abuela lo sabía, además, y si se callaba, consentía.

—Se cree que te conoce mejor que nadie. Cuando vinieron de enterrar la perra dijeron: «Menudo disgusto va a llevarse la cría». ¿Y a ti la perra, qué? Te tiene sin cuidado.

Qué complejas las personas, los hechos, las palabras. Cerré los ojos.

—Déjame dormir.

—Se te cierran las ventanas —dijo Francisca riéndose y apagando la luz.

Por la mañana saludé a tío Juan en el pasillo, frente al cuarto de estar. Venía en su bata gris, a medias desanudado el cinturón. Iba

apresuradamente hacia su cuarto. Yo bajaba desde el piso de arriba, me gustaba dar una vuelta a todo cuando llegaba, era un paseo de reencuentro. No sé si me vio porque siguió andando sin detenerse. Fui tras él. Le dije:

—Hola, tío.

Se detuvo apenas, agachó la cabeza para que le besara, y dijo:

—Hola, niña. Tengo prisa. Avisa que saquen el coche

y se metió en su cuarto.

OceanofPDF.com

LXV

Daba vueltas sin cesar por la casa, que es como decir que las daba por mí misma. No había nada. Quiero decir que nada sucedía —sólo la tristeza de la casa de Venancio, pero fue en los últimos días—, y en cambio en el colegio algo estaba bullendo, una evolución aguda que respondía a mi propio crecimiento, y no quería que se me escapara. Deseaba volver. ¿Iría o no a hablar con la Madre? A veces me inventaba la entrevista primera, a mi favor; a veces decía: «estoy segura de que nunca iré».

Tío Juan perdió interés para mí. Apenas le veía, apenas nos hablaba, perennemente distraído en la mesa, absorto en sus cosas, como si no existiésemos o no valiese la pena darnos beligerancia. Su madre le preguntó:

—¿Tú crees que habrá huelga?

Dijo:

—No creo. No te preocupes. No pasa nada.

Me parecía ridículo que nos tapase la boca con su: «No te preocupes», pero cuando decía: «No pasa nada», había dejado de creerle. Pasaba. Millán estaba en el penal del Dueso, y otros también.

CNT UGT UHP se leía en el grueso muro de nuestro jardín y en el de los salesianos, a brochazos rojos. No sabía qué significaba, pero sí que venía a ser la huella sangrante de la mano del pueblo, marcándolo todo. Me daba perfecta cuenta de que se trataba de una reivindicación, aunque a ciencia cierta no supiera de cuál. Sólo que se me antojaba que era una conducta infantil y estéril, algo como una terrible travesura, y que el poder de mantener el orden estaba del lado de tío Juan o de hombres como tío Juan, dispuestos a sofocar todo lo que pudiera alterar a sus madres para poder repetirlas: «Vosotras a no preocuparos». Y que ellos tendrían que someterse, como me sometía yo, qué remedio. (¿Hasta cuándo?).

Tenían menos paciencia que yo, y me alegraba y me asustaba que tuvieran menos paciencia, como si en mano de toda aquella gente —los

trabajadores, los obreros, los intelectuales— estuviera la solución de mi propio sometimiento que ya no era total sino aparente y lleno de reservas.

El día de Navidad tío Juan llegó con un álbum de discos nuevos. Me guiñaba los ojos.

—Verás qué música. Ven.

Puse los discos y oímos *El Mesías*, de Haendel. Tardé en entrar en la música desconocida. Me había apoyado sobre la gramola para que el tío no me viese la cara y poco a poco me abstraí de todo, me elevé, me uní a la masa coral con una voz fortísima que retumbaba en las paredes de mi piel, que me nacía de un impulsor superior, tan desasida, tan ardiente, que no podía alcanzarla oído humano —todo sucedía de piel adentro—, y a mí me llenaba, me rompía. Yo no cantaba al Mesías: si era el Mesías quien me anunciaba la vida… Veía los árboles descamados de los salesianos, y la casita de Venancio, y subía al coro del Mesías anunciando la llegada del Salvador del mundo.

—¿Pongo otra cosa?

Me volví a mirarle, perdido entre el humo del cigarro, a medias tumbado en el diván, con la mirada perdida.

—¿Pongo otro disco?

Parpadeó y me miró, como si tomase tierra.

—No ahora —dijo—. Puedes irte… ¿Te ha gustado?

Dije que sí con la cabeza, mientras pensaba: «No se trata de gustar. Se trata de encontrarse», porque amaba las cosas en las cuales me reconocía, como si una imagen dispersa pudiera ser una orfandad terrible, y el no saberse todavía, miedo e inseguridad, y tristeza.

Y tristeza… Y ya que hablo de tristeza sé que la reconocí en la casa de Pura, aunque nadie lloró, ni nadie se quejó. La tristeza fue como decía Carola que eran la amistad y la fe: sin rostro, sin presencia, pero esencial, flotante.

Llegué a casa de Venancio con el aguinaldo que les enviaba la abuela. Me había dado el sobre cerrado, así que hasta más tarde no supe que aquel año era mayor cantidad que otras veces. Iba violenta y fastidiada, más aún al acercarme, pues me había olvidado de Millán y habría que hablar de él, u oír hablar. Pura no salió a la puerta. Estaba sola, según había calculado.

—Hola.

Me miró. Dijo:

—Hola

y me miraba fijamente, con aquella expresión de incansable paciencia. Saqué el sobre azul y se lo tendí. Lo metió, sin abrirlo, en el bolsillo de su delantalón.

—¿Sabes algo?

y yo supe a qué se refería: quería saber si yo estaba enterada por el tío de algo sobre su hijo, sobre el futuro de su hijo.

—Nada —le dije.

Contestó con desánimo.

—Ya.

Con la mano en el bolsillón apretó un poco el sobre del dinero sobre el vientre.

—Gracias, hija.

No pude evitarlo: me encontré besándola y diciéndole:

—No me des las gracias.

Me subió el olor a cebolla y a ajo de su delantalón.

Dijo:

—¿Por qué no? Hay que darlas siempre.

No. No estaba Venancio. Estaban ordenadas las cosas en la cocina, todas en su sitio, sin una voz que las destemplase, como cuando estaba Millán. Estaba al otro lado el paredón de los frailes. Y aquella mujer sola que decía:

—Si te enteras de algo…

mendigando la buena nueva.

No había nacido Dios, en aquella casa.

El orden, el abandono, el vacío, me recordaron la caseta del perro abandonada.

OceanofPDF.com

LXVI

La nueva Prefecta empezó a darnos la clase de religión, que durante aquellos dos meses antes de Navidad habíamos estudiado con la Madre Azpiazu.

Clase de religión se convirtió en un seminario. Dejamos de tener libros de texto y nos repartió los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles.

—Aquí no hay nada que aprender de memoria. Aquí no existe más memoria que el alma.

«Aquí» como si todo lo demás fuese destierro, y fútil.

—¿Necesitan ustedes la religión o no? ¿Sienten ustedes la necesidad, la perentoriedad de lo religioso como justificación de sus vidas, como afán metafísico? ¿Y dentro de esta necesidad de lo religioso, han llegado a la conclusión de que sólo en Cristo está la verdad o no? Me parece que no. Me parece que no han abordado ustedes el problema, que ni siquiera se lo han planteado así: a algunas les ha asaltado el problema mismo, y andan negándose a las preguntas salteadoras, pero me parece que en conjunto prevalece en ustedes la indiferencia, la rutina, la abulia, el conformismo: prefiero la duda, que ya es algo positivo. No quisiera para ustedes ni conformismos, ni abulia, ni espíritu de redil. Me ha parecido observar que para ustedes clase de religión es un texto más, en que se repite nada menos que aquello en que uno cree, o en que van a creer, que dicen formulariamente cuando les han dicho que aprendan como norma o forma de vida. No hay nada que repetir, lección ninguna que recitar —¿cómo va a recitarse una religión?—, a no ser que se experimente tal plenitud que el alma misma sienta el deseo de expresarse, de confesarlo. ¿Saben de dónde viene la voz «confesión»? Aún más misterioso y lejano que la astronomía, más arduo y conceptuoso que la filosofía, más secreto que la biología, cuando en rigor se trata de la biología del alma…

Estaba con las manos extendidas sobre la mesa; nos hablaba sin mirarnos, con la mirada concentrada dirigida hacia el fondo de la sala de

máquinas, como si en su abstracción nos englobara a todas. Luego me fui dando cuenta de que era tímida, y arrojada, cuando superaba su timidez.

—No conocen ustedes a Cristo. Lo primero es el conocimiento. Antes de saber qué, saber Quién. O buscar Quién lo dijo, porque su doctrina nos atraiga. No hay que esperar que las cosas nos sean facilitadas desde fuera: quiero decir, que la gracia nos revele nada de Él, no debemos confiar en milagros. Diré más: quisiera que en el estudio de este conocimiento o entendimiento de Cristo dejáramos los milagros a un lado.

Se retractó para decir:

—No es que no vayamos a leer sus milagros y a extraer de ellos lección de vida. Pero no como milagros, sino como hechos ciertos que realizó, no mayores ni menores que otros cotidianos, y de unos y otros extraer una moral, una norma. Saber de verdad quién fue Cristo, si este conocimiento completo nos es dado. Por favor, espero de estas reuniones seriedad total: no equivocarnos… A lo largo de los tiempos, se han equivocado con Él, ya desde el domingo de Ramos. Vitoreaban a Quien ellos creían que era, a quien ellos necesitaban que fuese, el salvador de Israel. Pero no sabían a qué obligaba el seguirle, el vitorearle. Continuamente nos estamos equivocando, con Cristo.

Quedó un momento en suspenso.

—Vamos a limitarnos al principio a leer Su palabra. (Limitarnos en cuanto a tope de lectura, que el Evangelio no sólo no pone fronteras al alma ni a la mente, sino que al contrario hay en él simiente de horizontes nuevos, y de palabras aún no dichas que de él puedan extraerse en el tiempo e iluminarse su sentido). Vamos a hallarnos con todo un sistema de vida, el más perfecto y puro y al propio tiempo elemental, acoplado al derecho natural y sin violentarlo, y al que responde una humanidad entera en el devenir de los siglos. Y su mayor grandeza es que da la medida para el pensador y para el individuo primario, y que contiene un germen en evolución que se desarrolla a través de los tiempos, válido para todas las civilizaciones, para todas las generaciones. Cada una busque su particular entendimiento: Cristo es el mismo, pero diverso para cada cual, según sus necesidades. Es el mismo, y múltiple, y cada cual lo amaga según su capacidad, y se adapta a Él a su modo. Yo recomendaría…

Juntó las manos sobre la mesa hasta verle los nudillos blancos.

—… una entrega total, sin restricciones, una pausa de buena voluntad, porque si empiezan a la defensiva, con ideas preconcebidas, sin desmontar todo el falso artilugio montado, si cómodamente quieren evitar su amor o su conocimiento, si comenzamos oscureciéndole con nuestra tormenta interior, con nuestro anhelo, con nuestra duda, con: *¿Y cuántas, Hermosura soberana, «mañana te abriremos», respondía, para lo mismo responder mañana?* (¿estamos seguros de mañana?) y no es que les aconseje que conviertan su juventud en una lucha titánica entre la duda y ustedes, más bien recomendaría que no la concedieran desmesurada importancia. El amor luchará contra esa duda y la derrotará: a sus razones, él aplicará su sinrazón. Ya sé que esto no es muy riguroso, pero sucede… No vamos a hablar de Dios, el Padre, vamos a hablar de Jesús, llamado el Cristo, entre nosotros hasta la consumación de los siglos. Vamos a olvidar la tortura, el retorcimiento, el escrúpulo, la mezquindad, la malignidad, la mala fe, el artificio y las mixtificaciones: vamos a despreciar la ironía y la suficiencia, vamos derechas a sentimientos grandes, enteros, totales, aunque su contextura no sea perfecta, ni su aleación exenta de impurezas, pero humana… Cristo está aquí, ¿se acuerdan?; «Siempre que hubiere tres reunidos en mi Nombre… Yo estaré entre ellos».

Se detuvo, con cara de sufrimiento.

—No se trata de un milagro de la materia, de que estará físicamente aquí; pero el poder inmanente del recuerdo —al hablar de Él le evocamos, le recordamos— es un imán que atrae su presencia a nuestra receptividad, y por unos momentos, ha estado. ¿Qué quiere preguntar, Begoña?

—Nada… Madre.

—Diga lo que sea.

—Pero, ¿no está siempre presente?

Contestó:

—Si usted Le ama.

Hubo un gran silencio, creo que todas estábamos preguntándonos sobre aquello que oíamos, sobresaltadas.

—Su presencia en todas partes —dijo, como si volviese a un camino perdido— forma parte de su condición en el universo; no estaba hablando

de eso, naturalmente.

Un gran viento soplaba sobre nosotras, nos devastaba y nos dejaba limpias, en pie para partir, ligeras de bagaje, y ceñidos los lomos de pureza.

—Se han encontrado con nuevas normas en el colegio. No habrá bandas de conducta, no habrá premios, ni puestos en la clase. Habrá notas, naturalmente, calificaciones, pero no del cero al diez: se pondrá aprobado o suspenso; se calificará de sobresaliente sólo a efectos de exámenes finales. Me parece más justo. No puede existir una regla para la conducta que permita decir quién es la mejor, y si la abanderada fuese la mejor sentiría una infinita zozobra por esa manifestación visible que humilla a las otras. Por otra parte, la medida de la bondad humana no la tenemos nosotras: de ustedes, una tiende a la cólera, otra al orgullo, otra a la sensualidad, otra al excesivo amor propio: cualquier acto positivo tendría que ser juzgado a sabiendas de la lucha íntima que le precedió. Quizá las premiadas —no se sienta nadie aludida, estamos hablando en términos generales (habíamos mirado hacia Blanca)— no han tenido que luchar tanto para un resultado más mediocre, pero más esencialmente meritorio; quizá las abúlicas no tendrán mérito si no son rebeldes, las superficiales y sin tormenta interior no podrán calibrar lo que es la duda, la inducción del pensamiento al alma, y llegarán a una vida moral de fórmulas externas sin esfuerzo, cuando para algunas ese esfuerzo íntimo arrastrará sudores del alma, derrotas, angustias. Ser puro es más fácil en una naturaleza sin despertar.

Hablaba con tanta gravedad, con tanta sencillez que ni siquiera nos pareció extraño que abordase el tema prohibido.

—… en criaturas poco imaginativas, en naturalezas flemáticas: en las otras sólo podrá resolverse por propia dignidad, por la voluntad altísima de no envilecerse, y si hacen de la negación propia una relación de amor con alguien, y si ese alguien es Cristo… Negarse por amor es posible: sin él, la tentación entrará en ustedes como en casa sin puertas; pero si su interior está habitado, no habrá lugar para la tentación. Recuerden que la falta de fe, a lo largo de la vida, suele ir aparejada a la flaqueza de la carne. El huerto de Getsemaní es un suceso en el cual estamos todos representados.

Desenlazó las manos y las extendió de nuevo sobre la mesa.

—Pero quiero suplicarles que alejen de sí el sufrimiento, la tortura que una caída pueda significar. Un alma puede ser deformada en el afán de sofocar, de ocultar, de disimular el pesar que la avergüenza. Caer en pecado no es vivir en pecado: que no lo sea depende de su voluntad. Pueden. Es como si teniendo pies y piernas válidos dudasen de poder andar. Es cien veces más soez, más grosera, más inmunda la impureza del corazón que la de la carne, porque la carne lleva en sí elementos impuros, impulsos primarios de satisfacción material, pero hacer del corazón —del alma— un vehículo impuro es obra nuestra y vil: el corazón, que es la zona humana del alma, es de por sí limpio, confiado, pequeño creador de emociones: subvertirlo y convertirlo en elemento impuro por lo que entra por la boca, por lo que nos invade por los ojos, por lo que nos llega por los demás sentidos corporales, es una acción innoble, y mancha a quien la comete. Y la otra parte —aquella que llamaremos divina del amor— sobrenatural, a imagen suya, y todo hombre lleva este resplandor de Dios en él… Aunque a la hora de amarnos es aquello más nuestro —si cabe decirlo así referido a Él— lo pequeño, lo trémulo, lo incierto, lo humano… lo que más Le conmueve, diré lo que Le atrae quizá porque es más voluntario que aquello que responde a complejos superiores, casi divinos, como una ley de gravedad del alma. Pero cuanto es voluntario hallará gracia a Sus ojos: es donde comienza el diálogo con Él, donde podemos realizarle en nosotros y realizarnos. Hay muchas veces en las pobres criaturas entregadas al pecado un ansia metafísica, incluso deseo de ir más allá…

Decía cuanto pensaba, sin retraerse, no se nos oía respirar; como cuerdas tirantes de un arco la escuchábamos. Y su manera de hablar diré que era su manera de respirar, consustancial con ella.

—No quiero estímulos para su vanidad, ni para su suficiencia. Las mejor dotadas ya hallarán su compensación en sí mismas y en el porvenir; el esfuerzo de las peor dotadas me conmueve.

Tenía delante de mí a Paz, en la esquina, a la derecha: porque no íbamos a dar el curso de religión por clases: nos había reunido a las internas y nos estaba hablando por igual a Paz que a Iciar, a la pequeña Geni, a Carola, a Elvira o a mí.

—Cuando hablemos del Espíritu no piensen en la paloma, les ruego. ¿Cabe escindir el Espíritu del Cuerpo? (Aunque es tan hermoso que Su pensamiento, su Espíritu de Dios apareciese con la albura y el vuelo de la paloma). Todo en Cristo es encarnación: algún día hablaremos por qué la resurrección de la carne es pura lógica en una doctrina de encarnación, como la de Cristo. Encamar ya saben lo que significa, y en Su envoltura humana toma asiento su Espíritu. Cristo y Espíritu son uno y lo mismo —*Jesús que sabía que venía del Padre, y a Él volvía*—. Algún día llegarán a conocer, o a vislumbrar que Él es la verdad, y que desde Él toda verdad nos llega. Llega hasta nuestras vidas su misteriosa radiación, su paz difícil e inefable, su rigor, su fuerza, su ternura.

Había una inmensa melancolía en su manera de hablar.

—Encontrarle es encontrarse. Amarle es realizarse. ¿No querrán una vida vacía?

Se puso de pie. Se inclinó un poco hacia atrás. Dijo:

—Perdonen si el instrumento que Él usa para su acercamiento no tiene más dignidad que la de amarle.

Y después, echando a andar hacia la puerta:

—La comunión no es obligatoria. Ya sentirán necesidad de ella.

Pasó rápida por delante de nosotras, derechas ante nuestros bancos.

Como nos miramos con estupor pensando en que nos iba a dejar solas, dijo volviéndose a medias:

—Al terminar, se dirigen al estudio, como siempre.

Hubo una fracción de segundo de duda. Las pequeñas se alinearon y nos fuimos colocando tras ellas, y marchamos en orden hacia el estudio. Al fondo, en donde los lavabos, no estaba la Hermana, ni estuvo nunca más.

OceanofPDF.com

LXVII

Comenzó el ciclo pascual. Nos fue explicado de nuevo que septuagésima correspondía a la conmemoración de los setenta años de cautividad de Babilonia —símbolo de nuestra cautividad terrestre—, que no duraba estrictamente setenta días, sino sesenta y tres, y que el domingo siguiente era el de sexagésima o sesenta días, y después venía a los cincuenta días el de quincuagésima, para llegar al de cuadragésima que recordaba exactamente la duración de la cuarentena de Cristo, a Cuaresma. (Cuarenta días y cuarenta noches del Señor en el desierto). Vivir el año así, a compás de aquel suceso histórico ya ido, pero mantenido vivo hasta llegar a nosotras, llenaba el tiempo nuestro de sentido, daba significado de cosa viva y actual a la oración en común o a la solitaria oración. Para entender las oraciones de la liturgia, la nueva Prefecta nos explicó que convenía no olvidar que antiguamente, durante la Cuaresma o cuarentena, la Iglesia instruía a sus catecúmenos preparándolos para recibir su bautismo: el sábado santo salía de ellos el hombre nuevo, vivo para la gracia, a imagen de Cristo resucitando de la muerte.

Seguíamos la misa en nuestros misales.

—A la pura oración llegarán ustedes más tarde. Recomiendo leer Sus palabras y las de la Iglesia, con el sacerdote, para evitar distracciones de la mente. Y si se distraen… Dios mío, no hagan un mundo de ello.

Sonrió brevemente.

—Pero cuando se den cuenta de que se han distraído, vuelvan a sus misales. A la edad de ustedes la imaginación anda dispersa, como fuego fatuo, tirando de distintos sentidos. Es conveniente sujetarla, obligarla, ser ustedes las más fuertes. Todo ello con serenidad y con firmeza. Las palabras del ofertorio —la ofrenda—, los salmos de la introducción, el purísimo, sublime y trascendental último Evangelio según San Juan… No teman a la rutina: nunca creará rutina el trato con la belleza, y son las más bellas palabras que puedan darse. En sus ratos de meditación lean la Imitación de

Cristo, que llamaría: introducción del alma al estrecho camino de Cristo; sin quietud, sin recogimiento, sin silencio, no puede ahondarse en Dios.

Seguíamos con atención la liturgia del día y comenzamos a hallarle gusto a las palabras.

> *Señor, he amado el decoro de tu casa y el lugar donde reside tu gloria…*
> *Elevad vuestros corazones.*
> *Los tenemos puestos en el Señor.*

Nos pareció que entrábamos en un mundo distinto en el cual las palabras tenían múltiples significados.

> *Amado, las montañas, los valles solitarios nemorosos, las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos, el silbo de los aires amoroso…*

Podíamos llevar las poesías de los místicos a la capilla, podíamos llevar ante Dios lo que quisiéramos: no se nos mandaba nada en este sentido, solamente se nos recomendaba. Copié todo el «Cántico espiritual» y lo inserté entre las hojas del libro de misa, y también lo hicieron Elvira y Begoña Mundaca y Margarita. No así Carola, creo.

Releía: *El silbo de los aires amoroso…*, miraba hacia el sagrario; estábamos siendo oreadas por un viento vivo. *Y a soledad la guía, a solas, su querido, también de soledad de amor herido*.

Me dejaba soñadora.

—No perderán ustedes la soledad con tan gran solitario. La noche del Huerto, ¿se acuerdan?, solo estaba; rodeado de los suyos, y solo estaba. Creo que lo sucedido va más allá del acontecer histórico. Porque no olviden jamás que Cristo es un personaje histórico que influye después de su muerte —y también esto es resurrección— sobre el devenir de todos los pueblos, sobre la cultura, sobre las artes, sobre los poderes políticos, sobre la sociedad de todos los tiempos. Fue una vez, y fue para siempre. En verdad, es de las contadas veces en que podemos usar la palabra «siempre» en su prístina virtud. No estamos hablando de una entelequia, sino de un Ser humano que como tal tuvo Presencia humana; pero lo prodigioso, lo importante, lo fundamental es que dicha Presencia es y será hasta nuestra consumación. Creo que la resurrección va más allá de la reencarnación en un cuerpo glorioso.

Ávidamente escuchábamos. Habíamos creído que sólo podríamos entendernos entre nosotras, las que teníamos una misma edad, las que sentíamos inquietudes afines, como si los mayores estuviesen desfasados. Y de pronto se nos daba aquella Madre sin edad —decían que joven, pero me parece que sólo podía ser joven porque la carne no contaba en ella y tenía un corazón traspasado, esforzado, valiente y limpio, y un clima de grandezas, sin resignación y sin experiencia. (El padre de Elvira había preguntado: «¿Tendrá bastante experiencia esta monja?». Y nos habíamos reído al oírselo a Elvira, porque estaba por encima de aquello, y desconfiábamos de eso que llamaban los mayores «experiencia» que se les convertía en conformismo, en blandura, en aceptación de las fórmulas, quizá porque llegaban a la experiencia ya más débiles que nosotras, con menos ganas de luchar. O de morir). Qué delgada frontera me había separado de la muerte: me di cuenta en aquel momento que comenzaba a despegarme de aquel mundo de muerte, de no vida —de creación no terminada—, pero aún sintiéndole en los talones. Qué cercana la infancia a aquel país de la nada: qué frágil presencia, a caballo entre dos mundos totalitarios, vida o muerte; qué horror defensivo siquiera a hablar de ella, de muy niña y, en aquel momento, qué fluctuar entre atracción por su conocimiento y todavía horror. Cómo, a veces, con inconsciencia fatal, buscábamos su encuentro en nuestra búsqueda por la divinidad; llegábamos a superponer muerte y Dios. ¿Por qué era, una, puerta de Otro? ¿Por la Cruz moribunda de nuestras iglesias, por la Cruz consumada? Dios era el más allá, y al más allá se llegaba tras la muerte. O volvíamos por la muerte. *Jesús que sabía que de Dios venía y a Dios iba*…

Que era integrarse en Dios nos lo dijo la Madre. Pero al superponer Cristo a la imagen de un Dios casi cósmico nos devolvió a nosotras mismas —a nuestra esencia humana—, nos afirmó en la vida.

Habíamos estado a punto de irnos a la deriva y se nos había dado una brújula o una estrella, como la que en Belén fue guiando hasta el Nacido. Se nos incitaba a seguir aquel camino de la Estrella —pero la estrella se detuvo allí— a paso firme, limpiamente, y con conocimiento. Fuimos ascendiendo gradualmente en nuestras etapas espirituales, aunque desde el principio se

nos habló de una manera entera, sin ambages y sin evasivas, y nos sentimos al fin reconocidas, personas, al fin, entes de la entidad humana.

Éramos. Darnos cuenta de ello fue decisivo para nosotras. No se podía actuar de una manera positiva mientras no se era: entonces sí. Y de aquella afirmación de nuestra personalidad empezó a surgir una vida nueva en el colegio: vivido por personas, no por números. Cada una respetó las reglas, precisamente porque estaba en su mano transgredirlas, y, de hacerlo, nada hubiera sucedido sino_ en su propia conciencia y en la estimación de las demás. Tuvimos el prurito de cumplir mejor que si se oyera a todas horas la señal. No sentíamos la presencia de Cristo, pero sentíamos Su ausencia. Era el comienzo del principio.

No se nos ofrecieron cilicios ni disciplinas, ni rosarios de penitencia. Begoña lo solicitó y nos contó que la Madre le había dicho:

—Un rosario para marcar las mortificaciones…, ¿de verdad me pide usted eso? ¿Quiere usted apuntárselo en la cuenta a Dios, lo que hace por Él? ¿La cuenta de qué?

Begoña se había vuelto grave. Le había desaparecido el matiz burlón de sus palabras y su cara formal era más fea, con aquella larga mandíbula y su nariz irregular, pero más importante, porque tenía los ojos como iluminados. Extrañamente comprobamos que la nueva Prefecta la retenía en su cuarto mientras dedicaba escaso tiempo a Blanca. Porque Blanca había acudido al cuarto de la Madre después de aquella clase primera de religión, y a partir de entonces empezó a andar con mayor soltura, sonreía con más frecuencia —aunque, tan tímida, se le crispaba la sonrisa en los labios—, se esforzaba por quebrantar su timidez y hablar en el recreo. Para Blanca el hallazgo la desanudaba ataduras, y empezó a ponerse por encima de las alusiones de Paz, a no importarle en absoluto su condición de alumna becada, y nosotras llegamos a olvidarlo temporalmente, porque «allí» el dinero no era moneda limpia y se le menospreció. Pensábamos que Blanca tenía poco que entregar, pero de aquello a que renunció solamente ella supo. Y nos demostró que se la había templado el alma en la humillación y el infortunio. Creo que sonreír sin ser sonreída previamente, iniciar una conversación con una de nosotras o con la monja de turno, participar acaloradamente en el baloncesto corriendo sin encogimiento, tenía que

costarle una implacable lucha previa. Pero de esa lucha nada conocimos; solamente del resultado. Era más que alegre, gozosa, y buscaba la compañía y el sarcasmo de Paz, o a Carola, que no le hacía caso.

Durante los ejercicios vi a Carola hablando con la Madre, no en el cuarto, sino en el pasillo. Estaba Carola con las manos en los bolsillos y la Madre de pie ante ella, con las suyas recogidas en las mangas. Cuando subimos de la plática continuaban allí, sólo que Carola se apoyaba contra la ventana.

Los ejercicios cambiaron de signo: no se nos habló tanto de la muerte, del pecado, de la condenación. Los dio un Padre que no conocíamos y que casi todo el tiempo habló del amor de Dios. Todo: muerte, pecado, amor o desamor, eran vías que convergían en Él. Seguía el orden general de los ejercicios de san Ignacio, pero referidos al impulso del alma hacia su Dios: Resultaban cansados, levemente monótonos, sin quiebro. El Padre era profesor de filosofía del seminario, y nos resultaba arduo captar la clave de sus palabras, aunque nos sirvió de entrenamiento. No nos atrevíamos a reconocer que nos resultaba abstruso. La nueva Prefecta nos preguntó:

—¿Le comprenden ustedes bien?

—No todo —dijo Begoña con seriedad—. Se me escapan muchas cosas, tengo que estar atenta para no perder nada, porque si pierdo algo, ya pierdo el hilo.

La Madre rió un poco, y todas sonreímos.

—Supongo que les pasa más o menos lo mismo en general, aunque no lo digan.

Miró a Carola, dudando.

—Quizás ha sido prematuro.

Nos sonrió. Dijo:

—Perdónenme

ante nuestra confusión. Y fue lo curioso que a partir de entonces lo entendimos mejor, y el último día lamentamos que no fuese el primero.

La confesión con aquel Padre no fue tumulto del alma ni turbación, sino inmensamente delicada, estricta y severa.

—No has hecho nada positivo —dijo

y sentí que era un desierto, una higuera seca.

—No se trata de pecar solamente, sino de abstencionismo. Te estás absteniendo de amar a Dios ¿te parece poco?

Dije, sin darme cuenta:

—No es verdad.

—Es verdad. Dices que amas a Dios, lees a san Juan de la Cruz en misa para tu propia satisfacción, estás buscando tu propia complacencia en Él, es monstruoso, ¿entiendes? Sencillamente monstruoso. Le estás doblegando a tu servicio, aplicándotele.

Reñía. La cortinilla negra sobre la reja se agitaba a impulsos de la fuerza con que me reprendía.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—Es hora de despertar. Estás dormida, fluctuante. Pero no de despertar para coger tu parte ¿me oyes, hija mía? Ha llegado la hora.

Me dijo:

—Lo que ahora emprendas va a repercutir en toda tu vida. No te ensucies el alma. No te enrosques en tu soledad… No te empeñes: tienes la soledad congénita, sin que pongas de tu parte. Todo nuestro destino es solitario: solos venimos al mundo, en contacto con nuestra madre y ya enteramente solos; rodeados de humanos, y solos ya. Solos salimos de él, con gentes en torno que no tienen la más mínima validez de compañía. Los hay que andan queriendo engañar a su soledad, haciéndose trampas a sí mismos: tú no hagas trampa. Decláratela de una vez y para siempre. Olvídala. Dásela a Dios como si le ofrecieras vinagre y hiel porque no tienes otra cosa a mano, no puedes ofrecerle ambrosía, que no tienes.

Me estaba viendo reseca hasta el fondo.

—No te enajenes de soledad. Todos tienen su parte. Personas que te parecen aturdidas son exactamente aturdidas: se aturden, para no sentirla. Si supieras qué patética y hasta metafísica puede ser la frivolidad que vituperas… Esa última insatisfacción, esa última soledad, nada ni nadie va a colmártela.

Dijo:

—Aquí abajo, ni siquiera Dios. Porque proviene de tu raíz divina y es como si a un pájaro le obligases a vivir fuera del aire, o a un pez fuera del

mar; o a ti fuera del cielo, llámalo Dios… Esta última parte tuya no está en su elemento: es quizás el mejor argumento que nos afirma en que existe otra vida en la que ese último yo tendrá vigencia, en donde hallará plenitud sin añoranzas. La vida —me dijo— es una larga nostalgia de Dios. No te recrees en ella: la sentirás sin remedio. Una excesiva añoranza desemboca en insoportable blandura. Sé constructiva: es poco el tiempo que te será dado.

Sentí un frío infinito.

—No te quejes de la vida, ni de tu suerte, o destino, o mundo por vivir: va a ser el que tú hagas a partir de estos años tuyos. Tú vas a construirte.

—Pero las circunstancias… No siempre se puede —dijo tímidamente—. Somos nosotros y nuestra circunstancia.

—Ah, ¿sabes también eso? ¿Lo has leído?

—No.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién te lo ha contado? No son lecturas para ti.

—Creo que en el fondo lo pensaba sin darme cuenta yo, pero se lo oí a mi tío Juan.

—Tu tío Juan… Luego tiene influencia sobre ti, el tío Juan… Crees que lo pensabas porque todo lo que sacan a la luz los filósofos está en nosotros mismos, en la Humanidad, de ahí su validez… ¡No! —casi clamó—. El hombre no es él y su circunstancia, como si estuviera inserto en un paisaje; el hombre es su circunstancia misma, o la circunstancia es Dios, la otra parte del hombre.

—Entonces ¿por qué en algunos es tan mala?

Estaba pensando en Pura, en Millán.

—No minimices la cuestión —di o—. Y ¿estás segura de que es tan mala?

—Sí. Lo es. Ellos no han hecho nada, pero no están, por ejemplo, en las mismas circunstancias que yo.

Era fácil hablar para una cortinilla negra detrás de la cual me llegaba una respuesta contundente y viva.

—Quizá, también, tienen menos contenido. Depende del tamaño del vaso…

Me pareció que no había captado lo que había querido decir, que soslayaba, pero no abordaba de frente el problema de los pobres, de los oprimidos. De los pobres y de los oprimidos y de su justificación en un mundo que hubiera sido dispuesto por Dios.

Eran los lunares de Su Rostro, sus manchas solares. Y se habían abierto mis ojos, y las veía.

Esperaba que el Padre me hubiera razonado con las inevitables bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres, los que sufren, los que lloran»… las incomprensibles bienaventuranzas que ayudaban a una pasividad cruel, que eran el bálsamo que el rico aplicaba al pobre: «Bienaventurado. Dichoso tú»… No. Todo mi ser se negaba a ello. Tenía que existir una explicación más profunda, una justificación más honda y sustancial. Millán había nacido en la casita del asfalto, y yo en la casa grande: él quería una vida mejor. Había dicho Pura: «Siempre quiso una vida mejor, este pobre hijo mío», y me pareció que todos eran «pobres hijos míos» que querían una vida mejor, y que tenía que ayudar a ello, ya que lo había comprendido. (Pero ¿no aspiraba yo también a una vida mejor, y al referirme a ella quería decir más limpia, más sincera, más auténtica? ¿No anhelaba casi dolorosamente movimiento y novedad? Quizás el anhelo de Millán se limitara a la circunstancia externa, y la mía al *ethos*, y estábamos igualados).

El Padre no me dijo aquel conmovedor: «*Vade in pace. Dominas sit tecum*… y ruega por mí» que oía semanalmente, sino que volviendo en mí de mis pensamientos, le oí:

—No te atormentes. Sé sencilla, sencilla. Busca la verdad con sencillez.

Y después:

—¿Estás preparada? Voy a absolverte.

Por primera vez uní las manos con verdadera unción. Bajé los ojos que nadie veía más que Él, oí: «*Ego te absolvo a peccatis tuis*», y sentí que me habían regenerado. Fue una sensación bienhechora, de una paz sin medida humana. Dijo bajito —debía de haberse acercado mucho a la cortinilla—:

—Adiós.

No recé nada. Contuve sobre mi pecho, entre mis manos, aquella paz divina, no nacida en mí, sino llegada, recibida. (No me di cuenta entonces

de que el Padre no había tenido parte en aquella donación extraordinaria, en aquel indecible regalo). Mientras había terqueado conmigo misma, mientras habíamos hablado de Él —«Yo estaré con vosotros»—, mientras de verdad había querido comprenderle, Él había elegido su momento y había entrado en aquel cuartito caleado, con su cortinilla negra, con su innecesaria efigie sobre la mesa a la que daba la espalda mientras me confesaba. No me había pedido nada: ni fe ni amor. A solas conmigo en aquel cuarto, a través de mis palabras al Padre había escuchado mi inquietud, mi afán, mi sincero deseo espiritual, y me había rodeado enteramente. Era yo, y Él era mi circunstancia.

Dije despacio: «*Deus meus. Domine meus*». Era un lenguaje nuevo, tantas veces oído y deslumbrantemente nuevo al experimentarlo. Incliné la cabeza entre las manos. En mi impotencia me acudieron las palabras del Centurión: «Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad».

Le llamé por Su Nombre, sentí la necesidad de hacerlo: «Jesús… —dije por dentro—, hijo de David».

OceanofPDF.com

LXVIII

El tiempo se había agudizado, se había tomado puntiagudo y ligero como una flecha; nos disparábamos en él. Quizá porque estábamos empezando a vivir con intensidad, con sentido y, hasta cierto punto, con iniciativa, y todo ello no dejaba reposo.

La Madre pasaba entre nosotras y decía:

—No ha venido a traer la paz ¿se acuerdan?

Y yo le pregunté:

—¿Y entonces…?

La Madre comprendió perfectamente que me refería a la paz de por las noches, y contestó mirándome de aquella manera honda, reconcentrada:

—Su paz contigo… Sí. La paz suya que no es quietud, ni pasividad, ni dormirse en la obra bien hecha, lo cual, si no es avanzar, ya es retroceder. La paz de Cristo, tal como se desprende del Evangelio, no es una paz ni fácil ni sencilla ni bobalicona; cuántas cosas no habló, no hizo, no sucedieron aquellos tres años únicos en la Humanidad, cuyo resplandor aún dura —creó un sistema solar espiritual, si cabe decirlo—, y, sin embargo, irradiaba infinita paz. No entiendan por paz una condición blanda, adormecida y cómoda. Todo en Él fue imprevisto, renovador y revelador.

Pensé: «Su deseo ha sido cumplido». Porque yo había sentido Su paz en medio de aquel ansia por saber, por conocer, por acercarme, dudando y anhelando, y así había venido aquella suerte de paz que hería divinamente.

Me era fácil hablar con la Madre en recreo, en presencia de las demás. Seguía resultándome imposible ir a su cuarto, iniciar un diálogo. Había visto a Carola adquirir una relación curiosa con la Madre: casi no acudía a su cuarto, no intervenía en la conversación durante el recreo —lo hacía con la Madre Hornedo, siempre en pie de guerra—, pero al cruzar la fila ante la Madre ambas inclinaban ligeramente la cabeza, se sonreían levemente, como dos buques que se saludaran en alta mar. A veces, cuando Carola tocaba el violín y subían aquellas notas ásperas, torpes y sentimentales

—Carola parecía dar de mano a los estudios y tocaba, por ejemplo, *Liebesleid*— y se le olvidaba la hora, la Madre rompía nuestra fila y veíamos sus nudillos repiqueteando contra el cristal de la sala de máquinas. Carola se incorporaba a filas, echándose hacia delante, como acostumbraba a andar con sus flaquísimas piernas, metiendo levemente un pie hacia dentro, y deslavazado el rostro.

En recreo sorprendí el cruce rápido de sus miradas, cuando había algo oscuro o que la Madre después juzgaba prematuro. Los ojos de Carola recogían su brevísima mirada: había comprendido. Quizás había hablado solamente para ella, porque comprobé que daba a cada cual el trato que necesitaba. Largos ratos con Begoña en su cuarto, breves con Blanca, tiernas charlas con Paz que llegaba tras ellas al estudio con importancia nueva, con su hilito de baba, que la Madre no había rehuido ver. Paz andaba alerta, con un pañuelo fino en la mano para enjugarlo porque se le debía de escapar sin que se diera cuenta; y, a veces, en filas, la Madre se acercaba y ella misma le llevaba la mano para enjugarlo, y la limpiaba bien, inclinándose hasta ella con delicada ternura, que más tarde, más tarde… cuando la vida espiritual fue para mí tan clara, comprendí que veía a Cristo en ella, a Cristo con aquel hilito de saliva escurriéndosele hasta el cuello blanco del uniforme.

La oíamos reír con Geni, y llamar con frecuencia a Ina, a Iciar, y a Silvia. Al principio las llamaba a las tres juntas, y poco a poco fue diferenciándolas y diré que ellas también empezaron a diferenciarse en algún rasgo, y a dar su opinión sin que nadie se la pidiera.

—¿Habráse visto, esta mona? —decía Margarita Altube.

—¿Por qué no? —terciaba Begoña con su reciente seriedad apasionada.

—Qué fuerte te ha dado —respondía Margarita con intención de herirla.

Y Begoña sonreía con una sonrisa desencantada; una sonrisa reflexiva, amasada con barro de tristeza, como si supiera que nunca más iba a reír irreflexivamente y le doliera haber perdido su inconsciencia.

—Tener sentido crítico no es importante —había dicho la Madre, que acudía con gran frecuencia a nuestros recreos, y no de una manera establecida, sino que de pronto llegaba— si estábamos en el corredor, a la

noche, oímos el ruido de la llave en la puerta de clausura y todas mirábamos hacia ella, mientras Madre Vergara parecía alterarse, y decía:

—Bueno, la Madre Prefecta.

Y se eclipsaba sin que casi nos diéramos cuenta. Y si acudía al recreo de la mañana no quería conversación: paseaba en torno al campo de baloncesto, abstraída, nos daba la sensación de que estábamos solas, y a ratos se detenía y miraba fijamente nuestro juego, de verdad interesada. Y si la pelota llegaba cerca de ella, reía y devolvía el pelotazo y nos daba una gran alegría que lo hiciera así, con aquella viva rapidez y aquel acierto.

Nos oyó hablar inglés y nuestro esfuerzo por retener el propio idioma en el calor del juego, y nuestro rápido rectificar: *How do you say?* Dijo:

—Inaudito.

Elvira preguntó:

—*How do you say?*

y volvió a repetir en español:

—Inaudito.

Parpadeó rápidamente.

—Yo no podría hablar inglés mientras jugara.

Y nos echamos a reír.

—No hagan nada antinatural.

—Madre, pero la Madre Vergara está todo el tiempo *Speak english* y la Madre Clark…

—Eso es otra cosa, con la Madre Clark los domingos. Ustedes hablan con ella en su idioma, es una deferencia, una cortesía elemental, es caridad. La cortesía auténtica viene a ser caridad. Cáritas.

Levantó el dedo.

—Y además procuren hablarlo bien.

Dejamos de Ungir inglés cuando acudía la Madre, aunque Elvira y Carola que lo dominaban cambiaban frases entre ellas con naturalidad, o nos hablaban en inglés, que comprendíamos. Y nos encontramos intercalando inglés y español todas, sin gran esfuerzo. Seguimos la clase con mayor atención y Madre Clark estaba alborozada.

Elvira iba con frecuencia al cuarto de la Madre; después me lo contaba en los lavabos.

—Eres la única que no ha ido.

—¿A ti qué te importa?

—Eres una terca. Está deseando que vayas.

—¿Te lo ha dicho?

No fingía peinarse ni atusarse. Me hablaba recostada contra el lavabo, sin alzar mucho la voz y dejando el grifo abierto.

—No, pero es natural. Todas hemos ido. Ella quiere que hagamos las cosas por nuestro gusto.

Dije:

—Por nuestra voluntad.

Y me reí.

—Tadea, te estás volviendo más rara, hija.

Y después:

—Le solté lo de Antonio, fíjate.

La miré, asombrada.

—Tú eres tonta. ¿Qué te dijo?

—Nada. Habló conmigo de él. Le pareció natural.

—¿Le dijiste que erais novios?

—Tanto como novios… Le dije que me gustaba y que estaba enamorado de mí, que me lo había dicho, y yo también; que era desesperante no poder ni escribimos. Me dijo: «¿Por qué no?». Fíjate: «¿Por qué no?»… «Madre, para que me lean ustedes las cartas, qué gracia». «¿Qué piensan decirse en las cartas? ¿Algo tan grave?». Y después dijo sin mirarme: «Eso que sí. Amar es grave cosa». Y se fue a la higuera, ya sabes, cuando se va…

Qué tonta Elvira, ir a la Madre con algo como aquello.

—Le dije: «¿Qué le parece, Madre? ¿Debo dejarlo?». Y me contestó: «¿Por qué? Depende de usted. No puedo contestárselo yo». Y me embalé, y empecé a decirle que me cogía la mano, pero me paró y me dijo: «Ese tipo de cosas, no. Personalmente puedo decirla que pido a Dios que ninguna criatura me deje consolada».

Me acordé de mi Primera Comunión. Me habían enseñado a pedir aquello, y al recordarlo me pareció inhumano. Deseé ferozmente: «¡Que

alguna criatura me consuele! ¿Por qué no? ¿Por qué no?». Para decaer en seguida y admitir: «Porque no».

Durante la Semana Santa, Elvira había cantado mejor que nunca. Su voz más pastosa, más cálida, había contestado a los Improperios, acompañada por la Madre Azpiazu desde el coro, a la par que en el altar los entonaban el celebrante con dos sacerdotes. *Pueblo mío, ¿qué he hecho, o en qué te he contristado? Respóndeme*.

Habíamos estado la víspera horas de rodillas adorando la Eucaristía y el viernes —y me pareció aún más verdadero— descendieron la Custodia del monumento formado por una pirámide de escalerillas llenas de luces y flores blancas, igual que si fuese el descendimiento de Su Cuerpo, y quedó la iglesia con los manteles del altar recogidos, desnuda de ornamentos, cubiertas las imágenes. Se velaba el inmenso sepulcro. Espié en mí la reaparición de aquel sentimiento sobrenatural y el haberlo poseído me dio una seguridad, y hallarme ante Cristo me era necesario. Repetía: «¡Jesús, hijo de David!», en el vacío, a solas, y no acudía.

> *¡Oh Cruz fiel! Árbol el más noble y señalado*
> *entre cuantos la selva ha producido.*

Estaría su padre en la iglesia escuchándola, detrás de la verja que separaba al público de las monjas y levantaría la cabeza hasta el coro para distinguir a su hija, pero Elvira no cantó para su padre: cantó para Cristo en su Pasión, con voz conmocionada: *Dulce lignum, dulces clavos, dulce pondus sústinet*. Volvió a la tribuna sin meter ruido, bajos los ojos y con las manos enlazadas. Lo sé porque ocupó un sibo vecino al mío, y mirábamos hacia el altar por la misma ventanita entornada.

(Yo había amado unas palabras escondidas en el Evangelio de Lucas que se lee el domingo de quincuagésima: *Pero ellos ninguna de estas cosas comprendieron, antes era éste un lenguaje desconocido para ellos, ni entendían la significación de sus palabras… Y sintiendo el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué novedad era aquélla*. Me parecía maravilloso que un ciego preguntara qué novedad era aquélla… que Cristo fuese la novedad, la *vita nova. Dulce pondus sústinet*).

Después de la misa del sábado, del explosivo Gloria desde el coro respondiendo al sacerdote que lo había entonado con voz potente, acompañado de campanillas y de encender de luces, y del tañer de la campana grande de la iglesia, y las deslumbrantes vestiduras blancas recamadas de oro de los celebrantes. (*Su semblante era como el relámpago, y su vestidura como la nieve*), después de quedarme prendida en las palabras del Evangelio: *Mas el ángel, dirigiéndose a las mujeres, les dijo: Vosotras no tenéis que temer, que bien sé que venís en busca de Jesús*. (Y me lo decía a mí, a mí. No tienes que temer, sé que andas en busca de Él), a la salida de la tribuna, en lo alto de la escalerilla de caracol, nos esperaba la Madre. Abrió los brazos, dijo:

—¡Cristo ha resucitado!

Y apoyando sus manos en nuestros hombros se inclinó a derecha e izquierda como habíamos visto hacer en el abrazo al celebrante con el diácono y el subdiácono. Y nos iba diciendo a cada una:

—¡Cristo ha resucitado!

con aquel rostro emaciado, de profundas ojeras verdosas, como si viniese del sepulcro.

Bajamos a desayunar, sin fila, en torno a ella que fue repartiéndonos estampas, y la mía representaba a san Agustín con su madre, y el rostro de la Madre emaciadísimo envuelto en blancas tocas me recordaba a la Madre en la expresión ultraterrena y en la inverosímil delgadez, y el santo tenía una mayor serenidad en sus ojos elevados, pero me di cuenta de estos detalles después porque lo primero que hice fue volver la estampa y vi que detrás había escrito con una letra grande, fluida: *Hicístenos para Ti, y mi corazón está inquieto hasta que descanse en Ti*. Y me pareció que había percibido mi inquietud y que era ridículo por mi parte no afrontarlo.

Guardé mi estampa entre las hojas del misal, pensando: «Mi corazón inquieto hasta que descanse en Ti», y aquel domingo de Pascua deseé morir para encontrarle, pasar la barrera que me separaba de él, como si la resurrección para mí pudiera ser aquello: morir para llegar. *¡Oh muerte! ¿Dónde estaba tu aguijón?* Éramos un grupo de muchachas y la desafiábamos con gozo.

La Madre anduvo entre nosotras durante el desayuno, en que no hubo aquellos huevos de pascua pintados de purpurina, ni de chocolate, que entonces nos parecieron cosas de niños, pero sí una gran rosca que ella partió sosteniéndose la manga con una mano, e hizo nuestros pedazos, y nos los fue sirviendo.

—¿Le gusta? —preguntaba con sencillez.

La rosca estaba reseca, pero dijimos que nos gustaba, porque lo que nos gustaba era la manera de darla.

OceanofPDF.com

LXIX

Se terminaba el curso, y me fastidiaba que se terminase. Pensaba ya en el regreso antes de marcharme. Me pareció que no iba a saber qué hacer con los días, que iba a aburrirme, que las cosas de fuera no me retendrían en absoluto.

No había tenido ninguna conversación privada con la Madre en su cuarto, y había tenido muchísimas, sin embargo: había buscado aquel rodeo de los recreos en el monte, con el buen tiempo, mientras la mayoría de las internas estaban en el recibidor. Me hablaba a mí casi todo el tiempo, me decía: «Tadea», y me sentía llamada. (No. No usaba a voleo el indiscriminatorio «usted», o «nuestras colegialas», era a mí a quien se dirigía, a mí en mi descorazonada búsqueda, y en mi anhelo). ¿Con quién podía hablar así en casa? Me acordé de tío Juan, y era otra cosa: sus palabras eran justificación de sí mismo, y las palabras que allí oía me hablaban del lugar de mi espíritu, de mi fin y de mi redención, y de la justificación del mundo. Como con tío Juan no era necesario ocultar que leía, pero al revés con él tampoco era necesario presumir de hacerlo… No tenía importancia. Las palabras válidas habían sido pronunciadas de una vez y para siempre en un ámbito determinado: Judea, y todo lo que no fueran dichas palabras, no era sustancial para vivir. Vivir era hacerse. Hacerse era construir un edificio interno, un lugar para Dios. Dios no era el Padre Eterno exactamente —aunque naturalmente lo era—, sino su Espíritu en el Hombre. (Pero cuando miraba al cielo sentía la punzada del Eterno). Y a aquel Hombre estaba dispuesta a seguir. *Ven* —me decía—, *y sígueme*. (En rigor había dicho *Toma tu cruz, y sígueme* pero yo retenía sólo la llamada. Iba).

A Dios se le podía llamar por su nombre propio: Cristo, como me llamaba la Madre: Tadea. No era una abstracción, ni un símbolo, ni un engañaniños: era, había sido, había pruebas incontestables de su existencia.

Se nos enseñó la oración mental y la oración difusa, la oración de deseo que llamaban «comunión espiritual». Ir en filas y en diálogo con el Ausente, con el Elegido. «Toma de mi pobre agua». Pero yo quitaba los calificativos; decía: «Toma de mi agua», o: «Qué lata, ¿no podrías Tú hacer que…?». *¿Me amas más que éstos?* Yo me lo repetía: «¿Más que éstos…? No lo sé. Pero te amo». Era mi Amigo y nuestro Hermano, mi soledad y nuestra compañía. ¿Por qué aquel terror a perderle? ¿Aquella premonición?

Anduve por la primavera con el corazón agudo e inquisitivo, titubeante y cierto. *¿Por qué estás triste, oh alma mía, y por qué me llenas de turbación?* No podía saber que la tristeza no me llegaba del alma, sino del caudal de vida en mis venas. Había en los árboles del monte el renuevo verae agrio; olían ácidos y amargos los aligustres con su tímida flor, y los peces desovaban sin que nos diéramos cuenta. Sin que nos diéramos cuenta, desde detrás de lo que llamábamos monte pasaba hasta el campo de baloncesto asfaltado, y al reducto umbrío del estanque, el polen de flores desconocidas que ciegamente buscarían en dónde germinar.

Vimos a Hermana Mandoegui con sus manguitos blancos, podando el aligustre.

—Me gustaría —dije— un jardín salvaje.

—¿Es ésa su idea del paraíso?

—Oh, no.

Pero pensé inmediatamente: árboles de todas clases, animales de todas las especies, aguas ocultas para vivificarlo.

Teresa Alzola dijo:

—El paraíso debía de estar muy ordenado.

—¿Cómo se lo imagina, Teresa?

—Así. Un jardín con mirtos, con los caminos enarenados, todo muy espacioso, y un manzano lleno de fruto, pero no sólo manzanos… Y en el centro un árbol muy grande, muy viejo.

—¿Nada más?

—Sí. Adán, por un camino… con un garrote en la mano.

—Pues a mí el paraíso lleno de rosas —dijo Geni—, rosas de Jericó, con pájaros de colores y todos piando. Y el Padre Eterno por el jardín, paseando con Adán y Eva.

No me preguntó: «¿Y a usted, Tadea?». Ni le contesté: «¿Y a usted?», pero dijo, despacio y soñadora como si hubiese oído la pregunta que me formulaba:

—Estaba —dicen— entre el valle del Éufrates y el Hebrón. Un lugar inhóspito. «Edén» quiere decir «arenal»… En el que un día, por las aguas del Hebrón, fue un vergel. El agua aquella, a los primeros oídos debía de sonar maravillosamente; los árboles —sonrió, mirándome— *ventalle que aire daba*; y ¿olería a laurel, a palma, a olivo? No veo gran árbol en medio: la ciencia del Bien y del Mal enraizaba en el corazón del hombre. El reflejo de una espada, en algún lado, como agua bruñida en el fondo de un pozo.

Dije:

—¿Y la manzana?

Contestó:

—¿Ha leído usted lentamente las profecías? Si tuviese que definir su género, en clase de literatura, ¿qué diría?

—Lírico, épico…

—Exacto. Atengámonos a que es un libro único, una fuente creadora como el agua primera, pero escrito todo él en función de algo: la venida, el Salvador, el Mesías. Sus ritos se repiten, preparatorios e indicatorios de lo que va a ser la vida —éxodo—, de lo que va a ser la comunión, el darse en alimento; el maná. No creo que haya por qué tomarlo al pie de la letra sino en su significado, y ustedes lo saben ya también.

Dije:

—Verdad.

Habíamos notado perfectamente que Madre Vergara disimulaba su oposición a las innovaciones. Margarita había dicho en recreo ante ella:

—A mí no me gustan las modas nuevas

y sorprendimos su mirada aquiescente.

Aunque Margarita lo había comentado antes de la Semana Santa, y el domingo de pascua la vimos en el cuarto de la Madre, porque estábamos en recreo y desde nuestros bancos, sentadas, podíamos verla a través del cristal. No se entretuvo mucho, y cuando regresó venía sofocadísima, con las orejas caldeadas y los ojos azuloscuro brillantes. Estaba incómoda, como si la fastidiase el que la hubiésemos visto ceder, y bajó en seguida al

recibidor con su familia. Quedamos en recreo las Alzola y yo. Madre Vergara preguntó:

—¿Quieren que nos demos una vuelta por el monte?

Teresa se alzó de hombros y Geni acudió al cristal del cuarto de la Madre y pegó allí su rostro, aplastándole. La Madre abrió la puerta:

—¿Quiere algo?

Y nos vio. Dudó un momento y se acercó rápida a las tres, llevando a Geni por el hombro, e hizo una seña con la cabeza a Madre Vergara, que se dirigió hacia clausura.

—Vamos al monte.

Y subimos bajo la marquesina con ella, hacia el campo de baloncesto. Así empezamos a hablar. Nos dijo:

—Qué bueno es tenerle sólo a Él.

Y Geni contestó:

—Papá y mamá no van a estar viniendo desde tan lejos.

La Madre volvió a decirle:

—Sólo a Él.

Y Teresa sonrió, sin comprender, me parece, y chupándose mucho los labios porque se los había pintado con la cera encarnada. No tenía ya la cara estrecha, sino ovalada, era la misma y estaba totalmente cambiada.

—No busquen artificios —y no sé si se refería a las pinturas de Teresa, porque daba la sensación de que no se fijaba nada en las apariencias (y sin embargo, veía aquel hilito de baba en Paz antes que nadie). Pero también podía referirse a mí.

—Es un día hermoso ¿verdad?

Dije:

—Sí.

Y era un día hermoso, con un sol fresco, y que al salir de la marquesina picaba.

—Vamos a tomar el sol.

Y Geni trajo unas sillas de tijera que había a la entrada de la ermita adonde llevaban a las Madres que se morían.

—Madre, si usted se muere ¿la llevarán por ahí? ¿Por dónde las llevan? —preguntó Geni.

Sentí aquel agudo escalofrío. Contestó con gran tranquilidad:

—La ermita tiene una puertecita trasera por donde nos llevan al cementerio. Es un sitio como otro cualquiera, un lugar de paso. ¿No lo han visto nunca? Yo se lo enseñaré. Aunque demasiado sombrío

Dije:

—Qué propio en día de Pascua —sin ironía alguna, y lo comprendió.

—No dé demasiada importancia a la muerte. ¿Piensa mucho en ella?

Dije:

—No.

—¿No, porque se niega a pensar, a la defensiva? ¿Porque la teme? ¿O porque no se acuerda?

Hablaba lentamente y me olvidé de que estaban Teresa y Geni.

—No sé.

Me concentré: ¿cuál de los motivos me hacía rehuir el pensamiento?

—Llámelo vida, invierta los términos, inténtelo… aunque tampoco es vida, sino introducción a la vida.

—A la otra vida —dije.

Y me detuve.

—¿Qué?

Me miró hondamente.

—La otra vida está ahí, dentro de usted, y en Él.

Levantó la cara hacia el cielo.

—Con haberlo conocido y amado, para mí la medida habría sido colmada. Pero está la resurrección además. Nuestra vida sin la resurrección parece un absurdo. ¿Un ciclo cerrado y sin integración? Tenemos una condición diferente a todo lo demás creado: esa condición responde a algo, nada hay inútil. (Es portentoso en relación con la utilidad el estudio de los más pequeños insectos). Dirá usted: el progreso, la civilización, aportar nuestra tarea a la Humanidad, y volver al punto de partida: nada… No parece entonces razonable la enfermedad, ni la invalidez, ni la muerte a distintas edades, en condiciones distintas.

Dije:

—También los animales mueren a distintas edades, en distintas condiciones:

—No olvidemos la chispa del alma, el pedernal de Dios. El hombre es el pedernal de Dios.

Quedó un poco abstraída.

—No existe comparación animal porque no cabe equiparación. No estoy hablando de la materia.

Se miró a sus delgadas muñecas, entre las amplias bocamangas negras.

—Esto es una vestidura, un hábito, una envoltura. Es su uniforme humano. ¿Le importa mucho su uniforme? La muerte es sencillamente despojarse, dejar caer ese vestido, y salir de él.

Dijo:

—*Aquí debieran florecer rosas.*

Y después:

—¿Ha leído usted a Jacobsen?

—¿Jacobsen?

—Lo leí —dijo— en el mundo. He retenido ese versículo y a veces me encuentro diciéndoselo: «Señor, aquí debieran florecer rosas». Continuamente se lo digo.

Sonrió con su efusiva sonrisa honda.

—¿No le gusta a usted la poesía? ¿La filosofía? Andan ustedes pasándose versos en clase y pasó no sé qué con Ortega…

Se rió un poco, echándose hacia delante, con los hombros encogidos.

—¿Sabe? Llega un momento en que ve uno el Evangelio con una luz nueva y le parece que las conclusiones humanas son un pobre remedo, han quedado por bajo de él… O un querer superarlo inútilmente. Cuanto quiero saber está contenido en tan breve espacio de tiempo: tres años de vida del Maestro. Me dijo, a mí, cuanto deseaba conocer para justificar mi vida, para vivirla plenamente. Me basta. Me ha sido dada la dignidad de amar.

En verdad infundía un gran respeto.

—Contra la injusticia del mundo, contra la vanidad, contra la hipocresía, contra la falsedad, contra la simonía, contra la codicia, contra el comercio de lo espiritual, contra —sobre todo— la aridez, la sequedad del corazón humano encubierta con nombre de virtudes: se pronunció. Con una voz alta y grave, airada pero sin destemplanza, diré que rebelde con mansedumbre. Clamó por el reconocimiento de la dignidad humana en

todos. Ah, ¡es Cristo!… Yo le sigo cada día por uno de sus caminos de Judea, de Galilea, y hace sol o el viento agita los sicómoros, y Cristo va a pasar y yo estoy allí, y Él me dice: *Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber*. Y yo estoy inclinada sobre el pozo, y me vuelvo y digo: «Bebe de mi pobre agua…». O está la gente arremolinada, son un tropel que le rodean, tienen que bajar las angarillas con el cuerpo de la hija de Jairo por el tejado, y yo veo que le cercan, que le oprimen y tiendo mi mano y toco el borde de su túnica y se vuelve en el acto, y dice: *¿Quién me ha tocado? Porque he sentido que la virtud de Dios salía de Mí*. Y a veces estoy sentada en el camino y hace calor, y tengo sed, y se me pega la lengua al paladar, y Él no llega, y me parece que oigo un rumor, pero no llega, no oigo rumor alguno, y es un silencio desolador, de una aridez que reseca la garganta. No le digo: «¿Por qué no vienes?». Amarle es también la espera. Amarle es también desolación y tinieblas. Lo que llaman ustedes muerte, es Él: ¿cómo voy a tener miedo ni a esquivarla? Él me ha traído, y Él me lleva.

—¿Y cómo la padeció? Si era Él mismo, o la forma de llegar a sí mismo…

Me dijo con impavidez:

—No sé. Ni tampoco me importa, porque en mi caso Le amo. No hago preguntas.

Reconoció serenamente:

—Muchas cosas no sé. Pero estoy segura de que por algún lado anda el cabo suelto que me sacará de este camino oscuro. *Cuando yo era niño hablaba como niño, discurría como niño, jugaba como niño. Pero cuando fui ya hombre hecho di de mano a las cosas de niño. Al presente no vemos sino como en un espejo enigmático pero entonces le veremos cara a cara. Yo no le conozco sino imperfectamente, mas entonces le conoceré a la manera que yo soy conocida*.

Geni dijo:

—Madre, usted no se muera.

—¿Por qué no? No hagamos teatro.

Y después, con mucha sencillez:

—Pero no se preocupen, estaré con ustedes mientras me necesiten.

—¿Nos enseña la ermita?

Era sombría la bajada —había unos escalones de piedra, el suelo de granito—, y al fondo un altar modesto, desnudo, con el gran Crucifijo de bulto, y una luz verdosa que le llegaba de un reflector que la Madre encendió.

—Esto —dijo— es demasiada decoración, pero hay que complacer a todas, cada una tiene su manera.

Era como una catacumba pequeña, abovedada, húmeda.

—Demasiado sombrío —me sonrió—, ¿verdad? Pero a la que pasa por aquí le tiene ya sin cuidado; habrá llegado al seno del que dijo: «Yo soy la Luz del mundo». Poco debe importarle el terreno, los accidentes.

Tenía una alegría joven.

—Esta luz verde, benditas Madres, creerán que es una representación.

Se quedó suspensa.

—Qué cosa, no lo había pensado. Representación de fin de curso. Exacto.

Me miró.

—¿Ve? De fin de curso a la vacación. Es un curso lógico… Vamos, Geni, no se acatarre usted.

Geni lo contó en el recreo último a las demás, cuando estaba Madre Vergara, que se sobresaltó.

—¿Que estuvieron en nuestra ermita, quiere decir?

—Sí, Madre. Y nos encendió un foco verde que todo el cuerpo parecía de verdad, con la sangre, y la melena caída.

Carola murmuró, con las manos en los bolsillos:

—*¿En qué piensas tú muerto, Cristo mío?*

Begoña dijo:

—Qué hermoso, ¿qué es?

mientras la Madre Vergara se mordía los labios para no desaprobar públicamente nuestra visita a la ermita.

—Está escandalizada, chica —me dijo Elvira—. Les encantan los misterios. Si lo llego a saber no bajo al recibidor.

Se rió.

—Pobre papá.

Y se llenó la boca de *toffees*.

—¿Cómo sigue? ¿La conoces entera? ¿Me la copias? —preguntaba Begoña.

—*¿Por qué ese velo de cerrada noche de tu abundosa cabellera negra de nazareno cae sobre tu frente?*

—No anden con poesías —dijo Madre Vergara, y tenía los labios apretados, pálidos y el rostro amarillento—. El recreo es para jugar.

—Pero si no estamos jugando.

—Bueno, o para hablar.

—Eso hacemos.

—Como siempre —dijo Madre Vergara—. Tiene razón Margarita Altube, nada de modas nuevas.

—¿Por qué no? —dije.

—Porque no.

Contesté:

—Será porque usted quiera.

—Levántese y vaya junto a la ventana hasta el final del recreo.

—Chica, ¿qué te importa? —me dijo Elvira. Y después, a Margarita:

—Tú por chinchar. Si no andas siempre metiéndote con la Madre…

—¿Yo? ¿De dónde sacas eso? Es el colmo.

—Es la pura verdad.

—No es verdad —Margarita estaba sofocadísima—. Tú eres una lerda. Sólo que ahora las cosas no son como antes, eso te lo dice cualquiera, y o antes estaban bien o antes estaban mal.

—Te has exprimido el cerebelo para soltarlo, qué chica.

—¿Y qué? —dijo Begoña.

—Que si antes estaban mal, todo el tiempo perdido… Además, que si ahora no vale lo que valía antes…

—Hija, por Dios, para una banda raquítica que sacabas.

—Claro que vale —dijo Madre Vergara conciliadora—. No se preocupe. Obrar bien vale siempre.

—Nadie dice lo contrario —protestó Begoña.

Madre Vergara se tocó su anillo de religiosa. Dijo:

—Sujétense a la obediencia.

Y Elvira plantó:

—Usted no se meta, no sea tonta.

Madre Vergara se puso instantáneamente de pie:

—Váyase a la ventana.

Pero se dio cuenta de que estaba yo, y aclaró, con el rostro abatido:

—Sin hablar.

—Quise decir —explicó Elvira, un poco asustada— lo de «no seas tonta» a Margarita, se me escapó.

Madre Vergara hizo que no la oía y volvió a sentarse, pero las chicas estaban desconcertadas.

—¿Han venido a verles de su casa? —dijo, intentando reanudar la conversación en común.

Geni tarareó, mirándonos:

—*Who is afraid of the big bad wolf?*

Oí a Margarita que le decía a Begoña a media voz:

—A esto llegamos. Antes…

Carola dijo:

—Déjate de antes.

Y Begoña:

—A lo mejor nos estaba haciendo falta.

OceanofPDF.com

LXX

Nos pusimos los uniformes blancos para bajar al salón de actos. Creo que todas nos habíamos despertado con pena por marchamos. Salimos a nuestras puertas y llevábamos uniformes de gala y las anchas cintas azules de Hijas de María. Habían desaparecido los grados de postulante, aspirante, encaminados a conseguir la medalla, e igualmente la categoría de ángel. El día 31 de mayo, en que celebramos la fiesta de María, Madre del Amor Hermoso, se nos impuso en general la medalla a quienes no la poseíamos.

—Ser hija de María no puede ser un premio de conducta, ni obtener la medalla un maratón. Se es o no se es, y todas nosotras, unidas en su fe, somos sus hijas o nos sentimos comprendidas en las palabras aquellas: *He ahí a tu Madre*, cuando Juan representaba a la humanidad cristiana, al pie de la cruz. Lleven la medalla al pecho como un testimonio de identidad, porque la imagen de María no es la meta que nos proponemos, sino la compañía para llegar a esa meta sin desfallecer. ¿Quién mejor que la Madre para llevarnos al Hijo? Que su Imagen les induzca a la pureza; que cualquier pensamiento o sentimiento surja con un respeto previo a la imagen que llevarán al pecho, no abjuren de su Madre. Pero tampoco olviden que lo importante no es en modo alguno una medalla sino su significación; tienen ustedes un apellido para la vida del mundo: el de sus padres; tienen también uno que les identifica para la vida espiritual: el de María. Son hijas de María. Y esto en manera alguna puede ser ganado, sino recibido.

Era la segunda vez que veíamos a la Madre en el estudio, pues antes había venido a anunciarnos, casi a primeros de curso, que no se leerían las notas en público, los sábados, sino que las mediopensionistas hallarían el cuadernillo en sus casilleros, y a las internas les serían comunicadas directamente a sus casas, aquéllas cuyas familias no acudieran al recibidor. De esa manera se había terminado con toda la barahúnda de lazos de

colores. Cada una era por sí misma y daba de sí cuanto podía. Y las notas acusaban el índice de aplicación y de aprovechamiento.

El día último de curso, frente a mí, a la salida de las camaretas, estaban Carola y Elvira, con su trenza levantada, morena, seria. Sin embargo, Elvira debería alegrarse por ir a casa y ver de nuevo a Antonio. Pero desde los ejercicios hablaba menos de él, como si fuese una bobada o un juego y estuviese un poco avergonzada.

—¿Qué podemos hacer? —decía—. ¿Tú crees que podrá ser algo para mí?

—Tú sabrás —le contesté—, no entiendo de eso.

Y lo dije con cierto orgullo, y Elvira bajó la frente, como si pensar en un muchacho fuese una bagatela y las demás superiores a ella por no ocupamos en cosas así.

Dijo, sonriendo con melancolía:

—Amores de verano.

Y el día de fin de curso, desde la puerta de su camareta me sonrió también con la misma melancolía.

Se encendieron las luces del escenario sobre nosotras y la sala se mantenía en penumbra. Madre Azpiazu, de pie a la izquierda, iba diciendo nuestros nombres según las clases, y bajamos por la escalerilla, a un lado del tablado, y recogimos el cuaderno de notas de manos de la superiora. Habló muy poco con la Madre, hundida en un sillón de cresta dorada, y, como la Madre no se inclinaba a hablarle tanto como hacía la anterior, parecían desconectadas.

La Madre Superiora nos tendió el cuadernillo abierto, pero no lo miramos sino que lo recogíamos diciendo con una leve inclinación:

—Gracias, Madre.

Tuvimos a gala no leer nuestras notas hasta el final del acto —aunque me pareció que Elvira lo hacía disimuladamente entre los pliegues de su falda—. La Madre miraba a la que cruzaba ante ella con gravedad y firmeza, y cuando de nuevo estuvimos todas en el escenario, de pie, y cantamos el adiós al colegio, me dio apuro cantarlo, como si todo aquello lo considerase ya infantil, de un tiempo ido. Y vimos a la Madre con las manos fuertemente enlazadas, y nos miraba a todas tan fijamente, aunque

ninguna en particular se sentía mirada. No diré que nos contemplaba, sino que meditaba en algo relacionado con nosotras, tanto que le hacía fruncir el entrecejo. La Madre Superiora le hizo alguna pregunta y, como no recibió respuesta, se volvió a ella, atónita. «Le están hablando, Madre» tuve ganas de advertirle, aunque ya sabíamos que cuando «se iba» era difícil recuperarla.

—Nada de lágrimas, vamos a ver —le dijo a Geni, que se agarró a los flecos de su ceñidor en el pasillo.

Tiró suavemente de su ceñidor y nos dijo:

—No viene a qué llorar, no son niñas pequeñas. El colegio está aquí, no se mueve. Y van ustedes a sus casas en donde también les esperan.

Repitió:

—No hay por qué llorar. No se llora.

Sonrió:

—Ya ven, yo estoy contenta por ustedes. Y en octubre nos encontraremos aquí de nuevo, con más fuerza, para emprender un camino de perfección, ¿verdad?

—Nos disiparemos —dijo Geni.

Begoña se rió como si oyera un disparate. La Madre dijo:

—No, si el espíritu es verdadero. En la que sea sólo continente, vale la pena de vaciarse y volver a empezar.

—Están aguardándolas —instó Madre Azpiazu.

—Vayan ustedes.

Subí a las camaretas y cuando regresé estaba la Madre con las familias, como un poco perdida y silenciosa, escuchando lo que decían.

Entré en el oratorio y me arrodillé, y deseé con toda mi alma: «No me dejes faltar». Y: «Que pase pronto el tiempo».

Estaban los bancos casi llenos de chicas, recogidas. Me había arrodillado en el último, pensando en salir pronto, pero la Madre entró y se arrodilló también. Inclinó la frente sobre sus manos cruzadas, en oración. Llegaba hasta nosotras el rumor de conversaciones en el pasillo y en las salas, las risas, el tono suave de Madre Vergara, y el susurro átono de Madre Monleón. No me atrevía a levantarme. El coche del colegio no se marcharía sin que Hermana Mandoegui me avisara.

Se puso de pie y se hizo a un lado, desde donde miró, con los brazos ocultos en las mangas, cómo iban saliendo, y cuchicheaban:

—Adiós, Madre.

Y allí mismo, en el oratorio, la Madre respondía:

—Adiós —sin sacar las manos de las mangas.

Yo me había puesto de pie y seguía el orden de que primero fueran retirándose las de los bancos delanteros. Me tocaría, pues, con Begoña, al final. Y vi que en el banco último del otro lado se habían postrado Madre Azpiazu y Madre Clark, y salieron a la puerta al movilizarse las chicas y oía:

—Adiós, Madre Azpiazu.

—Adiós.

—Adiós, Madre Clark

cuando pasaban ante ellas.

Hice la genuflexión emparejada con Begoña, y me volví. La Madre dijo, siempre en su postura quieta:

—Adiós, Tadea.

Titubeé:

—Adiós… Madre.

Y dije «madre» no como un tratamiento, sino como una realidad perentoria. (Decir «madre» de verdad, era tan ansiado y tan nuevo que el corazón me ahogaba).

Me dijo:

—Sencillez. Confianza.

Habíamos hablado siempre así, en público, y quizá por eso se dirigió a mí en el oratorio, porque con las demás había tenido en el cuarto su despedida privada.

Me dijo:

—Sígale.

Cerró un momento los ojos.

—Una consigna le doy, Tadea…

Y dijo:

—¡Cristo!

en una gran exhalación, con todo su aliento.

—Sí, Madre.

Me di media vuelta para que no me vieran la cara abrasada, el tironcillo nervioso de los labios reteniendo las lágrimas. Oí su voz todavía:

—Fuerte. Hay que ser fuerte. La victoria no es de los blandos.

Me volví sin levantar los ojos, porque me pareció irrespetuoso darle la espalda mientras me hablaba. Hizo un gesto, como si fuera a acercarse a mí, pero rectificó y de nuevo retrajo sus manos en las mangas.

—Adiós, Begoña.

Pensé: «Mi corazón inquieto hasta que descanse en Ti».

Salí del colegio como si fuese arrojada al Oriente, a la región de Nod.

OceanofPDF.com

LXXI

Me había hecho un propósito de perfección. Iba a continuar en casa como si no estuviera; o como si estuviera, pero habitado el corazón por Él. Iba a ser buena con todos y para todos: sentirían que Cristo me habitaba; iba a darme. No flaquearía, porque ahora conocía que Él podía entrar en ti secretamente, tan deliciosamente que Él podía llenarte, y que nada habría capaz de ocuparme como Él. «Me hiciste para Ti». Repetírmelo me engrandecía, me hacía desdeñar lo humano. Cuando vi desde el mirador, al entrar en mi cuarto, el muro de los salesianos, me sonrojé pensando en mi infantilidad pasada: inventarme un amor, y el amor de un muchacho… (Dios, qué fútil). Ya no necesitaba inventar: había un amor posible para mí, un amor perentorio y tanto más superior, un amor con ojos insondables, con labios puros, con manos serias, con palabras de vida —las mismas para párvulos y para muchachas, para chicos y para mujeres, para hombres, sin distinción de edad, de condición, de sexo—, y sin contactos: *Noli me tangere*; y lo más importante era que no le rozaban muerte ni corrupción: moría y renacía de Sí mismo y podía renacerme. En Él podía hallarme. Poblaba mi soledad continuamente la imagen física del Maestro imaginado, sus ojos me seguían, veía moverse sus labios en las palabras que sabía de memoria.

Había muchas cosas que no entendía aún: *Ahora pienso como niño, juzgo como niño, conozco imperfectamente. Llegará el día en que le veré cara a cara, y le conoceré como yo misma me conozca*. Confiaba en Él.

Iban a llegar los primos y no me importaba: deseaba arrostrar dificultades.

Las horas eran, recién llegada, rápidas. De una manera inesperada fueron haciéndose más densas y más vacías, y alargándose. Me encontré con un tiempo sin llenar en el que el pensamiento o el sentimiento no bastaban.

Escuchaba a tío Juan con indulgencia. Pensaba: «Ya no tiene influencia sobre mí», recordando al Padre de los ejercicios, y llegaba a la noche con el ánimo en paz. Por contraste, él me hablaba más directamente, noté que en medio de sus largos monólogos buscaba mi asentimiento, me repetía que le importaba el pensamiento de la juventud, lo mismo que si quisiera halagarme.

Me tendió un libro para que lo leyera.

—Toma. Te va a gustar.

Un título se dio contra mí, fue una voz rebotándome en el pecho: *Canción a una muchacha muerta*. Sentí un frío mortal, como si alguien me hubiese adivinado.

> *Dime por qué tu corazón como una selva diminuta*
> *espera bajo tierra los imposibles pájaros.*

Ah. ¡Yo era aquélla! ¿Quién me hablaba? ¿Desde dónde? ¿Era un hombre mortal el que podía alcanzarme de aquel modo, leerme y llamarme, urgirme?

> *Dime por qué sobra tu pelo suelto*
> *sobre tu dulce hierba acariciada.*

¿Quién me lo preguntaba? ¿Quién tenía ansia por mi ansia, por mi renacimiento? Era como si unos dedos me recorriesen el cabello, y lo encontrasen —y encontrase— dulce hacerlo.

> *Dime, dime el secreto de tu corazón virgen.*

Pensé: «No lo tengo». Y se derrumbó el cansancio sobre mí, un cansancio enorme de tanta tensión espiritual habida. «No tengo secreto, tengo el corazón virgen de secretos». Porque Cristo no podía ser un secreto. Y además eso era otra cosa, naturalmente… Naturalmente, este otro mundo existía, rodaba, avanzaba, te cogía. Existían personas como aquella que te decía: *Dime por qué*; no todo lo humano estaba contaminado, ni era bajo, ni inmundo, había voces puras también, o impuras, pero cargadas de humanidad, y sentí como un torrente de lava que me arrasaba los costados. *Esa cintura, ese débil volumen de un pecho triste…*

Tío Juan me preguntó:

—¿Te ha gustado Aleixandre?

Dije:

—Sí.

No me atreví a preguntarle: «¿Existe?».

—Es un poeta joven, del grupo de Guillén y de Salinas, ya sabes «La voz a ti debida». A lo mejor viene a la universidad de verano.

No te acerques. Tu frente, tu ardiente frente, tu encendida frente… ¿Me presentía? ¿Había otras como yo?

Qué inmenso torbellino. El mundo se imponía, no diré que desde fuera ni desde lo material, sino desde la esencia misma de mi espíritu. Aquello no era ni tan siquiera tentación; era, existía, no se podía también colmar el alma de dulzura. Ni que en la voz de los hombres hallabas algo único y colosal: compañía cierta. Y ser comprendida desde una naturaleza pareja a la tuya y ser *dulce hierba acariciada*, e interesar y ser interesada.

Pensé furiosamente: «No pensar. Mejor no pensar. Mantenerme en *statu quo*». Pensé: «La hierba… no me da la gana», pero hallé en pensar en mí como hierba un gran descanso, una frescura vegetal.

Cuando llegaron tía Concha y Clota llevaba días pendiente de su arribo y mirando desde el muro de la huerta a la mar e imaginando nuestras navegaciones exaltadas. Y desde el día siguiente bajó Clota preguntando:

—¿Quién viene con nosotras?

Y estábamos ella y yo con nuestros bañadores debajo de los trajes y una toalla arrollada en la mano:

—Que os acompañe Patrocinio. Mañana iré, que hoy estoy rendida —anunció tía Concha.

Le había dicho a la abuela:

—Este año nos iremos antes. Quiero estar para cuando llegue Ana de Inglaterra. A lo mejor la traigo a pasar unos días. Hay que complacer también a la otra abuela.

Pensé con pereza y un poco de temor en cómo estaría Ana, cómo sería Ana, porque ni un minuto admití que pudiera ser la misma criatura arbitraria y dura que gozaba con fastidiarme o buscaba mi compañía y mi amistad. Clota hablaba de ella con envidia y admiración, porque era mayor, porque hacía cosas que le estaban prohibidas, porque había sido mujer

cuando aún vagábamos por la infancia, porque salía con chicos y no a hurtadillas; y después se lo contaba en la cama por las noches y Clota se encendía oyéndola, y pensaba en cuando ella pudiera hacer lo mismo, y se desanimaba suponiendo que tendría menos éxito que Ana, y que no sabría llevar la voz cantante con un chico. Y en que siempre Ana valdría más.

—No seas tonta. No sé dónde sacas eso. Es una antipática —le dije.

—Todo el mundo lo dice; si me parece bien que valga más. Tiene unos trajes tan elegantes, se peina con tanto estilo. Es un sol. Ya verás. ¿Tú no te acuerdas nada?

—Sí, pero de pequeña. Siempre estaba metiéndose conmigo.

—Es igual. Sigue arreglándoselas para no ganarse ni una bronca. Maneja a mamá que da gusto, y a papá no digamos. Yo cuando quiero pedir permiso para algo le pido a Ana que lo haga.

Clota me dijo:

—Este año estaremos menos tiempo.

Contesté:

—¿Por qué? Siempre decís lo mismo.

—Las cosas… Mamá quiere estar para recibir a su chichi. ¿Qué pasó con Tomasa? No quería que viniesen papá y Odón, decía que con gente así dentro de casa estábamos vendidos, no comprende cómo la abuela no la puso en la calle, que debe de ser cosa de tío Juan.

Me reí.

—Tu madre no sabe de la misa la media. Fue cosa de la abuela. Se cree que la abuela es un mueble.

Clota sonreía con intención.

—No se da cuenta de nada.

Dije:

—Eso te crees tú

aunque no estaba muy segura.

—Fue un jaleo cuando se enteró de lo de Tomasa, me ha prohibido hablar con ella, fíjate qué lata para las salidas. ¿Pero qué hizo?

—A mí qué me importa lo que hace Tomasa. No es mala…

Clota repitió:

—No es mala, eso digo yo, pero mamá dice que soy boba, que soy una inocente. ¿Cómo nos arreglamos? Tomasa nos iba bien.

Contesté:

—No saliendo.

—¿Sabes que te encuentro cambiada? Los primeros días estabas como muda, como en otro mundo. ¿Sabes?

Se rió temerosa de ir a decir algo que pudiera molestarme:

—Te pareces a tío Juan: mamá dijo que eras igualita a él de joven.

Sentí una alegría muy grande. Miré a Clota.

—Tu madre no se acuerda.

—Sí que se acuerda, caramba. Es su hermano.

Pensé que había una gran distancia entre tío Juan y yo (el libro de Aleixandre, el *Mesías* de Haendel, un terreno en común). Pero él no debía de haberse encontrado con Cristo en su camino (con aquel torcedor del corazón). Pensé: «Cristo», contristada, con una irremediable sensación de olvido y culpa.

OceanofPDF.com

LXXII

Ver a Millán me dejó cortada, creía que no iba a verle nunca más, pero allí estaba, regresando a su casa a la hora de comer. Traía la gorra en la mano, la frente sudada, la americana gris abierta. No se le notaba nada.

—¿Se arregló lo de Millán? —le pregunté a Patrocinio.

—Ya ves —dijo.

Tomasa no estaba alegre con la vuelta; la veía ojerosa y se sentaba con frecuencia en las banquetas de la cocina. No levantaba la voz.

Tiraba del agarrador para abrirnos la puerta desde la cocina y nos miraba entrar, porque tía Concha nos permitió salir sin que se lo pidiéramos.

—En Madrid, Ana sale sola, bueno, con amigas, ya comprendes. Mamá me dijo que Ana le había contado nuestras escapadas y que qué falta de confianza, que nos hubiera dejado.

Yo no estaba segura de que nos hubiera dejado.

—Yo creo que ahora es más cómodo, porque así no tiene que molestar a nadie para que nos acompañe. Se ahorran malas caras.

Hallarme en la calle bajando la Atalaya, rozándome con la gente a un lado y otro me gustaba. Era como desaparecer. Volvía cansada y descansada.

Lo mismo que en el festín de Baltasar, empezaban a cubrir los muros de la ciudad letras en rojo, signos que decían: UGT, UHP, FAI, CNT. No sabía lo que significaban, pero perfectamente su relación con los obreros y con aquellas letras torpes dibujadas en todas partes: «Trabajadores del mundo, uníos». Habían dejado la huella de esas letras, a brochazos rojos, en los muros de la Catedral, en las tapias de las fincas del paseo de la Concepción, del Alto de Miranda o del Paseo del Alta.

—En Madrid es una lata —me dijo Clota—. Fíjate, no puedes decir ni «viva España» porque te pueden matar, ¿se te ocurre? A un amigo de Ana le mataron de un tiro en plena calle porque lo dijo, cuando le quería obligar

una manifestación comunista que venía de la Casa de Campo, a que levantara el puño. Siempre andan con jaleo, a mamá le horroriza que lleguemos un minuto tarde. No quieras saber, con Odón. Se le ha ocurrido hacerse de la FUE, fíjate, papá está que echa lumbre, dice que lo hace sólo para contrariarle.

Pensé: «A lo mejor dice la verdad».

—Mamá pone el grito en el cielo. «Un hijo mío, contra los estudiantes católicos…». Y Odón le toma el pelo, le dice que las mujeres no entendemos nada de política, y que él no tiene por qué ser lo que sea papá, que no es un borrego, y que tal y que cual.

Clota se mordía las uñas; las llevaba carcomidas.

—Le pegó papá una torta que le dejó sordo un rato, según dijo Odón. Pero yo no creo que a papá le importe nada que Odón sea de la FUE, se alza de hombros, pero le revienta que discuta y que disguste a mamá.

Se rió.

—Y a Odón le revienta que no le importe, me parece. Pero no te quiero decir… Mamá se lo perdonó todo cuando fue a patear *AMDG*, que se estrenó en el teatro y va contra los jesuitas, y los chicos de derechas echaron bombas pestilentes y patearon y no dejaban oír. Armaron una… Dice Odón que había hasta chicas conocidas, universitarias sobre todo, que les denunciaban, que los señalaban a los guardias, fíjate qué asco esas chicas, ¿no? Odón llegó a casa volado con un amigo suyo, y mamá se puso al principio que casi le da el teleque, porque se metieron en el cuarto de Odón y le dijeron a la muchacha que tuviera cuidado, si preguntaban por ellos, de avisarlos, para salir por la puerta de atrás —y la chica se lo repitió a mamá—. Pero cuando Odón le alzó la voz y le dijo que habían ido a reventar *AMDG*, y le explicó lo que era, se quedó hecha un flan, y le besaba y le decía: «Éste es mi hijo», y esperó a papá en la puerta para contárselo. Y a papá no debió de convencerle aquello, porque le llamó al despacho, cuando se marchó su amigo, y creo que le obligó a confesarle si era o no de la Falange, pero Odón le dijo que no, que era de la FUE, y papá lo prefiere, porque dice que los de Falange son fascistas, muy extremistas aunque sean de derechas, que no son métodos, que con violencia no se consigue nada, sino parlamentando, a diálogo abierto, y no a tiros ni vendiendo periódicos

clandestinos. Y que siempre están con jaleos. Y Odón nos contó que había estado bárbaro, bastante comprensivo, y que le había dicho que de todos modos, lo mejor era que no se metiese en nada, que no se comprometiera. En la Universidad, los estudiantes, unos de la FUE y otros de FE o de la CEDA, volcaron los tranvías, y andan siempre de huelga, y mamá dice que no debían darles beligerancia, que lo que tienen que hacer es acabar la carrera.

—¿Por qué se meterán?

—Bueno, hija, son los padres, también tú. Es natural, pierden cursos. No sabes cómo suben los domingos, de la Casa de Campo, las juventudes libertarias, por la Gran Vía. Los he visto, ¿sabes?, aunque mamá nos tiene prohibido ir por las calles céntricas. Odón se pasa el día entrando y saliendo por la puerta de servicio y dando portazos y encerrándose en su cuarto, y papá dice que mejor le iría estudiar, y que deje todo eso para cuando acabe la universidad. Pero, claro, tiene amigos que ya están allí, y él anda buscando lío, porque Ana y yo sabemos que se va a San Bernardo y se mete en los pasillos de la Facultad a hablar con ellos, para ver lo que se pesca. Le revienta estar todavía en el colegio, pero como no estudia… Aquí estáis en calma chicha, no os enteráis de nada.

—Hubo lo de la pobre Tomasa.

—De pobre nada, menuda fresca, mira que andar metidos en una cosa así estando en casa. Papá dice que no demos opiniones.

—¿Por qué no? ¿Qué nos van a hacer por decirlo?

—Que lo mejor es no meterse. ¿Por qué haría eso Tomasa?

—Por el marido. ¿Qué sabemos nosotras? O a lo mejor por los otros, o por no trabajar más.

Pensaba en aquella palabra «trabajo» que se me había ofrecido desde niña como castigo bíblico y familiar. «Trabajarás», había dicho Dios. «Como has sido mala te quedarás copiando deberes». O: «Con el padre que tiene, nada me extrañaría que el día de mañana tenga que ponerse a trabajar». Lo decían con tal marca de menosprecio que trabajo pasaba a ser un estigma social. Nada que no fuera ociosidad me parecía digno, y el trabajo atentaba contra esa dignidad. La ociosidad dejaba de serlo si ocupabas en algo el servicio de tus manos.

—Pues papá dice que el trabajo es dignísimo, y él trabaja como un burro.

—Es otro trabajo, no es lo mismo.

—Eso lo dirás tú, qué graciosa, se ve que tú no lo haces. Cuando las muchachas están en la cama papá sigue todavía en su despacho, trabajando.

—No es un trabajo cansado, quiero decir, un trabajo corporal.

—Él dice que es mucho peor, que es agotador, que se desgasta. Es el primero de la casa en levantarse.

(No le dije:

—Tomasa cuenta que es para ir a visitar a su querida, dos manzanas más abajo, mientras tu madre está en cama todavía. Y que va con el libro de misa para que se crea que va a la iglesia, y que hasta entra un rato para despistar. Y que no sabe por qué tanta prisa, que luego la tiene con él todo el día en su despacho, y que sólo por eso aguanta a tu madre, con tal que le deje en paz). Porque Tomasa se había dado cuenta de que habían prohibido a Clota que la hablase y lo acusaba desahogándose conmigo sobre ellos. No retenía su lengua, nunca la retuvo, pero jamás como entonces conmigo desgarraba la verdad con los dientes, y me la metía por los ojos. Yo no la dejaba con la palabra en la boca porque me daba lástima, y porque me parecía cruel que la evitaran.

—Ése tiene una hija de la misma edad que Clota, y la tiene interna en un colegio por Francia, para que aquí no se enteren, o para que no sepan de dónde viene la niña esa. Le tira, la Eugenia, le tira.

(Así supe que Odón se había dado cuenta hacía mucho tiempo de la doble vida de su padre y que aquello estaba entre los dos).

Tomasa concluyó, como si en ella reivindicase algo debido:

—Hace bien, que se aproveche.

Me decía aquellas cosas a mí, y a veces la sorprendí en la antecocina sentada a la mesa del tapete de hule de Patrocinio, hablando con ella, pero con las demás apenas hablaba y ya podía Francisca lanzar palabras hirientes que hacía ruido con la cazuela y como si no oyese, o se sentaba en la banqueta con la cara tan cansada, y aquellas orejas, que hasta Francisca optaba por callarse.

—Te vas a tener que dar «La Carmela», que es mucho más joven que tú, el Millán, y te están saliendo canas, y hay mucha mujer por el mundo.

Tomasa contestó con una extraña dignidad:

—Me salieron desde la cárcel.

Me marché de prisa de la cocina.

—Estar en la cárcel por las ideas no es para andar con vergüenza —me había dicho—. No vas a comparar con ir allá por ladrona, o por tirada, o por haber machacado a alguien.

Y también:

—Se entera una de muchas cosas, en chirona. Es un lugar muy sano. A alguna quisiera ver yo allí.

—¿Por qué, mujer? Contigo fue una equivocación.

—¿Por qué no se equivocaron con otra?

Me miraba duramente.

—No se equivocaron. Me echaron el guante porque apoyé a Millán.

—Tú no hiciste nada.

—Hice: callar. Y mil veces que naciera mil veces callaría, para que lo sepas, que yo no me las doy de santa. Callaría y callaría aunque me partiesen la boca.

Me estremecí.

—¿Te pegaron?

Me miró hondamente.

—No. Me dieron sopas.

OceanofPDF.com

LXXIII

Poco a poco el verano nos invadió, el ámbito particular del verano, no solamente sus condiciones de atmósfera. Fue llenándome el sol sobre la arena húmeda de Las Quebrantas, fue henchiéndome el agreste viento fuerte de la mar abierta —al secarse el agua que había saltado a nuestros brazos, a nuestro cuerpo, quedaba una película blanquecina y salitrosa sobre la piel—, descansaba sobre la arena y a través de los párpados se notaba la claridad salina, un sol reverberante que te llenaba los párpados aún cerrados. Y corría venas abajo, calentaba por dentro, se estaba bien. La mente se vaciaba: no pensar era un descanso inaudito. Dejarse estar, casi felicidad.

Me llegaba desde lejos, como me había pasado ya con Juan Ramón, la voz de aquel verano: *Dime por qué*. «Dime por qué» me urgía. Pensaba: «una muchacha muerta», como si hubiese sentido algo muerto de mí, o si hubiese presentido que podía morirme, que había estado a un paso de morirme, inconcebible riesgo. O de perderme de mí misma. *Tu corazón como una selva diminuta*. Aquello era paraíso, aunque otra suerte de paraíso. Los imposibles pájaros me rozaban… Estaba bien. A veces, me daba vuelta, boca abajo, y pensaba: «La Madre», y me la figuraba severa, y el gran aliento con que exhaló: «¡Cristo!». (Pero si no lo olvidaba, no lo podía olvidar. Me lo habían clavado como una lanza en el costado, lo llevaba como una consigna viva). Las palabras —las de Judea que me llegaban a través de ella, las del mundo que me llegaban a través de un poeta—, se apoderaban de mí en flujo y reflujo, como veía por la mañana, al llegar a la playa, la raya húmeda que marcaba hasta dónde alcanzó la mar en la marea alta: ya no estaba, pero había estado; y el testimonio de aquellos pequeños fósiles, aquellos caparazones vacíos, con las cuencas vacías también, estrellas de mar corrompiéndose que apestaban, y una orla de espuma sucia. A última hora de la mañana comenzaba a subir la mar de

nuevo. Y yo estaba tendida allí, en donde la mar iba a instalarse al cabo de unas horas, y Clota me gritaba:

—¡Tadea, los albornoces!

para que pusiera todo a buen recaudo, pero la voz en el aire y en el sol me sonaba lejana, fantasmal, y no podía moverme, y con los párpados deslumbrados, pensaba: «Estoy entumecida. No me puedo mover. Me va a coger la mar». Y aquella espantosa angustia de un momento, de la que con un tirón especial final me libraba. Después me palpitaba un rato el corazón de prisa.

—Es malo quedarse dormida al sol —me dijo tío Andrés—. Te va a dar una congestión.

Yo no dormía. ¿Pero él se fijaba?

—Ponte siempre algo sobre la cabeza.

Ese débil volumen de un pecho triste. (No me miréis). Tía Concha había dicho:

—Hay que haceros bañadores nuevos. No os bañéis mientras no los tengáis. Estáis indecorosas.

E instintivamente nos llevamos la mano al pecho.

—Cómo se te nota —dijo Clota, un poco colorada. •

—*Idiota* —contesté.

Nos hicieron unos bañadores azulmarino, y ya nos los poníamos directamente sobre el cuerpo.

—Qué niñas —dijo tía Concha riéndose, como encantada—. Parece mentira que fueseis así. ¿Pero no os dabais cuenta?

Nos dimos cuenta desde el momento mismo en que nos fue dicho.

—Con un chico como Odón, ya. No se puede ser tan inocentes.

Y le dijo algo en bajo a la abuela, satisfechísima. Y a Odón poco le importaba, porque no venía con nosotros, que iba todos los días con sus amigos a la segunda playa.

—No le gusta la mar, Andrés, ¿por qué terqueáis? Está de vacaciones —defendía tía Concha cuando Odón estaba ausente.

—Tiene sus planes ya. Se divierte más en la playa. Empieza a ser un hombre.

(Se lo decía como si le gritara:

—¡Tú has terminado!).

Odón había llegado hermético y con evasivas, o al menos hermético para mí. Dijo:

—Hola

cuando le besé, y ya desde el primer día hizo vida aparte, planes distintos. No acudió al mirador, ni me preguntó si había seguido leyendo. ¿Y él? Entonces sí me pareció distinto. Empezaba a intervenir en las conversaciones en la mesa, daba su opinión muy tajante, y un poco campanuda, y le encontraba feo. Adoptaba, sin darse cuenta quizá, la postura de su padre y era cargante en él que era tan joven: dejaba que hablase tía Concha, que sucediese todo en torno y él no se ingería, como si las demás no tuviésemos uso de razón, incluida su madre, o si por ser mujeres no valiese la pena de gastarse en explicaciones. Estaba en la terraza haciendo un favor, condescendiendo, y daba un beso apresurado y pueril a su madre cuando salía escapado. No pensé que nosotras no le interesábamos, pensé que él no tenía ningún interés, y me fastidiaba la insistencia de Clota en seguir los pasos de su hermano.

—¿A ti qué te importa? Que se pudra.

—Como es chico le dejan hacer todo. Qué suerte, los chicos.

Tío Andrés no le contrariaba ya por sistema. Odón trataba a su madre sin aquella apasionada defensa, accediendo, y cuando le hacía recomendaciones contestaba paciente:

—Sí, mamá. Sí, mamá. Sí, mamá.

—No me contestes así

se quejaba, sin una palabra de reproche por parte del padre.

(Ya no le preguntaba: «¿De dónde vienes? ¿Qué has estado haciendo?»). A veces me parecía que le miraba, al llegar, de una forma taladrante, para apartar en seguida los ojos sin pedir explicaciones.

Pensé: «Ahora Odón no encuentra tan mal que su padre engañe a su madre». Y me pareció monstruoso.

Tío Juan estaba en Biarritz. Cuando supe que se iba me sentí contenta, porque todo lo que fuera cambiar la forma de vida, o novedad en casa, me gustaba. Pero la casa sin tío Juan y con tío Andrés y Odón y tía Concha fue tediosa. Había aquella escapada por las tardes, braceando entre la gente por

las calles de San Francisco y de la Blanca, o hacia los cines. Me gustaba el cine, me gustaba la sombra mágica enfocando un mundo distinto, pasiones y vida; me gustaba por unas horas salir de mí misma y de mi medio ambiente y sumirme en otro mundo extraño.

—Cuidado con las películas que ven las niñas —había advertido Odón a tía Concha, ante el furor de su hermana.

Nos importaba un bledo. El caso era aquellas vidas fuera de la propia, y en líneas generales fuimos a las películas permitidas, aunque, naturalmente, el nombre de Greta nos llevó a ver *El velo pintado*.

Había una cartela al comienzo de la película que decía algo sobre que «aquí abajo vemos las cosas a través de un pintado velo», y en el acto me vino el recuerdo de las palabras de Pablo: «como en un espejo enigmático». Vi a Cristo a través de aquel amor que entonces sí capté que era pecado, y que me pareció vulgar, y en aquel profundo insondable desengaño y en el éxtasis del engaño; y el hermetismo al hallarse con el vacío total me hizo pensar en Cristo. (Cristo era todo aquello: más bien, estaba al final de todo aquello, del otro lado del pintado velo…). Y en la figura torpe del esposo, y en las calles y casas pululando de peste, y en los palanquines que transportaban casi cadáveres, y sobre todo, sobre todo, en aquel inmenso desengaño de la mujer, en aquella desoladora expresión de soledad, como en un espejo enigmático allí se reflejaba Cristo.

Clota me dijo:

—¿Estás llorando? Pero si es cine…

No era cine.

Y fuimos reñidas por ese cine, estrujadas a preguntas.

—Déjalas, Concha, si no se han enterado de nada —dijo tío Andrés, cogiendo a Clota sobre sus rodillas.

—Tadea lloró y todo —dijo Clota a Odón—. Se emocionó, la pobre.

Y Odón se echó a reír. Hubiese querido no haber visto la película con tal de no haber oído aquello en alta voz.

OceanofPDF.com

LXXIV

Tío Andrés se marchó con Odón, como siempre. Antes había habido conciliábulos familiares en torno al porvenir de Odón.

—A los diecisiete años y sólo tiene el elemental —decía Clota—. Es un melón. A papá le saca de quicio.

—Que le dejen en paz.

—Tú siempre le defiendes.

No le defendía. Pensaba que si le dejaban en paz a lo mejor estudiaba.

—¿Qué quieres ser?

—¡Yo qué sé! ¿Tú sabes lo que quiere ser? No hay quien lo sepa. Yo creo que no quiere ser nada.

Pensaba exactamente Jo mismo que Clota en eso, que Odón no quería ser nada.

—Pero papá dice que no se va a pasar la vida así, de parásito.

Discutió con su hijo en el pasillo y le llamaba continuamente cretino. Después de aquellas broncas, el extravío del ojo de Odón se acentuaba y tenía las orejas rojas.

—Métele en el despacho contigo. Puede ir aprendiendo contigo —decía tía Concha.

—¿Para qué? ¿Para que me ponga en evidencia? ¿Para que se ría de él hasta el conserje? ¿O qué quieres, que le meta de mecanógrafo?

—Pero viéndote a ti… No es tan difícil —dijo tía Concha con absoluta inconsciencia.

Tío Andrés la miró de arriba abajo con tan inmenso desprecio, que ella corrigió apurada:

—Aprendiendo contigo, quiero decir.

Llegó tío Juan de Biarritz y se encerraron en el despacho los tres. Clota dijo a su hermano:

—Hijo, te compadezco, junta general extraordinaria…

Odón contestó con cinismo:

—Para el caso que les voy a hacer…

Fue a coger la chaqueta y su hermana le advirtió:

—Yo que tú no me iba. Mamá dijo que esperases a que te llamaran.

—Pues les dices que el pájaro voló.

Y así lo hizo.

—¿Por qué no les dices qué quieres ser? ¿Qué quieres hacer? ¿No quieres hacer nada? —le preguntó Francisca.

Y Odón le contestó:

—No doy explicaciones a criadas.

—Jesús, el señorito…

Francisca se quedó resoplando.

Hablábamos Clota y yo en la terraza delante de la abuela igual que si la abuela no pudiera enterarse de nada.

Clota se roía las uñas.

—Si estuviera Ana… Ella es la única que apacigua a papá.

—Tu padre se enfada pocas veces, pero cuando se enfada…

—Anda siempre a rastras con los exámenes, se va a morir de viejo con el bachillerato. Papá dice que hay que tomar una decisión.

—Si no estuviera siempre llamándole cretino.

—Pero si lo es, ¿no es un cretino? Te has pasado el verano diciendo que era idiota.

—Es otra cosa —dije.

En aquel momento en que estaban los tres mayores encerrados decidiendo el porvenir de Odón me sentí buena y limpia, y con un profundo deseo de librarme de todo aquello. Me parecía injusto que no oyeran a Odón. Pero, ¿Odón hablaría? ¿Había hablado alguna vez con su padre o su madre de verdad? ¿Sabían cómo era el chico, qué le preocupaba, si le preocupaba algo? Lo sabía yo, que creía conocerle. Me parecía más fácil entendernos entre nosotros.

—Es un abúlico —decía Clota como un reloj de repetición—. Es desesperante.

Le veía sujeto a discusión y castigo y volví a sentir por él mi cariño de siempre, y me alegré de que se hubiese ido contraviniendo las órdenes: era,

también, una manera de contestar. No muy valiente —pensé—, si no, hubiera dado la cara. Pero algo es algo. Y me reí.

—Eres especial, tú. ¿Te hace gracia que se la cargue Odón?

—Si él se lo busca… Si es eso lo que busca, ¿a ti qué te importa?

—Es mi hermano.

—Le importa mucho a él, ser tu hermano, no fastidies.

La abuela, de una manera inesperada, cogió la mano a Clota.

—Tenéis que ser buenas —dijo—. Bastantes preocupaciones tienen vuestros padres. Ser buenos.

Me sofoqué intensamente.

—Llevaros bien —dijo, y me miraba—. La familia, unida. Lo mejor es la familia unida siempre.

—Pero, abuela —dijo Clota—, si estamos unidos, ¿verdad Tadea?

Dije que sí con la cabeza.

—Naturalmente.

—Ojalá —dijo la abuela, de nuevo con la mirada lejana—. Hay que saber perder de vuestra razón con tal de no desunir a la familia.

Yo había oído hacía tiempo a tía Concha decir: «Mamá es tan perfecta, que en cualquier discusión da antes la razón al yerno que a la hija». ¿Había sacrificado mucho su manera de pensar para adaptarse a todos, para hacer simplemente de puente de unión, para no imponer su propio criterio? ¿Lo tenía?

Estaba habituada a la idea nacida de los comentarios oídos desde niña:

—La abuela está así desde que le murió la hija —había dicho Patrocinio—. Quería a tu madre con delirio.

—Mamá, la pobre, desde que enfermó mi padre… fue una enfermedad tan larga… —decía tía Concha—. Años enfermo, y ella se convirtió en su enfermera, no quiso a nadie al lado de él. No se valía solo y ella le hacía todo.

¿Qué había en aquel «todo»? No lo comprendíamos bien, pero parecía haber sido demoledor.

—Desde que él murió…

—Desde que ella murió…

(Por primera vez, pensé: «Y antes de todo eso, ¿cómo era la abuela?»).

—La abuela y tú como dos moles —había dicho una vez Odón.

La abuela y yo, ¿nos parecíamos? La miré. Me sentía capaz de tanta rebeldía, de tanta vida, encontraba imposible el parangón: a mí nada me hundiría de sillón en sillón. Quizá nos parecíamos en la capacidad de silencio.

—Terca como tu abuela —había dicho un día Francisca.

No le había hecho ni caso, pero ¿la abuela, terca? ¿Terco el silencio? ¿Obstinada su manera de vivir como llevada de un sitio a otro de su propia casa?

Empecé a darme cuenta de que quizás aquel mutismo no era congénito, sino logrado buscando lo que ella llamaba «la unión de la familia».

—Nadie se puede comparar a ella —decía Patro—. La conozco desde los quince años.

Me parecía inverosímil, quince años.

—Se casó a los quince años, tu abuelo le llevaba veinte. Fue un matrimonio ejemplar. Parecía una chiquilla, con sus tirabuzones, con más ganas de jugar al aro que de ocuparse de un marido. —Sonrió, con sus ojos ciegos—. Cuando llevaba diez años con ellos, yo me casé también. Ya ves, enviudé al año, y volví con ella. Hasta ahora.

—¿Cuántos años tiene la abuela?

—Yo qué sé, muchos. Más de setenta. Pero no se lo digas, que no le gusta nada que se le hable de años.

Tío Juan solía decir:

—No hay por qué saber si una persona tiene un disgusto o no, malas caras, brusquedades. Cada uno debe, por consideración a los demás, guardar sus cosas y hacer la vida fácil a los otros.

Cuando entraron los tíos en la terraza no comentaron la ausencia de Odón. De momento no supimos nada de lo acordado, pero esa noche Clota vino a mi cuarto cuando estaba yo en cama.

—Le envían a Inglaterra. Dos años a Inglaterra y luego a Francia. Ha sido idea del tío Juan. Por lo visto el director del colegio dice que es inútil intentar estudios con él, y entonces piensan que aprenda idiomas, y que le irá bien salir de casa. Mamá dice que en el fondo se alegra porque Madrid

está imposible y así le apartan de la FUE y todos esos jaleos. Cuando se quiera dar cuenta vuelve hecho un hombre y lo meterán con papá.

—¿Qué ha dicho Odón?

—Le ha parecido bien, me parece. Aunque besó mucho a mamá y mamá dice que le debe de dar miedo salir al extranjero solo. Pero papá no quiere que nadie le acompañe. Dice que si es hombre para otras cosas, que lo sea también en eso.

Me pareció que definitivamente Odón se había apartado de nosotras, como si fuese a entrar en un mundo distinto.

Le pregunté:

—¿Te gusta ir a Inglaterra?

Me contestó:

—Me gusta ir a una parte en que no estéis vosotras.

Me miró, con aire maligno:

—Supongo que a la vuelta te habrás ido monja…

Le miré, como desdeñándole. (Y yo que lo había pensado, más bien me había asaltado el pensamiento siempre rechazado).

—No tomes aires de matrona romana —se rió—. La religión está bien para las mujeres.

Dijo:

—Os sienta

con tanto cinismo, que le dije:

—Odioso.

Y me di media vuelta para seguir subiendo. Saltó dos escalones, me alcanzó y sujetándome por el hombro me echó el brazo por detrás a la cabeza, me forzó hasta él, y me restregó los labios duramente con los suyos. Dije:

—*Bruto*

rechazándole.

—¡Mira que eres animal!

Me miró con absoluta sorpresa, como si despertara en aquel momento, y de pronto me sonrió con su sonrisa de chico, un poco triste. ¿Se había querido despedir de mí? ¿Qué le pasaba?

Sólo cuando me encontré a solas en mi cuarto me subió un temblor incontenible, una turbación retrospectiva: me había querido besar en la boca…

Me llevé la mano a la boca y la contuve allí, como si me besara el beso.

OceanofPDF.com

LXXV

Cuando se marcharon al día siguiente no sabía qué hacer, ni cómo le miraría. Pero Odón andaba recogiendo recomendaciones de su madre…

—No hagas… Ten cuidado… Los protestantes… No digas… Hijo… Hijo…

Y después le llamó a su cuarto, casi le empujó dentro.

—¡Odón!

Supongo que le abrazaría estrechamente porque Odón salió con cara de fastidio, y ella alterada, conteniendo el llanto.

—Vamos, aprisa —dijo el tío Andrés.

Y Odón a voleo se inclinó sobre cada una de nosotras.

—Adiós. Adiós. Adiós

sin mirarnos, besándonos con rapidez en la mejilla.

La abuela dijo:

—Algún día te darás cuenta.

Y tío Juan:

—Verás cómo te gusta la manera de ser de los ingleses. Me darás las gracias.

Tía Concha bajó con ellos la escalera grande, y nosotras volvimos al cuarto de estar. Entonces dudé de si me había querido besar o no, o sólo fastidiarme, hacerme daño, ¿por qué se metía conmigo? No era el acto, era su mirada pesarosa de después la que me hizo pensar en un beso. «Qué tonta soy —pensé—, no ha habido nada de esto». Clota les decía adiós desde detrás de la ventana, tocando en el cristal, aunque no debían de oírla.

—Mamá quería estar abajo sola con él.

—Pues bajó también tío Juan.

—Pobre mamá, adora a Odón.

Subió apretando las mangas de la chaqueta sobre los hombros y entró en su cuarto muy erguida, y cerró la puerta.

—Odón dice que es del género tonto hacer historias. Además que va al mismo sitio donde está Ana, así que podrán verse los fines de semana. Creo que en Inglaterra los fines de semana son de locura, las chicas son lanzadísimas, y a la vuelta el lunes como si nada hubiera pasado.

—Ana es una fantástica. Siempre piensa mal.

—Es verdad, Odón sabía también por unos amigos que era verdad. Ana no se marca faroles, no te creas. Me contó que la invitó una chica a su casa, en el campo, un fin de semana y, bueno, por los pasillos, y en la biblioteca, y por lo oscuro del jardín…, lo pasaron en grande.

Me daba miedo y repugnancia aquello que llamaba Clota «pasarlo en grande», y ella lo repetía, igualmente, por decirlo.

—Odón me dijo que los chicos, a las chicas que habían estado en el extranjero las miraban con repelús, o se atrevían más con ellas. Que era mejor. Que aquí era un atraso, que muy bien para casarse, pero que para lo demás era una lata, que no se podía hablar ni dos palabras seguidas, y que éramos unas ñoñas. Y Ana me dijo que es verdad, que allí nos tienen por mojigatas y medio salvajes, pero que tienen mucho éxito. Las dejan salir solas, y cuando van a bailar o a un teatro, les plantan una señora de compañía y creo que le dan unos esquinazos de miedo… la plantan en los museos y se citan allí con chicos, y cada una tapa a la otra. Como es allí, como si no hicieras nada, no cuenta, qué importa si no vas a volver en la vida. Después aquí te casas, y se acabó.

Clota tenía el don de convertir las cosas en superficiales y ficticias. Acabé harta de la marcha a Inglaterra de Odón, porque tía Concha anduvo de levante y recayó sobre mí.

—Y a ti habrá que ir pensando qué se hace contigo cuando acabes el colegio.

Nos prohibió durante unos días bajar a la ciudad, indagó retrospectivamente qué películas habíamos visto, qué hacíamos en nuestras salidas, y se puso furiosa por lo que previamente había permitido.

Tío Juan dijo que debían llevarnos a ver una gitana que se llamaba Carmen Amaya, que era como de fuego, y tía Concha bajó los ojos y dijo, apretando los labios:

—No digas esas cosas delante de las niñas, Juan.

—¿Qué cosas?

—No son comentarios para las niñas. El flamenco es tan… una cosa desordenada, de mal gusto.

—Es una esencia popular, parece inverosímil la vuelta que dais a las cosas. ¿Tú la has visto? Es fea, menuda, baila con frenesí, cruza el escenario como una llama. Está el teatro abarrotado tarde y noche.

—Ahora con esas modas de folklore con que nos han salido cuatro intelectuales. Es salvajismo. Y para las niñas —concluyó— prefiero bailes clásicos, tan finos. Si hubiese una buena compañía de *ballet*… Ya ves que no te dije nada porque llevaras a Odón a ver *La Venus de bronce*, pero a mí esos espectáculos me parecen paganos.

Tío Juan sonrió con condescendencia y divertido. Me guiñó un ojo y me dijo:

—Te pondré unos discos de La Argentinita, de unas canciones arregladas por García Lorca. Canela fina.

—Con Tadea haz lo que quieras, allá tú, pero a Clota prohíbo que oiga a García Lorca.

—Pero, Concha —se rió—, ¿sabes de qué se trata? Si es un poeta.

—No soy tonta —dijo muy tiesa—. Es un poeta. Escribe contra la Guardia Civil y además…

Miró a su hermano a los ojos. Dijo:

—*Que yo me la llevé al río, creyendo que era mozuela*… ¿Te crees que soy tonta?, ¿que no me entero? Le rompí el libro a Odón en dos pedazos. No quiero porquerías en mi casa.

Tío Juan dijo, con un gesto de la mano como si llevara el compás a una música:

—*La luna vino a la fragua con su polisón de nardos.*…

Oí «En el café de chinitas». Me pareció una musiquilla, pero tío Juan punteaba:

—¿Te fijas, cuánta gracia? Este pasaje… Tiene mucha gracia. Si viene «La Argentinita» te llevo a verla.

Desde que llegó de su viaje había empezado a sacar cacharros viejos, guardados en el desván, y los colocaba por la casa. Decía:

—Hace gracioso. Mira que tener esto guardado. Vamos a ponerlo aquí.

Sacó así unas jarras, y unos platos y un vaso tosco. El vaso lo puso sobre la cómoda de Julia. Dijo:

—Le va muy bien, es muy gracioso, ¿verdad? Con una sola flor. Porque esta cómoda —dijo, y le pasó la mano a la madera encerada— tiene mucha gracia.

Era cierto: el vaso tosco con la rosa parecía tocado de gracia allí.

OceanofPDF.com

LXXVI

Se trataba de que pasasen los días, simplemente. La proximidad del retorno al colegio me había devuelto a las ideas de allí, a las palabras allí oídas, a lo que me esperaba. Me hice a mí misma la trampa de considerar —volviendo los últimos días a la vida en Cristo— que el espacio del verano hubiese sido un calderón entre dos notas iguales.

En el fondo, ni un minuto me había visto libre de aquello, de aquella tristura y aquella roencia. Sonreí, a solas conmigo misma, porque me habían acudido las palabras tantas veces oídas de pequeña. Subí al cuarto del piso alto, en donde ahora dormía Patrocinio, que había sido en un tiempo cuarto de Julia, y miré los muebles que recordaba exactamente, pero distintos, el espejo al que tantas veces había pegado mi cara llorosa de niña… Todo era más concreto que al evocarlo: muebles, y no misterios. Abrí la ventana que daba a la terraza recubierta de cinc, y vi desde lo alto el jardín, la masa entrelazada de los plátanos, la huerta y después la ciudad despeñándose hacia la bahía, y la mar. Era un atardecer sereno y gris. La roencia de Dios me arañaba el costado. Pensé: «Dios», y cuanto me rodeaba lo vi mineral, como partículas de un todo desprendidas, irradiando indicios de divinidad. Era una naturaleza que encerraba un profundo misterio de universo, bullente y al propio tiempo inerme y cósmica, y yo no estaba inmersa en ella, sino alzada en el centro de ella, diferenciada totalmente, porque sólo yo podía alzarme con vida sobrenatural consciente, y la poseía por encima de las cosas, y me servía de las cosas y de la naturaleza.

De niña ya había presentido en esa misma terraza, presenciando una tormenta, la existencia del Dios generador e irradiante. Me daba frío. Pensé: «Cristo», y después: Y *Él, que conocía que venía de Dios y a Dios volvía*… No era consuelo, era tristura de no permanecer.

Volvimos al colegio, y estaba la Madre en el oratorio como la vez primera en que la hallamos postrada en oración. No se movió, aunque tenía que oír el rumor de filas por el pasillito entre los bancos, cada una hacia su

puesto. Hacíamos la genuflexión ante la barandilla del comulgatorio y al volvernos de frente mirábamos hacia ella que tenía la frente baja, apoyada en las manos juntas, y que no se movió.

No había pasado el verano. Se cogía el tiempo y se le atraía allí, y partíamos desde allí, de nuevo ligeras de bagaje, con sandalias en los pies —sin peso humano de ropaje externo—, dispuestas.

Era como si nos hubieran dicho: «Volved a vosotras mismas». Y en esta ocasión no costó ningún esfuerzo.

La Madre estuvo con nosotras en el recreo de la noche y nos preguntó por nuestras vacaciones. Me parecieron ridículas. Geni le preguntó:

—¿Y usted en dónde estuvo, Madre?

Dijo, con sencillez:

—Hice ejercicios. Y después aquí, todo el tiempo.

—¿Qué hacía, sin nosotras?

Se rió, divertida.

—Preparar el curso —dijo.

Y por eso supimos que nada de lo que íbamos a oír sería improvisado, que todo lo había consultado en soledad con Dios.

No había venido Margarita Altube, pero creo que ya habíamos supuesto que no volvería. Con ello, las mayores pasaban a ser Begoña y Paz. Begoña traía el pelo muy liso, la frente muy despejada, hacía parecer más grande su nariz, más larga su cara. Había engordado un poco, pero no venía nada tostada.

—No fui a la playa —dijo a Teresa cuando se lo comentó.

Aunque más o menos con un septiembre sin sol, llegábamos todas menos morenas.

—¿Y qué hiciste?

—Estuve en casa. Vine aquí…

—¿Viniste aquí? ¿Al colegio?

Begoña miró a la Madre.

—Sí, ¿verdad, Madre? Vine a verla.

Nos quedamos estupefactas, y como si se hubiera aprovechado de nuestra ausencia.

La Madre afirmó con la cabeza. Dijo:

—Pasó tres días de retiro entre nosotras, en el piso de ejercicios.

Había un piso de ejercicios para antiguas alumnas, aunque nunca nos enterábamos de ellas: sabíamos cuándo estaban porque nos recomendaban meter menos ruido en la escalera, al bajar al comedor, para no distraer a las ejercitantes.

Iciar estaba allí, aunque Elvira también este año se retrasó.

Nos levantamos del recreo y nos acompañó charlando hasta la puerta de las camaretas; sólo más tarde nos dimos cuenta de que no habíamos ido en fila. Hizo un breve alto a la entrada.

—Ahora se acuestan ustedes, y hasta mañana. Si alguna necesita algo, estoy aquí fuera hasta apagar la luz. Cuando precisen llamar de noche, tienen todas un timbre que ha sido colocado a la cabecera de sus camas.

Nos dimos cuenta de que nos íbamos a quedar sin vigilancia de noche, de que ella no acudiría a nuestras camaretas, que era la hora de dormir y nada había que hacer más que aquello.

—Buenas noches, Madre.

Pasamos ante ella y nos dirigimos a nuestros cuartitos, y cerramos la puerta. Pero seguía sin poderse abrir desde dentro.

OceanofPDF.com

LXXVII

Teníamos un año de estudios interesantes, aunque por raro suceso comenzó a hacérseme dificilísimo aprender lo que se me enseñaba. Las palabras eran como si me disparasen proyectiles a la cabeza, y me perforasen para volver a salir.

—Más aplicación —me dijo Madre Azpiazu—. Va usted hacia atrás, como los cangrejos.

No quería explicarlo, pensarían que era disculpa de mi torpeza nueva. Repetir ya me resultaba totalmente imposible: una sola palabra podía ocuparme mucho tiempo, detenida en ella angustiosamente. Sin embargo, junto a aquel espacio en blanco en que era mi mente para el estudio, éste, en alguna rama, comenzó a cobrar sentido, pero siempre al *ralenti*. Teníamos una clase nueva: ética, que alternábamos con religión. Seguía habiendo literatura, y se nos permitió leer determinados textos en el estudio que la propia Madre Hornedo nos facilitó, Fray Luis. San Juan, *Las Moradas*, una antología que contenía poesía de Rubén Darío y Bécquer, y poemas sueltos de los clásicos que no nos parecía poesía entonces. No considerábamos clásicos a los místicos. Totalmente infranqueable para nosotras allí la barrera de los contemporáneos. Yo tenía curiosidad por seguir la obra de Ortega, a quien tío Juan admiraba tanto, y del que había leído cosas muy transparentes que me habían llenado de gozo al comprender que captaba el sentido de ellas. Además me parecía importante decir que leía a Ortega aunque no se lo decía a nadie, pero creía que se me tenía que notar. Había leído las Sonatas, de Valle Inclán, en el mirador, había oído unos discos que puso el tío en la gramola, en donde el propio Unamuno recitaba:

El armador aquel de casas rústicas
habló desde la barca.
ellos sobre la grava de la orilla,
él flotando en las aguas.

Y me había encantado aquel tono reciamente evangélico. Conocía a los poetas a través de los libros de tío Juan, pero no se me ocurrió que aquello se pudiera leer allí. La Madre Hornedo ni rozaba su estudio en clase. Terminábamos la novela en Pérez Galdós y la poesía en Campoamor y en Bécquer. Leíamos *Trozos escogidos*, de Galdós, que me parecía totalmente exento de encanto, y las rimas lacrimosas de Bécquer. Aquel año nos enseñaron a versificar. Madre Hornedo nos decía:

—Para mañana, hagan un soneto.

O:

—Para mañana, componen un romance.

Catorce versos dicen que es soneto: burla burlando… Me parecía una burla innoble, no se trataba de la medida ni de la rima.

—Ha repetido usted esta palabra —advertía en las redacciones—. Hay que evitar las repeticiones.

¿Por qué? Lo mismo que en la vida repetíamos aquello que nos interesaba, que queríamos hacer comprender o entrar en otro, la palabra podía rodar y repetirse como el canto rodado de un río, hasta llevarnos al río. Me parecía que su repetición la separaba del conjunto, la individualizaba, la convertía en sujeto. Incluso daba ritmo o melodía.

—Estas palabras tan vulgares…

(¿A qué llamaba hermosas, a las brillantes, a las complicadas?).

Sin embargo, dijo:

—Lea

entregando su cuaderno a Carola. Y me pareció ver una luz divertida en los ojos de ésta. Se puso en pie, y con el cuaderno entre las manos, casi sin acercarlo —era muy corta de vista—, empezó a leer con su desganada y fría voz:

—Anoche, cuando dormía | soñé ¡bendita ilusión! | que una fontana fluía | dentro de mi corazón. | Di, por qué acequia escondida, | agua, llegas hasta mí…

Leía mal, pero me atrajo lo que leía, fácil y cautivador. Había palabras que brillaban en el humilde cauce: acequia, sueño, fontana, fluía… Todavía se podía hacer más puro, pero cuando acabó diciendo:

—*Soñé, ¡bendita ilusión!* | *que era Dios lo que tenía* | *dentro de mi corazón*

me hubiera gustado que se me hubiese ocurrido a mí la idea. Me desconcertaba el sesgo irónico de sus labios.

Madre Hornedo dijo:

—Muy bien, ¿ve usted? Hay *ritornello*, pero no repetición —como si estuviera haciendo justicia pese a ella.

En el cuaderno, después, mientras leían otras sus composiciones, vi que Carola dibujaba algo, y me lo enseñó, ladeando las tapas: eran dos enormes orejas de burro. Me lo explicó brevemente en filas, al salir.

—Ni lo ha notado.

Y al ver mi cara, me sopló:

—Era de Machado, ¿no sabes?

Pensé: «Se la va a cargar», porque me pareció que aquello no iba a quedar así.

Al día siguiente, al comenzar la clase, Carola se puso de pie:

—¿Quiere usted algo?

—Quería decirle que ayer no merecí la nota que me puso. Lo que leí no era mío.

Madre Hornedo dijo, contrariada:

—¿A quién se lo había copiado usted?

—Era de Antonio Machado, y me parece mal quedarme con buena nota a costa de él.

—¿Quién es Machado? —repitió, atónita, la Madre Hornedo. Y comprendí que le pasaba como a mí, que no le sonaba de nada. Se puso fuertemente colorada y dio dos o tres golpecitos sobre la mesa para retener nuestra atención.

—Siéntese. Siempre tiene usted que dar la nota.

Continuó:

—No tiene la menor importancia. Vamos a ver los deberes para mañana. Siéntese.

No me pareció bien lo que había hecho Carola, no aprobaba la superchería, y si había calculado poner a Madre Hornedo en evidencia me parecía estéril, ya que no sé por qué se me antojaba natural que entre el

mundo que seguía corriendo, viviendo y produciendo, y las monjas allí, totalmente zanjadas de la realidad exterior, no existiese relación ni contacto.

Carola debió de notar mi reacción porque durante muchos días ni se dirigió a mí, ni me miraba en clase.

En ética, la Madre nos explicó:

—Se trata de la manera de ser, de la manera de vivir, y del sentido de nuestros actos. No piensen de antemano: «Esta disciplina me aburre, este estudio no me interesa». ¿Han intentado siquiera saber de qué se trata? Dicen que a la larga todo saber aprovecha, aunque yo les digo que una sola ciencia es necesaria y no diré: salvarse, porque si alguien considera que dejar de ser uno mismo y ser en Dios es perderse, diría que perderse es esa ciencia. De otro lado, y no considerando esenciales las otras disciplinas, debo decir, sin embargo, que forman parte de sus obligaciones y que, por tanto, deben prestarle atención y estudiarlas a conciencia: amar es ejercitarse. Háganlo como oración activa: el curso entero puede cobrar así nuevo interés y nueva vida.

Podía ser cierto, aunque con frecuencia se me olvidaba, me distraía y me perdía en clase, no porque tuviese otro pensamiento dominante, sino porque me resultaba arduo y árido pensar en aquello, no me retenía, no tiraba de mí. Sólo me interesaba cuanto tuviera relación con nosotras, conmigo. Porque lo que sentíamos de una manera definida era espíritu de generación, es decir: nos parecía que el mundo estaba allí en función de nosotras, las de una misma edad, y que cabría la posibilidad de que cuanto hallábamos imperfecto o impuro a partir de nosotras se renovara. Encontrábamos a los mayores desfasados, y además menos preparados que nosotros —y digo nosotros porque en nuestra solidaridad incluíamos a los muchachos de nuestras familias— y que no comprendían nada, como si nosotros, o nuestras vidas, hubiésemos rebasado su comprensión, o las palabras fuesen almendras halladas y sólo nosotros supiésemos que tras la dura corteza estaba la pulpa tierna, y los demás se hubiesen contentado con la apariencia del fruto, o las hubiesen empujado con el pie, descuidadamente, igual que si se tratase de pedrezuelas.

La clase alterna de ética, la clase alterna de religión —así veníamos a tener clase diaria con la Madre—, era el toque de clarín del día. Desde antes

de comer pensábamos en aquella clase de las cuatro de la tarde. En ética, la Madre llevaba libros de consulta y seguía un guión apuntado en un bloc. Pero no sé cómo se las arreglaba que superponía a ética religión cristiana, y todo venía a ser uno y lo mismo.

Me llevó a su cuarto casi sin advertirlo yo. A la salida de clase me dijo:

—Tadea…

y me tendió los libros para que se los llevara, cada día se encargaba alguna de hacerlo u, otras veces, ella misma bajo el brazo. (Tenía un indefinible aire universitario). Fui con ella mientras las chicas se alineaban para dirigirse al estudio, y deseaba dejar los libros sobre su mesa y marchar, y también dejar los libros y quedarme. Empezó a hablar lo mismo que si continuase la explicación de clase, o discutiese de la clase: habíamos tratado de la libertad del hombre, y, por ende, de su dignidad humana. Me dijo:

—Cuánto se afana uno por la libertad… Y llega un momento en que se encuentra con que perderla es encontrarla, es igual que una pobreza que le librara a uno de la sujeción del dinero… No sé si me explico.

Dije:

—Muy bien.

—¿A usted le preocupa mucho la libertad?

Dije:

—Sí.

Sonrió:

—Me lo figuraba.

Me señaló la silla.

—Siéntese.

Y me senté en la silla baja en que hacía tanto tiempo no me sentaba. Ella ocupó la suya ante el escritorio, hablaba sin mirarme, y le agradecí que fuera así.

—¿Para qué la libertad? ¿En qué sentido?

Dije:

—En todos.

—¿Para hacer qué? —insistió.

—Nada. No sé…

Dije, con esfuerzo:

—Lo que me dé la gana.

—Eso no es libertad, confunde usted. Cuando hablamos de libertad estamos refiriéndonos a una cualidad sustancial superior del hombre. El «nada» de antes era más sincero y menos pueril. ¿Le parece mal que se lo diga?

—No, Madre.

—Es difícil darles a ustedes el tipo de libertad que esperan, porque otorgársela ahora equivaldría a invalidarlas para una formación gradual que les permitiera defender contra todo y contra todos su verdadera libertad de fondo, más tarde, cuando la libertad supone libre elección y dignidad. Aunque soy partidaria de ir permitiéndolas escalonadamente el uso de ella porque creo que negársela no está en nuestras manos, y que negársela sin discriminación de cuándo puede serles totalmente necesaria —e incluso saludable, incluso formativa— es un error fatal que puede llegar a deformarles el modo de ser. Y el riesgo de que el día en que se encuentren con ella sin previo conocimiento y ejercicio se desbordarían, la despilfarrarían. Por esto es conveniente que vayan hacia ella vía Cristo, fortalecidas con su viático y a buen paso de andadura, ¿comprende? Han llegado ustedes a una edad en que sobreviene el despertar, y les deslumbrará, y la desearán con fuerza —tiende hacia ella congénitamente el ser—, y hay que ir conociendo la plenitud de ese deseo racional… Algunas renunciarán a ella libremente, lo cual será también una manera de poseerla y de ejercitarla.

Pensé en Begoña. Y me desesperó que como no podía mentirle ni tampoco engañarme a mí misma, no estaba dispuesta asimismo a renunciar, amasada de libertad por dentro, tan metida en el limo de mi propio corazón que cuando quisiera darme cuenta —me estaba dando cuenta ya— no iba a poder separar pericardio de libertad aurículas, ventrículos, de libertad, iba a escapárseme fuera, no podría retenerla. Era un desarrollo de mi propio yo, y así como no pude detener la manifestación externa de mi desarrollo orgánico, tampoco podría sofocar éste.

—… Cuando en el pretorio preguntó Pilato: «¿A quién queréis que ponga en libertad: a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo?». (Claro que no

es exactamente el tipo de libertad a que debemos referirnos, pero creo que me va usted a entender, Tadea), el pueblo entero dijo: «¡A Barrabás!». Yo le pregunto: ¿quién alcanzó la libertad aquel día, Barrabás o Jesucristo?

Sonreí, sin pronunciar el nombre santo. Se volvió de frente a mí como si esperase aún la respuesta. Murmuré:

—Jesucristo

y ella sonrió a su vez hondamente, dijo:

—Que nunca falte Su nombre entre nosotras. No se vaya nunca de aquí sin pronunciar Su nombre.

Se quedó abstraída. De pronto habló como si llegara de un sueño:

—A veces —dijo— Le amo tanto que tengo que detenerme, cuando voy por el pasillo, por ejemplo, es como un lanzazo. Le digo: «Amor mío», o «Te quiero, Tú sabes que te amo». No puedo remediarlo. Está allí. Lo sé. Tengo que decírselo: «Te amo». O Le digo también, no crea: «Qué hermoso día hace… ¿Ves el sol?», o: «Esta niebla. Tu niebla…». Y cuando las veo a todas ustedes reunidas: «Éstas que me has dado… También a través de ellas Te amo» y todas son para mí amables como el rostro de Cristo, un Rostro múltiple y uno cuya hermosura me traspasa… Hablo con Él; si no mi vida sería aridez y silencio: lo mismo cuando Le siento que cuando estoy asolada, y entonces se lo digo con mayor fuerza. Me duele el vacío, Le digo: «¡Jesucristo!», y sigo andando, ligera y seca. «Toma lo que tengo para darte, esta pobreza mía…». Necesito hablar de Él, necesito comunicarLe. Dicen que la boca habla de la abundancia del corazón: nombrémosle siempre, ¿quiere?

Dije:

—Sí.

—Adiós, Tadea. ¿Qué le toca ahora en el estudio?

—Historia… las Cruzadas.

—No me gustan las Cruzadas.

Me eché a reír.

—A mí tampoco.

Y sonriente, comentó desde su sitio, mirándome:

—Desde el punto de vista histórico y cultural tiene un interés y un sentido; desde el punto de vista religioso…

Dije:
—Ya
Sonrió contenta. Me dijo:
—Adiós, hija.

OceanofPDF.com

LXXVIII

Madre Azpiazu adquirió preponderancia entre nosotras, sabíamos que estaba de nuestro bando… ¿Cuál era nuestro bando? ¿Existían bandos, más de uno? Diré que sí: de una manera sutil, pero cierta, nos dimos cuenta del pasivo y obstinado retraimiento de Madre Vergara, que aparentemente no desaprobaba las nuevas normas, pero iba a remolque de ellas. La Madre Vicaria pasaba por el colegio como si fuese monja externa: daba violín a Carola, y, a todas, matemáticas —la espantosa trigonometría—. Y nunca podía saberse nada de Madre Monleón, no contaba para nosotras, le habíamos perdido el miedo, y era lo mismo que la campana que tocaba Teresa Alzola para el cambio de clases, o la antigua señal, o su propio elevado pupitre, o sus gruesas gafas de cristal concéntrico que nunca traslucían nada vital. No nos importaba si tenía o no opinión propia: era, para nosotras, la monitora. Nada más.

Madre Clark resultaba un «rollo» para algunas y a otras nos daba pena, quizá porque se hallaba fuera de su país, fuera de los suyos. Incongruentemente, nosotras que estábamos bien al margen de los nuestros, la compadecíamos. Nos parecía la diferencia de idioma una frontera natural que la separaba, la aislaba, la convertía en perenne forastera.

Hermana Aralar seguía haciendo nuestras habitaciones, ordenando el armario que contenía nuestras ropas, y preparándonos el baño. Pero ya no se sentaba en el pasillo a repasar nuestras medias de hilo. Y tampoco le hablaba Elvira ya. No sé si la Hermana se dolió o no de que, al crecer, Elvira la tratase como a una criada, y ella continuaba junto al botiquín por las mañanas, con los manguitos blancos puestos, por si necesitábamos algo.

Las que bajaban al recibidor veían a Hermana Mandoegui y contadas veces pude verla al salir de la capilla o si me llamaba Patrocinio de parte de la abuela, con recados que me impacientaban. Patrocinio hablaba mal por teléfono, hacía repetir, decía continuamente: «¿Eh? ¿Cómo dices?», y a mí me fastidiaba tener que levantar la voz. Cuando me llamaba sabía de

antemano que habría habido en la ciudad disturbios, y querían cerciorarse de que ningún ramalazo había alcanzado al colegio.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Dice la abuela que si no ha habido nada por ahí.

—Que no.

—¿Cómo?

—Que no. ¡Que no ha pasado nada!

—Adiós. Que si pasa algo que llames, que puede ir el coche a buscarte, que avises con tiempo.

—Bueno. Ya.

—¿Cómo?

—Que bueno. Recuerdos a la abuela.

—¿Eh? No hables tan bajo, este aparato…

—Nada —decía colgando bruscamente.

Y Hermana Mandoegui se reía:

—¿La oye mal?

—Se aturulla por teléfono. No ve tres en un burro.

Patrocinio me había explicado una complicada cosa de que como veía mal no oía bien… «Cuando no veo bien, es que ni me entero de lo que dicen, no oigo una palabra». Me parecía un absurdo de Patrocinio, pero me daba pena. «¿Por qué no te pones gafas?». «Ya, gafas… No me hacen nada ya, las gafas». «¿Por qué no te operas?». «No están todavía maduras». Se pasaba el tiempo esperando aquella madurez de su ceguera.

Ya no venían nunca al recibidor, ni era necesario. Y aquel curso no éramos las Alzola y yo las únicas que no bajábamos, porque Begoña y Blanca se quedaban con nosotras, y debía de haber salido de ellas también. A Carola venían a visitarla parientes o amigos de sus padres, y estaba poco tiempo en el recibidor. Seguía acudiendo el padre de Elvira, y a veces podía decirse que a Elvira le daba pereza bajar cuando oía su timbre.

Había vuelto en verano a salir con Antonio, y según me dijo se había enterado su padre y le había parecido bien, le había gastado bromas, pero las bromas la fastidiaban.

—Tiene ganas de que me case pronto, fíjate.

Y se quedaba pensativa.

Y porque su padre «tenía ganas», ella parecía arrastrar de pronto a aquel muchacho que antes la ilusionaba. Pero ¿quizá sólo la ilusionó para decirse a sí misma que podía interesar a un muchacho, o para contárnoslo? Andaba a veces callada y ojerosa, y se había vuelto más secreta.

—¿Pero sois novios de verdad, para casaros?

Se alzaba de hombros, o —cada vez menos— le subía aquella sonrisa estremecida que parecía temblarle en la cara. Recién llegada, me decía:

—Sois unas crías. ¿Qué sabéis vosotras? Estáis en la higuera, os lo digo.

Pero después aquello que nosotras sabíamos se impuso a su conocimiento, porque poco a poco se integró en nuestro bando como si el nuevo saber, adquirido en verano, ¿a través de Antonio?, fuese deleznable. Creo que le fastidiaba el que la Madre no le aconsejara que rompiese.

—Es un lío. ¿Qué hago?

—Pues lo que creas —le decía yo.

—¿Tú también? ¿Sabes, Luz Quintana?, plantó al novio.

—¿Luz?

Como si oyese hablar de una desaparecida, a doscientos billones de años-luz.

—Sí, hombre, Luz.

(Madre Vergara le llamaba continuamente la atención porque decía: «Sí, hombre. No, hombre»).

—… a punto de casarse, ya pedida, y plantó al novio de la noche a la mañana, no sé cómo no le dio apuro, se enteró todo el mundo. Dicen que se va monja, pero otros dicen que es que no congenian.

—¿Les conoces?

—De nada. Pero en mi grupo sí, y parece que antes se llevaban divinamente, que él es un pollo bárbaro, y que andaban que se comían. Pero creo que Luz se ha quedado tan fresca y que anda bailando con todos, pero que él está deshecho.

—¿La has visto?

—No. Creo que está guapísima. Bueno, las chicas decían que guapísima, y los chicos la sacaban defectos, que si era culibaja —se rió—, que si tiene cara de luna. Antonio dice que es una chica de esas que

encontramos nosotras bien, pero que a ellos no les dice nada, ¿sabes?, sin atractivo… Antonio dice que tiene papos, y que a él las mujeres con papitos…

La miré porque siempre había notado sus graciosos papos al final de las mejillas.

—Pero tú tienes papos, mira.

—¡Yo qué voy a tener, hija! —se defendió—. Qué voy a tener papos. ¿De dónde lo sacas?

Se miró en su espejito frunciendo las cejas espesas.

—Esto no son papos, son los carrillos, mira tú qué graciosa, los tenemos todas. ¿A qué llamas tú papos?

Me preguntaba cómo Antonio no los veía. Dijo, picada:

—Pues dice que yo soy lo contrario de Luz Quintana, que ya antes de que me presentaran le habían hablado de mí, que no se hablaba de otra cosa entre ellos, que todos decían que era un guayabo bárbaro. Se creía que era cubana, fíjate qué gracia. Por la piel, y por la boca…

Miré los gordezuelos labios oscuros y sus dientes cortos. Cuando sonreía dulcemente podían hacérsele unos hoyuelos a los lados que la hacían parecer más niña. Se ruborizó después de decir lo de la boca.

—Y los ojos —se los miró en el espejito, soñadoramente—. Me ha prohibido que me depile las cejas. Le gustan así.

Se rió, con una risa espesa.

—Le gusta la mujer con mucho pelo.

Qué ridículo discurso y qué estólido. Antonio me parecía a través de Elvira un hombre burdo, y sin delicadeza, y temible. ¿Cómo podía admitir la idea de casarse?

—No creas, a veces me da pánico… Tengo miecio. ¿A ti no te da miedo?

—Yo no pienso casarme.

—No —repetí con fuerza.

Se echó a reír y me miró con conmiseración.

—¿Sabes lo que me dijo Antonio? Le conté que tú decías que no te casarías, porque se lo cuento todo, claro; sabe que eres mi amiga, y me dijo: «Son las peores». Espera, no protestes, que no he terminado, mujer. Me

dijo: «Las peores» verás en qué, dijo: «las más apasionadas», y «ésas dicen que no, pero lo están deseando».

—Cretina —dije—, ¡menudo memo! ¡Allá tú con él, pero es un memo! ¿Y sabes lo que te digo? Que me parece un asco que andes contándole todo, que no te sepas callar, ¿qué tiene él que ver con nosotras? Te guardas a tu Antonio y nos dejas en paz.

Me cogió por un brazo, me dijo, pesarosa:

—Tadea, ¿no pensarás en irte monja?

Contesté:

—Sí.

Me agarró por el blusón.

—Tadea, me da horror. Me horroriza pensar en ti siempre metida aquí, con esos hábitos, con el calor… ¿No lo dices en serio?

Contesté:

—No lo sé. Déjame en paz.

Andábamos todas a vueltas con la vocación. Estábamos siendo proyectadas hacia Dios: Dios era el final de nuestra trayectoria. Me parecía más sencillo entregarse totalmente para no decaer, ajustarme a la vida religiosa para no flaquear. ¿Quién me echaría de menos en casa? ¿A quién podía importarle que yo me hiciera a un lado? A Dios le importaba. Me había creado, me llamaba. O me esforzaba en interpretar cuanto me sucedía como llamada. Aunque algo en mi misma raíz se resistía, y prevalecía sin rendirse: mi afán de libertad. Y un anuncio en alguna parte de mí, que me rodeaba, de que el mundo existía para mí en tanto yo existiese en él, y había que apurarle para poseerle, y una premonición de que podía ser fabuloso y más acorde al compás de mi latido humano. Le temía y le deseaba: a esta atracción del mundo podía aplicarse en rigor lo que el novio de Elvira decía en relación con mi negativa al matrimonio.

No diré con mi negativa, sino con nuestro rechazo en general —excluida Elvira, ¿aunque quizá también aquellos altibajos de Elvira respondiesen a su deseo y su temor?—. Entonces no podía saber que era un signo cierto de que habíamos franqueado la pubertad hacia la adolescencia, y característico el que todo lo relativo a la vida conyugal —única relación

que admitíamos entre hombre y mujer—, causara aquel pánico y aquella curiosidad casi similar a la que habíamos experimentado hacia la muerte.

Begoña y Blanca parecían haber superado toda duda, totalmente entregadas a una vida de perfección, objetivo Dios. Desviviéndose por hallar causas de mortificación, Blanca Deva; ajustándose inexorablemente al deber, Begoña, con cierta melancolía como si hubiese soltado amarras de nosotras y no pudiera regresar; y Blanca, con un gozo en falsete, e intrépida.

—¡Huy, qué empalago, chica! —comentó Elvira en el recreo—. Es que no puede una moverse y ya tienes a Blanca encima, a ver qué saca. Hasta Paz no la traga, todo el día detrás de ella; tú me dirás, de Paz…

Carola le dio la razón. Dijo:

—A mí me da asco.

Me pareció desorbitada. Aunque comprendí lo que pensaba cuando en ética nos explicaron sadismo y masoquismo. Y Carola se volvió a mirarme, tan intencionadamente, y después dirigió su mirada a Blanca. Y pensé: «Puede ser», para rectificar en seguida: «Qué disparate», porque entonces nadie se libraba: o sufrías o hacías sufrir. ¿Cabía estado intermedio? Hacer sufrir me parecía intolerable y bajo, como si de verdad atentases contra el género humano. Pensé en tía Concha, aunque me dije en el acto: «También tengo unas cosas… No es para tanto, al fin y al cabo. Un poco de genio, y que no se entiende conmigo, no le entro. Se desfoga». Y me encontré defendiendo a tía Concha. Me pregunté: «¿Acaso la quiero?». Y me sentí en paz conmigo misma por quererla, pese a todo.

OceanofPDF.com

LXXIX

No salimos en Navidades. Nos quedamos varias en el colegio: Begoña, Blanca, Iciar —Geni peleó con su hermana porque quería quedarse, pero su madre se las llevó—, y yo. La idea había partido de Begoña, pero no sabíamos si Madre Superiora la aprobaría, porque la Madre respondió que lo tenía que consultar.

—La dejáis sin vacaciones —dijo Carola con un gesto despectivo.

No lo habíamos pensado.

—A ella no le importa —contestó Iciar.

Y nos encantó la idea de quedarnos tan pocas, como si fuéramos a tomar parte en la vida de las religiosas. De hecho puede decirse que fue así. Nos levantábamos a las siete, igual que siempre, íbamos a misa a la tribuna y oíamos la de ocho con la comunidad, porque sólo por cuatro alumnas el Padre Berástegui no acudió a celebrarla en la capilla. Desayunábamos solas, servidas por Hermana Mandoegui, y después nos dejaban estar por el colegio a nuestras anchas —estudio, pasillo, clases—, y a las doce salíamos al monte con Madre Azpiazu. Después de comer venía la Madre hasta que a media tarde marchaba a vísperas a la iglesia y nosotras a la tribuna, y a la salida volvíamos a estar solas hasta la hora de la oración de la noche, que rezaba la Madre con nosotras. No tuvimos conversaciones particulares. Y he de decir que yo me hallaba incómoda, tan pocas allí, y como si mi campo vital se hubiese restringido, y cuando nos quedábamos solas, el aplastante silencio del colegio, como muerto, con las sillas ordenadas y vacías en el estudio de unas niñas que estaban en sus casas y las habían dejado desiertas. La primera noche en la cama me entró congoja por mi casa, pensé: «Estará pasando las Navidades la abuela sola. No subirá el tío»… (Y *El Mesías*, de Haendel, y la salita de música).

Había pedido permiso por teléfono para quedarme, a través de Patrocinio, y cuando me respondieron, Patro me dijo:

—La abuela, contenta de que estés tan bien ahí, que aproveches el tiempo.

Pensé: «No me echan de menos. Eso que decían…». Me sentí, en la cama, infinitamente sola, y dejada por todos.

En cambio, Begoña y Blanca se sentaban en sillas bajas en el pasillo, con aires de novicias, con libros en el halda. Leían *Historia de un alma* y *Noche oscura del alma*, inclinadas hacia los gruesos libros. Iciar se pasaba el día en la clase de dibujo, modelando, le había dado por ahí, y yo apoyaba la frente en un cristal a través del cual no se veía nada…

La Misa del Gallo fue deliciosa, y al final, en pie, las Madres cantaron el *Magnificat*, cuya letra conocíamos de memoria. Sobre los blanquísimos manteles de encajes almidonados, en el altar mayor, estaba la imagen del Niño, en una cuna de palos, rellena de paja. Nos dejaron bajar a adorarle, y entrar en aquella parte de la clausura y estar entre los bancos mismos de las Madres y ante el altar que siempre habíamos contemplado desde arriba, me compensó de haberme quedado. Abrieron en nuestra tribuna la puerta que comunicaba con el fondo, por donde salía Elvira cuando se dirigía al coro, y lo atravesamos, pasando por detrás del armonio en el que Madre Vicaria tocaba villancicos y Madre Vergara y Madre Azpiazu, con otras monjas de la clausura —que no conocíamos—, repicaban en unas panderetas, y seguimos dando la vuelta entera hasta la tribuna de las monjas, frente a la nuestra, y allí había otra puertecita —pareja a la que conducía a la escalera de caracol hacia el piso del colegio—, pero de aquí la escalera partía hacia abajo, y nos precedía la Madre, y nos iba haciendo con la mano señas de que bajásemos con cuidado, sin ruido, porque en la escalera de hierro negro resonaba la suela de nuestros zapatos de gala, y al final miramos con curiosidad aquella especie de sacristía en donde desembocaba la escalera, rodeada de percheros en que colgarían las monjas sus mantos y sus velos blancos con su casillero para los misales —igual que nosotras en el colegio—, y era bien poca cosa, pero misterioso, porque era de ellas. Y la Madre cogió su manto y se lo prendió con gracia en la cintura y, después, se puso de espaldas y se cubrió con el velo y así pasó delante de nosotras, conmovidas porque lo hubiera realizado delante nuestro, como si nos hubiera hecho partícipes de una intimidad, y se dirigió al altar con el rostro

cubierto, y al llegar ante la barandilla, al pie del sagrario, la abrió y la seguimos. Y se arrodilló en donde solía arrodillarse el monaguillo durante la misa, mientras nosotras nos acercamos emparejadas hacia el mismo altar y nos inclinamos para besar el pie del Niño. Y cuando nos retiramos, confusas porque había público en la iglesia, al fondo, y al andar de frente lo veíamos, la Madre se acercó a su vez y se alzó el velo para besarle, y después lo dejó caer de nuevo y se sentó en el banco detrás de nosotras que íbamos a hacer una hora de adoración en los reclinatorios que había a cada lado del comulgatorio. Y nos parecía que nos hubiesen investido de una dignidad nueva. Yo no podía pensar más que: «Cristo ha nacido para nosotras», y aunque estaba allí su pequeña imagen, yo le veía grande, cetrino, con su túnica blanca y una mano misericordiosa, y mi corazón podía ser un establo, o un rincón lleno de paja seca, pero caliente para el Niño, y Él podía querer nacer allí, había nacido allí. Dije: «Gracias, Dios mío», porque de verdad yo era un establo resplandeciente y sentía el primer aliento de Dios, y no tenía nada que darle más que aquello: mi absoluta pobreza, mi absoluta desnudez.

—No tienen por qué rebajarse demasiado, somos a imagen de Él, tenemos dignidad altísima. Rebajarse en extremo no es síntoma de salud espiritual.

Lo había dicho la Madre, y también daba gracias por haberlo oído. Porque dentro de sentirme más pequeña que el acabado de nacer, aquel orgullo que infundía calor porque Él me consideraba digna para nacer en mí. «Por ti me llamarán bienaventurada… porque has mirado mi pequeñez».

Y me gustaba oír los villancicos

Ese niño pequeño no tiene cuna

que cantaban voces atipladas desde la tribuna. Y era como un coro maternal que le hubiese salido al Niño. Y no sabía que en cada una de nosotras hallaba cuna.

Su padre es carpintero, y le hará una…

Y era una delicia pensar en Él, y mirar hacia el altar oyendo aquellos alegres villancicos, y las panderetas, y el tono en falsete, de jubilosa flauta, de las cantoras, como si hubiésemos encendido entre todas una hoguera para el frío de un veinticuatro de diciembre en Belén.

OceanofPDF.com

LXXX

Llegó, pues, el día primero de 1936 en el colegio, pero para las monjas celebrar año nuevo era paganía. Se había celebrado Su nacimiento, y el año en el colegio arrancaba de allí, del Dios-criatura, y crecía con Él hasta Pentecostés, y al regresar de nuevo al colegio nos volvíamos a encontrar con el Adviento: *Unigeniti viarum praeparatio*.

Se habían celebrado los Inocentes, y Madre Vergara acudió a felicitarnos, no sé por qué. No la habíamos visto durante aquellos días, pero el veintiocho subió al colegio y nos dijo:

—¡Felicidades!

no comprendimos en qué sentido. Nos pareció que nos consideraba bobas o irresponsables. Se me ocurrió decir:

—Pobres, todos aquellos niños.

—¿Por qué pobres? Son santos. No conocieron el pecado y se puede decir que fueron mártires: su muerte libró al Niño Jesús.

—Y mientras —dijo Iciar— Él pudo huir a Egipto.

—Huían sus padres, a Él le llevaban —corrigió Blanca.

—¿Qué tiene que ver? —dije—. Él era Dios ya, Él lo sabía.

—¿Lo sabía? —preguntó Blanca.

Y Madre Vergara contestó sin darle importancia:

—Supongo que sí.

Oímos la misa de Reyes desde la tribuna y a la salida encontramos en el comedor dulces que habían enviado las familias para festejar la fecha. Cuando quisimos darnos cuenta nos fue dado vivir desde dentro la espera de nuestra llegada: Hermana Aralar, ayudada por Hermana Mandoegui, fregó el linóleo de los pasillos, y limpiaron las sillas y pupitres del estudio y las clases, y Hermana Aralar entraba y salía de las camaretas preparando las camas, y había ventanas abiertas ventilando, y las Madres que daban clase —Madre Azpiazu, Madre Hornedo, Madre Clark, Madre Vicaria—

acudieron a sus respectivas mesas y sacaron lista de lo que necesitaban. Nos pareció que la vida se aceleraba.

La mañana del día ocho entramos en la capilla y nos arrodillamos en los lugares que ocupábamos durante el curso, y en el último banco se postró la Madre y oímos el rumor de pasos en el corredor y ya dentro, adelantándose hacia nosotras: nuestras compañeras regresaban, se unieron —les habíamos reservado el sitio entre nosotras— y formamos la masa homogénea del colegio.

Habría pasado por mis quince años sin acordarme si no hubiera sido por la carta de la abuela y el telegrama de mi padre. Leí el telegrama con un fuerte sentimiento de censura incontrolable. Y la carta de la abuela me despertó curiosidad hacia ella. Era la misma letra torpe, grande, muy redondeada, que subía mucho en los finales de frase. Era su firma, precedida de «tu amantísima». Y pensé si sería verdad, si sería más que una fórmula. Una carta sosa y de reglamento, pero con aquel «amantísima» que todo dependía de si era verdad o no lo era. «Pido a Dios que seas siempre muy buena, como tu madre, que fue un ángel para todos. Porque te proteja desde el cielo siempre». ¿Qué creía la abuela que era el cielo? Aquella figura alada de mi madre se desprendió de la carta de la abuela y me llenó de melancolía, porque era mi madre y una desconocida al tiempo. Pensé: «Vengo de ella y ni siquiera sé cómo era». Cuando me faltaba había pensado antes que era madre —entonces pensaba que era Dios—. Pero en la tarde de mis quince años no afirmé, sino pregunté: «¿Me hubiera comprendido, me hubiera querido?». Porque sabía que no podía una atenerse a relaciones convencionales, y que una madre y una hija podían quererse y no entenderse en absoluto, ser un enigma la una para la otra. «La abuela para ti, como una madre», me decía Patrocinio. No una madre: había una generación perdida en medio que contaba mucho, que creaba un vacío irreparable. Y tía Concha tenía sus propios hijos, y tampoco parecía comprenderlos —quizás a Ana— y su animosidad a la hija ajena; no podría subsanarlo.

De todas maneras, por aquella secreta vena que ligaban a madre e hija, me hallaba más cerca de mi abuela como si ella fuese un eslabón corporal entre mi madre y yo. Dejé su carta sobre la repisa de la ventana, al pie de la

cama, y volví a hallarla a la mañana siguiente y a la noche, y así sucesivamente hasta que yo misma la rompí. Pero, en aquellos días, encontrarme al llegar a la camareta, al final de la jornada, con el papelillo doblado con su letra enorme, era volver a casa.

Elvira me regaló una lata grande de *toffees*.

—Le pedí permiso a la Madre, por tu cumpleaños.

Me la trajo el domingo, al subir del recibidor. Su novio había venido a verla acompañando a su padre. Me lo contó ella, que subía con la lata abrazada al pecho, radiante, y ya Teresa Alzola le había preguntado:

—¿Quién era aquel chico que estaba con vosotros?

Y Elvira contestó, sosteniéndole la mirada, y con la frente levantada:

—Antonio.

—¿Pero te dejan las Madres?

—Vino con papá.

Y se sentó a mi lado, y me tendió la lata, y sonreía, buscando mi aprobación.

—Le trajo papá, ¿sabes? Fíjate qué sorpresa. Dice que no tiene por qué pedir permiso a nadie, que yo no me voy a quedar en el convento, que es mi padre, y que casarse es también un sacramento…

Todo en una retahíla, y no sé si por el tema o por la manera de expresarlo, cuanto decía Elvira parecía superficial y fútil.

—Yo lo último que hubiera hecho era traerle al colegio.

—¿Qué dirá la Madre?

Le contesté:

—No dirá nada. ¿Qué le importa eso? ¿No comprendes?

—No nos vamos a ir todas monjas, también.

Le respondí:

—Lorito real.

—Oye, tiene ganas de conocerte, ¿sabes? Todo el tiempo me preguntaba: «¿Tu amiga Tadea no viene al recibidor?». Te quería llamar papá, pero yo tenía miedo a que no te gustase.

Me chocó la idea, menos mal que no me habían llamado. ¿Qué tenía yo que ver con su padre? Y la presencia de Antonio allí la juzgaba incongruente.

—La Hermana Mandoegui no le quitaba ojo de encima cuando nos despedimos en el pasillo, fíjate qué bobada, debió de darse cuenta de que era él.

Teresa dijo:

—Me pareció muy mayor.

—Qué va. Algo…

Se puso colorada.

—¿Cuántos te lleva?

—¿A ti qué te importa, niña?

Y le dio la espalda.

—En cuanto vio que había un chico Teresa presumía más que una mona inquieta.

—Qué va.

—Qué va. Se levantó no sé cuántas veces y hacía que iba a buscar cosas a la mesa del centro del salón, sin venir a cuenta, tanto que hasta su tía le llamó la atención. Papá dice que es muy mona. A mí me parece una sosa, pero a ellos no. Papá dijo un día que tenía mucho «ello».

Después de aquella visita el padre de Elvira habló con la Madre Superiora y consintió en que viniese Antonio con él.

—Se lo debía haber preguntado a la Madre.

—Le parece una chiquilla, la Madre, fíjate. Dice que no tiene experiencia ninguna.

—Ni falta que hace.

—Eso digo yo. Prefería que Antonio no viniese. Qué afán de meterse siempre en todo.

—Menos mal.

—No sé por qué te parece mal a ti, hombre, tiene gracia. ¿A ti qué te importa? Lo que pasa es que para estar allí como pasmarotes y sin tranquilidad para hablar, con todas las monjas fiscalizándote, prefiero que no venga. Papá está con la idea fija de que me case pronto, de que las chicas sin madre es mejor que se coloquen pronto, que un padre no puede andar detrás de ellas. Y como éste son más hermanos y viven allí mismo, pues que es no perderme, eso dice papá.

—Pareces tonta. No es tu padre el que se casa.

—Hija, tú también, ¿dejarías a tu padre solo?

Fui a marcharme.

—Ven, boba, no se te puede hablar de nada. Cómo estás. Te nan sentado mal las Navidades. Ya ves, papá lo encontró horrible que no hubieseis ido a vuestra casa.

—¿Y a mí qué me importa? Pues mira que me importa a mí lo que piensa.

—Dice que en el colegio debían educarnos, enseñamos, y nada más. Y que lo normal es que todas las chicas estemos soñando con ir a nuestras casas.

—¿Por qué?

—No sé. Por nuestra familia. Porque hay mayor libertad.

—No te lo creas. ¿Tú tienes mayor libertad? ¿De qué? ¿De estar con Antonio? ¿De salir a la calle? ¿Y eso qué? En el fondo…

—¿De verdad vas a quedarte en el convento?

Dije:

—Yo qué sé. Todavía hay tiempo.

Elvira llevaba al brazo una cadenita de oro con una placa que ponía su nombre y una fecha. Se la subía al antebrazo para que no se la viera con el uniforme, pero cuando bajaba los brazos aparecía el brillo de la cadenita. Me daba la sensación de que no sabía bien lo que apetecía: o tenía miedo a decidirse de una vez. La Madre no se mezclaba en aquel problema personal, no le concedía importancia excesiva, y esto fastidiaba a Elvira.

—Pero si es una cosa completamente natural —lo decía como si hablara de funciones groseras del cuerpo—. Yo tuve una compañera que se casó a la misma edad que tiene usted ahora y son felices.

Elvira, al oírla, dudaba de este tipo de felicidad.

Y así nos enteramos de que la Madre había estado muchos años interna en un colegio de la misma orden, que después había empezado Letras en la Universidad de Madrid, y que en cuarto año ingresó en el convento.

—¿Le hicieron estudiar como prueba? —le preguntó Begoña.

—No sé. De todo había. Siempre tuve vocación, aunque era un trasto, muy vehemente, no se vayan a creer. Se ve que por eso me impusieron aquella condición, para que demostrara que era capaz de sujetarme, de saber

esperar. Quedé fijada en Él. Y cuando casi no contaba con la admisión, me avisaron… No esperaba precisamente ese año la admisión.

—¿Y entró en el mismo colegio en el que había estudiado?

—No. Fui al noviciado, como todas.

—Madre Hornedo nos dijo —comentó Blanca— que había estudiado Teología.

—Todas estudiamos Teología en el noviciado. Sólo que yo asistí a unos cursos en Roma, de la Universidad Pontificia, y allí terminé mis estudios, como les digo.

Nos sonrió.

—¿Era eso lo que querían saber?

—¿Fue desde que hizo los votos Maestra de novicias?

Contestó:

—No.

Y se quedó mirándonos.

—Muchas gracias doy todos los días al Señor por los beneficios de que me ha colmado, cómo me ha ido llevando a donde quería verme llegar, pero aquello que considero un don singular, una delicadeza extrema de Él a mí, ha sido confiarme a ustedes para transmitirles Su amor.

OceanofPDF.com

LXXXI

Recién salidas de Navidades entramos en ejercicios. Otros años los hacíamos en Cuaresma, pero aquél fue distinto. Volvió el Padre del curso anterior y nos agradó reencontrarle, era una continuación y no siempre partir desde el principio. Aunque se partió desde el principio, pero lo entendimos mejor porque había habido la preparación del pasado y todo un año de recogimiento. Fue lo mismo, pero más exigente y elevado. Elvira se mareó en la iglesia y tuvo que salirse, con el rostro desencajado.

—No sé lo que me pasa, tantas horas cerrada, en el mismo sitio, las velas…

Tenía un color bilioso y los párpados hinchados.

La Madre dijo:

—Tadea, acompáñela.

Me gustó la confianza, pero me fastidió el que me privase de estar con las demás escuchando al Padre. Fuimos al comedor, y Hermana Aralar le sirvió una copita de vino dulce.

—Estoy floja, Hermanita, ay, tengo una angustia…

La Hermana no hizo ningún comentario, pero noté que adoptaba una postura de reserva.

Reaccionó al poco tiempo y empezó a volverle el color. La Hermana se retiró.

Nos apoyábamos de codos sobre la larga mesa preparada para la comida, habíamos apartado los platos entre nosotras, y de pronto Elvira se echó a llorar. Sin nada que lo justificara a mis ojos, apoyó la cabeza sobre los brazos y empezó a llorar con pasión.

—¿Qué te pasa? ¿Pero qué te pasa?

Lloraba como si se aliviara llorando.

—¿Llamo a la Madre?

Levantó la cabeza entre sollozos, rápida, y me dijo:

—Ni lo pienses. ¡No!

Se secó las lágrimas con la mano. Le quedaba la cara sucia.

—No sé lo que me pasa.

Seguían escurriéndosele las lágrimas. Pensé: «No sólo se llora por perder a Cristo… ¿Qué ha dicho el Padre? Nada que pueda emocionar, resolver».

Le dije:

—¿Por qué lloras?

Me contestó impaciente:

—Y yo qué sé. De cuando en cuando necesito llorar.

—¿Siempre?

—Esta temporada… No puedo más.

—¿No puedes más de qué?

Me contestó desconsolada:

—No lo sé.

Y después:

—Te estoy dando la lata, Tadea. Vuelve a la capilla.

—No.

—Estás porque te lo ha dicho la Madre…

—Y por ti, hasta que te repongas.

—Me parece —y se echó a llorar de nuevo, de una manera mansa—, como si yo no pudiera seguiros, a ti, a todas, como si estuviera de más o que me aguantarais sólo. Cuando salgo de aquí me parece que somos bobas, pero cuando estoy con vosotras…

No sé por qué me contagió su tristeza, en cierto modo; en cierto modo era igual que si yo hubiese despegado de algún lado y nada pudiera hacerme volver.

—Tadea, no sé si vendré el año que viene.

Me dolió, habíamos estado juntas desde el principio; le dije:

—Vuelve.

Contestó, ojerosa y dulce:

—No sé. Depende de papá.

Estábamos en ejercicios y Antonio no fue nombrado.

—¿Estás bien ya?

Entonces fue ella quien me dijo:

—Vuelve. Déjame aquí.

—¿Tú no vienes?

—No tengo fuerzas, te lo aseguro.

—¿Estarás mala?

Dijo:

—A lo mejor. Mira.

Y me cogió rápidamente la mano y la llevó a su frente ardiente.

—Tienes fiebre, oye. Díselo a la Madre.

—La tengo siempre, me parece.

Llamé con los nudillos a la puerta tras la tribuna del comedor, que daba a la clausura. Acudió la Hermana Aralar.

—Hermana, yo creo que Elvira tiene fiebre.

No se alarmó en absoluto. Preguntó:

—¿Quiere ir a la cama?

Y para Elvira pareció suponer un gran descanso, porque dijo:

—Sí.

Y:

—Adiós, cielo. Gracias.

Al entrar en el oratorio de vuelta, la Madre se volvió y me indicó que me pusiera en el último banco para no interrumpir al Padre, que continuaba hablando. No podía escucharle: le oía pero no captaba el significado de sus palabras. De pronto, totalmente sorda. «Los que tienen oídos y no oyen». Pero yo quería oír, y se superponía Elvira pálida y trastornada, y su desesperado llanto. Me acordé de Isabel Gauna y me aterró. «Que no se muera Elvira».

—¿Qué le pasa? —el rostro cercano de la Madre—. ¿Se encuentra mal?

Dije:

—No, Madre, gracias

casi murmurándolo. Debía de tener los ojos llenos de lágrimas. Me preguntó, alerta:

—¿Le pasa algo a Elvira?

—Está en la cama.

Se ausentó rápidamente sin hacer la genuflexión. Y quedé descansada como si el que fuera a ocuparse de ella la alejara del peligro.

Elvira bajó a la mañana siguiente a misa completamente repuesta, pero siguió las meditaciones desde el último banco, junto a la Madre, quizá por si le repetía el mareo. Estábamos en ejercicios y no le pregunté por su fiebre ni volví a acordarme de ella.

El Padre decidió de pronto, casi cuando íbamos a acabar, darnos una plática a un grupo reducido de alumnas. No sé si él nos escogió o nos eligió la Madre. Éramos las mayores solamente, tampoco todas. Y habló de la vocación. Emprendió el tema como algo urgente que hubiera que dilucidar.

—He creído notar en vosotras una deformación que conviene corregir en el acto, pues puede crearos problemas, desengaños, e incluso hastíos irremediables. Estáis confundiendo las reacciones características de vuestra edad con la inclinación a la vida religiosa: esto puede causaros serios perjuicios. Habéis venido muchas de vosotras a decirme: «Padre, tengo vocación», y cuando os he preguntado: «¿Por qué?» no habéis sabido expresarlo. Y he de deciros que muy pocas veces la verdadera vocación religiosa se acusa tan temprana, diré que, incluso, de no mediar la gracia es hasta imposible una auténtica vocación a la edad vuestra. Existen dos tipos de vocación: la que procede de la razón, y la que responde a un llamamiento, si lo queréis así, a una inclinación del ánimo. Ésta, que procede de la sensibilidad, suele tentaros con su espejismo aunque, incluso por inclinación, debe llegar más tarde… Creo poder opinar, después de haber hablado privadamente a muchas de vosotras, a petición vuestra, que muy pocas habéis sido llamadas por el momento a la vida religiosa. No confundáis temor a lo desconocido —mundo, pecado, muerte, Más allá— con vocación religiosa. Me gustaría como principio vuestro para entrar en religión no el deseo de negaros, sino el de otorgaros… No confundáis vuestro temor a la vida conyugal con un síntoma de llamada a la vida monástica: se trata, hijas mías, de un temor físico, conformado por diversos factores, y se trata también de una inhibición cuyos motivos no voy a daros ahora, pero que he observado y a los que he dedicado muchos años de estudio. Soy profesor de un seminario, no lo olvidéis, y los problemas de vuestras edades es mi deber conocerlos. Pensaréis: «Un seminario de hombres». Es cierto… Pero os digo que es una experiencia importante —independiente de las modificaciones que pueda aportar el sexo— y

aunque en vosotras las reacciones sean más tempranas. El vuestro es un proceso de adecuación. No habéis llegado y no podéis determinar sobre un futuro una de cuyas caras permanece para vosotras escondida, y otra —la religiosa— a plena luz. O si lo queréis: reflejando la luz de Dios… En buena hora acudáis a la vida religiosa, y no es mi propósito apartaros de este deseo, pero sí el indicaros que no os obcequéis en seguir un rumbo marcado desde fuera, que no responda a una auténtica aptitud. Porque vocación no es sólo llamada: es, sobre todo, aptitud si no queréis sentiros frustradas. Ni penséis que en el matrimonio no cabe santificación, porque todas vosotras, las mayores que me estáis oyendo, sabéis ya de santa Mónica y su hijo Agustín, de Isabel de Hungría. Cierto que, según Pablo, es más perfecta la vida de castidad, pero ¿con qué medida se medirá la perfección? No voy contra vuestro fervor, voy contra vuestro fervorín… No quiero censurar vuestro clima espiritual, sino clarificarlo y airearlo… Os he dicho que temáis a lo que os llegue desde fuera y quizás he exagerado porque los caminos por los que llega el Maestro son múltiples, y Él elige su manera. Ni creáis que dentro de los conventos todo es tranquilidad y perfección, porque ésa sería una imagen errónea tras la cual correríais para sufrir más fuerte el desengaño. Cuanto está compuesto por elementos humanos es humano, más espiritualizado o no, pero humano.

Estábamos solas, sin monja ninguna en la capilla. Habían cerrado la puerta.

—Me parece que se está cometiendo con vosotras un grave error: no estáis siendo preparadas para el mundo, no se os prepara para el mundo, y he ahí que es en el mundo en donde lógicamente vais a habitar. Entonces, ¿qué estáis haciendo…? Y al referirme a mundo no le estoy concediendo el sentido que las Madres y vosotras le dais, sino todo lo que existe —casa, familia, sociedad— extramuros del colegio. Os han sumido en vosotras mismas cuando yo os diría: «Salid de vosotras. Sed útiles a los demás». Os he hablado continuamente del amor de Dios porque es el gran crisol, purificador de todos los amores, centralizador. Ah, sí, pero partiendo de la base, las propias palabras del Maestro: «Un nuevo precepto os doy: que os améis unos a otros como yo os he amado». ¿Cómo vais a llegar a Dios sin la caridad…? Amar a los demás en Dios, ver a Dios en el prójimo, no

desentenderse, no establecer una alambrada en torno a uno y desenvolverse dentro de ese reducto reducido… ¡No! Va contra el espíritu del cristianismo de una manera radical. «En eso se conocerá que sois mis discípulos». ¿Y entonces? ¿Y entonces? Contentaos vosotras mismas: en tantos años de colegio, ¿qué habéis hecho por los demás?

Dijo:

—No os apartaré en modo alguno de vuestros hábitos religiosos que os ayudarán a manteneros limpias, que os habitúan a exigencia y rigor. Pero de que Dios está en el mundo también, que es Él mismo el mundo, ¿qué duda cabe? No predicó en el templo: salió a los caminos, se mezcló con eso que llamáis mundo vosotras, entró en la casa del publicano, se sentó en la montaña para hablar, habló desde la barca de Pedro, entró en Jerusalén a lomos de un asnillo, rodeado de gente que le aclamaba como a salvador temporal, qué error funesto que le llevó a la Cruz… Vivir en el mundo, no como si lo poseyerais sino os sirvierais de él, ¿por qué no…? Más bien: si no es así, todo lo habréis perdido, porque el gran negocio vuestro es el de vuestra alma, y es lógico que os empleéis en salvarla, ya que en el gran silencio final será el único superviviente. Pero no porfiéis por el camino: hallaréis la entrada sin forzarla, aunque no ahora. Es un desarrollo que llega, pero no siempre a un tiempo exacto: os ayudará a la posesión de Dios —o a su vislumbre— vuestro personal esfuerzo. A mayor entender y saber, mayor poseer.

(Me acordé de Juan de la Cruz: *El más alto y puro entendimiento, trae más alto y puro gozar… porque es de más adentro saber*).

—… Más de una se ha confesado de salir con chicos, de hablar con chicos. ¿Qué confusión se ha producido en vosotras? ¿No habló el Maestro con Marta y con María? ¿Por qué no puede haber entre vosotros limpias conversaciones y teméis siempre a la relación con el otro sexo? E incluso desde la relación hombre-mujer ¿no bendijo el Maestro agua y vino en las bodas de Caná? ¿No quedaron santificados agua y vino —hembra y varón— con su Presencia? ¿No fundió agua y vino en uno solo, y lo multiplicó? ¿No quiso que fuera ése precisamente su primer milagro? A esto, algunas de vosotras ha replicado: «Pero dijo: María ha elegido la mejor parte». Es cierto. Pero ¿sois dignas de esa parte mejor? ¿Estáis

preparadas para lo que supone aceptarla? Entendedme bien: no voy contra vuestra dedicación religiosa: voy contra vuestra ofuscación. «A lo mejor —me ha dicho alguna de vosotras— no tengo vocación de nada». Se tiene siempre vocación de algo, pero no siempre estáis maduras a una misma edad para poder decidir. Sabed esperar. Esperar… No precipitaros, no os cerréis puertas: abrirlas luego de nuevo va a costaros, tendríais que superar prejuicios y respetos humanos, y desdeciros.

Juntó sus manos sobre el tapete de la mesa.

—Hijas mías, estamos viviendo tiempos difíciles para la Iglesia, en España. Ser cristianas de una manera consciente, en toda su integridad y pese a los alborotos, no va a ser fácil empresa, habría que deslindar cuándo es postura política y cuándo es religiosa. Puede, incluso, resultar heroico. Pero os ruego que no busquéis más heroicidad que la diaria de no apartaros de Cristo… aunque vaya a morir. Proclamad vuestro cristianismo sin ostentación, no lo digáis con la palabra. «Por las obras los conoceréis… En eso se sabrá que sois mis discípulos». Ah, la caridad… ¿Qué hemos hecho de la caridad, hijas mías? ¿Por qué la hemos postergado? No basta decir de carretilla: amo a mi prójimo: Hay que amarlo. Están pidiendo a todas horas que los amen: cuando colocan bombas o incendian las iglesias, cuando escriben blasfemias en los muros de los conventos, cuando hacen difícil al sacerdote su ministerio, cuando calumnian a los religiosos, se agitan porque están reclamando atención: están pidiendo amor. ¿No los hemos comprendido? Han llegado hasta nuestras puertas, dispuestos a derribarlas, porque no habíamos salido de ellas. No carguéis las culpas sobre los demás, no digáis con el fariseo: «Bien sabes que yo no soy igual a ése», mirad a vuestra conciencia, si está limpia de culpa, de participación: ¿habéis hecho algo por ellos, por vuestros próximos, por vuestro prójimo? Cerca de todas vosotras hay gentes modestas que sirven a vuestras familias, ¿habéis intentado comprenderles, les habéis preguntado si viven dignamente, si a sus familias les falta lo necesario, si su trabajo no es degradante? ¿Habéis intentado amarles? Estudiáis en ética qué es la justicia, la religión la sustituye por caridad. ¡Ah, por favor, sin proteccionismo, sin conciencia satisfecha, sin magnanimidades! ¿Quién es magnánimo? Ellos, si acertaran a amaros. Ellos, si aceptan o si perdonan. Perdonar vosotras resulta

inexcusable desde vuestras ventajas, desde vuestras prerrogativas. ¿Os habéis preguntado qué quieren, a qué aspiran? Habéis oído en vuestras casas: reforma agraria, más justa distribución de la riqueza, mayor valoración de su trabajo, lo llaman libertad, y quizá muchos entiendan por ahí, torpemente, mayor mando. Algunos padres de familia me dicen: «Quieren quitarnos para ponerse ellos». Yo os pregunto: ¿por qué no? Es la hora del pueblo, dicen en sus mítines. Yo os digo que siempre es la hora de Dios, que hay que tener la dignidad de aceptarla, cuando es tu hora también. Diréis: «Arrancan los crucifijos de las escuelas». Contesto: es la protesta del hijo incomprendido. Es vuestra propia protesta. Si no hubiesen esperado tanto de Él, no tendrían esa saña.

Había un silencio sin cansancio, mientras hablaba.

—No uséis peyorativamente la palabra caridad, os diría que no la uséis en absoluto: sentidla. Sentid amor. Diréis: «Padre, esas violencias». También nosotros les hemos violentado durante siglos, de una manera solapada y fría, más difícil de quebrantar. Sabéis que los animales —y iodos tenemos naturaleza animal— bajan del bosque y atacan cuando tienen hambre. Les hemos humillado la cerviz a lo largo de los tiempos, para que no tuvieran ya ni fuerzas para levantarla. Os pregunto: ¿es ésta la doctrina de Cristo? Contestad vosotras mismas. Y entendedme bien: no excuso en modo alguno la violencia, sino que la acuso. Y la acuso por igual en donde la hallo, y no de un modo unilateral y partidista. Creeréis que me estoy apartando de la cuestión: en Cristo nada es paz, ni externa, ni interna. Y, sin embargo, tampoco nada podrá desposeeros de ese equilibrio superior a que Él puede ascendernos. No es que las cosas dejen de suceder: es que sabemos que allá, por encima de ellas y al fondo de ellas, podemos llegar a Dios. Que son la escalera de Jacob en este bien temporal que es la vida, para conseguirle. Así es el mundo al que vais a ir con tan débil preparación, pero también al que vais a marchar con Cristo en el pecho en medio de los rencores, de los odios, de las rencillas. Por medio de las pasiones al rojo vivo vais a pasar vosotras como cuando entráis en la capilla: limpias, sencillas, dignas. Pero que todos sepan que el bien conquistado no estáis dispuestas a cederlo, que es vuestro para siempre, que se ha fundido con vuestro ser real, que sois aquello y ya para que desapareciese tendríais que

desaparecer. Eso es el mundo… Personas que dicen que Le aman pero que adaptan a Cristo a sus maneras, a su comodidad; personas que dicen que viven en la ley de Dios, y que no la observan… ¡Qué miedo! ¿A vuestra edad? ¿Miedo de qué? Dios lo ha creado y lo recrea a cada instante: no temáis. ¿Es que el mundo va a intentar quitárnoslo? No, hijas mías, sois vosotras quienes vais a arriesgar perderle… Algunas, espero, volveréis aquí y lo tomaréis por Esposo. Las más os integraréis en eso que llamáis mundo —como si éste no lo fuera, y tanto…—, desapareceréis en él, buscaréis así vuestra pequeña parte de felicidad humana. El mundo será un día, el que vosotros, los chicos y chicas de vuestra generación hagáis, será vuestro turno. Habéis juzgado, y no ciertamente con blandura ni evasivas, al mundo de vuestros padres, aún vigente por unos años. Pronto —¿qué son unos años?— llegará el relevo. ¿Cuál será vuestro mundo? ¿Más equitativo, más limpio, más verdadero, más cristiano? Vuestros hijos, a su vez, darán el veredicto. Sí, vuestros hijos, que muchas de vosotras tendréis y bautizaréis. Obrad contando con su juicio venidero; pensad que llegarán a una edad en que colocarán bajo lupa vuestros mínimos actos. No rehuyáis su censura si necesaria fuese: mirad más largo y más alto. El juicio que importa es el postrero, no el prematuro. ¿Sabéis lo que pido para todas vosotras, para mis jóvenes seminaristas, y para toda la juventud vuestra? Que se os permita haceros, que se os dé tiempo, que no os malogren, que no acumulen sobre vosotros responsabilidades ni iniciativas, que paséis, sin ser forzadas, de adolescentes a jóvenes. Y si otra cosa dispusiera el Altísimo, ruego que tengáis todas las que me estáis escuchando la dignidad de vuestro destino. Lo ruego acendradamente. Vuestras vidas son sumamente importantes.

Lo dijo como si nos estuviera abanderando para una extraña milicia.

—Considerad estas palabras mías como un tratamiento de urgencia, no puedo hacer mucho más ya porque algunas de vosotras vais a salir este año y no regresaréis al colegio. He escrito al dorso de las estampas que os voy a repartir en conmemoración de estos ejercicios verdaderamente espirituales, un lema que deseo inquebrantablemente: «Firmes en la fe, ardientes en la caridad».

Abrió las manos, mirándonos a todas con expresión conturbada. Dijo:

—Amén.

Y lo dijo de un modo tan solemne, tan penetrado, que nos pareció que temía por nosotras, que se dolía por nosotras, que imprecaba a Dios, que le rogaba que así fuese.

Nunca he oído un Amén tan lleno de dolor y de deseo de ayuda.

—Qué bueno, el Padre —me dijo Elvira al salir de la capilla—. Qué bueno.

Pensé: «Qué bueno», pero por otros motivos. (Supongo que a Elvira le consolaba su defensa de una vida en el mundo, del matrimonio, y a mí su preocupación por la justicia, que llamó caridad).

—Cuidado —me había advertido en la confesión que llevó a cabo de una manera concienzuda, analítica, delicadísima, desmenuzándome el alma—. Tienes tendencia a juzgar las cosas desde un punto de vista más moral que religioso.

—¿Pero no es lo mismo?

—No es lo mismo —dijo—. La religión puede sustituir a la moral. Una conducta meramente moral resulta como un cuerpo sin gracia. Puede incluso servir de salvación a los que no conocen a Cristo, pero no a ti. A mi entender, la moral no puede remplazar a la religión ni ocupar su lugar. Sería como otra religión, y es una postura herética.

Me asusté.

—No —dijo—, lejos de mí y de ti tal preocupación, te lo ruego. Pero estáis lo suficientemente preparadas para que empleemos con precisión los términos, para que distingáis. Los ateos pueden tener una moral y no tienen religión. Tú tienes religión y de ella se deducirá una moral por añadidura. Un excesivo raciocinio seca el alma como un abono excesivo quema una planta. No vivas obsesionada tampoco porque tu conducta pueda ser desdivinizada; pero ante cada actitud tuya, piensa: ¿va este principio moral imbuido de idea religiosa, o no? Y aun cuando se ajuste al Decálogo, ¿trasciende su último precepto que Él llamó «el nuevo» —palabra que tan bien sienta a vuestra juventud—, la caridad?

Alguien nos había llamado la atención, y algunos principios quedaban removidos.

OceanofPDF.com

LXXXII

El domingo primero después de los ejercicios, Elvira subió pálida y alterada del recibidor.

—Papá está que se remonta —dijo—. No sé qué hacer, quiere hablar con la Madre Superiora. ¿Qué hago?

—Pero, ¿qué ha pasado? —contesté impaciente.

—Nada.

Bajó los ojos, pestañeando dos o tres veces seguidas. Dijo, por fin:

—Rompí con Antonio.

—¡Bah! ¿Y eso qué tiene que ver?

—Se ha puesto a hacer un drama, dice que me están captando la voluntad, que no permitirá que me influyan, mira qué horror… Si habla con la Superiora…

Comprendí muy bien qué quería decir: Se va a meter con la Madre.

—También tú, qué afán de lío.

—¿Yo?

Me miró asombrada, y admití que no tenía culpa.

—Tengo derecho a romper con él si quiero.

Dije:

—Claro.

Y después:

—No pasará nada. Se le pasará.

Me contestó, preocupada:

—No creas, conozco a papá. Cuando se pone terco…

Dijo:

—Es más burro. Pobre papá, es la mar de bueno. Pero quiere siempre salirse con la suya. Tiene celos.

—¿No decías que hace siempre lo que tú quieres?

Se echó a reír.

—Cuando no le llevo la contraria.

De verdad, no tenía importancia.

A los pocos días fui llamada al recibidor y me quedé sorprendida. Sonó mi timbre mientras estábamos en el estudio y me encontré con Hermana Aralar, que me dijo:

—Venga. La están esperando.

Bajó conmigo, y aunque le pregunté:

—¿Pero quién?

no me respondía, y desordenadamente pensé: «Papá», pero se detuvo al final de la escalera, ante la puerta de la primera sala de visitas, que era la de Madre Superiora, la abrió y dijo:

—Pase.

Y se volvió hacia mí el Padre Santal, alto y huesudo, con el breviario entre las manos. La Hermana cerró la puerta. Me ruboricé intensamente.

—Siéntese, por favor.

Me senté y pensaba: «¿Pero qué pasa?».

—Deseaba cambiar impresiones con ustedes, acaban de pasar los ejercicios y me parece conveniente resumir su impresión, conocer sus propósitos, al margen de la confesión, como es lógico. De los resultados de unos ejercicios bien hechos puede depender hasta la buena marcha de un colegio.

Me hizo algunas preguntas sobre mis conclusiones, sobre mis propósitos a las que contesté monosilábicamente, y pensando: «No estoy obligada a verdad. No estoy en la confesión. ¿Por qué no ha esperado a la confesión?». Era una conversación poco clara, con rodeos, como si diésemos vueltas antes de llegar a lo principal. Pensaba: «¿Pero qué habré hecho yo que justifique esta llamada?».

—Debo advertirle que está usted obligada a verdad siempre, y más en este caso en que está usted hablando con su director espiritual.

Entre grandes apologías de la obediencia me preguntó:

—¿Se ha suprimido disciplina en el colegio?

—No, Padre.

—¿No? —me preguntó, y bajó rápidamente los ojos y se contempló los nudillos de las manos—. Me habían dicho que no había señales.

—Bueno, no hay señales, pero hay disciplina —dije.

—¿Por qué me lo oculta? —Me miraba de frente, sentado como estaba, y era azarantísimo, tenía una mirada de águila, con sus ojos estrechos por encima de la corva nariz—. He confiado en usted porque la considero sincera: ¿no es cierto entonces que se han suprimido las filas?

—No, Padre, no es verdad. Sólo después del recreo de la noche, y los domingos, que estamos nada más que las internas.

—¡Ah! —No apartaba los ojos de mí, quizá había adivinado mi violencia—. ¿Siguen rezando en alto su oración al acostarse…? ¿Por qué no contesta?

¿A quién estaba pretendiendo implicar o complicar? ¿Por quién sabía las cosas?

—Al acostarnos, no. Después de cenar en la capilla. Claro que al acostarnos rezamos en voz baja.

—Eso está muy bien: recen mientras se desvisten. Tienen ustedes que conservar su formación religiosa. Por supuesto, ¿acudirá usted con frecuencia al cuarto de la Madre Prefecta, para recibir su consejo?

Me callé.

—¿No es así?

—Depende.

—¿Cómo, depende? ¿Usted acude con frecuencia?

—No.

—¿Por qué?

—No es necesario.

—¿Desde qué punto de vista no es necesario?

—No sé, hablamos lo mismo.

—¿En dónde?

—En el monte, en recreo. Alguna vez voy a su cuarto a la salida de clase de ética.

—¿Es cierto que han sido ustedes llevadas a clausura?

—No, Padre, en absoluto —estaba pasmada—. ¿A clausura?

—Así no han entrado ustedes en la ermita.

—En la ermita sí —dije.

—¡Ah!

Se quedó callado, yo estaba totalmente desorientada —¿por qué me preguntaba aquellas cosas?—. Inclinó su cabeza gris hacia las manos y dejó de perforarme con sus ojos.

—Ha sido abolida la banda de conducta.

—El tiempo que hace, lo sabe la Madre Superiora, cuando la distribución de premios…

Levantó una mano para que no continuase hablando.

—¿Se les ha dado el motivo?

—Podía ser injusta.

—¿En qué sentido?

—Porque… a una chica podía costarle más que a otra ser buena y tener menos mérito la bondad aparente.

—Ésa es otra cuestión —hablaba con cautela—. La banda de conducta está para premiar precisamente la bondad que se ve, la bondad ejemplar, que sirve de ejemplo. No es otro el fin con que se había establecido.

Defendí:

—Pues, por ejemplo…

—¿Qué?

—A Luz Quintana no le costaba nada ser buena, era así de natural, y en cambio hay algunas —(no quise decir: Begoña)— para quien cumplir estrictamente lo mandado, no salirse, le cuesta…

—¿Y lo consigue?

—Sí.

—Pues entonces se merece también la banda de conducta, simplemente.

Me miraba de nuevo. Me pareció que pertenecía al mundo confuso y de evasivas de los mayores, que contorsionaban los hechos y se escondían detrás de sus argumentos.

—Antes me ha contestado usted algo inexacto, se le ha debido de olvidar: ¿no entraron ustedes en clausura, estas Navidades? ¿Sí?

—Lo sabe todo el mundo: la Madre pidió permiso a la Madre Superiora.

—¿Qué Madre?

—La Madre Gaytán… La Madre Prefecta.

—¿Por qué no le dan su tratamiento?

—No le gusta.

—¿Se lo ha dicho ella?

Pensé: «¿La comprometo por contestar? Pero si no hay mal alguno, es síntoma de humildad, de sencillez». Así, que dije:

—Sí.

—¿Por qué se quedó usted en Navidades? ¿No podía ir a su casa?

—Me quedé porque quise.

Apretaba el puño dentro de la faltriquera. Estaba sentada en el borde del sillón y tenía ganas de gritar, pero también de mantenerme fría para no comprometer a nadie.

—Pero, ¿por qué quiso?

Sostuve su mirada y debió de leer tan claramente en mí: «Y a usted qué le importa», que contestó:

—Me importa. Se trata de la debida dirección de ustedes, de descartar injerencias. Entiendo que se han introducido innovaciones innecesarias, no se trata de nada grave, pero sí inexperto. No se pueden intentar experimentos con ustedes. La obediencia, el acatamiento a sus superiores, el autodominio, la anulación de su voluntad, eran más provechosos para su formación.

Dije:

—De ninguna manera.

—No conteste. No puede usted opinar, no está en condiciones de hacerlo. Deje que los demás juzguemos qué es lo más conveniente para ustedes. Sobre todo, hay que pensar en aquello para lo que sus familias nos las han confiado. Estoy seguro de que con intención rectísima, pero reconocerá que están siendo ustedes desviadas de sus familias…

—No es verdad. Ya habíamos empezado.

—¿Qué quiere decir?

—Que empezamos a pensar todas estas cosas cuando estaba la Madre Ulía.

Sonrió fríamente. Dijo:

—No he nombrado a nadie.

Me recordó a la Madre Ulía.

—Pero no las exteriorizaban —continuó—. Todo lo que sucede en el interior de su conciencia es tema de confesión —sonrió cautamente, como

excusándose—. Aquí estamos hablando del orden, de la marcha del colegio en conjunto. Un colegio como éste no puede ser en modo alguno un haz de individualidades sino un bloque compacto. No se puede aplicar esto a ésta, y eso a aquélla: hay que obrar en general.

Yo miraba a mi falda, sobre mis rodillas, para no encontrar sus ojos.

—El Maestro —dije— separaba a Juan, a Pedro, a Santiago.

—¿Quién es el Maestro aquí?

Nos quedamos mirándonos de hito en hito, y fui la primera en bajar los ojos nuevamente, porque tenía aquella acerada y fría y escudriñadora forma de mirar y era el Padre Espiritual, y conocía mis faltas.

—Deseche su alarma. No estoy censurando a nadie ni se trata de perjudicar a nadie. Lo que hablemos, aquí queda. Pero quiero atemperar el tono del colegio sometido a una exaltación totalmente desusada y que no puede conducir a nada bueno. Sí: cualquier exceso, incluso espiritual, es ya pasión. Estoy seguro de la buenísima voluntad de quienes les dirigen en el colegio, pero tampoco puede extrañarle mi intervención: ha habido quejas de algunas familias…

Dije:

—El padre de Elvira

y me alcé de hombros, desechándole.

—¿Usted qué sabe? ¿Se lo ha contado su compañera? ¿Qué le ha contado? ¿Permiten conversaciones particulares?

Dije:

—No estoy obligada a contestar.

Acercó el rostro a las manos cruzadas, apoyados los codos en los brazos del sillón dorado.

—No adopte posturas de rebeldía, nadie la está atacando. Ni culpe a nadie. Puedo decirla que no ha sido sólo el padre de Elvira.

Qué lata, las familias. Qué odiosa intromisión. Menos mal que, al menos, la mía…

—Algunas chicas han pedido en sus casas que no vengan a verlas, ha habido un voluntario internamiento en Navidades… A la edad de ustedes, la parte del Evangelio que hay que aplicar es: *Y les estaba sumiso*.

Hubo un silencio en que el Padre dejó de observarme, y era como si atenuasen un momento una bombilla delante de mis ojos.

—En definitiva, quiero dejar claros tres puntos. No le permito mentir, la mentira en este caso debe considerarla falta grave. Nada es importante, pero todo es necesario, y no crea que lo que usted me diga va a hacerme cambiar de opinión.

«Entonces, ¿para qué me pregunta? —pensé—. No diré nada».

—¿Han sido en algún momento inducidas a pasar las vacaciones fuera de sus casas?

—No, Padre, jamás.

Podía contestarse la verdad.

—¿Cómo tuvo esa idea?

Hice un esfuerzo para recordar. Por fin dije:

—Fue idea de una compañera.

Inclinó la cabeza.

—¿Su nombre?

Me quedé callada. «Dios mío, ahora va a creer que oculto a la Madre. Begoña, di la verdad».

Contaba con los dedos: separó el dedo índice de la mano izquierda con la derecha.

—¿Se les ha insinuado, directa o indirectamente, la conveniencia de abrazar la vida religiosa? ¿Se les ha manifestado abiertamente que las normas establecidas no eran necesarias, habían quedado anticuadas, que podían no obedecer a sus superiores o a sus familias si bien contra su criterio, emancipándolas a destiempo? ¿Se les ha dicho algo que roce ideas políticas, posturas políticas de los suyos…?

Contesté estupefacta:

—No.

Pensé: «Qué absurdo». Y me acordé de lo que habían comentado sobre las ideas avanzadas del Padre de los ejercicios. Lo repitió Teresa Alzola, que lo habían comentado en su casa. (A lo mejor iban contra el Padre, estaba desconcertada. Había sido tan bueno…).

—¿Está segura de lo que dice?

—Sí.

—… y, última pregunta: ¿ha sido usted, directamente usted, inducida a apartarse del mundo, a seguir una vida de mayor perfección?

Volví los ojos. Dije:

—No.

Y se quedó mirándome con gravedad, lo mismo que si yo hubiese dicho: Sí.

—Puede irse ahora. Pero quiero, para su tranquilidad, asegurarle que no me ha dicho nada que no supiera ya.

Al salir vi a Begoña, esperando en el último escalón, al lado de la puerta. No pude decirle nada. Tuve ganas de advertirle, pero ya estaba dentro.

Subí al estudio. Nuestras familias… (de la mía estaba segura. Me sentí orgullosa de la mía que de manera cierta sabía que no había intervenido). Las dichosas familias… no querían que nos estropearan, que nos cambiaran, que nos abrieran los ojos y que viéramos que podían ser injustos, falsos, malos cristianos, superficiales, frívolos y pecadores. No querían ceder ni una sola de las ficticias cualidades con que se habían adornado —habían jugado a adornarse— para nuestros ojos de niñas. «Veo… veo… | ¿Qué ves…? (el juego de chiquitinas). ¡Os veo!». Queréis tenernos ciegos y mudos, sin opinión propia, y que de allí pasemos a ser un remedo vuestro, iguales que vosotras: a eso llamáis portarse bien. Vuestras costumbres, vuestros modales, vuestras ideas, hasta vuestra manera de hablar. ¿Por qué? Nada de eso es una herencia. Ya está bien. Son otros tiempos; estamos en 1936, no en vuestra época.

Hice un rodeo ante el pupitre de Elvira para poder decirle:

—Tu padre es un asno.

—¿Mi padre?

No pudimos hablar más, y se volvió a mirarme inquieta e indignada.

Pidió para los lavabos, sin duda pensando en que la seguiría, pero no salí.

Fueron llamadas todas las internas y las mayores mediopensionistas: la que volvía contagiaba su inquietud a la que iba a salir. ¿A qué se metían nuestras familias allí? ¿Ni allí podíamos libramos?

—Me acuso —dije al Padre Santal en la confesión del sábado— de haber pensado y hablado mal de un Padre.

Me llegó su silencio. (Había dudado si confesarme o no, pero a última hora decidí hacerlo, porque me rebelaba la idea de que estaban jugando con nosotras).

—¿Con motivo? —preguntó al cabo de un momento.

—Sí, Padre. Juzga torcidamente los hechos, se entromete, busca el mal en donde no lo hay, da coba a nuestras familias. Me acuso de pensar que está atrasado, que no entiende nada, que no tiene corazón, que es envidioso.

No podía detenerme, quería forzarle a salir de su silencio. Por otra parte, podía decir en alto, al fin, lo que pensaba, a una cortinilla negra, ni siquiera a un rostro.

Me llegó su contestación, clara y tranquila:

—Como hombre, cualquier religioso está sujeto al juicio de los demás. No tiene por qué confesarse de ello, si no se trata de supuestos en materias graves. Pero es recomendable que no se comente con otros, porque puede promover escándalo. ¿Algo más?

—No, Padre.

Me preguntó:

—¿Le ha perdonado? Quizás ha obrado siguiendo también su conciencia y buscando un interés más alto. Aún en el caso de que se equivoque… Piénselo así.

Volvió a preguntarme:

—¿Algo más?

—No, Padre.

Oí su voz lenta y susurrante:

—*Vade in pace. Dominas sit tecum*.

Mientras me apartaba del reclinatorio murmuró como siempre:

—Y ruega por mí.

OceanofPDF.com

LXXXIII

Nos apiñamos en torno a la Madre. Aquella intervención sólo había servido para definirnos, para incitarnos a tomar una postura, y fue la de solidarizarnos en torno a ella. No rehuyó hablarnos, como si tuviese prisa por decirnos de una vez todo lo que quería inculcamos, pero no permitió que se criticara la investigación del Padre ni las injerencias familiares, y decidimos, para que en nada se notase que faltaban las señales, cumplir mejor que nunca. Estudiábamos procurando concentramos en el estudio, no hablábamos ni cambiábamos una mirada en filas, dispuestas a demostrar que sabíamos usar de la mayor libertad concedida.

Desde fuera, como sucedía a veces, relajaron nuestra tensión. Llegaron del recibidor, y a través de las Madres en el recreo, rumores de que se prohibirían las procesiones de Semana Santa, y las monjas ya sólo se preocuparon de aquello, vejadas y confusas. Acordaron tener su procesión particular dentro de la iglesia.

El miércoles de ceniza nos llamaron a las internas y estaba esperándonos al pie del timbre Madre Vergara, que nos llevó hasta las camaretas, y mientras por dentro nos defendíamos: «¡No! ¡No! ¡No!», recogimos nuestras chaquetas y el abrigo y el sombrero azuloscuro.

—¿Nos vamos para tiempo? —preguntó Elvira—. ¿Está papá?

—Han sido avisadas todas sus familias. No se preocupen.

—¿Cuándo volveremos?

Madre Vergara dijo:

—Dios dirá.

Y después:

—Ya se avisará a sus familias.

Salíamos de las camaretas cuando vimos a la Madre avanzando hacia nosotras con su andar rápido y oscilante que le agitaba el velo de su toca negra en torno, encogida de hombros, y recta.

—En fila —dijo Madre Vergara.

Pero se sonrojó un poco y rectificó:

—La Madre Prefecta

aunque la habíamos visto perfectamente viniendo a nosotras desde la clausura, e íbamos a su encuentro. La Madre no se detuvo, sonrió:

—Vamos —dijo.

Nos acompañó hasta la capilla y había en los pasillos de la entrada familiares de mis compañeras y, junto al torno, Rosendo con Hermana Mandoegui. No estaban dentro de la sala de visitas, sino hablaban con la Hermana o con la Madre Superiora, a quien, por vez primera, vimos allí.

—Un momento —dijo la Madre, sonriente—. Medio segundo nada más.

Y nos dirigió hacia la capilla, rezamos brevísimamente y no se quedó dentro mientras salíamos, se separó de nosotras en la puerta, y dijo:

—Adiós. Adiós. Sean buenas.

—Madre… —dijo Geni.

—Tengo prisa, se marchan ahora las medio. Adiós.

Sonreímos porque nos hizo gracia que las llamase como nosotras, «las medio». Echó a andar rápidamente, y también muy rápidamente se volvió. Dijo:

—Todo sucede porque Él lo quiere.

La Madre Superiora repetía (no nos importaba nada Madre Superiora, tanto como en otro tiempo nos impuso):

—Anden. Anden. En orden. Vayan saliendo.

Y al abrir la puerta de la calle vi detrás de unos cuantos coches el autobús del colegio. Dije:

—¿Pero qué pasa?

Rosendo me contestó:

—Lo de siempre.

OceanofPDF.com

LXXXIV

También la abuela estaba escandalizada por lo de las procesiones.

—No hay que darle importancia —calmaba tío Juan—. Eso no va en forma alguna contra la religión. Simplemente, se suspende una manifestación religiosa, pero no la religión. Hay que contemporizar, no hay que agravar las cosas.

—La calle es para los que tenemos pies y piernas, no para pasear santos. El que quiera santos que vaya a la iglesia.

—¡Si dejáis una iglesia sana! —contestaba Francisca.

Tomasa volvía a decir:

—¡Que hay libertad de cultos!

—¿Pues por qué no dejan las procesiones, otra?

—¿Para qué queréis pasárnoslas por los morros? ¡Dejar vivir!

Patrocinio decía:

—Eran tan bonitas, la Dolorosa de la catedral, el Cristo…

Rezaba en mi cuarto, de rodillas, las mismas oraciones que en el colegio. Leía la *Imitación de Cristo*, o estaba con la abuela, a quien había encontrado aniñada: en la expresión, en la manera de contestar, de pronto, de una manera clarísima me pareció infantil, y como si yo tuviese que protegerla. Y aquel sentimiento me unió a ella de otra suerte.

—Hay que tener cuidado, que la abuela no se entere, no le suba la diabetes —decía Francisca—. No hay por qué contarle las cosas.

—No le digas nada a la abuela —insistía Patrocinio cuando peleaban en la cocina.

Vivía en su casa sin saber nada de lo que pasaba en ella, todas guateábamos cuanto le rodeaba para que no llegase a sus oídos o llegase amortiguado. Francisca la trataba igual que a una criatura, la peinaba, le decía:

—Ajá

y le echaba unas gotas de esencia en el echarpe.

—Así está bien. Así está guapa, ¿ve?

Pero aunque la cuidaba no la consideraba. En cambio, Patrocinio había abjurado de su respeto, consustancial con ella, y la hablaba siempre con deferencia. Entraba a pasos cortos en el cuarto de estar, miraba a ciegas hacia el lugar en donde sabía que se hallaba el sillón de la abuela, y decía en voz baja y silabeante:

—¿Cómo está la señora?

Puede decirse que era con quien la abuela hablaba más.

—No ha sido siempre así —decía Patrocinio—. ¿Qué te has creído? Los años, las penas… Está enferma, además. Pero la señora tenía mucho carácter.

Aquellas cosas me parecían siempre imaginaciones de la pobre Patrocinio.

—Si la mangonea todo el mundo —dije.

Levantó cuanto pudo la cabeza, que tenía siempre gacha, con la cerviz totalmente doblegada; sus ojos estaban empañados de nubes.

—No lo creas —y lo dijo con energía, como si oyese algo verdaderamente incierto—. Eso se creen todos, pero no te lo creas, no es así.

Me dijo, soliviantada:

—Buena es tu abuela… Sabe muy bien lo que se hace y si calla es porque no quiere dar razón ni a unos ni a otros. Pero en el fondo, quiá.

—No me diga —exclamó Teresa que la escuchaba, apoyada en la puerta de la cocina—. No se entera de la misa la media. Francisca la lleva y la trae.

Y dijo:

—A ésta sí que no la mangonea nadie, aunque ande haciendo lo que la mandan. Como a mí —dijo con orgullo—. A mí…

—¡Un cuento! —saltó Francisca entrando—. A ti te llevan por las narices.

—No disputen —suplicó Patrocinio.

—Una mansa cordera, mucho ruido y pocas nueces, a buena hora iba a arrastrarme un hombre; ¡que se perdiera él!

—A ti qué te van a arrastrar, si eres un macho —respondió Tomasa sin furia y con desprecio.

Francisca se lanzó contra ella.

—Te parto la cara ¡perra! ¡Te parto esos morros!

Tomasa se limitó a rechazarla.

—Por Dios —rogaba Patrocinio—. ¡Por Dios!

—Pídala por otra cosa, también usted —le contestó destempladamente Francisca—. Ésta, por no tener, ni Dios.

—¡A ver si te cierro la boca de una hostia!

Parecía haberle dolido el que dijera que no tenía Dios. (Me acordé de las palabras del Padre: «A lo mejor tiene gana de tenerlo. A lo mejor ha esperado tanto de Él…»).

—Tomasa —le pregunté cuando estuvo sola—. No te enfades porque te pregunte una cosa: ¿tú crees en Dios?

Estaba junto a la ventana, inclinada sobre el fregadero, limpiando unas verduras.

—Qué preguntas. ¡Jolín! ¿Te lo han mandado a preguntar las monjitas?

Dije:

—No.

—Será cosa de Francisca —se alzó de hombros—. Pues claro que creo en Dios, mira tú ésta.

No parecía darle demasiada importancia.

—Todo el mundo cree en Dios.

—¿También Millán?

—Millán es hombre —contestó—. Dice que no cree en nada, vete a saber. Por no creer, ni en mí.

—Tú no le contaste a nadie lo que sabías.

—Pues ya ves, con eso y con todo desconfía, el muy… Los hombres nunca se fían de nosotras. Y aunque me metieron en chirona, él me tiene entre ceja y ceja. Por la bruja de su madre.

—Es buena.

—Es una podrida. Vas a saber tú… Eso de vivir con los suegros no es para casados, ¿sabes? Se meten en todo; no se meten en la cama porque no pueden. Y todavía… La bruja esa se cree que no tenemos críos por mi culpa, y anda dando la murga mañana y noche.

—¿No te los manda Dios?

—Dios qué tiene que ver con eso… —Se rió y se le sacudieron los pechos—. Tiene que ver Millán, hija, y ése dice que nones. Que no quiere más desgraciados. Que sobra uno. Y hace bien.

—Pero tú me dijiste que te gustaba tener una niña.

Me acordé de cuando me hizo poner la mano sobre su vientre para que sintiese los movimientos de su criatura.

Soltó un grifo con mucha fuerza. Lavoteó las verduras, las escurrió. Me dijo, al fin:

—Eso era antes. Aquello fue una equivocación y ya hizo bien Dios el que naciera muerta… Sí, hija. No pensábamos en la hija cuando la hicimos, pero ahora que pienso en ella…

Se sentó sobre el taburete, cansada:

—… está mejor donde está. Para lo que le iba a tocar.

OceanofPDF.com

LXXXV

Llegó el domingo de pascua sin la alegría del pasado año. Había asistido a la misa de gloria en los salesianos con la abuela y tío Juan. La abuela, pese al corto trayecto, tenía que ir en coche, con Francisca al lado, en cuyo brazo se apoyó al entrar. Le ofrecí agua bendita y Francisca me empujó.

—Quita

molesta, sin duda, de que pretendiese remplazaría.

—Ésa la tiene dominada —oía a Tomasa.

Me parecía un absurdo el que la abuela se dejase dominar por Francisca, no lo creía en absoluto, más bien lo que de ella le oía a Patrocinio: prefiere la paz.

El tío Juan siguió con atención la misa, de pie casi todo el tiempo, menos en la elevación; no comulgó ni leyó nada, pero miraba fijamente al altar.

Nadie me dijo aquel año: Cristo ha resucitado. Ni hubo tiempo a ello. Subieron hasta nuestra casa, en alto sobre la ciudad, rumores de atentados, atropellos y muertes en la calle. Tío Juan paseaba por el pasillo arriba y abajo, guiñando mucho los ojos, con las manos detrás de la espalda, puede que preocupado, pero sin exteriorizarlo. Aquellos rumores apenas me alcanzaban, esparcidos al margen de mí, me llegaban de tan lejos y al propio tiempo eran tan actuales como aquellas palabras: *Vuelve la espada a tu vaina… Quien a hierro mata…* (Me perseguían las palabras del Maestro: *¿Dices tú eso por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí…?*).

Las muertes parecían resolverlo todo: cuando sucedía aquel estallido final, aquella gran traca de bombas y muerte, resucitaba la calma.

—Mañana podéis volver al colegio —dijo Francisca—. Ya han llamado.

—¿Qué tal en el colegio? —me preguntó tío Juan.

Y después, de un modo inesperado:

—¿Prefieres quedarte?

—No, tío.

Aprobó con la cabeza. Dijo:

—Es mejor así.

Me alegré de tener aquella familia distante y tan correcta que no se entrometía, me alegré inmensamente del liberalismo de tío Juan que respetaba todas las opiniones. ¿Y las demás? ¿Volverían todas? Estaba orgullosa de que mi familia fuese como era.

—¿Qué tal vas de notas?

Contesté:

—Fatal.

Se rió un poco.

—¿Te cuesta?

—No sé lo que me pasa este año, no me entra.

—¿Qué te cuesta más?

—No sé. Todas. No, la ética no. Pero tampoco sabría repetirla.

—Hombre, la ética… ¿Qué os dan de ética en el colegio?

Me alcé de hombros.

—¿Qué os explican: santo Tomás, Suárez, san Agustín…?

—Sí, claro. Y Aristóteles, y Platón.

—¿Sócrates?

—No nombró al pasar, me parece —procuré recordar.

—¿Y Platón?

—Muy bien. Está dentro del espíritu del cristianismo.

Tío Juan no pudo reprimir una carcajada colosal. Me dijo:

—Si nos oye Platón…

Y después:

—Platón, y Aristóteles mismo, son más políticos que otra cosa, es natural que las monjitas no sepan explicarlo.

Me pareció mal que juzgase limitada a la Madre. Dije.

—La política no les importa. Les importan otras cosas.

—¿Qué cosas? —sonreía mirándome.

—Se ponen por encima de la política y cosas así.

Me dijo, pensativo:

—Ojalá. Es lo mejor que pueden hacer. La Iglesia no debe mezclarse en política en absoluto. Va en su detrimento. Cristo no fue político, recordarás.

¿Sabía yo bien lo que era ser político? Vagamente me lo imaginaba, y dije:

—*El que no está conmigo está contra mí*.

—Eso es lo contrario de política, Tadea. Eso es pura religión. Y también puede ser ética…, ¿no te parece?

Dije:

—Sí.

Me acarició el cabello.

—Mira la niña —dijo—. ¿Acabas este año el bachiller?

—Sí.

—¿Qué vas a ser luego? ¿Qué quieres estudiar?

Me entró horror, era una pregunta espantosa. Me dio frío acordarme del conciliábulo en torno a Odón. ¿Había que ser algo?

—Porque querrás hacer algo, no ser una inútil, ¿verdad? Los chicos de ahora tenéis una idea distinta, gracias a Dios.

Los chicos de ahora… Me espantaba. (No me obligues a trabajar). Dije, alzándome de hombros:

—No sé.

—Bueno, ya veremos, hay tiempo de sobra. Todavía hay tiempo.

La abuela dijo con su voz sin tonalidades:

—Es una pena que esta niña no estudie.

—Ya veremos, mamá. La universidad…

—En casa. Por libre.

Me resultaba odioso que se discutiera de mí como de un problema de ellos. Pensé: «Todavía hay tiempo, ya veremos por dónde sale», porque me había acostumbrado a las soluciones llegadas desde fuera o precipitadas desde fuera.

Le conté al tío:

—El Padre que nos dio los ejercicios pensaba como tú. Dice que no es culpa sólo del pueblo, que tenemos culpa nosotros, y que no se les ha comprendido.

Se quedó mirándome, parpadeando.

—¿Culpa de quién?

—De todos. Van contra Jesucristo porque esperaban en Él.

—Qué peregrino, mira tú. Caray con el Padre de los ejercicios. Pues le dices a ese bendito Padre que su sitio está en el confesonario y diciendo misa, y que nos deje esas cosas a los demás.

—¡Juan!

—Mamá, las cosas en su sitio: si se va contra la propiedad se atenta contra el séptimo mandamiento; si se mata a la gente de un tiro por la calle es: «No matar»; si se pretende el amor libre va contra el sexto, contra el noveno y el «Honrarás padre y madre», y si se quita el crucifijo de las escuelas y se quema y se saquea, va contra el primero de todos: «Amarás a tu Dios sobre todas las cosas», o: «No usarás su Santo Nombre en vano».

Se le escapaba salivilla mientras hablaba, contundente.

—Dice que es también una manera de amar.

—Que no me venga con sofismas «tu Padre», y unos cuantos como él… Soy el primero en creer que hay reivindicaciones justas, en exigir respeto para ellos, pero el respeto ha de ser mutuo, y la convivencia por ambas partes, caramba. ¿Sabes?

me dijo, y sacudía la cabeza.

—Lo malo es la desorganización de arriba, el poder ficticio, la indecisión. No se atreven a imponerse.

—Socialistas —dijo la abuela—. Radicales, ¿qué se puede esperar? En tiempos del rey…

—Mamá —dijo tío Juan, impaciente—. Estamos hablando del presente, de la realidad. Cuando se levantan las compuertas a un dique ¿has visto el tumulto de las aguas?… Les han embarcado y ahora se asustan porque no admiten mando, y una tripulación sin mando es una embarcación a pique… Hay quienes dicen: «No es esto. No es esto», cuando ven que el pueblo corre a la anarquía y a la revolución, no a una vida más equitativa y más digna. No aprendemos nunca… Resulta intolerable salir a la calle sin saber lo que te puede esperar, lo que te espera. No somos un país civilizado. Presumimos de serlo, pero no tenemos sentido de convivencia, nada europeos, o muy poco, parecemos de esas repúblicas del sur de América que se lían a tiros en un santiamén y hoy manda Juan y mañana Pedro, gentes sin preparación, sin formación suficiente. Un gobernante no se improvisa. Gobiernos fantasmas. Así no puede crecer una nación, pierden

tiempo y dinero y trabajo deshaciendo hoy lo que el otro levantó ayer. Mira a Francia: parece siempre que van a enzarzarse y a última hora, cuando se trata del bien de la nación, franceses ante todo, siempre se unen… Bueno, ¿qué entendéis vosotras? No importa. Vosotras no preocuparos, que todo se arreglará.

Cuando vino a misa a los Salesianos —fue en el coche con la abuela, y yo andando—, a la salida me dijo:

—Pero ven con nosotros.

Me senté en el fondo, entre ellos dos. Me miró y dijo:

—Hay que ocuparse de esta niña. Va hecha una facha.

Me retraje, escondí los zapatones del colegio.

—Si es el uniforme del colegio, señorito —explicó Francisca, que iba sentada en el estrapontín delantero—. Parece un traje de calle, lo llevan todas.

Salí del coche avergonzada y fastidiada. En ese momento comprendí que las gordas medias de hilo, los zapatos abotinados con suelas de crepé, el mismo uniforme renovado aquel año en todos los colegios de la Orden, eran torpes. Vestíamos un traje sin mangas, azulmarino, con el cinturón caído, y llevábamos debajo una blusa blanca de manga larga, pero todo ello flojo y sin gracia. (Al principio habían ordenado a nuestras casas: «con corbata roja». Pero hubo protestas de las familias. «¿Corbata roja? ¿Sabían lo que significaba? ¿Estaban locas? Cualquier cosa roja, corbata o pañuelo, podía tener tinte político». Desde el colegio rectificaron en seguida: corbata azulmarino con lunar blanco). Sustituimos las boinas por un sombrero de fieltro azuloscuro con anchas alas levantadas.

—No sé qué tiene tu tío contra ese traje. Estás divinamente —dijo Francisca.

Y tarareó con su voz de trémolo: «Pichi, es el chulo que castiga…».

—Habrá que hacerle ropa —le dijo la abuela—. Usted…

—Buena gana de gastar para cuatro días, señora. Si está muy guapa.

Se rió.

—Por tan pocos días no van a hacerle trajes nuevos.

Pero aquella noche, para bajar a cenar, busqué una falda vieja tableada del año anterior, y un jersey blanco. Me puse medias de seda transparente, y

no pude calzarme zapatos de charol porque los había dejado en el colegio.

OceanofPDF.com

LXXXVI

Fuimos bajando ligeras del autobús y diciendo a Hermana Mandoegui:

—Buenos días, Hermana.

Y ella siempre parecía alegrarse al vernos.

—Buenos días.

Madre Vergara, a la puerta de la capilla. Y nadie dentro, orando. Madre Vergara a lo largo de la misa, de pie, a la izquierda de los bancos, y de pronto el ruido perceptible, clarísimo, de la señal. Nos sobresaltamos.

El comedor con Madre Vergara paseando entre las mesas, las clases.

En Historia, Blanca Deva preguntó a Madre Azpiazu cuando nos disponíamos a salir, a media voz:

—¿Le pasa algo a la Madre?

—En fila —contestó Madre Azpiazu mirando hacia otro lado.

Madre Monleón, inamovible, incambiable, alerta. En el primer recreo nos dijo Paz:

—Está de retiro. Me lo han dicho.

Nos tranquilizamos.

No estaba de retiro, o no era sólo el motivo de su ausencia, fuimos dándonos cuenta gradualmente a lo largo de las primeras cuarenta y ocho horas: se habían restablecido las normas anteriores, vimos a Madre Vicaria ocupando el cuarto de la Madre Prefecta, y, a la noche, entró en nuestras camaretas, se inclinó sobre nuestras camas, dijo:

—¿Todos bien en su casa?

Oímos su voz —la voz de matemáticas— por el pasillo:

—Suba, Señor, hasta Ti mi oración vespertina…

Hubo un silencio total por respuesta. Volvió a repetirlo con idéntico resultado. Y en alto y tranquilamente advirtió:

—Contesten conmigo: Descienda sobre nosotras Tu misericordia.

Contestaron sólo Begoña y Blanca.

En cuanto al segundo día notamos que se había alejado, aunque volvía a quedar de nuevo luz en la puerta y supusimos que, como antes, la Hermana Aralar, oí una voz:

—¡Tadea! Sssss.

Vi a Teresa Alzola asomada por encima del ligero tabique que separaba una camareta de otra.

—Nos la han quitado. ¿Te has dado cuenta?

Dije:

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer?

La voz de Elvira:

—Asómate.

Y me subí también sobre la barra de la cabecera y vi a todas mis compañeras —menos Carola, Blanca y Begoña— asomadas por encima de sus tabiques.

—No hay derecho.

—¿Qué se han creído?

—Tenemos que protestar.

—¿Pero qué se han creído que somos?

—Tenemos que hacer un plante.

—¡Eh, tú, Carola!

—Dejad dormir —se oyó a Carola.

—Perezosa, tenemos que unirnos —dijo Iciar.

Y Elvira:

—¡Lo que es yo, por esto no paso!

Se oyó la voz de Hermana Aralar. Desde arriba la veíamos a la entrada del pasillo.

—Si siguen hablando y no se acuestan, avisaré a Madre Vicaria.

—Usted se calla, Hermana —dijo Elvira.

Vimos que se daba media vuelta y se alejaba. Elvira dijo:

—Con viento fresco.

—Va por ella. Callaros.

—Nos da tiempo.

Nos metimos en cama. Cuando sentimos los pasos de Madre Vicaria por el pasillito había una fingida calma completa.

Quedamos desorientadas. Pensábamos: «No vendrá más. No la veremos nunca más», y resultaba imposible porque nada definitivo se admitía totalmente a la edad nuestra, todo era mudable como nosotras mismas. Pero lo que sí surgió en nosotras fue una indignación sin medida, una rabia impotente por haber sido burladas… Creían que íbamos a aguantarnos —y había que continuar yendo en filas, entrando en la capilla, dando clase—, que todo volvería a lo de antes: teníamos que defender lo conseguido —más bien que conseguido, otorgado—, exigiríamos nuestros incipientes derechos y nuestra Prefecta. Teníamos derecho a elegir, necesitábamos guía y maestro y se nos había dado para quitárnoslo sin consideraciones, cuando comenzábamos a marchar; alguien que nos consideraba, que nos oía, que tomaba en su voz nuestras voces, que vibraba: ¿a dónde nos la habían llevado? Todas estas preguntas bullían, nos alteraban, no podíamos ni queríamos estudiar, íbamos a clase procurando pasarnos notas con informaciones que eran interceptadas sin reproche y con firmeza.

Madre Hornedo no preguntaba en clase a Carola ni se dirigía a ella, incluso la evitaba, daba rodeos para no obligarla a hablar. Pero Carola había reaccionado con aquel despego, como si nada fuese con ella, y nada se le diese de aquello. Blanca Deva y Begoña parecían seguir esperándola, fiando en Dios que volvería.

—Obedeced. A lo mejor si cumplimos bien y no alborotamos podemos pedírselo a la Madre Superiora. A lo mejor vuelve el curso que viene.

Carola dijo:

—Ilusas.

—¿Por qué? ¿Lo hemos intentado? No lo hemos intentado.

—Ni os dejarán proponerlo.

—¿Tú crees?

—Creo.

Sonreía de aquella manera irónica.

Le dije a Elvira:

—Si no empieza tu padre…

—Mira, ¡ya estoy harta! Mi padre y los de las demás. Protestó todo el mundo, para que lo sepas, menos tu familia, porque les importas un pito… ¡Perdona, Tadea!

La Hermana Aralar estaba en el pasillo y no dispuesta a consentir.

—Hagan el favor de separarse.

—Déjenos en paz, Hermana. Tenemos la lengua para hablar.

—Ahora mismo…

—¡Un cuerno!

Me cogió por el brazo y apretamos el paso por el pasillo adelante.

—… todas las familias, todas. Dijeron que nos estaban captando la voluntad, que nos separaban de ellas. Se reunieron aquí con la Madre Superiora, me lo contó papá, es la pura verdad. Pero si se cree que por eso voy a volver con Antonio, está fresco.

De una manera incongruente, la Madre Vicaria inauguró los sábados por la tarde un cursillo que llamaban «Clase de modales». Nos entró una risa loca.

—No están bien de la cabeza… Cómo hay que tomar el té, cómo hay que saludar, cómo se entra en un salón… ¡Narices!

—Bueno, chicas —dijo Teresa—. Eso es práctico.

—No fastidies, tú. ¿Práctico para qué?

—Mamá preguntó si no nos lo enseñaban, ya ves.

—A la porra, tu madre.

Una violencia retenida comenzaba a desbordarnos, y empezamos a presumir de duras.

—No te metas con mamá —dijo Geni.

—Mira, niña, estamos de ti hasta aquí, así que largando.

Las Madres nos eludían. Madre Vergara procuraba en el recreo volver a hallar el tono.

—¿Siguieron los oficios en Semana Santa?

Lo preguntaba pronta a retirar su pregunta, para no irritarnos.

—En recreo se habla inglés, Elvira Piqueras. ¿Se acuerda? *How do you say…?*

—A mí el inglés me sale por una friolera.

—Pero su papá quiere que…

—Mi papá está en casa.

La Madre Azpiazu rehuía hasta nuestras miradas. Daba la lección escuetamente mirando al libro, y se defendía de ser preguntada. Madre Hornedo nos puso puntuación más alta, resaltaba los aciertos de nuestros ejercicios.

—Ven, van ustedes adelantando mucho. Estoy muy satisfecha de esta clase.

Ante nuestras duras, acusadoras miradas. Y en el recreo volvió a traer *El Mensajero*, los chinitos, el papel de plata y todas aquellas cosas, en medio de nuestro estupor burlón.

Madre Vicaria no llamó a nadie a su cuarto de Prefecta.

—Lo que ha debido de reventarle a Madre Vergara —dijo Elvira—. Fijo que quería serlo ella.

Parecía colocada allí para mantener el orden, para gobernar sin consultas, sin oírnos.

Pero, en realidad, ¿dónde estaba la Madre? Pensé: «¿Cómo se lo dijeron? ¿Qué pensó al oírlo?». Ella decía: «Señor, éstas que me has confiado…». Pero en el instante mismo tuve la certeza de que al despedirnos sospechó que no nos vería más, que cuando cada una nos habíamos considerado obligadas por lealtad a repetirle lo que el Padre nos había preguntado y nuestras respuestas, aceptó la renuncia de aquello que nunca consideró mando, sino comunicación de Cristo. Que no nos lo dijo porque todas las cosas de ella se consumaban en Él. Quizá fuimos un don que Le ofreció, quizás hasta halló alegría en despojarse, y nos convirtió en víctimas que ofrecer. (No. Esto era injusto. Era ella la víctima, sólo que no tenía aptitudes ni actitud de víctima, sino de Esposa enamorada. Y no le importaba lo que fuera con tal de dar).

«Ah —pensé—, pero se trataba de nosotras, es muy cómodo. Dé de sí, pero no de nosotras». ¿Y si nosotras éramos algo de sí misma ya? ¿En dónde estaba? En dondequiera que estuviese, quemándose. Iba derecha a su fin como un dardo encendido, pero cuanto nos había dicho nos servía, era válido, era limpio, y recto, y puro y apasionado. Era joven.

OceanofPDF.com

LXXXVII

Organizamos una huelga. No puedo decir exactamente de quién partió la idea: estaba en el aire, en el ambiente, y el propósito de protesta arraigado en nuestro corazón.

Quizá la palabra «huelga» la pronunció antes que nadie la turbulenta Elvira, pero a ninguna pudo hacerse responsable en directo porque éramos todas las internas las dispuestas y pasamos la consigna a las mayores mediopensionistas en clase. A éstas les divirtió la idea; excepto dos o tres, creo que más por el jaleo que por el motivo que nos animaba a nosotras.

—¿Cómo hacemos? —preguntaba Iciar.

—Nada. Entramos en el estudio y no abrimos un libro, ni el pupitre: todas sentadas, quietas. Entramos en clase y que nadie se mueva ni conteste. Que nadie conteste a la oración de la noche de Madre Vicaria.

Fue dificilísimo transmitir la consigna porque ejercían estrecha vigilancia, pero fuimos pasando los avisos a través de las más anodinas: Ina, Silvia, Geni y alguna mediana de las medio, orgullosas de su importancia de enlace. Pedían para ir a los lavabos, se acercaban a los casilleros e introducían en los libros de misa la hojita con las instrucciones.

—Contaremos con Blanca y con Begoña, ¿tú crees? —dudaba Elvira.

Dije:

—Sí.

—¿Y si nos descubren?

—No lo creo. Irán con nosotras.

—Además, que la Madre las quería. Con Begoña…

Pensé: «Si no es por la Madre». Y me quedé yo misma asombrada de mi conclusión. ¿Entonces por qué? Era por la Madre, por su marcha, por el desprecio que suponía, y también por el derecho nuestro burlado, por no escuchamos en cosas por las que éramos directamente afectadas. Sabíamos que contábamos con Carola aunque no intervino en el planteamiento en absoluto, cada una daba una idea cuando podía, y los papeles los

escribíamos todas las internas para que fuese una responsabilidad compartida. También Blanca y Begoña —no me había equivocado— lo hicieron. A Blanca se lo dije yo, a la salida de clase le pasé una hojita explicándoselo todo. A Begoña se lo dijo Elvira. Blanca se puso aún más pálida, parpadeó dos o tres veces y me miró con una mirada llena de nobleza. No dudó. Inclinó la cabeza, asintiendo. Begoña había dicho:

—No creo que le hagamos ningún bien con ello.

—Que no se crean que estamos tan tranquilas con su marcha. Si ella se entera…

Begoña contestó:

—No creo que le importe. Preferirá que lo aceptemos.

—Tú qué sabes.

—Está por encima de todo eso, ¿no comprendes?

—Pues hija, si está por encima de nosotras…

—No es eso —dijo Begoña.

Y después:

—Estaré con vosotras, naturalmente.

—Ay, chica, gracias. Era eso.

Aquel día nos peinamos y vestimos como nunca, con una excitación desconocida, nos parecía que teníamos algo entre las manos que podíamos hacer explotar y ese poder nos encendía. Habíamos acordado ponernos nuestros blancos uniformes de gala.

A la voz de Madre Vergara comenzando el día:

—*Angelus Domini nuntiavit Mariae*

nadie en absoluto contestó. Volvió a repetirlo, un poco más alto, por si andábamos medio dormidas. Pero debió de percatarse del crepitante silencio y de que no se trataba de sueño ni de olvido, sino de deliberado propósito. Acudió a la puerta de Blanca.

—¿No están oyendo el *Ángelus*?

Abrió la puerta. Nos quedamos quietas, escuchando si forzaría a Blanca a hablar.

—¿No ha oído usted: «El Ángel del Señor anunció a María»?

«Que no conteste, por Dios», deseé con furor. Y Blanca no contestó. Debía de estar palidísima, con los párpados batientes. Pero no contestó. Un

inmenso alivio.

—De todo esto —se oyó la voz de Madre Vergara— quedará enterada Madre Vicaria.

Dio la señal y salimos a nuestras puertas con nuestros blanquísimos, planchados uniformes, sin lazos y sin bandas, con la medalla al cuello.

No preguntó: «¿Por qué se han puesto el uniforme de gala?» porque aquello debió de rebasar su comprensión.

Bajó nuestra corta fila por las escaleras y el pasillo hasta la capilla, sofocadísima. Y se encontró con la larga fila de las medio que llegaban, todas de blanco también.

Madre Azpiazu en clase ocultó la cabeza entre las manos ante nuestra decidida postura de quietud y silencio.

—Niñas, niñas, ¿no comprenden que no está bien lo que están haciendo? Así no conseguirán nada. ¿Por qué no intentan otra vía más pacífica…? Así sólo harán empeorar las cosas. No es sistema.

Absoluto silencio.

—No es leal lo que están haciendo, porque ustedes saben que yo no voy a delatarlas. Pero me colocan ustedes en difícil posición.

Abrió un libro y se puso a leer para ella, sin mirarnos, mientras pasaba la hora. Fue lo mismo en matemáticas, con Madre Vicaria, y en inglés. La clase de Madre Hornedo se daba por la tarde.

Y a las doce fuimos al estudio, en donde no se nos dio la señal para sentarnos, lo cual nos desorientó, y empezaron a entrar todas las monjas del colegio —Madre Monleón abandonó su pupitre en lo alto del estrado y bajó a ponerse junto al último escalón, lo mismo que cuando había lectura de notas—, y la Madre Superiora.

«Ya está —pensé—. Has venido, qué remedio». Por fin había tenido que admitir los hechos, no les había valido el juego de procurar dar a entender que todo seguía igual que siempre, porque éste había sido el tono hallado hasta aquel momento.

Nos habló de pie, sobre el primer escalón, sin sentarnos nosotras.

—Debo advertir a todas que cualquier intento de insurrección va a ser cortado, y que tomaremos las medidas que las circunstancias nos aconsejen. Serán avisadas sus familias, si es preciso, de esta inadmisible conducta que

estoy totalmente decidida a cortar. ¿Saben ustedes a lo que se están exponiendo? Siguiendo como un rebaño a unas cuantas revoltosas… Habrá que tomar una medida radical, si llega a ser necesario se cerrará el colegio. Perderán el curso, ¿han pensado en lo que dirán sus familias ante esta resolución…? Les concedo media hora para que ustedes mismas decidan. Pero antes debo muy seriamente advertirles que no contemporizaré y que las responsables serán expulsadas.

Parecía ridículamente baja, más baja que nunca, o habíamos crecido.

—¿Qué motivos se les han dado para adoptar semejante actitud? En el colegio se obra siempre por el bien de ustedes, y —recalcó— de acuerdo con sus familias. Y la mejor demostración de que las decisiones tomadas estaban justificadas es precisamente esta conducta gravísima.

Nuestro silencio la confundió. Debió de creer que se había hecho con nosotras.

Dulcificó el tono:

—Quiero saber por ustedes mismas quiénes les han instigado a esta rebelión. No se trata de una delación ni dejen ustedes que les engañen haciéndoles creer que lo es: la deslealtad la están cometiendo ustedes con nosotras, con sus familias, preocupadas por los sucesos actuales y que creen poder descansar al menos teniéndolas a ustedes en nuestro colegio. ¿Qué podremos contestarles…? Quiero admitir que no se han dado cuenta de la gravedad de negarse a las oraciones en la capilla, de acercarse a comulgar cuando llevaban ese propósito de rebelión y de soberbia. Recibir con esa preparación a Aquél que dijo: «Bienaventurados los mansos…».

—*Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia* —dijo Carola serenamente en alta voz— *porque ellos serán hartos*.

Todas nos volvimos a ella. Yo la tenía delante, a la derecha, la veía de espaldas y de perfil, la mano izquierda en la faltriquera y la otra caída, de blanco toda, imperturbable.

—Acabáramos —dijo Madre Superiora mientras Madre Hornedo se adelantó presurosa y le comentó algo en baja voz.

—Ya sabemos de una. Al menos no ha complicado a las demás.

Begoña dijo:

—Carola no.

—¿Pues quién ha sido? Conteste, Begoña Mundaca: usted es nuestra colegiala más antigua, dé usted ejemplo.

—Hemos sido todas, Madre Superiora. Se lo aseguro.

—No la creo. Está usted disculpando por buen corazón, está usted encubriendo. Cuidado: debo advertirle que es también complicidad.

—No necesita defenderme —dijo Carola con tranquilidad—. Yo misma puedo decirle lo que quiere saber. Yo no me oculto ni ando sonsacando. Lo primero: que la delación es siempre deslealtad, y que no será obligada ninguna de nosotras a cometerla. Lo segundo: que es inadmisible el que se hayan creído que pueden jugar con nosotras, que pueden manejarnos sin contar con nosotras.

—¿Hace usted el favor de salir?

Madre Hornedo se adelantó a buscarla. Se volvió a Madre Hornedo y le dijo, con desdén:

—Ni lo intente. De aquí no me muevo. Saldré, pero después. Tengo algo que decir, ¿no han preguntado?, pues lo voy a decir: la Madre Gaytán no influyó lo más mínimo en nosotras en este sentido ni en ningún otro; nos comprendía y procuró abrirnos caminos, darnos vuelo. Si ése es un crimen.

Madre Hornedo la tomó por la manga.

—Estése quieta —dijo—, usted con su falsa sabiduría, con su falsa cultura… A todo «amén, amén».

De una manera visible las Madres no sabían qué actitud tomar por temor a que subiese de tono en público, o a que la misma postura se propagase a las demás. No se atrevían a forzarla para que no saliésemos en su defensa. Sin descomponerse, concluyó:

—No decimos amén a todo, sino amén a aquello con lo que estamos conformes, que deseamos, o en que creemos.

—¡Salga ahora mismo!

—Ahora, sí. Porque quiero.

Al salir, se volvió para pasar entre la fila de pupitres y me miró con desprecio. (¿Por qué me callaba? ¿Qué podía decir? Begoña había dicho bien: habíamos sido todas, no había nada más que decir). Dije:

—Carola…

pero ella siguió andando hacia la salida como si me apartase para siempre. Pensé: «Ofrecérselo a Dios», pero ya no encajaba en mi disposición de ánimo. «Que piense lo que quiera. ¿Qué puedo decir yo que no haya dicho ella?». Sentí vergüenza por no haber sido ella, por no haber dicho mi pensamiento en alta y clara voz, pero tenía tan encostrado el hábito de callar que ni siquiera en un día así pude romperlo. ¿Qué podría hacer yo? ¿A dónde iba Carola escoltada por Madre Azpiazu y Madre Hornedo? No podíamos ni decirle adiós. ¿Querría decírmelo a mí? (Me pareció volver a ver la ida de dos veranos atrás, cuando en el pasillo de las camaretas agitó su boina y dijo: «Adiós. Escríbeme». Y después no nos habíamos escrito).

Había aquel silencio y aquel atontamiento como si hubiesen herido a una de nosotras.

La Madre Superiora volvió a hablar:

—Sin comentarios —dijo—. Esperen nuevas órdenes.

Y nos sentamos en silencio y abrumadas. ¿Había que continuar la huelga, o no? ¿Perjudicábamos con ello a nuestra compañera, o la ayudábamos? «Expulsada —pensé—. Será expulsada por todas, qué horror». Si yo hubiera sido expulsada, ¿cómo habría entrado en casa? No, no me hubiera justificado tío Juan, que pensaba distinto cada vez que le convenía, me habrían echado en cara que enfermaba más la abuela por mi culpa, tía Concha diría: «¿No lo decía yo…?». (¿Y papá? Por un momento supe que mi padre no le daría importancia, lo consideraría una chiquillada, y tampoco lo era. Pensé: «Irme con él», y como en un relámpago la visión de mi casa de pequeña, en la aldea, árboles altos, una vieja mujer que me apretaba contra su delantal, y el río, y aquel calor para mis manos frías. «Me iré con él». E inmediatamente: «¿Pero él quiere que vaya? ¿Por qué no me ha llevado con él? ¿Por qué no me sacó cuando vino? ¿Por qué no me pregunta…? ¿Le estorbo? Me pasará como a Blanca. Millán dijo…». Desalentada, profundamente. No tenía a dónde ir, en dónde refugiarme). Pero no podía pensar en mí, porque Carola… ¿Continuaba en el colegio? No se podía marchar así, avisarían a su familia. No nos dejarían despedirla. (Aquel inmenso silencio funeral por una compañera que nos arrebataban como quien gana una bandera).

Madre Vergara subió las primeras gradas del estrado. Jadeaba un poco, parecía haber corrido. Tenía los párpados macilentos y era inquebrantable.

—Vayan a clase normalmente.

Geni nos dijo:

—Está en las camaretas…

Y supimos que se refería a Carola. Pasamos ante ellas sin recreo, que se suprimió. Comimos sin ganas, pensando: «¿Y ella?».

Y se reanudaron las clases por no comprometer a Carola más. Dudábamos un poco —vigilaban que no habláramos entre nosotras—, pero Begoña gravemente encabezó la fila y sabíamos que lo hacía por Carola, porque había respondido por ella y no era dudosa de deslealtad.

Las Madres no nos preguntaron la lección, se limitaron a explicar la próxima en medio de aquel marasmo, de aquella desolada inquietud.

A las cinco se nos volvió a reunir en el estudio y Madre Vergara nos habló, con la mano en el ceñidor:

—Van ustedes a bajar ahora a la cajilla. La Madre Superiora ha dispuesto la presencia de todo el colegio.

Bajamos. Y vimos a Carola. Estábamos ya todas dentro y ella faltaba en el banco, pero Elvira, con los ojos rojos, harta de llorar, había dejado el sitio a su lado vacío —y aquel sitio nunca estuvo tan lleno—, cuando vimos entrar por la puerta de la sacristía al Padre Santal, con roquete blanco de encaje, y nos dio la bendición con el Santísimo. Cantamos, *Pange lingua, Tantum Ergo*, repetimos: «Bendito sea Dios. Bendito sea su Santo Nombre…», y al terminar, el Padre Santal no cerró el sagrario ni guardó el Copón: se volvió de cara a nosotras, en el centro del altar, esperando. Y entonces vimos a Carola, un momento nada más. Se acercó, con su blanco velo de organdí cubriéndola el cabello, hasta el comulgatorio. El alma se nos quedó en suspenso. No se arrodilló. El Padre bajó el escalón del altar con una bandeja de plata, y, con el gesto característico con que ella se quitaba o se ponía la medalla otras veces, pero más pausado y con una dignidad extraordinaria, echó las manos al cuello y se soltó la cinta, y dejó medalla y cinta en la bandeja: estaba siendo degradada ante nosotras. (Teníamos el frío hasta el alma). Luego hizo media genuflexión, con sólo una rodilla —estaba aún el Copón recubierto con sus faldillas sobre el

altar—. Rogué con todas mis fuerzas: «Cristo, ayúdala». Y se dio media vuelta y pasó por última vez ante nosotras, con su andar desganado de siempre, echándose ligeramente hacia delante, sin atardarse ni correr, como quien sabe perfectamente adónde va.

El Padre encerró el Copón en el sagrario, y dejó la medalla y la cinta sobre el ara.

OceanofPDF.com

LXXXVIII

¿En dónde estaba la verdad? Todo el mundo actuaba como si la poseyera: Carola, Madre Superiora, Padre Santal, Madre Gaytán… Me sorprendí pensando: Madre Gaytán, y es que sin darnos cuenta habíamos dejado de decir: la Madre.

«¿Sólo Dios es bastante grande para llenar la capacidad inmensa de mis deseos?». Quizá… Mi corazón subiendo, aflorando, quemándome los pulsos. Un mayo soleado y agotador, y yo de nuevo desorientada, de nuevo preguntándome: «¿Quién me correrá la piedra del sepulcro?».

La marcha de Carola me había herido de manera profunda, irreparable. Una injusticia se había cometido ante mis ojos, y al propio tiempo, qué sucia realidad, no era una injusticia. Alguien había tenido la decisión de emprender su destino. Pero yo andaba titubeando. No podía seguir la misa en el devocionario: solamente leía el Evangelio, me aferraba a él en aquella corriente interior que me arrastraba.

Blanca Deva seguía en el colegio como si continuase Madre Gaytán, procurando hablarnos en recreo, esforzándose por conciliarnos. «Le darán otra vez la banda de honor». Begoña, adusta, pero sin apartarse de la línea emprendida. Las medianas, según Madre Vicaria, llenas de «malos modales». Geni enfurruñada, irritada, de mal humor. Paz, chinchando, Teresa Alzola pintándose los labios y las ojeras que sombreaba con un corcho quemado, mirándose en el espejo, más plena, con los ojos brillantes, hablando de chicos con Elvira mientras pudo. (Porque Elvira se marchó, nos dejó voluntariamente. Pero lo de Carola, ¿no había sido también hasta cierto punto buscado?).

Nos decíamos cosas desagradables en el recreo, nos zaheríamos unas a otras, había aquella sorda violencia pugnando por salir, pero una violencia no ya como un caudal sino como chispas. Y después, sopor. Un deseo infinito de que nos dejaran en paz, de echarnos bajo un árbol y cerrar los ojos y no dormir, de ver un cielo estrellado y no hacer más que verlo, de

respirar aquel olor penetrante y agudo de la primavera que era nuestro. De algo, de alguien, de algún sitio… *Ven, que quiero matar o amar o morir o darte todo*…

Elvira me dijo:

—Tadea, mañana salgo.

Contesté:

—¿Y a mí qué?

—He pedido para el dentista.

Me miraba y le temblaban los labios.

—… no te parezca mal, pero ya no vuelvo. No aguanto más.

—No sé cómo no te has ido antes —le dije.

—¿No te importa?

—¿A mí? ¿Por qué?

Abrí el grifo para lavarme las manos. Me acercó la cara.

—¿No me das un beso?

Contesté:

—No seas cursi.

Y me enjaboné las manos a conciencia. Me dijo:

—Adiós, entonces.

Y como si no se resolviese a separarse:

—Te escribiré a tu casa. ¿Vendrás a casa si te convido?

Quería tender aquel frágil puente. Pensé: «No».

—Hacen el favor de no hablar.

Y Elvira se volvió a ella muy seria.

—Hermana, por favor, hoy no…

La Hermana se quedó desconcertada mientras ella se marchó. Me preguntó con la mirada y me alcé de hombros. (Me había rogado: «No se lo digas a nadie, porque si no me dejan sin salida»).

No volvió. ¿Qué importaba ya? ¿Qué importaba nada? A los pocos días vi su baúl en el pasillo de las camaretas. Aquello comenzaba a ser un campo de deserciones, abandono y castigo. Las que se libraran, hacían bien.

OceanofPDF.com

LXXXIX

Ocho días antes de terminar el curso, en junio, tuve ocasión de conocer la clausura. Andaban las Madres distantes y atareadas, terminando exámenes y preparando la distribución de premios; adelantaron unos días el fin de curso y nos sentimos inmensamente aliviadas como si pesasen menos los días al pensar que algunos habían suprimido.

Iba yo hacia los lavabos y vi la llave puesta en la puerta de clausura junto al piano, frente a la clase de labores. Me acerqué para comprobarlo, porque era un hecho inaudito, y pensé: «Voy a avisar que se han dejado la llave». Pero en el acto me pregunté: «¿Por qué?». Y, con sumo cuidado, casi como una broma a mí misma, giré el pomo con sigilo y abrí. Vi un largo pasillo. (Toda mi curiosidad por la vida religiosa, toda mi inquietud por el misterio, me empujaron a penetrar). Un pasillo limpísimo, puertas pintadas de blanco como las de nuestras camaretas… Quedé un momento quieta. ¿Me han oído? No se escuchaba nada, un silencio inhumano, de desierto. (Aunque me vieran, aunque me oyeran, a aquellas alturas qué me importaba ya). Entreabrí una puerta blanca; vi una cama igual a las nuestras, un lavabo, unos cajones de comodín, y un crucifijo de palo; sobre una mesa de hierro esmaltado en blanco, junto a la cama, había un breviario con cubiertas de hule negro. Aquello era la celda, lo más profundo de la clausura… Nada. Nada en el pasillo sino la inconcebible limpieza, un suelo de baldosas granate tan encerado, tan despiadadamente brillante como para impedir la huella del pie, el aliento, como si le hubiesen querido privar incluso del vestigio de la mano que lo trabajó. Era una superficie lisa y brillantísima, ferozmente brillante y fría. Un espejo. Que no reflejaba nada porque no había nada que reflejar. Pensé: «Esto era la clausura, esto era lo que guardaban bajo sus llaves, esto era lo que ocultaban los aires misteriosos, el *noli me tangere* y el ponerse delante de la puerta como el ángel a la entrada del paraíso… Nada».

Había calculado inconscientemente, erróneamente, que algo iba a proporcionarme allí una clave, podría servirme de índice. ¿Qué…? Nada. Nada. Nada. Inhumanidad del orden excesivo, de la limpieza desaforada. Esterilidad (porque sólo una brizna de suciedad sería fecunda).

Me desplomé por dentro. Todo el cansancio de aquellos meses —el sopor, la tensión nerviosa— cayó sobre mí, casi me recosté contra el muro del pasillo, a punto de llorar, como si hubiera sido objeto de un monstruoso engaño, como si me hubieran hecho trampas desde detrás de un biombo, o lo que resultaba peor, me reconocieran el uso de razón para la práctica de la religión, pero no para el conocimiento.

No valía la pena recapacitar: los Reyes, mentira; mentira el nacimiento de los niños; mentira los mayores, las monjas. (Pensé: «Madre Gaytán no, por eso nos atraía: vivía su verdad o lo que ella creía, pero arrojadamente, plenamente. Se lo jugaba todo por todo, o todo por el final»).

Falsedad, artificio, engaño, valores convenidos, pasarse la consigna del engaño unos a otros para poder tirar. El mentiroso mundo es lo que es, no se arroga disfraces. Pero en el acto reconocí también: «Algunos usan a Cristo —no usar Su Nombre en vano, éste era el significado—, se atribuyen título de cristianos sólo por el bautismo. No saben a Quién siguen, ni a qué religión pertenecen. Es una sociedad perdida, a la deriva». (¿Y yo? ¿Dónde estaba Cristo? Aquel Cristo cerca y vivo, aquel amor secreto y tan intenso que no había querido declarar a nadie ni casi decírmelo a mí misma para no perderlo, para que no se esfumara, ¿lo había dejado perder, lo había perdido?).

Un vacío pavoroso ante mí, tan desierto y tan inhumano como aquella clausura, y tan común como ella. (Pero dentro de mí aquel desolador dolor de Él… ¿Era eso amar?).

Salí sin pretender no hacer ruido, sin procurar ocultarme. Nadie me oyó.

En aquel silencio de siglos, un silencio inmóvil y como congelado, nadie me oyó entrar y salir para siempre. Dejé la llave en la puerta, según estaba.

Y en el instante mismo, al ofuscarme la luz del ventanal frente al piano, supe que no regresaría al colegio. No me importaba qué iba a pasar, ni qué

dirían en casa, iba a enfrentarme con la verdad sin que nadie fuese capaz de quebrantarme.

No volvería. Mi sitio no era allí: que regresaran las que esperaban algo, o las que querían dejar correr el tiempo. Yo quería ser el tiempo mismo, cualquier cosa menos aquella criatura engañada, pretendida embaucar.

Soñé ¡bendita ilusión! que era Dios lo que tenía… Sonreí con dureza.

Desde la puerta, sin entrar en el oratorio, dije de una manera instintiva:

—Adiós, Madre

a la Virgen en el altar.

No sentía pena. Me habían defraudado.

—Hasta la vuelta —me dijo Madre Azpiazu.

Y la miré fijamente. Musitó con voz gruesa:

—Acuérdese de rezar

como desamparada, porque había leído la marcha en mis ojos. (Y quizá más).

Oí a Blanca:

—Hasta la vuelta, Madre Azpiazu.

—Adiós, Madre Azpiazu —decía Teresa.

Madre Azpiazu seguía mirándome con expresión alterada. Dije:

—Adiós.

Procuré sonreírle.

Oía a la Madre Superiora dirigiéndose a los Santa María de Alzola:

—… el curso próximo.

La sonrisa de Hermana Mandoegui:

—Hasta octubre —sosteniendo la puerta entreabierta. Y la calle.

—Recuerdos en su casa.

—Espera, chica —me dijo Silvia—, que me olvidaba la cartera… ¿Tú no te dejaste nada?

Dije:

—Nada.

FIN

OceanofPDF.com